



GLENN COOPER

LA PUERTA DE LAS TINIEBLAS



Lectulandia

Apenas ha durado la esperanza. La esperanza de olvidarse del cielo plomizo y la atmósfera opresiva de Abajo. La esperanza de haber dejado atrás, para siempre, el mundo donde han sido confinados todos los personajes más abyectos que una vez pisaron la Tierra. En cuanto John Camp y la doctora en física Emily Loughy se encuentran de vuelta en el laboratorio secreto de Dartford, tienen que aceptar una realidad escalofriante: la pesadilla no ha terminado.

Como ellos preveían, la puesta en marcha del colisionador de partículas volvió a abrir el corredor que había conectado ambos mundos y les permitió regresar. Pero también abrió otras brechas, abduciendo a inocentes y trayendo a este mundo a hombres y mujeres que jamás imaginaron que podrían escapar de su condena eterna.

En Londres, hay quien está dispuesto a desenmascarar las mentiras del gobierno sobre lo que está sucediendo en el laboratorio, y un agente del MI5 empieza una carrera contrarreloj para localizar a los criminales que han retornado a la Tierra. Mientras, John y Emily se preparan para afrontar un viaje más peligroso que el anterior. Un viaje en el que combatirán contra temibles enemigos y establecerán nuevas alianzas. Pero ¿es sensato confiar en quienes sucumbieron al hechizo del mal?

Lectulandia

Glenn Cooper

La puerta de las Tinieblas

Condenados - 02

ePub r1.0

Titivillus 05.09.17

Título original: *Down: Portal*
Glenn Cooper, 2015
Traducción: Mauricio Bach Juncadella

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

—Mamá, ¿dónde estamos?

Al no obtener respuesta, Sam, de cuatro años, repitió la pregunta con insistencia. Su hermana, Belle, un año menor, empezó a llorar.

Arabel, la madre de ambos, desconocía la respuesta, y se limitaba a mirar a su alrededor en estado de *shock* sin decir palabra; un momento antes se hallaban en la cafetería de las instalaciones del colisionador de partículas del MAAC en Dartford, Inglaterra, con la esperanza de reunirse por fin con Emily Loughy, la hermana de Arabel, y un instante después se encontraban en un lugar muy diferente. Sin embargo, la otra mujer que estaba con ellos tenía un mal presentimiento sobre adónde habían ido a parar. Delia May tomó en brazos a toda prisa a Belle y le susurró que fuese una buena niña y no hiciese ruido.

Estaban en el interior de una casa diminuta, no mucho más grande que un cobertizo. Con el suelo de adobe, una pequeña chimenea en la que ardían unos exiguos troncos y un ave cazada colgada de un gancho, era mucho más rústico que la mayoría de las cabañas que conocía. El humo que flotaba en el ambiente hizo toser a Sam, y Delia le hizo callar de inmediato. Fuera se oía a gente hablando en voz alta. Delia sostuvo a la criatura y se arrastró hasta la ventana en la que los postigos cerrados pero no fijados repiqueteaban sacudidos por el viento. Abrió una de las persianas unos centímetros y echó un vistazo al exterior. Pese a que creía entender lo que estaba sucediendo, contuvo el aliento ante lo que vio. A poca distancia de allí, en medio de un camino embarrado, distinguió a Duck, el joven al que había estado vigilando durante el último mes. Permanecía desnudo frente a un hombre mucho más corpulento, que enseguida reconoció como Brandon Woodbourne, que le estaba gritando. Otro joven empezó a golpear a Woodbourne por la espalda con un palo y al punto se concentró a su alrededor un variopinto grupo de personas y Woodbourne salió corriendo, maldiciendo y gritando.

En ese momento Sam descubrió el pájaro colgado, dio un paso para acercarse y se echó a reír.

—Mira, mamá. Se me han caído los pantalones.

Tenía los vaqueros por los tobillos y los calzoncillos, de los que había desaparecido el elástico, comenzaban también a deslizarse por su cintura.

Arabel se palpó su ropa. La falda no le ajustaba y la cremallera se había desvanecido, tenía la blusa medio abierta porque le faltaban los botones y el sujetador, sin ganchos, colgaba debajo. Con voz temblorosa, preguntó:

—Por favor, ¿puedes decirme qué está pasando?

—Tenemos que evitar hacer ningún ruido —respondió Delia mientras se apartaba de la ventana—. Creo que hemos ido a parar al lugar en el que estuvo tu hermana.

—No sé de qué me hablas —le aseguró Arabel—. Quiero saber qué está

ocurriendo. ¿Dónde está la cafetería? ¿Y el laboratorio? ¿Nos han drogado?

—Baja la voz —le imploró Delia, pero no había manera de tranquilizar a Arabel.

La puerta estaba cerrada únicamente con un pasador de madera. Arabel se dirigió hacia ella. Cuando Delia trató de impedirselo, la apartó de un empujón, movió el pasador y abrió la puerta con tantísima fuerza que golpeó estruendosamente contra la pared.

Arabel contempló el exterior desconcertada y repitió la pregunta que había hecho su hijo pequeño.

—¿Dónde estamos?

Delia tiró de ella para volver a meterla en la casa y cerró la puerta. Sabía dónde estaban, pero era incapaz de verbalizarlo. Era incapaz porque hacerlo significaba convertirlo en real.

Era incapaz de decir: «En el Infierno».

John Camp se despertó dolorido y desorientado en la sala de postoperatorio del Royal London Hospital. Le pareció que el fornido enfermero que estaba comprobando su presión sanguínea se reía entre dientes al mirarlo, lo que le confundió todavía más. En realidad, al enfermero le acababan de contar las curiosas instrucciones que John había dado a los cirujanos justo antes de que la anestesia le hiciera efecto.

—Asegúrense de doblar o triplicar el número de puntadas que suelen dar —les indicó.

—¿Y eso por qué? —le preguntaron a través de la mascarilla.

—No se lo puedo explicar —respondió John—. Limítense a hacerlo. Necesito que la herida esté muy bien cerrada.

—Bienvenido de vuelta —le saludó el enfermero.

John parpadeó.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Su voz sonó débil y áspera; las cuerdas vocales parecían papel de lija.

—¿Gracia? Nada. Nada de nada. La operación ya ha terminado. Todo ha ido bien.

—¿La operación? Oh, sí, ahora lo recuerdo. Joder. —Hizo un gesto de dolor.

—¿Le duele?

John asintió.

—Voy a inyectarle morfina.

En cuanto el narcótico hizo efecto, cerró los ojos y empezó a soñar.

Soñó con el Infierno.

Estaba atrapado en un fétido pudridero y golpeaba la puerta cerrada. Al otro lado se hallaba Solomon Wisdom, diciéndole que no podía dejarle salir. Nadie podía hacerlo. Era su destino. Después Thomas Cromwell aparecía plantado a su lado, hundido hasta las rodillas en carne humana, y le informaba de que Enrique VIII estaba enojado con él, de hecho, muy enojado.

—¿Os vais a arrepentir? —le preguntó Cromwell.

—Me arrepiento.

Desde el otro lado de la puerta, Wisdom soltó una carcajada.

—Arrepiéntete todo lo que quieras. No va a servir de nada. Lo hecho, hecho está.

Cuando volvió a despertarse se encontraba en una habitación individual de un pabellón del hospital. El resplandor anaranjado del atardecer se colaba por la ventana. Emily llevaba un rato esperando junto a la cama y en cuanto vio que John parpadeaba, trató de envolver una de sus enormes manos con la suya, mucho más pequeña.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Peor que antes.

—He hablado con el cirujano. Han tenido que hacer una incisión considerable para limpiar la zona infectada. Te están suministrando el antibiótico a través del gotero, de hecho, dos antibióticos, hasta que tengan los resultados del cultivo de la muestra de la herida.

—Supongo que saldrán horribles virus infernales —masculló John, mientras buscaba los mandos de la cama.

Emily los localizó y levantó la cama para que estuviese en una posición más cómoda.

—¿Mejor así?

—Mejor —respondió él. Pidió hielo picado y ella le puso un poco en la boca con una cucharilla—. ¿Qué has estado haciendo mientras me limpiaban las entrañas?

—He estado en el laboratorio, reuniendo información.

—¿Y?

—Estoy segura de que Matthew tiene razón. La elevada energía de colisión produjo una sorprendente abundancia de strangelets y gravitones. La interacción entre ambos es la explicación del fenómeno.

—El fenómeno. Es uno de los mayores eufemismos de todos los tiempos.

—Bueno, ya sabes cómo suelen hablar los científicos.

—¿Ya se ha contabilizado?

—¿Contabilizado?

—Cuánta gente ha desaparecido.

—Cuatro personas en Dartford. Arabel, sus hijos y Delia, la agente del MI5. South Ockendon sigue sumido en el caos. Todavía no han atrapado a ninguno de los moradores del Infierno que aparecieron allí.

John pidió más hielo antes de seguir hablando.

—Vaya desastre.

Emily asintió y se secó las lágrimas con un pañuelo de papel.

—No soporto pensar lo que deben estar pasando Arabel y los niños. Estarán aterrorizados.

—Dirk no es un mal chico, dentro de lo que cabe. Espero que los esté ayudando. Y su hermano también estará allí. Trevor me dijo que Duck estaba muy unido a Delia May. Ella sabrá que vamos a organizar un rescate.

Emily asintió.

—Lo sé. He hablado con Trevor esta tarde. También me ha contado que lleva un mes saliendo con mi hermana.

—¿En serio?

—Parece que se ha enamorado. Está tan preocupado como yo.

—Vaya, es un buen hombre. No me sorprendería que se presentase voluntario para la misión.

Emily estrujó el pañuelo y lo guardó en el bolso.

—John, no quiero que tú vayas.

Él reprimió una incipiente risa; el gesto dolía demasiado.

—Y yo no quiero que vayas tú.

—A mí no me acaban de operar. Yo no tengo una infección de caballo.

—Estaré recuperado en unos días. Me curo rápido. Emily, soy un soldado. Me dedico a esto. Tú estuviste fantástica. Estoy orgulloso de cómo lograste sobrevivir, pero eres una científica. Tienes que quedarte aquí y pensar en cómo solucionar el problema. Haz lo que haces mejor y yo haré lo que hago mejor.

—Lo siento, John, pero voy a ir. Si Arabel, Sam y Belle no estuviesen atrapados allí, no volvería de manera voluntaria ni loca. Pero no me voy a quedar aquí esperando. Sabes lo tozuda que soy. La decisión está tomada.

—Bueno, yo tampoco pienso cambiar de opinión.

Se sonrieron. Estaba decidido.

La enorme sala de reuniones del colisionador de partículas angloamericano de Dartford se estaba llenando para la reunión de las ocho de la mañana. No había asientos asignados, y los convocados elegían su ubicación según el nivel de importancia que creían tener. Leroy Bitterman y Karen Smithwick, los ministros de energía de Estados Unidos y el Reino Unido respectivamente, ocuparon la cabecera de la mesa. Cerca de ellos estaban el director del FBI, Campbell Bates, y George Lawrence, director general del MI5. Ben Wellington, también del servicio de seguridad inglés, se sentó al lado de Trevor Jones. Los científicos de la cúpula del MAAC, incluidos Matthew Coppens y David Laurent, y el director de relaciones públicas del laboratorio, Stuart Binford, completaban la reunión. Entró también Henry Quint, a quien habían reservado una silla en la cabecera. Cuando se dirigía hacia allí, Smithwick le saludó con la mano y él bajó la mirada incómodo antes de sentarse en una silla junto a la pared.

Ben se inclinó hacia Trevor y preguntó:

—¿Han convocado a John Camp?

—Creo que no —respondió Trevor—. Esta mañana le están haciendo alguna prueba médica.

—¿Y dónde está la doctora Loughy?

Trevor rastreó la habitación con la mirada.

—Voy a buscarla.

Emily estaba sentada en su despacho, mirando algo.

—Hola —saludó Trevor con amabilidad mientras se sentaba—. Solo quería avisarte de que está a punto de empezar la reunión.

Ella le respondió con una amplia sonrisa y un suspiro de agotamiento.

—He perdido la noción del tiempo —reconoció—. Supongo que ya no tengo el hábito de consultar el reloj.

—Lo entiendo.

Emily lanzó una mirada cansada a su móvil.

—He estado hablando con mis padres.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Están desconcertados. Contentos de que yo esté sana y salva, pero destrozados porque ahora han desaparecido Arabel y los niños.

—¿Qué les has contado?

—¿Estoy hablando con Trevor el amigo o con Trevor el jefe de seguridad?

—Con el amigo.

—Me he salido del guion. Tenía que hacerlo.

—¿Hasta qué punto te has salido?

—Créeme, no he utilizado la palabra Infierno ni una sola vez. Lo he llamado «otra dimensión», les he dicho que el MAAC abrió un pasadizo a otra dimensión. Y les he asegurado que traeremos de vuelta a Arabel, Sam y Belle.

—¿Te han creído?

—No lo sé. Estaban demasiado asustados como para hacer muchas preguntas.

—Solo para que lo sepas, ellos también firmaron el Acta de Secretos Oficiales.

—Lo sé.

—¿Les has dicho que vas a volver allí?

—Todavía no, pero lo haré. Tengo que contárselo.

—Tenemos que ir a la reunión. —Cuando se levantó, Trevor vio lo que Emily estaba mirando. Era el retrato en carboncillo que le había hecho Caravaggio—. El parecido es increíble —le dijo.

Ella lo guardó en el primer cajón del escritorio.

—Me encanta tenerlo.

La reunión empezó en cuanto Emily y Trevor llegaron. Matthew había reservado una silla a su lado. Emily conocía a todos los presentes excepto al hombre sentado entre Bitterman y Smithwick. Su rostro, rubicundo y de aire agresivo, parecía un globo inflado por culpa del apretado cuello de la camisa y el nudo de la corbata. Le preguntó a Matthew quién era, pero él tampoco lo conocía.

Trevor le estaba haciendo la misma pregunta a Ben.

—Se llama Trotter. Anthony Trotter. Es del MI6. Dicen que le envía el mismísimo primer ministro. ¿Sabes cómo lo llaman sus colegas de la inteligencia secreta?

—Ni idea —respondió Trevor en voz baja.

—Cerdo.

Trevor contuvo la risa.

—¿Te imaginas cómo sería en el colegio?

Al mismo tiempo, Campbell Bates le preguntó a su homólogo en el MI5 qué pensaba de la incorporación de Trotter.

Lawrence le susurró su respuesta:

—Estoy tan contento como lo estarías tú si te convirtieran en el segundón del

FBI.

—¿Empezamos? —interrumpió Smithwick—. El doctor Bitterman y yo dirigiremos conjuntamente esta reunión. Han pasado veintidós horas desde el incidente que nos ocupa. Este grupo de trabajo mantendrá reuniones diarias para coordinar la respuesta. El primer punto del orden del día es presentar a Anthony Trotter, del Servicio de Inteligencia. El señor Trotter es el JASS, el Jefe Adjunto del Servicio Secreto, además de asesor del comité Cobra del Consejo de Ministros. Va a sustituir, con efecto inmediato, al doctor Quint en el mando operativo del MAAC. Creo que todos somos conscientes de que la misión científica del MAAC ha quedado relegada a un segundo plano debido a los problemas de seguridad, que han ocupado el primer plano de un modo alarmante. ¿Alguna pregunta?

Emily levantó la mano.

—Adelante, doctora Loughy —la invitó Smithwick.

No se esforzó por sonar diplomática. Había pasado por demasiadas cosas como para preocuparse por eso.

—¿Tiene algún tipo de formación científica, señor Trotter?

El aludido, que estaba anotando algo en su libreta, la miró alzando la mirada con la cabeza gacha.

—No, no tengo ninguna.

—¿Quién de los aquí presentes considera que es una buena idea dejar una instalación científica en manos de alguien que no es científico? —continuó Emily con voz firme—. Todo el mundo sabe que estoy más que indignada porque el doctor Quint ordenó sobrepasar los parámetros de energía establecidos del Hércules I y ahora tenemos que afrontar las desastrosas consecuencias de su decisión. Pero resolver nuestro actual problema requerirá la mejor dirección científica posible, no una gestión meramente administrativa.

—¿Puedo hablar? —pidió Leroy Bitterman.

—Adelante. —Smithwick le dio la palabra.

Bitterman dedicó una cálida sonrisa a Emily y habló con tono paternalista:

—En primer lugar, quiero repetir públicamente lo que ayer le comenté en privado a la doctora Loughy, que admiro muchísimo el coraje y la tenacidad que desplegó en lo que sin duda fueron unas circunstancias horripilantes. Tenemos con ella una gran deuda de gratitud por lo que ha hecho y por lo que se ha presentado voluntaria para volver a hacer. Doctora Loughy, quiero garantizarle de manera pública y rotunda que no vamos a poner en riesgo el programa científico del MAAC ni vamos a escatimar esfuerzos para resolver el problema más acuciante que tenemos, que es taponar el agujero interdimensional en cuanto hayamos rescatado a toda nuestra gente. Tendremos en cuenta sus sugerencias para reunir a un comité de expertos internacionales en física de partículas y cosmología para que asesoren al equipo científico de Dartford. El señor Trotter es experto en otros asuntos y no va a interferir en las cuestiones puramente científicas y técnicas. Cuenta con la confianza total de

los gobiernos de Estados Unidos y Reino Unido para dirigir los complejos temas relacionados con la seguridad y el alto secreto a los que nos enfrentamos. Espero que esto aclare cualquier duda.

Emily le devolvió la sonrisa.

—Gracias, doctor Bitterman —dijo—. Su intervención ha sido de gran ayuda y sí, tengo algunos nombres que me gustaría sugerir para esta comisión de expertos.

Smithwick retomó el control de la reunión y detalló secamente la agenda, como si se tratase de una reunión rutinaria sobre las cuotas de producción de petróleo del Reino Unido en el Mar del Norte en el marco de la Unión Europea. A Emily esta actitud indiferente le pareció lamentable y se retorció en la silla.

—Dado que no hay ningún comentario acerca de la agenda —concluyó Smithwick—, pasemos al repaso de la respuesta de seguridad a la actual situación. Quizá el señor Trotter quiera dirigir la discusión de este asunto.

Trotter se aclaró la garganta castigada por los habanos. No era un hombre de aspecto imponente, pero creía tener un aire churchilliano y potenciaba esa imagen fumando puros Romeo y Julieta, la marca favorita del gran hombre.

—Gracias, señora ministra. Como sabe, se ha pedido al Servicio de Inteligencia, el SIS, que tome el mando y coordine las actividades del MI5, el ejército, la Policía Metropolitana y otros departamentos policiales y de emergencia. ¿Por qué el SIS, que se encarga de las amenazas internacionales, en lugar de los efectivos del MI5 dedicados a la seguridad interna? Bueno, es difícil imaginar una amenaza más extranjera que la que ahora debemos afrontar.

Emily sintió vergüenza ajena ante semejante tentativa de humor. Trotter asimiló el cortante silencio que se extendió por la mesa con la expresión amarga de un comediante cuyo chiste no ha funcionado.

—Hablando en serio —continuó, tratando de reconducir el desaguado—, el SIS está especialmente capacitado para esta tarea gracias a nuestra capacidad de análisis, procesado de información y comunicación. El primer ministro tiene plena confianza en nuestro liderazgo y no quedará decepcionado. Desde mi punto de vista, la máxima prioridad es solucionar el asunto de los extranjeros que andan sueltos por ahí.

Una voz áspera interrumpió a Trotter.

—No se trata de rumanos o chinos. Por el amor de Dios, estamos hablando de gente procedente del Infierno.

Con todas las miradas concentradas sobre Trotter, nadie se había percatado de que John acababa de entrar cojeando en la sala.

Emily y Trevor se levantaron y acudieron en su ayuda.

—¿Qué haces aquí? —le regañó Emily.

—Me he hartado de estar tumbado sobre mi trasero, así que he decidido darme el alta.

—Jefe, deberías volver al hospital —terció Trevor, que lo agarró por la cintura y lo ayudó a sentarse en la única silla libre. Estaba al lado de la de Henry Quint, que se

apartó un poco al ver a John. Todavía le dolía la mandíbula después de su último encuentro.

—Ni de coña —replicó John—. Hay demasiado trabajo por hacer. Me han metido un montón de antibióticos y demás. Estoy bien.

Emily no podía ocultar su preocupación y estaba a punto de ponerse a discutir con él cuando Trotter tomó la palabra.

—Usted debe de ser John Camp.

—Lo soy. ¿Y quién es usted?

—Anthony Trotter, del SIS. Estoy al mando de este laboratorio.

—¿Eso quiere decir que Quint ya no es el director? —preguntó con una sonrisa.

—Correcto —respondió Trotter.

—Vaya, eso es una buena noticia.

El comentario provocó contenidas risitas por toda la mesa. Quint mantuvo la mirada fija con estoicismo.

Cuando se acallaron, Trotter respondió al comentario de John.

—Sabemos de dónde procede esa gente. ¿Cómo se llaman a sí mismos? ¿Infernales?

—Algunos sí —reconoció John.

—El MI5 se encargará de la detención de esos seres infernales. Ben Wellington ejerce de enlace con este comité. Señor Wellington, ¿puede informarnos de la situación?

Ben había preparado unas notas, pero decidió prescindir de ellas y cerró el portafolios de cuero.

—Permítanme empezar con el grupo más fácil de manejar de los dos, los individuos que han aparecido aquí, en la cafetería de empleados. Como ya saben, son cuatro, cuyas edades biológicas van de los treinta a los cincuenta años, todos ellos procedentes del área de Londres y Kent y que fallecieron entre los siglos xv y xix. El que parece ejercer el liderazgo del grupo es Alfred Carpenter, que ha explicado que lo ahorcaron por varios crímenes a principios del siglo xvi. Yo lo describiría como un bruto de escasa inteligencia. Pese a todas las explicaciones que le hemos dado y las evidencias que le hemos mostrado, sigue empeñado en creer que ha sido víctima de algún tipo de magia negra. Sus compañeros, en especial los que proceden de siglos más cercanos al nuestro, le siguen la corriente, pero si se los aísla, parecen entender la situación.

—¿Siguen en estas instalaciones? —preguntó el director del FBI.

—Así es —respondió Ben—. Creemos que este sitio es tan bueno como cualquier otro para retenerlos, y en conjunto ofrece las mejores garantías de seguridad frente a otras alternativas. Además, contamos con la experiencia de haber mantenido al joven Duck en el dormitorio de seguridad...

—Del que se escapó —le interrumpió Trotter.

—Sucedió durante un paseo no autorizado por el exterior del complejo —aclaró

Ben—. Un error lamentable. A estos hombres no se les ofrecerá esta oportunidad. Estamos transformando los dormitorios en auténticas celdas que estarán listas para utilizarse mañana mismo. A los individuos del segundo grupo que capturemos también los encerraremos aquí.

—Guantánamo llega a Dartford —ironizó Trotter.

Trevor tomó la palabra:

—¿John o Emily pueden contarnos alguna cosa sobre estos cuatro individuos que pueda ser de utilidad para los guardias que los custodian?

—Yo no tuve apenas contacto con ellos —respondió John.

Emily comentó que ella tampoco.

—Mientras esperábamos en el punto designado para la reiniciación del MAAC, Alfred era algo así como el macho alfa —explicó John—. Lo describiría como amenazante, pero no es de los peores. No es un vagabundo.

—¿Un vagabundo? —preguntó Trotter—. ¿Qué es eso?

—Los vagabundos deambulan por la campiña buscando a gente a la que atacar. Viven como salvajes, por lo general duermen de día y por la noche dan rienda suelta a sus instintos. Roban y mutilan. Y si tienen hambre, comen.

—¿Quiere decir que son caníbales? —quiso saber Bitterman, alarmado y desconcertado.

—Sí, señor, correcto —reconoció John—. Todo el mundo los teme, son la pura encarnación del mal.

Bitterman murmuró algo inaudible.

Ben tomó entonces la palabra:

—Eso explicaría algo que hemos descubierto esta mañana en la urbanización de South Ockendon. Es muy reciente, por eso no hemos informado todavía al grupo de trabajo. Como todos ustedes saben, evacuamos la urbanización con el pretexto de una amenaza de ataque terrorista con armas bioquímicas descubiertas en una vivienda. En el registro casa por casa hallamos a una pareja asesinada, un anciano y una mujer. Los habían matado a puñaladas y machetazos con cuchillos de cocina y de carnicero. Y ahora viene la parte más inquietante: tenían marcas de mordiscos en brazos y piernas y les habían arrancado trozos de carne.

—¡Dios mío! —exclamó Smithwick, tapándose la cara con las manos.

—Sin duda son vagabundos —aseguró John—. ¿Alguna pista sobre su paradero?

—Ni rastro de ellos —dijo Ben—. Establecimos enseguida un perímetro con la policía local y también hemos reforzado los efectivos con unidades de la 16 Brigada Paracaidista llegadas desde la guarnición de Colchester Garrison, pero me temo que las reses escaparon del establo antes de que lográsemos sellarlo por completo.

—¿No han visto a ninguno de ellos por la zona? —insistió Trotter.

—No tenemos nada definitivo —respondió Ben—. La policía de Essex ha recibido llamadas procedentes de un radio de unos ocho kilómetros a la redonda alertando sobre actividades de personas sospechosas en jardines de casas,

contenedores volcados y este tipo de cosas. Pero ningún avistamiento claro.

—Como ya he dicho, son nocturnos —terció John—. Son los dueños de la noche.

—¿No disponemos de ninguna información sobre a cuántos individuos en activo nos enfrentamos? —preguntó Trotter.

John puso los ojos en blanco al oír la expresión. ¿Quién utiliza conceptos como «en activo»? pensó.

Algo parecido debió de pasar por la cabeza de Emily, porque torció los labios en un gesto similar.

Ben abrió su portafolios.

—El instrumento más eficaz del que disponemos para hacer un cálculo al respecto es contar cuánta gente ha desaparecido en la urbanización, suponiendo que la pauta de intercambio de uno por uno de la vez anterior siga siendo válida. El cálculo es complicado, porque no sabemos cuánta gente estaba en sus casas y cuánta había salido a las diez de la mañana de ayer. De momento hemos instalado a los evacuados, unos trescientos vecinos de la urbanización, en un pabellón de la guarnición de Colchester y estamos interrogando a todos ellos, pero todavía no disponemos de una cifra de desaparecidos. Sin duda, lo iremos clarificando a lo largo del día y por la tarde haré circular la información actualizada.

Trotter comenzó a repiquetear con los dedos en la mesa. A John no le quedó claro si se trataba de un tic nervioso o de un modo de expresar impaciencia.

—Será fundamental controlar a la prensa. La anterior grieta se supo ocultar bien, de hecho, tan bien que no se informó al MI6, lo que debo decir que no nos gustó nada. Esta grieta ha sido mucho más grande y la situación será más difícil de controlar, de modo que va a ser un auténtico reto. ¿Quién es el jefe de prensa?

Stuart Binford levantó indeciso la mano y se presentó.

—Muy bien, señor Binford. Por favor, ilústrenos acerca de cómo piensa informar sobre la resolución de la primera grieta y cómo va a enfocar la segunda.

Binford sonó dubitativo, como si hablar sobre estos asuntos quedase por encima de sus responsabilidades. De entrada, se degradó a sí mismo al nivel de mero agregado de prensa que se limitaba a recibir órdenes de Henry Quint, antes de exponer un planteamiento muy anticuado.

La primera brecha, tal como la había bautizado Trotter, se había explicado aludiendo a un intruso armado que se había colado en el MAAC, había secuestrado y asesinado a una periodista y después a varias personas más. Por supuesto, no se podía hacer mención alguna a Brandon Woodbourne, el verdadero culpable, porque se daba la incómoda circunstancia de que llevaba casi cincuenta años muerto. Binford sugirió inventarse un sospechoso e informar de que había muerto a manos de los servicios de seguridad durante la detención.

—¿Eso podría funcionar? —preguntó retóricamente Binford.

Trotter se encogió de hombros y sugirió que, aunque se trataba de un caso singular, sus colegas del MI6 habrían optado por una solución parecida.

Sobre la segunda brecha, mucho más complicada, Binford comentó:

—En mi opinión, explicar el incidente de South Ockendon atribuyéndolo a una conspiración terrorista que almacenaba armas bioquímicas en esa urbanización ha sido la mejor estrategia posible. La prensa está, y seguirá estando, ansiosa por recibir más información, pero creo que podremos pararles los pies aludiendo a la seguridad nacional. Deberíamos poder mantenerlos a raya suministrándoles pequeñas informaciones bien dosificadas.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Smithwick.

—Es difícil saberlo —reconoció Binford—. Pero sin duda cuanto más se alargue la situación, más difícil será.

—De acuerdo —aceptó Trotter, y dirigiéndose a toda la mesa expuso—: Parece que disponemos de las líneas maestras de una estrategia de prensa. Haré que uno de mis ayudantes se ponga en contacto con el señor Binford para concretarla y perfilar los detalles. Lo cual nos lleva al siguiente punto de la agenda. Por decirlo de un modo nada científico, lo llamaré «taponar el agujero».

Emily se indignó visiblemente.

—No me parece que «taponar el agujero», como usted lo llama, sea el siguiente punto en absoluto —protestó con la voz quebrada—. El siguiente punto debe ser organizar el rescate de las personas que han acabado en un lugar muy peligroso y aterrador.

Bitterman se disponía a responder, pero Trotter le cortó:

—Doctora Loughy, soy consciente de que ha pasado por una experiencia muy dura y también sé que su hermana, su sobrino y su sobrina se han visto atrapados en esta situación, y precisamente por eso creo que debe usted mantenerse al margen de esta discusión.

Furiosa, Emily se levantó como impulsada por un resorte.

—¿Disculpe?

John también intentó ponerse en pie, pero no lo logró y se desplomó en la silla, dolorido.

—¿Se ha vuelto loco? —espetó, señalando a Trotter con el dedo—. La doctora Loughy es la persona más cualificada de esta sala, por no decir del planeta, para entender por un lado lo que están pasando esas personas y por otro los mecanismos científicos necesarios para traerlas de vuelta y convertir el MAAC en un lugar seguro.

Bitterman alzó las manos en un intento de apaciguar la creciente tensión.

—Por favor, calma. Estoy seguro de que el señor Trotter no está sugiriendo que el rescate no sea una prioridad.

—Lo siento —respondió Trotter con frialdad—, pero eso es exactamente lo que estoy sugiriendo. Como ya he dicho, no soy un científico y me rijo por el sentido común, lo que me lleva a la conclusión de que el canal, o pasaje, a esa otra dimensión se ha ensanchado. En la anterior ocasión solo se abrió en Dartford. Ahora se ha sumado South Ockendon. Parece que cada vez que se reinicia el colisionador, el

riesgo no hace más que aumentar. Por lo tanto, considero que nuestra máxima prioridad debe ser sellar el agujero, y mi mente acientífica me dice que el mejor modo de hacerlo es clausurar el MAAC de una vez por todas.

—No pienso seguir aquí sentada escuchando esta sarta de sandeces y además...
—replicó a gritos Emily.

John la interrumpió y trató de reconducir la situación.

—Emily, por favor, permíteme intervenir. Van a seguir insistiendo en tu supuesto conflicto de intereses, de modo que déjame decir una cosa. En la guerra, uno jamás abandona a uno de sus hombres en el campo de batalla. Y no nos engañemos, esto es una guerra. Las personas que han quedado atrás en el campo de batalla son hombres, mujeres y niños inocentes. Yo me he presentado voluntario para volver allí, al igual que Emily. Y también Trevor Jones. Estamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas, y ustedes deben tener el coraje de apoyarnos hasta el final.

—Muy bien dicho, señor Camp —proclamó Bitterman—. Tiene mi apoyo y el del gobierno estadounidense.

—Con todos mis respetos, señor secretario —continuó Trotter—, es suelo británico el que ha sido invadido por estos seres, y son ciudadanos británicos los que han sido asesinados. Si esto estuviese sucediendo en Washington o Nueva York, me aventuro a decir que su posición sería idéntica a la mía.

Bitterman se apoyó en el respaldo de la silla y respiró hondo.

—De acuerdo, usted gana. Déjenme entonces hacerles una pregunta a los expertos: ¿están ustedes de acuerdo en que cada vez que el MAAC se reinicia aumenta la inestabilidad de la conexión entre nuestro mundo y ese universo paralelo?

John vio cómo Emily se debatía en silencio ante la pregunta y se puso en su piel, pero Quint respondió antes de que ella pudiese hacerlo.

—La elevada energía de colisión que alcanzamos con el voltaje máximo de treinta TeV produce gran cantidad de gravitones y strangelets. Cuando estas partículas se combinan de un determinado modo que desconocemos perforan el velo de nuestro universo y crean una conexión a través del multiverso hasta otra dimensión. Esto está claro. Aunque todavía no entendemos el funcionamiento del fenómeno, las sucesivas colisiones de alta energía parecen provocar que se propaguen estas conexiones entre gravitones y strangelets, y ahora tenemos dos nódulos de conexión a lo largo del túnel del MAAC. Según mis cálculos, cada nuevo reinicio incrementará el riesgo de que se formen nuevos nódulos en cualquier punto de la red de túneles, es decir, en cualquier lugar alrededor del Gran Londres.

Bitterman señaló a Matthew Coppens y le pidió su opinión. Evitó la severa mirada de Emily y, de mala gana, se mostró de acuerdo con Quint. El siguiente en mojarse fue David Laurent, quien también dijo compartir esa opinión.

—Doctora Loughy, no pretendo ponerla en un aprieto —le aseguró Bitterman—, pero usted es la directora científica y está al mando del proyecto Hércules. Su valoración objetiva tiene mucho peso para mí.

Emily lanzó un profundo suspiro antes de hablar.

—Me gustaría poder estudiar más a fondo los datos, pero no estoy necesariamente en desacuerdo con mis colegas. Dicho lo cual, considero que debemos abordar el problema que nos ocupa con una estrategia para mitigar los riesgos.

—¿Qué tiene en la cabeza? —preguntó Bitterman.

—Durante las seis semanas pasadas se produjeron seis reiniciaciones del colisionador. En la primera fui transportada yo, en la segunda se transportó John, las tres siguientes no produjeron ningún resultado y con la sexta, la de ayer, pudimos regresar nosotros, pero transportó al otro lado a varias personas en dos puntos o nódulos, por utilizar la terminología del doctor Quint. La decisión de reiniciar el MAAC semanalmente durante la misión de John, hasta un total de cuatro veces, era a primera vista razonable. No sabía cuánto tiempo le llevaría localizarme, y sin posibilidad alguna de comunicarse con el laboratorio, se decidió otorgarle cuatro ventanas de oportunidad. Sugiero que para limitar al máximo futuras inestabilidades nos pongamos el límite de un reinicio en cuanto estemos preparados para enviar un equipo de rescate y un único reinicio más para el regreso de cuantos rescatadores y víctimas sea posible reunir, intercambiándolos por todos los moradores del Infierno que se hayan podido capturar.

—¿Cuánto tiempo les concederemos para completar la misión? —preguntó Bates, el director del FBI.

Emily le pidió a John su opinión.

—Yo diría un mes —respondió—. Si todos los desaparecidos siguen en Britania tenemos un escenario manejable, pero si han llevado a algunos por barco al continente, la cosa cambia. Tendremos que conocer la identidad y el historial de todos los desaparecidos en South Ockendon para tener alguna posibilidad de localizarlos.

—¿Y cuándo partirían? —quiso saber Smithwick.

—Lo antes posible —aseguró John—. Cuanto más tardemos, más posibilidades hay de que la gente que ha llegado allí sea dispersada por el continente.

—¿Por qué el continente? —preguntó sir George Lawrence, director general del MI5—. ¿Por qué no podemos dar por hecho que permanecerán en el lugar en el que han aparecido?

—Porque los traficantes de personas están atentos a la aparición de cualquier recién llegado y en cuanto los tasan, los ofrecen al mejor postor —explicó Emily—. No hay nada más exótico y valioso que una persona viva, en especial una mujer viva, y algunos de los mayores postores están en Europa, como ellos llaman al continente.

—Dios bendito —resopló sir George—. Es abominable.

—Creo que nos estamos alejando del tema —intervino Trotter, intentando retomar el control de la reunión.

—Yo no creo que nos estemos alejando del tema en absoluto —replicó Bitterman, y le hizo callar con un gesto—. La decisión final sobre posibles reinicios recaerá sobre las espaldas de dos hombres que no están en esta sala, el presidente de Estados

Unidos y el primer ministro de Gran Bretaña. En caso de que decidiéramos seguir adelante con la muy sensata propuesta de limitación de los riesgos que se ha puesto sobre la mesa, sé cómo plantearla al presidente. No tengo ni la más remota idea de cómo lo hará la secretaria Smithwick con su primer ministro, pero retaría al señor Camp a tener listo el equipo de rescate en el plazo de una semana. Hay mucho que hacer. Debemos recopilar un dossier con los desaparecidos de South Ockendon; preparar una minuciosa entrevista con el señor Camp y la doctora Loughy para conocer mejor a nuestros adversarios; pensar en cómo aprovisionar al equipo de rescate para enfrentarse a todos los desafíos con los que se toparán; y por último, aunque desde luego no menos importante, debemos darle tiempo al señor Camp para recuperarse de la operación y a la doctora Loughy para analizar las posibles opciones de sellado del agujero planteadas por el señor Trotter.

John insistió en que en una semana estaría recuperado por completo y Emily también aseguró que en ese tiempo estaría preparada para partir.

—Yo estaré listo cuando ellos lo estén —añadió Trevor.

Ben levantó la mano y pidió permiso para hablar.

—¿Cómo piensan enfrentarse al reto geográfico de rescatar a dos grupos de personas inocentes, uno en Dartford y el otro en South Ockendon o como se llame eso en el Infierno?

John admitió que iba a ser un reto importante y prometió pensar en ello a fondo.

—En el mejor de los escenarios, encontramos a Arabel, a sus hijos y a Delia enseguida. Los escondemos en alguna casa segura con uno de nosotros haciendo guardia. Y mientras, los otros dos nos dirigimos a South Ockendon, hallamos a los desaparecidos y los traemos de vuelta a Dartford para la evacuación.

—Se me ocurren un montón de cosas que pueden ir muy mal —dijo Ben.

—De acuerdo, no voy a negarlo. Vamos a tener que saber improvisar.

—¿No ha pensado en incorporar más gente al equipo de rescate? —continuó Ben.

John sonrió y preguntó:

—¿Se está presentando voluntario?

Ben bajó la cabeza.

—No exactamente.

—Dado el tiempo de que disponemos antes de la partida, los peligros inherentes de la misión, el necesario secretismo y la destreza operativa que se requiere, creo que tenemos suerte de contar con tres voluntarios listos para partir.

—Dado que no he oído ninguna objeción al plan propuesto por la doctora Loughy y el señor Camp —añadió Bitterman tras agradecer a todos su presencia en la reunión—, creo que debemos solicitar la aprobación para reiniciar el MAAC dentro de una semana.

—Y yo que creía que estaba al mando —murmuró Trotter en un tono lo bastante alto para que todos los presentes lo oyesen.

—Los únicos que están al mando, como usted dice, son el presidente y el primer

ministro —matizó Bitterman elevando bastante el tono—. El resto de nosotros somos humildes consejeros. Una última cosa: estoy convencido de que a mí no me va a hacer ni caso, señor Camp, así que le pido a la doctora Loughy que haga uso de su autoridad y le ordene volver al hospital a recuperarse para los retos que le esperan la semana que viene.

—Gracias, doctor Bitterman —respondió Emily, y sonrió a John—. Eso es precisamente lo que voy a hacer.

Los hombres plantados en mitad del camino dejaron lo que estaban haciendo y miraron hacia la puerta abierta, señalaron a Arabel y gritaron muy excitados.

—¡Mira! ¡Una mujer! —exclamó uno de ellos.

—En la casa de Albert —añadió otro.

—¿Qué les ha pasado a Albert y los suyos? —preguntó un tercero.

Arabel volvió a meterse en la casa y cerró de un portazo.

Los hombres se acercaron corriendo y Delia, que los observaba por la ventana, buscó algo con lo que mantenerlos a raya. Vio un hacha para cortar leña junto a la chimenea y la cogió. Salió con ella entre las manos como si empuñase un rifle.

—¡No os acerquéis! —les advirtió.

Los hombres frenaron en seco.

—Está rolliza —comentó uno.

—A mí me parece estupenda —se rio otro mirándola con lascivia.

—Yo las prefiero más jóvenes —concluyó el último.

El que estaba más cerca de Delia olfateó el aire.

—Esta también está viva, ¿no? ¿Qué diablos está pasando por aquí?

De pronto oyó una voz desde detrás de aquellos individuos.

—¿Delia? ¿Eres tú?

—Me temo que sí, Duck —respondió ella a gritos.

El joven, sin su chándal rojo del Liverpool, se abrió paso hasta ella y la agarró por la cintura.

—Desnudo como el mismísimo Adán —suspiró Delia.

Fabricadas en gran parte con algodón y cachemira, las prendas de Delia habían pasado casi intactas.

—No me puedo creer que estés aquí —dijo Duck—. No estabas en la gran sala cuando me marché. Eso me entristeció, pero ahora estoy contento.

—Ojalá pudiese decir lo mismo. ¿Esos hombres nos van a hacer daño a mí y a mis amigos?

—No si el bueno de Duck está aquí. Desde luego que no. —Soltó a Delia y se dirigió a los aldeanos—. Esta mujer es mi Delia. En la Tierra se portó muy bien conmigo y ahora yo voy a hacer lo mismo con ella aquí. Así que largaos y ocupaos de vuestros asuntos.

Dirk se acercó y la observó.

—Tú debes de ser Dirk —lo saludó—. Tu hermano me ha hablado mucho de ti.

—Gracias por cuidar de él —respondió el joven—, pero confieso que la cabeza me está dando vueltas. Primero John y Emily desaparecen, y entonces Duck vuelve a casa acompañado por más personas vivas. Creo que necesito un buen trago.

—Ella se ha portado de maravilla —repitió Duck—. Es una dama redomada.

—¿Una dama redomada? —preguntó Delia, que por fin dejó el hacha en el suelo —. Te juro que no entiendo la mitad de las cosas que dices.

—Guapa —explicó Duck—. Guapa y justa.

—¿Has dicho que John Camp y Emily Loughty han estado justo aquí? —le preguntó Delia a Dirk.

—Estaban, y de repente han desaparecido —respondió Dirk—. Esta aldea debe de estar embrujada.

Arabel los escuchaba desde el interior de la casa. Les pidió a los niños que no se moviesen y se asomó al exterior. Tenía la boca reseca.

—¿Emily estaba aquí? Dios mío, ni siquiera sé dónde estamos.

—Estaba aquí, Abajo, así es —afirmó Dirk.

—¿Abajo?

—Es como lo llamamos —añadió Duck—. Delia te lo explicará.

—Después —dijo Delia.

—¿Está bien? ¿Emily está bien? —preguntó Arabel.

—Estaba fresca como una rosa —le aseguró Dirk—. ¿La conoces?

—Es mi hermana.

Dirk la observó con atención.

—Veo un aire de familia. Encantado de conocerte, aunque no creo que tú estés encantada de conocerme a mí. Duck es mi hermano. De John Camp, en cambio, no puedo decir que estuviese fresco como una rosa. Había recibido una cuchillada.

—Bueno, gracias a Dios han logrado regresar —murmuró Delia.

Dirk dio un paso hacia la casa.

—Has dicho que habías llegado con amigos. ¿Hay más?

—Dos más —explicó Delia—, y tenéis que prometerme que los vais a tratar con muchísima amabilidad.

—Vale, de acuerdo. Deben ser criaturas delicadas, ¿no?

—Sí, así es. Son niños. Un niño y una niña.

—¿Pequeños? ¿Aquí?

—Me temo que sí. Voy a entrar y los voy a preparar lo mejor que pueda; mientras tanto, Duck, te agradecería mucho que te buscaras algo de ropa.

—¿No quieres que vean su barra de caramelo y sus nuececillas? —preguntó Dirk riéndose.

—No, desde luego que no. Esperad unos minutos.

Delia volvió a entrar en la choza y le pidió a Arabel que se sentase en la desvencijada silla. Habló en voz baja para que Sam y Belle, que estaban en una oscura esquina jugando con una pila de ramitas para encender el fuego, no oyeran lo que decía. Al principio, Arabel no podía o no quería creerla, pero después de varios minutos de pacientes explicaciones comprendió que ni ella ni Delia se habían vuelto locas. En la anterior ocasión el MAAC había enviado a Emily a través de la frontera invisible que separa el mundo que ellas conocían de otro distinto, y ahora eran ellas

las que habían llegado allí.

Al Infierno.

Lloró hasta que Delia le dijo que debía parar. Parar y ser fuerte. Por los niños.

—Sin duda nos vamos a enfrentar a cosas para las que no estamos preparadas — le dijo—. Tendremos miedo. Nos sentiremos horrorizadas. Desesperadas. Pero ten siempre presente una cosa, jovencita: tu hermana y sus colegas ya estarán trabajando en un plan para rescatarnos. ¿Conoces a John Camp?

—He oído hablar de él —respondió Arabel—, pero no lo conozco en persona.

—Bueno, pues John vino hasta aquí para rescatar a tu hermana. Por lo que parece, lo ha logrado. Y si lo ha hecho una vez, lo hará de nuevo. Debemos mantenernos firmes por nuestro bien y el de los niños. Saldremos de esta.

—¿Cómo consigues ser tan fuerte?

—No lo soy tanto como pueda imaginarse por el tono de mis palabras. De hecho, me estoy sorprendiendo a mí misma. Trabajo para el MI5, pero no como agente sobre el terreno. Soy investigadora. Me siento ante un escritorio y un ordenador. Me sacaron de mi cubículo para hacer de niñera de Duck, que apareció en el laboratorio cuando John Camp pasó a este mundo. Pero soy una mujer de armas tomar, como dicen algunos de los jovencitos de mi división. Y lo soy por la vida que he tenido. Mi único hijo murió a la edad de Sam. Mi marido me abandonó. Y yo salí adelante.

—Mi marido también murió —dijo Arabel sin alzar la voz.

—Entonces espero que también tengas la fortaleza necesaria. Vamos. Unamos nuestras fuerzas. Salgamos y enfrentémonos a este mundo extraño y a los brutos que lo pueblan, ¿de acuerdo?

Les llevó más tiempo del que Delia hubiera querido atravesar el embarrado camino. Durante décadas y siglos los hombres de la aldea habían visto llegar a mujeres peculiares. Cuando apareció Emily incluso vieron a una mujer viva, de modo que Arabel y Delia eran un espectáculo, pero no «el espectáculo». Ese honor les correspondía a Sam y Belle, porque ninguno de aquellos tipos había visto jamás a un niño en el Infierno. Al verlos, enmudecieron y los miraron perplejos, sin hacer otra cosa que observar y olfatear, pero pasados los primeros instantes de asombro, trataron de bloquearles el paso y algunos incluso intentaron tocar a los niños, quizá porque no daban crédito a lo que veían.

—Dejadlos en paz, dejadlos pasar —insistió Duck.

Dirk le había prestado sus pantalones bombachos y, aunque seguía a pecho descubierto, a Delia le pareció al menos presentable.

—Niños, mirad hacia delante —les indicó Delia, mientras ella misma intentaba seguir su propio consejo—, y no soltéis la mano de mamá. Estos hombres solo sienten curiosidad. Nunca han visto a unos niños tan adorables.

—Huelen mal —protestó Sam—. Y van muy sucios.

—Sé educado —le regañó Delia—. Aquí nosotros estamos de visita.

Arabel no dijo ni una palabra; tenía el rostro petrificado por el miedo. Agarraba

las manos de sus hijos con toda la fuerza posible sin llegar a hacerles daño.

Cuando se vieron obligados a detenerse, Dirk acudió en su ayuda con un garrote y amenazó con golpear a sus vecinos como había hecho con Woodbourne. El grupo de acosadores se echó hacia atrás y les permitió seguir adelante, pero Sam ralentizó la marcha en dos ocasiones, primero cuando sus deportivas, que habían perdido el velcro, se le salieron y quedaron hundidas en el barro y después cuando se detuvo para preguntarle a un hombre por qué lloraba.

—Hacía mucho tiempo que había olvidado cómo eran los niños... —respondió el tipo, demacrado y cetrino, tras secarse las lágrimas que se deslizaban por su desaliñada barba.

Cuando llegaron a la choza de los dos hermanos, los niños comenzaron a jugar con una pluma de urraca en la cama de Dirk y Delia cayó en la tentación y se apuntó a una jarra de cerveza con los muchachos. Arabel se sentó a la mesa en silencio y volvía la cabeza de vez en cuando para echar un vistazo a sus hijos, mientras Delia lanzaba una retahíla de preguntas.

—¿Aquí estamos a salvo? —quiso saber.

—Pues claro, nosotros no os vamos a hacer daño —respondió Dirk, ofendido por la pregunta.

—No me refiero a vosotros, sino a esos hombres de ahí fuera. ¿Intentarán entrar?

—No lo sé con certeza —reconoció Dirk—. Parece que los peores, Albert y sus colegas, han desaparecido. Quizá han ido a parar al lugar del que venís vosotras. Los demás puede que se envalentonen un poco por la repentina aparición de unas mujeres guapas.

—Eso lo entiendo si hablamos de Arabel, pero no creo que yo le caliente la sangre a nadie —comentó Delia sonriendo.

—No estás tan mal —replicó Dirk.

—Tengo edad suficiente para ser tu madre, y hasta tu abuela —contestó ella, divertida.

—No tenéis que temer nada —les aseguró Duck—. Entre mi hermano y yo nos turnaremos para descansar y vigilaremos a esos rufianes. Los niños pueden dormir en una cama y las dos damas en la otra. Nosotros echaremos una cabezada junto al fuego.

—Creo que no deberíamos salir de aquí —añadió Delia tras darles las gracias—. Se está un poco apretado, pero es lo más seguro. Van a preparar un equipo de rescate y cuando vengan a buscarnos, será aquí adonde lleguen.

—¿Quién va a venir? —preguntó Dirk.

—No sé si Emily, porque ella ya ha pasado lo suyo, pero supongo que John Camp formará parte del grupo de rescate.

—No estaba en muy buenas condiciones cuando se marchó esta mañana —les recordó Dirk.

—¿Estaba muy mal?

—Bueno, tenía fiebre y parecía muy débil. Un vagabundo le había dado una cuchillada.

—Bueno, en ese caso tal vez manden a algún otro —comentó Delia—. Pero gracias a Dios él y la doctora Loughty han podido regresar. —Sabía qué eran los vagabundos por sus conversaciones con Duck en el MAAC, así que preguntó—: ¿Aquí tenemos que preocuparnos por los vagabundos?

—Todo el mundo está preocupado por su posible aparición —reconoció Dirk—, pero no hemos tenido ningún problema reciente con ellos, ¿verdad que no, Duck?

—Ninguno desde hace tiempo —respondió Duck mientras repasaba con la mirada la exigua choza—. Aquí las cosechas son escasas en comparación con otras aldeas.

Todos se sobresaltaron cuando Arabel habló por primera vez.

—¿Cuándo? ¿Cuándo van a venir a rescatarnos?

—No lo sé, querida —susurró Delia con tono amable—. Supongo que antes querrán preparar bien y planificar la misión de rescate. Si conozco cómo funciona aquello, tendrán que superar algunos obstáculos, pero seguro que lo lograrán. Cuando John vino a buscar a Emily, la misión se puso en marcha una semana después de su desaparición. De modo que quizá tengamos que resistir siete días.

—No creo que pueda aguantar aquí tanto tiempo —murmuró Arabel con un hilo de voz—. Queremos volver a casa antes.

—Cuanto antes mejor —añadió Delia acariciándole el brazo.

Con su vocecita, Belle dijo que tenía sed.

—¿Tenéis agua? —preguntó Delia.

Dirk señaló un cubo de madera junto a la chimenea.

—¿Es potable?

—No tiene barro —respondió Dirk.

Delia la inspeccionó y se echó un poco en la palma de la mano para probarla.

—Sabe bien.

Belle dijo que prefería un zumo, pero Delia lavó lo mejor que pudo una taza de madera y se la ofreció. La niña metió la nariz y comenzó a gimotear. Arabel le explicó a la niña que allí no tenían zumos, pero Delia zanjó el asunto con una actitud práctica.

—Ya beberá cuando tenga tanta sed que no pueda aguantarse. Tendrá que adaptarse para sobrevivir. Todos tendremos que hacerlo.

Escucharon el relincho de un caballo que cabalgaba por el barro. Dirk abrió la puerta para echar un vistazo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Duck.

—Alguien se ha marchado a caballo.

—¿Tenemos que preocuparnos? —preguntó Delia.

—Creo que no —dijo Dirk—. Estas idas y venidas son habituales.

El día se les hizo eterno.

Para Delia, lo primero era proporcionarle a Arabel más información sobre la

situación en la que se encontraban. La joven ya había asumido que estaban en una tierra extraña, pero todavía no se sentía preparada para digerir hasta qué punto era singular. La formación religiosa de Arabel le proporcionaba unas difusas nociones sobre el Cielo y el Infierno. Pero este Infierno se hallaba muy lejos del mundo de fuego y azufre que tenía metido en la cabeza. Lo poco que había visto de él era mugriento y áspero, primitivo y desolado.

Mientras Arabel permanecía echada en una de las camas, Delia les pidió a Duck y su hermano que le explicasen los detalles que todavía no conocía, e insistió en que lo hicieran en voz baja para que no lo oyesen los niños. Sirviéndose de sus propias cortas vidas como ejemplo, con el asesinato que habían cometido y su posterior ahorcamiento, le contaron las lamentables consecuencias de sus actos. El sufrimiento eterno. La inacabable vida de ultratumba. La imposibilidad de salvación o liberación. La ausencia de niños, de procreación. La falta de ley y los peligros del lugar, sobre todo por las noches, cuando merodeaban los vagabundos. La penosa y feudal subsistencia de la gente y el poder y la crueldad de la corona. Con cada nueva revelación, Arabel parecía empequeñecer un poco más, sus hombros perdían firmeza y apretaba con más fuerza las rodillas contra el pecho. Cuando ya no soportó seguir escuchando, se dio la vuelta, clavó la mirada en los tablones de la pared y dejó de prestar atención a la conversación.

Delia se armó de coraje haciendo lo que mejor hacía como analista: recopilar hechos. Interrogó a los dos hermanos para reunir toda la información posible sobre el nuevo entorno en el que se encontraban. Ya había recabado muchos datos sobre ese mundo durante el mes que pasó haciendo de niñera de Duck, al que le hizo muchísimas preguntas, pero ahora trató de absorber hasta los detalles más nimios de la vida cotidiana de esa aldea. Se interesó por la historia de cada uno de los residentes en Dartford y sus personalidades. Se informó sobre las fuentes de alimentos, agua y leña. Les preguntó sobre las aldeas y ciudades cercanas, sobre los peligros internos y externos. Quería saber más sobre los soldados del rey y los temidos vagabundos.

Los niños no estaban tan hambrientos como para mostrarse dispuestos a comer de la olla del estofado de Dirk, pero la sed sí que apretaba lo suficiente como para que decidiesen beber agua. A última hora de la tarde ni siquiera se quejaban por tener que salir detrás de la choza para hacer sus necesidades sobre la hierba. Incluso parecieron disfrutar de esa aventura de acampada después de que Delia les pintara la situación de esa forma.

Arabel salió por fin de su estado de catatonia y se dedicó a cortar tiras de una piel de ciervo para hacer con ellas cinturones, cordones y correas para sujetar adecuadamente la ropa. Delia sacrificó una manga de su chaqueta de punto, la relleno de hierba y la cerró con tiras de cuero para convertirla en una dudosa muñeca para Belle. Duck, al percatarse de los celos de Sam, talló un pequeño barco a partir de un tronco y le dijo al niño que, si por la noche llovía, por la mañana buscarían un charco en el que hacerlo navegar.

Cuando llegó el momento de acostar a los niños, ambos se quejaron de las irregularidades de los colchones y de las punzantes puntas de paja que asomaban entre la tela, pero no tardaron en quedarse profundamente dormidos.

Al anoecer, Arabel y Delia se apiñaron sobre el otro estrecho colchón y se dejaron arrastrar por un sueño profundo.

A solas, los dos hermanos se sentaron junto al fuego y bebieron y hablaron en susurros.

—Me alegro de que hayas podido conocer a Delia —reconoció Duck—. Si no, yo te lo hubiera contado todo sobre ella, pero no habría conseguido describirtela correctamente. Durante mi estancia en el otro mundo, ella me ayudó a salir adelante. Fue amable conmigo, muy amable. Al principio todas esas extrañas cosas nuevas me daban mucho miedo, aunque al final me acabé acostumbrando a la excelente comida, a la cama mullida, a la ropa bonita, a los vídeos de dibujos animados, sobre los que te tengo que hablar, y a esa cosa en la que te sentabas para cagar. Solo echaba en falta una cosa.

—¿Qué? —preguntó Dirk.

—Tú, claro, bobo. Te echaba muchísimo de menos.

Dirk sonrió y le sirvió más cerveza a su hermano.

—Bueno, pues ya me tienes otra vez aquí, y yo a ti.

Dirk hizo el primer turno de vigilancia, pero había sido un día agotador y su fuerza de voluntad tenía un límite. No tardó en empezar a roncar junto a Duck. No hubo ningún aviso antes de que la puerta se abriese de una patada y la choza se llenase de soldados y antorchas.

Delia fue la primera en despertarse y lanzó un grito de alarma mientras tiraba con brusquedad de Arabel y los niños, pero ya era tarde para huir y lo único que podían hacer era protegerse en un rincón.

Los soldados vieron las camas y murmuraron sorprendidos.

El último en entrar en la choza fue el individuo que había roto a llorar al ver a los niños, y estaba claro que fue él quien salió del pueblo a caballo en busca de una recompensa.

—Ya le dije que era verdad —le comentó al capitán de la guardia—. Hay mujeres vivas y niños. Todavía no me lo puedo creer. Niños.

—Te juro que te ensartaré la cabeza en un espetón —le susurró Duck al aldeano—. Será lo que recibirás por tu traición.

—Quiero protección después de lo que he hecho —exigió el hombre al capitán—. Arreste a los dos hermanos. No les deje volver a la aldea.

El militar al mando le lanzó un par de monedas y le dijo que se protegiese él mismo. Las monedas le rebotaron en el pecho. Él se inclinó para recogerlas y salió corriendo hacia la noche.

Delia y Arabel se colocaron en actitud protectora delante de la cama de los niños. Sam y Belle seguían dormidos bajo la manta de piel.

—Por favor, dejadlos en paz —imploró Duck.

Dirk vio que miraba el atizador y lo detuvo.

—Duck, no lo hagas. Acabo de recuperarte. Te necesito a mi lado. ¿Lo entiendes?

—Lo siento, Delia —murmuró Duck apesadumbrado—. Tenéis que marcharos con ellos.

—Vamos —urgió el capitán—. Despertad a los niños y traedlos aquí o lo haremos nosotros.

Arabel no pudo contenerse y empezó a llorar.

—¿Adónde vais a llevarnos? —quiso saber Delia.

—No hagas preguntas —le amenazó el capitán.

—Sé adónde os llevan —dijo Dirk—. A...

—Ni una palabra más —le advirtió el militar—, o acabarás troceado en un pudridero.

Delia buscó el rostro de Duck bajo la luz de las antorchas. El muchacho trataba de decirle algo que no les pusiese en peligro a todos, pero no encontraba las palabras. Al final dio un paso al frente y dijo que quería despedirse de Delia con un beso. Antes de que un soldado lo empujase y lo tirase al suelo, logró susurrarle al oído:

—Sé adónde os van a llevar. Cuando vengan a rescataros les diré dónde estáis. Puedes contar con el bueno de Duck.

Una habitación de hospital era un lugar extraño para una reunión estratégica, pero todos los convocados se mostraron de acuerdo en que no existía un sitio convencional para planificar un viaje al Infierno. John asistió a la reunión sentado en un sillón reclinable con una vía intravenosa para los antibióticos. Emily y Trevor se sentaron en la cama, y Ben Wellington prefirió coger una de las sillas para las visitas.

John se pasó los primeros minutos escuchando el discurso de Trevor, que aseguraba que Ben era «un buen tío» y «uno de los nuestros», y sus explicaciones sobre cómo habían rastreado y capturado a Brandon Woodbourne. Pero no estaba dispuesto a recibir a ese tipo sin más, con los brazos abiertos. No le gustaban esos tíos que salían de colegios privados y ascendían hasta lo más alto de los servicios secretos británicos. Había conocido a un montón de ellos cuando era el jefe de seguridad de la embajada estadounidense en Londres. Si un agente no era un soldado de los pies a la cabeza, no resultaba fácil que lograra el respeto de John. Pero pese a todo esto, no tardó en aceptar a Ben. Le pareció inteligente y franco, sin esos aires de superioridad y omnisciencia que, en su opinión, impregnaban a todos los mandos del MI5 y el MI6.

—De acuerdo, puedes quedarte —accedió por fin John, alzando el pulgar.

—Qué alivio —suspiró Ben, e hizo el gesto de secarse el imaginario sudor de la frente—. Me siento bastante avergonzado después de que vosotros tres os hayáis presentado voluntarios para esta misión, como unos héroes, mientras que yo me quedaré aquí a cargo de la seguridad. Si no fuese porque tengo mujer e hijos...

—No hace falta que te disculpes —le cortó John—. Alguien tiene que atrapar a esos habitantes del Infierno. Y no confío en Trotter para hacerlo.

—Me ha parecido un tipo horrible —reconoció Emily.

—Un cabrón baboso —añadió John.

—¿Queréis saber cómo le llaman? —preguntó Trevor.

Ben protestó un poco, porque se lo había contado a Trevor como una confidencia, pero este le quitó importancia con una carcajada y lo desveló.

—Perfecto —dijo Emily entre risas—. Le va como anillo al dedo.

John cogió el cuaderno en el que había estado tomando notas y empezó a explicar el plan.

—Bueno, he estado pensando en lo que podemos hacer para prepararnos. Necesitamos monedas de cambio, algo de valor con lo que comerciar. Información, cooperación, lo que se os ocurra. Sabemos que no podemos llevar con nosotros ni metal ni elementos sintéticos. Lo único de que dispondremos es lo que podamos llevar en nuestras cabezas.

—Por suerte, John tenía conocimientos prácticos sobre metalurgia y municiones —explicó Emily.

—¿Qué tal funcionó eso? —preguntó Trevor.

—Me sirvieron para negociar. Recordé las técnicas de construcción de un tipo de cañón del siglo XIX que mejoraba los que ellos poseían. Me acordé de que las minas suecas producían la mejor materia prima para el acero. Y me las apañé para fabricar unas granadas de mano con un detonador de pedernal. Fue suficiente para conseguir influencias aquí y allá. Pero si nos preparamos bien, podemos hacerlo mucho mejor.

Ben, confundido, negó con la cabeza.

—Me he pasado toda la noche mirando las grabaciones de vuestros interrogatorios. Son tan asombrosos que no tengo palabras, hay un montón de información para digerir. Pero hay una cosa que no acabo de entender, ¿por qué la tecnología es tan primitiva? Supongo que hasta allí llega continuamente gente del mundo moderno, y lo lógico sería que llevasen con ellos los conocimientos sobre la tecnología moderna.

John y Emily cruzaron una mirada y ella le cedió los honores de la explicación.

—La cuestión —empezó John— es que todas las personas que han acabado en el Infierno en los últimos cien o ciento y pico años conocen las innovaciones modernas de las que carecen allí. Son conscientes de que no disponen de red eléctrica ni bombillas, y de que no cuentan con grandes máquinas de vapor, ni mucho menos motores de combustión. Saben que no hay de rifles de repetición o semiautomáticos ni metralletas, y que allí no disponen de plásticos ni de otros materiales sintéticos, ni tampoco de medicinas ni antibióticos. El problema para estos individuos y para el conjunto de la sociedad es que son conscientes de que no disponen de todo eso, pero carecen de los conocimientos necesarios para fabricar todas estas cosas. Piensa en ello. Las personas que se ganan un billete para el Infierno no suelen ser los científicos, ingenieros, inventores o mentes creativas de la Tierra. Seguro que hay excepciones, pero no llega hasta allí una masa crítica suficiente como para hacer evolucionar la tecnología. Por eso están anclados en la tecnología medieval.

—Creo que eso es exactamente lo que ocurre —añadió Emily—. En el interrogatorio de ayer dediqué un buen rato a explicar mi relación con un personaje repugnante, Heinrich Himmler, que estaba obsesionado con hacer evolucionar la tecnología, por usar las palabras de John. Su meta, tanto en vida como una vez muerto, era el dominio militar. Babeaba ante la posibilidad de conseguir una bomba atómica, pero en apariencia poseía muy pocos conocimientos sobre los cientos de miles de elementos tecnológicos que se necesitan antes de lograr la fusión nuclear.

—Otro de sus problemas —continuó John— es que cada país actúa como un estado feudal, con una élite privilegiada y el resto de la población esforzándose por sobrevivir como siervos o esclavos. No hay esperanza, no confían en un futuro mejor. Es un entorno totalmente estéril para la innovación y la iniciativa empresarial.

Ben asintió.

—Los dos habéis dicho que Garibaldi era un líder diferente.

—Lo es —aseveró John—. Muy diferente, un hombre con una capacidad inusual

para ver luz en un mundo sombrío. Pero quién sabe si tendrá alguna oportunidad de llevar a cabo sus sueños. Lo tiene todo en contra.

—¿Qué ideas te rondan por la cabeza, jefe? —preguntó Trevor.

John señaló su ordenador portátil sobre la mesilla de noche.

—Estoy haciendo indagaciones sobre un montón de temas, mejoras prácticas de armas que no requieran de grandes avances tecnológicos. Cosas que podamos desarrollar con rapidez para ofrecerlas a cambio de la ayuda que probablemente necesitaremos para rescatar a los nuestros.

Emily arrugó la nariz, disgustada.

—Lo siento, John, pero lo que les vas a ofrecer es una manera más eficaz de destruirse los unos a los otros. ¿Por qué no les llevamos cosas que les ayuden a mejorar? Tengamos altura de miras.

—¿Como qué? —preguntó él.

—No lo sé. Literatura, poesía, religión.

John se rio.

—Bueno, si eres capaz de memorizar la Biblia en una semana, adelante. Podrás dictarla cuando lleguemos allí.

Emily parpadeó varias veces, un gesto que solía hacer cuando le rondaba por la cabeza una idea interesante.

—¿Por qué no nos limitamos a llevar libros? Mi boceto de Caravaggio pasó. ¿Por qué no van a pasar los libros?

John estaba a punto de hacer un comentario sarcástico sobre el enamoramiento de Caravaggio con Emily, pero se contuvo.

—¿De qué están hechos los libros?

Ben expuso lo obvio: tinta y papel.

—Eso ya lo sé —replicó John con rapidez—. Me refiero a de qué está hecho el papel. De qué está hecha la tinta. ¿Son materiales naturales? ¿Contienen aditivos sintéticos?

Emily se levantó con gesto decidido, agarró el portátil de John y comenzó a buscar. Los demás guardaron silencio mientras ella rastreaba artículos durante unos minutos antes de anunciar, decepcionada:

—Parece que los fabricantes de papel y tinta utilizan un mejunje de bruja compuesto por un montón de aditivos sintéticos. Voy a afinar un poco los parámetros de búsqueda. —Tecléo, leyó y finalmente dijo—: Vaya, parece que hay todo un universo de tintas cien por cien naturales elaboradas con ingredientes vegetales para la impresión comercial y de papeles libres de aditivos, y para los auténticos amantes de los árboles tenemos papel sin papel, hecho de algodón, bambú o incluso piedra.

—Pero ¿qué pasa con cualquiera de los libros de los que puedes comprar en una librería? —preguntó John.

—La mayoría de ellos incorporan aditivos durante el proceso de fabricación —respondió ella.

—¿Hay algún impresor que trabaje con procesos por completo naturales en Reino Unido y que sea capaz de hacer libros? —se interesó John, inclinándose hacia delante y probando con dolor la limitada flexibilidad de los puntos que le habían dado.

—Parece que sí —respondió Emily tras otro minuto de búsqueda—. Son trabajos que hacen por encargo. La mayoría de ellos trabajan para empresas ecológicas, pero supongo que podríamos hacer algunas llamadas.

—Entonces ¿crees que podríais transportar libros? —preguntó Ben.

—Si son por completo naturales, no veo por qué no —respondió John.

—De acuerdo, ¿y de qué libros estamos hablando? —quiso saber Trevor.

John y Emily se miraron y se rieron.

—Supongo que ella propondrá libros sobre cómo estirar el brazo y acariciar a alguien y yo optaré por libros sobre cómo estirar el brazo y machacar a alguien. Hagamos cada uno nuestra lista y después elijamos unos pocos títulos. No podemos llevar una biblioteca entera. Tendremos que viajar rápido y ligeros de equipaje.

—Yo me encargo de que mi equipo localice la imprenta capaz de hacer este trabajo para nosotros de forma segura y rápida —se ofreció Ben.

Acto seguido, John puso sobre la mesa otros de los temas que le preocupaban.

—Trevor, háblame de cualquier tipo de experiencia que hayas tenido con armas no convencionales.

—¿Qué quieres decir con no convencionales?

—Cuchillos para la lucha cuerpo a cuerpo, espadas, hachas, arco y flechas... ese tipo de cosas poco habituales.

Trevor se encogió de hombros.

—En el ejército recibí algo de entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo en espacios reducidos, aunque creo que eso lo trabajé más en la policía. Supongo que puedo apañármelas si no hay más remedio. Espadas, hachas... Debes estar de broma.

—Créeme, donde vamos no es ninguna broma. Una semana no es mucho tiempo, pero te sugiero que te busques un instructor y te sometas a un entrenamiento intensivo. ¿Alguien tiene alguna recomendación?

—Pues resulta —intervino Ben— que el tío al que acudimos en el MI5 para formas de combate no convencionales es una pequeña celebridad. ¿Habéis oído hablar alguna vez de Brian Kilmeade?

—¿El tío que presenta un programa sobre armas medievales en la tele? —preguntó Trevor.

—El mismo.

—¿Es bueno? —quiso saber John.

—He oído hablar maravillas —dijo Ben—. Haré una llamada para ver si podemos contar con él.

—Muy bien. Último tema —anunció John—. Por lo que vi en el campo de batalla en Francia, el rey Enrique sobrevivió. Si lo consiguió, sospecho que habrá regresado a Britania para reagrupar a sus tropas. Y si esto es así, es probable que tengamos que

tratar con él otra vez. Necesito saber más sobre él para tener claro qué botones apretar y cuáles evitar. Necesito información.

—John, entiendo tu planteamiento —respondió Emily con escepticismo—, pero ¿cuántos años vivió?, ¿cincuenta?, ¿sesenta? Y lleva muerto más de quinientos. Esa experiencia le habrá marcado mucho más que su breve paso por la Tierra.

—Tal vez —reconoció John—, pero la personalidad de cada uno se forja en la infancia y la juventud, y no creo que uno la pueda remodelar con facilidad. Fue un bravucón en vida y lo sigue siendo. Necesito encontrar sus fisuras.

—Puedo hacer que nuestros investigadores nos envíen varias biografías seleccionadas.

—No dispongo de tiempo para leer —le cortó John—. Prefiero pasar unas horas con un historiador que conozca a Enrique al dedillo, que haya indagado en la intimidad del personaje.

Ben negó con la cabeza.

—Estoy intentando imaginar cómo le puede describir el MI5 esta petición a un historiador.

—¿Qué tal si le hacéis firmar el Acta de Secretos Oficiales por si acaso, y ya le contaré yo la mejor película que se me ocurra?

—De acuerdo. Localizaré al mayor especialista en Enrique VIII de toda Inglaterra y cursaré la petición.

Una enfermera entró y le cambió a John la bolsa ya agotada del suero con antibiótico. Antes de marcharse le recordó que era hora de la revisión dental. Una vez solos de nuevo, John le preguntó a Trevor si llevaba empastes o coronas.

—¿A qué viene esta pregunta?

—Son sintéticos. Tus empastes no pasarán al otro lado. Yo tuve serios problemas con uno de mis dientes. Hoy me van a hacer una endodoncia o me lo extraerán.

—Pues sí, tengo un par.

—Asegúrate de hacer un hueco en tu agenda para visitar a un dentista antes de que nos vayamos.

—¿Y qué le cuento al dentista?

—Que te vas a un lugar muy remoto durante un largo período de tiempo durante el cual no tendrás acceso ni a médicos ni a dentistas.

—Entendido. ¿Y tú? —le preguntó a Emily—. ¿Qué tal te fue con los piños?

John sonrió y respondió por ella:

—Doña Perfecta jamás ha tenido una caries, ¿verdad que no?

Emily oyó que llamaban a la puerta de su despacho y levantó la mirada. Henry Quint entró con ojos implorantes y le preguntó si tenía un minuto. Con frialdad, ella le señaló la silla.

—Sé lo que piensas sobre mí —empezó Quint.

—¿En serio? Me pregunto si tienes siquiera una vaga idea.

—Creía estar haciendo lo correcto para el proyecto cuando decidí superar los protocolos de energía. Si te sirve de consuelo, no he dejado de torturarme por el problema que he causado. Lo siento, pero debes entender que en un momento u otro hubiéramos acabado llevando el colisionador hasta los treinta TeV.

—¿En serio? Tengo la firme convicción de que la producción de strangelets no es un fenómeno de todo o nada. Sospecho que habríamos descubierto su correlación con la elevación de la energía de colisión, y eso nos habría prevenido de llegar a los treinta TeV.

—Tal vez sí, tal vez no. Ampliar los límites de la ciencia siempre comporta riesgos. Una vez dividido el átomo, ya no hubo marcha atrás. Correspondió a la sociedad decidir qué uso se le daba a esa nueva tecnología.

—Hasta el momento hemos sido capaces de controlar a ese genio de la lámpara —respondió Emily, alzando la voz—. En cambio, con este, no estoy tan segura de que consigamos volver a meterlo en la botella.

—No he venido aquí para discutir.

—¿Y para qué has venido?

—Como sabes, mis funciones han quedado muy mermadas. Me mantienen aquí solo para asegurarse de que no me voy de la lengua. Mi verdadero papel es reunir a un grupo de científicos que nos ayuden a determinar cómo se pueden erradicar los nodos extradimensionales. Quisiera mostrarte la lista preliminar que he elaborado.

Emily cogió el papel y lo leyó.

—Es un buen grupo —reconoció—. Mi única sugerencia sería añadir a Anton Meissner, del MIT, y a Greta Velling, de Berlín.

—Buena idea.

—Solo me gustaría... —Se detuvo a media frase, parpadeó y pareció olvidar lo que estaba diciendo.

—¿Qué te gustaría?

—Que pudiésemos consultar a Paul Loomis. Sus artículos científicos sobre los strangelets siguen siendo lo mejor que se ha escrito sobre el tema.

—Pero no podemos, ¿verdad?

Emily le lanzó una mirada fulminante.

—Debes odiarme con toda tu alma —murmuró Quint mientras recuperaba el papel y se ponía en pie.

—Te lo diré de otro modo, si John no te hubiera partido tu estúpida cara, lo habría hecho yo.

Cameron Loughty dejó la pipa para responder al timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó a su mujer.

—¿Qué?

Cameron no se había dado cuenta de que ella había subido a la planta superior, así que se lo repitió más alto.

—No —respondió la mujer desde arriba de la escalera—. ¿Quién es?

—Te lo diré cuando abra la puerta —replicó él a gritos.

La casa era un confortable edificio de estilo georgiano en el barrio de Newington, en Edimburgo, a tiro de piedra de la universidad en la que Cameron fue profesor de ingeniería hasta su jubilación. Abrió con prudencia, solo una ranura, pero pronto la franqueó de par en par al ver al inofensivo joven flacucho y melencólico con una cartera de mensajero cruzada en bandolera sobre el pecho.

—¿Sí?

—¿Es usted el profesor Loughy? —preguntó el joven.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Giles Farmer, y me preguntaba si sería posible hablar con usted sobre su hija Emily.

Cameron se puso de inmediato a la defensiva.

—¿Quién has dicho que eres?

—Giles Farmer. Soy bloguero.

El anciano se inclinó hacia delante, porque no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Maderero? Pareces muy esmirriado para ese tipo de trabajo.

—No, bloguero. Escribo sobre física en internet.

—Ya veo. ¿Y eres colega o amigo de mi hija?

—No exactamente, verá...

—Lo siento. No tengo nada que decir.

—No le robaré más de un minuto. He venido desde Londres para hablar con usted.

—Deberías haber telefoneado primero.

—No sabe la de veces que lo he intentado.

—No solemos descolgar el teléfono a menos que reconozcamos el número. ¿Qué es lo que quieres?

—Escribo sobre los riesgos potenciales de los colisionadores de alta energía como el MAAC de Dartford. Cuando sucedió el incidente del mes pasado, le escribí un correo electrónico y telefoneé a su hija un montón de veces, pero siempre me decían que no podía atenderme. Ayer lo volví a intentar, porque me había llegado información de la gente que monitoriza la red eléctrica del Gran Londres que habían detectado otro breve reinicio del MAAC. El hecho es que ella descolgó el teléfono enseguida, pero me colgó en cuanto le dije quién era yo.

—Yo estoy a punto de hacer lo mismo con la puerta.

—Lo raro del asunto es que ella y yo habíamos hablado un montón de veces en el pasado y, aunque nunca nos habíamos visto en persona, siempre se había mostrado muy amable conmigo, me trataba como un colega. Me consta que respeta al menos una parte de mis escritos. Enseño física en la universidad. El apagón informativo

sobre el MAAC es muy inquietante, y ahora esto. Yo esperaba que usted...

—Escucha, nos han dicho que no hablemos con nadie ni sobre Emily ni sobre el colisionador, así que te voy a tener que dejar.

El profesor cerró la puerta sin contemplaciones, pero creyó oír al joven preguntándole desde el otro lado:

—¿Quién le dijo que no hablase sobre el MAAC? ¿Qué intentan ocultar?

Dos agentes de la unidad armada de la policía de Essex permanecieron ante la casa adosada en actitud relajada. El vehículo dobló la esquina y avanzó por la calle desierta que atravesaba la evacuada urbanización de South Ockendon. Cuando el furgón policial se detuvo cerca de ellos, su sargento se apeó de un salto. El ruido del tráfico de la cercana autovía M25 le obligó a alzar la voz.

—¿A qué esperáis?

—¿Se da cuenta de que esta casa ya la hemos registrado dos veces? —protestó uno de los agentes.

—La registraremos otra vez —respondió el sargento—. Yo cumplo órdenes y vosotros cumplís las mías, ¿de acuerdo?

—Ya lo he preguntado antes —añadió el otro agente—, pero ¿tenemos más información sobre qué es exactamente lo que estamos buscando?

—Yo solo sé lo que me han dicho, y lo que me han dicho es que hay que ponerlo todo patas arriba. Registrad esta casa y las tres siguientes del lado oeste de la calle e informadme. Revisad todas las habitaciones, todas las alacenas, todos los armarios.

Un Land Rover con pintura de camuflaje, seguido por una formación de hombres a pie, avanzaba por la calle.

—Todavía no entiendo qué demonios hace el ejército aquí —murmuró el primer agente—. ¿Y por qué están soltando toda esa sarta de tonterías sobre bioterrorismo mientras nosotros nos paseamos por aquí sin equipo de protección?

El sargento parecía muy disgustado por la situación.

—Dejad de hacer preguntas y empezad a registrar.

La puerta de la calle estaba abierta, tal como la policía la había dejado tras el anterior registro. Después de anunciar su presencia con un mecánico «Policía», los dos agentes entraron y empezaron por el salón, sin separar el dedo del gatillo de sus fusiles de asalto. El único lugar en el que ocultarse era allí detrás del sofá, un escondrijo que quedó descartado tras una rápida ojeada.

—La cocina —dijo uno de ellos.

Encima de la mesa estaban los platos de un almuerzo interrumpido de forma precipitada hacía un par de días. Abrieron y cerraron las puertas de la despensa y del armario de las escobas antes de pasar al cuarto de la plancha, el armario de la planta baja y la pequeña sala de estar con las cortinas corridas.

Uno de los agentes encendió la luz del techo y señaló unas bolsas de patatas fritas vacías y envoltorios de chokolatinas que había en el suelo, junto a una silla.

—¿Eso estaba ahí la última vez?

—No lo recuerdo.

—Yo tampoco. A estas alturas todas estas casas me parecen iguales. Vamos arriba.

En el dormitorio principal había una pared con armarios de lado a lado.

La cama estaba deshecha.

Uno de los agentes olfateó el aire y arrugó la nariz.

—¿Hueles eso?

—Sí. Menuda peste. Quizá se dejaron al gato y la ha palmado.

Abrió el armario que tenía más cerca mientras el otro agente se arrodillaba y miraba debajo de la cama.

El cuchillo de cocina se hundió en la carne de su hombro, a un milímetro de su chaleco antibalas.

Lanzó un alarido de dolor y pánico, y disparó varias veces su 9 mm sin dar en el blanco.

Su compañero se volvió y se encontró ante un joven de mirada enloquecida que empuñaba un cuchillo ensangrentado.

—Tira el arma —le gritó.

El tipo salió corriendo del armario. El agente le disparó y le dio por debajo del diafragma, pero el individuo siguió avanzando. En lugar de matarlo de un tiro en el pecho o la cabeza, lo tumbó de un fuerte golpe en la frente con la culata de acero de su fusil de asalto.

—¿Estás bien, colega?

El agente estaba sentado en la cama, apretándose el hombro con la mano para cortar la hemorragia.

—Sí. Pásame una toalla o algo parecido y pide una ambulancia antes de que nos desangremos los dos. Joder, al final no era un gato muerto. Es este tío el que huele que apesta.

—¿Ya ha salido del quirófano? —le preguntó Ben al agente del MI5 que hacía guardia en la zona de espera frente a la sala de recuperación.

—Hace cinco minutos.

—¿Y?

—El médico me ha dicho que está grave, pero que vivirá, lo cual...

El joven se interrumpió, y estaba a punto de añadir algo cuando Ben, temeroso de que alguien los oyese, le indicó con un gesto que no hablara. En la sala había varias personas más aguardando noticias de un familiar.

—No digas lo que estás pensando, ¿de acuerdo? —le pidió Ben.

Sabía lo que pasaba por la cabeza de su colega.

«¿Cómo puede vivir cuando ya está muerto?»

El cirujano, un tal Perkins, se había percatado de dos peculiaridades del paciente, el señor X, más allá de que hubiera recibido un disparo de un agente de policía. La primera era que le habían informado de que se trataba de un caso relacionado con la seguridad nacional. La segunda era que pese a la concienzuda limpieza antiséptica

antes y después de la operación, las manos le olían a podredumbre. Con una mezcla de irritación y curiosidad, aceptó hablar con Ben en su despacho.

El doctor, acostumbrado a tener siempre el control de la situación, preguntó a bocajarro:

—¿De qué va todo esto?

Ben le respondió con otra pregunta:

—¿De qué naturaleza eran las heridas?

—Solo puedo informar de su estado a los familiares directos. Y no creo que usted lo sea.

—En efecto.

—Entonces me temo que hemos terminado.

—¿Está consciente?

—Todavía no. Y aquí se acaba nuestra conversación.

—En absoluto. Esta es una situación especial relacionada con la seguridad nacional —le recordó Ben impasible—. Permítame que le explique lo que va a suceder a partir de ahora. En primer lugar, me va a proporcionar información sobre su condición y pronóstico. Después lo va a transferir a una habitación privada antes de que pueda comunicarse con nadie. Ni usted ni nadie del personal del hospital lo volverán a tratar. Será confinado en cuarentena bajo vigilancia de guardias armados ante su puerta. Un equipo de médicos y enfermeras del MI5 llegará aquí de un momento a otro. Les informará usted sobre las curas que ha realizado. Ellos se encargarán en exclusiva del paciente hasta que podamos llevárnoslo de aquí. ¿Le ha quedado todo claro?

—¿Quién se cree que es? ¡Salga de mi despacho! —exclamó furioso el cirujano—. Voy a llamar inmediatamente al director del centro para que impida el paso a las instalaciones a usted y a los suyos.

Ben sacó una carta del bolsillo de la pechera y se la tendió al médico.

—Esto es para usted —dijo. Esperó a que abriera el sobre antes de continuar—. Está firmada conjuntamente por el ministro del interior y el de sanidad. Explica lo que le acabo de contar con un montón de tecnicismos legales más. Si este asunto no fuese de la máxima urgencia, habría sido mucho más educado. No soy por naturaleza una persona agresiva. Pero me temo que va a tener que hacer lo que le he dicho.

El cirujano permaneció sentado tras el escritorio mientras leía la carta. Cuando terminó, levantó la mirada y preguntó:

—¿Quién demonios es ese tío?

—Es una gran amenaza para este país, eso es lo que es.

—¿Dónde está? —preguntó John arqueando las cejas.

—Cuatro plantas por debajo de nosotros, en la sala de postoperatorio —respondió Ben con deliberada impavidez—. Ordené que lo trajesen a este hospital para matar

dos pájaros de un tiro.

—Muy gracioso.

—En breve lo trasladarán a una habitación en la sexta planta. Cuando esté en condiciones de hablar, quiero que asistas al interrogatorio.

—¿Sabéis algo sobre él?

—Nada, aparte del hedor que desprende. Está extremadamente delgado, apenas tiene carne sobre los huesos, la dentadura en mal estado, el cabello ralo y la piel reseca. Me han dicho que parece desnutrido. Es joven, poco más que un adolescente. Aparte de todo eso, sabía manejar un cuchillo. Es todo lo que sabemos.

—La mayoría de ellos, los que viven fuera de los palacios, responden a esa descripción. El entorno es muy hostil. Todos acaban teniendo mal aspecto.

—Probablemente no muy distinto del que debían de tener los campesinos de la Edad Media.

—Solo que algunos de ellos llevan allí cientos de años —matizó John antes de cambiar de tema—. Bueno, de modo que este es el primero que hemos capturado, ¿no?

Ben asintió.

—Exacto. Se había escondido delante de nuestras narices en una de las casas vacías de la urbanización. Las hemos vuelto a registrar todas, pero parece que el resto se ha esfumado. Si el comportamiento de Brandon Woodbourne sirve como pauta, es posible que los que quedan libres hayan tomado rehenes en casas o en edificios abandonados en cualquier parte de un radio indeterminado.

John se puso la mano en el costado para minimizar el dolor cuando presintió que iba a toser.

—Si han secuestrado a alguien en su coche, o si son lo suficientemente modernos como para saber conducir, a estas alturas podrían estar en cualquier parte de Inglaterra.

—¿Te has enterado de cómo están tratando el tema los medios?

—Sí, he visto un rato la televisión.

—Entonces sabrás que han empezado a aparecer algunas fisuras en nuestra historia de una célula terrorista y de amenaza bioterrorista en la urbanización. Pese a nuestro apagón informativo y a que hemos prohibido sobrevolar la zona, algunos periodistas han utilizado el Google Street View y el catastro para poner nombres y caras a todos los vecinos de las casas sometidas a cuarentena y han emitido entusiasmados los detalles. Todas las familias llevan allí mucho tiempo y no hay ningún arrendatario. Han localizado a varias de las personas evacuadas que habíamos alojado en hoteles, y les han contado que no había sucedido nada sospechoso en el vecindario hasta aproximadamente las diez de la mañana, cuando un grupo de hombres y mujeres mugrientos y apestosos han empezado a merodear por la urbanización, amenazándolos, asaltando las casas y robando todo lo que se les ponía a tiro. Eso sucedió, claro está, antes de que llegase la policía local y después las

unidades tácticas. De modo que se han generado serias dudas sobre qué tiene que ver todo esto con una operación antiterrorista.

—Si habéis lanzado esa patraña —dijo John—, tenéis que seguir sosteniendo la misma historia. ¿Hay alguna información nueva sobre cuánta gente ha desaparecido?

—Ya son ocho las personas que no hemos conseguido localizar. Un médico y el arquitecto que vivía con él. En la casa contigua había cuatro albañiles realizando unas reformas y una empleada del ayuntamiento llevando a cabo una inspección eléctrica. Y después tenemos a un ama de casa en un tercer edificio cercano.

—Lo cual significa que tenemos entre nosotros a ocho moradores del Infierno, si la pauta de intercambio de uno por uno sigue vigente.

—Es la hipótesis con la que trabajamos. Con uno ya bajo custodia, nos quedan siete por localizar.

—Siete individuos extremadamente peligrosos —le recordó con tono preocupado.

—Te aseguro que no descansaré hasta que los haya atrapado a todos —repuso Ben.

John lo miró para confirmarle que sabía que haría todo lo que estuviera en su mano.

—No sé por quién temo más —añadió con un suspiro—, si por la gente que se cruce aquí con los moradores del Infierno o por los doce pobres desgraciados de Dartford y South Ockendon que esta mañana se han despertado condenados a pasar un día más en el Infierno.

ErEran ocho, dispersos en tres grupos en medio de un anodino campo de hierba alta. El primer grupo lo formaban dos hombres, ambos cuarentones. A veinte metros de ellos había otros cuatro hombres, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los sesenta años, y una mujer en la cincuentena. Y otros veinte metros más allá se veía a una treintañera sola.

El día era gris y ventoso, y la hierba alta se ondulaba en un oleaje entre verde y amarillo. A lo lejos, a varios cientos de metros, se divisaba un espeso bosque. En el cielo un solitario halcón volaba en círculos. Nadie decía ni una palabra, pero todos, excepto uno de ellos, se comportaban de un modo casi idéntico. Inexpresivos y boquiabiertos, daban vueltas y aplastaban la hierba, tratando de localizar las casas y las calles que hacía solo un instante estaban allí. El único que actuaba de una manera diferente era el hombre de más edad del segundo grupo, que se dejó caer sobre la hierba con un grito desgarrador.

—Martin, ¿qué está pasando? —preguntó uno de los hombres más adelantados a su compañero—. Por el amor de Dios, ¿qué es esto?

—Tony, no tengo ni la más remota idea.

Martin era alto y apuesto, y mantenía una postura erguida resultado de años dedicados a su afición por los bailes de salón. Tony era más bajo, más musculoso y de carácter mucho más inestable.

Empezó a hiperventilar.

—¿Estamos muertos?

Para Martin la idea no resultaba tan ridícula como podía parecer, de modo que hizo lo que cualquier médico hubiese hecho en su lugar. Se buscó el pulso en el cuello. Lo tenía más acelerado de lo habitual, pero ahí seguía.

—Por supuesto que no estamos muertos. Tranquilízate o vas a acabar desquiciándote.

Tony se sentó y se agarró las rodillas con las manos para contrarrestar la creciente debilidad que notaba. Fue entonces cuando se percató de que los pantalones de licra de ciclista que llevaba habían desaparecido y los calzoncillos le quedaban muy flojos.

—¿Dónde están mis pantalones? —susurró.

Martin había tenido más suerte. Sus chinos seguían en su sitio, aunque les había desaparecido la cremallera y a su camisa tipo Oxford, los botones. Un insecto revoloteó cerca de su oreja y cuando lo apartó con la mano se dio cuenta de que el pendiente tampoco estaba en su lugar.

—Que se hayan evaporado nuestra casa y nuestro vecindario es mucho más grave que el hecho de que hayas perdido los pantalones. Ven, vamos a hablar con los demás.

Los componentes del segundo grupo adoptaron una actitud defensiva mientras

Tony y Martin se acercaban. El hombre más corpulento, vestido con un peto bajo el que emergía una voluminosa panza, les señaló y les gritó:

—¡En, vosotros dos, no os acerquéis más!

—¿Por qué no? —preguntó Martin.

—Porque no sabemos quiénes sois ni cuáles son vuestras intenciones.

—Yo soy Martin Hardcastle, del número catorce, y él es Tony Krause. Nuestra única intención es averiguar qué nos ha sucedido.

—¿Sois los vecinos del catorce? —insistió el tipo.

—No puedo señalar la casa para confirmarlo, pero sí, vivimos allí.

—Nosotros estábamos trabajando en el número dieciséis.

—Ah, sois los albañiles. Llevamos desde la semana pasada oyendo el jaleo que armáis.

—De acuerdo, podéis acercaros —accedió, e hizo un gesto para confirmar la invitación—. Me llamo Jack. Soy el dueño de la empresa de reformas. Estos son mis hijos y ese de ahí mi padre. —Señaló al hombre de más edad que, sentado en el suelo, hacía un gesto de dolor.

La robusta mujer de mediana edad parpadeó varias veces, como si fuese la única que considerase que presentarse formalmente en estas circunstancias era absurdo, pero cedió.

—Yo soy Alice Hart. Trabajo para el ayuntamiento, inspecciono la electricidad.

—¿Y qué pinta tiene? —preguntó Martin.

—¿Qué pinta tiene el qué?

—La electricidad.

A nadie le hizo gracia la broma, así que se disculpó y empezaron a preguntarse los unos a los otros qué estaba pasando.

—Tiene que haber alguna explicación racional —aseguró Tony.

—Alienígenas —propuso el hijo pequeño de Jack—. Hemos sido abducidos por extraterrestres. En YouTube hay un montón de vídeos sobre eso.

La mujer que permanecía apartada del resto se acercó. Tenía el cabello oscuro y la piel muy pálida, iba descalza y sostenía una toalla contra el cuello para ocultar su desnudez. Cuando llegó a unos metros de los demás, se detuvo. Estaba llorando.

—¿No es Tracy, la del número dieciocho? —preguntó Tony.

—Tranquila, tranquila, cariño, soy Alice. Ven. Aquí todos somos amigos. Estamos intentando averiguar qué nos ha sucedido.

—Hola, Tracy —la saludó Martin—. Soy el doctor Hardcastle, del número catorce. Todo irá bien. Tiene que haber alguna explicación.

—¿Qué tipo de doctor eres? —preguntó Jack.

—Soy médico.

—¿Puedes echarle un vistazo a mi padre?

Martin se arrodilló junto al anciano y le preguntó qué le sucedía.

—Es la cadera —se quejó.

—Ya veo. ¿Le ha empezado a doler de repente?

—Sí, de repente —respondió desesperado—. Desde que me operaron, estaba perfecto.

—Ya veo. ¿Por qué le operaron?

—Para reemplazarme la cadera, claro. Hace dos años.

—¿Me permite? —Martin le hizo estirarse boca arriba y le palpó el costado derecho de la pelvis y después el izquierdo—. ¿Qué tipo de prótesis le pusieron?

—De titanio.

Martin le ayudó a incorporarse, lo sentó en el suelo y se puso de pie, murmurando para sí mismo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jack.

—La prótesis ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —repitió el hijo mayor de Jack.

—Que ha desaparecido, igual que todas nuestras cremalleras, igual que todos nuestros botones, que también se han esfumado. Lo mismo que mi pendiente y mi reloj.

—También me han desaparecido los puentes —se lamentó el anciano, señalándose los huecos entre los dientes.

—Yo también tengo huecos entre los dientes —comentó Jack—. Y tampoco está mi reloj.

—¿El que te regaló mamá? —le preguntó su hijo pequeño mientras se palpaba el bolsillo trasero—. Eh, me ha desaparecido la cartera.

—Yo en cambio tengo la mía —anunció Martin después de comprobarlo. Sacó la cartera de cuero y descubrió que estaba vacía, las tarjetas de crédito y el dinero habían desaparecido—. ¿De qué material era la tuya?

—Supongo que de nailon —respondió.

Tony empezó a hiperventilar otra vez.

—Esto es muy raro. Es demasiado.

—¿Dónde están mis hijos? —inquirió Tracy aturdida.

—¿Estaban en la casa? —le preguntó Alice.

—No, en el colegio.

—Mejor para ellos. Estoy segura de que allí están sanos y salvos.

—¿Y si no los vuelvo a ver nunca más?

—No digas eso —replicó Alice—. Saldremos de aquí y volveremos a donde deberíamos estar.

—Quizá nos están gastando una broma pesada —sugirió el hijo pequeño de Jack—. Para un programa de televisión o una película.

Su hermano entornó los ojos.

—Pensaba que tu teoría era la abducción por alienígenas.

—No me recrimines que piense en todas las posibilidades. Nadie está proponiendo ninguna idea mejor, ¿verdad que no?

—Bueno, es una idea estúpida. Ni siquiera David Copperfield es capaz de hacer desaparecer una urbanización entera.

—¿Pueden habernos drogado? —planteó Tony entre dos respiraciones aceleradas.

—¿Quieres decir que nos hayan dado algo que nos provoque una alucinación colectiva? —inquirió Martin—. No me consta que exista una droga capaz de lograr algo así.

—Quizá sea un arma del ejército. Alguna mierda secreta que están probando con nosotros —apuntó el hijo pequeño de Jack.

Martin le dirigió un gesto de asentimiento.

—Parece que eres el que tiene más imaginación de todos nosotros. Sigue pensando opciones. ¿Cómo te llamas?

—Charlie.

Su hermano mayor también se presentó:

—Yo soy Eddie.

Martin les estrechó la mano a ambos.

—El hombre que está hiperventilando es Tony. Con lo que ya solo queda por conocer a nuestro paciente.

—Jack sénior —graznó el hombre sentado en el suelo.

—Bueno —continuó Martin—, dudo que encontremos alguna respuesta si nos quedamos plantados en mitad de este prado. Quizá deberíamos dividirnos en dos grupos. Uno que se quede con Jack sénior y el otro que intente encontrar ayuda.

Jack se ajustó el peto hasta que consiguió que los pantalones no se le cayesen y dijo:

—Creo que deberíamos mantenernos juntos.

—Puedo cargar con el abuelo a caballito —propuso Charlie.

—De acuerdo —accedió Martin, que de forma tácita había asumido el liderazgo del grupo—. Tenemos que elegir qué dirección tomamos. Creo que estamos frente a donde antes estaba nuestra calle; el este está en esa dirección. Hacia el este, el oeste y el sur no hay más que prados. Hacia el norte, se divisa un bosque. ¿Alguna sugerencia?

Nadie abrió la boca.

—Esperad un momento. —Algo había captado la atención de Martin, que avanzó varios metros en solitario antes de regresar con el grupo—. Allí la hierba está aplastada. Hay un sendero que conduce hacia los árboles. Creo que deberíamos dirigirnos hacia allí. Tal vez encontremos ayuda en esa dirección.

Sin más, emprendieron el camino.

La temperatura era suave, el aire estaba cargado de humedad y empezó a lloviznar antes de que llegasen a los árboles, por lo que se apresuraron a buscar refugio. Una vez dentro del bosque, la densa capa de hojas retenía la mayor parte de la tenue lluvia y pudieron permanecer secos en la penumbra. Aunque Tracy iba descalza, el suelo era mullido y la gruesa capa de hojas en descomposición lo hacía todavía más

esponjoso. Charlie dejó a Jack sénior en el suelo y estiró los músculos de los hombros.

—¿Por dónde seguimos? —preguntó Tony.

Martin les pidió que esperasen allí mientras él hacía un rápido reconocimiento del terreno y desapareció entre la frondosa vegetación. Pasaron varios tensos minutos antes de que regresase y anunciase que había dado con un sendero.

—Al menos creo que es un camino. No he visto ninguna huella, pero parece que por ahí pasa gente.

Durante este nuevo tramo fue Eddie quien cargó con su abuelo. Siguieron a Martin hasta el estrecho sendero en el que las hojas caídas parecían incrustadas en el suelo. Con los dos jóvenes hermanos turnándose para llevar a Jack sénior, caminaron durante una hora, sin dejar de pensar en ningún momento si habían hecho bien adentrándose en aquel bosque.

—No entiendo cómo es posible que todo lo que conocemos haya desaparecido —comentó Jack—. Tengo la sensación de estar en un sueño.

—Esta mañana no me encontraba muy bien —dijo Alice—. Me dolía un poco la garganta y he estado a punto de avisar de que no iba a trabajar, pero tenía que hacer la inspección, así que he decidido ir a pesar de todo. Ha sido la peor decisión de mi vida.

—Quizá seamos los que hemos tenido más suerte —aventuró Eddie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie.

—Quizá seamos las únicas personas que quedan en el mundo. Quizá todos los demás han muerto y somos los únicos supervivientes.

Tracy empezó a lloriquear.

—Mis hijos. ¿Me estás diciendo que han muerto?

Alice intervino para cortar de raíz esa idea.

—Dejad de decir tonterías. Por supuesto que no están muertos. Nadie ha muerto.

—Sí, cierra la boca —regañó Jack a su hijo—. No seas cenizo. ¿No ves que esta mujer lo está pasando mal?

Martin se detuvo y se llevó la mano a la oreja.

—¿Lo habéis oído?

—¿Oír el qué? —preguntó Tony.

—Un curso de agua.

Cien metros más allá, el sendero desembocaba en un río poco profundo de agua transparente. Martin se acuclilló en la orilla y recogió agua con las manos. La probó, decidió que era potable y todos bebieron. Mientras descansaban, Martin atravesó el río y comprobó que el camino continuaba al otro lado. Cuando regresó, inició un debate sobre si seguir adelante o regresar por donde habían venido. Nadie parecía tener ganas de volver atrás, pero Martin dejó claro que quería que las decisiones se tomaran de un modo democrático.

—No tengo ninguna intención de convertirme en el líder —aseguró.

—Mejor que lo seas tú y no mi hermano —comentó Eddie—. Con sus ideas sobre alienígenas y programas de televisión nos acabaría haciendo ladrar mirando a la luna. Tú eres médico. Eres una persona con una buena formación.

—Tony es arquitecto —dijo Martin—. Ha ido a mejores universidades que yo.

—Puede ser, pero no es una persona a la que calificaría de sólida como una roca —expuso Jack—. Te prefiero a ti, doctor.

—Desde luego, escuchad a Martin —corroboró Tony sin atisbo de resentimiento—. Yo no tengo ni idea de qué debemos hacer. Ni la más remota. Dios mío, daría cualquier cosa por una taza de té.

—De acuerdo. —Martin aceptó el liderato—. Vamos a seguir adelante.

Eddie ayudó a Jack sénior a encaramarse a la espalda de Charlie y cruzaron el río en fila india.

Se oyó un sonido agudo, como el zumbido de un insecto de gran tamaño.

Después otro.

Y otro más, pero esta vez el sonido acabó con un golpe seco y un quejido.

Jack sénior dejó de agarrarse al cuello de Charlie y cayó al río. El agua transparente se tiñó de rojo.

—¡Abuelo! —gritó Charlie.

Martin se volvió y vio al anciano boca abajo con una larga flecha clavada en la espalda. El instinto de supervivencia del médico prevaleció por encima de su deber profesional.

—¡Corred! —gritó—. ¡Corred por vuestras vidas!

El coche era demasiado pequeño para los siete, pero la comodidad no se encontraba entre sus prioridades. Lo único que calmaba la tensión de esos hombres era la oscuridad.

La oscuridad era su aliada. A fin de cuentas, ellos eran los dueños de la noche, al menos en su mundo.

Las dos mujeres no contaban con ese consuelo.

El conductor era el menos asustado de los hombres. Jamás hubiera imaginado que volvería a conducir un coche, y después de los primeros treinta kilómetros por la autopista se relajó lo suficiente como para disfrutarlo. Los coches de su época eran más sencillos, pero no muy diferentes. Este tenía acelerador, freno, embrague y cambio de marcha. ¿Qué más necesitaba? Trató de ignorar el resplandeciente y confuso panel digital. Indicaba que el depósito estaba lleno, aunque ninguno de ellos sabía cuánto les duraría.

Llevaba en el bolsillo cinco billetes de veinte libras que había robado y le resultó muy reconfortante y sorprendente que el retrato de Isabel apareciese todavía en ellos. Pensó que con cien libras sería más que suficiente para llegar hasta John O’Groats y pedir todos los filetes y cervezas que pudieran tragar. Tal vez más tarde intentaría encender la radio. No necesitaba buscar un mapa en la guantera, porque había uno en el tablero de mandos con un círculo que se movía y que dedujo que era su coche. ¡Qué maravilla! ¿Qué otras sorpresas le reservaba? Y, además, ¿qué clase de nombre para un vehículo era Hyundai?

El hombre que iba a su lado en el asiento del copiloto no soportaba mirar por el parabrisas o las ventanillas. Talley mantenía fija la vista en su regazo y los pies clavados en el suelo, junto a los ensangrentados cuchillos.

—¿Y la botella? —preguntó con los dientes apretados.

—La tengo yo —respondió Barrow desde el asiento trasero.

—Pásamela.

Talley intentó descorcharla, pero se dio cuenta de su error y bregó con el tapón de rosca, una invención muy posterior a la última vez que había bebido de una botella.

—Este brebaje no está nada mal. ¿Cómo me has dicho que se llama?

El conductor, Lucas Hathaway, le dijo que era whisky escocés.

—Aquí el papeo también es muy bueno —añadió Barrow, recordando el festín que se habían dado en la última casa que habían invadido. Después de asesinar a una familia en Upminster, habían arrasado la despensa y comido hasta reventar—. Es tan bueno y abundante que no tenemos necesidad de comernos a nadie.

El comentario provocó carcajadas. Ellos eran caníbales. En su mundo comían lo que encontraban por la noche: caballos, cerdos, seres humanos, todo valía.

—Nos vamos a volver gordos y vagos.

El comentario llegó desde el maletero del monovolumen y procedía de un tipo llamado Chambers, que iba apretujado junto a Youngblood, otro bruto mugriento.

Se enfrascaron en una animada conversación sobre las en apariencia inagotables provisiones de la Tierra. Resultaba un tema más estimulante que tratar de averiguar el motivo por el que, sin previo aviso, habían regresado al mundo de los vivos.

Por primera vez desde hacía horas, una de las dos mujeres que viajaban en el asiento trasero tomó la palabra. Christine, una treintañera, estaba sentada en medio, junto a Barrow.

—Por favor, dejadnos marchar —suplicó—. No nos necesitáis. Lo único que hacemos es retrasaros.

Las dos mujeres habían salido del pueblo de South Ockendon para buscar agua en un arroyo cercano dos días atrás, una circunstancia que ahora parecía muy lejana. Media mañana era el momento más seguro del día. Habían recorrido ese mismo camino a través del bosque incontables veces durante los treinta años que llevaban en el Infierno y rara vez se topaban con alguien que no fuese algún aldeano bañándose o dando de beber a su caballo.

Esa fatídica mañana se les acabó su larga racha de suerte. Talley y su banda de vagabundos cruzaban el bosque después de haber estado buscando comida por la noche cerca de la aldea. Fue Talley el que las descubrió y, tras comprobar que estaban solas, se lanzó sobre ellas. Hathaway y los demás lo siguieron y las persiguieron hasta el claro.

Los seis hombres las alcanzaron en el prado. Hathaway estaba sediento de sangre y los vagabundos se preparaban para violarlas y hacer cosas peores cuando de repente ya no se hallaban en el prado, sino en el interior de una enorme casa desconocida, llena de objetos y muebles que las dos mujeres y Hathaway reconocieron, pero los demás no.

—Me ofende que no apreciéis nuestra compañía —respondió Talley.

—No nos relacionamos con vagabundos —sentenció Molly.

—Bueno, pues tal vez deberíais hacerlo —dijo Barrow—. Nosotros somos hombres de verdad, no granjeros blandengues como los de vuestra aldea.

—Hombres de verdad que asesinan y comen carne humana —le cortó Molly.

—No les provoques —susurró Christine.

Y Talley repitió:

—Exacto, no nos provoques. Ni te imaginas de lo que somos capaces.

A Hathaway ese comentario le pareció graciosísimo.

Pero Christine insistió:

—Por favor, os suplico que detengáis el coche en el próximo cruce y nos dejéis bajar.

—¿Y qué pensáis hacer? —les preguntó Talley—. No tenéis adónde ir. Este mundo ya no es el vuestro. Tenéis más cosas en común con nosotros que con ellos. Sois malvadas. Nosotros somos malvados.

—Malvadas y macizas —añadió Youngblood, y estiró la mano para magrear el pecho de Molly.

Ella le mordió el mugriento antebrazo y él lanzó un grito que taparon las carcajadas de sus colegas.

Talley se volvió hacia ella.

—Parece que a ti también te gusta la carne humana. Así que no os pongáis en plan señoritingas. Os quedáis con nosotros. Mientras haya comida en abundancia, no os devoraremos, pero tened claro que nos daremos un revolcón con vosotras cada vez que nos apetezca.

—A mí me apetece ahora —gimoteó Youngblood.

—No hay sitio para eso en esta caja rodante —dijo Chambers.

—Me pido el primer polvo con ella, ya que me ha mordido —añadió Youngblood mientras se chupaba la sangrante herida.

—Es mía —se interpuso Hathaway—. Llevo demasiado tiempo esperando.

—Si Jason estuviese aquí, te aplastaría la cabeza —masculló Christine.

—Bueno, pero resulta que no está aquí —replicó Hathaway—. Está muy lejos de aquí.

Hathaway siguió conduciendo. Pasaron junto a carteles que indicaban la salida a Cambridge, pero no les hizo caso. Él se dirigía a Nottingham. Era su ciudad. Asociaba Londres con la muerte, porque allí fue donde murió. Vivió en Nottingham, y además muy bien, como una estrella emergente y un auténtico hombre orquesta del crimen. Se marchó de la ciudad en 1969 en busca de las mayores oportunidades que ofrecía Londres. Sus padres habían fallecido hacía años. Su hermana, una mujer enfermiza, era mucho mayor que él. Ya debía de haber muerto. Pero su hermano pequeño, bueno, era posible que él siguiese vivo y dando guerra. Merecía la pena comprobarlo. Ninguno de los otros tenía un destino que proponer. Sus colegas llevaban cientos de años muertos y aquí estaban perdidos por completo. Y no les pensaba pedir su opinión a las dos mujeres.

Hathaway se mantenía en el carril izquierdo, dejaba que les adelantasen los coches más veloces y miraba a los conductores cuando pasaban por su lado. Se preguntaba qué pensarían, qué harían, si supiesen que ese coche de carrocería plateada del carril lento transportaba a moradores del Infierno.

Talley dio una cabezada.

Hathaway temía a Talley. Todos le temían. Lideraba el grupo con mano de hierro. Decidía a quién y cuándo iban a atacar. Era el encargado de repartir el botín, tanto la comida como las mujeres, según su caprichoso criterio. Decidía quién podía incorporarse al grupo y quién debía ser expulsado, lo que significaba acabar asado y devorado, como cualquier otra de sus víctimas.

Hathaway era un recién llegado, siempre bajo escrutinio, a menudo víctima de sus abusos. Pero en las extrañas circunstancias en las que se encontraba ahora el grupo, el poder había basculado en su dirección. Sabía en qué año estaban en la Tierra; había

visto un calendario de pared en una de las casas. Para él era el futuro cercano, extraño pero reconocible. Para Talley y los demás todo aquello era absolutamente desconcertante. Para sobrevivir aquí necesitaban algo más que destreza con los cuchillos. Lo necesitaban a él.

Miró por el espejo retrovisor. También Barrow se había quedado dormido y su enorme cabeza rebotaba contra el hombro de Molly. Las dos mujeres estaban tensas y asustadas.

—Increíble —les dijo, volviendo un instante la cabeza para mirarlas.

—¿Hablas con nosotras? —preguntó Christine. Hacía mucho tiempo que llevaba el cabello corto como el de un chico. Se lo cortaba con pedazos de sílex, así que el resultado era irregular y lleno de trasquilones, pero aun así seguía pareciendo un poco atractiva pese a la dureza de la vida en la aldea.

—Sí.

—¿Qué es increíble? —quiso saber Molly.

—Todo esto. Estar de vuelta en la Tierra. ¿No os parece asombroso?

—¿Primero pretendéis machacarnos y ahora de repente quieres mostrarte amistoso? —gritó Christine, furiosa.

—Se trata de la supervivencia del más fuerte. Es a lo que me he tenido que adaptar. Todos tenemos que buscarnos la vida. El Infierno es un lugar muy duro.

—Así que ahora eres un seguidor de Charles Darwin, no un asqueroso vagabundo.

—No me disculpo por haberme convertido en lo que soy. ¿Creéis que Jason y Colin me habrían recibido con los brazos abiertos en la aldea?

—Que te jodan, Lucas —replicó Christine con sequedad.

Talley se despertó.

—Sí, que te jodan, Lucas —repitió, mofándose.

—A mí también me parece increíble —intervino Molly con su vocecilla. Era menuda y rubia, aunque llevaba el pelo tan sucio que parecía castaño. Había sido hermosa en el pasado, pero ahora era todo hueso y pellejo.

—No hables con él.

Hathaway sonrió. Por fin tenía a alguien con quien charlar.

—Lo que quiero decir es que una vez superas el impacto de aterrizar en el Infierno, aceptas la situación, ¿no? Yo al menos lo hice. Pero das por hecho que has reservado un billete solo de ida, no de ida y vuelta.

—Pensé que había ido al Infierno por lo que había hecho —dijo Molly—. Pero jamás creí que volvería aquí.

—Eso es a lo que me refiero. —Se produjo un largo silencio antes de que continuase—: Me pregunto si hemos llegado aquí por algún motivo especial.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes. Quizá se nos ha concedido una segunda oportunidad, esto es una prueba y nos van a juzgar.

—Pues en ese caso ya has cateado el examen, gilipollas —intervino Christine—. Hace dos días que hemos vuelto ¿y a cuánta gente has matado de momento?

—A nadie. Son los otros los que han cometido los asesinatos.

Youngblood escuchaba desde el asiento trasero.

—Yo he matado a tres —les informó, orgulloso—. Cuando los apuñalas, aquí la dañan. Hay poco sufrimiento. Me gusta más cuando siguen vivos, sufriendo.

—Por supuesto, porque eres un jodido sádico —replicó Christine—. Y en cuanto a ti, Lucas, vi cómo te comías un buen pedazo de carne sanguinolenta cuando no hacía ni diez minutos que habíamos aterrizado aquí. ¿Y todavía crees que vas a conseguir superar la prueba?

—Tenía hambre. Llevaba tres días sin comer —respondió a la defensiva.

—Hablas como un perfecto caníbal. —Recalcó la última palabra—. Oh, perdón, mordedor. Suena mucho mejor así, ¿verdad?

—¿Sabes, Christine? Me importa un carajo lo que pienses de mí. Después de echarte un buen polvo, voy a dejar que los muchachos se desfoguen contigo y luego te volveré a matar.

Avanzaron varios kilómetros en silencio. Talley se quedó dormido. Y también el resto de los miembros del grupo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Molly.

—A Nottingham —le respondió Hathaway.

—¿Por qué?

—Es mi ciudad natal.

Las luces de freno del coche que circulaba delante de ellos se encendieron y vio que se había formado un pequeño atasco por unos trabajos en la autovía. Hathaway aminoró para mantener la distancia. Empezó a ponerse nervioso, pero se relajó cuando comprobó que los coches que circulaban medio kilómetro por delante volvían a acelerar.

Christine le apretó el brazo suavemente a Molly con sus largas uñas y tras captar su atención le señaló el arcén. Molly pareció entenderlo. El coche no iba a más de quince por hora, pero empezaba a acelerar. Christine movió la manilla y empujó la puerta, saltó del coche y rodó por el asfalto antes de llegar a la zona de hierba. Molly la siguió y las dos, llenas de rozaduras y sangrando, corrieron hacia un bosque cercano.

—¡Mierda! —gritó Hathaway.

Todavía medio dormido, Youngblood preguntó:

—¿Las persigo?

El conductor que tenían detrás daba bocinazos. Hathaway no entendía si le pedía que acelerase o le indicaba que había visto saltar a las dos mujeres. En cualquier caso, no quería arriesgarse a provocar un incidente, así que aceleró y se colocó en el carril central para ganar velocidad.

—Joder —volvió a gritar Hathaway—. Puto idiota. ¡Las has dejado escapar!

—No seas tan duro con Barrow —intervino Talley—. Hace lo que puede con el cerebro que tiene.

—Me he echado una siesta, como los demás —gimoteó Barrow.

—¿La has disfrutado?

—¿El qué?

—La siesta.

—No ha estado mal.

—Acércate, quiero decirte algo.

Barrow obedeció y se inclinó hacia delante.

—En ese caso, échate una más larga.

Talley le cortó el cuello con un cuchillo de cocina y con la mano libre lo empujó hacia atrás para evitar que la sangre le salpicase su ropa nueva.

—Muy bien —aprobó Hathaway—. Siempre fue un puto idiota inútil.

Youngblood se movió y se sentó junto al cuerpo inerte de Barrow.

—Échale un vistazo —le ordenó Talley—. Comprueba si de verdad está muerto.

—Parece que sí —respondió Youngblood mientras zarandeaba el cuerpo.

—Entonces no es como en el Infierno —meditó Hathaway—. Parece que aquí podemos volver a morir.

—Es probable que Barrow ya esté allí de vuelta, preguntándose qué demonios le ha sucedido —opinó Chambers desde la parte posterior del coche.

Youngblood no tardó en desentenderse del cadáver.

—Lástima lo de las fulanas —canturreó encantado, dando botes en el mullido asiento—. Quería echarle un buen polvo a la rubia.

Talley por fin se obligó a mirar por la ventanilla al coche que estaban adelantando. Lo conducía una mujer joven, cuyo rostro se hizo fugazmente visible gracias al resplandor de su cuadro de mandos.

—Por aquí hay montones de fulanas —susurró, humedeciéndose los labios resecos con su larga lengua de lagarto—. En este mundo no escasean.

Ben acompañó a John a la habitación del joven habitante del Infierno. Una escuadrilla de guardias armados del MI5 vigilaba el pasillo. Se había desalojado de esa ala a todos los demás pacientes y al personal del hospital. En la habitación contigua se habían instalado monitores de vídeo y audio. John se detuvo allí antes de entrar para formarse una primera impresión de ese tipo.

Tal como le explicó el médico del MI5, habían estabilizado al joven después de ser sometido a cirugía abdominal para extraerle la bala y coserle una parte de los intestinos. Todavía no podía comer y estaba intubado con una sonda nasogástrica para drenarle las secreciones del estómago, pero nada le impedía hablar. Pese a que lo mantenían sujeto por las cuatro extremidades, y sedado para evitar que se zarandease tratando de escapar, ahora le habían retirado los narcóticos para que pudieran interrogarlo.

—¿Cómo se llama? —quiso saber John.

—No se lo he preguntado —reconoció el médico.

—Bueno, supongo que ese será un buen punto de partida.

Entró en la habitación solo. El joven tiró de las correas que le sujetaban los brazos y lo miró con recelo. John decidió acercarse a una silla y sentarse para parecer menos amenazante.

—Me llamo John —se presentó.

El joven permaneció en silencio.

—¿Cómo te llamas?

De nuevo no hubo respuesta, solo la mirada penetrante de unos ojos tan oscuros que parecían piedrecillas negras. Lo habían aseado, le habían lavado la melena castaña y le habían restregado la mugrienta piel. Parecía un veinteañero y no era precisamente feo. Olía como todos los tíos del Infierno, pero a estas alturas John ya estaba habituado al hedor, de modo que no arrugó la nariz como hacían todos los demás.

—No voy a hacerte daño. Estoy aquí para ayudarte. Responderé a las preguntas que estoy seguro que te rondan por la cabeza. Querrás saber dónde estás, cómo has llegado hasta aquí, qué les ha pasado a tus amigos y qué es esta cosa que llevas en la nariz. Yo tengo todas las respuestas. ¿Quieres conocerlas?

El chico siguió mudo.

—Muy bien, te diré lo que haremos. Hablaré yo y tú te unes a la conversación cuando te apetezca. No soy como el resto de las personas a las que has visto desde que has llegado. ¿Quieres saber cuál es la diferencia? Que yo acabo de volver de donde tú procedes. Sí, he estado allí. He estado en el Infierno. Me pasé un mes allí. Aunque lleves ese tubo en la nariz, sé que puedes olerme. Sabes que estoy vivo. Pero he viajado allí y he regresado. Me gustaría explicarte cómo crucé al otro lado, cómo

has cruzado tú. Pero me facilitaría las cosas que me dijese cuándo falleciste.

John vio que la actitud del chico había pasado del miedo al desconcierto.

—De acuerdo, ¿en el siglo xx? ¿En el xviii? ¿El...?

El chico asintió.

—¿El xviii?

Volvió a asentir.

—¿Hacia finales del siglo xviii?

Esta vez asintió con ímpetu.

—Muy bien. Perfecto. Pues ahí va la explicación.

John le hizo un resumen del funcionamiento del MAAC, que representó como una gigantesca máquina de vapor, una imagen que pensó que el chico podría entender. La máquina de vapor era tan grande y poderosa que era capaz de crear una conexión entre ambas realidades. Este mundo pertenecía a un futuro lejano y estaba repleto de inventos asombrosos. Aquí estaría seguro. Gozaría de todos los lujos. Lo único que tenía que hacer era responder unas cuantas preguntas sobre las personas que habían llegado con él.

John dejó de hablar cuando le pareció que el muchacho estaba a punto de abrir la boca.

—¿Cómo es que me han disparado si este mundo es tan jodidamente seguro?

—Tengo entendido que apuñalaste a un policía. Ese es el motivo.

—No parecían policías.

—Como ya te he dicho, aquí hay un montón de cosas que son diferentes. ¿Me vas a decir cómo te llamas?

—Mitchum.

—¿Es tu nombre o tu apellido?

—Mi nombre es Michael.

—¿Cómo prefieres que te llame?

—Mitchum.

—Muy bien, de acuerdo. Encantado de conocerte, señor Mitchum.

—Mitchum a secas es suficiente. ¿Qué es lo que me han puesto en la nariz?

—Es un tubo que te ha colocado el cirujano hasta que te cures y puedas comer. Te han sacado una bala del estómago.

—Me duele.

—Se lo diré. Pueden darte algo para calmar el dolor.

—¿Por qué estoy atado?

—Para asegurarnos de que no te quitas el tubo o te toqueteas la herida. Te han dado puntos. ¿Quieres ver la mía? —Se levantó la camisa y le mostró el costado—. ¿Quieres saber lo que me pasó a mí?

Mitchum asintió.

—Me acuchilló un vagabundo. Apuesto a que tú eres uno de ellos. Eres un vagabundo, ¿verdad?

—¿Y qué si lo soy?

—Lo que eres es cosa tuya. No soy nadie para juzgar cómo decide sobrevivir alguien en tu situación.

—¿Cómo has sabido que lo era?

—En una de las casas en las que entrasteis después de llegar aquí, la gente estaba troceada. Faltaban trozos de carne. Eso es propio de los vagabundos.

—¿Y qué? Tenemos hambre y comemos. La comida caníbal es tan buena como cualquier otra.

John disimuló su repugnancia.

—Caníbal no es un término muy usual por aquí.

—No es lo mismo que cuando uno está vivo, ¿no? Las reglas son diferentes.

—Desde luego que sí. Y dime, Mitchum, ¿tú eres el líder?

—¿Yo? Estás de broma. Es Talley. Él es el jefe de nuestro clan.

—De acuerdo, Talley es el jefe. ¿Cuántos sois?

—Seis.

John pareció perplejo.

—¿Seis?

—Sí, exacto.

—¿No sois ocho?

—Seis.

—Pero habéis llegado ocho.

—¿Te refieres a las dos tipas?

—¿Tipas?

—Ya sabes, mujeres.

—¿Había dos mujeres? ¿Por qué han llegado con vosotros?

—Las estábamos persiguiendo. Y cuando casi las habíamos cazado, todo se convirtió en una locura.

—¿Quiénes eran?

—Mujeres de la aldea, habían salido para buscar agua. Hathaway las conocía, no paraba de hablar de ellas.

—¿Quién es Hathaway?

—Uno de los nuestros.

—De acuerdo, sigue.

—Nosotros estábamos por allí buscando un lugar en el bosque en el que dormir. Nos había pillado la salida del sol y no nos gusta movernos durante el día.

—Y visteis a las dos mujeres y fuisteis a por ellas.

—Sí.

—¿Y qué les habrías hecho si las hubieseis atrapado?

Mitchum dejó escapar una risita.

—Nos las hubiéramos follado a lo grande y después supongo que las hubiéramos trinchado. Estábamos hambrientos.

John apretó el puño que mantenía oculto detrás de la espalda.

—De acuerdo, te sigo escuchando. Me lo estás explicando todo muy bien. Pero dime una cosa: ¿alguno de los otros vagabundos había llegado al Infierno hacía poco?

—¿Qué quiere decir «hacia poco»?

—No sé, en los últimos veinte, treinta o cuarenta años, más o menos.

—Hathaway llegó hace poco.

—¿Cuánto?

—No lo sé con exactitud. Siempre nos hablaba de las cosas raras que había visto, como cajas de imágenes en las casas o máquinas voladoras.

—Entiendo. ¿Recuerdas dónde decía que vivía cuando estaba vivo?

Mitchum pensó un rato en silencio.

—En Londres.

—¿Qué parte de Londres?

—No lo sé. Nunca hablaba mucho de Londres.

—¿De dónde hablaba?

—De Nottingham. Hablaba de esa ciudad. Era de allí. Hablaba todo el rato de ese sitio, hasta que Talley le ordenaba que cerrase el pico.

—Nottingham. Muy bien. Cuando aparecisteis aquí dentro de una casa, ¿las dos mujeres estaban con vosotros?

Mitchum asintió.

—Y ¿entonces qué pasó?

—La casa estaba vacía. No había nadie dentro. Talley vio que en el exterior de otra casa sí había gente, dos hombres y una mujer. Los agarramos y los obligamos a entrar.

—¿Y luego qué sucedió?

—Youngblood encontró un cuchillo. Despedazó a los dos hombres y después a la mujer. Y pudimos comer.

—Comida caníbal.

—Sí, exacto.

—Y las dos mujeres que llegaron con vosotros, ¿dónde estaban?

—Con nosotros. Barrow y Chambers estaban encima de ellas, por decirlo de algún modo.

—¿Cómo te separaste del grupo?

—Subí a la segunda planta para echar un vistazo y debí quedarme dormido en una de las mullidas camas que encontré. Cuando me desperté, todos se habían ido.

—¿Las dos mujeres también?

—Sí, todos.

—¿Y entonces?

—Me escondí en el armario hasta que llegaron los policías. Y después me he despertado aquí.

—Muy bien, Mitchum, me has sido de gran ayuda.

—¿Qué me va a pasar? ¿Cuándo voy a poder disfrutar de esos lujos de que me has hablado?

John dejó por fin de lado todo el disimulo y su rostro se endureció. Ya le había extraído toda la información posible a este animal.

—Esto es lo que va a pasar contigo: se te va a tratar mejor de lo que mereces, muchísimo mejor de lo que tú ibas a tratar a esas dos mujeres. Cuando te hayas curado, te encerrarán en una celda para que no puedas hacer daño a nadie y, en cuanto podamos, te mandaremos de vuelta al Infierno.

Si alguien hubiese diseñado el prototipo del guerrero medieval ideal, el resultado se habría parecido mucho a Brian Kilmeade. Todo en él estaba optimizado para potenciar la velocidad, la fuerza y la eficiencia. No era un gigante. Tenía un cuerpo musculado y compacto, con un centro de gravedad bajo que hacía difícil derribarlo. Las piernas arqueadas y gruesas y los brazos fornidos, el cráneo rapado y el musculado cuello proyectaban un aire amenazante hasta que decidía arruinar esa imagen de tipo duro exhibiendo una sonrisa pícara. Tenía también una constitución aeróbica, propia de un corredor de maratón que había pulverizado récords en la categoría de mayores de cincuenta años. Solía decir: «Si te falta el aire antes que al tipo al que te enfrentas, te matará, por muchas habilidades que poseas».

Trevor le ayudó a llevar el material hasta la zona de descanso del personal del MAAC pero, antes de abrir las cajas, le hizo sentarse para lo que sabía que sería una charla complicada.

—En primer lugar —empezó Trevor—, soy un gran seguidor de tu programa.

Era cierto. *Brian Kilmeade, el luchador* era uno de sus espacios de televisión favoritos.

En la voz que emergió de la voluminosa caja torácica de Brian resonaba un acento norteno.

—Gracias por el elogio, pero lo que estoy ansioso por oír es lo que viene en segundo lugar.

—Sí, por supuesto. Esto se sale un poco de lo ordinario.

—¿Tú crees? Me contacta el MI5 para consultarme algo en el laboratorio de física de alta energía, que ha salido en las noticias por la invasión de las instalaciones del mes pasado. Me ofrecéis un dineral por dejarlo todo y presentarme en menos de veinticuatro horas con mi equipo completo y después me atáis corto haciéndome firmar el Acta de Secretos Oficiales... No, colega, esto no se sale un poco de lo ordinario. Esto es una puta locura.

—Te va a resultar frustrante —continuó Trevor, buscando las palabras más adecuadas—, pero incluso aunque hayas estampado tu firma en el acta de secretos, no voy a poder contarte de qué va esto.

—Jodidamente espectacular. Lo único bueno es que no le puedo revelar ni

siquiera a mi agente que he estado aquí, de modo que esta vez Ronnie el del diez por ciento se quedará sin su comisión.

—No hay mal que por bien no venga —sonrió Trevor.

—¿Por qué no me explicas lo que puedas y nos ponemos manos a la obra?

Trevor sacó la lista que había preparado John con las armas para las que necesitaba entrenamiento. Brian la leyó y negó con la cabeza.

—La gran espada que se sostiene con las dos manos, la espada corta romana, sable, daga, hacha, arco, ballesta, lanza, pica, maza, pistola de chispa, mosquetón de pólvora. Tiene que tratarse de una broma.

—No es ninguna broma. ¿Lo has traído todo?

—Casi todo. ¿De cuánto tiempo dispones para aprender lo que a mí me ha llevado toda una vida absorber?

—De cuatro días.

Lanzó un bufido.

—Cuatro días. Claro, y sin despeinarse. ¿Ni siquiera puedes contarme para qué necesitas aprender a manejar con destreza estas armas?

—Lo siento, pero no.

—¿Y qué currículum tienes, muchacho?

—He estado en la policía y en el ejército, tengo experiencia de combate en Afganistán y trabajo en la seguridad privada.

—¿Y pretendes decirme que hoy en día en la policía y en el ejército no te enseñan a manejar la espada?

—El día de la lección debí de quedarme dormido.

Brian abrió los pasadores de una de las cajas del equipo.

—Bueno, pues pongámonos manos a la obra. —Suspiró—. *Tempus fugit* y todo eso. Espero que estés tan en forma como parece, porque voy a machacarte, muchacho.

John oyó que llamaban con suavidad a la puerta de su habitación en el hospital e invitó al visitante a pasar. Malcolm Gough, profesor de historia, era un tipo larguirucho que le sacaba a John treinta centímetros, pero pesaba la mitad que él. Era uno de los profesores más jóvenes de Cambridge, un prodigio con la complexión de un vaso decantador y unos rasgos delicados, casi femeninos. John había visto su foto incorporada al currículum que Ben le había enviado, pero no esperaba que fuera tan alto.

—¿Es usted el señor Camp? —preguntó elevado por encima del sillón de John.

—Sí, soy yo. Gracias por venir tan rápido, profesor.

—Por supuesto. Su colega, el señor Wellington, me ha enviado un coche que me ha traído desde Cambridge. Aunque hubiera podido venir perfectamente en tren.

—Bueno, me alegro de que esté aquí.

Malcolm se sentó de modo desgarbado en una silla mientras sus ojos se movían entre el gotero con antibióticos clavado en el brazo de John y el ejemplar de su libro, *Vida y época de Enrique VIII*, que reposaba sobre la mesilla de noche.

—Si ya tiene mi libro, no sé para qué me necesita.

—Ojalá dispusiese de tiempo para leerlo, pero voy muy justo de tiempo.

—Debo reconocer que nunca antes me habían pedido que firmase el Acta de Secretos Oficiales para hablar sobre la Inglaterra de los Tudor. Estoy intrigado. Me ha picado la curiosidad.

—Me va a odiar por lo que voy a decirle, pero me temo que no puedo explicarle por qué quiero información sobre Enrique VIII.

—Todo este asunto es muy sorprendente. El señor Wellington me advirtió de que ni siquiera puedo hablarle de este viaje a mi mujer.

—Así es.

—Me dijo que era usted aficionado a la historia.

—Sobre todo a la historia militar.

—¿La ha estudiado de un modo académico?

—Bonita manera de preguntar si tengo formación. Pasé por West Point.

—Ya veo. ¿Y qué es lo que le gustaría saber sobre Enrique VIII?

—Su personalidad. Qué le afecta.

—Qué le afectaba. Sabe usted que está más que muerto, ¿verdad?

—Disculpe. Qué le afectaba. Qué le hacía feliz y qué le enojaba. Qué tipo de personas eran de su agrado, a cuáles detestaba. ¿Era capaz de ver más allá de la adulación? ¿Cómo se las arreglaba la gente para influenciarlo? ¿En quién confiaba y cómo se ganaba alguien esa confianza? ¿A quién admiraba? ¿Qué opinaba de Thomas Cromwell y viceversa? Necesito un perfil completo de él. Necesito meterme en su cabeza.

Malcolm se toqueteó nervioso los nudillos de sus largas y huesudas manos.

—Admito que sus preguntas me sorprenden.

—Yo diría que son de lo más normales.

—Solo si Enrique VIII estuviese vivo y coleando y usted quisiera tener algún tipo de trato con él.

—Quisiera que dejásemos a un lado mis motivos.

—Póngase en mi lugar, señor Camp.

—¿Es usted bebedor, profesor?

—Echo algún que otro trago.

—¿Y es usted patriota?

—Sí, me gusta mi país.

—Bien, a ver qué le parece esto. Un día de estos, nada me gustaría más que invitarlo a unas copas para hablar de mi interés por Enrique VIII, pero hoy no. Hoy es el día en que se va a comportar usted como un patriota y por la reina y por la patria me va a decir todo lo que sabe sobre el tipo de persona que era.

A Emily le dolía el pulgar de tanto pulsar los botones de arranque y retroceso en el panel del control remoto. Estaba sentada entre Matthew Coppens y David Laurent repasando todas las grabaciones en vídeo de los reinicios del MAAC, en especial la que le había traído de vuelta a casa.

—¿Qué conclusión sacáis?

Se refería al cambio de dimensión cruzado entre Duck y Woodbourne por un lado, y ella y John por el otro, antes de que Trevor y Ben entrasen en acción y los arrastrasen hacia una zona segura.

David se encogió de hombros y comentó que desde su punto de vista era obvio que el campo de energía se hacía cada vez más inestable.

Emily, siempre obsesionada con los datos, pidió ver los gráficos que David guardaba en su tableta. Repasó varias pantallas y pronunció una única palabra:

—Uau.

La producción total de strangelets del último reinicio había aumentado de un modo exponencial.

—¿Y los gravitones? —preguntó Emily.

David pulsó en otro archivo.

—La muestra es más pequeña, de modo que no es de nivel 5-Sigma, pero la tendencia es la misma. También hay un elevado aumento de gravitones.

—Pero ¿por qué South Ockendon? ¿Qué sucede allí?

De nuevo fue David quien respondió. Matthew se mantenía en silencio y con el rostro inmutable.

—Bueno, allí hay un imán. Puede que haya cierta interacción que no entendemos entre el complejo strangelets-gravitones y los campos magnéticos.

Emily negó con la cabeza.

—Dios mío, espero que estés equivocado. Tenemos imanes alrededor de toda la ciudad de Londres. Matthew, te veo muy callado. ¿Tú qué opinas?

La sencilla pregunta pareció derrumbar sus defensas y empezó a gimotear de un modo patético.

Emily le preguntó qué le pasaba, pero lo sabía perfectamente.

—Lo siento muchísimo. Todo esto es culpa mía.

Ella puso una mano sobre su hombro, pero ese gesto solo empeoró las cosas.

—Escúchame, no te culpo —le aseguró, mirándolo a los ojos. Él y su mujer se dedicaban en cuerpo y alma a cuidar de su hijo autista, que por fin parecía estar mejorando en un colegio especializado cerca del laboratorio. Perder el trabajo sería devastador para ellos—. El responsable es Quint. Tú estabas preocupado por tu puesto de trabajo. Por tu familia. Él te manipuló aprovechándose de tu situación vulnerable. Sé cómo actúa.

—Te lo tendría que haber contado. Te traicioné.

—Sí, deberías haberlo hecho —afirmó David con frialdad.

—Muchachos, no quiero perder ni un segundo más hablando del pasado —insistió Emily—. Ahora te necesitamos, Matthew, te necesito. Cuando regrese allí tú tomarás los mandos del colisionador. Vas a tener que dar lo mejor de ti mismo.

Matthew asintió muy despacio y se secó las lágrimas con la mano.

—De acuerdo. Gracias. Estaba muy preocupado por ti y me sentía terriblemente culpable. Me alegró muchísimo que estés de vuelta y ahora no puedo creer que vayas a regresar. Si te sucediese algo, no sé lo que haría.

—No me pasará nada. John y Trevor estarán allí para protegerme. Volveré a casa y me traeré a mi familia.

—Eres más fuerte que yo.

—No te subestimes —le dijo Emily—. Has mantenido esto en perfecto funcionamiento durante un mes. He hablado con la gente. Estuviste magnífico.

David dio unos golpecitos de impaciencia en la mesa.

—Sí, todos estuvimos magníficos, incluido yo.

Este comentario distendió el ambiente, pero solo por un momento.

—Tenemos que hablar del elefante en la habitación —sentenció Emily.

Más tranquilo, Matthew entró en materia.

—Tienes razón. Tenemos motivos para pensar que cada reinicio posee el potencial de propagar nódulos adicionales.

Era la terminología de Quint; detestaban utilizarla, pero resultaba funcional.

—Tenemos por delante un mínimo de dos actuaciones —recordó David—. Una para mandaros otra vez allí y otra para traerlos de vuelta.

—Lo único que podemos hacer es cortar la energía lo más rápido posible una vez completado el traslado —conjeturó Matthew.

—Tendrás que mantener el dedo sobre el botón —añadió Emily.

Matthew le aseguró que podía hacerlo mejor que hasta ahora.

—He estado pensando en esto. En las mejores circunstancias me llevará un segundo, tal vez dos, reaccionar y apagar el colisionador. Puedo crear un programa que integre el vídeo y autoinicie el apagado en el mismo instante en que desaparezcáis. Podría reducir el tiempo de reacción a unas milésimas de segundo, y cada milisegundo ganado significa reducir el campo de inestabilidad.

—Genial —le felicitó Emily—. Hazlo. Y ahora escuchad los dos: mientras yo esté fuera, será fundamental que trabajéis con el nuevo comité asesor para preparar la respuesta ante los peores escenarios posibles. Tendréis acceso a las mejores y más brillantes mentes de la física.

Ambos asintieron. Nadie quería verbalizarlo, pero todos sabían de qué estaba hablando.

Tenían que encontrar el modo de sellar los agujeros infernales para siempre si la situación se les iba de las manos.

Ben metió su Jaguar oficial en el aparcamiento para visitantes en el exterior del complejo fabril de una planta construido en los años ochenta. El gris parque industrial estaba a las afueras de Birmingham, cerca de la autovía de circunvalación. A más de ciento cincuenta por hora, había llegado desde Londres en un tiempo récord, contando incluso el rato que había perdido bloqueando una multa por exceso de velocidad con sus credenciales del ministerio.

El gerente de la empresa Midlands Green Printing acudió a buscarlo a la recepción y lo acompañó hasta su despacho. Ben pensó que Simeon Locke tenía el aire adecuado para gestionar un negocio con conciencia medioambiental, con su coleta, largas patillas y fino chaleco de cuero encima de la camisa con el cuello desabrochado.

Locke pareció impresionado por la tarjeta de visita de Ben e hizo algún comentario fuera de lugar sobre su deseo de no estar nunca en el lado inadecuado frente a los servicios secretos.

—Estoy muy intrigado por tu llamada, Ben. ¿Puedo llamarte Ben?

—Sí, desde luego.

—Supongo que ya tenéis proveedores para vuestras necesidades de imprenta. ¿Hay alguna iniciativa gubernamental desconocida para mí que establezca cierto porcentaje de productos ecológicos?

—No sería mala idea, pero no, esto es una excepción.

—De acuerdo. ¿En qué servicios estás interesado?

—Necesitamos papel cien por cien natural y tinta cien por cien natural. Nada sintético. Ni un leve rastro.

—Podemos hacerlo. Es nuestra línea Bosque Tropical. ¿Te gusta el nombre?

—Sí, muy elocuente.

—Podemos ofreceros varios tipos de papel. Siempre mates, claro, dado que no hay nada sintético en el proceso de fabricación. Y contamos con una bonita paleta de colores, todos con tintes naturales de base vegetal. Ningún tensioactivo, ninguna sustancia extraña. Solo extractos vegetales puros.

—Papel fino para reducir el peso y tinta negra. Y unas tapas ligeras que protejan bien el libro, también sin nada sintético.

Locke levantó la vista de sus notas.

—De acuerdo. Ningún problema. Podemos trabajar contigo en los diseños. ¿Estamos hablando de manuales de adiestramiento, de textos de referencia?

—No, de simples libros.

—De acuerdo. Insisto en que no hay ningún problema. Libros encuadernados, ¿verdad?

—Sí, pero el material de encuadernación también tiene que ser cien por cien natural.

—Por supuesto. Colas naturales e hilo de algodón puro para el cosido. ¿Cuántos libros tendremos que imprimir?

—Seis.

—De acuerdo. Seis libros. ¿Y cuántos ejemplares de cada uno?

—Dos.

Locke estiró el cuello como un avestruz que acabase de sacar la cabeza de un agujero para echar un vistazo a su alrededor.

—Disculpa, ¿has dicho dos?

—Exacto. Dos ejemplares de cada uno de los seis libros. —Los sacó de la cartera y se los mostró a Locke—. De estos seis.

Locke los inspeccionó con la boca ligeramente abierta, y la abrió aún más cuando Ben añadió que los necesitaba en cuarenta y ocho horas.

—Eso es imposible. En primer lugar, no aceptamos encargos tan pequeños, sea quien sea el cliente, y en segundo lugar, no es un plazo realista, aun dando por supuesto que tienes los archivos en Word de estos textos.

—No tengo ningún archivo. Habrá que escanear las páginas.

Locke se quedó atónito.

—Me gustaría poder ser de alguna ayuda al MI5, dado el excelente trabajo que realizáis, pero aun en el caso de que pudiese aceptar este encargo, que no puedo, mi fecha de entrega más rápida sería en dos semanas, de manera que no creo que encontremos el modo de hacer negocios juntos. Podría efectuar algunas llamadas y encontrarte un par de artesanos que trabajan con materiales ecológicos y aceptarían un encargo pequeño como este, pero estoy seguro de que en el mejor de los casos les llevaría varias semanas.

Ben sonrió.

—No, Simeon, hemos decidido que tu empresa es la que más nos conviene.

—Escucha, esto no es un país comunista en el que el gobierno toma una decisión y una empresa debe acatarla. La última vez que lo comprobé, mi negocio seguía en el sector privado.

—Tienes toda la razón. Has dado en la diana. Y mis colegas de Hacienda me han dicho que el año pasado facturaste seiscientos setenta y cuatro mil novecientas libras y dieciséis peniques.

—¿Es legal que divulguen esta información? Somos una empresa privada.

—Sí, del todo legal con la orden judicial que hemos obtenido.

—¿Con qué fundamento? Mi abogado estará muy interesado en saber cuál es la base para esa orden —farfulló, expulsando algo de saliva por la comisura de los labios—. Respetamos las leyes.

—No tengo ninguna duda al respecto. Necesitábamos conocer la facturación para poder ofrecer un buen incentivo. Y puedo ofrecértelo si eres capaz de cumplir con todas las especificaciones y el plazo de entrega del encargo.

Se sacó del bolsillo de la pechera un cheque de Hacienda y se lo tendió a Locke

por encima de la mesa.

Este le echó un vistazo, movió la cabeza de un lado a otro como si las neuronas no le funcionasen bien y volvió a mirarlo. Recostó todo lo que pudo su silla reclinable.

—Un millón de libras —murmuró sin levantar la voz.

—Doce libros, dos días, un millón de libras —expuso Ben con energía—. Cinco de los libros son de dominio público, pero uno no. No disponemos de tiempo para hacer la petición formal habitual, de modo que tengo aquí una carta del Ministerio de Justicia que te exonera de cualquier coste o demanda que pudiese generarse por la violación de los derechos de autor, lo cual debo decir que es difícil que suceda, dado que tanto tú como todos tus trabajadores deberéis firmar el Acta de Secretos Oficiales. Nadie va a saber nada sobre este encargo. De modo que, Simeon, ¿vas a aceptar mi encargo?

El impresor se inclinó sobre el escritorio y le tendió la mano.

—Ben, será un placer hacer negocios contigo. Bienvenido a la gran familia de Midlands Green Printing.

John se paseaba por el apartamento un poco aturdido. Trevor lo había traído desde el hospital y lo había dejado allí antes de acudir a toda prisa a su última cita con el dentista.

Solo había estado fuera un poco más de mes, pero se sentía como alguien que regresaba a su casa tras décadas de ausencia. Allí estaban sus libros, su ropa, su bien provista nevera, los platos sucios en el fregadero, la absurda montaña de correo deslizado por la ranura porque se olvidó de pedir que no se lo repartiesen, pero todo le parecía extrañamente ajeno. Se dejó caer en el sofá y tuvo que pararse a pensar para recordar la contraseña de su correo electrónico. Cerró el portátil en cuanto vio la cantidad de mensajes sin abrir acumulados.

Iba por la segunda cerveza cuando sonó el timbre.

Abrió y encontró a Emily, con una bolsa con comida india y un *pack* de seis cervezas.

—Traerte cerveza es como llevar carbón a Newcastle —comentó al abrir la nevera.

—Nunca se tiene suficiente dinero ni bastantes cervezas —respondió él, guiñándole el ojo mientras volvía a sentarse.

—¿Ya has acabado con las dosis de antibióticos? —le preguntó Emily mientras dejaba las cajas de comida sobre la mesa de centro.

—Tengo que seguir tomando las pastillas varios días antes de que nos marchemos.

—¿Y los puntos?

—Todavía es pronto. Quieren que los lleve una semana más.

—¿Pasarán?

—Son de seda, deberían pasar. Tendrás que hacer los honores al otro lado.

—No soy aprensiva.

—Ya me había dado cuenta. Allí ya viste suficiente sangre y vísceras para el resto de tu vida.

Emily se sentó a su lado y le preparó un plato, pero John quería hablar antes de cenar.

—¿Sabes cuántas veces deseé volver a verte en este piso durante las largas y oscuras noches que pasé allí, a millones de kilómetros de aquí?

—A mí me ocurría lo mismo —reconoció ella, y apoyó la cabeza en su hombro—. Aquí hemos pasado buenos ratos.

—No se trataba solo de los buenos ratos, aunque es verdad que fueron muy buenos. También quería poder borrar el recuerdo de aquel otro rato que no fue tan bueno.

Emily se rio y comenzó a imitar con marcado acento americano a la mujer fatal

semidesnuda con la que se topó aquella noche.

—Hola, soy Darlene. Soy una vieja amiga de John.

—Ay. Es demasiado perfecto. Espero que sigas creyendo lo que te dije de que nunca...

—Sí, te creo.

—Bien. Quiero estar seguro de que este fantasma en concreto ha sido aniquilado.

—Está muerto y enterrado —le aseguró ella con un beso.

—Bien. Espérame aquí. No vengas. Yo traeré de vuelta a Arabel y los críos.

—¿Y quién te va a quitar los puntos?

—Trevor está aprendiendo a utilizar el cuchillo.

De pronto, Emily se puso seria.

—No soporto pensar dónde están, cómo se las estarán arreglando.

—Lo más probable es que Dirk los mantenga a salvo en su choza, aguardando a que llegemos para rescatarlos.

—Dios, confío que así sea. En ese caso, tendremos que esperar allí durante un mes antes del siguiente reinicio.

—Es la mejor opción. Bueno, ¿qué me dices? Trevor y yo los traeremos de vuelta y tú puedes hacer lo que mejor sabes hacer, dedicarte a la parte científica.

—Por favor, no vuelvas a pedírmelo —zanjó ella alzando la voz—. Voy a ir. Eso no es negociable.

—De acuerdo, tú ganas. —Y cambiando de tema, le preguntó—: ¿Te puedes quedar esta noche?

—Sí. Pero no vamos a poder acostarnos. Tenemos demasiadas cosas que hacer.

—Y el cabrón de Trotter ha convocado otra reunión a las nueve. ¿Te diste cuenta de que llevaba una pistolera debajo de la impecable americana de su traje hecho a medida?

—¿Estás seguro?

—Y tanto que lo estoy. ¿A qué tipo de gilipollas inseguro se le ocurre presentarse armado a una reunión en el laboratorio?

—James Bond siempre iba armado, ¿no?

—En primer lugar, es un personaje de ficción. En segundo lugar, su personaje era un verdadero espía, no un burócrata de oficina como Trotter. En cualquier caso, ¿sabes lo que se dice?

—¿Qué se dice?

—Arma grande, polla pequeña.

Emily lo empujó y le riñó:

—No seas tan grosero.

—Pido disculpas de corazón.

—Muy bien —aceptó ella, y le susurró al oído—: Pues tú debías llevar el arma más pequeña de todo el ejército.

Quedaba día y medio para el reinicio del MAAC. John repasaba en el laboratorio su listado para el viaje cuando decidió tomarse un descanso y dar un paseo para comprobar qué tal le iba a Trevor. Uno de los agentes de seguridad le dijo que se estaba entrenando en el área recreativa de los empleados, pero cuando llegó, encontró el gimnasio lleno de mesas, terminales de ordenador y una maraña de cables. Recordó que se había decidido minimizar los riesgos de daños colaterales trasladando la sala de control y a su personal a otro edificio, y el área recreativa cumplía con todas las condiciones para ello.

—¿Has visto a Trevor Jones? —le preguntó a uno de los técnicos.

—Lo hemos echado de aquí. Creo que se ha ido a la pista de tenis.

La tarde era calurosa. Las primaverales hojas de los árboles evitaban que el sol diera de forma directa sobre las canchas. A medida que se iba acercando, John empezó a oír el ruido de las espadas de polipropileno utilizadas en el entrenamiento entrechocando una y otra vez. Trevor y Brian estaban enfrascados en un duelo cerca de la línea de saque de la pista de tenis y no se percataron de que los observaba, ni siquiera cuando se apoyó contra la verja.

Brian cambió de táctica de forma abrupta, lanzó una estocada sobre el antebrazo de Trevor y cuando este se distrajo por el dolor, le tocó con la punta de la espada en pleno estómago y lo declaró muerto.

—¡Jamás te detengas, jamás te detengas, jamás te detengas! Debes seguir en guardia a pesar del dolor. Esto no ha sido más que una caricia. No hay sangre ni músculo a la vista, ni nervios seccionados. Aunque suceda todo eso, debes continuar defendiéndote y atacando o pasarás a formar parte de una lúgubre estadística.

—Entendido —respondió Trevor, desanimado.

—Y ahora presta atención: a menos que empuñes un sable montado a caballo, no recomiendo acudir jamás a la batalla con una mano libre. Siempre debes contar con una segunda espada o llevar un escudo en la otra mano, ¿de acuerdo? Ese escudo será tanto un arma ofensiva como defensiva. Vamos a trabajar con el escudo.

Trevor descubrió a John y saludarlo fue la excusa perfecta para tomarse un descanso.

—Así que este es el jefe —saludó Brian, haciéndole señas a John para que entrase en la cancha—. He oído hablar mucho de ti, colega.

John se acercó y entabló conversación con Brian como si se conociesen de toda la vida. Le gustó la amplia y abierta sonrisa de ese hombre y su ingenio, y reconoció que era fan de su programa de televisión.

—Trevor me ha dicho que estás familiarizado con las armas medievales —comentó Brian.

—No tanto como tú, pero me las apaño.

—¿Organizamos un pequeño combate? —le propuso Brian, ofreciéndole una espada de entrenamiento.

—Lo siento, pero tengo que declinar la oferta. Acabo de salir del hospital.

Se levantó la camisa para mostrarle la herida.

Brian lanzó un silbido.

—¿Cómo te han hecho esto, si puedo preguntarlo?

—Con un cuchillo la mitad de largo que la espada que llevas.

—No me digas.

—Deberías haber visto cómo quedó el otro —gruñó John.

—Pues no he visto el incidente en las noticias.

—El asunto no ha llegado a la prensa. —John cambió enseguida de tema—: Bueno, ¿y qué tal se desenvuelve nuestro alumno?

—Aprende rápido, es un joven muy espabilado.

—Es el primer cumplido que recibo en toda la semana —murmuró Trevor.

—Ya eres muy creído, como para que encima se te suban los humos.

—Valóralo en las distintas habilidades —le pidió John a Brian.

—Un diez en el manejo de armas de pólvora. No lo hace mal con el arco y la ballesta, aunque no hemos podido practicar con distancias largas. Tampoco hemos trabajado todavía con lanza y hacha. Quizá lo podamos hacer hoy, más tarde. Y en cuanto a su pericia con la espada, bueno, aún no lo clasificaría de pasable. Ya veremos...

—Cuéntale lo de los caballos —pidió Trevor—. Vamos, riámonos un poco.

—Oh, Dios. —Brian puso los ojos en blanco—. Fuimos a montar la pasada tarde. Un desastre total. No distinguía la crin de la cola. Seré caritativo: digamos que logró mantenerse sobre la silla de montar, aunque a duras penas.

John le dio una palmada en la espalda a Trevor.

—Buen trabajo, muchacho. Brian, todavía lo tienes en tus manos hoy y mañana. No rebajes la presión. Su vida puede depender de eso.

El comentario acabó con el aire relajado de la conversación.

—Tómate un descanso, Trevor. Quiero hablar un momento con tu jefe.

Los dos salieron de la pista de tenis y pasearon por el jardín; John, mucho más alto, se inclinaba un poco para oírle mejor por encima del rumor del viento entre los árboles.

—¿Sabes, John?, yo no he pasado por el ejército como tú y Trevor.

—No te has perdido gran cosa. Está muy sobrevalorado.

—No sé si estoy de acuerdo contigo. Vosotros dos tenéis arrojo. Un montón. Me he pasado años enseñando a actores engreídos a dar el pego en escenas de lucha y los cambiaría a todos por uno de vosotros. Vosotros sois guerreros de verdad, colega.

—¿Cómo empezaste a trabajar en esto?

—Crecí en una granja en Northumberland, así que aprendí a montar desde pequeño. Un día vi la recreación de una justa en una feria local y el espectáculo me pareció muy divertido, así que aprendí lo básico por mi cuenta. Eso me llevó a interesarme por las armaduras, y a partir de ahí me dejé guiar por el instinto. Conocí a varios tipos que se dedicaban a recrear el medievo y, cuando ya tenía unos treinta

años, descubrí el santo grial. Un tío de la BBC me ofreció un sueldo para trabajar en un programa de espadachines. Y el resto es historia. He estado haciendo el idiota en Hollywood durante más de veinte años y, bueno, he acabado teniendo mis propios programas en televisión. Al final, la afición por las armas antiguas me ha salido muy rentable.

—Vaya historia.

—Ni la mitad de interesante que la tuya.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en contra de la opinión dominante, no soy ningún tonto.

—No lo he pensado ni por un momento.

—Por lo visto no has hablado con mis exmujeres. John, lo que te quiero decir es lo siguiente: por internet corren todo tipo de teorías de la conspiración sobre el MAAC. Por norma no soy un fervoroso seguidor de lo que vociferan mis conciudadanos a través de la red, ya que los que lo hacen suelen ser una pandilla de gilipollas, pero me cuesta más rechazar un determinado planteamiento sostenido por un presunto chiflado llamado Farmer.

—No he oído hablar de él. ¿Cuál es su planteamiento?

—De acuerdo, ahí va. Hace un mes, con acompañamiento de fanfarria y artículos en la prensa, pusisteis en marcha un artefacto de varios billones de libras cuyo propósito era desentrañar los secretos del cosmos y unas cuantas cosas más por el estilo. Pero ¿qué sucede a continuación? El proyecto se paraliza de inmediato y contáis una historia improvisada a toda prisa sobre un intruso armado que deja un reguero de asesinatos por los alrededores, una historia que, de un modo sorprendente dada la gravedad de los hechos, enseguida se diluye. He visto la seguridad que habéis desplegado y es impresionante. Esto está lleno de guardias armados, Trevor es un buen tipo e intuyo que tú eres un jefe muy competente, de modo que ¿cómo es posible un fallo de seguridad como ese? De acuerdo, es posible, pero en mi modesta opinión no parece muy probable que pueda producirse. Y hace una semana, entre noticias sobre una caída del suministro en la red eléctrica de la zona sur, que según he sabido puede indicar actividad en el colisionador, se produce ese extraño incidente en South Ockendon, envuelto en misterio y secretismo, con todo el mundo hablando de terrorismo y de amenaza biológica. Pero resulta que South Ockendon está justo encima de los túneles del colisionador, ¿no es así? ¿Una simple coincidencia? Tal vez. Y entonces a un servidor le hacen firmar el Acta de Secretos Oficiales y le pagan un pastón por enseñarle a un soldado moderno, nuestro amigo Trevor Jones, a ser medianamente competente en el uso de armas antiguas en el plazo de menos de una semana. Y por último me encuentro con el jefe, que me enseña una herida reciente producida por un cuchillo.

—¿Y a qué conclusiones te lleva todo esto? —preguntó John con una sonrisa retorcida.

—Me lleva a la siguiente: que habéis desatado una tormenta de mierda. Creo que

habéis puesto en funcionamiento un supercolisionador muy peligroso. Creo que habéis creado un agujero en nuestro bonito y ordenado universo y habéis ocasionado un agujero de gusano que comunica con otra dimensión. Y que esa dimensión es un mundo antiguo. Y creo que tú ya has estado allí. Y creo que ahora te urge volver allí. Y que Trevor va a viajar contigo y necesitas incrementar sus posibilidades de supervivencia. Y dado que mañana es mi último día con él, creo que partiréis dentro de dos días.

John arqueó las cejas.

—Vaya imaginación tienes, Brian. En eso te doy la razón.

—De hecho, la tengo, pero esto no son imaginaciones mías. Sé que estoy en lo cierto. Me apuesto la pensión alimenticia de mis ex.

John señaló a Trevor, que estaba sentado en la pista de tenis con las rodillas contra el pecho.

—Creo que está listo para seguir entrenando contigo.

Brian hizo caso omiso del comentario y acompañó con un par de golpecitos en el pecho de John cada palabra que pronunció.

—Llévame contigo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Llévame en la expedición. Llevas a quien lleves contigo, sea cual sea tu misión, tus posibilidades de éxito aumentarán si cuentas conmigo. No existe ni una sola arma antigua en la que no sea experto. Y no soy solo un combatiente, también sé fabricar esas armas. Puedo hacer arcos y flechas, puedo forjar una espada, sé combatir en tierra, en el mar y a lomos de un caballo. Puedo hacer milagros con la pólvora, estoy en forma, soy fuerte y estoy mentalmente preparado. No vas a encontrar a ningún candidato mejor para este trabajo.

—Escucha, Brian...

—Sé lo que vas a decirme, así que escúchame. Nada me ata aquí, y lo único que van a echar de menos de mí mis tres exesposas es la pensión que les paso. No tengo hijos, al menos ninguno que yo haya reconocido como tal. Me he pasado toda la vida fantaseando con el pasado. Siempre he creído que nací cientos de años demasiado tarde. Quiero ir, John, lo deseo con tanta fuerza que hasta puedo oler ese mundo. Estoy seguro de que te alegrarás de tenerme a tu lado. No estarás en plena forma por culpa de esa herida. Trevor te hará sentir orgulloso, pero no podrá cargar con todo el peso de la lucha contra espadachines experimentados. Doy por hecho que la decisión no la puedes tomar tú solo por tu cuenta. Supongo que un montón de departamentos gubernamentales habrán extendido sus tentáculos sobre este asunto. Convénceles de que me dejen ir, John. Hazlo por mí y hazlo por tu misión. Quiero ir, tengo que ir.

Nadie tenía ganas de convocar una rueda de prensa, pero el gobierno decidió que no podían esquivar a los medios de manera indefinida. Habían pasado seis días desde el

incidente de South Ockendon. La urbanización seguía acordonada y todavía no se había permitido a los residentes regresar a sus hogares. Circulaban noticias de gente desaparecida: una brigada de albañiles a los que se había visto por última vez allí, una trabajadora del ayuntamiento, un médico, un arquitecto, una madre cuyos hijos estaban ese día en el colegio... Pero la policía y los servicios de seguridad continuaban mudos.

A Ben Wellington no le hizo ninguna gracia descubrir que los poderes públicos lo habían designado portavoz para la reunión con la prensa.

—¿Sabes bailar, Ben? —le preguntó su jefe cuando protestó.

—¿Bailar? Sí, se me da bien una vez me pongo a tono.

—Pues sal allí y baila como un poseso. Tienes fama de tío inteligente. Usa tu inteligencia.

Flanqueado por altos cargos de la Policía Metropolitana, Ben observó el mar de rostros del auditorio de New Scotland Yard y esperó a que el jefe de prensa le hiciera la señal de que podía empezar. Entonces se inclinó sobre la batería de micrófonos, se presentó y dijo que iba a hacer una declaración.

Sus palabras desataron las quejas entre la prensa, que ya esperaba sus disculpas por el hecho de que lo que vendría a continuación iba a ser una colosal pérdida de tiempo, porque debido a motivos de seguridad y a la investigación en curso, les iba a poder ofrecer muy pocas respuestas definitivas. Y eso fue exactamente lo que hizo, aunque eso no impidió que lo acribillasen a preguntas y Ben, fiel a su palabra, las esquivó todas con pericia, excepto la última.

—¿Qué tipo de agente biológico se ha encontrado en la urbanización?

—Por el momento no vamos a hacer comentarios al respecto.

—¿Supone un riesgo para la población?

—El riesgo está controlado.

—¿Cuál es el paradero de los residentes desaparecidos?

—No vamos a hacer ningún comentario sobre las informaciones acerca de personas desaparecidas.

—¿Los residentes desaparecidos están en cuarentena debido a su exposición al agente biológico?

—Insisto, no haré comentarios.

—Los familiares y amigos de los desaparecidos denuncian que se les ha pedido que eviten hablar con los medios. ¿Es eso cierto?

—No voy a entrar a contradecir sus comentarios.

—¿Se ha detenido a algún sospechoso de terrorismo? ¿Han intentado huir?

—No puedo comentar nada al respecto.

—¿Algún grupo terrorista local o extranjero ha reclamado la autoría?

—No que sepamos.

Y así siguió durante casi media hora. Ben había estado esquivando a uno de los periodistas porque había algo en él que lo hacía sentirse incómodo. Parecía fuera de

lugar. Era más joven que los demás, con un rostro extremadamente lozano y serio para un miembro de la prensa escrita de Fleet Street o de los noticiarios de las grandes corporaciones. Y algo en su expresión le decía que no iba a ir por el mismo camino que los otros, que a él le importaba en serio la verdad. Ben señaló a un tipo una fila por detrás de él para darle la palabra, pero el joven aprovechó la imprecisión del gesto para ponerse en pie.

—Usted no —dijo Ben—. El de detrás, el de la americana marrón.

—Seré muy rápido —respondió el joven, inflexible—. ¿Por qué no ha venido ningún representante del supercolisionador angloamericano?

—Lo siento. —Ben percibió que se le aceleraba el pulso—. ¿Cómo ha dicho que se llama y a qué medio representa?

—Giles Farmer. Escribo para el *Bad Collisions*. Es un blog sobre los peligros de los supercolisionadores.

—Bueno, señor Farmer, pues parece que se ha metido usted en la rueda de prensa equivocada.

—Yo creo que no. Hace cinco semanas se produjo una muy publicitada puesta en marcha del MAAC, seguido de la noticia de que un intruso se había colado en las instalaciones y que el supercolisionador se había parado. Menos publicidad tuvieron cinco alteraciones del fluido eléctrico en la región del Támesis, a razón de una por semana, que coincidieron con silenciados reinicios del supercolisionador. El último, hace seis días, tuvo lugar de manera exacta al mismo tiempo que el incidente en South Ockendon, que está justo encima de uno de los superimanes del MAAC. Así que vuelvo a preguntárselo: ¿por qué no ha venido nadie del MAAC para responder sobre todo esto? Me gustaría poder hablar con la doctora Emily Loughy, la directora de investigación.

Ben se tomó un momento para asegurarse de que su tono no delataba la inquietud que le invadía.

—Como ya he explicado, esta es una conferencia de prensa sobre un incidente terrorista ocurrido en South Ockendon, de manera que no sé de qué me está hablando.

Y dicho esto, el jefe de prensa de la Policía Metropolitana anunció que la rueda de prensa había terminado. Ben salió del auditorio y se metió en una sala detrás del escenario en la que Anthony Trotter lo había estado controlando todo a través de un monitor.

—Ha ido bien, salvo la última pregunta.

—Un tío listo —admitió Ben, y se bebió un botellín de agua de un trago—. Parece que ha sabido conectar varios cabos sueltos.

—Vigilaremos a este tal Giles Farmer —aseguró Trotter—. Voy a asignarle un equipo de seguimiento.

—Creo que hay cosas más urgentes que vigilar a un bloguero. Además, es ciudadano británico, por lo que queda bajo jurisdicción del MI5 o el MI6.

—Se diría que escondes la cabeza como un avestruz, Ben. Este país se enfrenta a

una amenaza sin precedentes. El primer ministro y su gabinete me han nombrado director del MAAC, y con este cargo todo queda bajo mi jurisdicción.

Solomon Wisdom se quedó sin palabras. Caffrey, su corpulento y solícito sirviente, lo había ido a buscar a su estudio para alertarle de la llegada de «más individuos especiales», de modo que estaba preparado ante la posibilidad de toparse con seres vivos como John Camp y Emily Loughy.

Pero la visión de los niños fue demasiado para él.

Durante su viaje desde Dartford, Sam y Belle se habían mostrado inicialmente asustados ante los caballos, pero acabaron disfrutando de cabalgar sobre sus lomos en las sillas de montar. Sam incluso entabló conversación con el capitán de la guardia, que sostenía las riendas con una mano y lo agarraba a él con la otra.

—¿Sabes que el caballo huele mejor que tú?

—Eso es porque el animal está vivo y yo estoy muerto.

Sam no entendió la respuesta.

Por su parte, Arabel y Delia habían pasado mucho más miedo y habían viajado mucho más incómodas, embutidas en sus respectivas sillas de montar pegadas a un mugriento soldado. El jinete que conducía a Arabel parecía tan asustado de ella como ella lo estaba de él y la había dejado tranquila, pero el de Delia, un viejo de dientes amarillentos, se había puesto lascivo. Ella se pasó todo el trayecto apartándole las manos de sus pechos.

Delia iba asimilando las semejanzas geográficas del Infierno, pero aquella agreste campiña se le antojaba difícil de reconciliar con los paisajes urbanos que conocía. Sin embargo, como buena londinense, el sinuoso discurrir del Támesis le resultaba familiar, y cuando apareció ante sus ojos la mansión de Wisdom, reconoció la colina. Estaban en el equivalente geográfico de Greenwich.

La esquelética figura de Wisdom, con su levita negra y su expresión severa de pie ante la puerta de su residencia, asustó a Belle y Sam, que se escondieron detrás de su madre.

Después de un prolongado silencio, Wisdom logró reunir voz suficiente para hablar.

—Niños —se limitó a decir.

Entregó a los soldados una bolsa de dinero inusualmente pesada y le ordenó a Caffrey que acompañase a los recién llegados al comedor y le dijese a la cocinera que les preparase algo de comer. Acto seguido, se encerró en su despacho para ordenar sus ideas. De momento pospondría los comentarios amables de costumbre y las presentaciones. La noticia iba a correr muy rápido y él tenía que tomar decisiones importantes.

Se paseó por la habitación hablando en voz alta como si el único consejo que mereciese la pena fuese el que él mismo podía darse.

—Esta es una oportunidad excepcional, Solomon, excepcional. De esas que se

presentan una sola vez. ¡Dos mujeres vivas y dos niños vivos! Debes actuar de un modo impecable para aumentar los beneficios. ¡Piensa, piensa! ¿Quiénes son los mejores compradores y cuántos lotes debo ofrecer? ¡Yo diría que dos lotes! Ofrezco los niños a un comprador y las mujeres a otro. El rey Enrique todavía no ha regresado de su fracasada aventura en Francia. Tal vez cuando vuelva quiera a los niños a modo de distracción o como regalo para su reina. Creo que pagará bien. Y en cuanto a las mujeres, diría que el rey Pedro de Iberia es el comprador más adecuado. El embajador íbero estaba furioso por no haber tenido ocasión de presentar una oferta por Emily Loughy, de modo que le daré la oportunidad de abrir su bolsa de oro. Y tal vez haya otros postores merodeando por la corte. Una oportunidad excepcional, sin duda.

Llamó a Caffrey, le dio instrucciones y entró con aire despreocupado en el comedor, dispuesto a hacer un despliegue de acogedora simpatía calculada al milímetro para lograr que sus huéspedes se sintiesen cómodos. Delia y Arabel miraban por las ventanas la ladera que se extendía detrás de la casa y los niños jugaban debajo de la mesa.

—Disculpad mi tardanza. Tenía unos asuntos pendientes que atender, pero ahora dispondréis de toda mi atención y hospitalidad. Soy vuestro anfitrión, Solomon Wisdom, y os doy la bienvenida a mi humilde morada.

Delia tomó aire y respondió con todo el arrojo que fue capaz de reunir. Durante sus conversaciones con Duck, este le había dicho que creía que a Emily se la habían llevado de Dartford para entregársela a un «mercader de carne», aunque no había mencionado su nombre.

—No sé quién es usted, señor Wisdom, pero no somos mercancía que se pueda comprar y vender. Le pido que nos devuelva de inmediato a Dartford.

La artificiosa sonrisa de Wisdom desapareció de su rostro.

—¿Comprar y vender? Mi querida señora, ¿por qué hace semejante acusación?

—Les ha entregado a esos hombres una bolsa de dinero. ¿De qué otra cosa puede tratarse?

—Solo era un pequeño pago para agradecerles su colaboración. Me traen a todos los recién llegados de la zona para... darles la bienvenida. Por lo que sé, la gente aprecia la información que puedo proporcionarles. Lo hago como un servicio a mis congéneres. Me cuento entre los afortunados en este mundo desafortunado y por lo tanto soy caritativo, ni más ni menos.

—Debe pensar que he nacido ayer —replicó Delia.

—No sé cuándo nació usted, buena mujer.

—Entonces ¿nos va a llevar de vuelta a Dartford?

—Por supuesto. Adonde quieran ir. Pero primero insisto en que compartan mesa conmigo. Deben tener hambre y sed después del largo viaje.

Desde debajo de la mesa, Sam pidió limonada.

—Comeremos con usted —aceptó Delia— y luego queremos marcharnos.

—Como deseen. Ah, oigo pasos. Que empiece la fiesta.

La fornida ama de llaves y cocinera de Wisdom, con el cabello cano recogido con un pañuelo, entró mirando a todos lados, olfateando y sosteniendo una enorme bandeja. Ya le habían dicho que había niños vivos en la casa, y al dejar la bandeja en la mesa montada sobre caballetes descubrió a Sam, que asomaba la cabeza por debajo.

Al verlo rompió a llorar.

—Deja de gimotear —le ordenó Wisdom con severidad— y sirve las bebidas. Las señoras tomarán vino. Los niños no sé qué quieren. ¿Qué beben los niños?

Arabel habló por primera vez.

—¿Tiene zumos de fruta?

—Me temo que no tenemos tal cosa —respondió Wisdom.

—Entonces agua. Si es potable.

Belle hizo su aparición y la cocinera se desmoronó, arrastrada por una nueva oleada de emoción.

—¿Por qué lloras? —quiso saber Sam.

—Porque los dos sois encantadores y preciosos —respondió ella.

Sam ya había perdido el interés por las lágrimas de aquella mujer y contemplaba su rostro lleno de lunares.

—¿Por qué tienes tantos puntos negros en la cara?

Arabel trató de hacerlo callar, pero la cocinera soltó una carcajada y respondió:

—Cariño, son mis marcas de belleza y, como puedes comprobar, yo soy muy bella.

Sentado a la mesa, Wisdom en persona cortó la pieza de carne y distribuyó las verduras en los platos.

—Comamos y conversemos —invitó.

—¿Vas a bendecir la mesa? —le preguntó Sam.

—Aquí no hacemos estas cosas —respondió Wisdom—. Dudo que siquiera recuerde las palabras.

Con voz límpida, Arabel entonó:

—Señor, te damos las gracias por los alimentos que vamos a comer.

—Oh, esto me trae recuerdos —suspiró Wisdom, mientras se llevaba un trozo de cordero a la boca. Lo masticó, se lo tragó y añadió—: Bueno, veamos si son ustedes conscientes de su muy singular situación.

—Sabemos dónde estamos —replicó Delia. Probó el vino, pareció gustarle y bebió más.

—De acuerdo, excelente. Bueno, el Infierno que están viendo es muy diferente del que nos enseñan a temer en la Tierra.

—Por favor, no utilice la palabra que empieza por I delante de los niños —susurró Arabel.

—¿Por qué no? —preguntó Wisdom.

—No quiero que se asusten. Les he contado que estamos en un mundo de fantasía de uno de sus libros de cuentos.

—De acuerdo. ¿Y entonces cómo debo llamarlo?

—De cualquier modo que no sea ese.

Arabel continuó con su tarea de cortarles a los niños la carne en trozos pequeños.

—Muy bien, usaré el nombre que utiliza aquí el pueblo llano. Abajo. ¿Le parece suficiente?

—Sí, gracias.

—Bueno, pues Abajo es bastante distinto...

—Lo sé todo al respecto —repitió Delia— y ya se lo he contado a Arabel.

—En ese caso me podré ahorrar la larga exposición que he hecho infinidad de veces.

—Sin embargo, tengo una pregunta —añadió Delia, farfullando al hablar por culpa del vino—. ¿Cómo es que no siente usted la más mínima curiosidad por nosotros? Eso me lleva a pensar si no ha visto ya a personas vivas en el pasado. En un pasado muy reciente.

—Por supuesto que sí. En un pasado muy reciente, tal como sugiere. Tuve el placer de recibir a dos personas muy singulares, una mujer, Emily Loughy, y un hombre, John Camp. Dadas las circunstancias de su llegada, no me sorprendería que los conociesen.

—Emily es mi hermana —murmuró Arabel.

—Ahora que lo dice, veo el parecido —comentó Wisdom—. Me hablaron de una enorme máquina infernal que había abierto una especie de canal entre los dos mundos. Imagino que vosotros cuatro habéis sido atrapados por los dientes y garras de esa máquina, que os ha escupido aquí.

—Algo parecido —concedió Delia.

—¿Vosotras dos también sois científicas, como la señorita Emily?

—En absoluto —respondió Arabel—. Ella es el cerebro de la familia. Yo me limito a ejercer de madre.

—Una profesión muy dura, si la memoria no me falla. ¿Y usted, señorita Delia?

—Yo tampoco soy científica. Soy espía.

Atónito, Wisdom dejó caer sobre la mesa las manos con las que agarraba sus cubiertos.

—¿Dice que es una espía? Ya me costó creer que una mujer pudiese ser científica, y ahora me cuesta creer que también pueda ejercer de espía. Me alegro de no haber vivido en su época. Me hubiera sentido muy fuera de lugar. ¿Es usted una espía al servicio de la corona?

—Sí, así es.

—¿Y a quién está espionando?

Delia empezó a beber su segunda copa.

—En este momento le estoy espionando a usted.

Pasados unos instantes de incómodo silencio, Wisdom bajó la cabeza presidida por su larga nariz y de pronto estalló en una sonora carcajada que asustó a Belle y provocó que rompiese a llorar.

El joven Charlie, atenazado por el miedo, avanzaba unos pasos por delante del grupo. Su hermano Eddie iba a continuación, seguido por Martin y Tony, las dos mujeres y por último Jack, cuya voluminosa panza y gruesas piernas lo convertían en el menos apto para avanzar con paso rápido por el bosque. Martin echó un vistazo hacia atrás por encima del hombro y al ver que Jack se estaba quedando atrás, les pidió a los hijos que ayudasen a su padre.

Charlie estaba demasiado asustado para ralentizar el paso, pero Eddie respondió a la petición y retrocedió; antes de que lograra llegar junto a su corpulento progenitor, Martin oyó un grito y aminoró la marcha.

—¡No te detengas! —le gritó Tony, que se sostenía los pantalones con una mano—. ¡Mantente pegado a mí!

Indeciso, Martin recuperó el paso y siguió avanzando.

Eddie llegó junto a su padre, que yacía de costado en el suelo y cuyo voluminoso cuerpo formaba una protuberancia entre el sotobosque. Tenía el muslo en el que se le había clavado una flecha empapado de sangre.

—¡Papá! Vamos. Te voy a ayudar a levantarte.

Otra flecha pasó silbando por encima de sus cabezas.

—Estoy acabado, muchacho. Sálvate tú.

—No, no te voy a dejar aquí.

—¡Te digo que te marches! Haz caso a tu padre. Ahora tú eres el jefe de la familia, ¿de acuerdo? Cuida de Charlie y dile a tu madre que la quiero. ¡Y ahora lárgate, joder!

Con lágrimas en los ojos, Eddie se levantó y salió corriendo.

Al poco rato escucharon un grito que helaba la sangre; Jack estaba muerto. Patearon su cabeza decapitada hacia unos arbustos como si no fuese más que una vieja pelota de fútbol. Los vagabundos le quitaron la ropa y las botas y retomaron de inmediato la caza del resto del grupo.

Pese a estar casi cegado por las lágrimas, Eddie avanzó por delante de Martin y Tony y llamó a gritos a su hermano.

—Charlie, Charlie, ¿dónde estás?

Martin había perdido de vista a Alice y Tracy, que iban detrás de él. Pese a las protestas de Tony, se negó a abandonarlas para que acabasen corriendo la misma suerte que los dos Jack. Se detuvo y volvió atrás, gritándoles que se diesen prisa.

No tardó en darse cuenta de que habían quedado descolgadas del grupo. Tracy había pisado una rama puntiaguda y se la había clavado en el pie descalzo. Alice hacía lo que podía por ayudarla a caminar, pero la joven madre cojeaba y gritaba de

dolor y miedo. Cuando Martin llegó hasta ellas, vio que los vagabundos se acercaban a gran velocidad, abriéndose camino entre las ramas. Había al menos cuatro. Tres de ellos blandían largos cuchillos curvos y el otro llevaba un arco. Sin dejar de correr, el arquero preparó una flecha y empezó a tensar la cuerda. Pese a que estaba al menos a treinta metros de él, Martin sintió los gélidos ojos del vagabundo clavados en él. Se preguntó qué se sentiría al ser atravesado por una flecha. Era el tipo de reflexión fría y desapasionada que solía provocar las mofas de Tony.

Pam. Pam.

Las ensordecedoras explosiones sonaron en una rápida sucesión.

La flecha salió disparada hacia lo alto. El arquero dejó caer el arco y se llevó las manos al pecho ensangrentado antes de desplomarse de rodillas.

Uno de los vagabundos maldijo, se agarró el brazo herido y gritó a sus camaradas. Dejaron al arquero caído en combate, dieron media vuelta y desaparecieron entre los matorrales.

Dos hombres armados con rifles salieron de detrás de unos gruesos árboles, a menos de diez metros de donde estaban Martin, Alice y Tracy, todavía en estado de *shock*.

Eran dos cuarentones bien afeitados, vestidos de modo casi idéntico con sucias y andrajosas camisas blancas de algodón grueso, chaquetas de tela áspera y pantalones ceñidos de aspecto antiguo y zapatos desgastados que parecían modernos anudados con cordones de cuero sin curtir. Los rifles eran de los que se cargan por la boca del cañón. Uno de ellos empezó a recargarlo y aplastó la pólvora, mientras que el otro, el más alto de los dos, se dirigió a ellos.

—Ahora estáis a salvo —les aseguró—. No van a volver.

Los dos hombres armados se acercaron y Martin se interpuso entre ellos y las dos mujeres.

—¿Quiénes sois? —preguntó, tratando de sonar amenazante.

El más alto respondió con incredulidad:

—La pregunta más interesante es ¿quién demonios sois vosotros? —Antes de que Martin pudiese decir nada, le dijo a su colega—: ¿Los hueles, Murphy?

Murphy olfateó como un sabueso y maldijo en voz baja.

—Joder, ¿qué es esto?

—Lo vamos a averiguar enseguida —respondió Rix, el más alto—. Llamad a vuestros amigos para que podamos hablar con todos.

—¿Por qué diantres debemos fiarnos de vosotros? —inquirió Martin.

—¿Quizá porque os acabamos de salvar el pellejo? —replicó Murphy—. ¿Te parece un motivo suficiente?

Tracy se sentó en el suelo, demasiado abrumada para hacer otra cosa que gimotear. Rix apoyó su mosquetón contra un árbol y se acuclilló junto a ella.

—Escucha, cariño, imagino que estás pasando el peor día de tu vida, y enfatizo la palabra «vida», porque no me lo explico, pero tengo claro que no estáis muertos. Pero

ahora estáis a salvo. Murphy y yo nos encargaremos de eso.

A Tracy el olor de ese hombre le hizo echarse hacia atrás, pero la bondad de su mirada la tranquilizó un poco.

—Gracias.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Rix.

—Tracy.

Alzó la cabeza para mirar a la otra mujer.

—¿Y tú?

—Yo soy Alice.

—¿Nos podéis decir dónde estamos y qué nos está pasando? —preguntó Martin.

—Lo haremos —respondió Murphy—. Pero primero tenemos que llevaros a todos a nuestra aldea.

Convencido de que eran de fiar, Martin colocó las manos a modo de altavoz y gritó:

—¡Tony! ¡Todos vosotros! Volved atrás. Hemos encontrado ayuda. Estamos a salvo.

Delia fue la primera en despertarse a la mañana siguiente. Arabel estaba en la cama de al lado con los niños, todos dormidos. Deseó haber podido seguir durmiendo un rato más, pero estaba completamente despierta y le picaba la piel por la aspereza de las sábanas. Comprobó si le habían mordido las chinches, se levantó, utilizó con discreción el orinal en un rincón y miró por la ventana. Desde el piso superior de la mansión de Wisdom, el turbio Támesis parecía una serpiente marrón petrificada en pleno movimiento sinuoso. Vio la gabarra de Wisdom amarrada al embarcadero. No estaba allí cuando pasaron por delante el día anterior. Había llegado muy temprano procedente de Londres con un grupo de visitantes. En cubierta, varias siluetas se movían con gestos propios de pescadores.

Intentó mover el pesado cerrojo de hierro de la puerta de su habitación, pero no logró desplazarlo. Le hirvió la sangre al saberse encerrada. Si no fuese porque los niños seguían durmiendo, se habría puesto a golpear la puerta de roble y a gritar, pero se controló y se limitó a contener su rabia.

Dadas las circunstancias, le alegró disponer de algo en que ocupar su tiempo. La noche pasada, antes de retirarse al dormitorio, le había pedido a la cocinera de cabellos canos utensilios de costura para poder adaptar sus ropas a la desaparición de los elásticos, cremalleras y botones. Se sentó en la cama y evaluó el material del que disponía: una aguja de hierro con un amplio ojo, hilo grueso, fibra de cáñamo de varias longitudes y un montón de botones de madera. Lo primero que cogió fueron los tejanos de Sam y les cosió un botón.

En el comedor, Solomon Wisdom se sentó en su silla de costumbre y desayunó fiambres y pan, que regó con cerveza, mientras dos grupos de hombres se apiñaban

en sus respectivos rincones, murmurando en sus lenguas nativas.

Impaciente, Solomon llamó a los dos individuos que tenía a su izquierda.

—Acérquese, príncipe Heirax, no dispongo de todo el día.

El aludido, el embajador macedonio en la corte de Enrique VIII, levantó un dedo pidiendo más tiempo e intercambió varias palabras con su colega, un noble llamado Stolos.

—Mi oferta es por los cuatro —anunció finalmente Heirax—. Mil quinientas coronas.

Wisdom enarcó las cejas con un gesto teatral y se dirigió a los tres hombres de su derecha.

—Caballeros, ¿desean aumentar la oferta?

Navarro, el embajador íbero, era un tipo flacucho y febril por un persistente episodio de disentería. La oferta macedonia pareció alterar su frágil estado de salud y sus criados, De Zurita y Manrique, acercaron una silla por si se desmayaba.

De Zurita pidió que le sirvieran a su señor un vaso con partes iguales de agua y vino, y el sirviente de Wisdom, Caffrey, se dirigió a la despensa para preparárselo.

Recobradas las fuerzas después de beber, Navarro habló con voz ronca en un inglés con marcado acento extranjero.

—¿Cómo podemos hablar de sumas tan elevadas sin siquiera haber visto la mercancía?

—Ya he dejado bien claro —respondió Wisdom— que podrán verla después de que hayamos acordado un precio. Si resultan no ser lo que los he prometido, una atractiva doncella viva, dos niños vivos, un varón y una hembra, y una mujer de más edad y más gruesa, entonces podrán retirar sus ofertas. Sin embargo, me conocen lo suficiente como para saber que soy un comerciante honrado, de modo que pueden estar seguros de que lo que les ofrezco es lo prometido. Saben también que con anterioridad ya adquirí y vendí a una doncella viva. Creo que el conde francés que la compró quedó encantado con su adquisición. Es desde luego sorprendente la reciente llegada de varios seres humanos vivos a estos parajes y no tengo ninguna explicación sobre el porqué se han producido, pero he tenido el honor de convertirme en el único proveedor de esta mercancía extremadamente escasa y singular.

Navarro miró a Manrique, un hombre de escasa estatura y tez morena, que se dio la vuelta para comprobar el peso de la bolsa de monedas que llevaba bajo la capa. Se inclinó y habló en voz baja con su señor. A continuación, Navarro preguntó:

—¿Y dices que la doncella es hermosa?

—Muy hermosa.

—Entonces ofrezco dos mil coronas.

La suma ofrecida ahora alcanzaba el total de los beneficios obtenidos por Wisdom con su venta de seres humanos durante los últimos cinco años, así que decidió seguir bebiendo para calmar los nervios.

—Excelente. Ahora es de nuevo su turno, príncipe...

Unos estruendosos golpes en la puerta de la casa le obligaron a dejar la frase a medias. Envió a Caffrey a comprobar quién llamaba mientras el príncipe Heirax murmuraba algo que Wisdom estaba seguro de que era una maldición en macedonio.

Caffrey regresó con un sobre sellado con lacre y le susurró a Wisdom unas palabras al oído. Este rompió el sellado de lacre con un dedo grasiento, leyó el pergamino y lo dejó sobre la mesa, incapaz de disimular la creciente y zalamera sonrisa.

—Caballeros, parece que la situación ha cambiado. Acabo de recibir una carta de la emperatriz Matilde en persona. Ayer informé a la corona inglesa de la nueva mercancía que había llegado a mis manos y acabo de obtener respuesta. La emperatriz ofrece dos mil coronas.

—Es lo que acabo de ofrecer yo —suspiró Navarro—. Si es necesario, superaré la oferta de la emperatriz añadiendo una corona más.

—Oh, pero la oferta de su majestad es solo por los niños —explicó Wisdom con tono ampuloso.

Los macedonios se pusieron furiosos y acusaron a Wisdom de manipular la subasta, pero el comerciante se mantuvo firme. Los dos caballeros se marcharon resoplando y pidiendo que los llevaran de vuelta a Londres de inmediato.

Navarro mantuvo la calma y después de hablar con sus criados, puso sobre la mesa una nueva oferta.

—Debo decir, Solomon, que no tenía muy claro lo de los dos niños. Tengo ciertas dudas sobre si encontraría compradores interesados en ellos, pero estoy convencido de que en Iberia hay demanda más que suficiente para una doncella viva. Te ofrezco setecientas cincuenta coronas solo por ella.

—¿Y la mujer de más edad?

—Me la puedo llevar también, pero no añadiré ni una corona más.

—Debo obtener alguna compensación por ella.

—Entonces me quedo solo con la doncella —afirmó Navarro—. ¿Hay trato?

—Muy bien —accedió Wisdom—. Complaceré a la emperatriz ofreciéndole los niños y una cuidadora. La doncella es para usted.

Navarro ordenó a Manrique que preparase el dinero, a la espera de poder inspeccionar a la mujer. Mientras, puso otra condición.

—Después de nuestra reciente y desafortunada batalla naval con Enrique, los íberos somos personas no gratas en la corte. No queremos que los emisarios de la emperatriz se enteren de nuestra presencia aquí, de modo que permite que nos retiremos a una habitación privada donde podamos inspeccionar a la doncella y completar la compra.

—Caffrey —llamó Wisdom—, lleva a estos caballeros a mi estudio y tráeles a la dama. Si quedan satisfechos, hazlos salir por la parte trasera de la casa. Conde Navarro, sus caballos están en el establo y se les ha dado forraje y agua. Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Cuando Caffrey abrió la puerta del dormitorio, Delia estaba acabando de modificar la ropa. Arabel se sobresaltó al oír que el pasador se movía.

—Vístete —ordenó Caffrey señalando a la mujer—. Tienes que venir conmigo abajo.

Delia le preguntó por qué debía ir Arabel sola, pero Caffrey se limitó a repetir la orden. Arabel se frotó los ojos, llenos de lágrimas al darse cuenta de que las pesadillas con las que había soñado eran reales. Seguía en ese lugar horrible. Protestó sin levantar la voz para no despertar a los niños, diciendo que no quería dejarlos solos, pero Caffrey se puso furioso, sacó un cuchillo corto del cinturón y amenazó con cortarle el cuello a Delia si no le obedecía.

—Tú inténtalo, hijo de puta —replicó la agente, poniéndose de pie y dejando caer al suelo la ropa que estaba cosiendo. Era más corpulenta que él. Había recibido entrenamiento en autodefensa al incorporarse al MI5, pero cuando Caffrey se le acercó blandiendo el cuchillo, se puso lívida y volvió a sentarse en la cama.

—De acuerdo, te acompañaré —accedió Arabel—. ¿Cuánto voy a tardar en volver a ver a los niños? —preguntó.

—Sobre eso tendrás que hablar con el señor. A mí solo me ha dicho que venga a buscarte.

Delia entregó a Arabel su ropa. La falda y la blusa ahora llevaban unos botones feos pero muy útiles y el sujetador estaba cosido.

—¿Puedes darte la vuelta para que pueda vestirme? —pidió a Caffrey.

En el rostro curtido del sirviente apareció la mueca de una sonrisa lasciva que dejaba a la vista una boca desdentada.

—No pienso hacerlo.

—Entonces me vestiré debajo de las mantas.

Después de vestirse, salió de la cama con cuidado para no despertar a Sam y Belle, a los que miró con cariño antes de volverse hacia Delia.

—¿Cuidarás de ellos?

Al ver cómo le temblaban los labios, Delia dedujo que Arabel estaba convencida de que no iba a volver a la habitación.

—Claro que sí, querida. Pero estarás de regreso enseguida. Estoy segura.

—Pero si no es así, ¿les dirás que mamá los quiere mucho?

—Lo haré, cariño. Diez veces al día. Y cuidaré de ellos como si fuesen mis propios hijos. Si pasa algo y nos separamos, recuerda que vendrán a rescatarnos. Nos encontrarán.

John y Emily pasaron la noche juntos, haciendo todo lo posible por ralentizar el tiempo. Por tácito y común acuerdo, la velada fue más doméstica que romántica. Cocinaron juntos y después ella le ayudó a limpiar el apartamento. Se acurrucaron en el sofá y vieron la televisión, empalmando varias series cómicas. Antes de acostarse, Emily le inspeccionó la herida y le dijo que se le estaba curando muy bien. No hicieron el amor, no porque no lo desearan, sino porque ella no podía dar cabida al placer en su vida sabiendo la dura experiencia por la que atravesaban Arabel y los niños. No hizo falta que se lo explicase a John. Él lo entendió.

En lugar de hacer el amor, permanecieron echados a oscuras, hablando de lo que harían cuando todo esto terminase: ella buscaría un trabajo en alguna universidad en cualquier sitio y él la seguiría allí dónde fuese y amoldaría su vida a la de ella. No querían sucumbir a la fatiga, porque si se dormían, el tiempo transcurriría muy rápido y la mañana llegaría demasiado pronto. Pero resultó inevitable rendirse al sueño.

John estaba de vuelta en Afganistán y un grito horrible se encontraba en sus oídos.

A lo lejos, en la granja infestada de talibanes, se veían resplandores anaranjados en la negra noche sin luna, iluminada por las ráfagas que escupía la artillería de 30 mm del Black Hawk que sobrevolaba la zona. Las explosiones provocaban boquetes en las paredes de arcilla que rodeaban el complejo y obligaban a huir a los francotiradores que las utilizaban como parapeto, pero evitaban alcanzar el edificio principal y con suerte al objetivo de la operación, Fazal Toofan, el combatiente enemigo de máxima prioridad al que John y su comando de boinas verdes tenían orden de capturar con vida.

Pero en ese momento, el propósito de la misión era la menor de sus preocupaciones. John tenía toda la atención puesta en el médico de su unidad, Ben Knebel, que se apretaba con ambas manos el abdomen y aullaba de dolor junto al hombre al que hacía un instante estaba atendiendo, el soldado Stankiewicz.

John corrió hacia ellos, maldiciendo al francotirador que ya había pulverizado la artillería del helicóptero. Se mantuvo agazapado entre la granja y Knebel para cubrirlo mientras le hacía un torniquete en la pierna a Stankiewicz. La bala que había impactado en el soldado podría haber servido para enhebrar una aguja por lo preciso del tiro, un disparo endiabladamente jodido en una jodida guerra.

Cuando John llegó junto a ellos, Stankiewicz había cambiado el papel de herido por el de enfermero y, olvidándose de su pierna perforada, presionaba el estómago de Knebel con una gasa para detener la hemorragia.

John tuvo que quitarse de la oreja el auricular del intercomunicador porque los gritos de Knebel por su micrófono eran ensordecedores. Abrió otra gasa estéril del

botiquín, se la pasó a Stankiewicz y mantuvo apretado el abdomen del médico.

—Stank, ocúpate de tu herida, yo me encargo de él. Doc, no te me desmayes. Voy a vendarte y te daré un calmante, ¿de acuerdo?

—Busca en mi macuto —gritó el médico con los dientes apretados—. No puedo mover las piernas. ¡Joder, joder!

John utilizó un rollo de esparadrapo para fijar la gasa bien apretada sobre el estómago del herido, desenvolvió una piruleta de fentanilo y se la metió en la boca, entre la mejilla y la encía. Después volvió a colocarse el auricular y pidió ayuda.

—Necesito evacuar a dos heridos, uno de ellos es el médico del comando. ¡Ahora!

—¿Evacuamos a toda la unidad? —preguntó el piloto del Black Hawk por radio.

—No, solo a los heridos.

—Eso lo va a dejar desprotegido, comandante.

—Tú saca de aquí a mis hombres. El resto es cosa mía. Todavía tenemos una misión que cumplir.

—Recibido. Nuestro tiempo estimado de llegada son treinta segundos. Llamaremos a otro pájaro para que recoja al resto de la unidad. Le daré el tiempo estimado de llegada en cuanto tenga la información.

John les pidió a los dos heridos que aguantasen un poco más y se comunicó por radio con Mike Entwistle, que estaba en el flanco norte de la granja.

—Mike, vamos a estar sin apoyo aéreo durante un rato. ¿Todavía recibís fuego enemigo?

—Negativo. Creo que los hemos aniquilado.

—De acuerdo. En cuanto evacuen a Stank y a Doc, estrecharemos el cerco por el norte y por el sur, entraremos, agarraremos a nuestro objetivo y nos largaremos de aquí cagando leches.

A medida que el fentanilo iba haciendo efecto, los alaridos de Knebel se iban convirtiendo en algo más perturbador, el agudo gimoteo de un hombre paralizado que parecía empezar a entender que la vida que había conocido hasta ahora se había acabado para siempre.

Se despertaron mucho antes de que sonase el despertador y se turnaron para ducharse y vestirse. Habían elegido y modificado con sumo cuidado la ropa que iban a llevar para evitar los problemas que padecieron en el viaje anterior. Todas las telas e hilos de los cosidos eran de fibras naturales, los botones de plástico y las cremalleras metálicas se habían sustituido por botones de madera y las botas llevaban cordones y suelas de cuero.

Hablaron poco y de temas intrascendentes; no sentían la necesidad de recordarse a sí mismos lo que iba a suceder en unas pocas horas. Mientras John revisaba el contenido de su mochila de tela y cuero por última vez, rememoró lo que había

soñado y se dio cuenta de que lo que le rondaba por la cabeza era similar a lo que pensaba antes de entrar en combate en Irak y Afganistán: concentrado en la preparación, no en la ejecución. Una vez que empezaba la misión, casi nunca salía según lo planeado. Y el entrenamiento y la actitud eran lo que lo mantenía a uno vivo.

Cuando llegó el momento de salir, recogieron los bártulos y apagaron la luz. John vio que Emily miraba con aflicción el apartamento a oscuras.

—No te preocupes —le dijo—. Volveremos.

Rix y Murphy se levantaron temprano para encender un fuego en el que poder cocinar las gachas de avena silvestre con miel para el desayuno. Llevaban una semana manteniendo la misma rutina diaria: procurarles a sus invitados el sustento básico y adentrarse en el bosque para buscar a Molly y Christine.

La aldea de Ockendon se alzaba en un claro sobre un terreno húmedo y cenagoso repleto de moscas y mosquitos. Cuando Rix y Murphy llevaron allí por primera vez a Martin y los demás desde el peligroso bosque, la destartalada aldea de primitivas chozas de paja les pareció muy acogedora, pero después de una semana les recordaba cada vez más a un campo de prisioneros. Siempre desconfiado de sus vecinos, Rix los había metido a todos en su pequeña cabaña, utilizando hasta el último centímetro cuadrado de espacio para acomodarlos. Durante los últimos treinta años Rix y Murphy habían vivido allí con Molly y Christine, y ya resultaba muy apretado para los cuatro. Meter en ese espacio a ocho personas era un disparate. Les habían cedido sus camas a Alice y Tracy y ellos dormían en el suelo con los demás hombres, Rix junto a la puerta y Murphy pegado a la chimenea.

Martin le limpió el pie herido a Tracy y, tras comprobar que era poco importante, se lo vendó con un trozo de tela razonablemente limpio. Murphy y Rix poseían una exigua colección de ropa y zapatos de hombre y mujer, y todos solucionaron lo mejor que pudieron sus problemas de vestuario.

Martin se despertó en cuanto olió el humo y saltó por encima de varias personas dormidas para acucillarse junto al fuego.

—Buenos días —susurró.

—¿Qué tal estás, doc? —preguntó Rix.

—Infernalmente bien —respondió él con la ocurrencia que repetía siempre—. ¿Vais a salir otra vez?

—Después de zamparnos el desayuno —confirmó Murphy.

Rix removió el contenido de la pesada cacerola colgada sobre el fuego y gruñó que cada día que pasaba perdía más la esperanza.

—Me gustaría acompañaros —dijo Martin—. Estar aquí metido me está provocando claustrofobia.

—Es demasiado peligroso —replicó Murphy—. Ya hace un mes que pasaron por aquí los soldados. Volverán en cualquier momento, siempre lo hacen. Todo el mundo

en esta jodida aldea se ha enterado de que estáis aquí metidos. Quizá no conozcan vuestro secreto, pero saben que estáis aquí. Os delatarán sin contemplaciones. Tenéis que estar todos aquí, preparados para defender a las mujeres.

Martin señaló las improvisadas armas colgadas de las paredes: garrotes de madera, una barra de hierro y una espada curva.

—Ya te lo he dicho, soy médico, no un guerrero. Ninguno de nosotros lo es. Si aparecen los soldados, estamos perdidos.

Rix negó con la cabeza.

—Si aparecen —susurró—, tenéis que luchar. De lo contrario, dividirán al grupo y os desperdigarán por el mundo. Violarán a las mujeres y las venderán como esclavas sexuales. Descubrirán que tú y Tony sois maricas y también os violarán. Haz lo que te digo, ¿de acuerdo? Volveremos en unas horas para ver cómo estáis.

Tony, ya despierto, había estado escuchando con los ojos cerrados. Se incorporó y dijo:

—Ya sé que no queréis oírlo, pero no creo que encontréis a Molly y Christine. Y no me gusta que nos llaméis maricas.

—Tienes razón —respondió Murphy con rabia—. No quiero oírlo, así que cierra el puto pico antes de que te lo cierre yo.

Su estallido despertó a los demás, que empezaron a estirarse e incorporarse.

Martin salió en defensa de Tony.

—Puede que la idea no os guste, pero si todo lo que nos habéis contado sobre este sitio es cierto, parece razonable pensar que las fuerzas físicas o sobrenaturales que no han catapultado hasta aquí pueden haberlas mandado a ellas a nuestro mundo y nuestra época.

—Todo eso no es más que una sarta de gilipollecas —replicó Murphy—. Las chicas están en alguna parte, en el bosque. O bien los vagabundos las han atrapado o bien ellas han logrado huir y están intentando regresar aquí.

Rix removi6 la hirviente cacerola.

—Tal vez sea una gilipollez o tal vez no —dijo—. También puede parecer una gilipollez que aparezca en el Infierno un grupo de personas vivas, pero aquí los tienes. Te diré una cosa, Colin, daría lo que fuese por saber que nuestras chicas en estos momentos están paseándose por alguna calle soleada del condado de Kent en Inglaterra, en el planeta Tierra en el año 2015 y no entre las garras de unos jodidos vagabundos en este mundo de mierda. Pero hasta que no lo sepamos con absoluta certeza, vamos a seguir buscándolas.

Tracy empezó a hacer lo que llevaba haciendo casi todo el tiempo que estaba despierta: rompió a llorar. Alice se había convertido por propia decisión en su cuidadora cuando no estaba cosiéndole la ropa a alguien. Pero esa mañana parecía demasiado adormilada para ofrecerle su apoyo. Charlie, sentado al lado de Eddie, que no paraba de bostezar, tomó el relevo y le acarició el hombro a Tracy mientras le aseguraba que todo se acabaría arreglando.

Pero lo cierto es que ninguno de ellos creía que fuera a ser así.

Durante la primera noche en el Infierno del grupo, Murphy y Rix habían regresado a la cabaña después de una infructuosa búsqueda de Molly y Christine que se prolongó durante todo el día, y les habían explicado a sus seis conmocionados huéspedes la impactante realidad de la situación en la que se encontraban. Al principio ninguno de ellos creyó ni una palabra, ni siquiera después de que pasadas dos horas les describieran con todo detalle el día en que ambos murieron en 1984.

—¿Tenéis una explicación mejor para lo que estáis viendo con vuestros propios ojos? —les preguntó Murphy con desdén.

Martin, siempre racional, replicó:

—No, yo no la tengo. Pero eso no da más credibilidad a vuestra disparatada historia.

—También a nosotros nos costó aceptarlo cuando llegamos —reconoció Rix—. Pero es la verdad.

—Si lo que decís es cierto, que aquí no se puede morir, entonces el padre y el abuelo de estos chicos no están muertos.

Rix negó con la cabeza.

—Tal vez sí, tal vez no. Nunca antes había visto a una persona viva en el Infierno, de manera que no puedo asegurarlo.

Entonces Charlie alzó la cabeza y preguntó:

—¿Has dicho que podrían estar vivos? Tenemos que volver al bosque y recogerlos.

—He dicho que no lo sé —insistió Rix.

—Joder, pongámonos en marcha —insistió Eddie, poniéndose en pie.

—Por la mañana —les advirtió Murphy—. Los vagabundos que casi os atrapan pueden estar todavía rondando por allí.

En el plomizo amanecer Martin y Eddie acompañaron a Rix y Murphy al bosque y rehicieron el camino que habían recorrido hasta dar primero con el padre de Charlie. Martin le hizo señas a Eddie para que no se acercase mientras inspeccionaba el cuerpo descuartizado y sin cabeza. Sin duda alguna estaba muerto. En el río encontraron al abuelo, que había sufrido el mismo bárbaro destino. Le habían cortado y extraído la mayor parte de su masa muscular.

—Supongo que vosotros sí podéis morir —comentó Murphy, y escupió en el agua—. Qué suerte tenéis.

Durante el camino de vuelta a la aldea, caminando detrás del afligido hijo, Martin les dijo a Murphy y Rix:

—Me temo que no me habéis mostrado nada que sostenga vuestras opiniones.

—Opiniones —repitió Murphy entre risas—. No son opiniones, son hechos. Te voy a proponer una cosa: esta noche tú y yo atravesaremos la aldea sin que nadie nos vea y te mostraré la prueba.

Cuando oscureció, Murphy cumplió su palabra. Tony, asustado, le pidió a Martin

que no saliese, pero el médico estaba decidido a llegar al fondo del asunto. Los dos se deslizaron junto a las cabañas cerradas a cal y canto que se alineaban junto al camino embarrado y se acercaron a un edificio bajo de madera. Martin notó el enfermizo hedor de podredumbre mucho antes de llegar a la puerta cerrada con un pasador y tuvo que colocarse la mano sobre la boca y la nariz para no vomitar. Murphy le advirtió que se preparase antes de abrir la puerta y alzar la antorcha para iluminar el interior.

Martin tuvo que apretar con fuerza la mano contra la cara, hasta el punto de casi no poder respirar, pero no fue suficiente. Tuvo que contener el aliento para evitar desmayarse. Logró así reducir el impacto en su olfato, pero aparecieron ante él las imágenes y los sonidos que le hicieron retroceder. El pudridero estaba repleto de cuerpos en descomposición que seguían con vida. Horribles gritos y lamentos llenaban la macabra sala. La masa licuada de carne que cubría por completo el suelo se movía. Centenares de brazos y piernas se deslizaban lentamente en aquella pútrida montaña de restos humanos, en la que asomaban también rostros desencajados y desfigurados con muecas agónicas.

—¿Tienes suficiente? —le preguntó Murphy.

Martin asintió, salió de allí y vomitó en el exterior.

Murphy cerró la puerta y reunió la compasión suficiente para darle unas palmaditas en la espalda.

—¿Por fin te crees que estás en el Infierno?

Ahora, ya en su séptimo día allí, Rix sirvió las gachas en cuencos de madera poco profundos. Él y Murphy devoraron el desayuno mientras los otros lo iban ingiriendo en silencio, sin prisas ni ganas.

—Bueno, pues nosotros vamos a salir —anunció Rix mientras se colgaba el mosquetón del hombro—. Recordad, si alguien llama a la puerta, no hagáis ni un ruido. Si alguien intenta entrar, enfrenaos a ellos con todas vuestras fuerzas. Habéis acabado cayéndonos simpáticos.

—Habla por ti —se quejó Murphy, mientras abría la puerta y miraba con el ceño fruncido a un tipo flacucho que conducía a un raquítico caballo por el camino.

—No me mires, colega —le gritó Murphy al hombre, que aceleró el paso ante la amenaza—. Te voy a aplastar si vuelves a mirarme.

El bosque estaba cargado de humedad. Había dejado de llover, pero el agua seguía goteando de las hojas y las ramas. Rix iba delante. Buscaban huellas recientes, pero no encontraron ninguna. De tanto en tanto gritaba llamando a Molly. Murphy estaba resacoso y el dolor de cabeza le impedía vocear el nombre de Christine. Al cabo de un rato pasaron junto a los cadáveres. Se veía que había más zonas carnosas devoradas, no porque los vagabundos hubieran regresado, sino porque el hedor había atraído a animales en busca de alimento. Cuando salieron del bosque a campo abierto, Rix se detuvo.

—Sugiero que vayamos hacia el sur, en dirección al río.

—Ya estuvimos allí hace dos días —replicó Murphy.

—¿Tienes una idea mejor?

Murphy gruñó.

—¿Y bien? —insistió Rix.

—No. Joder, Jason, no lo sé. Quizá lo que dice ese marica sea cierto. Quizá las dos han vuelto a la Tierra.

—Desde luego, eso sería mejor que haber acabado en manos de los vagabundos.

—Sí, pero...

Murphy no tuvo que acabar la frase. Rix le leyó el pensamiento.

—Lo sé, lo sé, pero ¿cómo nos las vamos a arreglar sin las chicas?

Rix empezó a caminar por el vasto prado y Murphy lo siguió, alzando la mirada hacia un halcón que volaba en círculo y que de pronto cayó en picado y clavó sus garras en un aterrorizado ratón.

La zona de ocio estaba casi irreconocible. Para proteger el pulido suelo de madera lo habían cubierto con una moqueta barata con partes recortadas para los cables que conectaban los cubículos y monitores con el ordenador central del laboratorio principal. Los técnicos manejaban en los sistemas de *hardware* y *software* largas hileras de tablas con los protocolos de los pasos previos a la puesta en marcha. Se había levantado un tabique en mitad de la sala para colocar el despliegue de enormes pantallas con el que se haría el seguimiento operacional del sincrotrón y los veinticinco mil imanes que rodeaban Londres en el interior de los túneles subterráneos del MAAC.

Ben Wellington y Trevor esperaban en la zona habilitada en una esquina para los viajeros cuando llegaron John y Emily.

Se saludaron con una sonrisa y se pusieron manos a la obra, eludiendo la charla superficial para llenar el silencio.

—Falta uno —informó John.

—Está en la recepción —respondió Trevor—. Enseguida lo acompañarán hasta aquí.

Todos vestían de forma muy similar, con pantalones caqui o de camuflaje, camisas de trabajo de algodón grueso, ropa interior de algodón, botas y cazadoras de cuero con botones de madera sustituyendo a las cremalleras. Estaban revisándose unos a otros las mochilas cuando apareció Brian escoltado por el personal de la recepción.

Había optado por el mismo tipo de vestuario y parecía animado y excitado, como un chaval impaciente por emprender una excursión con acampada.

—*Allo!* —saludó, estrechando la mano a todo el mundo—. ¿Todo funciona correctamente?

John hizo el gesto de consultar su reloj de muñeca, que había dejado en casa, y

miró el cronómetro digital de la pared.

—Bajaremos en sesenta mikes.

—Sesenta mikes —repitió Brian encantado—. Adoro la jerga militar. He leído con atención tus instrucciones y he dejado todo lo metálico en el maletero del coche, incluida mi espada favorita. ¿Estás seguro de que no pasaría?

—Como ya te dije, el metal no pasará —insistió Emily.

Brian la había conocido la víspera y había quedado prendado de ella.

—Adoro a las mujeres guapas y adoro a los escoceses —le había dicho—, de modo que ya estoy locamente enamorado de ti.

Cuando se enteró de que el corazón de Emily Loughy ya tenía dueño, estuvo enfurruñado durante el resto de la reunión de planificación.

—¿Te lo has pasado bien en el dentista? —le preguntó Trevor.

Brian sonrió y mostró el nuevo hueco en su dentadura.

Ahora que ya estaban todos, Ben consideró que debía dirigirles unas palabras.

—No hace falta insistir en que esta es una misión en la que se participa de forma voluntaria. Todavía estáis a tiempo de echaros para atrás. No hay nada de qué avergonzarse si alguien cambia de opinión. De modo que necesito que me confirméis que estáis decididos a seguir adelante.

—Yo voy —dijo John.

—Yo también —se sumó Emily.

Trevor fue el siguiente en dar su confirmación:

—Yo sigo.

—No lo cambiaría ni por todo el té de China ni por todos los Oscar de Hollywood —aseguró Brian con determinación.

—De acuerdo —siguió Ben, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura—. Que Dios os ayude. Ahora os dejo, tengo que supervisar las últimas comprobaciones de seguridad en Dartford y South Ockendon. Os espero aquí dentro de un mes. Por favor, no os retraséis.

—Buena suerte en la caza de esos villanos —le deseó Trevor.

Ben le estrechó la mano.

—Me voy a esforzar al máximo, muchacho.

Siguieron revisando sus equipos y después se fueron pasando los libros para que todos los pudiesen inspeccionar.

—Una selección interesante —reconoció Brian.

—La pluma es más persuasiva que la espada —sentenció John.

—Eso he oído, pero a mí se me da mucho mejor la segunda que la primera —replicó Brian.

Después de volver a colocarlo todo en las mochilas, se sentaron en sillas plegables y contemplaron los preparativos de los técnicos. Emily se acercó a Matthew Coppens y David Laurent, que estaban enfrascados en la preparación de la cuenta atrás. Matthew levantó la mirada por encima de su cubículo.

—Hola —saludó Emily.

—Hola.

Todavía tenía un aire de culpabilidad por su participación en todo ese lío.

—¿Cómo va todo? —le preguntó ella.

—Como la seda. No hemos detectado ningún problema. Me preocupaba el desplazamiento de la sala de control, pero hasta ahora no nos ha creado ningún problema técnico.

—Se me hace raro contemplar todo esto desde fuera.

—Me alegré tanto de tu vuelta que ojalá no tuvieses que marcharte otra vez.

—Matthew, si no fuese por mi familia, estaría sentada a tu lado. Pero tengo plena confianza en tu capacidad para traernos de vuelta a casa.

John se volvió hacia Brian.

—Bueno, entonces ¿Trev está listo para degollar dragones?

—El joven Trevor es un alumno que lo asimila todo muy rápido. Yo diría que está más que preparado.

—Me sentiría más cómodo con mi fusil de asalto SA80 que con un arco y unas flechas —reconoció el aludido.

—Ese fusil es una porquería —replicó John—, pero yo también lo preferiría. ¿Qué le has contado a tu familia?

—Anoche invité a mis padres a un curri y les dije que me habían elegido para una misión especial fuera del país. Les solté un rollo sobre que era secreta y no podía contarles mucho más. Ellos no lo acabaron de entender. Les cogió por sorpresa. Creían que la época en que debían preocuparse por mí ya había quedado atrás hacía mucho tiempo. Pero se lo tomaron bien. Les dejé el número de Ben por si...

Se le cortó la voz.

—Qué curioso, Trev —dijo Brian metiéndose en la conversación—, yo a mis exesposas les he dado tu teléfono. Por si acaso.

A treinta minutos de la partida aparecieron los peces gordos, con Anthony Trotter a la cabeza, de punta en blanco para la ocasión, con un ceñido traje de tres piezas. Lo seguían Leroy Bitterman y Karen Smithwick, con Campbell Bates del FBI y George Lawrence del MI5. Bitterman se dirigió directamente hacia los expedicionarios.

—Bueno, ya casi ha llegado el momento.

—Estamos listos para partir, nos hemos preparado lo mejor que hemos podido —respondió Emily.

—Seguro que sí. —Los saludó a todos y añadió—: Tú debes de ser el famoso Brian Kilmeade. Soy Leroy Bitterman, el secretario de estado de energía de Estados Unidos.

—Podría usar un poco de eso —replicó Brian.

—¿Un poco de qué?

—De energía.

Bitterman soltó una carcajada.

—Armado con este sentido del humor podrá derrotar a casi cualquier enemigo. Creo que su primer ministro está viendo esto desde el 10 de Downing Street. Me ha dicho que es un fan suyo. Salude a la cámara.

Brian lo hizo y lanzó un beso.

—Si llevásemos con nosotros un equipo de filmación, podría conseguir por fin lo que siempre he deseado: un *reality* en la televisión americana.

—Bueno, conozco a algunas personas en el negocio —respondió Bitterman sonriendo—. Les hablaré de usted.

—Le tomo la palabra, y si al final lo consigo le daré el diez por ciento que le correspondería a mi inepto agente.

—Me han dicho que ha hecho un entrenamiento excelente, señor Jones —añadió Bitterman volviéndose hacia Trevor.

—He tenido un buen profesor.

—Bueno, esperemos que no tenga demasiada necesidad de poner en práctica las enseñanzas. ¿Y qué tal estás tú, John? ¿Curado del todo?

—Estoy en buenas condiciones para partir, señor.

—Me alegra oírlo. Vamos a pasar las noches en vela hasta que volváis.

Trotter les interrumpió y le dijo a Bitterman que requerían su presencia. Ya se habían establecido las comunicaciones seguras entre Londres, Washington y South Ockendon. Bitterman se lo tomó con calma.

—¿No les va a desear buena suerte a nuestros colegas? —preguntó.

—Buena suerte, chicos —respondió Trotter con tono neutro, y se alejó de inmediato.

—Bueno, no es lo que llamaríamos la alegría de la huerta —ironizó Bitterman dirigiéndoles un saludo de despedida con la mano.

Emily trató de escuchar lo que decían al otro lado de la sala los jefes de departamento sobre el proceso de la puesta en marcha. Ya se había inyectado el helio superrefrigerado en el despliegue de veinticinco mil imanes y el supervisor acababa de informar de que estaban a 1,7 K, la temperatura a la que se transformaban en superconductores y eran capaces de proyectar los rayos de protones alrededor de los ciento ochenta kilómetros de túneles en torno a Londres. La cuenta atrás hasta la máxima potencia del sincrotrón avanzaba con fluidez. A falta de quince minutos apareció un equipo de seguridad del MI5 para escoltarlos hasta la sala de control. Tanto esa sala como todo el complejo subterráneo se habían considerado demasiado inestables como para que nadie excepto los expedicionarios permaneciese allí, por miedo a acabar enviando a alguien más al otro lado a través del cada vez más amplio portal entre las dos dimensiones.

Tras el familiar descenso en el ascensor hasta el nivel de la sala de control se adentraron en el escenario estratégicamente vacío, del que se habían extraído la práctica totalidad de aparatos electrónicos y ahora parecía un decorado de película desmantelado. El único artilugio que permanecía allí era un reloj con los dígitos rojos

en el que se podía seguir la cuenta atrás para el reinicio del MAAC. En las paredes se había realizado un despliegue de cámaras de vídeo de alta definición y altavoces.

Bajaron hacia el centro del anfiteatro y vieron la X marcada con cinta adhesiva en el suelo, a tres metros del espectrómetro detector de muones, un mastodonte de siete pisos que era el punto de colisión donde los rayos opuestos de partículas de protones se cruzarían con una elevadísima carga de energía.

—De modo que aquí es donde se cuece la magia —murmuró Brian.

El reloj marcó los diez minutos para el reinicio.

El equipo de seguridad se marchó.

Oyeron cómo cerraban las puertas con cerrojo.

A través de los altavoces les llegó la voz incorpórea de Matthew Coppens.

—Muy bien, tenemos una visión y un sonido perfectos de todos vosotros. Os pediremos que os situéis en la marca cuando la cuenta atrás esté en un minuto. Hasta que llegue ese momento, podéis relajaros.

—¿Puedes creerte que ha dicho relajaros? —ironizó Emily.

—Lo siento —se disculpó Matthew—, una mala elección de las palabras.

—Vaya, parece que los micrófonos funcionan muy bien.

Emily intentó sonreír a las cámaras.

John se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Cuando volvamos, no te voy a dejar salir de la cama en un mes.

Ella sonrió y dijo en voz alta:

—Matthew, espero de corazón que nadie haya oído esto.

—Negativo, Emily.

—Gracias a Dios.

A cinco minutos del reinicio oyeron el anuncio de un técnico:

—Tenemos plena energía. Una aceleración de doscientos GeV.

En el momento del reinicio se inyectaría fuel ionizado en el sincrotrón, que se aceleraría y canalizaría en el MAAC. Dos rayos de partículas de protones, uno viajando en el sentido de las agujas del reloj y el otro en el sentido contrario, se acelerarían hasta una velocidad de colisión de treinta TeV, circunvalando el Gran Londres a casi la velocidad de la luz, o a once mil ciclos por segundo.

Escucharon a David Laurent anunciar que el detector de muones estaba en marcha y completamente operativo.

A falta de un minuto para el reinicio, Matthew les pidió que se situasen sobre la marca y los cuatro se apiñaron en un estrecho círculo, con las mochilas tocándose en el centro. Matthew inició la carga de los cañones de partículas con el combustible y a treinta segundos del reinicio solicitó autorización a Leroy Bitterman para lanzar los rayos.

—Sí —se limitó a responder Bitterman.

Por los altavoces les llegó la voz tensa de Matthew.

—Cuatro... tres... dos... uno. Reiniciamos.

John le cogió la mano a Emily.

Matthew hizo las lecturas del progresivo incremento de energía.

—Cuatro TeV, cinco, seis, siete...

—No está sucediendo nada —murmuró Brian.

—Todavía es pronto —le informó Emily.

—Dieciséis, dieciocho, veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro...

—Nos estamos acercando —susurró Emily.

—Veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta TeV. ¡Potencia máxima!

Emily apretó con tanta fuerza la mano de John que le dolieron los nudillos.

El primero en hablar en la improvisada sala de control fue Anthony Trotter. Pese a que le habían informado de lo que era previsible que sucediese, ver cómo pasaba a través de los monitores lo había desconcertado. Soltó una palabrota en voz alta y acto seguido recordó que la audiencia conectada con la sala incluía al primer ministro y al presidente de Estados Unidos, así que añadió un débil «perdón».

Ben Wellington miró rápidamente las imágenes de las otras pantallas. La cafetería para los empleados de la que habían desaparecido Arabel Loughy, sus hijos y Delia May estaba vacía. En la planta del subsuelo donde se ubicaba la sala de control, los pasillos y salas de almacenaje estaban igualmente vacíos.

Se volvió hacia los monitores de la sala de control.

John, Emily, Trevor y Brian habían desaparecido y no había nadie en su lugar.

—Apagado automático iniciado —informó Matthew con voz ansiosa y aguda—. Ya han partido.

Leroy Bitterman, que había asumido con discreción el papel de Henry Quint como director científico del MAAC, le dio las gracias con tono tranquilo a Matthew y le pidió que le informase cuando llegasen a los cero TeV. Quint se mantenía apartado de los demás, apoyado contra la pared, abriendo y cerrando su bolígrafo con aire impotente.

—Todos los equipos de seguridad. —Ben llamó por radio a los agentes del MI5 desplegados por el campus del MAAC—. Por favor, informen de cualquier actividad inusual y de la presencia de intrusos.

Fueron llegando informes negativos.

—¿Podemos ver las imágenes de todas las cámaras de South Ockendon en la pantalla central? —pidió Ben.

La urbanización había sido evacuada y acordonada, se habían instalado videocámaras que cubrían todos los jardines y calles y había cámaras de captura de movimiento en el interior de todas las casas vacías.

No detectaron ninguna actividad inusual.

—Hemos llegado a energía cero —anunció Matthew—. Concluido el apagado completo.

Por los altavoces de la sala de control se oyó una voz con marcado acento americano.

—Les habla el presidente Jackson. Por favor, ¿alguien me puede explicar lo que está pasando?

—Señor presidente, soy Leroy Bitterman. Como puede ver, el equipo de exploradores ha desaparecido, damos por hecho que con destino a la otra dimensión. Eso era lo previsto. Lo que no preveíamos es la ausencia de intercambio. Esperábamos que se produjese una sustitución de uno por uno, como en las ocasiones

anteriores. Cuatro individuos por cuatro individuos.

—¿Y esto no ha ocurrido? —preguntó el presidente.

—No sé muy bien qué ha sucedido esta vez —admitió Bitterman.

De pronto, una de las cámaras de captura de movimiento de South Ockendon se encendió y en una de las pantallas apareció una sala de estar iluminada por el sol.

—¿Qué casa es? —preguntó Ben.

—La número catorce, la vivienda de Hardcastle y Krause —informó uno de los agentes a las órdenes de Ben.

—Ponedla en la pantalla central —ordenó este—. ¿Veis eso, junto a la vitrina de la porcelana?

—¿Qué cojones es esto, Jason? ¿Qué putos cojones?

Murphy estaba hiperventilando.

Hacía un instante estaban en mitad de un prado de hierba ondulante y un momento después se encontraban en la sala de estar de una residencia de los extrarradios.

Rix se protegió los ojos del resplandor del sol. Hacía treinta años que no veía la luz solar y se sentía hipnotizado. Siguiendo el haz de luz que entraba por la ventana con las cortinas abiertas distinguió su propia sombra, algo que había olvidado que existiese. Sus alargadas piernas casi le hicieron reírse en voz alta.

Se percató de que tenía las manos vacías. El mosquetón había desaparecido y el zurrón que llevaba colgado era muy liviano. Lo apretó y se dio cuenta de que los perdigones del mosquetón también se habían esfumado.

Escudriñó la habitación. Había demasiada información que absorber. Cientos de objetos, la mayoría de ellos lo suficientemente familiares como para despertar ciertas emociones, otros del todo desconocidos, como el iPhone o la llave digital de un coche que había en una esquina de la mesa. Se fijó en las fotografías enmarcadas que colgaban de una de las paredes.

—Colin, mira esto —dijo.

Murphy avanzó sobre la gruesa alfombra como si fuese un pantano a punto de tragarse. Observó con detenimiento las fotos y exclamó:

—Son esos tíos. Martin y Tony.

—Estamos en la Tierra —farfulló Rix antes de caer de rodillas con los ojos llenos de lágrimas—. Hemos vuelto a la puta Tierra.

Murphy fue dando traspiés por la sala y se metió en la cocina. Cuando Rix se unió a él, ya tenía la cabeza metida en la nevera.

—¿Quieres ver esto? —Murphy sostenía una lata de cerveza—. ¿Has visto alguna vez algo tan hermoso?

Abrió la lata y bebió. Rix dejó que disfrutase de su éxtasis mientras empezaba a registrar la casa.

—¿Molly? —llamó—. Molly, ¿estás aquí? ¿Christine?

Subió la escalera y miró en los dormitorios y en los dos baños. Volvió a la planta baja y estaba a punto de anunciar que la casa se hallaba vacía cuando la puerta de la calle se abrió violentamente y varios hombres armados vestidos con trajes antidisturbios de pies a cabeza entraron en tromba y les ordenaron que se tirasen al suelo boca abajo y con las manos estiradas por delante.

Rix obedeció, pero Murphy se mostró desafiante.

—Todavía no me he terminado la cerveza —se quejó, y permaneció de pie hasta que dos policías lo obligaron a tirarse al suelo sin contemplaciones, le colocaron unas esposas de plástico y lo levantaron.

El oficial al mando del escuadrón táctico del MI5 se mantenía en contacto por radio con Ben Wellington.

—Pregúnteles quiénes son —le pidió Ben.

—Decidnos vuestros nombres —les ordenó el oficial.

En la sala de control de Dartford, en el Consejo de Ministros de Downing Street y en el gabinete de crisis de la Casa Blanca, los reunidos vieron y escucharon las respuestas de los dos individuos con acento londinense: Jason Rix y Colin Murphy.

—¿Desprenden un olor peculiar? —preguntó Ben.

—Huelen fatal —fue la respuesta—. A podrido.

—Pregúnteles cuándo murieron.

—Por favor, repítamelo. ¿Me ha dicho que les pregunte cuándo murieron?

—Afirmativo. Límitese a preguntárselo, por favor.

—¿Cuándo fallecisteis? —les preguntó el oficial con tono dubitativo.

Rix pareció entender que alguien les observaba desde el exterior y dirigía el interrogatorio. Escudriñó la habitación y descubrió una lente fijada a la pared.

—¿Eso es una cámara?

—Dígale que está en lo cierto —ordenó Ben.

—Sí, es una cámara.

Rix miró hacia la lente y sonrió.

—Los dos, Murphy y yo, dejamos este mundo en 1984.

Murphy intervino y se dirigió a la pared:

—Pórtate como un caballero y deja que me acabe la cerveza.

—¿Dónde estamos? —preguntó Rix.

El oficial recibió el permiso para responder y les dijo que estaban en South Ockendon.

—¿Tenéis a nuestras chicas? —insistió Rix—. Christine y Molly.

Les pidieron sus nombres completos.

—Christine Rix y Molly Murphy —recitó Rix—. Son nuestras esposas.

En la sala de control se generó un murmullo general.

Ben pidió a todo el mundo que guardase silencio y dirigió la respuesta. A Rix y Murphy les dijeron que de momento no las tenían localizadas y que, en cuanto a

ellos, los iban a trasladar de inmediato para interrogarlos.

—De acuerdo —aceptó Rix dirigiéndose a la cámara—. Conocemos el procedimiento. En nuestra época éramos polis.

Las autoridades salieron de Dartford con destino a Londres en sus coches oficiales y Ben Wellington empezó a prepararlo todo para el interrogatorio de Rix y Murphy. Ya se había habilitado una habitación para este propósito. Ordenó que revisasen a fondo los dispositivos de grabación, que el equipo médico estuviese dispuesto para hacer una revisión preliminar a los detenidos en cuanto llegasen y que les preparasen algo de comer en la cafetería. Estaba a punto de telefonar a su mujer para decirle que no contase con él para la cena cuando le sonó el móvil. Era un número del MI5, de la sede central junto al Támesis. Una de las oficiales subalternas de la Policía Metropolitana asignadas para monitorizar el tráfico de comunicaciones por radio se presentó y se disculpó de antemano por la llamada.

—No es necesario —la tranquilizó Ben—. Dejé instrucciones muy claras para que se me avisase si se detectaba algo inusual.

—Creo que esto cumple el criterio —respondió ella con un tono envarado, como si alucinase por la cantidad de filtros que se había saltado para hablar directamente con Ben—. La policía de Buckinghamshire ha recibido una llamada de la planta depuradora de aguas de Iver North denunciando una entrada no autorizada en sus instalaciones.

Mientras la oficial hablaba, Ben activó el altavoz para abrir un mapa en su móvil.

—Siga —le pidió.

—La policía va de camino hacia allí, pero los servicios de emergencia tienen a la persona que ha efectuado la llamada en línea y yo estoy monitorizando la llamada.

—¿Qué detalles tenemos? —preguntó Ben.

—Dos intrusos, ambos varones, que se han metido en uno de los edificios de las instalaciones. El denunciante ha dicho que parecían, y cito textualmente, «aturdidos».

—De acuerdo, ¿algo más?

—Se dirigió a ellos para preguntarles quiénes eran y les amenazó con llamar al 091. Le alarmó su olor al acercarse.

—¿Ha dicho olor?

—Sí, señor, olor. Ha dicho que era repulsivo.

Ben consultó el mapa. Iver, Buckinghamshire, estaba al oeste de Londres, a unos sesenta kilómetros en línea recta desde Dartford. La planta depuradora se ubicaba junto a la M25.

«Los túneles del MAAC pasan justo por debajo.»

—Escúcheme con mucha atención —le pidió Ben, quitando el altavoz— y haga exactamente lo que le digo. Es un asunto de seguridad nacional y dependo de usted para controlar la situación.

Todo resultaba demasiado familiar.

La triste y pequeña aldea de Dartford estaba tal como John y Emily la habían dejado una semana antes: apestosa, mortecina y destartalada. Aparecieron en mitad del camino, en el mismo lugar en el que se habían colocado para su regreso a casa. Al dar los primeros pasos, sintieron otra vez cómo se les hundían las botas en el barro. Las chozas permanecían cerradas a cal y canto y el camino desierto.

Trevor y Brian miraban a su alrededor en silencio.

—¿Hemos aterrizado en el sitio previsto, jefe? —preguntó al final Trevor.

—Tal como os anuncié —respondió John mientras se quitaba la mochila. Seguía pesando, lo cual era buena señal. Revisó el contenido. Todo seguía en su sitio. Los libros también habían pasado.

Brian despertó de su trance y echó a correr, luchando contra el barro hasta que pudo coger el garrote de madera que había apoyado contra una de las chozas. Estaba toscamente tallado a partir de la rama de un árbol. Lo agarró con ambas manos y se reunió con los otros.

—Muy listo —le felicitó John.

—Es por esto por lo que me pagas ese dinerito —respondió Brian—. Nos servirá hasta que encontremos algo afilado.

—No me puedo creer que hayamos vuelto —murmuró Emily.

—Ya sabíamos en qué consistía la misión —replicó John—. En cuatro semanas tenemos que estar de vuelta en este lugar para regresar a casa. Con los demás.

—Eso espero.

—Lo conseguiremos.

La firmeza de John le hizo sonreír.

—Tu talante americano es muy práctico para situaciones como esta.

John les indicó a todos con un gesto que lo siguiesen y cruzó el camino en dirección a la choza de Dirk. No se molestó en llamar. La construcción era chapucera y había agujeros alrededor del marco de la puerta, de modo que anunció su presencia sin necesidad de gritar.

—Dirk, ¿estás ahí? Lo creas o no, soy John Camp.

El interior de la choza se recorría en apenas unos pasos, de modo que a John no le sorprendió que la puerta se abriese de inmediato.

Dirk se le quedó mirando, con las pupilas contrayéndose por la luz matinal. Duck lo observaba por encima del hombro de su hermano.

Duck fue el primero en hablar.

—Ya te dije que vendrían a buscarlos —sentenció—. ¡Te lo dije!

—¿Qué tal si nos invitáis a pasar? —preguntó John.

—Por supuesto. —Dirk se echó a un lado para dejarles entrar—. Veo que nos

echabais mucho de menos.

—Sí, como a una resaca de primera.

Emily había mantenido la ingenua esperanza de que Arabel y los niños estuviesen todavía allí. Cuando comprobó que no era así, se desinfló como un suflé mal horneado. También Trevor se mostró decepcionado.

Dirk miró con suspicacia a los dos nuevos viajeros, pero siguió conversando con John.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vimos.

—Estoy mucho mejor, gracias. Son los milagros de la medicina moderna.

—¿Y quiénes son tus amigos?

—Él es Trevor y él es Brian. Han venido para ayudarnos.

—Vas a necesitar mucha ayuda —le aseguró Duck con premura.

—¿Dónde están? —preguntó Emily—. Mi hermana y los niños.

—Estuvieron aquí —confirmó Duck—. Y Delia también. Pero se los han llevado. Os juro que mi hermano y yo no pudimos hacer nada por evitarlo.

—¿Sabes dónde están? —continuó Emily.

—Sí, lo sabemos. Y os ayudaremos a rescatarlos. Eres un hombre de palabra, John Camp. Dijiste que traerías de vuelta a mi hermano y lo hiciste. Sentaos, tomad una cerveza y os contaremos lo que sabemos.

La mañana iba avanzando. Los seis mostraban ya las cicatrices emocionales de siete días encerrados en esa choza. No es que Rix y Murphy los tuviesen prisioneros, pero no les dejaban salir de esa estrecha vivienda por miedo a que alguien los descubriese. Incluso el uso de la letrina exterior implicaba inspeccionar primero el entorno entreabriendo la puerta trasera para comprobar que no hubiese nadie en los campos, correr hasta allí y volver adentro a toda prisa. A Tony aquello le parecía peor que una prisión, porque al menos en la cárcel sabes cuál es la sentencia que te ha caído y entiendes tu situación. En cambio, Martin lo comparaba con la aventura de los presos a los que enviaban a Australia en el siglo XIX. Cuando aquellos pobres desdichados llegaban a la vasta colonia penitenciaria también eran extraños en una tierra extraña y su esperanza de regresar algún día a casa no era más que una llamita a punto de extinguirse.

A media tarde empezaron a inquietarse.

—¿Por qué no han regresado todavía? —preguntó Eddie.

—Los estamos dejando sin provisiones —respondió Martin—. Lo más probable es que hayan ido de caza después de buscar a sus esposas.

—Quizá han sido succionados en dirección a la Tierra —sugirió Charlie.

Al oír esa idea, su hermano resopló y Charlie le preguntó por qué era tan despectivo.

—Sí, perdóname por dudar de ti —respondió Eddie con sarcasmo—. Supongo

que habrán encontrado un armario mágico y ahora estarán en Narnia.

—Esto no me gusta —admitió Tony—. Nunca nos han dejado solos tanto tiempo. ¿Qué se supone que debemos hacer si no vuelven?

Tracy empezó a gimotear y Alice regañó a Tony por ponerla nerviosa, pero él ya estaba harto de tener que actuar con tanta cautela ante esa frágil mujer.

—Tienes razón —dijo irritado—, debería haber dicho qué se supone que debemos hacer incluso en el caso de que vuelvan. Estamos jodidos en cualquiera de los dos casos.

Con el telón de fondo de los lamentos de Tracy, el grupo se enzarzó en una discusión durante un rato, hasta que Martin alzó la mano y les indicó que se callasen.

—Escuchad —ordenó.

Al principio les pareció la irregular vibración de un suelo de listones de madera mal clavados, pero luego se transformó en un retumbo lejano y a continuación en el inequívoco sonido de caballos al galope que se acercaban. Martin entreabrió el postigo de la ventana que daba al camino y vio a varios hombres señalando la choza.

Maldijo y miró las toscas armas que Rix y Murphy les habían dejado.

—Nos van a hacer prisioneros —murmuró.

—¿Deberíamos luchar? —preguntó Eddie.

—Creo que no. Ya sé lo que nos dijeron, pero si lo hacemos acabaremos heridos o algo peor.

—¿Qué nos sucederá si no peleamos? —inquirió Alice mientras cogía la maza de hierro—. Eso es lo que de verdad me preocupa.

—No quiero salir de aquí. No dejéis que me cojan —suplicó Tracy entre lágrimas.

—Alice, suelta esa maza —pidió Martin—. Lo único que conseguirás es que nos maten a todos.

—¿Dónde están? ¿Se están acercando? —preguntó desesperado Tony.

Martin localizó a los jinetes. Eran al menos diez soldados con rifles colgados del hombro y espadas en el cinturón que golpeaban contra el costado de sus caballos.

El capitán de la partida desmontó y habló con el tipo flacucho con el que antes Murphy había intercambiado unas palabras.

Unos segundos después se oyó una voz que gritaba:

—Los que estáis ahí dentro. Salid con las manos en alto o tendremos que entrar y sacaros arrastrándoos por los pelos.

Martin y Tony se miraron asustados y desesperados, pero Eddie tenía otro plan. Abrió la puerta trasera y salió corriendo. Charlie no necesitó que nadie lo animase a hacer lo mismo. Los dos pasaron a toda velocidad junto a la letrina y se metieron en el campo contiguo.

Un soldado al que habían enviado a vigilar la parte trasera de la casa avisó a gritos de que dos hombres habían huido. Salió en su persecución a caballo y enseguida se le unieron más jinetes.

Al mismo tiempo, el capitán de la guardia ordenó asaltar la casa; varios soldados entraron por las puertas delantera y trasera empuñando sus espadas.

Martin levantó las manos, gritó por encima de los chillidos de Tracy que se rendían y les rogó que no les hiciesen daño. Alice dejó caer la maza de hierro.

El capitán, un joven que lucía una melena suelta, se plantó ante ellos y le ordenó a Tracy que dejase de chillar porque le estaba perforando los tímpanos. Los observó con atención y sonrió de oreja a oreja.

—¡Es cierto! Sin duda son diferentes. Fletcher —llamó a través de la puerta—, no hay ningún peligro. Puede entrar sin miedo.

Fletcher, un individuo grueso y con andares de pato, cara rolliza y redonda y labios gruesos, se asomó para echar un vistazo. Una vez dentro, aspiró hondó y mostró su asombro.

—¡Por Júpiter, es cierto! No son como nosotros. ¡Desde luego que no! Me parece que los rumores que circulaban eran ciertos. Esta gente no son muertos, ¿verdad que no, capitán?

—No sé lo que son, señor Fletcher.

—Bueno, ¿estáis muertos? —les preguntó Fletcher directamente.

—Soy médico —respondió Martin— y puedo asegurarle que estamos muy vivos.

—¡Un médico! —exclamó Fletcher—. Y además vivo. Qué valioso. ¿Cómo habéis llegado aquí si no estáis muertos?

—No tengo ni idea de qué ha sucedido —le aseguró Martin—. Estábamos tan tranquilos en nuestras casas y de repente aparecimos aquí.

—Por lo visto no sois los únicos —murmuró Fletcher, paseándose entre ellos para valorar sus nuevas propiedades.

—¿Han llegado más? —interrumpió Tony.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó Fletcher.

—Soy arquitecto.

—¿En serio? ¿Construyes edificios?

—Los diseño. Los dos que se han escapado los construyen.

Llegaron gritos procedentes del campo de atrás. Al parecer los dos hermanos no habían logrado escapar.

—Un arquitecto, vaya. Otra profesión valiosa. Y en respuesta a tu pregunta, sí, nos han llegado rumores de que un colega mío, Solomon Wisdom, de la zona de Greenwich, puso a la venta a personas vivas recién llegadas y ganó un montón de dinero con la transacción. La verdad es que al principio no me creí esas historias, pero resulta que son ciertas. Y ahora, por Júpiter, yo también voy a ganar un montón de dinero.

—Y yo también —apostilló el capitán.

—Sí, capitán. Recibirá su porcentaje habitual. Todos vamos a sacar tajada. Un médico, un arquitecto, una moza atractiva y, bueno, otra moza.

—Vete a la mierda —escupió Alice.

—Una moza deslenguada —matizó Fletcher riéndose—. Valdrá algunas coronas más por ser tan animada.

El capitán completó la inspección de la choza.

—¿Dónde están los dueños de esta vivienda?

—No lo sabemos —respondió Martin—. Salieron esta mañana y no han vuelto.

—Serán castigados con severidad por no informar de vuestra llegada —dijo el capitán—. Con los rastreadores no se juega.

Se abrió la puerta trasera y empujaron dentro a los dos hermanos. Los habían maniatado. Los soldados que los traían dijeron que había algo diferente en esos prisioneros, y entonces se dieron cuenta de que dentro de la casa había otras cuatro personas diferentes. El capitán les ordenó que se ocupasen de sus asuntos y les mandó salir para mantener el orden entre los aldeanos que se habían reunido en el camino.

—¿Por qué habéis salido corriendo? —les preguntó el capitán a los dos hermanos.

—No lo sé. ¿Por qué apestáis todos? —inquirió Eddie con la mirada cargada de odio.

—¿Qué precio tienen dos constructores, señor Fletcher? —quiso saber el capitán.

—Lo normal sería un par de coronas. Pero espero sacar más por lo que tienen de novedad.

—Pues réstemelo de mi porcentaje —pidió; levantó la espada y atravesó con ella el pecho de Eddie.

—¡No! —gritó Charlie mientras su hermano caía de rodillas.

Martin se precipitó en su ayuda, pero la sangre salía a borbotones de su corazón desgarrado y falleció en cuestión de segundos.

Tracy empezó a dar alaridos histéricos y los hombres del capitán tuvieron que retener al furioso Charlie. El capitán apartó a Martin e inspeccionó el cuerpo sin vida de Eddie.

—Parece que en efecto estaba vivo y ahora sin duda está muerto —sentenció—. En unos pocos segundos he visto dos cosas que no había presenciado ni una sola vez desde que estoy en el Infierno: hombres vivos y un hombre al que se puede matar.

John y los demás debatieron el mejor modo de viajar hasta Greenwich, pero al final sus compañeros decidieron confiar en su criterio. John consideraba que hacer el trayecto por tierra requeriría al menos dos caballos con arreos y armas suficientes para defenderse de las amenazas con las que podrían toparse al atravesar ciudades y pueblos durante el recorrido. Dirk se mostró de acuerdo, fresca en su cabeza la espantosa cabalgada con John cerca del Támesis. Eso les dejaba una única opción: el río. No estaría exento de peligros, pero si lograban salir airosos, sería más rápida.

—¿Qué opinas? —le preguntó John a Dirk.

—Te diré algo, durante la pasada quincena ha habido un verdadero desfile de barcos que iban o venían del estuario, pero ese no es su destino, ¿verdad que no?

Pasan de largo.

—¿Adónde se dirigen?

—Supongo que a Londres o al palacio de Southampton.

—¿Viajan soldados?

—Desde luego que sí. Hombres de Enrique.

John les explicó a los demás que lo más probable era que procediesen de Francia. Evocó su último encuentro con el rey Enrique VIII, furioso a lomos de su caballo negro, arengando a las tropas en plena batalla dominada por el bando italiano.

—¿Sobrevivió? —preguntó Brian.

—No lo sé —reconoció John.

—Me encantaría conocer a ese hombre. ¿Te lo imaginas?

—Es toda una experiencia, pero no creo que le guste nada volver a verme —advirtió John.

—Bueno, ¿y cómo nos las apañamos para hacernos con uno de los barcos que pasan por aquí? —preguntó Trevor.

Barajaron varias opciones tácticas, ninguna de las cuales parecía muy sólida, hasta que Emily, que no había abierto la boca, dijo:

—Sé exactamente cómo podemos hacerlo.

Antes de dirigirse al río se detuvieron en la casa vacía de Alfred Carpenter, al otro lado del camino, enfrente de la de Dirk y Duck. Los dos hermanos montaron guardia en el exterior mientras los demás entraban. Brian enseguida descubrió el objeto de su deseo, una espada oxidada, corta y pesada.

—Esto me servirá —murmuró, sopesándola en la mano—. Es de diseño romano, de gladiador, muy bien equilibrada. Tendré que entrenar un poco para acostumbrarme a ella.

Incorporaron también varios cuchillos y otro garrote a su repertorio de armas y enfilaron hacia el río, que estaba a unos tres kilómetros campo a través. No había ningún barco a la vista, así que Brian se puso manos a la obra: buscó varias piedras planas y le enseñó a Trevor cómo afilar cuchillos, humedeciendo las piedras con saliva. Después ensayó con la espada bajo la sombra de una arboleda.

Dirk y Duck se acuclillaron en la orilla y, como dos críos, empezaron a lanzar piedras al agua enfangada que fluía por el río, mientras Emily y John permanecían sentados contemplando a los halcones que acechaban en el cielo gris claro.

—No te preocupes. Los encontraremos.

—Dios mío, espero que así sea.

—Hemos llegado solo una semana después. Lo conseguiremos.

—Arabel te caerá bien.

—¿Cómo es que no la conozco?

—Todavía no se había presentado la ocasión —respondió Emily—. Tampoco has

conocido a mis padres.

—¿Crees que me darán el visto bueno?

—¿Y por qué no iban a hacerlo?

—Mi pedigrí no es el adecuado. En primer lugar, no soy británico. En segundo lugar, no soy científico. En tercer lugar, soy un soldado. Y cuarto...

—Cuarto: estoy enamorada de ti. Eso es todo lo que tienen que saber, y después están todos los delirantes fragmentos heroicos de los que tal vez podamos hablar alguna vez. O tal vez no.

—Trevor también es un soldado. Van a recibir un doble impacto si sigue adelante con Arabel.

—Estarán encantados de daros la bienvenida al clan Loughy.

Dirk silbó para reclamar su atención. Señaló hacia el este. Un barco se aproximaba a gran velocidad, con las velas a pleno rendimiento gracias a la fuerza con la que soplabla la brisa de la tarde.

Brian se les acercó.

—Es una gabarra de unos doce metros de eslora —explicó—, apuesto a que de casco plano para poder navegar por los canales. Con palo mayor y palo de mesana. No veo ningún cañón. Se trata de un diseño típico de finales del siglo XVIII y del XIX. No es una embarcación militar, pero resulta perfecta para transportar provisiones.

—¿Hay algo que no sepas? —le preguntó John.

A Brian se le iluminó la cara.

—Entonces ¿te alegras de haberme traído?

—Desde luego que sí.

—Yo también —añadió Emily.

—Ojalá tuviese un catalejo —se lamentó Brian—, aunque no creo que viese a muchos hombres en la cubierta.

—Podrían estar en la bodega —dijo Trevor, incorporándose a la conversación.

—Lo dudo —replicó Brian—. El casco es demasiado plano para eso. Los que veamos en cubierta son los que hay.

—Muy bien. —Emily se puso en pie—. Empieza el espectáculo. Espero no acabar en el Infierno por esto.

—Ya estás en él, corazón —bromeó Brian.

Dirk y Duck miraron atónitos a Emily cuando se quitó la chaqueta tejana y se soltó los botones de madera de la blusa. Empezaron a hablar entre ellos en susurros cuando se quedó tan solo con el sujetador de algodón puesto.

—Lo siento, chicos. Fin del espectáculo.

John pidió a los dos hermanos que les siguiesen para esconderse detrás de unos árboles. Emily, vestida solo con el sujetador y los pantalones militares, se acercó a la orilla del río.

Cuando la gabarra llegó a unos cien metros de ella, comenzó a hacerles señas y a llamarles a gritos. Al principio no hubo ninguna reacción, pero de pronto llegaron

voces desde el barco y el timonel viró hacia la orilla.

Emily se mantuvo firme y continuó gesticulando mientras la gabarra se le acercaba.

—Cuento siete hombres —murmuró John.

—Yo también —confirmó Brian.

—¿Eso son lanzas? —preguntó Trevor señalando un par de objetos largos colocados en vertical en la popa.

—Parecen más bien pértigas para maniobrar en aguas poco profundas —le explicó Brian—. Pero al menos un par de tíos llevan una espada en el cinturón. Probablemente sean los guardias encargados de proteger la carga. Dudo que tengamos que vérnoslas con siete soldados.

—De acuerdo. —John giró el torso para comprobar los niveles de dolor y movilidad en el costado de la herida—. Preparados para el combate.

Dirk dio un paso atrás.

—De eso encargarnos vosotros. Nosotros vigilarémos a la señorita Emily.

—Mirad todo lo que queráis, pero ni se os ocurra pasar de ahí —les advirtió John.

Mientras la gabarra se acercaba a la orilla, los hombres a bordo se mostraban cada vez más excitados ante la visión de aquella rubia sirena semidesnuda que les hacía señales desde tierra. Emily empezó a retroceder cuando un hombre saltó del barco y avanzó por el agua hacia ella, ansioso por adelantarse a sus camaradas en la consecución del premio. Varios marineros mantuvieron la cabeza fría y bajaron las velas cuando el barco llegó a la orilla. Unos instantes después ya había cinco individuos en el agua. Fue en ese momento cuando Emily salió corriendo. Se dirigió a toda prisa hacia el bosquecillo y se metió entre las altas espadañas.

John vio que Brian se santiguaba y agarraba con fuerza la empuñadura de la espada. Trevor y él tendrían que apañárselas con los garrotes y, si eso fallaba, hacer uso de los cuchillos.

—Brian, nunca te lo he preguntado —susurró John acuclillado y listo para levantarse—. ¿Alguna vez has matado a alguien?

Brian se puso en pie y respondió:

—Jamás he vertido sangre, colega.

—Vaya, así que es la primera vez para todo —comentó Trevor, poniéndose también en pie y aspirando hondo antes del combate.

Cuando los del barco ya estaban muy cerca del bosquecillo, John salió de su escondrijo detrás de un árbol blandiendo el garrote como si fuese un bate de béisbol. Brian lo siguió, con un cuchillo en una mano y la espada en la otra, mientras Trevor daba un rodeo hasta el flanco de la arboleda para atraparlos en un movimiento envolvente.

Uno de los tipos del barco gritó que era una trampa. Se detuvo en seco y él y otros dos hombres desenvainaron las espadas. Los otros dos al parecer iban desarmados y salieron corriendo de vuelta al barco.

—Trev, tienes que evitar que partan —le gritó John.

Uno de los soldados, un tipo rubicundo, cargó contra John con la espada en alto, pero Brian se plantó ante él y gritó «acción», como si su único modo de entrar en combate fuese mediante la señal de un director dándole pie a actuar. Los otros dos soldados se mantenían expectantes, lo que permitió a John observar cómo se desenvolvía Brian.

Se oyó un único choque de metales y, de forma inesperada, el soldado dejó de luchar. John pronto descubrió el motivo. La mano con la que Brian empuñaba el cuchillo estaba roja por la sangre que brotaba del pecho del soldado. El tipo boqueó sonoramente varias veces y cayó desplomado.

Brian parecía aturdido.

John les gritó a los otros dos espadachines, que no parecían más mayores que Dirk y Duck:

—Si queréis acabar igual, venid. Si no, soltad las espadas y os dejaré marchar.

Mientras los dos soldados dudaban qué hacer, Trevor dio alcance a los dos hombres desarmados que habían salido corriendo hacia el barco y la emprendió a garrotazos gritándoles que se detuviesen. Aterrorizados, obedecieron y le rogaron que no siguiera golpeándoles.

—Largaos —les ordenó Trevor—. Corred por la orilla en la dirección en la que habéis venido y dejaré de aporrearos, ¿de acuerdo?

Echaron a correr, volviendo inquietos la vista atrás para asegurarse de que no los seguía.

Entretanto, los espadachines también consideraron que era mejor no luchar, dejaron las armas sobre la hierba y salieron corriendo; no tardaron en dar alcance a sus camaradas.

Los dos marineros que quedaban en la gabarra decidieron que había que largarse sin demora. Saltaron al río e intentaron empujar el barco hacia la corriente, pero Trevor les gritó que dejaran de hacerlo. Cuando se acercó a ellos, se asustaron y nadaron a toda prisa río abajo y la corriente les hizo ganar velocidad.

John se arrodilló junto al soldado caído y comprobó su estado. En la Tierra ya estaría muerto, claro, pero aquí no lo estaba; jadeaba y gimoteaba. Brian soltó el cuchillo y la espada y se sentó en la hierba, aturdido.

—¿Estás bien? —le preguntó John.

—Joder, no. Acabo de matar a un hombre.

—No está muerto.

—Le he atravesado el corazón.

—Aquí las cosas funcionan de un modo diferente.

Brian se acercó y negó con la cabeza al ver al tipo.

—Pues parece que tienes razón.

—Eres rápido, ¿sabes?, muy rápido —reconoció John—. Me has dejado impresionado.

Brian se encogió de hombros y trató de limpiarse la sangre de la mano con la hierba.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó.

—Lo dejaremos aquí. No podemos hacer nada por él.

Brian se aproximó al hombre y le dijo:

—Lo siento, colega. Alguien debería haberte advertido de que no debes vacilarle a un tío que tiene su propio programa en la BBC.

Emily reapareció con Duck y Dirk, ambos claramente decepcionados porque ella se había vuelto a poner la blusa.

Trevor les llamó desde la cubierta de la gabarra.

—Nuestro transporte nos espera —dijo John.

—¿Sabes navegar? —le preguntó Emily.

—Hace mucho que no lo hago, pero creo que me las apañaré.

Brian recogió las armas que habían quedado en el suelo y le quitó el cinturón y la funda de la espada al soldado caído.

—Yo soy un marinero de primera —se ofreció.

—Este hombre es un todoterreno —se asombró John, dándole una palmada en la espalda.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros? —preguntó Duck.

John les dijo que volviesen a la aldea.

—En cuanto localicemos a los demás, regresaremos y nos quedaremos con vosotros hasta que hayan pasado las cuatro semanas.

—Dile a Delia que Duck espera volver a verla.

—Lo haré. Seguro que le alegrará saberlo.

—Bueno, pues que tengáis un viaje sin incidentes —les deseó Dirk—. Yo me voy a dedicar a fabricar una buena cantidad de cerveza. Sé lo mucho que te gusta la cerveza, John Camp.

—Dios mío, John —exclamó Emily—. Tu reputación ya ha llegado hasta aquí.

El ala de dormitorios del MAAC se había transformado a toda velocidad en una prisión gracias a un pequeño equipo de albañiles contratados por el gobierno que instalaron cerrojos en las puertas y construyeron lavabos y salas de interrogatorio. Como en las auténticas prisiones, los carceleros sabían que la televisión era un instrumento muy efectivo de pacificación. Los entrenadísimos agentes del MI5 reconvertidos en guardias combatían el aburrimiento contemplando a Alfred y a los otros tres habitantes del Infierno retenidos cuando miraban la televisión. Ninguno de esos tipos había vivido después del siglo XVIII y mostraban una fascinación propia de los simios ante las pantallas, tratando de coger las imágenes de comida, masturbándose en cuanto aparecía alguna mujer ligera de ropa y encogiéndose de miedo ante la visión de coches, aviones o cualquier escena de acción con explosiones y fuego.

Tras solo unos días de interrogatorios, Ben llegó a la conclusión de que Alfred y los demás presos tenían escaso valor. Eran analfabetos y primitivos y se habían pasado toda su estancia en el Infierno en los alrededores de Dartford. No habían estado jamás en Londres ni tenían la más remota idea sobre asuntos de Estado. Estaban sin embargo un poco por encima de los vagabundos, una observación que anotó en su informe. Mitchum, un auténtico vagabundo, todavía se estaba recuperando en el hospital, pero no tardarían en instalarlo en una de las celdas del MAAC.

Ben se paseaba nervioso por el muelle de carga de mercancías, esperando las nuevas incorporaciones procedentes de South Ockendon, Rix y Murphy, y los dos intrusos que se habían colado en la depuradora de Iver North. Se dirigió hacia el césped cuando distinguió el retumbar del rotor de un helicóptero que se acercaba y se protegió los ojos cuando el aparato tocó tierra. Los oficiales del MI5 que bajaron con los prisioneros esposados y con cadenas en los tobillos llevaban mascarillas quirúrgicas, guantes y ropa de papel, lo cual a Ben le pareció curioso, ya que no se había dado una alerta de peligro bioquímico. Parecía más bien una protección ante el hedor que despedían esos tipos.

Reconoció a los dos expolicías, a los que ya había visto por las cámaras de seguridad. Había decidido realizar el gesto estratégico de darles la bienvenida como a colegas en las fuerzas del orden con la esperanza de crear una sensación de camaradería que podría utilizar en su beneficio.

—Soy Ben Wellington —se presentó—, del servicio secreto. Siento que no podamos darnos la mano. Son los protocolos de seguridad, oficiales.

Rix lo repasó de arriba abajo.

—¿Eres el jefe de todo esto?

—Soy el jefe aquí. Tengo superiores.

—¿Ya tienes edad para afeitarte? —le preguntó Murphy.

—Acabo de empezar. Seguidme.

—Es increíble que estemos aquí —añadió Rix, dejando que el sol le calentase la cara.

—No puedo estar más de acuerdo —replicó Ben.

Dentro, ofrecieron a los prisioneros el lujo de una ducha caliente y se les animó a echarse encima cantidades industriales de colonia antes de ser conducidos a celdas individuales, donde fueron sometidos a una revisión médica y pudieron comer. Entretanto, también los intrusos de Iver bajaron del helicóptero y los pocos segundos que les dedicó le bastaron para llegar a la conclusión de que iban a resultar tan poco útiles como Alfred Carpenter y sus colegas. Parecían lerdos, casi asilvestrados, con extremidades fuertes y cortas y unos ojos de mirada atemorizada y penetrante.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó mientras los conducían a las escaleras del muelle de carga del complejo.

Uno de ellos trató de liberarse de las esposas de plástico, pero no abrió la boca.

—¿Hablas inglés?

El aludido le escupió.

—¡Vete al carajo! —dijo finalmente—. ¿Qué nos ha sucedido?

—Tapadles la boca, llevadlos por ese pasillo y se los entregáis al personal del complejo —ordenó Ben a sus hombres—. Ya hablaré con ellos más tarde. Mucho más tarde.

Después de la revisión médica y la comida, Ben pidió que condujesen a Rix y Murphy a una sala de interrogatorios. En la sala contigua, sus oficiales monitorizaban el procedimiento, estudiaban a los prisioneros sobre la marcha y se comunicaban con Ben a través de unos auriculares. Los prisioneros llevaban los monos y las zapatillas que les habían entregado.

—No es necesario mantenerlos maniatados —le dijo Ben al agente que se los trajo.

Tomaron asiento y se frotaron las liberadas muñecas.

—Vayamos por orden —empezó Rix—. Primero explícanos cómo ha sucedido todo esto.

—Entonces es cierto —sonrió Ben.

—¿El qué?

—Que erais oficiales de policía. Estáis intentando tomar el control del interrogatorio.

—Pero no nos lo vas a permitir, ¿verdad?

—Estaré encantado de convertir esto en un toma y daca, así que procuraré responder a vuestras preguntas. Y quiero que vosotros respondáis a las mías.

Les explicó lo del MAAC y les dio su propia versión simplificada sobre la posible apertura de un canal entre los dos mundos. Los dos le escucharon con suma atención y cuando terminó, Ben les preguntó si estaban satisfechos.

—Cuando estaba vivo —comentó Rix—, no me interesaba ni el Cielo ni el Infierno, ni nada que no fuese el aquí y ahora. Me quedé muy impactado cuando aparecí en el Infierno, pero me acabé acostumbrando. Supongo que ahora también me acostumbraré a estar de vuelta en la Tierra.

—Muy bien. ¿Podéis, por favor, darme vuestros nombres?

Murphy levantó la mano.

—Disculpa. Mi colega ha podido preguntar sobre lo que más le inquietaba. ¿Y yo?

—De acuerdo —suspiró Ben—. Adelante.

—¿Nos vamos a quedar aquí?

—No es fácil responder a esto. Nuestra intención es enviaros de vuelta en un mes, pero nuestra capacidad para lograrlo no es infalible. Y ahora, por favor, dadme vuestros nombres completos, fechas de nacimiento y de las muertes.

Se presentaron como Jason Rix, nacido el 8 de enero de 1949, fallecido el 25 de octubre de 1984, y Colin Murphy, nacido el 16 de junio de 1941 y muerto el 25 de octubre de 1984.

—¿Fallecisteis el mismo día? —preguntó Ben con el ceño fruncido.

—¿No es lo que hacen los colegas? —dijo Murphy.

—¿El qué?

—Palmarla juntos.

Ben oyó por el auricular:

—Confirmado. Un tal Colin Murphy y un tal Jason Rix fallecieron en esa fecha en Romford. Estoy accediendo a las bases de datos de la policía.

—¿Los dos erais policías en el momento de vuestro fallecimiento? —les preguntó Ben.

—Así es —respondió Rix—. Estábamos en la metropolitana. Éramos detectives.

—¿Rangos?

—Yo era inspector. Él era sargento.

—Él tenía más rango, pero yo era más guapo —intervino Murphy.

—¿Y en qué sección trabajabais? ¿En la de Romford?

—Brick Lane —le corrigió Rix.

—¿Estabais de servicio en el momento de vuestra muerte?

Murphy se rio.

—Estábamos en plena faena, pero no exactamente de servicio, ya me entiendes.

—Me temo que no.

Murphy se inclinó hacia delante.

—Éramos manzanas podridas, ¿de acuerdo?

—Ya veo —confirmó Ben—. Os dedicabais a actividades ilegales durante las horas de servicio.

—Por fin lo has entendido, macho.

Ben fingió estar tomando notas mientras recibía un chorro de información por el

auricular.

Pasó un minuto. Los miró y empezó a leer de su cuaderno. Era evidente que hacía un esfuerzo por mantenerse impasible.

—El 22 de octubre de 1984 secuestrasteis a Jessica Stevenson, una niña de seis años, a la que sustrajisteis de su residencia familiar en Knightsbridge. Pedisteis un rescate. Al parecer desconocíais su estado de salud. Murió mientras la manteníais retenida. La noche del 25 de octubre os encontraron en el interior de un vehículo en un área de descanso de Romford, muertos por disparos junto con vuestras esposas, Christine Rix y Molly Murphy. Un cómplice vuestro, Lucas Hathaway, murió horas más tarde esa misma noche en un tiroteo con la policía. Quedó probado que su pistola fue el arma utilizada en vuestros asesinatos.

Rix ya se había percatado de que Ben llevaba un auricular.

—En nuestra época hubiera costado mucho tiempo reunir toda esta información. Tú tienes a alguien que lo ha hecho en segundos y te lo ha soplado al oído. ¿Cómo es posible?

—No os preocupéis por eso ahora. ¿La información es correcta? —les preguntó Ben.

—Sí, es correcta.

—Antes, cuando aparecisteis en la casa de South Ockendon, preguntasteis si teníamos a vuestras mujeres, Christine y Molly.

—¿Y las tenéis? —quiso saber Murphy.

—No, pero creemos que están aquí.

Rix se levantó de la silla y Ben tuvo que pedirle que volviese a sentarse.

—¿Dónde están?

—Te he pedido por favor que te sientes. —Cuando lo hizo, Ben continuó—: No sabemos dónde están. Creemos que cinco hombres que llegaron aquí con ellas las retienen contra su voluntad. Es posible que vayan camino de Nottingham.

—¿Qué hombres? —preguntó Rix, abriendo y cerrando los puños.

—Creo que los llamáis «vagabundos».

Murphy y Rix se miraron.

—¿Cómo sabes lo de los vagabundos?

—Lo que os he contado sobre el pasaje entre las dos dimensiones... ya ha sucedido con anterioridad. Ya habían llegado a la Tierra algunos habitantes del Infierno. Y algunos de los nuestros han ido allí y han vuelto. Disponemos de información.

—Si tenéis aquí vagabundos, van a hacer daño —aseguró Murphy.

—Eso me temo.

—¿Por qué crees que se dirigen a Nottingham? —preguntó Rix.

—Capturamos a uno de ellos, un tipo llamado Mitchum. ¿Lo conocéis?

—No conocemos a esa escoria por sus nombres.

—Creo que sí conocéis a uno de ellos por su nombre: Lucas Hathaway.

La habitación que Giles Farmer tenía alquilada en Lewisham era tan pequeña que apenas se podía estirar los brazos. Desde la cama tocaba con la mano la silla y desde la silla, la nevera. Los anuncios patrocinados de la web *Accidentes de tráfico* y los esporádicos trabajos de corrección para revistas técnicas le daban para pagar el alquiler, la conexión de banda ancha y una dieta a base de fideos japoneses, pero poco más. Su carrera, si es que se le podía dar ese toque de distinción a lo que hacía, había empezado poco después de salir de la Universidad de Leeds, en la que había sido un estudiante inquieto en la facultad de Física y Astronomía.

Los agentes del MI6 de Anthony Trotter, que se habían metido deliberadamente en el terreno nacional reservado al MI5, disponían ya de un dossier completo sobre Farmer. Sus profesores en Leeds tenían una versión de su partida algo diferente de la suya. En el apartado biográfico de su blog hablaba de su mente poco convencional y su búsqueda de «grandes respuestas a las grandes preguntas». Sus profesores hablaban de un joven muy irritante dado a las teorías de la conspiración que de manera regular interrumpía las clases con comentarios absurdos y fuera de lugar. Aunque lo bastante inteligente como para completar el curso, le animaron a tomarse un tiempo para centrarse.

El año que se tomó libre coincidió con el período en el que estaba previsto que el MAAC se pusiese a punto y empezase a funcionar. Farmer se sumergió en la blogosfera y se situó en el bando de los escépticos que veían ese proyecto como algo en lo que se malgastaba mucho dinero y que además estaba lleno de peligros, y cuando en el encendido inaugural del colisionador una caída de la tensión eléctrica provocó el fallo de los imanes, una explosión de helio y un incendio, consiguió argumentos suficientes para su cruzada. Se pasó dos años clamando contra el enorme coste de reemplazar los imanes superconductores y advirtiendo de los peligros existenciales para el planeta si el proyecto continuaba adelante.

Farmer no solía beber, pero la noche anterior se había echado al gaznate cuatro pintas en un pub de Brixton en el que se había encontrado con su colega Lenny Moore, al que le divertían sus diatribas tocapelotas. Y Lenny, con un empleo remunerado, le había pagado las rondas.

Esta mañana la cabeza le martilleaba. Comprobó su correo electrónico y su cuenta de Twitter mientras el agua se calentaba en el hervidor y después, una vez ingerida la dosis necesaria de cafeína, se dispuso a terminar el artículo que llevaba toda la semana escribiendo.

Era el más importante, el que hacía un mes que preparaba, desde que empezó a descubrir indicios de reinicios semanales del MAAC en las oscilaciones de la red eléctrica después de la primera puesta en marcha que se hizo pública. En su opinión, se estaba acercando a la acumulación de información suficiente como para obligar al gobierno a desvelar qué estaba sucediendo. Fue a buscar el bote de aspirinas para aliviar el dolor de cabeza.

Tenía el portátil en la mesita junto a la silla. Se detuvo con la mano en el aire cuando se disponía a cogerlo. Farmer tenía hábitos muy particulares. Aunque la habitación era pequeña y no estaba del todo limpia, sí la tenía escrupulosamente ordenada y organizada. De manera mecánica, después de utilizarlo, siempre dejaba el ordenador pegado a la esquina izquierda de la mesita.

Pero ahora el ordenador estaba separado del borde izquierdo unos centímetros.

Se quedó mirando el aparato unos segundos, lo cogió, dejó de lado su inquietud y empezó a trabajar con él. Revisó el texto que estaba redactando párrafo a párrafo. Iba más lejos que en sus artículos anteriores, mucho más lejos. Tras recordarles a sus lectores que entre los teóricos peligros de los supercolisionadores de alta energía estaba la posible formación de agujeros negros microscópicos y la producción de strangelets, les proporcionaba toda la secuencia de la reciente actividad inusual en el MAAC. La fisura en la seguridad que había permitido la fuga de un sospechoso al que todo apuntaba que no se había detenido. Las sucesivas caídas semanales de la tensión de la red eléctrica de la ciudad de Londres, que eran compatibles con reinicios del MAAC que no se habían hecho públicos. El incidente de bioterrorismo en South Ockendon, objeto de un total apagón informativo. La imposibilidad de contactar con la doctora Loughty, una científica que en el pasado jamás había puesto problema alguno a hablar con él. La nula disposición del padre de la doctora a aceptar preguntas sobre su hija. Y ahora, la cortina de humo, tal como él lo veía. Durante una de las caídas de tensión, Farmer había conectado la aplicación de escaneo de su teléfono y escuchó una curiosa conversación entre la centralita de la policía y las unidades de Buckinghamshire, a las que se pedía que se personasen en las instalaciones de la planta potabilizadora de Iver North porque habían entrado unos intrusos, pero de inmediato se canceló la orden porque «otro cuerpo» ya se estaba haciendo cargo de la situación.

Farmer empezó a teclear donde lo había dejado el día anterior.

Tal vez os preguntéis qué tienen en común una urbanización de South Ockendon, la planta potabilizadora de Iver North y el laboratorio del MAAC en Dartford. Os lo diré. Los tres lugares están ubicados justo encima de los superimanes del MAAC y en los tres han aparecido «intrusos». ¿Queréis saber lo que pienso, querido lectores? Pienso que...

La pantalla se bloqueó.

No podía mover el cursor con el panel táctil y ninguna de las maniobras habituales de desbloqueo funcionó.

—Mierda, mierda, mierda —murmuró antes de reiniciar el ordenador.

Pero el aparato no se reinició correctamente y no una, ni dos, sino tres veces le apareció una pantalla azul en blanco.

Alarmado, se levantó y comenzó a rebuscar por la habitación cualquier pista que corroborase el desplazamiento del ordenador del que se había percatado hacía un rato.

—Cabrones, ¿me estáis vigilando? —gritó—. ¿Lo estáis haciendo?

Sacó rápidamente el móvil y llamó a un amigo.

—Laurence, soy Giles. Escúchame, creo que me han hackeado, o que me están vigilando, o ambas cosas a la vez. ¿Quién? Ellos, claro. Escúchame. Necesito que te mantengas en línea mientras utilizo el móvil como detector de señal. Sí, tú no digas nada hasta que yo vuelva a hablarte.

Empezó a mover meticulosamente el móvil por todos los rincones del minúsculo estudio, atento a cualquier clic delator producido por la interferencia electromagnética de un dispositivo de vigilancia. Pero más allá de la respiración de su amigo, el teléfono se mantuvo en silencio hasta que lo pasó ante el extractor de la cocina.

Clic, clic.

—Laurence, voy a tener que volver a llamarte. Bueno, de hecho, no voy a volver a llamarte. Ahora ya tendrán tu número. Si desaparezco, ve a *The Guardian* con el material del que hablamos. Estarán encantados de recibirlo.

A diez kilómetros de allí, un operativo del MI6 instalado en uno de los pisos superiores del edificio de Albert Embankment lo observaba y escuchaba a través de un monitor mientras Farmer desatornillaba la rejilla del extractor y maldecía a la cámara al descubrirla. Cuando el dispositivo dejó de funcionar, el oficial cogió el teléfono y llamó a su jefe.

—Señor, soy Evans, de Seguidimientos Especiales. Tenemos un problema con Giles Farmer.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Trotter.

—Ha localizado y neutralizado el dispositivo que habíamos colocado en su estudio.

—Eso no es una buena noticia, ¿verdad?

—No, señor. Por suerte, bloqueamos su blog antes de que pudiese colgar un artículo que nos comprometía. Le acabo de enviar un pantallazo.

Trotter lo leyó y gruñó.

—Bien, sigan controlando sus llamadas y no dejen de vigilarlo.

—No tenemos desplegado un equipo de vigilancia sobre él.

—¿Y por qué demonios no lo tenemos?

—El departamento jurídico no veía bien que utilizásemos estos métodos sobre un objetivo nacional.

—¡A la mierda el departamento jurídico! —vociferó Trotter—. ¿Nos enfrentamos a una amenaza nacional del máximo nivel y nos dedicamos a escuchar a nuestros abogados? Ponedlo bajo vigilancia ahora mismo y dejadme a mí a los putos abogados.

Farmer se guardó en el bolsillo la microcámara, cogió la cartera y las llaves y dejó el móvil. Diez minutos después estaba recuperando el aliento con la cabeza hundida en un periódico en un tren que lo llevaba de Lewisham a la estación de Charing Cross. De vez en cuando echaba un vistazo furtivo, preguntándose si alguno

de los pasajeros del vagón lo estaría siguiendo y si su vida volvería algún día a la normalidad.

Hathaway conducía el Hyundai por las calles oscuras y desiertas de Nottingham, tratando de conectar aquellas calles y edificios con sus recuerdos.

—El barrio está irreconocible —murmuró.

—Ya, pero supongo que a ti esto te resulta más fácil que a mí —replicó Talley, que acababa de despertarse de otra cabezada—. A mí todo este mundo me resulta irreconocible. Tengo la cabeza como un bombo.

—Lo comprendo —concedió Hathaway—. Yo me siento descolocado con solo treinta años de cambios. Tú tienes trescientos por medio.

—Todas estas máquinas infernales y edificios altísimos —se quejó Talley—. No logro digerirlo. —Estaba a punto de lanzar su típico escupitajo para recalcar su malestar, pero recordó que la ventanilla tenía un cristal.

—¿Quieres decir que preferirías volver al Infierno?

Talley se frotó los ojos.

—No, creo que le voy a dar una oportunidad a este mundo. Hay de todo. Y montones de mujeres. ¿Ya estamos cerca?

—Sí, si logro encontrarlo.

—¿Quién es el tío al que vamos a ver?

—Harold, es mi hermano. Si sigue aquí, tendrá ya sesenta y tantos.

—¿Habrá mujeres?

Hathaway no respondió.

Por fin dio con el camino hacia Sneinton, el vecindario en el que había crecido y en el que sus padres seguían viviendo cuando él murió. Si conocía bien a Harold, un perezoso sin estudios, era más que probable que siguiese viviendo allí, en la misma casa, en la misma calle, en el mismo vecindario.

Para alivio de Hathaway, Holborn Avenue estaba igual. Las mismas largas hileras de casas de ladrillo visto de dos plantas a ambos lados de la calle sin salida. Los mismos caprichosos arcos de aire árabe que daban acceso a puertas un poco retiradas de la vía pública. Las mismas apretadas filas de coches aparcados con dos ruedas subidas a la acera. La única diferencia que constató fue que los ladrillos de algunas fachadas se habían pintado de blanco o de marrón y que la mayoría de ellas tenían unos curiosos discos grises con cables atornillados en las paredes de la segunda planta.

—Es esa —les dijo Hathaway a los demás, señalando la casa más deteriorada de todo el bloque. Los ladrillos necesitaban un revoque y la pintura de las molduras se estaba desconchando.

—¿Salimos ya de este cacharro? —preguntó Youngblood.

—Todavía no —respondió Hathaway—. Primero iré yo a echar un vistazo.

Veamos si recuerdo cómo se aparca.

Había un hueco estrecho pasada la casa y se las arregló para embutir allí el Hyundai. Les ordenó a los demás que no se moviesen de allí y no se dejasen ver. Con el coche parado, Chambers por fin se relajó en el asiento trasero.

La mayoría de las casas estaban a oscuras, igual que la que era su objetivo. Hathaway, nervioso, golpeó con suavidad la puerta. Había dejado el cuchillo en el coche, seguro de que no lo necesitaría. Había aprendido a destrozar a una persona con las manos, los pies y los dientes.

Dejó pasar unos instantes y volvió a llamar, esta vez con más ímpetu. Surgió un resplandor por encima de su cabeza y, cuando dio unos pasos atrás hasta salir del arco, vio que alguien había encendido una luz. Se iluminó la ventana de la planta baja y a través de la puerta se oyó una voz amortiguada.

—¿Quién es?

—¿Eres Harold? ¿Harold Hathaway? —preguntó.

—Sí. ¿Quién anda ahí?

El corazón le latía a todo trapo.

—Si te lo dijese no te lo ibas a creer.

—Vete al carajo. Dime quién eres o llamo a la policía.

Hathaway respiró hondo y dijo:

—Soy Lucas.

No hubo respuesta, un silencio absoluto.

—He dicho que soy Lucas. Tu hermano.

—Muy bien, tienes tres segundos para largarte o de lo contrario te voy a dar una paliza.

—Nuestra gata se llamaba Agatha. Nuestros peces de colores, Ronnie y Reggie. La comida favorita de mamá eran las patatas fritas con salsa Daddies. Papá se pasaba la mayor parte del día borracho con cerveza de cebada.

Tras una larga pausa, la puerta se entreabrió primero un poco y después un poco más. Apareció un hombre calvo y gordo en calzoncillos, con una prominente panza bajo una camiseta sin mangas. Solo cuando la puerta se abrió de par en par la luz procedente del recibidor iluminó el rostro de Lucas y su hermano tomó completa conciencia de lo que estaba viendo. A la instantánea expresión de horrorizado desconcierto le siguió un desmayo cuando la sangre dejó de regarle las piernas y cayó de espaldas en el vestíbulo.

Desde el piso superior, una voz de mujer lo llamó por su nombre y le preguntó si todo iba bien.

Para evitar que llamase a la policía, Hathaway gritó:

—No pasa nada. Solo se ha desmayado. Soy un colega.

Una mujer también sesentona apareció en lo alto de la escalera. Su cuerpo redondeado parecía haber sido fabricado con el mismo molde que el de Harold.

Bajó con pasos torpes y llegó junto a su marido cuando este empezaba a recuperar

el conocimiento.

—Tráigale un poco de agua —pidió Hathaway.

—No le conozco de nada —replicó ella mientras le levantaba la cabeza a Harold

—. ¿Quién es usted?

—Ya se lo he dicho, un amigo.

—Él no tiene amigos de su edad. ¿Qué le ha hecho? Voy a llamar a la policía.

Harold intentó ponerse en pie, pero solo logró sentarse. Se quedó mirando a su hermano.

—¿Eres tú?

—Sí.

—¿Quién? ¿Quién es, Harold? ¿Llamo a emergencias?

—¡No! Solo ayúdame a ponerme de pie.

Hathaway tenía una fuerza descomunal. Levantó a su hermano como si se tratase de un niño y lo acompañó hasta la sala de estar. Algunos de los muebles le resultaron familiares.

Harold se fue recuperando del impacto.

—¿Cómo es posible? —preguntaba una y otra vez.

—¿Cómo es posible el qué? —inquirió su esposa.

—Es Lucas, mi hermano.

—¿Qué quieres decir con que es tu hermano? Tu hermano lleva treinta años muerto.

—Estás igual —dijo Harold—. Tal como te recuerdo.

—Tú, en cambio, pareces diferente.

—¿Estás muerto? —le preguntó Harold en un susurro con voz rasposa.

—Si quieres que te diga la verdad, no sé cómo estoy. Es una historia muy larga.

—Hueles como si estuvieses muerto.

—Y tú hueles a alcohol.

Harold le pidió a su mujer que le sirviese un trago largo de ginebra.

—Tráeme un vaso también a mí —pidió Hathaway—. Escucha, he venido con unos colegas que están esperando en el coche. ¿Te importa si les digo que pasen?

—¿Son como tú?

—Diría que similares.

Molly y Christine atravesaron el bosque hasta llegar a unas tierras de cultivo. Saltaron una valla de alambre y oyeron a poca distancia los mugidos de unas vacas en la oscuridad.

—Esperemos que por aquí no haya ningún toro —susurró Molly.

Christine le cogió la mano.

—Mejor un toro que vagabundos.

Caminaron más de un kilómetro antes de divisar el tejado de una granja

silueteado contra el cielo estrellado.

—No hay ninguna luz encendida —comentó Christine—. O están dormidos o no hay nadie en la casa.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó Molly.

—Tenemos hambre, necesitamos un baño, estamos agotadas. Sí, tenemos que intentarlo.

Todas las ventanas estaban completamente a oscuras y no había ningún coche aparcado junto a la casa. Estuvieron unos minutos debatiendo en susurros antes de decidirse a romper el cristal de una ventana con una piedra. Al partirse, hizo más ruido del que esperaban, de modo que se escondieron detrás de un edificio anexo. Una vez comprobado que no se encendía ninguna luz, volvieron a acercarse a la casa, abrieron la ventana del salón metiendo la mano y entraron por ella.

Armadas con lámparas metálicas que desenchufaron, recorrieron con paso lento y prudencia toda la casa a oscuras, planta tras planta, en busca de posibles ocupantes. Solo después de acabar de revisar los pequeños dormitorios de la tercera planta se relajaron y empezaron a regocijarse con la idea de disponer de una habitación para cada una.

No sabían a qué distancia estaban de posibles casas vecinas, por lo que no se atrevieron a encender las luces. En lugar de eso, encontraron velas y cerillas en el salón y se fueron directas a la nevera. Para su sorpresa y deleite encontraron un pollo asado, cuencos de puré de patatas y verduras, y varias tarrinas de helado en el congelador.

—Esto no es la Tierra —susurró Molly—. Esto es el Cielo.

Cuando ya no fueron capaces de ingerir ni un bocado más, dirigieron su atención al siguiente objeto de su deseo: las bañeras. Cada una se llenó la suya con agua caliente y, en cuanto se metieron, el agua se volvió marrón y después negra por la mugre que acumulaban. Christine decidió vaciar su bañera y volver a llenarla con agua limpia. Se pasó allí una hora entera de absoluta dicha, con la piel arrugada y la mente sosegada por primera vez en treinta años. Pero mientras se secaba con una toalla maravillosamente suave, contempló su cuerpo en el espejo y rompió a llorar.

Ya no quedaba ni rastro de su aspecto pícaro y su frondosa melena. La mujer del espejo era un saco de huesos, desdentada y con los pechos caídos. Resultaba increíble que Jason todavía la desease, aunque tampoco es que él hubiese escapado a los estragos de la dura vida que llevaban. Christine se recompuso, encontró un frasco de colonia y se echó una buena cantidad encima para tratar de enmascarar el hedor. No se sintió capaz de volver a ponerse su mugrienta y raída ropa, de modo que rebuscó en los cajones y armarios del dormitorio, pero la señora de la casa usaba ropa de una talla mucho más grande que la suya.

Molly había hecho lo mismo, pero había tenido más suerte en el dormitorio de una hija, donde encontró varios vestidos encima de la cama. Las dos mujeres se pasaron media hora como un par de adolescentes, eligiendo ropa entre risas, pero

pronto recobraron la conciencia de su situación y decidieron meter ropa, productos de higiene y comida en una mochila deportiva que hallaron en uno de los armarios y, reticentes, salieron de esa casa maravillosa y rebosante.

A Molly se le ocurrió echar un vistazo en los edificios anexos para buscar algún vehículo. En el granero encontraron un Cooper Mini verde bastante nuevo. Las llaves no estaban en el coche, así que volvieron a la casa y descubrieron un llavero colgado de un gancho en la cocina.

El funcionamiento del coche les resultó difícil de descifrar e, iluminadas por el resplandor del cuadro de mandos, leyeron el manual de instrucciones hasta deducir cómo se arrancaba.

—¿Necesitas un mapa? —le preguntó Molly a Christine mientras se alejaban de la casa.

—A menos que hayan cambiado las carreteras, conozco el camino.

—¿Estás segura de que debemos ir allí?

—No conozco muchos más sitios a los que podamos ir.

Christine les había dejado en la cocina a los propietarios una nota escrita con letra titubeante. Era la primera vez en tres décadas que utilizaba papel y bolígrafo.

Sentimos haber tenido que utilizar su casa y haberles sustraído algunas cosas. Ha sido la mejor noche que hemos pasado en mucho tiempo. Por favor, perdónennos.

Estaba a punto de empezar una telecomunicación de emergencia. Ben conectó con el MAAC y enseguida la pantalla se llenó de participantes que se incorporaban desde Londres y Estados Unidos. Ben hizo un preámbulo antes de abrir la sesión para recordarles a todos que las reglas del juego habían cambiado. Se seguían produciendo los intercambios de una persona por otra, pero ahora eran geográficamente dispersos por todo el circuito oval del MAAC. La apariencia de los moradores del Infierno de Iver era especialmente perturbadora.

Leroy Bitterman estaba en la embajada estadounidense en Grosvenor Square, desde donde había informado al presidente sobre aspectos de la seguridad. Levantó la mirada del mapa del Gran Londres extendido ante él y dijo:

—A mí me parece que el asunto es muy serio. Cada reinicio del MAAC está alterando los campos dimensionales de una manera que no entendemos. Antes, las conexiones entre ellos y nosotros eran a través de un pequeño agujero. Ahora diría que se trata de un portal. No tenemos modo de saber qué alteraciones se producirán con el reinicio dentro de cuatro semanas. Me preocupa que el nuevo uso del colisionador agrande las dimensiones del portal. No queremos encontrarnos ante una esclusa. Por suerte ya hemos tomado la decisión de reiniciarlo una única vez más.

Trotter, conectado desde su despacho en el MI6, se aclaró la garganta para anunciar que se disponía a hablar.

—Que conste en acta. Yo me mostré en contra de nuevos reinicios del

colisionador. Deberíamos haber cerrado ese portal de golpe, ponerle un candado y tirar la llave.

—Y condenar a doce inocentes a un destino atroz —añadió Bitterman.

—Lo que me preocupa es el destino de sesenta millones de británicos.

—Eso es una hipérbole —le afeó Bitterman.

—¿En serio? ¿Nos puede garantizar el blindaje?

—Por supuesto que no. En este asunto nos movemos a ciegas.

Smithwick intervino desde su despacho en Whitehall:

—No me gusta que nuestros esfuerzos se reduzcan ante el primer ministro a «movernos a ciegas».

—¿En el 10 de Downing Street se desalienta la sinceridad? —contraatacó Bitterman.

Smithwick se mordió la lengua y cedió la palabra a Trotter.

—A la luz de los intrusos de Iver, que el doctor Bitterman acaba de describir como un inquietante salto adelante, y dado que carecemos de garantías científicas, creo que deberíamos recomendar a nuestros respectivos gobiernos cancelar cualquier actividad futura del MAAC.

—Acabamos de enviar un equipo de rescate compuesto por cuatro personas muy valientes —les recordó Bitterman alzando la voz—. El gobierno de Estados Unidos no va a permitir que se les abandone y, en cualquier caso, estamos a un mes del nuevo reinicio. Ni siquiera hemos convocado la primera reunión de los asesores científicos seleccionados para ayudarnos a controlar la situación en la que nos encontramos. Tenía entendido que esta videoconferencia se había dispuesto para abordar los aspectos prácticos más urgentes. Señor Wellington, creo que usted tiene que hablarnos del primer punto del orden del día.

Ben minimizó en la pantalla la imagen de Trotter, pero incluso reducido, la sonrisa de autosuficiencia en su rostro le desconcentraba. Informó al grupo de la situación de todos los prisioneros que en esos momentos tenían retenidos en el MAAC y de la falta de nuevas informaciones sobre los intrusos del Infierno de South Ockendon, y a continuación hizo un repaso detallado de los perfiles biográficos de Jason Rix y Colin Murphy.

—Pese a esta inesperada novedad de la dispersión geográfica —continuó—, hasta el momento el principio de paridad en los intercambios parece mantenerse. Dieciséis personas han atravesado el portal desde nuestro lado y hasta donde sabemos dieciséis moradores del Infierno han llegado a nuestro mundo. Por lo tanto, es fundamental que para manejar las mejores opciones en la recuperación de nuestros dieciséis conciudadanos de aquí a un mes, localicemos a los intrusos del Infierno que siguen desaparecidos. Después del interrogatorio a Rix y Murphy hemos deducido que es altamente probable que dos de esas personas sean sus esposas, Christine Rix y Molly Murphy.

Colocó las fotografías de los cuatro ante la pantalla. Las habían localizado en

crónicas periodísticas publicadas en 1984 sobre sus asesinatos.

—Todo apunta a que estas dos mujeres viajan con un grupo de vagabundos que incluye a este individuo, Lucas Hathaway.

Colocó otra foto de un periódico en la pantalla.

—Hathaway fue quien los asesinó. Decir que todos ellos tienen las manos manchadas de sangre sería ser en exceso sutil. El motivo por el que informo sobre este asunto al grupo es que dado el pasado como policías de Rix y Murphy y teniendo en cuenta su empeño por encontrar a sus esposas, me gustaría aceptar su ofrecimiento de ayudarnos en nuestras investigaciones.

—¿Y cómo pretenden hacerlo? —preguntó Trotter, llenando de nuevo la pantalla con su rostro.

—Quieren implicarse en la búsqueda. Nosotros los acompañaríamos en todo momento con agentes armados y no les daríamos ningún margen de libertad de movimientos sin vigilancia.

—Yo voto que no —cortó Trotter— y sugiero a los demás que hagan lo mismo. Es demasiado arriesgado. Si se escapan, tendrás dos fugados más a los que perseguir. Si poseen alguna información relevante sobre el posible paradero de los otros moradores del Infierno, sonsácasela en las celdas.

—Han rechazado la opción de colaborar desde las celdas —dijo Ben—. Eran detectives acostumbrados a patear las calles y aseguran que solo podrán ser efectivos si les permitimos seguir el rastro en persona, y debo decir que estoy de acuerdo con ellos.

—¿Estás seguro de que puedes mantenerlos controlados? —preguntó Smithwick.

—Lo estoy —aseguró Ben.

Votaron; Trotter fue el único que votó en contra. Y durante el resto de la reunión se mantuvo en silencio, apretando las mandíbulas, y no pudo sacar el tema de Giles Farmer.

Brian tomó el timón de la gabarra y los llevó río arriba con suma destreza. Emily se escondió entre la carga cuando se cruzaron con un barco de pesca que descendía en la dirección opuesta, y los marineros del pesquero no parecieron percatarse de lo extraña que era la tripulación de la gabarra.

Desde la distancia, John reconoció la silueta de la casa de Solomon Wisdom dibujada en lo alto de la colina. Prepararon sus armas al acercarse al embarcadero, pero no había nadie en los alrededores. El barco de Wisdom estaba allí amarrado. Brian maniobró la gabarra hacia el otro lado del muelle y les lanzó cuerdas de amarre a John y Trevor. Tenían un montón de espadas para repartir, pero Emily rechazó coger una.

—Supongo que tú dispones de tus propias armas —bromeó John, mirándole el pecho.

—Espera a verme utilizar la cabeza —respondió ella.

—¿Cuál es el plan, jefe? —preguntó Trevor.

—La última vez que estuve aquí no vi guardias armados —explicó John, mirando hacia la casa—. Pero nunca se sabe. Creo que deberíamos acercarnos dando un rodeo y comprobar si hay caballos y carros detrás de la casa, o tiendas de campaña o cualquier signo de tropas acampadas.

—¿Y si las hay? —insistió Brian.

—Ya nos ocuparemos de eso si llega el caso.

Hacía calor pese a la ausencia de sol, y después de rodear la colina hasta situarse en la parte trasera de la mansión de Wisdom todos sudaban. No se toparon con nadie por el camino y por lo que se veía no tendrían que librar una gran batalla.

—¿Y ahora qué? —preguntó Trevor.

—Llamamos a la puerta —respondió John.

Dieron la vuelta hasta la parte frontal de la casa y John golpeó en la puerta principal con el mango de la espada. Al cabo de un rato la puerta se abrió y Caffrey, el criado, asomó la cabeza. Intentó cerrar cuando descubrió a John, pero él empujó con el hombro y lo derrumbó.

Caffrey trató de sacar un cuchillo del cinturón, pero John le puso la punta de la espada en el esternón y le ordenó que se levantara. Trevor le quitó el arma con un gesto rápido y Brian, siempre listo para intervenir, le ató de pies y manos con un pedazo de cuerda de cáñamo del barco.

Wisdom llamó a Caffrey desde el gabinete para preguntarle quién había llegado y, cuando John y Emily se colaron en la sala, se levantó de un salto del escritorio y comenzó a buscar algo con lo que protegerse. Al ver entrar además a Trevor y Brian, pareció asumir su derrota.

—Siéntate —le ordenó John.

A Wisdom le fallaron las rodillas y su trasero se desplomó sobre la silla.

—Qué alegría volver a veros —afirmó con un tono nada convincente.

—A nosotros no nos gusta tanto volver a encontrarnos contigo, cabronazo baboso —le respondió John.

—Para sobrevivir en este mundo cruel, uno debe hacer cosas cuestionables. Aquí, en mayor o menor medida, todo el mundo ha perdido el norte moral; yo no soy ni mucho menos el peor.

—Puede ser —reconoció Emily—, pero ocupas uno de los puestos más altos en la clasificación. Me vendiste como esclava al duque de Guisa, ¿recuerdas?

—Por no mencionar que a mí me mentiste sobre Emily y me vendiste a Enrique VIII —añadió John.

Wisdom trató de sonreír como si no fuese con él.

—¿Qué puedo decir? Por fortuna los dos parecéis personas fuertes y resistentes ante la adversidad. ¿Quiénes son vuestros amigos y cómo es que últimamente aparecen tantas personas vivas en esta tierra dejada de la mano de Dios?

—Eso no es de tu incumbencia —le cortó John—. Hemos venido a hablar de dos mujeres y dos niños.

—¿Qué me dices?

John pidió a Brian y Trevor que agarrasen a Wisdom.

—Verás, Solomon, podemos resolver esto por las buenas o por las malas. La elección es tuya. No estoy para tonterías. Cada minuto, cada día cuenta. Dentro de veintisiete días tenemos que regresar a Dartford con ellos para poder volver a casa. Sabemos que pasaron por aquí y sospecho que ya has movido la mercancía. Porque eso es lo que son para ti. Nos vas a decir adónde han ido de un modo u otro. En diez segundos te cortaré la mano izquierda. Diez segundos después, la derecha. Luego, bueno, utiliza tu imaginación. Y yo personalmente te meteré en ese pudridero que me enseñaste colina abajo. De manera que empezamos: diez, nueve, ocho...

Wisdom trató de liberarse de las firmes manos de Brian y Trevor, pero acabó desistiendo.

—Detente. Acepto. Han partido hacia lugares distintos.

—Maldito hijo de puta —gritó Emily, lanzándose sobre él.

Incluso John se sorprendió; nunca la había oído decir palabrotas, pero coincidió del todo con la descripción que hizo de ese individuo huesudo vestido de negro. La contuvo y le susurró algo al oído que la tranquilizó.

—¿Dónde están? —preguntó John con frialdad.

—Los niños y la mujer llamada Delia han ido a la corte de la emperatriz Matilde. La mujer joven, Arabel, a la del rey Pedro de Iberia.

Ahora llegó el turno de Trevor.

—¿Me estás diciendo que has separado a una madre de sus hijos?

Como la única respuesta de Wisdom fue asentir con gesto contenido, Trevor lo soltó y le arreó un puñetazo en la boca que dejó el escritorio salpicado de sangre y

con un diente amarillento encima.

Trevor se disculpó por haber perdido los nervios, pero Emily le dio las gracias por haberlo hecho.

John sacó un pañuelo del bolsillo de la levita de Wisdom y le permitió que se cubriese la boca con él.

—Si quieres permanecer fuera del pudridero, nos vas a decir todo lo que necesitamos saber para dar con ellos. Si no me convences de que nos has proporcionado hasta el último detalle, esto no acabará bien para ti. Puede que seas un mentiroso de primera, pero yo tengo un sexto sentido muy refinado para detectar embustes. Empieza a hablar.

Wisdom miró desolado el diente sobre el escritorio y empezó a cantar como un pajarillo. Cuando terminó, miró a John del mismo modo que los gladiadores debían contemplar al emperador que decidiría su destino.

—Muy bien, Solomon. Voy a creerte. Vamos a permitir que conserves todos los dedos de las manos y los pies. Pero lo que has hecho va a tener consecuencias. Muchachos, sacadlos fuera a él y a su lacayo y atadlos juntos. Nos uniremos a vosotros en unos minutos.

Emily y él revisaron la casa. Se toparon con la cocinera de Wisdom junto a los fogones y le ordenaron que saliese de allí si sabía lo que le convenía. Ella abandonó la casa con andares de pato cebado y, cuando vio a su señor maltratado sobre la hierba, siguió caminando. John encontró una caja fuerte en el gabinete y la golpeó varias veces contra el canto de la chimenea, hasta que la abrió y descubrió en su interior una pila de monedas de oro y plata que se guardó en la mochila. Después encendió una vela con las brasas del fuego y prendió con ella muebles y cortinas.

En el exterior, el humo empezó a salir por las ventanas abiertas mientras Wisdom, atado espalda contra espalda con Caffrey, comenzaba a gritar al ver su preciosa casa convertida en una tea.

—También vas a necesitar un barco nuevo —le dijo John.

—¿Me vas a perdonar la vida? —gimoteó Wisdom, estirado de costado en el suelo, sujeto a Caffrey.

—Eso parece.

—¿Por qué?

—Porque no somos como tú. No somos una escoria maligna.

Mientras descendían por la colina, no dejaron de oír a Wisdom lamentándose por lo que había perdido. Una vez en el muelle, John dijo lo que los demás estaban esperando.

—No me gusta, pero sabíamos que podía suceder. Tenemos que dividirnos. Emily y yo iremos al palacio de Hampton para rescatar a los niños y a Delia. Brian y Trev, vosotros tenéis que encontrar el modo de llegar a Iberia para traer de vuelta a Arabel. No va a ser fácil.

—Estamos preparados —aseguró Trevor—. La encontraremos, Emily, no te

preocupes. Os enviaremos un mensaje cuando lleguemos allí.

Emily le abrazó y se le humedecieron los ojos.

—Bueno, Brian —añadió Trevor—, ¿crees que sabrás llegar a España?

—En circunstancias normales pararía un taxi para que me llevase a Heathrow.

—¿Un taxi? —bromeó John—. Di más bien un coche con chófer.

Brian resopló.

—Tienes razón. Está en mi contrato. En nuestras circunstancias actuales, tendremos que llegar al estuario, poner rumbo al sur por el canal de la Mancha y navegar hasta el golfo de Vizcaya. Una vez que toquemos tierra, improvisaremos. ¿Os importa si cogemos el barco más apto para navegar por mar?

—Vosotros elegís.

—En ese caso la gabarra en la que hemos venido. ¿Vosotros os apañaréis con el otro?

—Ya me las arreglaré. No es necesario que te recuerde que disponemos de tres semanas y seis días. No hemos podido pasar ningún tipo de reloj, de manera que tendremos que ir contando los amaneceres y sumar cuatro horas para situarnos en las diez de la mañana. Nos encontraremos de vuelta en Dartford en cuanto podamos, pero que nadie se pase de la fecha límite. Vosotros dos sois buenos luchadores y ya disponéis de vuestras armas. Dejad que os dé algo para ayudaros en el camino.

Abrió la mochila y les entregó la mitad de las monedas. Después meditó durante unos instantes y al final eligió uno de los libros para ellos.

Brian lo ojeó y se lo guardó en la mochila.

—Espero que sepan leer en inglés.

Se abrazaron, se desearon buena suerte y se separaron. El viento era favorable para la travesía río arriba de Emily y John, pero la corriente fluía a favor de la gabarra de Brian y Trevor.

Mientras los barcos se alejaban, intercambiaron tristes saludos de despedida.

—¿Volveremos a verlos? —preguntó Emily.

John subió la vela mayor y respondió:

—Las posibilidades no son muy altas. Pero ambos son hombres fuera de lo común.

Su llegada a Hampton Court no pasó desapercibida. Los muelles del palacio bullían de actividad, con estibadores descargando provisiones y material militar de la campaña francesa. John no era un marinero tan consumado como Brian y lo máximo que su pericia le permitió hacer fue embestir el muelle con la proa de la gabarra de Wisdom y lanzarle una cuerda para amarrar a uno de los perplejos soldados.

Al desembarcar, John anunció que querían ver al rey o a Cromwell.

El soldado que tenían más cerca, un mutilado cojo y tuerto, los olfateó alarmado y proclamó que eran personas inusuales.

—Por eso ellos querrán vernos —le explicó John.

—El rey no está, pero volverá pronto.

—¿Ha sobrevivido a la batalla de Francia?

—¿Cómo sabes lo de esa batalla?

—Estuve allí.

Un oficial se abrió paso entre la multitud que se había congregado en el muelle para contemplar a Emily. Ostentaba una herida de guerra reciente, con el brazo vendado con una tela que había adquirido una tonalidad marrón por la sangre seca.

—Apartaos, apartaos. Vosotros, decidme vuestros nombres.

—John Camp y Emily Loughy.

El joven oficial lucía una elegante melena rubia, pese a la suciedad del cabello enmarañado.

—¿De dónde sois?

—Del mismo sitio que tú, amigo. Pero nosotros no estamos muertos.

—¿Cómo es eso posible?

—Por favor, no nos hagais repetir la historia —suspiró Emily.

—El monarca lo sabe todo sobre nosotros —añadió John—. Y Cromwell también.

—En ese caso, entregadme vuestras armas y la mochila.

—Las armas de acuerdo, la mochila no. Puedes echar un vistazo al interior, pero nada más. Créeme, al rey no le va a gustar que me la quites.

El oficial inspeccionó la mochila de John. Las monedas de plata y oro le llamaron más la atención que las hojas sueltas de papel impreso. No encontró ningún libro. A hurtadillas, el oficial cogió una moneda de plata por las molestias, le devolvió a John la mochila y les indicó que le siguieran. Los estibadores hicieron ademán de seguirlos, pero el oficial les gritó de malos modos que volvieran al trabajo.

En el interior del palacio, el oficial buscó a un lacayo de la corte y le susurró algo al oído. Ese hombre los acompañó a la misma sala en la que John había esperado la primera vez que visitó el palacio. Se apoyaron contra la pared mientras el oficial se balanceaba de un lado a otro sin dejar de mirarlos con un aire despectivo que enfureció a John.

—¿Te hirieron en la batalla de Francia? —le preguntó.

—Así es. Estábamos preparados para entrar en combate contra los franceses al oeste de París. La mañana estaba cubierta por una densa niebla. Cuando se inició el combate, empezaron a caer unas mortíferas bombas. No habíamos visto jamás nada tan potente. A mí me alcanzó la metralla. Entonces la caballería cargó contra nosotros y fuimos derrotados.

—Siento lo de la herida.

—¿Por qué?

—Porque me siento responsable. Yo fabriqué esas granadas. Tal vez incluso fui yo mismo quien lanzó la que te hirió. De hecho, es probable que así fuese.

El oficial empezó a balbucear furioso, pero en ese momento regresó el lacayo de palacio y pidió a los visitantes que le acompañasen.

John volvió la cabeza para mirar al oficial.

—Deberías cambiarte el vendaje —le recomendó—. De lo contrario se te va a infectar la herida.

Los condujeron hasta una pequeña sala muy elegante en la que un hombre bien afeitado y de aspecto demacrado les esperaba detrás de un gran escritorio. En cada una de las cuatro esquinas había un soldado armado con espada y pistola. El hombre tras el escritorio era muy pequeño comparado con los militares. El rasgo que más destacaba en él era una cicatriz que le recorría todo el lado derecho de la cara: arrancaba en la oreja, cruzaba la mejilla y llegaba hasta la comisura de los labios. Iba ataviado con una mezcla de ropa moderna y antigua y hablaba con un fuerte acento irlandés.

—Soy William Joyce, miembro del consejo privado del rey. Se me han comunicado dos cosas: una, que no estáis muertos, y dos, que ya habíais estado antes en esta corte.

A John no le gustó demasiado su tonillo de metomentodo.

—No recuerdo haberte visto la vez anterior —respondió, con la mirada clavada en la cicatriz—. Jamás olvido una cara.

Tal vez como acto reflejo, Joyce se tocó la cicatriz, aunque de inmediato apartó la mano y dijo:

—Yo también estoy convencido de que no habría olvidado las vuestras. En especial la de esta encantadora criatura. Tengo entendido que estuvisteis aquí hace un mes.

John se puso tenso ante el interés de Joyce por Emily.

—Estuve yo, ella no.

—En ese momento yo estaba en la región del interior, ocupándome de un asunto urgente de la corona —explicó Joyce—. Cuando regresé, me enteré de que el rey estaba haciendo los preparativos para atravesar el canal después de haber derrotado a los íberos. Yo me quedé aquí, guardando el fuerte, como decís los americanos.

—¿Cómo sabes que soy americano?

—Por el acento, claro, y por la arrogancia. De hecho, yo nací en Brooklyn, Nueva York, y viví allí de niño hasta que mi familia se trasladó a Irlanda.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

—A principios del siglo xx. ¿Y tú de dónde eres, querida? —le preguntó a Emily.

—Soy escocesa.

—Ya veo. —Volvió a dirigirse a John—: ¿Te importaría explicarme cómo habéis podido llegar a este mundo sin haber fallecido previamente?

—Colega, no me mires a mí. La científica es ella.

—Qué extraordinario. Bueno, pues en ese caso, señorita...

—Doctora. Loughy.

—Explícamelo, si eres tan amable, doctora. ¿Cómo habéis llegado aquí?

Joyce la escuchó con atención, mientras se pasaba un largo dedo por la cicatriz y lo apartaba en cuanto se percataba de lo que estaba haciendo. Cuando Emily terminó la ya manida explicación, él murmuró que todo eso era extraordinario, respiró hondo y expulsó el aire entre los labios apretados, produciendo un sonido similar al bufido de un caballo.

—No debería hacer esto —se reprendió a sí mismo—. Refuerza los estereotipos.

—¿De qué estereotipos hablas? —preguntó John.

—Es probable que no tengas ni idea de quién soy. Eres demasiado joven y estoy convencido de que soy una figura olvidada, pero durante la guerra, la Segunda Guerra Mundial, los británicos me llamaban Lord Haw-Haw, lo que siempre traía a la cabeza la imagen de un burro rebuznando, ya sabes, Ji-Jaw.

—¿Por qué te llamaban así? —se interesó Emily.

—Supongo que pretendía ser en tono de mofa. Me dedicaba a la propaganda y tenía un programa de radio que se retransmitía para Inglaterra desde Hamburgo. En este lado del canal no me querían mucho.

—Trabajabas para los nazis —confirmó Emily con frialdad.

—Pues sí. Y por contar la verdad sobre los judíos y los comunistas me ejecutaron en la prisión de Wandsworth en 1946.

—¿De modo que te ejecutaron por traidor? —preguntó John.

—Solo por eso.

—Lo habitual es que se sume algún motivo más para conseguir un billete al Infierno.

—Bueno, está también el asuntillo de vengarme del judío cabrón que me rajó la cara con una navaja en 1924 después de un mitin político. Ni siquiera era un mitin fascista. ¡Era conservador! Después me afilié a la Unión Británica de Fascistas de Mosley. En cualquier caso, mis amigos y yo encontramos a un par de judíos comunistas y me vengué. Les dejé con algo más que cicatrices en la cara. No diré más.

—Eres un auténtico encanto —murmuró Emily.

Joyce torció el gesto y respondió:

—Lo que soy no es de tu incumbencia.

—Me sorprende que no sigas con los alemanes. Hasta hace poco Himmler era un pez gordo por ahí.

—¿Qué quiere decir «hasta hace poco»?

—Le corté el cuello hace un par de semanas —le explicó John.

—¿En serio? Eso va a debilitar a Barbarroja, ¿no? En cualquier caso, yo llegué al Infierno en Londres. Solomon Wisdom descubrió mi talento y me vendió a la corona.

Joyce preguntó a John de qué se reía.

—Solomon va a estar fuera del negocio durante algún tiempo.

—¿También le has cortado el cuello?

—Me he contenido. Pero tiene por delante un largo trabajo de reconstrucción.

—Eres todo un agitador, ¿no te parece? Si intentas hacerme daño, mis guardias te cortarían en pedazos. Volviendo a mi historia, aunque no soy un guerrero, el rey Enrique aprecia mi capacidad organizativa y con Cromwell y otros miembros del consejo privado en el campo de batalla estoy al mando. Y ahora tengo que lidiar con vosotros y los otros.

—¿Qué otros? —preguntó de inmediato Emily.

—En los últimos días nos han caído un montón como vosotros.

—¿Los niños están aquí? —inquirió Emily.

—Estas son mis conclusiones sobre esta desconcertante afluencia de personas vivas —continuó Joyce, sin hacer caso de la pregunta y apoyándose en el respaldo de la silla—. No entendéis cuál es vuestro lugar aquí. Si hubierais seguido el rito de llegada habitual, habríais pasado por la desagradable experiencia de morir. Cuando eso sucede, no se tarda mucho en entender que este es el castigo que recibes por la bajeza moral de la que fuiste culpable. Asimismo enseguida que aquí no hay procesos de apelación, ningún modo de presionar para escapar de tu destino eterno. En resumen, estás jodido. Vosotros, en cambio, parecéis no entender que estáis jodidos y no aceptáis vuestra situación. Permitidme que os lo explique de manera sencilla: aquí mando yo. No vosotros. Sois vosotros los que tenéis que responder a mis preguntas. Yo no tengo por qué responder a las vuestras.

Emily no estaba dispuesta a dejar que la amedrentasen. Le lanzó una mirada fulminante y le espetó:

—Te lo volveré a preguntar: ¿los niños están aquí?

Joyce se incorporó hecho una furia y ordenó a los guardias que los agarrasen y se los llevasen a los calabozos.

—Esto no va a acabar bien para ti —le advirtió John, pero su indignado interlocutor no estaba dispuesto a echarse atrás.

En un primer momento John valoró positivamente sus posibilidades: eran cuatro a uno, sin contar al debilucho Joyce. Chasqueó los nudillos, listo para entrar en acción, pero en cuestión de segundos entró como un enjambre un nuevo contingente de hombres armados y, para no poner en peligro a Emily y la misión, permitió que Joyce se saliese con la suya y los soldados los hiciesen prisioneros.

En lo alto del ala del palacio destinada a la emperatriz, la brisa de la tarde se colaba por las ventanas abiertas de sus aposentos, inflando las cortinas. Una ráfaga de mayor intensidad topó con un ramo de flores, volcó el jarrón que reposaba sobre una mesa y lo tiró al suelo. En circunstancias normales, a la emperatriz Matilde una cosa así le hubiera provocado un ataque, pero hoy nada parecía capaz de alterarla. Los sirvientes se apresuraron a limpiar el estropicio, mirándola de reojo a la espera de una explosión de ira, pero ella se mantuvo imperturbable. Toda su atención estaba puesta en otro

sitio.

Los niños.

Mientras contemplaba a Belle y Sam jugando con unas tazas y unos platos sobre la alfombra, su rostro, por lo general siempre hierático y severo, se había ablandado como masa de pan. La emperatriz observaba a los niños y Delia la observaba a ella, protectora como una mamá gallina, aunque por desgracia en realidad no podía hacer nada por protegerlos.

—¿Qué edades me has dicho que tenían? —le preguntó Matilde.

—El niño tiene tres años, la niña, dos —respondió Delia con sequedad.

—Una olvida... —murmuró la emperatriz, y su voz se fue disipando.

Delia simuló no saber qué quería decir.

—¿Olvida qué?

—El aspecto que tienen. Cómo se mueven. Hace ya, bueno, muchísimo tiempo...

—Necesitan a su madre.

—¿En serio?

—Sí, por supuesto.

—¿Y dónde has dicho que estaba?

—No lo sé. Tal vez debería preguntarle a Solomon Wisdom.

—Si mis recuerdos sirven de algo, yo no necesité a mi madre para otra cosa que parirme. Me criaron niñeras y sirvientes.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Mi cabeza no está hecha para las ciencias matemáticas y para mí el sinsentido del paso del tiempo carece de interés. No lo sé. Basta con decir que eso sucedió en el siglo XII.

—Bueno, estos niños son del siglo XXI. Y en nuestra época, las madres cuidan de sus hijos.

La emperatriz miró a Delia con el ceño fruncido y al comprobar la creciente irritación de Matilde, una de sus damas de compañía, Phoebe, una mujer bellísima de cabello negro azabache proveniente del siglo XVIII, susurró:

—Señorita Delia, haría bien en ser más respetuosa con su majestad.

Delia, a la que nadie le decía cómo comportarse, ni en su mundo ni en este, iba a continuar jugándose cuando Belle levantó la mirada y preguntó:

—¿Dónde está mami? Quiero que venga.

La emperatriz respondió al instante:

—No te preocupes por ella. Si quieres, puedes llamarme mami a mí.

—Pero tú no eres nuestra madre —terció Sam.

—Tal vez no, pero soy vuestra emperatriz, jovencito, y harás bien en recordarlo.

—Por el amor de Dios —vociferó Delia—. Es ridículo hablarle así a un niño.

Matilde alzó la mano furibunda.

—Ya es suficiente. Encerradla —ordenó a la guardia—. Quiero verlos jugar con mi vajilla sin que nadie me moleste.

John no había estado en esa parte del palacio durante su anterior visita a Hampton Court. Rodeados por guardias, atravesaron largos y grises pasillos hasta que se detuvieron ante una pequeña puerta de roble, ennegrecida por los años. Uno de los soldados encendió una antorcha con un candil y otro abrió la puerta con una enorme llave de hierro. A la luz de la antorcha, el grupo bajó una empinada escalera de piedra hasta un sótano húmedo y frío.

—No me gusta la pinta que tiene esto —murmuró Emily.

—En cuanto alguien con más rango que ese capullo nazi se entere de que estamos aquí, ese tío va a pasarse con la cabeza debajo del brazo —le aseguró John.

—Espero que tengas razón. Cada día que pasemos aquí abajo va a ser un tiempo completamente perdido.

Recorrieron un oscuro y estrecho pasadizo que desembocaba en un espacio más amplio iluminado por antorchas, una sala de guardia rodeada de celdas. Tras los barrotes de los ventanucos aparecieron los rostros mugrientos y demacrados de individuos que los llamaron con voces lastimeras en inglés, francés, español y holandés. El soldado que sostenía la antorcha señaló una de las celdas y le preguntó a un atolondrado guardia si quedaba sitio para dos más.

—Ya tengo a cinco ahí dentro. Estarán un poco apretados, pero cuando en un mes se queden en los huesos tendrán espacio de sobra.

Movieron el cerrojo y cuando la puerta se abrió chirriando por los goznes desengrasados, John esperaba recibir una vaharada de hedor propia de un pudridero, pero resultó que no olía mal. Bajo la tenue luz de una lámpara de aceite distinguió a cinco personas aterrorizadas, tres hombres y dos mujeres, sentados sobre unos montones de paja. Aunque asustados, parecían sanos y bien alimentados, y John los dejó perplejos con su pregunta:

—No seréis por casualidad de South Ockendon, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —dijo Martin.

—Ha sido una suposición fundamentada —respondió—. Yo soy John Camp y ella es Emily Loughy.

—Me alegro de haberos encontrado —intervino Emily.

—¿Encontrado? —preguntó Alice—. ¿Nos estabais buscando?

—Sí. —John se sentó—. Erais ocho, ¿verdad?

Charlie, con actitud trastornada, balbució:

—He perdido a mi padre, a mi abuelo y a mi hermano. Ya solo quedo yo. Estoy solo. Debería haber hecho algo más por salvarlos. Debería haber muerto yo.

—Lo siento —se compadeció Emily—. Es horrible.

Pero Tony no estaba para lamentos.

—Decidme, ¿quién demonios sois? ¿De dónde venís? ¿Cómo es que sabéis quiénes somos? ¿Cómo hemos llegado a este mundo? ¿Queremos respuestas, maldita

sea!

—Yo lo único que quiero es irme a casa, ¿podemos irnos a casa ahora mismo? —murmuró Tracy.

Su interrupción irritó a Tony.

—Por favor, cállate —le soltó—. Déjame hablar a mí.

—No te metas con ella —le recriminó Alice—. Esta pobre mujer ha perdido a sus hijos.

Emily se sentó junto a Tracy.

—¿Dónde estaban?

—En el colegio. Yo estaba en casa y ellos en el colegio.

—Gracias a Dios que los niños no se han visto atrapados en esto —dijo Emily, intentando tranquilizarla.

—¿Atrapados en qué? —gritó Tony—. ¿Vais a contestar mis putas preguntas?

—De acuerdo, pero relájate, colega —intervino John.

Martin estiró el brazo para tranquilizar a su pareja, pero él, colérico, le apartó la mano.

—Tony, por favor, no te hagas mala sangre —suplicó Martin.

—Antes de que respondamos a vuestras preguntas, ¿puedo por favor haceros una? —pidió Emily—. ¿Habéis visto a algún niño en el palacio?

—No —respondió Alice—. Nos han dicho que en este mundo no hay niños.

—Mi sobrina y mi sobrino sí están aquí. ¿Alguien os ha hablado de ellos?

Alice negó con la cabeza.

—De acuerdo —continuó John—. Os vamos a explicar lo que sabemos. Todo esto empezó hace seis semanas.

John y Emily compartieron la explicación, empezando con el primer encendido del MAAC que envió a Emily al Infierno y terminando con la audiencia ante William Joyce a resultas de la cual habían acabado en el calabozo. Cada vez que Tony parecía a punto de hacer una pregunta, Martin le paraba los pies con una palabra o un gesto amable. Cuando John y Emily terminaron, Tony se puso en pie, furioso.

—Qué arrogancia —espetó, dirigiéndose a Emily—. La enorme arrogancia de vosotros los científicos. Manipuláis la naturaleza. ¿Qué esperabais? Y nosotros somos los que pagamos el pato. No siento por vosotros más que desprecio.

—Lo que dices no es justo, Tony —intervino Martin—. Han venido a rescatarnos y llevarnos de vuelta a casa.

—No seas ciego —replicó Tony—. Han venido a rescatar a la familia de ella. Y se han topado con nosotros.

—Nuestra misión es llevar de vuelta a casa a todo el mundo —aseguró John—. Aunque os hayamos encontrado por accidente, el hecho es que os hemos encontrado. Bienvenidos sean los golpes de suerte.

—Pero estáis presos como nosotros —observó Charlie—. ¿Cómo vais a sacarnos de aquí?

John tenía una respuesta muy clara.

—El tipo que nos ha encerrado aquí es un gilipollas llamado William Joyce. Tengo la intuición de que cuando alguien de mayor rango averigüe lo que ha hecho, nosotros subiremos a la planta noble y él bajará aquí.

—De acuerdo, entendido —intervino Martin—. Y ahora ¿qué hacemos?

—Creo que de momento tendremos que esperar —respondió Emily—. Ya os hemos dicho quiénes somos. Para salir de esta, vamos a tener que cooperar y echar mano de todas nuestras habilidades. Me interesa saber a qué os dedicáis cada uno de vosotros.

Martin fue el primero en responder.

—Yo soy médico. Especialista. En un día normal habría estado en el hospital a las diez, pero esa mañana cancelé la cita que tenía y Tony y yo nos quedamos en la cama. Estaba siendo una mañana estupenda. Tomábamos café y leíamos los periódicos cuando de pronto...

—Sí, estaba siendo una mañana estupenda hasta que se convirtió en una mañana de mierda —comentó Tony con amargura—. El asunto es que Martin me arrastró con su indolencia.

—No era la primera vez —se defendió Martin.

—Sí, desde luego que no era la primera vez. Yo, de hecho, esa mañana tenía cita con un cliente. Pero Martin insistió tanto que llamé diciendo que estaba enfermo. Soy arquitecto. Mi despacho se dedica a una mezcla de proyectos comerciales y residenciales. El cliente al que le di largas quiere una casa muy llamativa y espectacular en Hampshire para reemplazar una preciosa casa de campo que había comprado. Yo traté de convencerlo sin éxito de renovar con gusto la vieja casa, pero él quiere algo de más nivel, más grande y muy moderno. De hecho, tampoco estaba lejos de sentirme enfermo, porque la perspectiva de una cita con él me provocaba náuseas.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos vosotros dos?

—Diez años —respondió Martin—. Si logramos salir vivos de esto, nos casaremos.

—Si no cambio de opinión —matizó Tony.

—Estáis todos invitados.

—Yo me apunto —aseguró John—. Vaya, quizá acabemos celebrando una doble boda.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —preguntó Emily.

John le tomó la mano.

—Tal vez.

—Gracias, Martin y Tony, por dar ejemplo —dijo Emily con una amplia sonrisa—. Si el tal vez se convierte en un sí, habrá doble boda.

—Yo estaré encantada de asistir si encontramos una canguro —comentó Tracy en voz baja.

—Trae a los niños contigo —le propuso Martin—. Tony tiene... ¿cuántos son?, ¿seis sobrinos y sobrinas? Cuantos más, mejor. Discúlpame, pero no sé cómo se llaman tus hijos ni tu marido. Llevamos años viviendo en la misma calle. Es una pena que no nos conozcamos mejor.

—Mi marido se llama Dan. Trabaja como informático en una empresa de la City. Habéis preguntado antes sobre oficios. Yo me limito a ejercer de madre, así que no sé cómo voy a poder ayudar.

—Seguro que posees un montón de habilidades prácticas, cariño —repuso Alice—. No te minusvalores.

—Gracias, pero más allá de encargarme de la casa, la verdad es que soy un cero a la izquierda. En cualquier caso, Martin, nuestro hijo se llama Jeremy. Tiene ocho años. Nuestra hija se llama Eva y tiene diez. Me pregunto dónde estarán y qué pensarán que me ha ocurrido. ¿Creéis que les habrán contado lo que me ha pasado? ¿Lo que nos ha pasado?

—No estoy segura —respondió Emily—, pero lo dudo. Las autoridades estaban... —Iba a decir «infernamente decididas», pero se contuvo—. Estaban empeñadas en mantener la situación en secreto. Explicaron una versión relacionada con una amenaza bioterrorista en la urbanización, de modo que sospecho que a tu marido le habrán contado que estás en cuarentena y que no se puede contactar contigo.

—Qué bien. Dan es un alma cándida. Se creerá lo que le digan. Pero aun así estará preocupadísimo.

—Seguro que sí —admitió Emily.

—Cuando regrese a casa, ¿podré contarles la verdad?

—Lo más probable es que intenten manteneros con la boca cerrada —comentó John—. Si queréis mi consejo, hacedles pagar caro vuestro silencio.

—¿Cuánto valen las vidas de mi padre, mi hermano y mi abuelo? —preguntó Charlie—. ¿Cómo se les puede poner un precio?

John asintió.

—Lo único que digo es que todos vosotros sois las víctimas y como tales tenéis derecho a una compensación. A una elevada compensación. ¿Cuál es tu historia, muchacho?

—¿La mía? —Charlie le miró—. Soy albañil. Estábamos haciendo unas obras de reforma en la urbanización. Era un día de trabajo como otro cualquiera. Abríamos un termo de té cuando de pronto todo se transformó. Para siempre.

—Muy bien —recapituló John—. Tenemos un albañil, un médico, un arquitecto, y con Tracy, una experta en la vida doméstica. —Se volvió hacia Alice—. ¿Y tú?

Alice suspiró.

—Soy inspectora de obras del ayuntamiento. Mi formación es de electricista, pero mi empresa quebró. No creo que aquí pueda hacer uso de mis habilidades profesionales. No he visto ninguna bombilla ni cables eléctricos por ningún lado.

Estoy divorciada, ya no tengo hijos a mi cargo y echo de menos a mis gatos. Espero que mi vecina los esté cuidando.

—Alice, creo que te equivocas respecto a tus habilidades —le refutó Emily—. Aquí hay gente muy interesada en construir una red eléctrica, pero deben subsanar sus enormes carencias tecnológicas. De momento disponen de baterías con capacidad limitada que les permite hacer funcionar líneas de telégrafo en Britania y algunas zonas del continente.

—Querida, yo no soy ingeniera. No soy más que una electricista, pero haré lo que esté en mi mano para ayudar.

A medida que el día avanzaba, John inspeccionó cada palmo de la celda, buscando posibilidades de huida, pero las paredes estaban construidas con sólidos bloques de piedra. El suelo era de tierra muy compactada en la que tal vez se pudiera intentar cavar un túnel, pero aun disponiendo de las herramientas necesarias, habría sido una labor de semanas que los guardias podrían descubrir en cualquier momento. La puerta de la celda era robusta, pero la madera siempre resultaba vulnerable. El problema es que todo el tiempo había algún guardia al otro lado.

Los prisioneros se sentaron y pasaron las horas hablando, compartiendo los restos de comida que les quedaban de las raciones de la mañana y vigilando la oscilante llama de la lámpara, lo único que evitaba que estuviesen en una casi completa oscuridad.

Un rostro apareció en el ventanuco con barrotes y se oyó el ruido del cerrojo al descorrerse. De inmediato entraron en la celda varios guardias y uno de ellos apuntó a John con una pistola de chispa. Era obvio que lo habían identificado como el mayor peligro potencial. Todos se pusieron en pie.

—¡Tú! A la esquina.

—¿Yo? —preguntó John, con un tono que devolvía la amenaza.

—Sí, tú.

—¿Por qué?

Un guardia con la guerrera decorada con caprichosos botones le amenazó:

—Obedece o recibirás una bala de plomo en la cabeza. Y en cuanto empecemos a disparar, el resto correrá la misma suerte.

John miró a Emily. Su expresión de súplica le convenció para dar un paso atrás, hacia la esquina.

Entonces el de los botones la señaló a ella y dijo:

—Tú vas a acompañarme.

En cuando lo escuchó, John empezó a coreografiar mentalmente la manera de derribar a los soldados sin poner en peligro la vida de nadie. Lo primero sería arrebatarse la pistola con un movimiento relámpago, disparar al de los botones y después moverse muy rápido hacia los otros. Pero en un espacio tan estrecho y con tantos civiles, sería un auténtico milagro que ningún inocente acabase atravesado por un disparo o una espada en la pelea.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Emily.

—William Joyce desea tu compañía —dijo el de los botones con tono lascivo.

Eso era todo lo que John necesitaba oír. No iba a permitir que se llevaran a Emily. Había llegado la hora de utilizar la violencia.

—¡Guardias! —gritó una voz desde el pasillo—. ¡Apartaos!

El de los botones reconoció al propietario de esa voz y ordenó a los soldados que se apartasen.

El hombre vestido con una levita que entró en la celda con pasos cortos y rápidos observó con atención los rostros de los prisioneros y clavó los ojos en John.

—John Camp —exclamó—. Sois vos.

—Señor Cromwell —saludó, sintiendo cómo sus músculos se relajaban—. No sabe cómo me alegro de verlo.

Thomas Cromwell era un individuo de estatura media, pero la fuerza de su presencia lo había parecer más alto.

—¿Por qué está esta gente en el calabozo? —preguntó.

El de los botones elegantes se encogió ante el semblante serio de Cromwell y respondió con tono sumiso:

—Por orden del consejero Joyce.

—¿Él lo ha ordenado? Bueno, ya hablaré con él más tarde. Señor Camp, parece que la puerta que comunica nuestros mundos se ha abierto de par en par. Todos vosotros, seres humanos vivos, sois huéspedes de su majestad, el rey Enrique. Os proporcionaremos un alojamiento adecuado y comida y bebida en abundancia. Y ahora, señor Camp, por favor, acompañadme. El rey acaba de regresar con su séquito de nuestra derrota en Francia. Aunque está indispuerto, querrá oír vuestras explicaciones sobre su actuación en la batalla.

—Le acompaño —accedió John—, pero no pienso perder de vista a esta mujer. Señor Cromwell, le presento a Emily Loughy.

—Ah, la mujer por la que suspirabais con tanto ardor. Por fin os habéis podido reunir. Ahora veo el porqué de tanta insistencia. A vuestro servicio, señora.

—Es un honor conocerlo, señor.

—Un momento —intervino Tony—. ¿Es el auténtico Thomas Cromwell?

—El mismo en carne y hueso, o al menos en una versión infernal de carne y hueso —respondió Cromwell.

—Acabo de leer un libro muy interesante sobre usted —explicó Tony con efusión—. Esto es increíble.

Cromwell miró a Tony y dijo:

—Es la época del asombro, mi querido amigo.

Al entrar en el dormitorio del rey Enrique les asaltó un olor más fuerte que el hedor habitual de los moradores del Infierno; la habitación estaba impregnada del pegajoso aroma dulzón de las heridas infectadas. Enrique permanecía sentado en la cama, apoyado en almohadones, con una mueca de dolor y las mejillas hundidas.

Se las apañó para alzar una mano y señalar a John.

—Te vi en el campo de batalla. Le dije a Cromwell que eras tú. —Señaló entonces al nada contento duque de Oxford, su mutilado mariscal de campo, y le dijo —: Tú no me creías, Oxford, ¿verdad que no? Insistías en que se había hundido con el *Fuego del Infierno*. Pero no te habías ahogado en el mar, ¿verdad que no, John Camp?

—No, majestad. No me ahogué —respondió con una sonrisa—. El *Fuego del Infierno* sobrevivió, aunque al final lo hundieron los íberos cuando regresábamos a Inglaterra.

—¿Y qué fue de mi almirante? ¿Qué le pasó a Norfolk?

Los detalles del fallecimiento del duque de Norfolk no hubieran sido bien recibidos, de modo que John se limitó a comentar:

—Me temo que reposa en el fondo del mar. —Y cambiando rápidamente de tema, añadió—: Le presento a Emily Loughy, la mujer a la que buscaba.

Hasta ahora John nunca había visto a Emily quedarse sin palabras, pero aquí, en presencia del más ilustre monarca de la historia de Inglaterra, pasó apuros para mantener la compostura. Se las apañó para hacer la primera reverencia de su vida.

—Encantada de conocerle, majestad.

—Desde luego es una belleza —reconoció Enrique—. En comparación, la pérdida de navíos y almirantes es una nimiedad. Pero en cambio veo que no habéis logrado regresar a vuestro mundo y vuestro tiempo.

—Sí lo logramos —le corrigió John—. Pero hemos regresado.

Tanto el rey como Cromwell mostraron su sorpresa y Enrique le preguntó el motivo.

Al final fue Emily quien respondió.

—Majestad, el pasadizo entre nuestros dos mundos se ha ensanchado. Mi hermana y sus dos hijos, entre otras personas, han sido transportados hasta aquí. John y yo hemos regresado para rescatarlos.

—Qué extraordinario. —El rey hizo una nueva mueca de dolor—. Si mis soldados tuviesen vuestro coraje, bueno...

—Solomon Wisdom le ha vendido los niños a su esposa —le interrumpió John.

—¿A mi esposa? ¿A la emperatriz? —preguntó Enrique—. Acabo de regresar, así que no me he enterado. Todavía no la he visto. Cromwell, tal vez puedas hacer algunas averiguaciones.

—Las haré, majestad.

—Ahora debo visitar a mis médicos —gruñó Enrique—. Estoy muy mal. Volveremos a hablar en breve. Estoy disgustado por tus acciones contra la corona, John Camp. Muy disgustado. Vas a tener que rendir cuentas.

John asintió y añadió:

—Uno de los hombres vivos que acaba de ser liberado de los calabozos es médico. Creo que sería recomendable que echase un vistazo a su herida.

—¿Cómo sabes que estoy herido?

—Lo huelo.

El rey pareció ofenderse, pero acto seguido soltó una carcajada.

—Tu sinceridad te convierte en alguien muy singular, John Camp. Tráeme a ese médico.

Martin retiró los vendajes y dejó a la vista una pierna hinchada hasta lo grotesco. Durante el trayecto hasta el dormitorio del rey desde las cómodas habitaciones que

les habían asignado a los viajeros de South Ockendon, Martin comentó que le imponía mucho ver, y no digamos ya tratar, al rey Enrique VIII. Pero cuando llegó el momento, John comprobó que Martin adoptaba una actitud profesional y levantaba con gesto amable pero impasible la camisa de dormir del rey para dejar a la vista un muslo purpúreo e hinchado y una herida profunda que supuraba pus sanguinolento.

Emily se estremeció y apartó la mirada.

—Necesitaría un cuenco de agua caliente —pidió Martin, mirando al grupo de sirvientes que rodeaban el lecho—. Y jabón, si tenéis.

—¿Para qué necesitas eso? —preguntó Enrique.

—Me gustaría lavarme las manos antes de inspeccionar la herida.

—¿Por qué?

—Para limpiarlas de gérmenes. No quiero empeorar las cosas.

—¿Y por qué vosotros no os laváis las manos antes de tocarme? —les preguntó el rey a sus médicos, unos individuos de aspecto arcaico con largas vestimentas y frondosas barbas.

—Si su majestad lo desea, así lo haremos —respondió uno de ellos con diplomacia.

Al cabo de un rato acercaron una jofaina y una mujer trajo un trapo con pastillas de jabón de formas irregulares. Martin las olisqueó, hundió el pulgar en una y dijo que podían servir. El jabón no produjo mucha espuma. Los médicos del rey observaron el proceder de Martin con una mezcla de fascinación y júbilo mientras se lavaba escrupulosamente las manos. Le pasaron un paño limpio para secárselas y, después de pedir permiso, empezó a inspeccionar y palpar las piernas reales.

Ambas pantorrillas y muslos presentaban varices y cicatrices debidas a las ulceraciones crónicas que Enrique había padecido en vida. El Enrique de ahora, aunque seguía siendo un hombre corpulento, pesaba la mitad que el gigante que era en el momento de su muerte, a los cincuenta y cinco años. Durante sus últimos años de vida en la Tierra lo trasladaban de un sitio a otro en un carrito y cargaban con él para subir las escaleras. El Enrique del Infierno era, en muchos aspectos, más robusto y sin duda tenía mucha más movilidad.

La herida estaba en el muslo izquierdo, pero en la pantorrilla de esa pierna había rastros de una herida más antigua. En su juventud, Enrique se la había fracturado en una justa y casi perdió la vida. Durante el resto de su existencia sufrió una infección en la pierna que le supuraba de manera intermitente. Mientras inspeccionaba la retorcida extremidad, Martin murmuró para sí mismo que había detectado una posible osteomielitis crónica, un problema menor comparado con el actual, que era una infección aguda.

Cuando pasó a la palpación y presionó el muslo herido, Enrique aulló de dolor y Martin se disculpó mecánicamente.

—¿Sabe qué ha provocado la herida? —le preguntó—. ¿Madera? ¿Metal?

—Fue un fragmento de hierro —explicó Enrique, mientras utilizaba un pedazo de

tela para secarse el sudor de la frente—. Explotaron un montón de bombas alrededor de mi persona. Sentí dolor y vi que una esquirla me había rasgado los pantalones y se me había clavado en el muslo. Me la arranqué con los dedos y continué con la contienda. Después de retirarnos del campo de batalla, la herida se había cerrado y yo estaba bien. La hinchazón y el dolor empezaron pasados unos días y la cosa fue a peor mientras atravesábamos el canal.

Al escuchar estas palabras, John se preguntó si esa granada que hirió al rey la pudo lanzar él mismo.

—Bueno, la herida está infectada —concluyó Martin—, y tiene un profundo absceso en el músculo. Hay que drenarlo cuanto antes. Si desea que lo haga yo, necesitaré instrumental médico esterilizado. ¿Disponen de instrumental médico?

Uno de los doctores se inclinó hacia delante y dijo:

—Tenemos todo tipo de cuchillos y escalpelos. ¿Qué es esterilizado?

—Tráiganme el instrumental y le echaré un vistazo. Tendremos que hervirlo durante diez minutos largos y después depositarlo sobre un trapo previamente hervido para que se enfríe. Eso matará todos los gérmenes. ¿Lo entienden?

—Haz lo que te dice —le ordenó el rey al aturdido médico.

—¿Disponéis de algún tipo de anestesia? ¿Tal vez éter? —inquirió Martin.

Ante las miradas atónitas, Martin se explicó y los médicos del rey le dijeron que podían ofrecerle al monarca un licor potente y un trozo de cuero para morder. Martin negó con la cabeza y preguntó a los galenos de qué época provenían. Uno de ellos era del siglo xv, el otro del xvii. Sin esperar gran cosa, les preguntó por antibióticos. Le dijeron que no disponían de tal medicina y él se interesó por cómo trataban entonces ese tipo de supuraciones.

Uno de los médicos, el más moderno de los dos, respondió:

—Tenemos un montón de curas para las heridas fétidas y supurantes que por supuesto hemos aplicado en el pasado al rey. Utilizamos ajo empastado en los vendajes. La miel también es muy efectiva. La semilla de lino en leche es otro remedio que usamos.

—Yo considero que una pasta de pan masticado y sal aplicada a una herida —añadió el más antiguo— es un medicamento excelente y es lo que recomendaría ahora.

Martin intercambió una mirada con John y Emily para transmitirles lo que pensaba sobre los remedios de esos tíos.

—De acuerdo —dijo—, tenemos un montón de trabajo por delante para salvar esta pierna y a este hombre.

Martin se llevó a John y Emily a un rincón y les preguntó si le podían ayudar.

—Tony no soporta la sangre. Charlie no está muy centrado. Alice parece dura como una roca, pero creo que es mejor que se quede con Tracy.

—Claro que te ayudaremos —afirmó Emily—. ¿Qué tenemos que hacer?

—John, estoy seguro de que habrás tenido que bregar con muchas heridas en el

campo de batalla. Quiero que me ayudes con la cirugía. A ti, Emily, te voy a necesitar para fabricar penicilina.

—Estás de broma, ¿no? —respondió ella.

—No, hablo muy en serio. Incluso drenando el absceso, nos vamos a enfrentar a una infección del tejido que si no trato acabará llegando al torrente sanguíneo y le provocará la muerte.

—Doc, aquí esta gente no muere —le aclaró John.

—Bueno, pues en ese caso le provocará algo horrible próximo a la muerte. Tenemos que encontrar o pan enmohecido, lo cual nos ahorraría un par de días, o a falta de eso, tenemos que dejar pan en un lugar caliente y húmedo para favorecer la formación rápida de moho. Tenemos que reproducir el trabajo que Alexander Fleming hizo en su tiempo. Recuerdo vagamente un artículo sobre medicina de supervivencia que explicaba cómo crear una infusión de penicilina. Supongo que podemos dar por hecho que, en un mundo sin antibióticos, las bacterias de esa herida serán muy sensibles a la penicilina. Eso jugará a nuestro favor. Emily, te explicaré lo que recuerdo del proceso y a partir de ahí lo dejo en tus manos. No se trata de física de partículas, pero estoy seguro de que podrás hacerlo.

—Marchando una remesa de infusión de penicilina —musitó ella, esforzándose por sonreír—. Tenemos que salvarlo. Tenemos que lograr que convenza a su esposa de que nos entregue a los niños.

John se negó a perder de vista a Emily, de modo que los condujeron a los dos a las cocinas, situadas en los sótanos del palacio. Emanaba un calor intenso de los hornos. Los sudorosos cocineros y panaderos los olfatearon y los observaron largamente, pero enseguida les ordenaron que siguieran trabajando. Cuando les mostraron los estantes en los que se guardaba el pan quedó claro al instante que el auténtico reto habría sido encontrar hogazas que no tuviesen moho. Emily eligió una del fondo de un estante, cubierta de un polvillo entre verde y azulado, y mientras la contemplaba uno de los criados que los había acompañado hasta allí se ofreció a limpiársela.

—No, tal como está es perfecta —repuso ella—. Por favor, tráeme un cazo con agua caliente y una tapa.

Emily partió la hogaza en tres trozos, los metió en el cazo y removió el contenido con un cucharón de madera. Encontró un rincón cálido junto a un horno y anunció al receloso personal de la cocina que, por orden del rey, nadie debía tocar aquel cazo.

John acompañó a Emily a los aposentos que ahora ocupaban Tony, Alice y los demás y regresó al dormitorio del rey. Enrique se estaba sumergiendo ya en el sopor alcohólico después de haberse echado al gazonate una botella entera de oporto.

—¿Eres tú, John Camp? —preguntó vocalizando con torpeza.

—Sí, soy yo.

—Maldito seas. Maldito seas. Conspiraste contra mí. ¿Sabes lo que hago con los conspiradores?

—Me lo puedo imaginar.

—Echa un trago conmigo y te lo contaré. O quizá te cante una canción. ¿Dónde está mi laúd? ¡Que alguien me traiga mi laúd!

Mientras John le seguía la corriente a Enrique y alzaba su copa, Martin inspeccionó el instrumental esterilizado que se enfriaba sobre el paño. El único material de sutura era un hilo de coser corriente que Martin dudaba que aguantase bien. Eligió uno de los cuchillos pequeños y un escalpelo que parecía más bien una aguja de coser y volvió a lavarse las manos.

—Estoy listo para empezar —anunció, después de comprobar que el cuchillo estuviese lo bastante frío para proceder—. John, ¿puedes anudarme este pañuelo en la cara para taparme la nariz y la boca, por favor?

—Te escondes de mí, ¿eh? —murmuró el rey—. Nadie se esconde del rey.

—¿Para qué haces todo esto? —le preguntó a Martin uno de los médicos.

—Para evitar los gérmenes —repitió él una vez más.

—Sigues insistiendo en que hay unas criaturas llamadas «gérmenes» que no podemos ver —exclamó el galeno—. Me pregunto si nos tomáis por tontos.

—Seguro que en vuestra época erais los mejores del oficio —se defendió Martin—, pero os aseguro que los gérmenes existen.

Levantó la camisa de dormir del rey Enrique y le explicó que primero le iba a limpiar la herida con agua y jabón, para lo cual utilizó un paño limpio.

—Parece borracho y relajado —comentó Martin en voz baja—. John, ¿puedes colocarle el pedazo de cuero entre los dientes para protegerle la lengua? Le va a doler un montón, aunque dudo que después lo recuerde.

—Muerda esto —le pidió John al rey.

—Morder o ser mordido —murmuró Enrique antes de apretar los dientes.

—Estoy preparado para proceder, señor —le informó Martin—. Le pido disculpas por adelantado por el daño que le voy a hacer. Acabaré lo más rápido que pueda. —Bajó la voz y le dijo a John que también se anudase un pañuelo para tapar nariz y boca y que estuviese preparado para pasarle el escalpelo y paños de lino.

Con la excepción de una fístula abierta y supurante, la herida se había ido cerrando por sí misma. Martin utilizó el cuchillo para abrirla y liberó un chorro de pus verdoso mezclado con sangre. La prieta boca de Enrique emitió un gemido sordo.

—Por favor, agarradle bien la pierna —pidió Martin a los fornidos sirvientes asignados a la tarea—. John, ¿puedes limpiar la herida para poder ver lo que estoy haciendo?

John empapó varios trozos de tela con los pútridos fluidos. El joven sirviente encargado de sostener un cubo en el que se tiraban los trapos ya utilizados se desmayó y hubo que sustituirlo.

—Muy bien —continuó el doctor—, ahora llega la parte más delicada. Pásame el escalpelo. Sin ecografías vamos a ir a ciegas. Dando por hecho que no tenga una anatomía muy singular, debería ser capaz de no tocar ninguna vena importante.

La primera embestida del escalpelo no consiguió otra cosa que provocar que Enrique se retorciese de dolor. Con la segunda se oyó un audible plaf y el pus que salió a chorro salpicó la mascarilla de Martin.

—¿Puedes quitarme el pañuelo y sustituirme por otro? —pidió sin perder la calma—. E intenta absorber toda la secreción que puedas mientras yo presiono alrededor para que supure todo el absceso.

Enrique quedó inconsciente, lo que facilitó el resto del proceso. Martin cerró la profunda herida con una buena cantidad de hilo y dejó unos centímetros sobresaliendo de la piel.

—Bueno, esto es todo lo que podemos hacer de momento. Espero que mañana tengamos ya un poco de penicilina para administrarle. Lo has hecho muy bien, John, pero tienes que hacerme un último favor.

—Desde luego, lo que quieras.

—Un vasito de ese oporto me sentaría de maravilla.

Esa noche, cada pocas horas, Martin dejaba a los demás para ir a echar un vistazo a su paciente, que se hallaba en un estado febril y deliraba. Los otros permanecían recostados en cómodas camas y disfrutaban de una comida y bebida que no estaba nada mal, todos excepto Emily, que se mostraba enojada y nada satisfecha con la noticia transmitida por Cromwell de que la emperatriz Matilde se había negado a recibirle y aseguraba no saber nada de la presencia de niños en el palacio.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó a John.

—El pasillo está lleno de soldados. Podríamos intentar abrirnos paso entre ellos combatiendo para llegar a los aposentos de la emperatriz, pero no creo que tuviésemos éxito. Esperemos que Enrique se recupere y la obligue a cooperar. De momento es lo mejor que podemos hacer.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Emily.

—¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas?

—Has pasado por el quirófano no hace mucho. ¿Lo recuerdas?

—Vagamente.

—Al menos tenemos a Martin para que te quite los puntos —comentó Emily—. No me gustaba la idea de tener que hacerlo yo. Y en caso de que la necesites, tendremos una estupenda infusión de penicilina.

Emily levantó con impaciencia la tapa del cazo con el pan empapado. Se había formado una infusión oscura, de tonalidad marrón y apesosa, tal como Martin había predicho. Siguiendo sus instrucciones, lo coló con un trapo limpio y lo pasó a otro cazo, desechando los trozos de pan. Después, con John abriendo camino, trasladó con cuidado el recipiente con el líquido marrón a los aposentos reales, donde los esperaba Martin.

El rey Enrique estaba traspuesto y bañado en sudor. Martin y John lo

incorporaron sobre unos almohadones y Emily vertió el hediondo brebaje en un vaso.

—¿Es suficiente? —preguntó.

Martin se encogió de hombros.

—Espero que sí. En la actual situación, esto no es una ciencia exacta. Le daremos un vaso cada cuatro horas. Tenemos suficiente para unos días, pero será mejor que pongas en marcha otra remesa para cubrirnos las espaldas.

Le hicieron ingerir el líquido a Enrique poco a poco, animándolo a reprimir las arcadas hasta que vació el vaso.

—Ahora habrá que esperar —dijo Martin.

Emily fue a buscar a Cromwell, que conversaba con el duque de Suffolk en una esquina.

—¿Y bien? —le preguntó Emily.

Cromwell le lanzó una mirada de desaliento.

—No tengo ninguna noticia, señora.

—¿Ha podido verla?

—No. No quiere recibir a nadie.

—Sin duda sabrá usted lo que está sucediendo en su propio palacio.

—No es mi palacio.

—Entonces quiero verla yo en persona —porfió Emily.

—Haré saber vuestra petición.

—Tiene que insistir.

—Señora, estamos hablando de la emperatriz.

El cambio era espectacular. Cuando Martin, John y Emily fueron a verlo a la mañana siguiente, el rey estaba sentado muy recto en la cama, devorando con estruendo un cuenco de sopa.

—No me vais a hacer beber más de esa infusión repugnante, ¿verdad? —quiso saber Enrique.

—Es importante que siga tomándola durante al menos una semana —dijo Martin, levantando las sábanas para examinarle la pierna—. Tiene mucho mejor aspecto. Voy a retirar una parte del vendaje para ayudar a que la herida se acabe de cerrar. No le dolerá demasiado.

Enrique apenas levantó la mirada del cuenco de sopa mientras Martin le toqueteaba la pierna. Mientras su nuevo médico se lavaba las manos en una jofaina, Enrique pidió a Cromwell que se acercase y le susurró algo al oído.

Cromwell adoptó una actitud solemne y anunció:

—Ahora que el rey ya se encuentra mucho mejor, considera que ha llegado el momento de que John Camp le explique su toma del navío real *Fuego del Infierno* y su apoyo a los enemigos del rey en Francia.

Emily estaba demasiado impaciente como para adaptarse al orden del día del rey.

—Discúlpeme —interrumpió—. Quiero ver a los niños ahora mismo. Insisto en que la emperatriz nos permita verlos.

—¿Dónde está Matilde? —preguntó Enrique, mirando a su alrededor en la habitación como si hubiese olvidado su existencia—. ¿Ha hecho acto de presencia junto a mi cama?

—No, majestad —respondió Cromwell.

—¿Por qué no? ¿No le has dicho que su querido marido estaba enfermo?

—He intentado hablar con ella, pero se me ha hecho saber que no desea recibir a nadie ni admite que se le entreguen mensajes.

—¿No se encuentra bien? Tal vez este médico moderno debería visitarla.

—Intentaré de nuevo hablar con ella. Y le transmitiré vuestra petición de contar con su compañía.

—No es una petición, es una orden. Y no quiero esperar ni un minuto más —gritó Enrique, que había recuperado su mal humor—. Y ahora, John Camp, exijo una explicación sobre tus infracciones. Deberías saber que ni mi enfermedad ni mi rápida recuperación te permitirán escabullirte de mi ira. Quienes me traicionan, lo hacen una única vez. Explícate para que dicte tu castigo.

John le indicó a Emily con una mueca y un gesto de la cabeza que, de momento, ya habían alcanzado el límite de la presión que podían ejercer sobre Enrique. Había llegado el momento de hacer uso de las indicaciones que le había dado Malcolm Gough. Confiaba en que la enorme reputación del profesor como experto en Enrique VIII estuviese justificada; estaba a punto de comprobarlo.

«¿Qué haría yo si estuviese cara a cara con el Enrique vivo y tuviese que convencerlo de que tenía un buen motivo para traicionarlo? —había preguntado retóricamente el profesor con expresión desconcertada—. Bueno, primero, con toda probabilidad pondría mis asuntos en orden antes de ser recibido en audiencia, porque Enrique VIII no era dado ni a perdonar ni a olvidar cuando creía que alguien le había engañado o traicionado. El legado de su férrea voluntad fueron decenas de miles de condenas a muerte. No solo era un ferviente defensor de las ejecuciones, sino que era partidario de lo que llamaba “ejecuciones terribles”, es decir, de métodos lentos y dolorosos cuya finalidad era servir de advertencia contra cualquier futura interferencia en sus decisiones religiosas y seculares.

»Pero si intentase salvar el pellejo, supongo que apelaría a su vanidad. Le recordaría la grandeza de sus logros como rey y, siguiendo el juego de esta fantasiosa petición que se me hace, describiría al reencarnado Enrique la perdurabilidad de su legado. Y si tuviese indicios claros de que esta táctica me fallaba (y lo más probable es que en efecto fallase), me esforzaría por utilizar cualquier as en la manga que pudiese tener para llegar a algún tipo de pacto. Porque Enrique VIII fue, ante todo, un hombre pragmático. Era un megalómano, pero un megalómano pragmático.»

John adoptó una actitud penitente, con los dedos entrelazados a la altura de la cintura y la cabeza ligeramente inclinada.

—En primer lugar, majestad, creo que no he sabido expresar de un modo adecuado el temor reverencial que me produjo el encuentro con usted hace un mes. Yo era un extraño en tierra extraña y me resultó muy difícil valorar en toda su magnitud la increíble oportunidad de conocer al más grande rey que Inglaterra ha conocido.

Enrique asintió y pidió un poco de vino rebajado con agua.

—Imagino que los recién llegados a su reino durante todos estos años —continuó John— le habrán contado que su legado no tiene rival en relación al de los otros monarcas. Usted solo fue capaz de rehacer el panorama religioso de su imperio y establecer una Iglesia de Inglaterra, que no era sierva ni de Roma ni de Lutero. Usted solo dotó a la monarquía inglesa de una nueva dignidad y unificó el país como nunca antes se había logrado, haciendo que su pueblo se sintiese orgulloso de ser inglés. Su singular visión convirtió a Inglaterra en una fuerza respetada en toda Europa. Sus campañas en Francia siguen siendo admiradas por los estrategas militares. Usted, con la diligente ayuda de Thomas Cromwell, estableció una estructura legal y administrativa centralizada para gobernar todos los confines de su reino, lo cual trajo paz y estabilidad a lo que antes habían sido enormes zonas sumidas en la anarquía y la violencia.

Hizo una pausa para observar las reacciones de los presentes en la habitación. Enrique escuchaba con deleite cada palabra y Cromwell parecía muy satisfecho porque se le hubiese mencionado. Siguió lanzando incienso, de acuerdo con el consejo del profesor.

—Convirtió usted a la armada británica en la fuerza más poderosa en alta mar, y esa supremacía naval fue crucial para forjar la historia de Inglaterra durante los siglos posteriores. Fue usted el más talentoso arquitecto de todos los reyes y reinas de Inglaterra, sus palacios y fortificaciones continúan en pie en nuestros días. Y, de un modo increíble, al mismo tiempo fue usted un erudito, un escritor y un artista. Sus libros siguen leyéndose quinientos años después y su música se sigue cantando. Fue usted un rey que, ejerciendo su maestría en todos los asuntos del Estado y del alma, fue no solo temido por su poderío, sino también amado por sus súbditos por la energía y orgullo que emanaba.

Se detuvo el tiempo necesario para que el rey digiriese todas las alabanzas.

Enrique le ordenó con un gesto a un sirviente que le llenase la copa y dio unos cuantos sorbos.

—Bonitas palabras, John Camp, elegidas, supongo, para limar los colmillos a la bestia. Llevo toda mi larga estancia en este mundo absurdo escuchando este tipo de loas, y en líneas generales no puedo ni debo discutir la intrínseca veracidad de lo que dices. Aunque, sin embargo, también he escuchado valoraciones deplorables de mi persona. Tirano. Traidor. Usurpador. Incluso me han dicho que se me conoce más, no por los méritos que has mencionado, sino por haber tenido seis esposas y haber decapitado a dos de ellas. Pero diré lo siguiente en mi defensa frente a los severos

juicios a los que se somete mi reputación. ¿Fui cruel? ¡Sí! ¿Esa crueldad me condenó al Infierno? Sí de nuevo, aunque lo injusto e irracional de esta condena me ha llevado a abandonar la fe por la que luché en mi vida terrenal. Mi crueldad, señor mío, tenía un propósito. Un propósito bueno y noble. Mover un país es una tarea tan ardua como mover una montaña. El amor puede mover un país, pero solo un poco. El miedo puede arrastrarlo mucho más lejos y de un modo mucho más rápido. No habría conseguido los logros que pretendía alcanzar de no ser por una voluntad de hierro y un puño de acero.

—Supongo que aquí esta filosofía le sigue siendo útil.

—Así es, John Camp, aunque en el Infierno no es necesario preocuparse por el amor, que carece por completo de sentido. El miedo es la emoción que gobierna este reino.

Cromwell pidió permiso para hablar al rey y este se lo concedió.

—El señor Camp ha expuesto su admiración por el carácter y los hechos de su majestad, pero sin embargo no ha explicado el porqué de su participación en acciones que han dañado a la corona. ¿Cómo reconcilia sus palabras y sus actos?

John estaba preparado para sacar una segunda flecha del carcaj.

—Para sobrevivir y lograr mis objetivos tuve que aprender a toda velocidad cómo funcionaba vuestro mundo. Solo disponía de un mes para localizar a esta mujer y llevarla de vuelta a casa. La puerta que conectaba nuestros dos mundos se iba a abrir durante un lapso de tiempo muy breve y yo tenía que llegar cuanto antes a Francia. Necesitaba un barco.

—Creo recordar que te prometí un pasaje si me fabricabas esos cañones —replicó Enrique elevando cada vez más el tono.

—Ambos sabemos que el duque de Norfolk no iba a permitir que eso sucediese. En cuanto acabase la batalla con los íberos, iba a hacerme prisionero o a matarme.

—De haberlo hecho, no habría cumplido con lo que yo había prometido.

—Tal vez no, pero es lo que iba a suceder —insistió John.

—Pero una vez en Francia, os aliasteis con los franceses y los italianos para luchar contra el rey Enrique —intervino Cromwell—. Eso no lo podéis negar. Se os vio en el campo de batalla de Argenteuil combatiendo contra nuestras tropas. Como resultado de ello, Britania ha quedado debilitada y nuestros enemigos se han fortalecido. Nos han llegado noticias de que el Gran Oso Ruso, el zar Iósif, huele nuestra debilidad tras la derrota y está urdiendo planes para llegar hasta nuestras costas con sus ejércitos. Vos habéis herido a Britania como si hubierais provocado con vuestras propias manos la herida en el muslo del rey. ¿Cómo justificáis vuestra traición?

La analogía resultaba irónica, pero sonreír no hubiese contribuido a arreglar la situación.

—Como he dicho —protestó John—, tenía que aprender a sobrevivir en este mundo. Necesitaba ayuda para rescatar a Emily. Los italianos y su nuevo rey me la

proporcionaron.

—El nuevo monarca —gruñó Enrique—, ese individuo llamado Garibaldi. No es noble por nacimiento. Es un plebeyo, y sin embargo se ha convertido en rey. Me traicionaste poniéndote al servicio de un criminal del populacho y debes pagar por ello. Te tengo cierto aprecio, John Camp, pero no puedo permitir que eso interfiera con la decisión que tengo que tomar y el mensaje que debo enviar a quienes pretendan oponerse a la corona. Apreciaba a Tomás Moro. Apreciaba a Ana Bolena. Incluso apreciaba a nuestro buen amigo Cromwell, pero a ellos les apliqué el mismo castigo que debo aplicarte a ti.

Emily parecía muy inquieta y estaba a punto de intervenir, pero John alzó una mano para indicarle que siguiese callada. No le había sorprendido que sus dos primeras flechas no diesen en la diana. Sin perder la calma, se dispuso a lanzar la tercera.

—De acuerdo, entiendo que esté enfadado por lo que hice y comprendo que deba cuidar las apariencias. No se logra mantenerse como rey durante quinientos años siendo un blandengue.

—¿Qué significa «blandengue»?

—Indulgente. Afable. Magnánimo. Débil. Todo eso. Pero sé que posee usted otra característica, majestad. Es muy inteligente, muy astuto. Sabe distinguir un buen trato cuando lo ve, y me gustaría ofrecerle uno magnífico.

Enrique le pasó la copa a un sirviente, se acomodó en los almohadones y ordenó que le recolocasen el que tenía debajo de la pierna herida.

—¿Cuál es el trato que me propones?

—Quiero que nos entregue a los niños y a la mujer que la emperatriz compró a Solomon Wisdom. Quiero que nos garantice el regreso sin problemas a Dartford para ellos, Emily, yo mismo y las otras cinco personas vivas que en estos momentos son huéspedes de este palacio. Y a cambio, le daré algo que ningún otro gobernante del Infierno posee, algo que le proporcionará un poder y una superioridad inimaginables.

A Enrique le traicionó una fugaz y ávida sonrisa.

—¿Y puedo saber qué es lo que me ofreces, John Camp?

—Le proporcionaré libros. Le proporcionaré varios libros importantes.

John y Emily navegaban solos por el río. Enrique les había garantizado que no los seguirían y estaban seguros de que no había nadie más a la vista mientras descendían con la rápida corriente hasta el lugar, a unos seis kilómetros, donde habían escondido los libros.

El punto de referencia que John había elegido para señalar el emplazamiento era un muelle putrefacto que todavía permitía amarrar la barca y podía soportar su peso. Los cimientos de una casa de piedra semiderruida, a unos metros de la orilla del río, era el sitio que habían escogido mientras iban de camino desde Greenwich. John

había colocado todos los libros en la mochila de Emily después de arrancar las primeras páginas de varios de ellos. Eran las que le había mostrado al rey en su lecho como prueba de lo que le ofrecía. Un pasmado Enrique las había leído, se las había ido pasando una a una a Cromwell para que las inspeccionara y al final había sentenciado que tenían un trato.

—Tráeme esos libros —declaró— y haré que la emperatriz renuncie a esos niños, si de verdad los tiene en su poder, y os dejaré a todos libres, os permitiré marchar sin ningún tipo de restricción y garantizaré vuestra seguridad hasta que podáis regresar a vuestro reino.

—Primero tenemos que ver a los niños —le exigió John.

Enrique soltó una carcajada.

—Estoy muy versado en el arte de la negociación —le recordó—. Recibirás lo que pides y yo recibiré lo que deseo. Tienes la palabra de este rey y eso es un valor garantizado incluso en el Infierno.

Los libros, envueltos en tela, estaban enterrados en un profundo agujero que John había cavado y que después había cubierto con escombros. Una vez recuperados, los desenvolvió y aparecieron dos ejemplares de seis títulos diferentes, en total once volúmenes, pues faltaba el que se habían llevado Brian y Trevor. Seleccionó los cinco de los que había arrancado páginas.

—Me alegro de que te negases a darle un ejemplar del sexto —afirmó Emily—. De este lote, me preocupa que tres de los cinco pueden utilizarse con propósitos crueles.

—La tecnología siempre ha sido un arma de doble filo —replicó John mientras volvía a esconder el resto de los libros—. Incluso cuando se trata de supercolisionadores.

En cuanto lo dijo, deseó no haber hecho el comentario, pero Emily no se lo recriminó.

—Al menos podemos estar seguros de que de los otros dos solo pueden salir cosas buenas —se limitó a decir.

La brisa del oeste comenzó a soplar con intensidad y empezó a llover. Una bandada de arrendajos que seguía el curso del río en dirección este pareció quedar casi inmóvil, recortada contra el cielo plomizo. Apareció un barco procedente del oeste que avanzaba a buena velocidad, impulsado por las tres velas negras desplegadas y un contingente de hombres que movían una veintena de pares de remos.

—Van a toda pastilla —comentó John mientras el barco desaparecía tras un meandro del río—. Lástima que a nosotros nos toca ir en la dirección contraria.

El fuerte viento en contra y la intensa corriente les dificultaron la travesía de regreso a Hampton Court. John gritó contra el viento en más de una ocasión que hubiera sido

más rápido regresar a pie, y tras varias horas de dura navegación llegaron al palacio calados hasta los huesos.

Cromwell los recibió en el gran vestíbulo y les preguntó si habían logrado su objetivo.

—Nosotros estamos empapados, pero los libros están secos —farfulló John.

—¿Puedo echarles un vistazo? —preguntó el canciller con tono ansioso.

—No perdamos tiempo. Vamos a ver al rey y a los niños.

—¿Usted los ha podido ver? —le preguntó Emily a Cromwell.

—No, pero la emperatriz ha recibido un mensaje del rey y me certifican que los críos están bien —les aseguró Cromwell, dándoles la espalda y avanzando por el vestíbulo—. Seguidme. El rey está impaciente.

Enrique estaba otra vez comiendo. Levantó una mano grasienta y, blandiendo un trozo de carne, les indicó con un gesto que entrasen en el dormitorio.

—Habéis tardado un tiempo intolerable en regresar. ¿Los traéis? —les preguntó mientras se acercaban.

—Los traemos —respondió Emily—. ¿Podemos ver, por favor, a los niños de una vez por todas?

Enrique gritó a la fila de sirvientes formados contra la pared.

—Ya habéis oído a esta mujer. Traed a la emperatriz y a los niños. —Pidió una servilleta para limpiarse las manos y añadió—: Llegarán enseguida. Dejadme ver los libros.

John y Emily seguían empapados, pero Enrique no prestó atención a su estado.

—¿En qué orden le gustaría verlos? —le preguntó John.

Enrique tenía la mirada de un jovencito a punto de recibir un regalo.

—Sorpréndeme. Delítame.

John echó una ojeada al lote, seleccionó el primer ejemplar y se lo tendió a Enrique.

—¡Excelente! —exclamó el rey—. Estoy volviendo a leer el frontispicio otra vez. Rebuscó entre la ropa de cama las hojas retorcidas y leyó en voz alta:

El alto horno es la llave que nos abre la puerta de los almacenes de hierro de la naturaleza para poder utilizarlos. Es un caso excepcional, porque no se ha alterado su funcionamiento básico durante varios siglos y no se le conoce sustituto. Si nos quitasen el alto horno, la civilización se detendría.

—¿Lo oyes, Cromwell? «La civilización se detendría.» Bueno, pues yo considero que nuestra civilización en efecto se ha detenido. Debemos mejorar nuestros hornos. Y ahora déjame ver el libro.

El libro que John le tendía era *La construcción de altos hornos en América*, de Joseph Johnson, escrito en 1917. Enrique lo hojeó con avidez, murmurando y susurrando como un pajarillo cantor feliz.

—¡Mira estos monstruos! Estos hornos hacen que mis forjas más grandes parezcan diminutas. El libro está repleto de excelentes ilustraciones y esquemas de

construcción. Cromwell, convoca a mi maestro forjador, William, y haz que se presente en palacio hoy mismo. Quiero que se estudie el texto y que se lo aprenda bien. Quiero que me construya mi propio monstruo. ¡Piensa en el cañón que podemos construir con el hierro escandinavo y un horno gigante!

—No solo puede construir cañones —le interrumpió Emily—. Puede fabricar raíles para vías y locomotoras que circulen por ellas. Puede levantar puentes y edificios más sólidos. Puede mejorar la vida de la gente.

—Mis súbditos tendrán peores vidas si los rusos conquistan nuestra tierra, eso te lo puedo garantizar. Lo que necesitamos con más urgencia y de manera prioritaria son mejores armas. Si las filas de los condenados al Infierno no se nutriesen sobre todo de idiotas y de rufianes, ya habríamos aprendido a construir estos hornos. Lo único para lo que sirven un asesino o un violador es para asesinar o violar. Pásame el siguiente libro.

John sacó de la mochila *Máquinas de vapor, motores y turbinas*, un libro de 1908 escrito por Sydney Walker.

—Los altos hornos son una pata del banco —explicó John sosteniéndolo en alto—. La segunda es ser capaz de construir grandes motores de vapor y turbinas para alimentarlos y lograr que se calienten lo suficiente. Aquí no habéis llegado más allá de los molinos de agua. En el continente vimos algunos pequeños motores de vapor que movían automóviles, pero los grandes, por lo que sabemos, no existen. Este libro enseña cómo construirlos.

Enrique hojeó el libro y quedó maravillado ante las ilustraciones.

—Enséñame la tercera pata del banco —exigió.

Esa era *El acero Bessemer. Minerales y métodos*, un libro publicado en 1882 y escrito por Thomas Fitch.

—Querrá producir algo más que grandes cantidades de acero. Querrá acero de alta calidad, que es muy consistente y no se quebrará. ¿Recuerda el cañón que estalló el día que atacaron los íberos?

—Desde luego que sí. Nos dijiste que ese defecto podía evitarse utilizando hierro de las minas escandinavas.

—Sí, ese hierro es el que tiene menos porcentaje de fósforo, y el fósforo es el enemigo del buen acero. En el siglo XIX, un inglés llamado Bessemer inventó un proceso para transformar cualquier tipo de hierro en acero de la mejor calidad y logró que la producción de hierro resultase muy barata. Este libro enseña a fabricar el acero Bessemer. Es la tercera pata de su banco.

Como un chaval ávido, Enrique quería más.

John le pidió a Emily que le presentase el cuarto libro.

—Este libro lo escribió otro inglés —empezó—. No enseña cómo construir armas ni motores, ni de hecho nada que pueda sostener en su mano. Enseña a sostener las cosas en el corazón. Su función es inspirar, provocar risas, llantos. Es un alimento para el espíritu humano, algo que, en mi modesta opinión, resulta muy necesario por

aquí. Le entrego las obras completas de William Shakespeare, el mayor poeta de la historia de la humanidad.

Enrique cogió el pesado libro con las dos manos y lo abrió por una página, y después otra hasta dar con un nombre que le resultó familiar.

—¡Mirad! ¡Escribe sobre mi antepasado, el rey Enrique V! —Se calló para leer una página en voz baja y añadió—: Escuchad estas maravillosas palabras, las más maravillosas que he oído nunca:

Y desde ese día hasta el fin del mundo la fiesta de San Crispín y Cipriano nunca llegará sin que a ella vaya asociado nuestro recuerdo, el recuerdo de nuestro pequeño ejército, de nuestro feliz pequeño ejército, de nuestra banda de hermanos, porque el que vierta hoy su sangre conmigo será mi hermano; por muy vil que resulte, esta jornada ennoblecerá su condición, y los caballeros que permanecen ahora en el lecho de Inglaterra se considerarán como malditos por no haberse hallado aquí, y tendrán su nobleza en bajo precio cuando escuchen hablar a uno de los que han combatido con nosotros el día de San Crispín.

Una lágrima le recorrió la mejilla.

—Y ahora el último libro —anunció John.

—Me alegro de que lo hayas reservado para el final —aseguró Enrique, buscando las páginas arrugadas que le había entregado antes—. Porque este es el más grande de todos. Aunque haya abandonado a Dios, ya que aquí no hay salvación posible, he intentado a menudo recordar los hermosos pasajes que aprendí en mi juventud. Pero la memoria se desvanece, aunque la carne permanezca.

El quinto libro era la Biblia, y no una edición cualquiera, sino la Biblia inglesa preparada por Myles Coverdale por encargo del rey Enrique para ser utilizada durante su reinado por la Iglesia de Inglaterra.

—Es la Gran Biblia, mi biblia —exclamó el rey mientras la sostenía en sus manos. La cubierta incluía una ilustración que representaba a Enrique sentado en su trono, observado por Dios mientras repartía ejemplares de su biblia entre el clero protestante—. Parece mi propio ejemplar. ¿Ves esto, Cromwell? ¿Lo ves?

—Lo veo, majestad. Recuerdo muy bien la Gran Biblia. Fui yo quien ideó el edicto por el que todas las iglesias del país poseen una copia.

—Este es el libro que voy a empezar a leer de inmediato, dejando de momento de lado los otros —declaró Enrique—. Refrescaré mis recuerdos sobre la palabra de Dios y veré qué uso se puede dar a sus divinas palabras en un mundo como este...

Un criado entró a toda prisa en el dormitorio y al detenerse patinó un poco por el suelo de piedra.

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó el rey, irritado por la interrupción.

—Se trata de la emperatriz —anunció el sirviente casi gritando—. ¡Ha desaparecido!

John y Emily se miraron alarmados.

—¿Desaparecido? —preguntó John—. ¿Qué quiere decir que ha desaparecido?

—Ella y su séquito se han marchado de palacio.

—¿Cuándo ha pasado y por qué no se me ha informado? Cromwell, ¿sabías algo

de esto?

—En absoluto, majestad.

—Se han marchado hace unas cuatro horas —informó el criado—. Han partido en el barco de la emperatriz.

—¡Los niños! —gritó Emily—. ¿Se ha llevado a los niños?

—En los aposentos reales no queda nadie —respondió el sirviente—. Han partido todos.

—¿Su barco tiene las velas negras? —preguntó John.

—Así es —respondió Cromwell—. ¿Cómo lo sabéis vos?

—Nos lo cruzamos en el río. Con el viento y la corriente a favor ya estarán lejos. El trato era los libros a cambio de los niños. Usted tiene los libros, nosotros no tenemos a los niños.

—Su majestad no tiene la culpa —contraatacó Cromwell—. La emperatriz ha actuado por su cuenta.

—¿Sabía que tenía que entregar a los niños? —preguntó Emily.

—Se le había informado, sí —reconoció el ministro.

—¿Adónde se los ha llevado?

Emily se esforzó por contener las lágrimas.

—Tal vez a Londres —sugirió Enrique—. Se siente cómoda en mi palacio de Whitehall.

—Disculpad, majestad —interrumpió el criado—. He podido hablar con un guardia de palacio que vigilaba el pasillo de los aposentos de la emperatriz. Ha oído a una de las damas del séquito de la emperatriz quejarse de que tenían que ir a Francia.

—¿A qué lugar de Francia? —preguntó John.

—No lo sé —respondió el lacayo encogiéndose de hombros.

—Probablemente se dirija a Normandía —aventuró Cromwell—. Le gusta esa región y conoce bien al duque de Normandía. Ella murió en Ruán y en el Infierno regresó a Britania.

—También está la posibilidad de Estrasburgo —propuso Enrique—. No descartemos esa opción.

—Es cierto —admitió Cromwell—, podría optar por Estrasburgo. También tiene lazos de parentesco con esa región y hace años, cuando sellamos una alianza con Francia, la recibió el duque de Alsacia, que posee allí un castillo precioso.

—Debemos partir de inmediato —urgió John—. Recogeremos a los nuestros y partiremos, majestad. Cuento con su palabra de dejarnos marchar.

—La cumpliré —prometió Enrique—, aunque quisiera que dejases aquí al médico, para que me cuide hasta que esté del todo curado.

—Nos vamos todos juntos. Haré que le visite de nuevo antes de partir y dejaré instrucciones para sus médicos.

—Muy bien —aceptó el rey—. Podéis iros.

—Una cosa más —añadió John—. Si no logramos darle alcance, ¿su barco puede

cruzar el canal o necesita cambiar de navío?

—Con ese barco puede atravesar el canal —afirmó Cromwell.

—Pues nuestra gabarra seguro que no. Necesitaremos un barco.

—El duque de Suffolk os acompañará río abajo —propuso Enrique— y os llevará hasta Francia si es necesario. Y ahora marchaos para que pueda leer mi Biblia.

Cromwell tuvo que esforzarse por mantener el paso de John y Emily, y cuando llegaron al ala de invitados, estaba sin aliento.

Al abrir la puerta, John se dio cuenta de inmediato de que algo iba mal. Charlie se toqueteaba el labio partido, Alice estaba llorando y Martin y Tony miraban por las ventanas.

No vio a Tracy.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Unos hombres han venido a llevársela —explicó Charlie—. He intentado impedirselo. Lo he intentado, pero me han arreado un puñetazo.

—¿Adónde se la han llevado?

—A los aposentos de William Joyce.

—Cromwell —gritó John—. Acompañeme allí.

El ministro asintió, incapaz de hablar porque todavía le faltaba el aire.

—En cuanto vuelva, nos largamos.

—¿Has podido recuperar a tu sobrina y tu sobrino? —le preguntó Alice a Emily.

—La emperatriz ha huido con ellos. Vamos a ir tras ella. John, voy contigo.

Salieron a toda prisa, con Cromwell jadeando y guiándolos por el laberíntico palacio.

Los aposentos de Joyce se hallaban custodiados por guardias, que se dispersaron al ver al canciller.

John intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con pestillo y Cromwell tuvo que reunir el aliento suficiente para anunciar su presencia.

Oyeron cómo descorrían el cerrojo y un Joyce con el torso desnudo abrió la puerta. Intentó volver a cerrarla en cuanto vio quién acompañaba a Cromwell, pero John la empujó con todas sus fuerzas y al abrirla golpeó a Joyce en el pecho y lo tiró al suelo.

Aplastó el cuello de Joyce con la bota y gritó el nombre de Tracy.

Temerosa, la mujer asomó desde otra habitación, tapándose con una blusa rasgada. Emily corrió a ayudarla y Tracy rompió a llorar lastimosamente.

—Tomad, poneos mi capa —le ofreció el canciller, tendiéndole la prenda. John vio entonces que llevaba una daga en el cinturón.

Emily cogió la capa, envolvió con ella a Tracy y cerró la puerta de la habitación.

—¿Puede darme eso? —le preguntó John a Cromwell.

Este asintió y le entregó la daga.

—Podéis utilizarla, John Camp. Si os soy sincero, nunca me ha gustado este individuo ni me ha despertado la menor confianza. El rey tiende a favorecer a los

recién llegados porque cree que le da ciertas ventajas, pero este hombre no posee ningún mérito que le haga merecedor del cargo que ocupa. Yo me lavo las manos y lo dejo en las vuestras.

John apartó la bota y Joyce se puso en pie, frotándose el cuello.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Me he acostado con ella. ¿Y qué? Es lo que hacen los hombres aquí. Siempre que les apetece. Soy miembro del consejo real. No me puedes tocar un pelo.

Con una zancada, John se acercó a Joyce y le hundió la daga de Cromwell entre la tercera y la cuarta costilla, justo a la izquierda del esternón. La sangre empezó a manar de la herida del corazón. Joyce se desplomó jadeando y, ya en el suelo, miró a John y después a Cromwell.

—¿Hay algún pudridero por aquí al que podamos echar a este pedazo de mierda?

—Pues resulta que tenemos uno enorme muy cerca de aquí —respondió Cromwell con una sonrisa.

Harold, el hermano de Hathaway, se emborrachó con ginebra y empezó a gimotear diciendo que no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Estabas muerto. Estuve en tu funeral. Puedo acompañarte a ver tu tumba. Está cerca de aquí. De vez en cuando la limpio de malas hierbas. Estabas muerto y ahora estás en mi salón.

—No quiero ver mi puta tumba —susurró Hathaway.

Los otros tres vagabundos, Talley, Youngblood y Chambers, se rieron con disimulo mientras devoraban los sándwiches de carne que les había preparado la mujer de Harold, Maisey, y se iban pasando la última botella de ginebra que quedaba.

—Me encanta la manduca que tienen por aquí —masculló Chambers, mientras la mayonesa le goteaba en la camisa.

—¿Adónde ha ido la mujer? —preguntó Youngblood.

—Está arriba —respondió Hathaway—. No está muy contenta de tenernos aquí, eso está claro. He cortado la línea de teléfono, así que no hay peligro.

—¿Qué es una línea de teléfono? —preguntó Chambers.

—No te preocupes por eso.

Talley se levantó y se tambaleó.

—Voy a salir a cagar —anunció.

—Te voy a enseñar lo que es un retrete interior —le dijo Hathaway—. Prepárate para quedarte pasmado.

Cuando regresó de su primera incursión en un lavabo, Hathaway le preguntó a Chambers adónde había ido Youngblood.

—No lo sé —respondió, muy borracho.

Hathaway echó un vistazo en la cocina y regresó sin haberlo encontrado.

—Maldita sea —murmuró.

Justo en ese momento oyeron gritar a Maisey.

Hathaway corrió escaleras arriba y se encontró a Youngblood con los pantalones en los tobillos y encima de Maisey en la cama. Youngblood era un tipo fornido mucho más alto que Hathaway, de modo que este evitó cualquier enfrentamiento que se pareciese a una pelea cara a cara. Agarró un cenicero de cristal y lo estampó contra la cabeza del vagabundo. El golpe no lo noqueó, pero lo dejó atontado y le permitió a Maisey saltar de la cama al suelo.

Entre gritos histéricos, gateó hacia la puerta, pero Hathaway le advirtió que no saliese de la casa.

—¡Déjame marchar! —protestó ella—. Ha intentado violarme, lo has visto.

—Acabo de salvarte, vieja bruja, pero no volveré a hacerlo si intentas escapar. Y ahora ponte algo de ropa encima y cierra el pico, ¿de acuerdo?

Talley preguntó a gritos qué pasaba arriba y Hathaway le dijo que se asegurase de

que la mujer no intentaba huir. Ella cogió varias prendas de ropa del armario y recorrió el pasillo dando tumbos hasta el lavabo.

Youngblood seguía echado boca abajo, frotándose la cabeza y maldiciendo. Cuando trató de incorporarse, Hathaway volvió a arrearle y esta vez partió el cenicero en dos y le abrió un tajo en la frente.

Talley y Chambers subieron para echar un vistazo.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Talley.

—Estaba violando a la mujer.

—¿Y qué pasa? —inquirió Chambers.

—Nada, si no fuese porque es la esposa de mi hermano.

—¿Dónde está ella? —preguntó Talley.

—En el lavabo.

—¿Con el retrete de interior?

—Sí.

—Pues yo no le veo la utilidad —replicó Talley—. Un agujero en el suelo sirve igual.

Abajo, Talley y Chambers se acabaron la ginebra y las pocas latas de cerveza que había en la alacena y empezaron a ponerlo todo patas arriba buscando más. Harold les ordenó que parasen, pero, borracho, acabó uniéndose a ellos, rebuscando en la despensa una botella de buen whisky que no recordaba si se habían bebido o no celebrando su último cumpleaños.

Hathaway negaba con la cabeza mientras trataba de descubrir cómo se encendía el extraño televisor plano, pero se preparó para una trifulca cuando vio aparecer a Youngblood, que bajaba por la escalera dando tumbos. El grandullón estaba demasiado mareado como para pelear y parecía haber olvidado cómo se había abierto la cabeza. La sangre le chorreaba por la cara y le manchaba la ropa, y Talley le aplastó un cojín del sofá contra la brecha para cortar la hemorragia.

—¿Dónde está Maisey? —inquirió Harold al volver de la despensa con las manos vacías.

—Se ha ido a la cama —le respondió Hathaway.

—Siempre tan aguafiestas —se lamentó el hermano—. No he encontrado ni una gota más de alcohol. ¿Qué hacemos?

—¿Hay algún pub por aquí cerca? —preguntó Talley.

—Hay algunos establecimientos excelentes —respondió Harold, alzando un dedo para remarcar su afirmación.

—No creo que sea una buena idea —dudó Hathaway.

Talley soltó una carcajada.

—¿Desde cuándo das la espalda al peligro? Yo digo que vayamos al pub.

—¿A qué hora cierran? —le preguntó a su hermano.

Harold consultó el reloj de la repisa de la chimenea.

—A las once y media cuando la noche está animada. Ya es un poco más tarde de

la hora de la última ronda, pero el dueño es un buen tipo. Me venderá las bebidas.

—Tú te quedas aquí con tu mujer —le ordenó Hathaway—. ¿Tienes una cuerda?

—En la alacena —respondió Harold con ganas de ayudar—. ¿Para qué?

Con Hathaway negando con la cabeza por la insensatez de dejarse ver en público y con Youngblood todavía presionándose el cojín contra la sangrante cabeza, los cuatro vagabundos cerraron la puerta, dejando a Harold y Maisey en el interior, atados pero vivos.

El Carpenter's Arms estaba a la vuelta de la esquina, en Sneinton Dale, una calle comercial desierta. Hathaway lo recordaba de los viejos tiempos, y aunque la zona estaba llena de tiendas raras con nombres extraños, al menos desde fuera el pub seguía casi igual que como lo recordaba.

Antes de cruzar el umbral, le preguntó a Talley si estaba seguro de querer hacerlo, pero este se limitó a soltar un taco y empujó la puerta.

Era un día entre semana y casi la hora de cerrar, de modo que la parroquia era escasa. Había tres jóvenes acodados en la barra, conversando con el dueño. Dos tipos de más edad se acababan las últimas pintas en una mesa. Otro joven metía monedas en una tragaperras que emitía una estúpida musiquita de sintetizador.

Todos se volvieron al oírlos entrar.

—¿Habéis visto a estos fulanos? —les dijo a sus colegas uno de los tíos de la barra, un bravucón con los dos brazos llenos de tatuajes.

—Sírvenos unas cervezas —le ladró Talley al dueño mientras se sentaban alrededor de una de las muchas mesas vacías.

El camarero lucía unos brazos musculosos que emergían de las mangas arremangadas. Los miró a los cuatro con aire burlón y respondió:

—En primer lugar, no servimos en las mesas. Y, en segundo lugar, tenéis que especificar qué tipo de cerveza queréis.

Hathaway intervino, señalando uno de los grifos.

—Cuatro pintas de Fullers.

El dueño asintió y empezó a llenar las pintas mientras los chavales de la barra murmuraban entre ellos y se reían entre dientes.

—Serán trece libras con veinte —pidió el barman.

—¿Qué? —protestó Hathaway, mirando las pintas con incredulidad—. ¡Trece libras! ¿Te has vuelto loco?

—¿Yo? ¿Te has vuelto loco tú, colega? ¿Cuánto te crees que cuesta una cerveza?

Hathaway recordaba que, en su época, en 1984, la cerveza costaba unos veinte peniques la pinta.

—No lo sé, ¿unas tres libras?

Todos los clientes seguían con atención la conversación y el chaval más próximo a Hathaway, animado por lo que sus colegas le susurraban azuzándolo, comentó:

—¿Quién eres, el puto Rip van Winkle que ha vuelto para quejarse del precio de la cerveza?

—¿Acaso estaba hablando contigo? —masculló Hathaway.

—No lo sé, ¿hablabas conmigo? —continuó el chico, sacando pecho bajo su camiseta.

Hathaway decidió hacer caso omiso de la provocación. Sacó un fajo de billetes de veinte del bolsillo y de mala gana pagó con uno.

—Oh, billetes de veinte —exclamó el chaval—. Me sorprende que no lleves los bolsillos llenos de peniques.

—¿Por qué no coges el cambio y te compras ropa para cambiarte los harapos que llevas? —metió baza otro de los chicos.

Y siguió otro comentario del tercero:

—Y un vendaje adecuado para ese tío, que así no tendrá que aplastarse un cojín contra la cara.

—Basta —intervino el dueño, que parecía intuir que se estaba cociendo una situación problemática—. Dejadles beber tranquilos sus pintas. —Pero acto seguido no pudo resistir la tentación de meter baza y añadió con una sonrisa de autosuficiencia—: ¡Sobre todo pintas que cuestan tres libras y media!

Entre risas, Hathaway llevó dos cervezas a la mesa y volvió a por las otras dos.

—¿Amigo, sabes que hueles que apesta? —se quejó el primer chaval, que se acabó su pinta y plantó la jarra sobre el tapete de la barra con un golpe seco.

El de la tragaperras se acercó y olisqueó.

—Sí que huele que apesta, ¿verdad? Hay que lavarse antes de venir al pub.

—Quizá trabajan en una granja de cerdos y no se pueden quitar de encima de olor.

A Hathaway ya se le había agotado la paciencia. Dejó la última jarra en la mesa y contempló cómo Talley y los otros se bebían las cervezas a grandes tragos.

Hathaway se volvió hacia los bocazas.

—¿Alguno de vosotros ha matado alguna vez a un hombre? ¿Ha violado a una mujer? ¿Ha violado a un niño?

—¡Eh! —gritó el dueño—. No voy a permitir que se hable de este modo en mi pub.

Hathaway se encaró a él y exclamó:

—Pues si no lo vas a permitir, nos veremos en el Infierno.

Lo que sucedió a continuación fue rápido y brutal.

Al ver que Hathaway asestaba una puñalada en el pecho a uno de los parroquianos, Talley y los demás se levantaron y se lanzaron en tromba contra los otros chavales, acuchillaron vientres y cortaron gargantas convirtiendo aquello en un matadero rebotante de sangre. El propietario intentó huir al reservado, pero Chambers ya se había subido a la barra con un atlético salto y le asestó una cuchillada en la espalda y otra en la parte blanda del cráneo.

Ya solo quedaban los dos viejos, petrificados en su mesa, contemplando el desarrollo de los acontecimientos como si estuviesen viendo una película.

Cuando Talley se les acercó, se dio cuenta de que estaban muy borrachos.

—No vamos a contar nada, de verdad —farfulló uno de ellos.

—Seguro que no —dijo Talley.

—Mejor nos marchamos —añadió el otro, con una voz que le temblaba tanto como las manos.

—Tenéis suerte —comentó Talley, mientras de su cuchillo goteaba sangre al suelo —. Ya hemos comido y tenemos la panza llena. Así que después no os comeremos.

—¿Después de qué? —preguntó el primero, aterrorizado.

Talley levantó el cuchillo.

—Después de esto.

El sonido del móvil despertó a Ben de un sueño sin sueños. Por norma general, por las noches silenciaba el teléfono para no molestar a su mujer, pero en estos momentos no podía correr el riesgo de no percibir la vibración. La *Tercera sinfonía* de Brahms le hizo abalanzarse sobre el aparato mientras su esposa refunfuñaba.

Eran las dos de la madrugada.

Escuchó, hizo unas pocas preguntas en voz baja y se levantó de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó su mujer.

—Lo siento. Tengo que salir.

—¿Adónde vas?

—A Nottingham.

—Joder. No despiertes a las niñas.

Vivían en una calle de Kensington, una zona pija que no se hubiera podido permitir con su salario de funcionario. Pero su familia tenía dinero, mucho dinero, y sus padres les habían comprado la vivienda cuando nació su segunda hija. La casa se había convertido en un activo en su ascenso por los varios rangos del MI5 porque, con visión de estrategia, había invitado a sus superiores a cenas de parejas para reforzar la idea de que él era uno de ellos, lo cual por otro lado era cierto.

Ahora, mientras recorría de puntillas la casa a oscuras, recogía las llaves del coche y bebía un poco de zumo de naranja directamente del envase, un gesto que a su mujer la sacaba de quicio, tomó una firme determinación. No permitiría que los horrores que por lo visto acababan de suceder en Nottingham invadiesen el mundo de sus inocentes hijas, que dormían ajenas a todo eso.

A las cuatro y media de la madrugada un helicóptero del MI5 depositó a Ben, junto con un pequeño equipo de forenses y sus dos invitados, en el Green's Mill Park de Sneinton, a escasa distancia del Carpenter's Arms.

Durante el vuelo, Murphy había alzado la voz por encima del estrépito para poder hablar.

—¿Estás seguro de que no ha habido ninguna víctima femenina?

—Eso es lo que me han dicho —replicó Ben, mientras abría el ordenador portátil

y se conectaba con una red inalámbrica.

Buscó un mapa de Nottingham y enseguida localizó una vista callejera del Carpenter's Arms.

Rix miraba la pantalla por encima de su hombro.

—¿La imagen es en directo?

—No, es de archivo.

—¿Solo hay imágenes de Nottingham?

—No, las hay de casi todo el país; de hecho, de casi todo el mundo occidental.

—Joder.

—¿Es solo para espías como tú?

—No, son imágenes que puede ver cualquiera que tenga un ordenador. Y además son gratis. Los espías tenemos acceso a circuitos cerrados de televisión con imágenes en directo de muchas áreas urbanas, pero no de esta parte de Nottingham.

—¿Y puedes buscar cualquier cosa con rapidez?

—Sí. Cualquiera puede hacerlo.

—Enséñame cómo se hace.

—Deslizas el dedo para mover el cursor hasta colocarlo encima de este recuadro y tecleas lo que quieres encontrar.

—Muéstrame cómo tu gente pudo averiguar toda la información sobre Murphy y sobre mí.

Ben quiso complacerlo y escribió sus nombres en Google. La pantalla se llenó de una lista de artículos de periódico archivados que detallaban los trágicos acontecimientos de 1984.

—Me cago en la puta —masculló Rix—. Ser poli hoy en día tiene que estar chupado.

—Algunas cosas resultan más fáciles, otras se han complicado.

—¿Y puedes utilizar esto para encontrar a la gente que estás buscando?

—Exacto. Tecleas sus nombres y sigues la pista.

—Y cualquiera puede hacerlo.

—Cualquiera.

—¿Quién dispone de estos ordenadores?

—Hoy en día, de un modo u otro, casi todo el mundo.

—¿Y qué pasa si no tienes uno? ¿Qué haces, entonces?

—En las ciudades y en los pueblos hay espacios públicos llamados cibercafés donde puedes alquilar uno pagando una pequeña cantidad. ¿Necesitas alguna otra información?

Cuando aterrizaron, un furgón de la policía los condujo hasta el lugar de los hechos. Grupos de vecinos a los que habían despertado las sirenas de los coches patrulla y las ambulancias merodeaban alrededor del acordonado pub, y unos cuantos periodistas intentaron hacerles preguntas mientras Ben y su equipo se abrían paso hasta el puesto de mando avanzado que habían montado junto a la entrada trasera.

Les entregaron monos y calzas desechables. El jefe de la policía de Nottingham los esperaba en el interior. Se les acercó, se presentó y levantó las manos enguantadas para excusarse por no saludarles debidamente.

—Chris Plume, inspector jefe. Todos tenemos la misma pinta con estos disfraces.

—Ben Wellington, de seguridad nacional. ¿Podemos echar un vistazo?

—¿Estos hombres van con usted? —preguntó Plume, arrugando la nariz y mirando a Murphy y Rix.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Qué tal tiene el estómago?

—Es un espectáculo dantesco, ¿no?

—Lo peor que he visto en mi vida. Es todo un reto moverse por ahí y encontrar alguna parte del suelo que no esté cubierta de sangre.

—¿Cuántos muertos?

—Seis clientes y el dueño. Fue su esposa la que dio la alarma cuando vio que no volvía a casa después de la hora de cierre. Envié a su hijo mayor para que echase un vistazo a ver qué pasaba y, bueno, ya verá con lo que se encontró. Mientras respondíamos a este incidente, recibimos una llamada al 112 de una casa en Holborn Avenue, a unas pocas manzanas de aquí. La llamada era cuando menos curiosa. No habían pasado ni tres minutos cuando ustedes llamaron desde Londres. No sabía que el MI5 podía controlar las llamadas al 112 en todo el territorio nacional.

—No debería hacer comentarios al respecto —respondió Ben—, pero sí, lo hacemos. En situaciones especiales.

—Esto es lo que tenemos aquí, señor Wellington. Una situación muy especial. ¿Le importaría decirme a qué nos enfrentamos? Los asesinatos en pubs no suelen interesar al MI5.

—Creemos que no se trata de un asesinato ordinario.

—¿Tienen algún motivo para sospechar de un móvil terrorista?

—Sí, razón por la cual vamos a aplicar la ley de seguridad nacional.

—¿Puede haber una conexión con el ataque terrorista de South Ockendon?

—No puedo hacer ningún comentario sobre esto. Seguro que lo entiende.

Mientras se acababan de poner los equipos forenses, Murphy le preguntó a Ben por qué tenían que hacerlo.

—Para no contaminar la escena del crimen con nuestras huellas de zapatos y dedos, con fibras de nuestra ropa y con nuestro ADN.

Rix se rio entre dientes.

—Vaya pérdida de tiempo. Ya sabemos quién ha hecho esto, y además nunca van a llevarlos a juicio, ¿verdad que no?

Ben no pudo contradecirle y se limitó a comentar:

—Bueno, vamos a mantener las apariencias. Para la policía local.

Ben fue el primero en entrar, pero se detuvo justo después de cruzar el umbral. Esperaba que su actitud dubitativa fuese entendida como la pretensión de hacerse una

composición panorámica del lugar, cuando lo cierto era que necesitaba recuperar la templanza. Había estado con anterioridad en escenarios de muertes violentas, pero no en demasiadas y, desde luego, nunca había visto una escena de aquella magnitud. El trabajo en el MI5, en especial con su rango, no implicaba tener que ver mucha sangre, pero esto era todo lo contrario. Se trataba de una masacre de proporciones inimaginables.

Avanzó con cautela, con la advertencia del jefe de policía en la cabeza. Encontrar zonas del suelo en las que poder pisar era como jugar a la rayuela.

Las siete víctimas, todas ellas a la vista, no habían sido simplemente asesinadas; de algún modo, el concepto «carnicería» tampoco parecía adecuado, porque los carniceros son metódicos y resolutivos en su trabajo. Esos hombres habían sido rajados, acuchillados e incluso desmembrados con una enloquecida brutalidad en apariencia gratuita que convertía aquello en una especie de bacanal sádica, como decidió expresarlo finalmente.

Rix y Murphy se miraron y asintieron.

—Esto es obra de vagabundos —aseguró Rix.

—Sin ninguna duda —añadió Murphy.

—Por favor, no levantéis la voz —les pidió Ben—. ¿Cómo podéis estar tan seguros?

—No se limitan a matar a sus víctimas —explicó el antiguo policía—, sino que las destrozan. Es su modo de actuar. Disfrutan mutilando, devorando, atemorizando a los moradores del Infierno normales como nosotros.

—Ya veo. Bueno, echad un vistazo —les invitó Ben, tratando de mantener un tono profesional—. A ver si descubris algo que nos proporcione una indicación de adónde pueden haber ido al salir de aquí.

El jefe de policía se acercó a Ben con sigilo.

—Estos dos tipos me parecen un poco toscos para ser del MI5.

—Últimamente hemos ampliado el abanico de gente a la que reclutamos.

—¿En serio?

Mientras observaba cómo Rix llamaba a Murphy para que se uniese a él detrás de la barra para echarle un vistazo al propietario, Ben le dijo al jefe de policía:

—En cuanto acabemos aquí, quiero ir a Holborn Avenue.

—Por supuesto. Hemos acordonado y asegurado la casa. ¿Ha podido oír entero el mensaje a emergencias?

—Sí.

—¿Y qué conclusión saca?

—¿De qué parte?

—De la parte en la que el tipo dice que su hermano ha regresado de entre los muertos y les ha amordazado a él y a su esposa.

—Ah, sí, esa parte.

—¿Y bien?

—Parecía borracho —comentó Ben, echando balones fuera.

Decidieron recorrer a pie las pocas manzanas que los separaban de Holborn Avenue para seguir el itinerario que debían de haber hecho los vagabundos y buscar posibles cámaras de vigilancia a lo largo del recorrido. El jefe de la policía local prometió recorrer por la mañana todas las tiendas a lo largo de Sneinton Dale y confiscar a los propietarios todas las posibles grabaciones.

Ben alcanzó a Murphy y Rix, que caminaban varios metros por delante.

—¿Os ha llamado algo la atención? —les preguntó.

—Sí, que están bien alimentados —respondió Murphy.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque ninguno de los cadáveres estaba mordisqueado —explicó Murphy, como si fuese la más obvia de las conclusiones forenses.

Había un cordón policial delante de la casa de Harold y Maisey. Ben informó a Plume de que no lo necesitaban para los interrogatorios y el jefe de policía dijo que de todos modos necesitaba irse a casa a dormir. Ben no lo disuadió de lo contrario.

Harold estaba sentado en el andrajoso sofá del salón con una taza de té. Maisey permanecía a su lado, agarrando un cojín que aplastaba contra su pecho y balanceándose ligeramente adelante y atrás. Levantaron la mirada cuando entró Ben acompañado por los dos habitantes del Infierno.

Maisey apretó con más fuerza el cojín y empezó a llorar, mientras Harold olisqueaba el aire y se ponía muy nervioso.

—¿Qué? ¿Más de esos? ¡Sáquenlos de aquí!

Ben se identificó y ordenó a los dos agentes de la policía de Nottinghamshire que saliesen de la casa. Una vez a solas con Harold y Maisey, les garantizó que estaban completamente a salvo.

—Señor y señora Hathaway, los servicios secretos van a velar por su seguridad. Estos caballeros me están ayudando en mis investigaciones. No son como los individuos que entraron en su casa hace unas horas.

—¿Usted nos cree? —le preguntó Harold muy alterado—. La policía piensa que yo estaba borracho, lo cual tal vez sea cierto, pero aun así lo que les he contado es la verdad.

—Sí, les creo. ¿Podemos sentarnos?

—¿Ustedes también están muertos? —preguntó Maisey a Rix y Murphy.

—Cielo, ¿parecemos muertos? —respondió Murphy.

—No, pero ellos tampoco lo parecían.

A Ben no le interesaba que la conversación tomase esta deriva.

—Tenemos entendido que cree usted que uno de esos hombres era su hermano.

—No es que lo crea. Era él. Era Lucas. No sé cómo es posible, pero era él.

—¿Qué opina usted, señora Hathaway?

—No lo sé, no puedo saberlo. Él ya había fallecido cuando conocí a Harold.

—De acuerdo. Entonces, esos hombres no regresaron aquí después de su visita de

esta noche al Carpenter's Arms, ¿correcto?

—No, no volvieron —confirmó Harold—. Logré desatarme y telefoneé a la policía. Lucas y los demás no volvieron a aparecer.

A Rix parecía costarle que Ben dirigiese él solo el interrogatorio, así que intervino:

—¿Cuántos hombres acompañaban a Lucas?

—Había otros tres —respondió Harold.

—¿Recuerda sus nombres?

—Solo el de uno de ellos. Lo llamaban Talley.

Ben vio el impacto que ese nombre provocaba en sus colegas. Dejó que Rix siguiera con sus preguntas.

—¿Lucas o alguno de los otros hablaron de alguna mujer?

Maisey hacía rato que quería hablar e interrumpió:

—¿Fue el que intentó abusar de mí? ¿Fue ese tal Talley?

—No, fue otro —murmuró Harold.

—¿Y cómo es que no hiciste nada para detenerlo? —gritó la mujer.

—No sabía lo que estaba sucediendo, ¿no lo entiendes? Hay que decir en su defensa que fue Lucas el que le paró los pies.

—¿Mencionaron a dos mujeres? —insistió Murphy.

—No, a ninguna mujer —respondió Harold.

—¿Cómo llegaron hasta aquí? —quiso saber Rix.

Harold se encogió de hombros.

—Supongo que en coche.

—¿Usted no lo vio?

—Eso es lo que significa «supongo».

—¿Dijeron dónde habían estado antes de llegar aquí?

—No, y yo no se lo pregunté. La verdad es que la pregunta que me abrumaba era cómo había regresado mi hermano de entre los muertos, mucho más que saber qué puto itinerario habían seguido.

—¿Y cómo explicaron eso? —preguntó Ben.

—No dieron ninguna explicación. Dijeron que era así y punto.

—¿Alguno de ellos mencionó adónde pensaban ir después? —inquirió Ben.

Tanto Harold como Maisey negaron con la cabeza.

Ben reflexionó un momento y decidió reorientar el interrogatorio.

—¿Tiene Lucas algún pariente, exesposa o novia con quienes pudiese querer contactar después de todos estos años?

—Pariente seguro que no. Y nunca estuvo casado. En cuanto a novias, no tengo ni idea. Yo todavía era un chaval en Nottingham cuando él se marchó a Londres.

De pronto Maisey dijo algo desconcertante:

—¿Sabe?, no tenemos mucho dinero.

Ben le preguntó por qué le mencionaba esto.

—Bueno, Harold y yo hemos estado hablándolo hace un rato y creemos que podríamos ganar un montón de dinero si vendemos a *The Sun* la historia de la visita de su hermano muerto.

—Ya lo entiendo. Bueno, se trata de un asunto que afecta a la seguridad nacional, de manera que no pueden hacerlo. Estoy seguro de que los dos son buenos patriotas.

—Por supuesto que sí —afirmó Maisey—. Dios salve a la reina y todo eso. Pero lo cierto es que vamos muy justos de dinero.

Ben se puso en pie y los dos habitantes del Infierno le imitaron.

—Creo que puedo transmitirles la disposición del gobierno de su majestad la reina a ofrecerles una compensación económica por su cooperación y su silencio sobre este asunto tan delicado.

—No necesitamos ninguna ayuda del gobierno... —protestó Harold.

—Cierra el pico. A ti no ha estado a punto de violarte un hombre muerto. Estaremos muy agradecidos de recibir ese dinero.

En la calle, justo detrás de la cinta policial, Ben le indicó a Rix que se diese prisa y descubrió alarmado que Murphy se había alejado de ellos. Un policía se estaba liando un cigarrillo y Murphy le estaba pidiendo papel y un poco de tabaco. Antes de que el agente, llevado por la curiosidad, le preguntase de dónde había salido, Ben se acercó y se lo llevó de allí. Mientras se alejaban, Murphy, feliz, se lio un cigarrillo con una mano con toda la naturalidad del mundo.

—No he perdido la maña —dijo orgulloso—. En Dartford no querían darme tabaco. Me decían que estaba prohibido fumar en el edificio o no sé qué gilipollez. — Dio voces al policía pidiéndole fuego y llegó volando una cajetilla de cerillas. Al dar la primera calada, en su cara se dibujó una expresión de puro placer y cerró los ojos —. Es mucho mejor que el sexo.

—Una opinión de lo más interesante —apostilló Ben—. Pero lo importante ahora es que no tenemos ni idea de adónde han podido ir los vagabundos. Calculo que nos llevará unas ocho horas reunir todas las grabaciones de las cámaras de seguridad y visionar el material para tratar de identificarlos saliendo del pub y anotar el número de la matrícula del coche en el que se han marchado. Para entonces ya estarán muy lejos y probablemente habrán cambiado de vehículo. De modo que vosotros sois nuestra mejor baza. ¿Adónde creéis que se pueden dirigir?

Murphy estaba demasiado concentrado en la nicotina para responder, así que fue Rix quien lo hizo.

—Por lo que he oído, Talley es un vejestorio que abandonó este mundo hace cientos de años. Los otros dos no sé de qué época provienen. No sé quiénes son. Y entonces nos queda Hathaway. De él me suena que tenía una novia que era de Suffolk, ¿verdad que sí, Murphy?

El aludido se encogió de hombros, dejó escapar un perfecto aro de humo, lanzó otro más pequeño a través de él y exclamó:

—¿Has visto lo que he hecho?

—Ella siempre estaba diciendo que un día volvería a la casita de sus padres y dejaría Londres atrás.

—¿En qué pueblo? —preguntó Ben.

—Creo que se llamaba Hoxne.

Murphy sonrió y lanzó otro aro de humo.

—Sí, yo también lo recuerdo —aseguró.

—¿Cómo se llamaba esa chica? —preguntó Ben mientras sacaba una pequeña libreta del bolsillo de la chaqueta.

—Janice —respondió Rix—. Pero no recuerdo su apellido. ¿Y tú, Murphy?

—Tienes mejor memoria que yo. Creía que se llamaba Jane.

—No, era Janice.

—¿Recordáis la dirección?

—No, pero tenía una foto de esa casita en un corcho de la cocina y yo la veía cada vez que iba a buscar una cerveza. La recordaría si la viese.

—En ese caso, supongo que vamos a tener que ir a Suffolk —decidió Ben.

Murphy apagó la colilla del cigarrillo.

—Ben, iremos contigo siempre y cuando podamos parar en un estanco por el camino.

La niebla matinal todavía no se había disipado, pero la promesa de ver el sol las emocionaba. Antes de dejar el coche se bañaron literalmente con la colonia robada. En la acera, lanzaron miradas furtivas a los transeúntes, en busca de cualquier tipo de reacción.

—Creo que vamos bien —comentó Christine al cabo de un rato.

—¿Estás segura de que recuerdas dónde vivía? —preguntó Molly.

—No me acuerdo de la dirección exacta, pero sí del lugar. Esto no ha cambiado tanto. Estaba cerca de donde nació Peter Sellers. ¿Crees que Gareth todavía seguirá vivo?

Estaban en Southsea, a menos de un kilómetro de la costa. El aire matinal estaba poblado de gaviotas y traía la promesa de paseos por la playa. Christine recordó su vida allí, empujando un cochecito por el muelle de Clarence y mirando cómo su bebé jugaba con un cubo y una pala mientras ella se relajaba sentada en una toalla, moviendo los dedos de los pies entre la arena.

Al pasar frente a la cafetería Sellers, Molly dijo que se moría por un café y el comentario provocó las liberadoras risitas de las dos. Siguieron adelante, pateando la acera hasta que Christine estuvo segura de que la calle que buscaban era Nightingale Road.

Observaron las hileras de casas adosadas color crema con ventanas en saliente y Molly comentó que la zona le parecía horripilantemente pija.

—El dinero no era de él —le explicó Christine—. Era de su padre. Se mudó aquí

con el viejo cabrón después de que rompiésemos.

—Puede que ya no viva aquí.

—Si sigue vivo, seguirá aquí siempre que recibiese una herencia que le permitiera pagar estos precios. —Se detuvo y miró con detenimiento una hilera concreta de casas—. Es esa.

Había varias cartas embutidas en el buzón. Las sacó.

—Te lo he dicho. Es la casa de Gareth.

—Pues vamos —la urgió Molly—. Necesito ir al baño. La única ventaja de Abajo es que es que puedes hacerlo en cualquier lado.

Christine se armó de valor. Gareth tendría ahora setenta y pico años. ¿Lo reconocería? ¿La reconocería él a ella? ¿Qué le diría al verlo? ¿Cómo era posible que no se le hubiese ocurrido ensayar lo que iba a decirle?

Se obligó a pulsar el timbre y esperaron. Volvió a llamar y oyeron un amortiguado «Ya voy», y después de una larga pausa la puerta se abrió y apareció un anciano, de menor estatura de lo que Christine recordaba, pero con los mismos acuosos ojos azules y nariz aguilena que se quedó mirándola durante un rato interminable sin decir palabra.

Ella se sintió obligada a romper el silencio.

—Gareth, soy yo.

Él movió los labios. Pero de su boca no salió ningún sonido. Molly asomó detrás de Christine. Se habían hecho amigas cuando Gareth todavía era su marido. Había sido ella la que le había presentado al mejor amigo de Murphy, Jason Rix, y Gareth nunca se lo perdonó.

—Sí, y también yo —saludó Molly—. Un par de tipas malas, ¿eh?

Por fin logró articular palabra.

—Lo siento, no entiendo nada.

—Claro que no —dijo Christine—. ¿Podemos pasar?

—¡No! —respondió él, muy nervioso—. Quiero decir que no entiendo nada. ¿Qué me está pasando? ¿He muerto? ¿Me acabo de morir?

—No has muerto, Gareth. Tranquilízate o te va a dar algo. Por favor, déjanos pasar y te lo explicaremos todo. No te va a suceder nada malo.

Él se apartó de la puerta y las dejó entrar. El gesto cotidiano de mostrarle a Molly dónde estaba el lavabo pareció tranquilizarlo. Él y Christine esperaron en el pasillo sin decir nada. Cuando Molly reapareció las acompañó al salón, pero Christine le preguntó si no le importaba que fuesen a la cocina.

—Prepararé un poco de té —propuso.

Casi suelta una risotada de solo pensarlo. En el Infierno preparar una taza de té era como intentar volar sacudiendo los brazos: imposible.

Recordaba la cocina de su suegro, y cuando abrió el armario en el que guardaban las bolsitas de té, allí estaban y seguían siendo de la misma marca. Gareth se mantuvo de pie, apoyando en una silla una mano con manchas propias de la vejez mientras

contemplaba cómo Christine llenaba de agua el hervidor.

—Siéntate, Gareth. Lo tengo todo controlado.

—Espero que tengas galletas —dijo Molly.

Gareth se sentó en una silla con el respaldo de mimbre y señaló uno de los armarios. Molly regresó a la mesa con mirada agradecida y un paquete de galletas.

—Con pasas. Mis favoritas. Esto va a ser un festín.

Gareth no podía dejar de mirarlas mientras Christine servía el té. Las dos mujeres se lo bebieron como si fuesen tazas de agua fría en un día muy caluroso y Molly comió una galleta tras otra, lanzando grititos de placer cada vez que masticaba una pasa.

Christine estaba vertiendo más agua caliente sobre nuevas bolsitas de té cuando Gareth estalló.

Pegó un puñetazo en la mesa y gritó:

—¿Quién demonios sois?

—Ya sabes quiénes somos —respondió Christine.

—Estáis muertas —graznó él.

—Sí. Nos asesinaron.

—Tuvisteis lo que os merecíais —murmuró él, antes de darse cuenta de lo absurda que era esa conversación, lo cual volvió a sacarlo de sus casillas—. ¡Basta! Sois unas impostoras tratando de engañar a un anciano. Si no os marcháis, voy a llamar a la policía.

—Gareth, puedes preguntarme lo que quieras. Pregúntame algo que nadie más pueda saber, nadie más que yo.

A él se le humedecieron los ojos azules.

—Dime las últimas palabras que me dijo Christine.

El recuerdo emergió en la cabeza de Christine y la sobrepasó. No había vuelto a pensar en eso desde hacía treinta años. Estaban los dos en el dormitorio de su casa de Londres. Ella metía su ropa en una maleta y él estaba sentado en la cama, llorando. Ella cerró la cremallera de la maleta y la quitó de encima de la cama, sosteniéndola con dificultad porque era menuda y el equipaje pesaba mucho.

Y dijo estas palabras exactas:

—Dile a Gavin que su mamá siempre le querrá —y rompió a llorar.

Gareth parpadeó con los ojos bañados en lágrimas y también Molly empezó a gimotear; de pronto estaban los tres llorando.

—Christine —murmuró Gareth—. ¿Cómo es posible?

—Existe algo más que este mundo. Lo que dice la Biblia es cierto. No sé si existe el Cielo, pero lo que te puedo asegurar es que sí existe el Infierno.

Gareth se había quedado dormido en la silla. Molly dormía en el sofá y Christine tenía sueño, pero se mantenía despierta; prefería disfrutar de la tarde mientras

podiera, porque ¿quién sabía cuándo podía desaparecer este mundo? Abrió una vitrina y pasó los dedos por los deslustrados objetos de plata de la madre de Gareth y por la colección de jarras con forma de caras de su padre. Una de las caras le recordó, aunque fuese vagamente, a Jason, y se lo imaginó sentado en la horrible cabaña de Ockendon, afligido por la desaparición de su mujer. Creería que los vagabundos se la habían llevado. La recordaría durante cien años, tal vez más, ¿pero la podría recordar para siempre? Christine lo apartó de su mente, no porque no lo echase de menos, sino porque desde que llegaron al Infierno él siempre le había dicho que, si le sucedía algo, ella tenía que hacer lo que fuese para mantenerse a salvo. «No vas a acabar en un pudridero —le decía Jason—. Has de seguir adelante. Mejor convertirte en la concubina de algún hombre poderoso que pasarte la eternidad en un pudridero.» Ahora ella se encontraba en una situación muy diferente y mucho mejor que cualquiera que Jason pudiese haber imaginado, pero el peligro seguía estando muy presente. También en esta tesitura ella tenía que sobrevivir.

Hacia el final de su larga conversación con Gareth, él le había preguntado con un cansancio que redujo su voz a un suspiro qué pensaba hacer.

—¿Hacer? Quiero sentirme a salvo. Quiero dormir en una auténtica cama. Comerme un filete. Quiero un millón de tazas de té. No quiero volver allí.

—Pero ¿adónde vas a ir? No puedes quedarte aquí.

Christine pensó que ojalá no le hubiera dicho eso. Deseó que le hubiese perdonado después de haberlo abandonado por otro hombre, después de haber dejado atrás a su hijo de diez años para empezar una nueva vida junto al vigoroso y viril Jason Rix. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Era un anciano amargado con recuerdos desgarrados. Era probable que sintiese algún tipo de satisfacción al comprobar que ella había recibido el máximo castigo por la vida que había elegido.

Se volvió hacia el aparador. Había visto varias fotografías enmarcadas que antes no había tenido el coraje de mirar, pero ahora apretó la mandíbula y se acercó a ellas. Sus ojos saltaron de una foto de su hijo a otra, asimilando las imágenes deslavazadas de su niñez y su juventud en unos segundos. Y de pronto, el apuesto joven tenía una hermosa mujer a su lado y después un niño, y en la última foto que vio antes de volverse, invadida por la felicidad y la desolación, una niña.

Gareth se despertó al oírla sonarse con un trozo de papel de váter.

—¿Dónde vive Gavin?

—En Portsmouth —respondió él.

—Quiero verlo.

Con reticencias, con muchas reticencias, Gareth acabó aceptando. La espera fue agónica. Christine se esforzó a conciencia por ponerse presentable mientras Molly engullía todas las cosas dulces que encontraba en la cocina. Cuando por fin sonó el timbre, Christine se echó a toda prisa unos abundantes chorros de colonia y en el

último momento se acordó de rociar también a Molly.

Desde la sala de estar oyó una voz masculina.

—Papá, ¿qué es tan importante como para que lo haya tenido que dejar todo para venir? No estás enfermo, ¿verdad?

La voz de Gareth sonó poco natural.

—No, no estoy enfermo. Hay alguien que quiere verte.

—¿Quién?

—Está en el salón.

Entró un hombre con una barba muy corta. El niño de diez años al que Christine recordaba se había convertido en un hombre de cuarenta que la miraba con curiosidad. Era más alto y robusto que su padre, más parecido al padre de Christine.

Gavin miró a Molly, sentada en el sofá y con los dedos manchados de azúcar glas, y saludó a Christine.

—Soy Gavin. ¿Querías verme?

Ella hizo esfuerzos por mantener la compostura.

—Sí. Soy una amiga de tu padre y quería conocer a su hijo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo te llamas?

Ella dudó demasiado rato antes de responder.

—Jane.

Gavin comenzó a olisquear y el gesto aceleró el pulso de Christine.

—Hola, Jane. Veo que a las dos os gusta el perfume.

A Molly el comentario le pareció gracioso y dejó escapar unas carcajadas, pero enseguida se calló.

—¿De qué conoces a mi padre?

—Antes vivía por aquí.

Él pareció estudiar el rostro de la mujer.

—¿Nos hemos visto antes?

—Cuando eras pequeño. Seguro que no te acuerdas.

—La verdad es que me resultas familiar.

—Eras demasiado pequeño —afirmó Gareth con rotundidad sentándose en una silla.

—Si yo era demasiado pequeño, ¿cuántos años tenía ella? Parecemos de la misma edad. ¿Cuántos años tienes, Jane?, si me permites preguntártelo.

—Soy mayor de lo que aparento. —Necesitaba desesperadamente cambiar de tema—. Gareth, ¿qué te parece si pongo agua a hervir?

Cuando regresó al comedor con una bandeja, Gavin había desaparecido.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Christine.

—Está arriba. No sé para qué ha subido. —Gareth estaba cada vez más inquieto—. Ya sabía yo que no era buena idea. Deberías marcharte. Le diré que has tenido que irte de forma precipitada. Ojalá no hubieras venido. Todo esto me desconcierta. No está bien. No deberías haber venido.

—De acuerdo, Gareth —accedió—. Ya lo he visto. Ha sido maravilloso. Parece todo un hombre. Me despediré de él y nos marcharemos.

—Yo no quiero marcharme —protestó Molly sorbiendo su té.

Se oyeron sonoras pisadas bajando por la escalera y Gavin reapareció. Sostenía un viejo cuaderno abierto en una página con fotografías.

Lo plantó ante la cara de Christine y dijo:

—Dime cómo es posible que tengas el mismo aspecto que mi madre, que me abandonó cuando yo tenía diez años. Explícamelo, Jane.

Ya habían pasado más de dos semanas desde la decisiva batalla a las afueras de París que había inclinado la balanza hacia la victoria de la alianza entre italianos y franceses frente a los ejércitos de Britania, Germania y Rusia. Las escaramuzas se seguían produciendo a diario, pero la gran guerra era ya historia y nadie bien informado dudaba de que las armas de John Camp habían sido cruciales en el resultado. Sus granadas habían sembrado el caos entre las filas del rey Enrique al oeste de París y su cañón La Hitte había pulverizado a los alemanes y los rusos en el este.

Tras la derrota, Enrique regresó a Britania en una retirada ordenada, Barbarroja huyó hacia su castillo de Marksburg y Stalin lo había seguido hasta allí para mantener una reunión estratégica. Francia volvía a disfrutar de la paz.

Los italianos continuaron en París, convertidos en huéspedes officiosos del rey Maximilien Robespierre, aunque él no los había invitado formalmente a quedarse. Se quejaba a diario al duque de Orleans y a su primer ministro, Guy Forneau, de que él preferiría que el rey Giuseppe se marchase a Roma.

—No me fío de él —decía el monarca—. No es más que un soldado, un plebeyo que no siente ningún respeto por los atributos de un rey.

Forneau hizo rechinar los dientes al oír ese comentario. ¿Había olvidado Robespierre su origen plebeyo? ¿Quién era él para despreciar a un hombre como Giuseppe Garibaldi, cuya sangre puede que fuese humilde, pero cuyo corazón era sin lugar a dudas noble?

—Su majestad sin duda reconocerá que, sin la ayuda de los italianos, Barbarroja estaría ahora sentado en su trono. Además, Garibaldi se está recuperando de una herida de guerra y no puede emprender todavía un viaje largo.

—Cuando esté lo bastante recuperado le invitaremos cordialmente a marcharse —respondió el rey—. En Francia no hay sitio más que para un señor.

El palacio de Robespierre era lo bastante grande como para que el grupo de italianos dispusiesen de su propia ala, alejados de las habitaciones privadas del monarca. Forneau tenía piernas cortas y era asmático, de modo que las largas caminatas entre las dos alas del palacio le resultaban agotadoras. Esa noche llegó a la habitación de Garibaldi y encontró al médico de Maximilien curándole la herida del muslo. Era un médico del siglo xx que había asesinado al gerente de su hospital después de que este lo despidiese por atender a pacientes estando borracho. En el Infierno continuaba su historia de amor con la botella. Forneau le olió el vino en el aliento y se acercó para asegurarse de que Garibaldi recibía el tratamiento adecuado.

—La herida está limpia, muy limpia —aseguró el médico en inglés, la lengua que compartían—. El peligro ya ha pasado.

Con torpeza, intentó volver a vendársela, pero Caravaggio lo apartó de un codazo

y se la vendó él mismo y completó el trabajo con un elegante lazo.

—Buenas noches, doctor —dijo el artista, y lo despidió con un gesto burlón—. No se pierda en su propia casa.

Forneau esperó a que el médico saliera tambaleándose antes de empezar a hablar. Antonio y Simon, que jugaban a las cartas en una mesa en la otra punta de la habitación, dejaron los naipes y se reunieron con los demás junto al lecho de Garibaldi.

—Creo que se está curando pese a los esfuerzos de este médico —bromeó Forneau.

Garibaldi sonrió y sacó las piernas de la cama para incorporarse.

—En mi época las enfermeras decían que Dios velaba por ti. Si aquí no podemos concederle el mérito ni a Dios ni al médico, supongo que soy simplemente afortunado. ¿Qué tal está Robespierre? Hace días que no lo veo.

—Su presencia le intranquiliza —respondió Forneau.

—No es el único que está intranquilo —refunfuñó Simon—. ¿Por qué seguimos todavía aquí? En mi opinión deberíamos haber perseguido a los rusos y a los hunos para aniquilarlos.

—Yo estoy de acuerdo con él —corroboró Antonio, lo que llenó de orgullo a Simon—. Soltamos el anzuelo y liberamos al pez. Deberíamos habérselo comido.

Garibaldi cogió el bastón que Caravaggio le había tallado y se apoyó en él para dirigirse cojeando hasta una silla.

—Por continuar con la analogía de Antonio —reflexionó—, diría que si hubiéramos intentado comernos el pescado, se nos habrían clavado las espinas en la garganta. Tuvimos la suerte de salir victoriosos, pero si hubiésemos extendido nuestras líneas para perseguir a nuestros enemigos hasta Germania, habríamos perdido todo lo ganado. Este juego al que estamos jugando se gana consolidando posiciones. Hace solo un mes no nos habríamos podido imaginar que lograríamos derribar a ese monstruo de César Borgia y no estaríamos plácidamente instalados en el palacio del rey Maximilien.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió Forneau—. Francia es la próxima perla de vuestro collar.

—Nuestro collar, Guy —le corrigió Garibaldi—. Bueno, nos hemos mofado del doctor porque bebe vino, pero ahora me apetece a mí beber un poco.

Simon sirvió las copas y acercaron las sillas para formar un círculo.

—Ahora que ya está usted fuera de peligro —continuó Forneau—, creo que podemos poner en marcha el siguiente paso de nuestro plan.

—¿Cree que Orleans tiene agallas suficientes? —preguntó Garibaldi.

—Por sí solo no. Pero si le garantizo mi apoyo, creo que sí. Recuerde que fue él quien me propuso la idea. Tiene tantas ganas de llevar la corona que imagino que sueña con ella, y se desespera al despertarse y ver que su testa no está coronada.

—¿Podremos controlar los acontecimientos que se sucederán? —quiso saber

Antonio.

—Nada está garantizado, pero creo que sí —respondió Forneau—. Sería demasiado peligroso para mí tantear a los nobles de la corte, pero creo que serán más favorables a Orleans que al rey. Están hartos de este soberano cruel y caprichoso.

—Orleans también puede convertirse en un tirano si se le concede la oportunidad —soltó Caravaggio.

—No vas errado, amigo mío —reconoció Forneau—. A la larga, cualquiera de estos nobles se podría convertir en un tirano tan terrible como Robespierre.

—¿Y cómo sabéis que yo no acabaré tomando el mismo camino? —le preguntó Garibaldi en voz baja.

—Disculpa, ¿qué? —farfulló Simon.

Garibaldi lo repitió elevando el tono de voz.

—Porque te conocemos —respondió Antonio, molesto porque su líder dudase de sus propias virtudes.

—No estéis tan seguros —negó Garibaldi—. Debéis estar siempre vigilantes, incluso conmigo. Si me convierto en un tirano, espero que vosotros, mis buenos amigos, actuéis con prontitud y contundencia.

Simon se levantó para rellenarse la copa y dijo sin alzar la voz:

—Bueno, yo soy optimista. Giuseppe, llevas un mes siendo rey y todavía no la has cagado.

Forneau le envió una críptica nota al duque de Orleans y esperó su respuesta. Le llegó muy rápido en forma de una única palabra escrita en una tarjeta que le trajeron en una bandeja de plata: «Ven». Forneau se preguntó por qué la tinta estaba corrida.

Cuando llegó ante los aposentos del duque, uno de los criados le hizo pasar. Orleans estaba metido en una bañera, lo que explicaba la tinta corrida. El duque entrecerró los ojos tratando de ver a cierta distancia, pidió sus gruesas gafas y se puso en pie, dejando a la vista su anodino miembro viril antes de que los criados le acercasen una toalla y una túnica. Orleans se acomodó en un diván y ordenó a los sirvientes que se retirasen.

—¿Qué quieres? —preguntó con su melena húmeda goteando sobre los listones del suelo—. Tu mensaje era opaco.

—No se trata de qué quiero yo, mi querido duque. Se trata de lo que quieres tú.

Orleans pareció captar el mensaje.

—Ya veo —dijo, cada vez más animado—. ¿Has reflexionado sobre mi propuesta?

—Sí.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Creo que es el momento de dar el paso.

—¿En serio? ¿Con los italianos aquí? ¿No sería mejor esperar a que se fueran?

—Su presencia puede jugar a nuestro favor.

—¿Cómo? ¿No es una complicación? Tienen una alianza con Robespierre. Yo sería un actor nuevo sobre el escenario.

Forneau asintió muy serio.

—Olvidas que Garibaldi también es, por seguir con tu acertada comparación, un actor nuevo sobre el escenario. Está abierto a nuevas opciones. Y sé por conversaciones que he mantenido con las personas de su círculo que tiene una pobre opinión de nuestro rey. De hecho, me han comentado que en privado se refiere a él como «el estúpido pavo real».

—Sí que es un estúpido pavo real, ¿no crees? —se rio Orleans.

—Hay más.

—¿Sí?

—Garibaldi les ha dicho a los suyos que siente un inmenso respeto por ti como líder militar y considera que serías un aliado mucho más sólido y fiable para su país.

Orleans estaba demasiado entusiasmado como para contenerse. Se levantó y empezó a pasearse muy ufano por la habitación, con la túnica abierta.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo debemos actuar?

—El rey va a anunciar la celebración de un gran banquete mañana por la noche para sus nobles y los italianos. En el banquete felicitará al rey Giuseppe por su recuperación y le deseará un grato regreso a Italia.

—En otras palabras, le va a decir «lárgate, Giuseppe. Vuelve a Roma, encantado de haberte conocido».

—Esa es la idea. Creo que en ese banquete podrías hacer una audaz declaración ante nuestros nobles y nuestros aliados italianos para mostrarles tu apoyo. Piensa en ello, mañana por la noche podrías acostarte en la cama del rey; no, en tu nueva cama.

—¿Y qué me pides a cambio de tu fidelidad? —preguntó Orleans.

—Nada más que servirte como leal consejero.

—¿Nada más? ¿Ni siquiera una pesada bolsa de oro y un rebaño de atractivas esclavas?

Forneau dejó que en la comisura de sus labios se dibujase una sonrisa.

—Bueno, tal vez una pequeña bolsa y una o dos muchachas hermosas.

El banquete real se convirtió en una ceremonia tensa y el ambiente estaba cargado de presagios. Los italianos sabían lo que se avecinaba, Forneau también, igual que Orleans. Incluso tal vez este último se lo había comunicado a algunas personas de su confianza. El que sin duda no tenía ni idea de lo que se estaba cocinando era Robespierre, que estaba de muy buen humor, disfrutando de la derrota de sus indomables enemigos y animado por la inminente partida de los italianos. Comió y bebió sin medida y se rio a carcajadas de sus propios chistes y de los de los nobles más adaladores.

Garibaldi estaba sentado a su derecha y Orleans, a su izquierda. El italiano no tenía apetito. Siempre comía con frugalidad antes de una batalla y esta noche no era una excepción. Se iba a librar una contienda, si sería o no terrible y sangrienta todavía no estaba claro. A los nobles franceses, esos hombres con los que compartían mesa en el gran comedor, todos ellos arrogantes, acicalados, borrachos y lúbricos, habría que aplacarlos o matarlos. El instrumento para aplacarlos serían sus palabras. Bebió el vino a pequeños sorbos para mantener la cabeza despejada.

Los sirvientes se movían por el salón acarreando bandejas con algún tipo de carne chamuscada. De pronto Robespierre se puso en pie para dirigir unas palabras a los presentes. Tenía un aire remilgado, con su ceñido traje azul claro y el cabello cano engominado y repeinado. Su voz era aguda, parecida a la de una mujer.

Mientras el rey se disponía a dar su discurso, Garibaldi se percató de que Orleans trataba de entablar contacto visual con él, como buscando el apoyo necesario para llevar a cabo lo que se disponía a hacer. El viejo italiano evitó su mirada y volvió la cabeza hacia Antonio y Simon, que estaban en una mesa cercana. Les hizo un gesto de asentimiento. Ellos, alzando la voz y con grosería, dijeron que tenían que ir a mear y salieron juntos del salón.

Si a Robespierre le ofendió el desaire, no dejó que se reflejase en su jovial y sudoroso rostro.

—Queridos amigos y aliados, durante las dos últimas semanas no hemos dejado de celebrar nuestra victoria no sobre uno, ni sobre dos, sino sobre tres formidables enemigos, los perros ingleses, los lobos alemanes y los osos rusos. Pero esta noche las celebraciones llegan a su cenit y mis cocineros han preparado una cena especial con perros, lobos y osos asados.

Los nobles franceses estallaron en aplausos mientras que los italianos mantuvieron una actitud más discreta.

—Tenéis que decirme cuál de los platos os ha gustado más —continuó el rey—. Está claro que una gran victoria a menudo requiere de un gran aliado, y nosotros ahora tenemos uno en el reino de Italia, nuestros amigos del sur. Nos alegra que su valiente nuevo monarca, el rey Giuseppe, se haya recuperado por completo de la herida sufrida en la batalla, pero nos entristece que deba regresar ya a sus tierras. Lo echaremos de menos. Para recordar su estancia en Francia, llenaremos sus carros de barricas de nuestros mejores vinos y tal vez podamos esperar que en justa reciprocidad el rey nos mande barricas de su mejor aceite de oliva.

—Por supuesto —respondió Garibaldi alzando la voz—. Puede contar con ello.

Mientras le aplaudían, Garibaldi vio que Orleans deslizaba hacia atrás su silla.

Robespierre bebió un sorbo de vino y continuó:

—Por mucho que adoréis a vuestro rey, estoy seguro de que queréis que mi discurso no se alargue, así que...

Orleans se puso en pie y el rey lo miró perplejo.

—¡Sí, no te vas a alargar! —gritó el duque, clavándole una daga en el cuello con

un movimiento rapidísimo.

Todos los presentes se levantaron y dejaron escapar un grito ahogado mientras el plato del rey se llenaba de sangre.

Los ojos de Robespierre casi se le salían de las órbitas. Intentó hablar, pero le fue imposible. De manera instintiva se llevó las manos a la garganta para tratar de detener la hemorragia, pero fue un gesto inútil. Sin embargo, cuando sus piernas estaban a punto de dejar de sostenerlo, la expresión de su rostro cambió y miró a Orleans. La ira pareció disiparse y transformarse en un inmenso pesar y sus labios vocalizaron dos sílabas: «*Pour quoi?*».

—¿Por qué? —le gritó Orleans al rey que se desangraba y se había desplomado sobre su silla—. ¿Por qué? Porque eres débil y yo soy fuerte. Porque llevo esperando este momento años, décadas, siglos. Porque soy un hombre más dotado para ser rey y mi reinado será...

—Muy breve —gritó Simon mientras él y Antonio aparecían por detrás de la mesa real.

Antonio blandía una espada que había ocultado en la cocina y la blandió con todas sus fuerzas, resoplando por el esfuerzo mientras la hoja atravesaba piel, músculos, ligamentos y al final topaba con la columna vertebral del duque. En medio de un auténtico géiser de sangre, la cabeza de Orleans se despegó de sus hombros y cayó al suelo con un golpe seco.

Los ojos de Robespierre la siguieron mientras se alejaba rodando y un instante después se desplomó sobre su plato.

Furiosos, los nobles franceses comenzaron a insultar a los italianos. Muchos de ellos sacaron sus armas y el contingente italiano también mostró las suyas, pero Garibaldi les ordenó bajarlas. Incluso Antonio tiró su ensangrentada espada y permaneció junto a Simon, con los brazos cruzados y el mentón alzado. Fue entonces cuando Forneau, que había permanecido discretamente sentado a la mesa real, se levantó y alzó los brazos.

—¡Mis queridos conciudadanos! ¡Por favor, mantened la calma! Tenéis que escucharme. Me conocéis y yo os conozco. Sentaos y dejad que os hable, os lo ruego.

La perpleja multitud obedeció entre murmullos, pero no guardaron las espadas y pistolas.

—Estoy seguro de que el rey Maximilien y el duque de Orleans todavía pueden oírme, lo cual es perfecto. Hemos sufrido largo tiempo bajo el cruel y caprichoso yugo de Robespierre, y Orleans no habría sido mejor, sino tal vez peor que él. Ya es hora de que tengamos un gobernante que sea mejor persona, una persona que pueda ayudarnos a superarnos, un hombre capaz de introducir un ápice de bondad en esta existencia funesta a la que hemos sido condenados.

El duque de Borgoña, sentado cerca de él, le interrumpió.

—¿Y tú? ¿Tú, Forneau? ¿Un burócrata? ¿Tú crees que eres ese hombre?

Forneau aplacó los abucheos alzando de nuevo los brazos.

—¡Por supuesto que no! Yo no soy ese hombre.

—¿Y entonces quién? —vociferó alguien.

Forneau se colocó detrás de Garibaldi y anunció:

—Él, él es ese hombre.

Más de uno gritó que era italiano. ¿Había olvidado que estaban en Francia?

Garibaldi se puso en pie, ocultando sus achaques y dolores con una expresión plácida.

—Queridos amigos, vosotros sois franceses, yo italiano. Nuestras diferencias idiomáticas, culturales e históricas serían asuntos dignos de discusión, incluso podrían provocar una guerra en nuestras vidas en la Tierra, pero en nuestra actual situación todo esto parecen minucias. Ya no estamos divididos por triviales diferencias en las prácticas religiosas, por matrimonios y sucesiones, por el dominio de determinadas familias. Todo eso ha sido borrado por las consecuencias de nuestra maldad. Podemos seguir actuando con maldad y egoísmo, tal como la mayoría de nosotros hemos actuado durante décadas y siglos, o podemos explorar un camino diferente.

—¿Qué camino? —preguntó el duque de Borgoña.

A Garibaldi se le quebró la voz, tal vez por agotamiento, tal vez por la emoción. Los reunidos en el comedor tuvieron que inclinarse hacia delante para oír lo que decía.

—Durante cada uno de mis días en el Infierno —explicó— no he dedicado ni un minuto a lamentar el acto que me condenó a este mundo, porque no se puede hacer nada por cambiar el pasado. He lamentado siempre la vida que llevamos aquí y me he preguntado una y otra vez si no hay un modo mejor de sobrellevarla. ¿Hay una manera de hacer que este mundo sea más humano, no solo para los que son como nosotros, los privilegiados que viven en palacios y buenas casas y tienen suficiente comida y vino, sino para todos los parias del Infierno? ¿Hay un modo de lograr que nuestra existencia sea menos bárbara? ¿Hay una forma de traer un rayo de esperanza a nuestros cielos siempre grises? ¿Hay un modo de conseguir que hombres y mujeres vivan menos atemorizados?

Una mujer, una de las muchas cortesanas del palacio, rompió a llorar sin disimulo y enseguida se le unieron otros, y esos llantos acompañaron el resto del discurso de Garibaldi.

—¿Y cómo pretendes cumplir esta noble meta, querido Giuseppe? —preguntó el duque de Borgoña, escupiendo bilis por la boca—. Disculpa, rey Giuseppe, casi olvido que llevas un mes entero siendo rey.

Garibaldi hizo una larga pausa, un prolongado e incómodo silencio, y el comedor enmudeció. Incluso los gimoteos bajaron de volumen.

—No lo sé —respondió por fin.

—¿No lo sabes? —se burló el duque de Borgoña.

—Estaría chiflado si pretendiese saber con certeza cómo conseguirlo —replicó el

italiano—. Pero aquí van algunas ideas: para empezar, debemos eliminar a todos los tiranos que se hacen llamar reyes, individuos como Borgia y Robespierre que han acabado emborrachándose de su propio poder. Necesitamos voces nuevas.

—¿Como la tuya? —preguntó un noble.

—Sí, como la mía, pese a todas mis imperfecciones. Debemos derrocar a todos los reyes y tiranos que se interponen en nuestro camino. Soy un soldado. Sé que en ocasiones se requiere el uso de la fuerza para cambiar el mundo, en especial este mundo. Pero cuando lo hayamos conseguido, y eso no sucederá en un año, ni en diez, tal vez ni en cien, podremos acabar con nuestras incesantes guerras y conquistas y actuar de un modo más reflexivo para construir un futuro menos dominado por el miedo, borrando a todos los vagabundos de la faz del Infierno, añadiendo un toque de humanidad a los pudrideros, tratando a las mujeres como a iguales y no como una propiedad, construyendo talleres y fábricas, y enseñando oficios a hombres y mujeres para mejorar la existencia de todos nosotros. Aquí jamás engendremos hijos, pero eso no significa que no tengamos que pensar en el futuro y planear un mañana mejor.

Tenía la garganta seca. Cogió la copa de vino y en el momento en que la separó de sus labios sucedió algo. Comenzó con dos manos aplaudiendo. Después fueron cuatro, después una docena y, al poco rato, toda la sala era un hervidero de aplausos y vítores, hasta que incluso el duque de Borgoña se sumó, al principio con reticencia y después con entusiasmo.

Forneau aprovechó el momento para gritar a pleno pulmón:

—¡Proclamo a este hombre, a este hombre extraordinario, Giuseppe Garibaldi, rey de un imperio franco-italiano unido y orgulloso!

Garibaldi notó que una lágrima se le deslizaba por la mejilla. Se la secó y con un gesto le indicó a Forneau que se acercase para hablarle al oído.

—¿Qué cree que pensará de todo esto el viejo Maximilien? —le susurró entre el barullo.

Forneau sonrió.

—No podremos escuchar su opinión sobre sus sabias palabras, pero le buscaré un pudridero lo más humano posible. Incluso haré que lo decoren con algunos de sus ornamentos preferidos.

Las celebraciones duraron solo un día. Garibaldi había convocado un gabinete de guerra formado por generales italianos y nobles franceses para plantear una estrategia frente a la amenaza que suponía el reagrupamiento de rusos y alemanes para un contraataque. El duque de Borgoña, un hombre pomposo, había empezado a maniobrar la noche anterior y Garibaldi consideró que sería necesario elevarlo de rango para mantener la alianza. De modo que pasó a ser el gran duque Godofredo de Borgoña y recibió uno de los ornamentados palacios de Robespierre cerca de París como compensación. También habría que satisfacer de un modo u otro a unos cuantos

nobles más, pero Garibaldi le pidió a Forneau, al que había nombrado lord regente, que se encargase de los fatigosos detalles.

Llegó a la sala en la que estaba reunido el gabinete la noticia de que había aparecido un jinete procedente de Italia que pedía ver al rey Giuseppe de inmediato. Garibaldi salió de la habitación y unos minutos después avisaron a Antonio, Simon y Caravaggio para que se reunieran con él.

Garibaldi se paseaba de un lado a otro mientras el exhausto mensajero, demasiado débil para mantenerse en pie, acercaba una jarra de cerveza a sus labios resecos.

Antonio vio la mirada desolada de su señor y le preguntó qué sucedía.

—Este buen hombre ha cabalgado día y noche durante casi tres semanas para entregarme un mensaje urgente e inquietante. Tenemos un problema, caballeros, un problema muy serio.

—¿Qué problema? —preguntó Caravaggio.

—El macedonio ha invadido Italia.

—Ese bastardo —rugió Antonio—. ¿Dónde está? ¿Con cuántos hombres?

—Cuéntales lo que me has contado a mí —le pidió Garibaldi al mensajero.

El hombre alzó la cabeza pese a la fatiga. Tenía los ojos hundidos y su voz era poco más que un susurro.

—Sus barcos fondearon cerca de Lecce. Había muchos, muchísimos soldados, miles según me dijeron, y cientos de caballos. Marchaban sobre Nápoles cuando el duque de Amalfi me envió para advertirle. Sin duda su destino final era Roma, pero desconozco si han llegado hasta allí.

—Catalina —suspiró Antonio.

Desde que derrocaron a César Borgia, Antonio no había dejado de hablar de la hermosa reina, Catalina Sforza.

—Loco de amor —murmuró para sí mismo Simon.

—¿Qué dices? —le preguntó con suspicacia Antonio.

—He dicho que estás loco de amor.

—¿Enamorado? Tal vez. ¿Loco? No. Ni siquiera sé si algún día será mía, pero tengo la certeza de que está en peligro. Señor, déjame regresar a Italia para ayudar a organizar la defensa contra los invasores.

Garibaldi asintió, pero levantó un dedo para dar a entender que necesitaba reflexionar. Dio tres vueltas a la sala de visitas antes de hablar.

—Nada importante resulta nunca fácil, pero nuestra tarea es muy difícil. Hemos sido afortunados al derrotar a los alemanes y los rusos. No lo habríamos conseguido sin la ayuda de John Camp. Pero ahora él no está. Y nosotros seguimos aquí. Y los alemanes y los rusos no se han ido a dormir. Seguro que la próxima vez combatirán juntos y entonces, bueno, quizá no tengamos tanta suerte. Hemos tenido la fortuna de eliminar rápido a Maximilien y forjar este pacto con Francia. Pero los pactos se sellan y se disuelven. Este requerirá mimo. Ahora nos enfrentamos a un nuevo reto, tal vez el más grande. El más viejo adversario de Italia se ha abalanzado sobre el país

mientras estamos lejos. Tenemos que librar una batalla en muchos frentes. Ojalá fuese más joven. Hay tanto por hacer, tanto...

Antonio insistió en que le diera una respuesta.

—Sí, Antonio, puedes partir y regresar a Roma. Llévate un millar de hombres. Moviliza al ejército a medida que atraveses Italia hacia el sur. Derrota al macedonio.

—Esto nos va a dejar en una posición de debilidad aquí —comentó Caravaggio.

—Sí —admitió Garibaldi—. Por eso debemos buscar un nuevo aliado.

—¿Quién? —preguntó Simon.

—Uno que no es amigo ni de los alemanes ni de los rusos. Uno que desprecia a los ingleses y al que seguro que le ha encantado que enviáramos a Enrique de vuelta a casa con el rabo entre las piernas. Tenemos que sellar un pacto con Pedro. Necesitamos una alianza con los íberos.

El mantra de Brian era no perder nunca de vista la costa. «Solo nos podemos perder y por lo tanto cagarla —decía—, si perdemos de vista la costa.» El otro problema era la escasez de provisiones. Habían zarpado con comida y agua solo para unos días y tenían que desembarcar periódicamente para abastecerse en tierra.

Durante una semana se ciñeron al plan, navegaron hacia el sur por el canal y se mantuvieron cerca de la costa francesa. Hicieron el primer desembarco una tarde en una playa de Normandía y tuvieron la suerte de caer en un pequeño asentamiento de pescadores apenas armados y nada belicosos, un antiguo clan cuyos miembros los olfatearon y los estudiaron, pero no les pusieron ningún problema cuando les ofrecieron una espada a cambio de un barril de agua de lluvia y un cesto de pescado seco. El trato se cerró con ingeniosos gestos y sin intercambiar ni una sola palabra.

El plan se torció cuando pasado Jersey, una tormenta les alcanzó en plena noche y arrastró su gabarra mar adentro. El navío de casco plano no estaba equipado para soportar el fuerte oleaje y de no ser por la pericia marinera de Brian no habrían sobrevivido a aquella experiencia.

Todavía era noche cerrada cuando el mar se calmó. Mareados, pero felices de seguir con vida, durmieron un rato mecidos por el ahora tranquilo océano y se despertaron con las primeras luces para enfrentarse a su complicada situación.

Mientras masticaba un trozo de pescado seco, Trevor miró a su alrededor. El cielo y el agua tenían la misma tonalidad azul grisáceo.

—¿Recuerdas lo de no perder de vista la costa? —preguntó.

—Lo recuerdo porque lo dije yo, colega —respondió Brian—. Estamos bien jodidos, pero no temas, saldremos de esta. Eso sí, sería de gran ayuda tener una brújula, que no tenemos, o poder ver el sol, que no vemos.

—Una vez vi algo sobre magnetizar una aguja y colocarla flotando encima de una hoja —añadió Trevor tratando de ayudar mientras escupía una espina.

—El problema es que necesitamos una aguja o un trozo de alambre, y tampoco

tenemos nada de eso. Ahora bien, si lo tuviésemos, podríamos frotar la aguja o el alambre con un trozo de seda o lana y el metal se magnetizaría. Pero seguiríamos sin saber dónde está el norte y dónde el sur, porque no hay ni rastro del sol. Lo único que tendríamos es una línea norte-sur. No sería del todo inútil, pero tampoco nos resolvería la papeleta. No, mi joven amigo, tenemos que utilizar los ojos y los oídos para sacar nuestros culos de este embrollo. Busca pájaros, Trevor, y escucha el ruido del oleaje.

Se pasaron las siguientes horas observando el cielo en busca de gaviotas. Por fin, Trevor divisó una.

—¿Hacia dónde se dirige el puto pájaro? —preguntó, girando sobre la cubierta hasta que se mareó.

—Parece que está volando en círculo, como tú —comentó Brian—. No resulta de gran ayuda. Necesitamos a un bicho menos despistado.

Al cabo de un rato vieron tres pájaros que volaban en una línea razonablemente recta.

—¿Crees que deberíamos seguir a esta bandada? —preguntó Brian, izando la vela.

—Desde luego que sí.

—No. No. Debemos. Hacerlo. —Brian le dio cuatro golpecitos en el pecho a Trevor para enfatizar cada palabra—. Al alba los pájaros vuelan desde la costa hacia mar adentro para buscar comida. Al anochecer vuelan hacia la costa para pasar la noche. Fin de la lección. Vamos a navegar en la dirección opuesta y con los oídos atentos a las olas. Vamos a reencontrar nuestra ruta.

El barco de la emperatriz Matilde recaló en las provincias del sur de Francia. A Sam y a Belle el descenso por el río y el cruce del canal les había parecido una gran aventura y habían tirado con fuerza de Delia, que no les soltaba de la mano, mientras desembarcaban por la pasarela. A Delia nunca le habían gustado los barcos de menor tamaño que el *Queen Mary* y horas después del desembarco seguía con el estómago revuelto y una sensación de náuseas.

Los carros cubiertos que el conde de Southampton había pedido para recoger al séquito de la emperatriz en Ostende no cumplían los estándares habituales del monarca, pero el tiempo apremiaba y él había hecho lo que había podido dadas las circunstancias. Southampton era el valido de la emperatriz, llevaba más de un siglo siéndolo. Pero nadie en Britania servía solo a la emperatriz. En última instancia él dependía de Enrique, y al verse envuelto en la huida precipitada de Matilde temía que su larga racha de buena suerte llegase a su fin. Sabía que el rey había enviado hombres en busca de su emperatriz en fuga para que se la trajeran de vuelta. Dudaba de que Enrique le permitiese regresar a la corte y se había pasado toda la travesía del canal pensando si sería capaz de aprender francés.

Las tierras bajas de Europa habían cambiado de manos entre Francia y Alemania incontables veces. Durante los dos últimos siglos Francia se las había arreglado para conservarlas bajo su dominio a costa de mantener un costoso despliegue de tropas en las ciudades clave de la frontera, como Lieja y Bastoña, y de enviar periódicos sobornos al duque de Luxemburgo, quien detestaba a los alemanes y a los franceses por igual, pero temía más al rey Federico y a los alemanes, de modo que se había mantenido fiel al rey Maximilien.

Matilde viajaba en su propio carro con algunas de sus damas de la corte y su caja fuerte, repleta de oro, plata y piedras preciosas. Southampton le había arreglado el carro con cojines y telas trasladados en el barco, pero seguía teniendo un aire plebeyo y la emperatriz se quejaba con vehemencia cada vez que el duque cabalgaba a su altura. Delia y los niños iban en otro carro, más pequeño, que se bamboleaba más que el barco, provocando que el estómago de la agente siguiera revuelto. El séquito lo completaban sirvientes y cocineros en una hilera de carros que avanzaban por la campiña protegidos por una docena de hombres armados a lomos de caballos recién comprados.

Los niños pasaron el rato contemplando desde el carro los caballos y decidiendo que primero este y después aquel otro era su favorito.

—Me gusta el marrón —aseguró Belle, dando un codazo a Sam para que mirase.

—Veo tres marrones —respondió Sam.

—¡Ese! —insistió ella, señalándolo.

—A mí ese no me gusta nada —replicó Sam con obstinación.

—¿Y qué me dices de ese rubio? —preguntó Belle, golpeándole en el brazo.

—Ya no quiero seguir jugando —se quejó él.

—¡Pero yo sí! —gritó ella con una voz tan aguda que a Sam le dolieron los oídos y le dio un puñetazo en la pierna a su hermana.

—Niños, basta, por favor —les rogó Delia.

Belle rompió a llorar y empezó a llamar a su madre. Sam no tardó en unírsele.

—Niños, pronto veremos a vuestra madre. Por favor, por favor, por favor, no lloréis. —Pero mientras lo decía, Delia perdió el control de sus propias emociones y se volvió para contemplar el deprimente paisaje. A un lado del camino, al fondo, se alzaba acechante un bosque, tan sombrío y profundo que parecía un telón negro. Se preguntó qué horrores se esconderían entre esos árboles.

Y entonces también ella empezó a llorar.

En el interior del bosque, una columna de hombres avanzaba en fila a caballo por un estrecho sendero atravesado por gruesas raíces. La encabezaba un tipo hosco, patizambo y tuerto, el antiguo rey de los francos que ya no tenía reino y vagaba por la campiña blandiendo un hacha y desvalijando a los viajeros.

Desde lejos, Clodoveo distinguió la hilera de carros de Matilde, que aparecían y desaparecían entre los árboles.

No sabía quién viajaba en esos carruajes, pero a juzgar por la guardia armada que

los acompañaba seguro que sería alguien importante que llevaría consigo un tesoro que él iba a convertir en su botín.

El sol matinal resplandecía, pero el granjero de rostro rubicundo no estaba contento. Maldijo a los dos agentes de policía de Eye que habían tenido el descaro de meterse con el coche en su granja y hacerle parar el tractor con el que estaba sembrando. Cuando le explicaron qué querían, se puso lívido, dio una patada en el suelo y los amenazó con llamar a su diputado local.

—¡No tienen mi permiso para que un helicóptero aterrice en mi granja! —vociferó—. ¿Dónde estamos?, ¿en la Unión Soviética? Esto es una propiedad privada, por el amor de Dios.

El agente más joven conocía a la familia del granjero.

—Lo siento, Gerald —le dijo—. Ya sé que es una putada pedirte esto, pero tal como nos lo han planteado no es una petición a la que puedas negarte. Lo que nos han dicho es que unos tíos del MI5 de Londres vienen al pueblo por un tema urgente y este es el punto más cercano en el que pueden aterrizar, y lo van a hacer te guste o no.

—Tómalo como un deber patriótico —añadió el agente de más edad.

—¿Deber patriótico? —se enfureció el granjero—. Yo os diré lo que es un deber patriótico. Es recordaros a paletos como vosotros y vuestro patético gobierno que es época de siembra, y que si os metéis en mis campos con un coche y hacéis aterrizar un helicóptero me vais a pisotear y dispersar las semillas. ¿Tan estúpidos sois, muchachos?

Pero lo único que pudo hacer el granjero fue sacar su móvil y llamar a su esposa. Al menos, ella entendería su queja.

El helicóptero apareció en el cielo procedente del oeste. El piloto dio una vuelta al campo y aterrizó sobre el rico terreno de labranza, a poca distancia del coche de policía. El granjero se metió en la cabina de su tractor para protegerse los ojos del viento que levantaba el rotor y después salió para encararse con los tipos que bajaban del aparato.

Ben y dos de sus agentes fueron los primeros en salir, seguidos por Murphy y Rix.

—Ben Wellington, de la seguridad del Estado —se presentó al policía de más edad—. Gracias por su ayuda.

—Bienvenido. Soy el agente Kent.

El granjero les estaba gritando, pero el policía más joven le ordenó que no se acercase.

—Parece enfadado —comentó Ben.

—Es época de siembra —le explicó Kent.

—Vaya. Bueno, con suerte no le molestaremos mucho rato. Tengo que pedirles que se queden aquí vigilando con mi piloto hasta que regresemos.

El policía miró de reojo a los dos moradores del Infierno y le preguntó a Ben:

—¿Adónde van?, si puedo preguntarlo.

—No muy lejos. A Low Street.

—¿Podemos ayudarles con alguna dirección o algún nombre?

—Gracias, pero no. Ya nos apañaremos.

—Nunca antes habíamos tenido al MI5 por aquí.

—¿No? —Ben se puso en movimiento—. Siempre hay una primera vez para todo.

Salieron del campo y recorrieron un camino estrecho que desembocaba en Low Street, justo enfrente de The Swan, el único pub del pueblo de Hoxne. Rix giró hacia la derecha y con las manos en la cintura contempló la calle mientras Murphy se liaba un cigarrillo. El pueblo tenía solo ochocientos habitantes y a esas horas tan tempranas no se veía ni un alma.

Ben se acercó a Rix.

—¿Hacia dónde, Jason? —le preguntó.

—Creo que es por allí. Lo sabré seguro cuando lo vea.

Recorrieron la calle dejando atrás la oficina de correos y el colmado, y al pasar junto a una cabina telefónica roja Murphy se detuvo y miró en el interior.

—Alguien ha cortado el teléfono —comentó, sorprendido.

—Ahora ya solo están como decoración —le explicó Ben—. Todo el mundo tiene móviles.

—Qué ridiculez —masculló mientras pasaban junto a un banco cubierto en una zona ajardinada.

Ben miraba con atención a Rix mientras este observaba cada una de las casas alineadas en la calle. Algunas eran adosadas, otras no; unas eran de ladrillo visto, otras con acabado de estuco; todas ellas de postal. De pronto Rix se detuvo ante una casa blanca con tejado de tejas y una enredadera alrededor de la puerta.

—¿Es esta? —le preguntó Ben.

—Sí, es esta.

—¿Estás seguro?

—He dicho que es esta.

—De acuerdo. Manteneos fuera de la vista, por favor.

Ben llamó. Alguien entreabrió la cortina de la ventana de la derecha y después abrió la puerta. Apareció una robusta mujer de mediana edad que dijo «hola» con tono interrogativo. Miró a Ben de arriba abajo y después estiró el cuello para ver a los hombres que estaban detrás de él.

—Buenos días, señora. Soy Ben Wellington, del servicio de seguridad. —Él le tendió su identificación, ella la leyó y se la devolvió—. Estamos investigando un asunto de seguridad nacional. Tenemos motivos para creer que hace poco puede usted haber sido contactada por un hombre que es objeto de nuestra investigación.

—Espere un momento —replicó la mujer—. Yo no vivo aquí. Solo soy cuidadora

a domicilio. Me encargo de la propietaria, la señora Hardwick.

—¿Está ella en la casa?

—Sí, pero está durmiendo.

—¿Podría despertarla para hacerle unas preguntas?

—No creo que eso sea una buena idea. Hoy no se encuentra bien, está acatarrada. Tiene noventa años. ¿No lo sabía?

—No, no lo sabía.

—La he tumbado para que duerma un poco después del desayuno. Está aturdida por las pastillas que le ha prescrito el médico. Así que ya ve, no le haría ningún bien que la despertara.

—¿Está usted con ella todos los días? —preguntó Ben.

—Cinco días a la semana. Los fines de semana me sustituye otra cuidadora.

—¿La propietaria tiene una hija?

—No lo sé. Si la tiene, yo no la conozco.

—¿Puedo preguntarle si recientemente ha aparecido por aquí un hombre para verla?

—No mientras estaba yo.

—¿El nombre Lucas Hathaway le dice algo?

—Me temo que no.

—¿Puede esperar unos segundos, por favor? —le pidió Ben.

Se alejó de la puerta y fue a hablar con Rix.

—¿Estás seguro de que esta es la casa?

—Es la de la foto. Estoy seguro.

—Bueno, puede que sea la casa, pero lo que no está claro es si la mujer que vive en ella es la madre de la novia de Hathaway. Esa mujer podría haberse mudado o fallecido hace años.

—¿Por qué no le preguntas cuánto hace que vive aquí? —sugirió Rix.

Ben llamó a la cuidadora y le trasladó la cuestión.

—Por lo que sé, ha vivido siempre en el pueblo. Dentro hay una foto de ella de joven en esta misma casa.

—Ya que hemos llegado hasta aquí —propuso Rix—, deberíamos registrar la casa.

—¿Con qué fin? —preguntó Ben.

—Señora —la llamó Rix—. ¿Usted pasa las noches en la casa?

—Oh, no. Yo vengo por la mañana y me marcho después de prepararle la comida. La señora se las apaña sola, pero le ayudamos con las comidas. Una mujer del pueblo le echa una mano con la limpieza y la colada.

—Hathaway podría haber venido y estar oculto en la casa —comentó Rix—. Y es posible que esta mujer no se haya enterado.

Ben se mostró escéptico, pero pidió poder echar un vistazo al interior de la casa y al jardín.

—Tiene usted pinta de buena persona y su identificación parece auténtica, pero la vida me ha enseñado a no ser demasiado confiada. Y como además no es mi casa, la verdad es que no me hace ninguna gracia.

—¿Se sentiría más cómoda si la policía local nos acompaña? —le preguntó Ben.

La mujer asintió y cerró la puerta con gesto educado.

A los cinco minutos, uno de los hombres de Ben regresó con el agente Kent.

—Ya le había ofrecido mi ayuda —le recordó el policía.

—Sí, y ahora le acepto la oferta —replicó Ben mientras llamaba otra vez a la puerta—. Vamos a intentarlo de nuevo.

La cuidadora conocía al agente local y les permitió pasar para registrar la casa si prometían guardar silencio. La vivienda era pequeña y los hombres de Ben esperaron fuera. La mujer arrugó la nariz ante Rix y Murphy. Se metió en la cocina con el policía para tomar una taza de té y comentó en voz alta para que la oyeran que ciertas personas deberían utilizar desodorante.

En la planta baja había solo tres habitaciones y dos más en la superior, además de un jardincito del tamaño de un sello de correos sin cobertizo, con lo que el registro concluyó con rapidez. Asomaron la cabeza en el dormitorio de la anciana; la oyeron roncar y distinguieron una cabeza de cabellos canos que emergía por encima de las sábanas. En la planta baja, en la sala de estar, Rix revisó las fotos enmarcadas de la mesa. Cogió una para observarla con más detalle.

—¿Qué has visto? —le preguntó Ben.

—Nada —reconoció Rix, que volvió a dejar enseguida la foto en la mesa. Localizó un álbum en un estante y comenzó a hojearlo mientras Murphy salía para fumar otro cigarrillo.

Rix proyectó hacia fuera el labio inferior.

—¿Qué has descubierto? —insistió Ben.

—Es ella.

Ben sacó la fotografía del plástico. Una atractiva morena con el pelo escalado y tejanos acampanados posaba junto a un árbol en el jardín trasero de la casa. La fecha estaba anotada en el reverso: 1979.

—¿Esta es la novia de Hathaway?

Rix asintió y volvió a colocar la foto en su sitio. Siguió pasando páginas, miró unas cuantas fotografías más y cerró el álbum con un golpe seco.

—Bueno no hay ninguna pista que confirme que ha estado aquí.

—Todavía se le puede ocurrir venir —advirtió Rix.

—Supongo que sí —reconoció Ben—. Le pediremos a la policía local que vigile la casa. Estos agentes parecen muy predispuestos a servir al gobierno de su majestad.

Volvían a estar en la autovía M1, esta vez en dirección sur. Talley, muy despierto, iba sentado al lado de Hathaway, mientras que Youngblood y Chambers dormían en el

asiento trasero. Todos ellos estaban tan manchados de rojo que parecía que se hubiesen bañado en una cuba de sangre.

—No sé adónde ir —reconoció Hathaway con tono aburrido.

—¿Y me preguntas a mí adónde deberíamos ir? Ni puta idea, ojalá lo supiese —se quejó Talley.

—Era solo hablar por hablar.

—Hay una idea que no deja de rondarme por la cabeza —comentó Talley.

—¿Cuál?

—Encontrar a las fulanas.

—¿Por qué te importa tanto?

—Porque sí, por eso. Son ellas las que nos han metido en el lío en el que estamos. Hathaway puso cara de reflexionar durante un rato y después masculló, irritado:

—¿Las estás culpando a ellas de que hayamos acabado aquí? Recuerda que éramos nosotros las que las perseguíamos para violarlas y hacerles cosas peores cuando eso sucedió.

—Pues yo les echo la culpa a ellas.

—Tu lógica es aplastante.

—Si no te necesitase para conducir esta máquina y llevarnos de un lado a otro te arrancarían el hígado y me lo comería delante de tu estúpida jeta —respondió Talley tan rabioso que despertó a los del asiento de atrás—. No vuelvas a faltarme al respeto. ¿Me has oído bien? ¿Me has oído?

Hathaway optó por no empeorar las cosas.

—Sí, claro, Talley, claro. Lo que tú digas.

—Quiero encontrarlas y darles su merecido.

—Yo también quiero encontrarlas —se unió Youngblood desde el asiento trasero—. Tengo que acabar un trabajito entre sus piernas.

Chambers soltó una risita al oír el comentario.

—Escuchad —intervino Hathaway—, llevo buscándolas desde que llegué al Infierno, pero Rix y Murphy estaban siempre ahí, protegiéndolas. Nada me gustaría más que atraparlas, pero no sé dónde pueden estar, ¿alguien lo sabe?

—Tú eres de su misma época —le recriminó Talley—. Dímelo tú. ¿Adónde pueden haber ido?

Hathaway dijo que no tenía ni la más remota idea y siguió conduciendo en silencio durante varios kilómetros.

—Una noche hice una visita a Jason y Christine en su apartamento para recoger algo —añadió pasado un rato—. Ella tenía en la mano una carta del abogado de su ex que acababa de recibir. Tenía algo que ver con la manutención del hijo que tenían en común.

—¿Qué es un ex? —preguntó Talley.

—Exmarido. Se había divorciado. Lo había dejado.

—Así que ella querrá ver a su hijo, ¿no? —pensó Talley—. ¿Dónde puede estar?

—No tengo modo de saberlo. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba. Pero sí me acuerdo del nombre de su exmarido. Ella siempre estaba con «el jodido Gareth» por aquí y «el jodido Gareth» por allá.

—Entonces dirige esta máquina hacia Gareth.

—No es tan sencillo. Necesito recordar su apellido. Y después acordarme de dónde vivía. Y a continuación tendremos que averiguar si sigue vivo.

—Bueno, pues piensa en todo eso.

Hathaway se puso a ello, tirando del vago recuerdo de que el apellido de ese hombre tenía alguna particularidad. Había visto la carta del abogado y se habían reído.

¿Cómo se apellidaba ese tío?

¿Era South o Southern?

No, pero era algo por el estilo, ¿verdad que sí? Una dirección. ¿North? ¿East? ¿West?

West, sí, era eso. Pero ¿por qué recordaría un apellido así?

De pronto se le hizo la luz en su cabeza: porque se apellidaba West y era de Southsea. Una yuxtaposición de lo más tonta que se le había quedado grabada durante más de treinta años, en el Infierno y de vuelta de él.

—Necesito encontrar un listín telefónico —dijo Hathaway—. Si sigue con vida y reside donde siempre tal vez podamos encontrarlo y a través de él localizar al hijo y atrapar a esas dos fulanas.

—Muy bien —aplaudió Talley—. Porque quiero darles su merecido.

Encontrar la dirección de Gareth West no fue tarea fácil.

Primero Hathaway paró en un área de servicio en la autovía cerca de Leicester y la atravesó con paso lento, buscando una cabina telefónica. No se atrevió a entrar en el restaurante ni en la gasolinera porque iba cubierto de sangre. A continuación, salió de la M1 y tomó una carretera secundaria, buscando alguna cabina en los pueblos por los que pasaban. Por fin localizó una en un pueblecito y, con varias monedas que encontró en la guantera, se metió en ella para descubrir, perplejo, que no había ni teléfono, ni cable, ni nada, tan solo la cabina vacía.

Siguió conduciendo. Youngblood y Chambers empezaron a clamar que estaban hambrientos y al ver a un anciano que salía de su coche con una botella de leche y un periódico y se dirigía a la puerta de su casa, decidió cazar la oportunidad al vuelo. La casa estaba aislada y ese hombre era una presa fácil.

Partieron varias horas después de que Hathaway hubiese obligado a su víctima a enseñarle cómo preguntar por una dirección por teléfono; después de que Talley le hubiera cortado el cuello al viejo; después de que entre todos hubiesen vaciado la despensa y la nevera; después de haber dormido un poco; después de haberse cambiado de ropa y después de que Hathaway hubiese cogido los mapas y extraído la

gasolina del coche del viejo.

Repuestos y saciados, volvieron a tomar la autopista en dirección a Southsea.

Los cuatro moradores del Infierno llegaron a Nightingale Road a última hora de la tarde. Hathaway aparcó y bajó del coche, dejando a los demás dentro. La casa tenía grabado el nombre G. West en el buzón. Pulsó el timbre y la voz amortiguada de Gareth preguntó quién llamaba.

—Tengo un paquete para entregarle, señor West —anunció Hathaway, utilizando un truco que siempre le había funcionado en su vida criminal.

Gareth abrió la puerta y Hathaway lo empujó y entró sin problemas.

Varios minutos después, fue a buscar a sus tres compinches. En el interior de la casa Gareth ya estaba atado a una silla y con un trapo en la boca. Le caía sangre de la nariz.

—Han estado aquí —le aseguró Hathaway a Talley.

—¿Esas fulanas han estado aquí?

—Sí. Pero ya se han largado.

—¿Estás seguro?

—Es lo que me ha dicho él. Pero mejor echemos un vistazo.

—Hacedlo. ¿Hay bebidas por algún lado?

Talley se sentó en una silla en la cocina y comenzó a beber brandi directamente de la botella mientras Gareth lo miraba, con sus ojos azules humedecidos por las lágrimas, pero sin parpadear.

—¿Quieres decirme algo? —le preguntó Talley.

Gareth asintió y Talley le quitó la mordaza.

—Habla, pero no se te ocurra gritar o te rompo la cara.

—Eres de allí, ¿verdad?

—¿De allí? Sí, soy de allí. ¿Pasa algo?

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy buscando a las fulanas.

Gareth dijo que no lo entendía.

—Fulanas. Ya sabes, las mujeres con las que estábamos.

—Christine y Molly estuvieron aquí. Ya se lo he dicho al otro.

—¿Seguro que se han marchado?

—Sí, se han ido.

—¿Adónde?

—No tengo ni idea.

—Eso ya lo veremos, ¿no crees?

Le volvió a colocar a Gareth el trapo en la boca y siguió dándole a la botella hasta que Hathaway y los demás aparecieron en la cocina.

—No hay ni rastro de ellas —informó Chambers.

—Dice que no sabe adónde han ido —dijo Talley.

Hathaway le volvió a quitar el trapo.

—¿Tenían coche? —le preguntó.

Gareth pidió agua. Hathaway llenó un vaso en el grifo y se lo acercó a los labios. Él bebió con ganas y respondió:

—Creo que sí.

—Tienes un hijo, ¿verdad?

Gareth guardó silencio.

—Escucha —le dijo Hathaway—. Lo encontraremos, y también lo ataremos a una silla. Él no nos interesa, solo queremos a Christine y Molly, ¿lo entiendes?

—Dejad a mi hijo en paz —exigió Gareth, temblando de rabia—. Vino y vio a Christine. No se creía lo que estaba viendo. No quiso saber nada de ella. Se marchó antes de que ellas se fuesen. No las encontraréis con él.

—Lo ves, no ha sido tan difícil, ¿verdad que no? ¿No te sientes aliviado por haberle ahorrado a tu hijo un buen lío?

—¿Os vais a marchar de una vez?

—Pronto, pronto —respondió Hathaway—. Primero piensa en esto. ¿A quién más podrían querer ver las dos damas después de todos estos años? ¿Queda algún amigo o pariente todavía vivito y coleando?

—De Molly no sé nada.

—¿Y Christine?

—Su hermana vive en Londres. Se lo dije. Y su madre, la abuela de Gavin, también vive todavía.

—De acuerdo, Gareth. ¿Por qué no me cuentas cosas sobre la hermana y la abuela?

Hathaway encontró un bolígrafo y un sobre viejo y bromeó sobre que era probable que hubiese olvidado cómo se escribe. Gareth le dio las direcciones. Talley salió y regresó después de rebuscar en el armario del vestíbulo.

—¿Ya has terminado? —le preguntó a Hathaway.

Este respondió que sí.

—Entonces me lo voy a cargar —anunció, balanceando el pesado martillo que había encontrado en la caja de herramientas de Gareth.

Si Giles Farmer había dudado alguna vez de la buena posición económica de su amigo Ian Strindberg, su estancia de dos días en su apartamento de Belgravia había disipado todas sus dudas. La habitación de invitados en Eaton Mews daba a un frondoso jardín, y el lavabo de la *suite* era casi tan grande como todo su estudio. Había tenido la casa casi para él solo, porque poco después de llegar Ian tuvo que marcharse a Bruselas por trabajo. A Giles siempre le había costado entender a qué se dedicaba Ian. Estaba relacionado con los seguros o los reaseguros, pero se le escapaban los detalles. Colegas desde la universidad, Ian siempre le había echado un cable y prestado algunas libras a su excéntrico amigo mientras este luchaba contra

molinos de viento.

Durante todo el tiempo que Giles estuvo en esta residencia de lujo se había sentido fracasado y a la deriva. No se atrevía a consultar su correo electrónico o su blog desde el portátil de Ian por miedo a que lo localizaran. También le daba miedo contactar con alguno de los miembros de su red de seguidores de las teorías de la conspiración. Sin saber a ciencia cierta hasta dónde llegaban los tentáculos de los rastreadores de webs del gobierno, ni siquiera se sentía cómodo buscando información sobre alteraciones en el suministro eléctrico o noticias sobre los incidentes de South Ockendon e Iver North. Con lo que sus únicas opciones para pasar el rato eran la televisión, la radio o una novela de Trollope.

En su estado de ansiedad, recibió con entusiasmo el sonido de las llaves de Ian abriendo la puerta y su voz llamándolo para comprobar si seguía allí.

Se encontraron en el salón.

—¿Cómo va todo? —le preguntó Ian.

—Estoy al borde del ataque de nervios.

—¿Tan mal? Venga, bebamos una copa de vino para animarte. ¿Tinto o blanco?

—Los dos.

—Este es mi chico. Perdona que ayer no pudiera hacerte caso. Ahora soy todo oídos. Cuéntame tu desgracia. ¿Quién me dijiste que te estaba espiando?

Ian se quitó los mocasines y estiró sus largas piernas en una otomana. Fue bebiendo tragos de vino y frunció el ceño mientras escuchaba la historia que Giles le contaba. Después examinó la pequeña cámara que este había sacado del extractor.

—Dios mío, Giles, ¿cómo sabes que no sigue transmitiendo?

—¿Porque no está conectada a ninguna fuente de energía?

—No seas sarcástico —replicó Ian—. Yo solo he estudiado económicas, ¿recuerdas?

—Lo siento.

—No, en serio. No sé ni cambiar una bombilla. Escucha, colega, colocar una cámara en casa de alguien no es cualquier cosa. No soy un experto, pero diría que necesitan una orden del Tribunal Supremo. Mi primo Harry es abogado, se lo puedo preguntar.

Giles gesticuló como si tocara la pandereta.

—No hables con nadie. Si es una operación legal, necesitan una orden judicial. Si es una operación encubierta pueden hacer lo que les dé la gana.

—¿Quién?

—El MI5, el MI6, la inteligencia militar. O algún otro grupo de gilipollas que ni siquiera sabemos que existe.

—¿Y crees que todo esto es porque les has puesto nerviosos?

—Ian, creo que estoy cerca de algo muy gordo. Algo ha ido muy mal con su precioso supercolisionador. Creo que quieren callarme y harán cualquier cosa por silenciarme. No sé en qué otro sitio esconderme. ¿Puedo quedarme unos días más,

hasta que se me ocurra algo?

Ian se humedeció los labios con la lengua y se toqueteó el tupé.

—Por supuesto que sí, colega. No te preocupes.

El almirante de la flota del rey Enrique, el duque de Suffolk, parecía poco dotado para el cargo. Norfolk, el anterior comandante en jefe naval, al que John había mandado a las profundidades del océano, capitaneaba un barco con una arrogancia innata. Suffolk se mareaba en alta mar y se pasó toda la travesía en su camarote, sin aparecer ni una sola vez por la mesa del capitán durante el trayecto hasta Francia.

John le preguntó al capitán del *Tornado* acerca de ese hombre.

—Norfolk era un bastardo —respondió este—, pero un bastardo capacitado. Suffolk es un inepto, pero parece que el rey le tiene aprecio. Y ante esto, nada más cuenta.

Cuando llegaron a Dover, Suffolk ya les había hecho perder varios días vitales con su insistencia en que el *Tornado* se cargase de una cantidad desmesurada de provisiones para una travesía tan corta como cruzar el canal. John le había preguntado con insistencia para qué necesitaban tantos barriles de vino y cerveza y tanta comida para un viaje hasta la costa francesa, pero Suffolk había hecho oídos sordos a sus preguntas y había enviado a varios destacamentos de soldados a vaciar las despensas y bodegas de los pueblos de los alrededores.

Al alba, todos los hombres y mujeres vivos estaban en la cubierta contemplando la brumosa costa francesa. John hizo una marca en una hoja de papel que llevaba en el bolsillo. Siete marcas, su séptima jornada en el Infierno. Los días pasaban demasiado rápido y habían hecho pocos progresos. No había modo de rescatar de una vez a Arabel, Delia y los niños. No tenían manera de saber cómo les iba a Brian y Trevor en su viaje hacia Iberia. Pero cuando vio los rostros inquietos pero agradecidos de Martin, Tony, Charlie, Alice y Tracy sintió cierto consuelo. Ya habían rescatado a esta gente, ¿no les habían dado esperanza y, al menos de momento, los habían puesto a salvo?

Suffolk apareció en cubierta y se dirigió hacia ellos tambaleándose. John no tenía claro si estaba borracho, mareado o ambas cosas, pero cuando llegó hasta él comprobó que el aliento no le olía a alcohol.

—Ah, bien, capitán —le dijo al oficial al mando del barco—, veo que ha izado la bandera blanca.

—No queremos que esos cañones nos agujereen, ¿verdad que no, señor? —replicó el capitán.

—¿Dónde hay cañones? —preguntó Suffolk, alarmado.

John señaló hacia dos fortificaciones que destacaban en los acantilados. Estaban en Calais. Él ya había estado allí hacía unas semanas, cuando trataba de rescatar a Emily. En aquella ocasión, al desembarcar les habían disparado desde lo alto de los acantilados y no tenía ninguna gana de que la historia se repitiese.

—¿Cree que respetarán la bandera blanca? —preguntó Suffolk.

—Solo hay un modo de averiguarlo —respondió John.

El *Tornado* echó el ancla a unos centenares de metros de la costa. Según los cálculos del capitán se podrían haber acercado más, pero a Suffolk le inquietaba demasiado la artillería francesa. Una barca de remos llevó a los que desembarcaban hasta la costa, con uno de los marineros sosteniendo en alto bien visible una bandera blanca.

En la playa los esperaban los soldados franceses con los mosquetones cargados.

John y Emily ayudaron a desembarcar a Alice y Charlie le echó una mano a Tracy para avanzar por el agua hasta la orilla. Una vez en la arena, el bote dio media vuelta a toda prisa y los marineros ingleses remaron de regreso hacia el barco.

El jefe del comité de bienvenida les preguntó en un francés pronunciado con arrogancia quiénes eran y qué les hacía pensar que podían desembarcar cuando les diese la gana en territorio de soberanía francesa. Durante su parlamento no dejó de mirar a las mujeres.

John empezó a preguntar si alguno de los soldados hablaba inglés, pero Tony lo interrumpió y se ofreció a hacerle de traductor.

—¿Por qué no me habías dicho que hablas francés?

—No se me pasó por la cabeza. En cualquier caso, me alegro de poder ser útil —respondió Tony.

—Dile que venimos de muy lejos —le pidió John que tradujese—, del mundo de los vivos. Dile que el rey Maximilien nos conoce y que somos amigos del ministro Forneau. Explícale que ayudamos a Francia a derrotar a los ingleses, alemanes y rusos, que vamos de camino a París y necesitamos su ayuda.

Los soldados se quedaron perplejos al escuchar lo que Tony les decía. Se acercaron con prudencia a ellos y los olfatearon. Un tipo desdentado se aproximó demasiado a Tracy y estiró el brazo para tocarla, provocando que ella se encogiese y gimotease. Desde que William Joyce había abusado de ella, Tracy se había mostrado más frágil que antes, así que Emily se interpuso en actitud protectora y con una llave de artes marciales golpeó al soldado en una pierna y lo derribó.

En lugar de verlo como una provocación, a los soldados la maniobra les pareció hilarante. Cuando dejaron de reírse y el tipo caído se puso en pie, el jefe de la tropa les invitó a seguirles, no sin antes pedirle a John que le entregase su espada y su pistola y registrarles las mochilas. La de John iba llena con el resto de los libros, que habían recuperado de camino entre Hampton Court y Dover, pero a los soldados no parecieron despertarles interés alguno.

—La llave que has hecho ha sido alucinante —le dijo Alice a Emily mientras avanzaban dificultosamente por la arena de la playa hacia el sendero que llevaba a la cima de los acantilados.

—John me ha enseñado este arte marcial —le explicó—. Se llama Krav Maga.

—Emily es mi mejor discípula —añadió John.

—Me gustaría aprender —pidió Alice—. Parece una habilidad muy útil para

sobrevivir en este jodido lugar.

—Yo también debería tomar lecciones —reconoció Charlie con tono triste—. Mis hermanos sabían defenderse, pero yo siempre fui un enclenque.

—De acuerdo —aceptó John—. Os enseñaremos los movimientos básicos en cuanto podamos.

—Conmigo no contéis —intervino Tony—. Aborrezco la violencia.

—Yo tampoco me apunto —dijo Martin—. Tony y yo somos tal para cual.

Cuando llegaron a la cima del acantilado el jefe de los soldados señaló una torre a lo lejos y les explicó que pertenecía al conde de Calais. Los separaban de ella tres kilómetros de camino a través de una marisma y cuando llegaron, los soldados montaron guardia en el exterior del castillo mientras su capitán entraba por el puente levadizo.

Emily distinguió algo a lo lejos y se lo señaló a John.

—¿Ves eso? —le preguntó.

—Postes de telégrafo. Había oído que los franceses poseían la tecnología. Probablemente la utilizarán para avisar a París de las invasiones.

Un individuo manco salió del castillo abotonándose con torpeza la arrugada guerrera y repeinándose para resultar presentable.

—¿Es cierto? —murmuró al ver a los llegados de la Tierra—. ¿Es posible que sea cierto?

Tony dio un paso adelante para traducir, pero el conde se pasó a un inglés tosco para dirigirse a ellos.

—Soy el conde de Calais. Mis ojos no dan crédito a lo que ven. ¿Cómo es posible?

—Se lo explicaremos más tarde —respondió John—. Pero primero necesito su ayuda para llegar a París. Nos hacen falta caballos y carros. Tenemos un asunto urgente con el rey Maximilien y el ministro Forneau.

—Pero ese rey ya no gobierna. —El conde hizo el gesto de cortarse la garganta—. El telégrafo ha traído la noticia. Maximilien ha sido destronado.

—¿Eso es malo? —le preguntó Martin a John.

—Depende.

John le preguntó al conde quién era el nuevo rey.

—Es increíble —respondió el conde—. Ni siquiera es francés.

John sonrió y preguntó:

—¿No será Giuseppe Garibaldi, por un casual?

—¿Cómo puede estar usted informado de esto?

—Era solo una suposición, pero creo que he acertado.

—¿Conoce a ese hombre?

—Me atrevería a decir que Garibaldi es un muy buen amigo mío —dijo John.

El conde vio eso como una oportunidad para él.

—¿Le transmitirá al rey Giuseppe que el conde de Calais es un buen hombre que

ayudó a sus extraños amigos a llegar a París?

John asintió con ímpetu.

—Le diremos que es usted un tío estupendo y si nos proporciona una guardia armada para acompañaros hasta París, le diremos además que es usted el mejor conde de toda Francia.

Había fallecido siendo joven, un hombre robusto de treinta y cinco años, asesinado por su hermano bastardo. Pedro de Castilla, que pasaría a la historia como Pedro el Cruel por su repertorio de monstruosidades, dejó el mundo de los vivos en 1369, siendo rey de Castilla y León, para convertirse en un monarca mucho más poderoso y despiadado en el Infierno. Evidentemente, muchos otros íberos sanguinarios también acabaron Abajo y hubo muchos intentos de arrebatarse las riendas del poder que ejercía con puño de hierro, pero Pedro era fuerte y astuto. En toda Europa, solo el rey Federico de Alemania llevaba más tiempo en el trono.

Había elegido como capital de su reino la región que mejor había conocido en vida y se hizo construir un gran castillo en Burgos, la árida ciudad en la que había nacido. Desde allí, a lo largo de los siglos, había emprendido constantes campañas militares contra sus perpetuos enemigos europeos, atacando y defendiéndose, atacando y defendiéndose. Su última aventura, golpeando a los ingleses con su armada, había acabado en una ignominiosa derrota que le había provocado una monumental rabieta de la que todavía no se había recuperado.

Después de la debacle marítima, había convocado al duque de Medina Sidonia, su comandante naval, a Burgos para que le diese explicaciones. El rey escuchó con paciencia los inacabables relatos sobre balas de cañón que alcanzaban unas distancias increíbles desde las baterías inglesas que las disparaban, hasta que al final se llevó un largo dedo a sus gruesos labios.

—No soporto seguir escuchando vuestra voz —masculló Pedro.

Obedeciendo sus órdenes, los guardias de palacio agarraron al duque y lo inmovilizaron para que Pedro pudiera sacarle la lengua de la boca y cortársela, y después le ordenó a su cocinero que se la friese en aceite para la cena.

El castillo se alzaba en el punto más alto de la ribera del río Arlanzón y permitía dominar toda la planicie central íbera. Estaba considerada la fortaleza más impenetrable de toda Europa. Desde la miserable ciudad, un ejército enemigo primero tendría que superar la muralla exterior, vigilada por arqueros y soldados provistos de piedras y aceite hirviendo para lanzar sobre las cabezas de los asaltantes. Después, ese ejército invasor tendría que bajar el puente levadizo para sortear un profundo foso. El puente, haciendo de embudo, conduciría a esos enemigos a un estrecho pasaje en el que soldados armados con ballestas y picas los esperarían en una segunda muralla exterior. Otro puente levadizo conducía a la muralla intermedia, y un tercer puente levadizo daba acceso al muro del corazón del castillo, el recinto en el que

residían el monarca y su corte en los aposentos reales.

Este fue el recorrido que tuvo que hacer Arabel Loughy para llegar hasta el interior del castillo.

Durante su penoso viaje por mar y tierra, la habían acompañado en persona el conde Navarro, embajador íbero en la corte inglesa, y sus dos leales oficiales, De Zurita y Manrique. La disentería de Navarro se había agravado durante el viaje y cuando llegaron a Burgos jadeaba y se mostraba apático. El rey Pedro no mostró ningún interés por su estado. Los embajadores eran fácilmente reemplazables.

Al ser informado de la llegada del valioso envío, el rey Pedro al principio se mofó de la posibilidad de que le hubieran conseguido una mujer viva, pero De Zurita y Manrique, aunque incapaces de ofrecerle una explicación sobre cómo había llegado a su mundo, le juraron, aceptando la tortura eterna si mentían, que Arabel no era una habitante del Infierno y que además era de una belleza cautivadora. Al oír eso, siglos de aburrimiento quedaron de lado y Pedro se dejó llevar por el frenesí de la excitación. Ordenó a sus costureras que le preparasen nuevos trajes para él y para esa mujer tan especial, a sus cocineros que organizaran un banquete y al encargado de su bodega que decantase los mejores vinos y oportos. La recibiría esa misma noche.

Arabel se había pasado todo el viaje llorando, desconsolada por haber sido separada de sus hijos y aterrada ante la idea de que tal vez no volviese a verlos ni pudiese regresar a casa. Si había conseguido sobrevivir al periplo fue gracias a las amables atenciones y ánimos de García Manrique, un granuja que, con su escasa estatura y rostro travieso, se dedicó a entretenerla lo mejor que pudo durante el trayecto.

—Señorita Arabel, le ruego que no llore —le repetía en su excelente inglés cada vez que le traía comida y agua—. Si lograra verla sonreír, mi miserable existencia será mucho más agradable.

Al final, por hacerle feliz, Arabel se las había apañado para esbozar una fugaz sonrisa.

—Si lograra oírle reír, todas mis penas me parecerían mucho más livianas —le dijo él entonces.

Y al final ella le regaló una breve risa.

—Si me contara usted historias de su feliz vida en la Tierra, me convertiría para siempre en su más fiel servidor —le pidió él a continuación.

Para cuando llegaron a Burgos, se habían hecho amigos y lo único que lograba secar las lágrimas de Arabel era la malévolamente divertida sonrisa y la voz cadenciosa de aquel hombrecillo. El señor De Zurita, un hombre más educado e inteligente que el frívolo García Manrique, carecía por completo de humor, pero sabía reconocer el efecto balsámico que ese granuja ejercía sobre la mujer. De modo que cuando llegaron al castillo, insistió en que el pequeño hombrecillo ocupara una habitación contigua a la de ella para mantenerla lo más animada posible ante su primera cita con el rey.

En lo alto del torreón, Arabel se despertó de una siesta la tarde de su primer día

en Burgos y vio a García Manrique balanceando sus cortas piernas al borde de la cómoda cama que ella ocupaba.

—¿Qué tal ha dormido, lady Arabel?

A ella le tembló el labio inferior.

—He soñado que estaba en casa con mis hijos. Pero no estoy allí.

—Pero yo también soy su bebé, ¿o no? —dijo él chupándose un dedo y esbozando una sonrisa—. Mientras usted tenía sus dulces sueños, las criadas han estado trabajando con hilo y aguja y le han bordado un precioso vestido nuevo para su encuentro con el rey.

—No quiero ver al rey.

—Pero debe hacerlo. Él es el soberano y así lo ha ordenado. Los sirvientes de la corte me han contado que está alborotado como un cachorro.

Arabel suspiró sonoramente.

—Cuéntame cosas sobre él.

—He estado intentándolo durante todo el viaje, pero usted no me escuchaba.

—Supongo que ahora será mejor que lo haga.

—Bueno, es un hombre apuesto, joven y robusto. Llevo viéndolo con mis propios ojos desde hace, oh madre mía, doscientos años o más, desde que llegué aquí, y rara vez lo he visto enfermo. Es fuerte de cuerpo y alma, tiene aptitudes para la caza y la guerra, y sabe gobernar.

—¿Qué era cuando vivía?

—Era rey. Un antiguo rey, que gobernó mucho antes de mi época.

—¿Cómo de antiguo?

—Oh, madre mía. De hace cientos y cientos y cientos de años. Ni lo sé.

—¿Tiene esposa, una mujer? García, no sé ni qué preguntar.

—Tiene una reina, la reina Mencía. En vida era una noble portuguesa, no tan antigua como el rey, pero sí más que su humilde servidor. La verdad es que no sé mucho de ella, porque ha decidido vivir en un palacio en Bilbao. Tiene un carácter muy fuerte y creo que al rey no le gusta tenerla cerca. En cuanto a las demás mujeres, bueno, evidentemente él es un hombre y además rey, y los reyes deben disponer de mujeres. Él consigue a cualquier mujer que desee.

—¿Él va a...? —Arabel fue incapaz de terminar la frase.

—¿Él va a qué?

Ella negó con la cabeza.

—¿Él va a violarme?

—Oh, madre mía, lady Arabel, yo no puedo hablar sobre este tema. Vamos. Levántese y aséese un poco. Enseguida vendrán las mujeres que se encargarán de atender sus necesidades. La bañarán, la empolvarán, le traerán pastelitos y vino dulce, y cuando llegue la hora, la vestirán y la acompañarán hasta el rey, que está preparando una fiesta en su honor. ¿Le he dicho ya que está excitado como un cachorro?

Arabel no se resistió a las atenciones de las sirvientas que la rodearon, mujeres anodinas de mirada abúlica que estaban en los huesos y no hablaban inglés. Notaba que sabían que ella era diferente, pero o bien porque la temían o temían al rey, evitaban en todo momento mirarla a los ojos. Se sumergió en un barreño de madera, pero cuando cerró los ojos sucumbiendo al placer del agua caliente y jabonosa, le vino a la memoria la imagen de Sam y Belle dormidos en casa de Solomon Wisdom. Dio una sacudida y se mordió el labio con fuerza para sentir dolor.

Las sirvientas se apartaron cuando rompió a llorar, pero de pronto se le pasó por la cabeza algo que la hizo detener en seco las lágrimas.

¿Qué haría Emily en esta situación?, pensó.

¿Qué haría Emily?

Desde que era niña, siempre había visto a su hermana mayor como la más lista de las dos, la más ambiciosa y con diferencia la más capaz para afrontar retos. Mientras Emily conseguía títulos académicos en física, ella se dedicaba a ligar en Londres y a ir de copas. Mientras Emily construía el MAAC, ella estaba en Australia trabajando de camarera en Bond Beach. Mientras a Emily la nombraban directora de investigación del proyecto Hércules, ella estaba pariendo a sus hijos, y mientras Emily corría medias maratones y aprendía artes marciales, ella se había convertido en una madre sola que se pasaba horas mirando la tele para superar el prematuro fallecimiento de su marido.

Pero ahora la estaban poniendo a prueba con lo mismo por lo que había pasado Emily.

Emily había sobrevivido.

Emily había sobrevivido y había logrado regresar a casa. Ella tenía que hacer acopio de fuerzas y conseguirlo también. Por sus hijos. Por ella misma. Tenía que ser fuerte.

Tenía que sobrevivir.

Tal vez no fuese tan lista como Emily. Tal vez no estuviese tan en forma como su hermana. Tal vez no supiese cómo defenderse. Pero era una Loughy y los Loughy eran escoceses de armas tomar.

Iba a sobrevivir.

Las sirvientas parecieron notar que algo había cambiado en su actitud y susurraron entre ellas en su lengua.

Arabel salió de la bañera y cuando una de las criadas se acercó para secarla, ella agarró la toalla y se secó sola.

Señaló el vestido de seda rojo desplegado sobre la cama para que la entendieran.

—Estoy preparada para ver al rey.

Cuando entró en el enorme y abovedado salón de banquetes, con el borde del vestido rojo arrastrándose por el suelo, Arabel sintió cientos de ojos posados sobre ella. Hombres y mujeres se pusieron en pie, no porque lo mandase el protocolo, sino para verla mejor. Ella trató de controlar la respiración y con cada profunda aspiración

el pecho se le hinchaba y amenazaba con reventar el escotado vestido.

De pronto se percató de que García Manrique estaba a su lado. Iba vestido con un elegante chaleco y una levita, que le daban el aire de una de esas figurillas que se colocan en los jardines. Él debió interpretar su sonrisa como una muestra de felicidad y le dijo que se alegraba de verla alegre.

Le ofreció su pequeña mano y le dijo:

—Voy a acompañar a lady Arabel hasta la mesa del rey. Está alborotado...

—Ya lo sé, como un cachorro.

—Exacto.

Los nobles de más rango de la corte estaban situados en la parte frontal del salón, en una mesa elevada sobre una tarima a la que se accedía por una corta escalera. Un hombre arrogante, vestido como un pavo real con un colorido jubón lleno de volantes, se levantó de la silla y se les acercó.

—¿Es él? —preguntó Arabel.

—Oh, no —dijo García—. Este es el duque de Aragón.

Cuanto estuvieron cara a cara con el duque, este la olfateó con tal abandono que Arabel se preguntó dónde iba a terminar aquello, pero su acompañante rompió el hechizo al presentársela en castellano.

Aragón respondió con gran pompa y García Manrique tradujo:

—Dice que es usted como una preciosa flor, señora. Cree que el rey estará encantado. La van a sentar entre su majestad y el duque.

—¿Y tú? —preguntó Arabel—. Ya sabes que solo sé decir «hola», «adiós» y «buenas noches».

—No tema. Yo estaré revoloteando detrás de usted, como un colibrí.

En el centro de la mesa había una silla vacía que García le indicó que era para ella. Al lado había otra tallada con grandes florituras, de respaldo alto y con un cojín de terciopelo a juego con su vestido. Arabel se preguntó si no sería de la misma tela.

El comedor estaba tan silencioso que el simple roce de madera contra madera cuando el duque le retiró la silla para ayudarla a sentarse pareció un estruendoso chirrido. Arabel ocupó su sitio y paseó la mirada por el salón repleto de hombres barbudos y unas cuantas mujeres, y se sintió como una actriz en el escenario, una actriz que no solo había olvidado su texto, sino incluso el argumento de la obra.

De pronto todas las miradas se alejaron de ella y se volvieron hacia una esquina del fondo de la sala. Arabel descubrió allí a un hombre moreno bastante joven que entraba a través de una cortina. Tenía la cara ovalada, la barba bien recortada y negra, y una melena rizada que se desparramaba desde debajo de un sombrero flexible de ala ancha. No era muy alto, posiblemente mediría lo mismo que Arabel. Como el duque de Aragón, Pedro lucía un vestuario más propio del siglo XVII que de su época y resplandecía con su jubón verde y plata y una faja de terciopelo, amplio cuello de encaje, bombachos de un verde brillante y botas negras.

Pedro la divisó en la otra punta de la sala y dio la sensación de no prestar atención

a nadie más mientras avanzaba hacia ella. Arabel no reaccionó a la aparición del monarca, no sonrió ni frunció el ceño. Cuando se plantó ante Arabel, primero contempló su rostro y después el escote. Al final, oyó que García Manrique pronunciaba su nombre a modo de presentación formal.

El soberano permaneció en silencio, pero las palabras de Manrique la desconcertaron:

—El rey le da la bienvenida y desea saber más cosas sobre usted.

Mientras Pedro tomaba asiento en su ornamentada silla, Arabel susurró:

—Pero si no ha abierto la boca.

—Él no tiene por qué hablar —le respondió enigmáticamente su menudo acompañante—. Ahora ya se puede sentar.

Pedro asintió sin dirigirse a nadie en particular y desde las cuatro esquinas del salón aparecieron sirvientes con bandejas de carne y pasteles de caza. Un criado llenó la copa del rey y después la de Arabel y la del duque.

El rey comenzó a hablar muy serio con Aragón como si Arabel no estuviese sentada entre ellos. Bebió un poco de vino y probó la carne asada, que estaba dura pero deliciosa. Los dos hombres se inclinaron por delante de ella para seguir conversando. El duque apestaba como todos los moradores del Infierno, pero el hedor del rey quedaba enmascarado por un aromático perfume.

Al final, exasperada, Arabel se volvió hacia García Manrique.

—¿De qué están hablando?

—De los moros. Están haciendo una incursión en el sur. Siempre que nos mostramos débiles, nos invaden.

Durante el viaje, Manrique y De Zurita habían hablado de la reciente derrota de la armada íbera frente a los ingleses.

—¿Ahora estáis debilitados por los ingleses? —preguntó Arabel.

—Sí, seguro que es por eso.

—¿Sabe el rey que soy británica?

—Creo que no le importa.

Al cabo de un rato los dos hombres interrumpieron su charla. Pedro le dedicó a Arabel una amplia sonrisa y le dijo algo, un comentario que requirió varias frases.

García Manrique se inclinó sobre el hombro de Arabel y se lo tradujo:

—El rey dice que tiene mucho interés en saber cómo ha llegado al Infierno una mujer viva. Dice que el precio por usted no ha sido muy alto, ya que es muy guapa. Dice que también tiene unos pechos preciosos.

—¿Lo ha dicho ahora? —preguntó ella.

—Sí, es lo que ha dicho.

—Primero dile que me siento halagada. Después dile que no me pienso acostar con él. Y por último dile que, si intenta forzarme, me mataré.

García torció el gesto.

—¿Quiere que le diga todo esto?

—Exactamente lo que he dicho.

—Espero sobrevivir a esta noche —suspiró el hombrecillo.

Después de escuchar la traducción, Pedro permaneció en silencio durante unos instantes y después empezó a reírse a carcajadas.

En las otras mesas se interrumpieron todas las conversaciones.

Pedro respondió al improvisado traductor, que pareció visiblemente aliviado.

—El rey dice que es un hombre paciente, que lleva mucho tiempo en el Infierno y que su destino es permanecer aquí para siempre. No forzaré a la dama. Dice que esperará el tiempo que haga falta hasta que la dama decida entregarse a él.

Con su metro sesenta sin zapatos, Iósif Stalin siempre había confiado en la fuerza de su personalidad para parecer mucho más alto de lo que era, y ahora, furioso y colorado, parecía enorme.

Él y su estado mayor se habían instalado en un elegante edificio apartado del patio central en el castillo de Marksburg del rey Federico desde el que se dominaba el Rin, pero Stalin se quejaba de sentirse como un oso enjaulado.

—Los osos necesitan moverse con libertad —rugió en georgiano—. Necesito poder moverme con libertad.

Solo un reducido número de sus generales y asesores hablaban su lengua natal. Pasha, un inglés, se inclinó hacia el general Kutuzov y le preguntó, en su precario ruso, qué había dicho el zar.

El militar, un hombre panzudo y de labios gruesos con lacio cabello cano, le susurró:

—Creo que algo sobre osos.

Stalin cambió al ruso para continuar su diatriba.

—Este alemán, este bárbaro medieval con cara de ciruela pasa, este puto Barbarroja no hace otra cosa que aprovechar para fortalecer su posición mientras me mantiene a la espera en este horrible castillo.

—Me han asegurado que celebraremos la prometida reunión de estrategia esta misma noche —dijo Kutuzov.

—¿Quién te lo ha asegurado? —preguntó Stalin.

—El duque de Turingia.

—¿Él? ¿Turingia? Es tan antiguo y ridículo como su señor.

—Cree que está bien situado para ser nombrado canciller y reemplazar a...

—No te atrevas a pronunciar el nombre de ese miserable.

—Bueno, pues para ser nombrado nuevo canciller.

Habían abandonado a Heinrich Himmler en el barro después de que John Camp le rompiera el cuello el día que los alemanes y los rusos fueron obligados a batirse en retirada. Era la única buena noticia que recibió Stalin tras la ignominiosa derrota. Esperaba que los lobos hubiesen despedazado el cuerpo de Himmler. Cualquier cosa

más leve le sabría a poco.

—¿El rey no dispone de alguien más capacitado que ese viejo chiflado de Turingia?

—Himmler se cargó a todos sus posibles rivales —le recordó Kutuzov—. Lo siento. Ya sé que no tenía que mencionar su nombre.

Stalin fulminó con la mirada a su presuntuoso mariscal de campo, cuya gesta militar más ilustre en vida fue repeler la invasión napoleónica de Rusia en 1812.

—Reinaldo de Dassel era el último consejero eficaz del que disponía el rey —continuó Kutuzov—. Himmler, perdón, hizo purgas entre los cortesanos de su rango y cuando consiguió la cabeza de Reinaldo el mes pasado, ya no quedaba nadie más que él que pudiese ser considerado como un canciller creíble. Ahora escasean los candidatos entre los que puede elegir el rey Federico.

—Tal vez podríamos aprovecharnos de esta situación —meditó Stalin.

—¿Cómo? —preguntó Kutuzov.

—No voy a hablar más —replicó el zar atusándose el bigote y guiñando un ojo—. Y ahora, Pasha, dime lo que has averiguado sobre ese nuevo cañón inglés.

Los rusos se habían apuntado una única victoria en medio de la monumental derrota a manos de los italianos y los franceses. A uno de los carros que transportaba el cañón de Garibaldi se le había roto un eje y lo habían tenido que abandonar. Una patrulla de soldados rusos se había topado con él y habían logrado, a fuerza de músculo, trasladarlo hasta otro carro más sólido. Durante la retirada de Francia trasladaron la pieza de artillería hasta Alemania, donde Pasha capitaneó a un grupo de militares y herreros que lo examinaron a fondo. Acababa de regresar a Marksburg para informar al zar.

A Pasha no le gustaba hablar en ruso. Antes de morir había adquirido un buen nivel como lector de ruso, sobre todo de artículos científicos, pero en los siete años que llevaba en el Infierno, casi todo el tiempo en Rusia, se había visto obligado a utilizar esa lengua como el ganso al que alimentan a la fuerza para hacer paté.

—Empezaré diciendo lo que siempre digo —arrancó—. No soy un experto en armamento y no soy un metalúrgico.

Stalin le ordenó ir al grano con un gesto.

—Y yo te responderé lo que siempre te respondo. Posees una brillante mente técnica. Un cerebro del siglo XXI. Algún día nuestro imperio ruso se pondrá a tu altura. Mientras tanto, tienes que trabajar con las tecnologías disponibles de los siglos XVII, XVIII y XIX. Centrémonos en el cañón, por favor.

Pasha suspiró, respirando con dificultad debido a sus pulmones dolorosamente pequeños y apartándose los rizos canos de los ojos. En vida fue un hombre escuálido y con pecho de pajarito y en el Infierno había perdido todavía más peso. Stalin, su ferviente protector y benefactor, se había asegurado de que siempre tuviese generosas raciones de comida y se le proporcionase un alojamiento confortable, pero su depresión crónica lo mantenía hundido como un ancla que han lanzado por la borda.

Lo único que lo impulsaba a comer era el miedo a acabar en un pudridero.

—El cañón tiene un diseño simple, pero inteligente. No sé mucho sobre la historia de la fabricación de cañones, pero los militares me han comentado que es probable que este sea una invención de finales del siglo XIX que duró poco tiempo porque quedó eclipsado por los nuevos diseños más avanzados que permitían fabricar los altos hornos.

Stalin asintió con su enorme y pétrea cabeza.

—Tenemos que encontrar ingenieros que nos puedan construir altos hornos. Debemos ser los primeros en conseguirlo en este apestoso mundo. Pero hasta que lo logremos, debemos ir incorporando innovaciones más modestas.

—Estoy de acuerdo, por supuesto —reconoció Pasha—. Podemos aplicar fácilmente las innovaciones del arma italiana. El cañón en sí es convencional, pero se le han realizado unas estrías en espiral en el interior. Las balas incorporan unas pequeñas aristas soldadas que encajan a la perfección en las hendiduras del cañón. Al disparar, las balas salen propulsadas a la vez que giran y con eso se logra que su trayectoria sea más recta y lleguen más lejos. Son esos giros los que producen el silbido característico que todos oímos ese día.

—Colocaron esos cañones en un punto elevado desde el que se dominaba nuestro campamento —continuó Kutuzov— y causaron estragos desde muy lejos.

—¿Por qué nosotros no disponíamos hasta ahora de este diseño? —preguntó Stalin.

Pasha se encogió de hombros.

—Como ya he explicado muchas veces —respondió—, este tipo de tecnología tuvo poco tiempo de vigencia. Es un azar impredecible que llegue al Infierno alguien que conozca esa tecnología en concreto, se mantenga intacto el tiempo suficiente como para transmitir la información y además caiga en el lugar y momento justo en el que se disponga de la capacidad para desarrollar ese invento.

—Y resulta que a los italianos les han confluído todas esas circunstancias —comentó Stalin enojado.

—Parece que sí. La buena noticia es que nosotros estamos capacitados para producir un número ilimitado de cañones en cuanto llevemos a las forjas de nuestro territorio el que hemos capturado para que sirva de muestra.

—Debemos hacerlo de inmediato —urgió Stalin—. Este armamento ha sido clave en la victoria de nuestro enemigo. Nadie hubiera imaginado que la suma de fuerzas de Rusia y Alemania acabase derrotada por Francia e Italia. No debemos esperar a regresar a la madre patria. Los alemanes disponen de excelentes forjas, ¿verdad?

Kutuzov negó con la cabeza, provocando la sacudida de sus carrillos.

—No podemos permitir que ellos tengan acceso a esta tecnología. Hoy son nuestros aliados, pero mañana pueden ser nuestros enemigos.

—Soy consciente de ello —asintió Stalin—. Aun así, no abandonaremos esta idea. Y ahora, repasemos los puntos importantes de la reunión estratégica de esta

noche.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Pasha.

—No, quédate. Me gusta tenerte cerca. Tu cara de amargado siempre me levanta el ánimo. Lo fundamental esta noche es que seamos nosotros y no los alemanes quienes marquemos la agenda. ¿Qué queremos nosotros que suceda?

—Deberíamos traer tropas de refuerzo y atacar primero a Francia y después a Italia —afirmó Kutuzov—. Maximilien debe recibir su merecido. Y después Borgia.

Stalin miró a los congregados y señaló a uno.

—Sal de tu escondrijo, Yagoda, y diles lo que me has dicho a mí.

El coronel Yagoda, el jefe de la policía secreta, emergió de entre las sombras. En vida, Yagoda ya había dirigido la policía secreta, pero fue purgado por Stalin en un juicio amañado tras el cual lo desnudaron, lo golpearon y después le pegó un tiro su sustituto, que acabaría corriendo su misma suerte bajo el mandato de Beria. En el Infierno, Yagoda había logrado sobrevivir como soldado raso del ejército del zar Iván. Cuando el propio Stalin llegó al Infierno, enseguida supo moverse en su nuevo mundo, logró escabullirse de los rastreadores del zar y empezó a buscar y captar para su causa a los viejos camaradas y acólitos que pululaban por Moscú y sus alrededores. Encontró a un buen número de ellos, incluidos a los que él mismo había purgado. El mensaje que les transmitió a esos hombres era muy simple: «Uníos a mí, olvidad el pasado y juntos derrocaremos al mentalmente desequilibrado Iván. Gobernados por el zar Iósif, vuestra vida en el Infierno mejorará mucho». Yagoda se había apuntado.

El coronel era a menudo objeto de mofa, porque su aspecto recordaba al de una rata enorme.

—Aunque necesitamos confirmarlas —explicó Yagoda—, nos han llegado informaciones sobre acontecimientos relevantes tanto en Francia como en Italia. Maximilien y Borgia han sido eliminados, y eso que este último ni siquiera estuvo en Francia. Los dos imperios se han unificado bajo el poder de un nuevo rey.

—¿Quién es? —preguntó un pasmado Kutuzov—. ¿Quién es ese hombre?

—Giuseppe Garibaldi —dijo Yagoda.

—¿Garibaldi? —inquirió el general—. En el mundo de los vivos era una figura de segunda fila, ¿no?

Stalin dio unos golpecitos impacientes en el brazo de la silla.

—Lo que fuese o no fuese en la Tierra aquí carece de importancia. Si Garibaldi ha conseguido llevar a cabo lo que dicen, es un maestro de la manipulación. Yagoda, quiero confirmación de la noticia. Si esto es cierto, creo que será mejor reorientar nuestro ataque contra Enrique de Britania. Según hemos oído, está herido, y nos sería muy útil incorporar su territorio al nuestro.

—Enrique se ha anexionado hace poco Escandinavia —informó el coronel—. Conseguiremos dos territorios por el precio de uno.

Stalin asintió y se puso en pie, una señal que todos reconocieron. La reunión

había terminado.

—Venid sobrios a la reunión de esta noche —les pidió Stalin—. Asistiréis a un gran espectáculo y deseareis poder recordarlo.

Al anoecer, la nutrida delegación rusa cruzó la muralla del patio central del castillo y se dirigió al gran salón de banquetes del rey Federico. La estancia estaba iluminada con velas, pero aun así permanecía en penumbra. Las numerosas columnas de considerable grosor que se alzaban desde el suelo daban al lugar de la reunión el aspecto de un bosque. La mesa de banquetes se había desplazado a un lado para dejar espacio al círculo de sillas con respaldos altos.

La delegación alemana se levantó educadamente cuando Stalin y los suyos entraron. En ausencia del rey, que todavía no había aparecido, el duque de Turingia era el miembro de más edad entre los alemanes y asumió el papel de anfitrión para dar la bienvenida a sus aliados. Arrastró sus artríticas caderas y le estrechó la mano a Stalin. Turingia le dio un débil apretón mientras que Stalin casi le rompe los dedos para mostrar su vigor.

Turingia hablaba inglés, un idioma que Stalin entendía.

—Empezaremos en cuanto llegue Barbarroja —anunció, tratando de retirar la mano.

—Podemos empezar ahora mismo —replicó Stalin en ruso elevando el tono. Y le pidió a un miembro de su delegación que hablaba alemán que lo tradujese.

Los germanos parecieron ofenderse, pero de inmediato la atención de todos los presentes se dirigió hacia la entrada, donde los dos guardaespaldas gemelos del rey, los dos corpulentos y musculosos jóvenes que jamás se separaban de su señor, ni siquiera en la cama, acababan de hacer acto de presencia. Hans y Johann cargaban con un gran baúl que cogían por las asas y que depositaron en el centro del círculo de sillas.

—¿Qué es esto? —preguntó Turingia, desconcertado.

—Tengo dos cosas que mostraros —anunció Stalin, que parecía saborear el momento mientras traducían sus palabras—. Caballeros, sacad por favor el primer objeto del baúl.

Los musculosos guardias abrieron la tapa, metieron las manos y sacaron el cuerpo desnudo y decapitado de un anciano. Cuando lo dejaron caer en el suelo, los brazos y las piernas se movieron, como si buscasen su cabeza.

El círculo de asistentes se estrechó en torno al cuerpo y algunos preguntaron en alemán y en ruso de quién se trataba.

—Ahora la segunda cosa —pidió Stalin.

Apareció una cabeza, una testa con una rala barba cana y un cráneo rosáceo y sarroso. Hans la sostuvo en alto. Los apagados ojos parecían escrutar la sala y los labios reseco se abrían y cerraban.

—Hans, Johann, ¿qué habéis hecho? —gritó el duque de Turingia.

Johann escupió sobre la cabeza de Barbarroja y se dirigió a él como si siguiese

entero.

—Nos has tratado peor que a perros durante cientos de años, viejo de mierda. El zar Iósif nos trata como seres humanos y nos ha dado más oro en un solo día que el que nos has dado tú durante siglos. Has recibido lo que hace mucho que te merecías.

Los nobles alemanes estaban en estado de *shock*. Su rey había sobrevivido en el Infierno durante mil años. Pero antes de que a nadie se le ocurriese sacar un arma, Stalin ya se había subido a una silla y reclamaba la atención de todos.

—Por favor, caballeros, sentaos y escuchadme. —Permitió que su traductor tomase la palabra cada vez que hacía una pausa dramática—. Pese a que el Infierno es perpetuo y no tiene fin, está cambiando ante nuestros ojos. El rey Maximilien ha sido derrocado. El rey Borgia ha sido vencido. Francia e Italia se han unido. La vieja guardia se está derrumbando y un nuevo poder está emergiendo. Esta noche voy a presentar a mis amigos alemanes una nueva visión para nuestro futuro compartido, un futuro en el que una Rusia y una Alemania unidas y lideradas por Stalin conquistarán no solo Europa, sino todos los dominios del Infierno. Escuchad mis palabras. Escuchadme con la cabeza fría y pensad en las riquezas y placeres que os esperan a todos los que tengáis la visión de uniros a mí.

Había pasado mucho tiempo desde la última visita de la emperatriz Matilde a la residencia del conde de Estrasburgo. Él decía que se trataba de un castillo, pero a ojos de la emperatriz era un cuchitril, apenas un poco más grande que cualquiera de los muchos pabellones de caza de su esposo. Se alzaba sobre la ciudad a orillas del río Ill y parecía hasta alegre en comparación con las deprimentes casas de la ciudad, porque se había construido con piedra de color rosa.

El conde de Southampton se había adelantado para informar a Estrasburgo de la inminente llegada de la emperatriz. Cuando la fila de carros llegó ante el puente levadizo del castillo, Southampton la estaba esperando.

Se acercó al carruaje y la emperatriz de inmediato se dio cuenta de que había algún problema.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Te veo demasiado apesadumbrado para mi gusto.

—Parece que el conde no está en Estrasburgo.

—¿No está? —gritó la emperatriz—. ¿Y cuándo va a volver?

—Está en París, majestad, con un ejército de alsacianos a los que hace algún tiempo se les pidió que contribuyeran a la defensa de Francia.

—¿Me estás diciendo que ha estado luchando contra el rey Enrique? —preguntó Matilde, perpleja.

—Así es.

—¿Y cuándo regresa?

—En el castillo no lo saben. Dicen que es usted bienvenida y que harán todo lo que esté en su mano para que se sienta cómoda.

—Bueno, no tenemos otra alternativa que aceptar. No podemos vagar por la campiña, ¿no te parece?

—No, majestad. Lo único que me preocupa es la fortificación. He visto pocos hombres de guardia y nuestro destacamento es demasiado reducido como para poder organizar una defensa adecuada en un castillo tan grande.

—¿Grande? —preguntó arqueando las cejas—. A mí me parece bastante pequeño.

Cuando cayó la noche, Sam y Belle durmieron juntos en su nueva cama en lo alto del torreón del castillo y Delia permaneció sentada a su lado, sobrellevando en silencio su desolación. Nunca en toda su vida se había sentido tan lejos de casa y tan terriblemente sola. Sus amigos y colegas la consideraban una persona alegre, etiqueta que siempre la irritaba, como si mermase su credibilidad entre los descreídos agentes del servicio secreto. Pero incluso ella tenía que admitir que era todo lo contrario de una persona depresiva. Su carácter había sido puesto a prueba hasta el límite tras la muerte de su marido por un ataque al corazón; Delia mantuvo una actitud positiva en el momento de la tragedia y también en los años de soledad que siguieron.

Pero esta noche no se le pasaba por la cabeza nada que se pareciese ni de lejos a un pensamiento positivo. La jarra de vino tinto que había dejado en la habitación un criado bobalicón y de mirada lasciva era su único consuelo.

Cuando oyó los ruidos a lo lejos lamentó haberse bebido tres copas. Al principio parecían voces distantes enfrascadas en una animada discusión. Pero al aumentar de volumen empezaron a semejarse más a gritos y, después, de un modo inquietante, a alaridos. Intentó abrir la puerta, pero estaba bloqueada con un cerrojo. Se abstuvo de aporrearla para no despertar a los niños, pero cuando el barullo subió de tono y se acercó demasiado como para hacer caso omiso, comenzó a golpear la puerta y a pedir socorro en su limitado francés.

—¿Qué pasa, tía Delia? —preguntó Sam, frotándose los ojos.

—Nada, cariño. Vuelve a dormir.

—Pero estabas gritando.

—Lo sé. Siento haberte despertado.

Alguien corrió el cerrojo y la puerta se abrió. Apareció Southampton, empuñando una espada con la mano manchada de sangre.

—Rápido —dijo—. Coge a los niños y sígueme.

Delia no podía apartar los ojos de la sangre que goteaba de la espada.

—¿Qué sucede?

—Nos atacan. Han herido de muerte a la emperatriz. Rápido, o estaremos todos perdidos.

Delia se precipitó sobre la cama y cogió en brazos a Belle, que seguía dormida. Sam estaba sentado en el borde del lecho mirando embelesado la espada del conde.

Apareció ante ellos una segunda espada, esta emergiendo del pecho de Southampton, que lanzó un grito y empezó a escupir sangre por la boca. La patada de una bota lanzó su cuerpo a un lado y un hombre bajo y grueso barrió con la mirada la

habitación, sosteniendo una espada en una mano y un hacha en la otra.

Delia se quedó mirando el único ojo de ese bárbaro mientras Clodoveo la estudiaba a ella y después a los niños con la expresión satisfecha de un hombre que estaba a punto de hacerse rico.

Rix y Murphy, encantados de estar fuera de sus celdas de Dartford, bebían café y miraban por las ventanillas del helicóptero. Ben estaba sentado un poco apartado de ellos, rememorando de manera intermitente la trifulca que había tenido con su mujer durante el desayuno. Ella era una mujer tolerante, sufrida, que sabía sobrellevar la presión de ser la esposa de un miembro del MI5, pero ninguna misión anterior había tensado la vida familiar de un modo tan desmesurado. Ella ya estaba acostumbrada a que él no pudiese hablar de su trabajo, pero no a sus actuales cambios de humor y reacciones agresivas contra ella y sus hijas. La discusión se había producido mientras él se vestía a toda prisa después de recibir una llamada del cuartel general. Ben se iba a perder el espectáculo escolar en el que participaban sus hijas esa tarde.

—Ya es la segunda vez consecutiva —se había lamentado ella.

—Ya ves, parece que los malos no están dispuestos a amoldarse al calendario escolar.

—Escucha, querido, estoy segura de que estás luchando contra los malos para salvar al país —había contraatacado ella con un tono cáustico—, pero tus hijas están creciendo sin ti.

—No tienes ni idea —replicó él mientras se calzaba—. No tienes ni puta idea.

—Tienes razón. No tengo ni idea, no sé nada de nada. No soy más que un ama de casa con la cabeza hueca. Y no te molestes en llamar más tarde. Ya sé que volverás a casa cuando ya nos hayamos acostado. Siempre es así.

Aterrizaron frente a un hangar del aeropuerto de Southampton, donde los recogió un coche con el que recorrieron los ochenta kilómetros que los separaban de Southsea. La policía de Hampshire había preparado una sala de interrogatorios en la comisaría de la localidad. Harto de tener que bregar con agentes entrometidos, Ben había organizado un acceso directo a la sala de interrogatorios desde la puerta de un muelle de descarga; ningún policía iba a participar en los interrogatorios y no los grabarían en vídeo. Los abogados del MI5 se habían ocupado de las formalidades.

Murphy y Rix estaban sentados a solas detrás de un espejo polarizado; dadas las circunstancias, Ben había decidido que solo él estaría presente en el interrogatorio.

—Hola, Gavin —saludó Ben al entrar en la sala—. Me llamo Wellington.

Gavin West levantó la cabeza. Parecía agotado.

—¿Es usted la persona a la que tenía que esperar?

—Creo que sí.

—No sé por qué no me dejan marcharme a casa. Me están tratando como si fuese un delincuente.

—Lo entiendo.

—¿Sabe cuánto rato llevo aquí metido?

—Tengo entendido que desde antes de la medianoche.

—Exacto. Toda la puta noche y la mitad de la puta mañana.

—Cuando acabemos te podrás ir a casa.

—Será mejor que así sea, porque si no voy a montar un auténtico cristo.

Ben torció el gesto de un modo casi imperceptible.

—¿Por qué no empiezas por el principio?

—¿Qué principio?

—Cuando encontraste a tu padre.

Gavin negó con la cabeza, enojado.

—Ya se lo he contado a todos y cada uno de los policías que me han interrogado en la casa y aquí. Llamé por teléfono a mi padre la noche pasada después de cenar y él no me cogía el teléfono. Pensé que quizá había ido al pub.

—¿Lo hacía a menudo? Lo de ir al pub.

—No, no muy a menudo. Por eso estaba intranquilo. No me podía acostar sin saber dónde estaba, así que cogí el coche y fui a su casa desde Portsmouth. Entonces yo...

Se le atragantaron las palabras.

—Lo siento. Sé que es difícil.

La desolación se transformó en rabia.

—¿Difícil? Qué cojones sabrá usted. ¿Difícil? ¿Ver a tu padre atado a una silla, con la cabeza reventada, con sangre por todas partes? Fue horrible.

—Sí, seguro que sí. No necesito importunarte con los procedimientos policiales rutinarios, de manera que no te voy a preguntar sobre el estado de la casa, sobre objetos desaparecidos, etc. Lo que quiero es contrastar una declaración que hiciste a los oficiales de policía anoche sobre que pasaste por casa de tu padre hace unos días y te encontraste allí con una mujer que pretendía ser tu madre, Christine. Por favor, ¿puedes repetirme lo que les contaste?

Al otro lado del espejo, Rix y Murphy se inclinaron hacia delante.

—Mi padre me telefoneó. Me dijo que quería que pasase a verlo, pero no me explicó para qué. Cuando llegué me lo encontré acompañado de dos mujeres, una de las cuales quería verme. Dijo que se llamaba Jane y que era amiga de papá.

—¿La otra mujer dio su nombre?

—No.

—De acuerdo, sigue.

—Esa mujer que se presentó como Jane dijo que antes vivía por la zona y que me había conocido cuando yo era niño. Pero eso no tenía ningún sentido.

—¿Por qué no?

—Porque no era mayor que yo. Tengo cuarenta y un años. Ella parecía más o menos de la misma edad. Se la veía más demacrada, como cuando uno duerme poco, ya sabe, pero no podía ser mucho mayor que yo.

—¿Y le preguntaste sobre eso?

—Lo hice. Me respondió que era mayor de lo que parecía.

—¿Y tú la creíste?

—No, era evidente que mentía.

—¿Y se lo echaste en cara?

—Hice algo más que eso. Tuve una especie de intuición. Había algo en ella que me resultaba familiar. Cuando yo era niño sucedió algo que todo el mundo me ocultó. Pero los niños saben averiguar las cosas, ¿no cree?

—¿Qué sucedió?

—Asesinaron a mi madre. Junto con el cabronazo con el que se había fugado, un poli. Nos abandonó a mi padre y a mí y se largó con ese fulano que era una manzana podrida. Secuestraron a una niña y la mataron, y después los mataron a ellos por haberlo hecho. Recibieron su merecido. En cualquier caso, mi padre guardaba un álbum de fotos de cuando yo era crío, cuando todavía éramos una familia. En mi adolescencia solía echar un vistazo de vez en cuando a esas fotos. Y esa mujer, esa Jane... Estaba seguro de que su cara me recordaba a alguien, así que fui a buscar el álbum de fotos y vi que era clavada.

—A tu madre.

—Exacto.

Ben tenía una copia de la foto, que la policía había enviado al MI5.

—¿Esta es la foto?

—Sí, es esta.

—Y esa mujer, Jane, ¿tenía exactamente este aspecto?

—Muy parecido.

—¿Le mostraste la foto a ella?

—Sí, lo hice.

—¿Y qué dijo?

—Me dijo que era mi madre. Empezó a llorar, y mi padre también.

—¿Y qué hiciste tú?

—Bueno, yo no lloré, si eso es lo que me pregunta. Me indigné. Escuche, señor Wellington, no soy Albert Einstein, pero tampoco Forest Gump. Todo era una gran mentira. Algún tipo de intento de estafar a un anciano como mi padre.

—¿Le dijiste a ella que creías que estaba intentando estafar a tu padre?

—Sí, se lo dije.

—¿Y ella qué respondió?

—Me dijo que había cosas en este mundo que no somos capaces de entender. Yo le respondí que era una zorra que o bien se había puesto algún tipo de maquillaje de actriz de Hollywood, o bien se había retocado la cara con cirugía estética para engañarnos.

—¿Ella lo negó?

—Claro que lo negó.

—Y entonces ¿qué sucedió?

—Le dije que no le íbamos a comprar lo que fuese que estuviera vendiendo y le

pedí que se largase y dejase en paz a mi padre.

—¿Y ella y la otra mujer se marcharon?

—Tuvieron que hacerlo, ¿no le parece?

—¿Dijeron adónde iban?

—No. Y yo tampoco se lo pregunté.

—¿Llamaron a un taxi? ¿O tenían coche?

—La otra mujer sacó las llaves de un coche de su bolso.

—¿Podrías saber la marca del coche por las llaves? ¿Las viste subir al vehículo?

—No a ambas preguntas.

—De acuerdo. ¿Tu padre creía que Jane era tu madre?

—Sí, pero más bien diría que quería creérselo. Era la mente de un anciano engañándose a sí mismo.

—¿Crees que esas mujeres volvieron y mataron a tu padre?

—Claro que sí. ¿Quién si no? Tiene que atraparlas, señor Wellington, y llevarlas ante la justicia por asesinar a un anciano que era un buen hombre.

—Me has sido de gran ayuda, Gavin. ¿Hay algo más que no me hayas comentado y quieras decirme?

—No, esto es todo.

—¿Algo acerca de cómo olían esas mujeres? ¿Del olor que desprendían?

—Sí, es cierto. Las dos apestaban a perfume. Era casi insoportable estar en la misma habitación que ellas. ¿Por qué olían así?

Ben se dirigió a la sala de observación y se sentó con Murphy y Rix.

La habitación apestaba a tabaco de liar.

—No creo que esté permitido fumar aquí —masculló Ben.

Murphy encendió otro cigarrillo.

—¿Creéis que Christine y Molly han matado al anciano?

—¿Tú qué crees, Ben? —respondió Rix con tono burlón.

—No, creo que no. Además de las huellas dactilares de la víctima, de Gavin y de vuestras esposas, había al menos huellas de otras cuatro personas sin identificar en el interior de la casa. ¿Cómo sabían los vagabundos dónde encontrar a Gareth West?

—Tiene que haber sido cosa de Hathaway —afirmó Murphy—. Christine debió de mencionarle a su ex. Todo lo que ha necesitado él es el nombre y la ciudad.

—Claro que ha sido cosa de Hathaway —corroboró Rix—. Ese pedazo de mierda solía venir por nuestro apartamento, trayendo y llevándose bolsas de marihuana.

—¿Por qué creéis que están persiguiendo a las mujeres? —les planteó Ben—. ¿Por qué no se olvidan de ellas?

—Son unos cabrones retorcidos, ¿no? —dijo Murphy—. Las deben culpar de haber saltado a este mundo. Se querrán vengar de ellas. Esos tipos funcionan así.

—Culpar a las víctimas —repitió Ben—. Genial. Bien, la buena noticia es que no han encontrado a vuestras esposas. La mala es que nosotros no estamos más cerca de dar con ninguno de ellos y el reguero de cadáveres va en aumento.

Christine y Molly daban vueltas con el coche por Londres sin rumbo fijo. El itinerario que seguían era tan azaroso e indiferente como sus emociones. Gareth les había dado todo el dinero que tenía en casa y las había conminado a marcharse. Lo habían dejado confuso y nervioso.

Molly distinguió ante ellas la cúpula de la catedral de Saint Paul.

—¿Te apetece ir al oficio? —preguntó.

—Vete a la mierda —respondió Christine—. No tiene gracia.

—Pero tenemos que meternos en algún lado, cariño. ¿Qué te parece entonces un cine? ¿Sentarse en la oscuridad, comer helados y palomitas?

—Necesitamos un plan.

—Sé lo que podemos hacer. Podemos venderle nuestra historia al *News of the World* y después ir a la tele y ganar millones. ¿Cómo crees que nos llamarían? ¿Las tías infernales?

Eso casi hizo reír a Christine. Casi.

—¿Has visto cuánto me odiaba Gavin?

—No te odiaba. No creo que su actitud tenga nada que ver con el odio.

—Si se hubiera creído que era yo, me habría odiado. Lo abandoné. ¿Qué clase de madre abandona a su hijo pequeño?

—Una madre que estaba colada hasta las trancas por Jason. No olvides que Gareth West era un cabrón dominante y absorbente. Estabas desquiciada, querida. Necesitabas empezar de cero y aprovechaste la oportunidad. Eso te daba más libertad. Y Jason no iba a ser una figura paterna para tu hijo. Eso no iba con él. Gavin estaba mucho mejor creciendo con su padre. Y con lo que nos pasó después, bueno, pues se ahorró todo eso.

Christine digirió los comentarios de Molly. Una pareja en la acera captó su atención. Estaban tonteando y divirtiéndose.

—No andas desencaminada —murmuró con tono melancólico.

—Claro que no. Tal vez yo podría conseguirme mi propio programa en la tele. Consejos sobre la vida y el amor por la doctora infernal. Bueno, ¿qué decides?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de hacer una visita a tu hermana. No estamos lejos de Stoke Newington.

—Cuando éramos jóvenes no me caía nada bien. Era una arpía. Y ahora sería una vieja arpía.

—Bueno, yo no tengo a nadie en este mundo ni en el siguiente salvo a Colin.

—Vale, de acuerdo —accedió Christine—. No quería hacerlo, pero iremos a visitar a mi madre.

La dirección era la de una casita victoriana en una calle arbolada de Stoke

Newington. Hathaway pasó por delante con el coche varias veces y al final encontró un hueco para aparcar en un pequeño callejón sin salida cerca de un taller mecánico. Talley se puso la mano a modo de visera para proteger sus sensibles ojos de la intensa luz del sol. Disponían de dos botellas de licor de Gareth West para entretener la espera, que se prolongó hasta la noche.

Se despertaron cuando ya había oscurecido y hacía ya mucho rato que se les había acabado el alcohol; salieron del coche y orinaron en la calle desierta. Hathaway pulsó el timbre. Cuando nadie respondió, dio la vuelta a la casa hasta la parte trasera, rompió una ventana con una piedra y abrió la puerta a los demás.

—Será mejor que mantengamos las luces apagadas.

—Yo encantado —contestó Talley—. En este mundo todo brilla demasiado para mi gusto.

Hathaway avanzó a tientas buscando un par de velas en la repisa sobre la chimenea y las encendió en un fogón de la cocina. En la nevera había una caja con una sorprendente etiqueta que indicaba que contenía vino. Hathaway dedujo cómo se abría la boquilla de plástico y lo probó.

—Vaya mundo —masculló—. Vino en una puta caja.

Les pasó a sus compinches la caja de vino para mantenerlos entretenidos mientras él iba a echar un vistazo por la casa.

Los armarios de los dormitorios estaban llenos de ropa de mujer mayor. En la sala de estar había un extraño televisor muy plano, pero en una de las habitaciones descubrió otro como los de su época y pensó que ese sería capaz de hacerlo funcionar. En el suelo, junto a la rendija de la puerta de entrada, había un montón de correo acumulado. Todas las cartas estaban dirigidas a Helen Mandeville.

La cocina y los estantes de la despensa estaban repletos de latas, productos no perecederos y montones de papel higiénico. Parecía que la hermana de Christine era una acaparadora de comida. En la sala de estar había un mueble con las vitrinas llenas de piezas de porcelana barata floreada. Abrió las puertas de la parte inferior y lanzó un silbido. Al parecer también era una acumuladora de bebidas alcohólicas.

—Creo que nos podríamos quedar aquí algún tiempo —les anunció a los demás, repartiendo botellas de licor ante el entusiasmo general.

Mientras sopesaba su próximo movimiento militar, Stalin tomó posesión del palacio de Barbarroja y ordenó que se limpiase y fregase, eliminando todo lo que recordase al antiguo rey.

—Quemad su ropa, quemad su colchón, quemad todo lo que arda —había ordenado.

Cuando por fin se apagó la hoguera que ardía en el patio principal, un pequeño ejército de sirvientes trasladó al rejuvenecido palacio todas las posesiones de Stalin y las de sus generales y consejeros.

—¿Cuánto tiempo nos tendremos que quedar en este maldito lugar? —preguntó el mariscal de campo Kutuzov después de inspeccionar sus gélidos aposentos.

—¿A qué vienen tantas prisas? —quiso saber Stalin.

—Prefiero Moscú.

—Todos preferimos Moscú —replicó el zar—. Pero somos soldados, Mijaíl, y los soldados combaten. Marksburg nos resulta más conveniente que Moscú para lanzarnos a la conquista de Europa. ¿Necesitas que te lo dibuje en un mapa?

—Entonces empecemos de una vez —resopló Kutuzov—. Marchemos sobre Escandinavia, que caerá como un castillo de naipes, naveguemos hasta Britania y tomemos Londres desde el norte. Ya has visto mis planes de invasión.

—Pronto, pronto, Mijaíl, pero primero debemos consolidar nuestra posición en Alemania. Cualquier oficial o noble alemán que no sea por completo leal y digno de confianza debe ser purgado y reemplazado por uno de los nuestros, por hombres en los que podamos confiar. De lo contrario, en cuanto yo me marche de Marksburg, algún ambicioso intentará coronarse nuevo rey y todo lo que hemos logrado desaparecerá de un plumazo.

Ahora, en plena noche, Stalin contemplaba a solas en el húmedo salón real la leña que ardía en la chimenea. Se echó una manta sobre el regazo y sintió que empezaba a dormirse.

Su ayuda de cámara entró de puntillas. Nikita, un joven pecoso, llevaba a su lado desde que Stalin le arrebató las riendas del poder al viejo y loco zar Iván, que había gobernado Rusia durante más de cuatrocientos años haciendo honor a su apodo en la Tierra, Iván el Terrible.

Nikita se plantó ante Stalin y esperó a que este reparase en su presencia.

—¿Qué sucede? —preguntó el zar—. ¿Me vas a regañar por dormirme en una silla?

—Le pido disculpas por molestarlo, pero ha llegado un grupo de hombres al castillo. El jefe, un bárbaro según me han dicho, ha pedido ver a Barbarroja y cuando se le ha informado de su destitución, ha solicitado verle a usted.

—Seguro que este asunto puede aguardar hasta mañana. Pero si se niega a

esperar, que los guardias lo aniquilen. No tengo paciencia con los bárbaros. Hay demasiados en este mundo. ¿Ya me han calentado la cama?

Nikita inclinó la cabeza, un gesto que hacía siempre que se disponía a contradecirle.

—Disculpe, zar Iósif, pero ese bárbaro trae un gran tesoro que quiere mostrarle.

—¿Un tesoro? —bramó Stalin—. El palacio está lleno de tesoros. Si veo una bandeja de oro o un anillo con piedras preciosas más, vomitaré. Y ahora, Nikita...

—Niños —soltó el joven.

—¿Qué has dicho?

—Niños. Tiene niños.

—Eso es absurdo —masculló Stalin, cada vez más irritado—. Haz que fusilen a ese bárbaro.

—No le hubiera molestado si no los hubiese visto con mis propios ojos. Me ha mostrado a un niño. Muy pequeño, de no más de cuatro o cinco años si mis recuerdos no me engañan. El crío estaba asustado. Tenía la cara empapada de lágrimas. El bárbaro asegura que también tiene una niña en su campamento, todavía más pequeña. Y a una mujer que los cuida.

—¿Has visto a ese niño? ¿Y no has estado bebiendo?

—Solo un poco de vino. No lo suficiente como para imaginarme un niño.

—Esto no tiene sentido —murmuró Stalin, sacándose de encima la manta y señalando sus botas—. Las leyes del Infierno son inviolables. Aquí no llegan niños.

—Pero, zar Iósif —insistió Nikita—, es que estos niños no están muertos.

Stalin bebió otra copa para tranquilizarse. Llevaba más de una hora esperando a que el bárbaro volviese al castillo con su «tesoro».

Vio que por la otra punta del gran salón entraba un contingente de su guardia imperial que de pronto se hizo a un lado para dejar paso a un cacique tuerto y achaparrado, vestido con pieles de animales. Detrás de él avanzaba una mujer rolliza de mediana edad que llevaba de la mano a un niño pequeño y a una niña todavía más pequeña.

—Hablan inglés —le susurró Nikita a Stalin.

Stalin ignoró a Clodoveo y pasó junto a él rozándolo sin decir palabra, lo cual hizo que el bárbaro murmurase algo en su gutural idioma.

Delia miró al zar con suspicacia, con una expresión que daba a entender que lo reconocía, pero no acababa de ubicarlo.

—Por favor, no se acerque más —le pidió Delia—. Va a asustar a los niños.

Stalin se acuclilló.

—No quiero asustarlos —respondió en inglés. Su mirada era de absoluto asombro—. ¿Cómo se llama usted, señora?

—Delia. Delia May.

—Bienvenida, señora May. Les doy la bienvenida a usted y a sus pequeños. Yo soy Stalin. Iósif Stalin.

Ella palideció.

—Dios mío.

Stalin se retorció el bigote.

—Él no está, aquí solo está Stalin.

—Ya me había parecido reconocerlo —murmuró ella.

Stalin olfateó el aire.

—Es cierto. No desprendéis olor a muerto.

—Por fortuna no.

—¿Cómo es posible?

—¿Tiene tiempo para escuchar una historia muy larga?

—Sí, sí. Lo siento. Ya habrá tiempo. ¿Cómo se llaman los niños?

—El niño es Sam; la niña, Belle.

—Qué guapos son. Qué dulces. ¿Son suyos?

—Por Dios, no. Yo solo cuido de ellos. Los han separado de su madre.

—¿Ella también está viva?

—Sí.

—¿Puedo hablar con los niños, por favor?

—Si no los asusta.

En ese momento Clodoveo empezó a vociferar y los niños, aterrados, rompieron a llorar.

Stalin se incorporó y preguntó qué decía el bárbaro. El duque de Turingia y un grupo de nobles alemanes habían entrado en el salón y el viejo duque dio un paso adelante para ofrecer su ayuda.

—Mi zar, este hombre habla en un antiguo dialecto —explicó el duque—. Pregunta cuánto va a pagarle por estos trofeos.

—Dadle una bolsa de monedas y sacadlo de aquí —le gritó Stalin a Turingia—. Este bastardo está haciendo llorar a los niños.

El duque se acercó a Clodoveo, habló con él, obtuvo una sonrisa desdentada y un vigoroso gesto de asentimiento con la cabeza y acto seguido los soldados acompañaron al bárbaro hacia la salida.

La noticia de la llegada de visitantes ya había corrido por el castillo y empezaron a llegar al salón tanto rusos como alemanes. Kutuzov apareció envuelto en una túnica y Pasha con los zapatos desabrochados y los cordones golpeando contra el suelo de piedra.

Stalin volvió a acuclillarse y abrió los brazos.

—Niños, acercaos. Sam y Belle, acercaos. Venid a saludar al tío Iósif.

Delia les dijo a los niños que no había peligro y que podían salir de detrás de ella. Sam fue el primero en aparecer y dio un dubitativo paso hacia delante.

—¿Qué edad tiene Sam? —preguntó Stalin.

—Tengo cuatro años.

—Oh, qué niño más mayor. ¿Y cuántos años tiene la pequeña?

Desde detrás de Delia una vocecita respondió:

—Tengo tres.

Stalin se secó las lágrimas que le rodaban por las mejillas y se sonó la nariz con un pañuelo.

—Qué niños más preciosos. Estoy conmocionado. Jamás me hubiera imaginado una cosa así.

—También nosotros estamos conmocionados —afirmó Delia.

Stalin volvió a incorporarse.

—Usted, señora May, es inglesa, ¿verdad?

—En efecto.

—¿Y de qué parte de Inglaterra es?

—De Londres, pero hemos llegado aquí desde Dartford, que está en Kent.

Desde la otra punta del gran salón se oyó una voz en inglés. Pasha se abrió camino entre la multitud reunida.

—Lo siento —dijo—. ¿Ha dicho usted que viene de Dartford?

El viaje de Calais a París no estuvo exento de incidentes, pero los hombres armados del conde repelieron a vagabundos y bandoleros con una eficacia despiadada. John había distribuido entre su grupo armas para defenderse, pero los hombres del conde hicieron el trabajo sucio, derramando sangre y cortando cabezas ante la menor provocación.

Llegaron exhaustos a un París monocromo cubierto por una densa capa de humo de chimenea. John les señaló a sus camaradas de la Tierra el gran palacio de la Île de la Cité.

—Ese es —les indicó.

—Nuestro París es mágico —le aseguró Tony a Martin, tosiendo por culpa del humo—. Este París es una mierda.

—Si tienen camas y bañeras yo no me voy a quejar demasiado —aseguró Alice.

Emily le puso una mano en el hombro a John.

—Giuseppe es el único hombre del Infierno al que tengo ganas de volver a ver.

—¿A Caravaggio no? —le preguntó John.

—Bueno, a él también —sonrió Emily—. Es maravilloso. ¿Y ya te he dicho que tiene mucho talento?

El conde de Calais se acercó a las garitas de la guardia que flanqueaban el puente levadizo. Tras una animada discusión con el capitán, volvió sobre sus pasos agitando su único brazo.

—Les he explicado quiénes sois y quién soy yo. Van a avisar a los oficiales de alto rango.

—¿A Garibaldi?

—Eso espero. Me gustaría conocer al nuevo rey. No olvide decirle que les he ayudado a usted y a sus extraños amigos.

—Confíe en mí. Le van a dar una medalla.

Tras una larga espera, el capitán de la guardia llamó al conde, que a su vez avisó a John. El enorme puente levadizo bajó poco a poco y el grupo cruzó el río y traspasó la muralla defensiva exterior del castillo.

Desde la distancia, un hombre corrió hacia ellos y a juzgar por la torpeza de sus movimientos parecía claro que no estaba muy acostumbrado a correr.

Cuando estuvo lo bastante cerca, John vio de quién se trataba y le gritó:

—¡Guy! ¿Cómo está?

—¡John Camp! —saludó Forneau—. No me puedo creer que sea usted.

Jadeando y recuperando el aliento por el esfuerzo, le dio una palmada en el hombro a John y este le estrechó la mano.

—¿No pudo regresar a su mundo? —le preguntó Forneau.

—Sí que lo conseguimos, pero hemos vuelto. Ya se lo explicaré todo, pero primero le quiero presentar a Emily Loughy.

Forneau realizó una profunda inclinación, todavía con la respiración acelerada.

—Giuseppe ya me había contado que era muy guapa, y ahora puedo verlo con mis propios ojos. Es un honor conocerla, mi querida señora.

Emily saludó con su mejor versión de una reverencia y le dijo que había oído hablar muy bien de él.

—Vamos, entren —les invitó Forneau—. Tenemos muchas cosas de que hablar.

El conde de Calais dio un paso adelante, se presentó y empezó a explicar cómo les había ayudado a llegar hasta París por un camino lleno de peligros.

—Sí, sí —le cortó Forneau con un gesto de distanciamiento—. Se le recompensará debidamente por sus servicios, señor. Seguro que es usted un buen súbdito de la corona. Mañana arreglaremos este asunto.

—¿Sabe Giuseppe que estamos aquí? —preguntó John, dejando a un lado al conde, aunque sin perder las formas.

—Pero si él no está aquí. Él y la mayoría de nuestros amigos italianos se han marchado.

La noticia fue un jarro de agua fría para John y Emily.

—¿Dónde está? —preguntó John.

—Ha ido a Iberia para buscar una alianza con el rey Pedro. En los últimos tiempos han sucedido muchas cosas. Por favor, entren. Así podremos hablar más cómodos.

—No disponemos de mucho tiempo. Necesitamos su ayuda. La reina de Britania está en Francia...

—Sí, sí, lo sé —le interrumpió Forneau—. Mis espías me han informado de ello. Estaba en Estrasburgo, pero ha sido aniquilada por un señor de la guerra, Clodoveo.

Emily dejó escapar un grito visceral. Conocía a aquella bestia tuerta demasiado bien.

—Oh, Dios mío, John. ¡Los niños!

—¿Niños? —preguntó Forneau—. ¿Saben de la existencia de esos niños?

—Son mis sobrinos —respondió Emily—. Por eso estoy aquí.

—Díganos todo lo que sepa, Guy —le pidió John.

—No creía lo que me contaron, pero ahora tal vez sí. Me llegó la información de que Clodoveo había secuestrado a unos niños en Estrasburgo. Los entregó en Marksburg a cambio de oro. De modo que ahora están allí, en Marksburg.

—¿Los tiene Barbarroja? —preguntó Emily con voz temblorosa.

—No, él no. Él ya no es el rey. El zar de Rusia ha tomado el control de Alemania. Los tiene el zar Iósif.

—Lo recuerdo —dijo John con tono tranquilo, intentando disimular su inquietud—. Me habló de él.

—Tenemos que ir a Marksburg —sentenció Emily con premura—. Debemos dirigirnos allí de inmediato.

—Por favor, primero tienen que descansar un poco —insistió Forneau—. Y no pueden presentarse allí sin más y esperar tener éxito en su búsqueda. El zar y sus aliados germanos poseen un ejército formidable. Necesitarán una buena ayuda.

Fue en ese momento cuando Forneau reparó en la presencia de Martin, Tony y los demás, agrupados a cierta distancia. Se acercó con paso lento hacia ellos, olisqueando el aire y negando con la cabeza, asombrado.

—Cuántas almas vivas. El pasaje entre ambos mundos se ha ampliado, ¿no es así? Soy Guy Forneau, lord regente del nuevo rey. Les doy la bienvenida a Francia.

—¿Esto es España? —preguntó Trevor.

—Espera un momento —contestó Brian, estudiando la vasta playa rocosa—. Déjame ver qué dicen las señales. O mejor aún, voy a encender el GPS.

—He hecho una pregunta idiota.

Tiraron de la gabarra hasta vararla en la playa y después la ataron a una roca para asegurarla, aunque Brian dudaba de que el apaño aguantase cuando subiera la marea.

—De hecho, no es una pregunta completamente idiota —añadió Brian al cabo de un rato—. Hace años navegué por el golfo de Vizcaya. Y esta ensenada se parece mucho a una que recuerdo. Si no me equivoco, esto es Santander. Claro que el Santander que yo recuerdo era un gran puerto repleto de cruceros, en los alrededores de esta playa había un montón de edificios altos de apartamentos y esa colina estaba llena de casas con unos bonitos tejados de color salmón. Por lo demás, está idéntico. ¿Te apetece una sangría?

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que en ocasiones llegas a ser irritante?

—Solo todas mis exesposas. Y mis novias. Y Ronnie, mi agente. Y la gente del

equipo de mis programas.

Reunieron sus posesiones: espadas, mochilas y lo que les quedaba de comida y agua, y empezaron a caminar por la playa, confiando en el convencimiento de Brian de que Bilbao estaba hacia el este. No tenían ni idea de la ubicación de Burgos. Trevor estaba ya harto de oírle decir a Brian que lo único que tenían que hacer era llamar a información para pedir la dirección.

A lo lejos vieron a unos pescadores echando las redes y se dirigieron tierra adentro para evitar el contacto. La playa dio paso a una zona de matorrales y después a un prado. Distinguieron humo hacia el este. Al principio parecía un hilillo, pero a medida que se acercaban se convirtió en una enorme columna gris oscuro recortada contra el cielo. Trevor dedujo que estaría a unos tres kilómetros.

Después de caminar kilómetro y medio, la humareda no se había reducido y descubrieron el motivo. Desde allí las llamas ya eran visibles y quemaban una extensa zona.

—Tenemos que esquivarlo —sugirió Trevor.

Brian se mostró de acuerdo.

—Podemos dar un rodeo por el sur, pero será mejor que no nos alejemos mucho del camino.

Cuando se acercaron más descubrieron que lo que ardían eran varias casas. Un pueblo entero estaba en llamas. Unos metros más adelante escucharon los primeros gritos, voces masculinas que aullaban de dolor y miedo. Y un grito más agudo que cada vez sonaba más fuerte.

Apareció ante ellos una mujer que huía del pueblo en llamas.

Y detrás de ella, cuatro hombres que la perseguían, gritando y blandiendo sus espadas.

Brian y Trevor se miraron con una misma expresión que no requería palabras. Iban a portarse como caballeros andantes.

—Pero hagámoslo rápido —apuntó Trevor—. No hemos venido aquí para esto.

—Totalmente de acuerdo —coincidió Brian, y desenvainó su espada.

La mujer los vio y se quedó petrificada, creyéndose atrapada.

—¡Aquí, aquí! ¡Somos amigos! —gritó Brian, agotando casi todo el español que conocía.

La mujer volvió la cabeza para ver dónde estaban los hombres que la perseguían. Era joven e iba descalza, tenía el cabello negro y vestía una sencilla falda. Tomó una decisión y corrió hacia los desconocidos.

Trevor y Brian mantuvieron sus posiciones y la mujer pasó ante ellos, con el miedo en la mirada. Siguió corriendo y se detuvo a unos cincuenta metros.

Sus perseguidores parecieron darse cuenta de que se avecinaba un combate y ralentizaron el paso para intercambiar instrucciones a gritos.

—La espada en la mano derecha, el cuchillo en la izquierda —recitó Brian, dándole a su pupilo un curso de repaso acelerado—. Y quítate la mochila.

—Ojalá tuviese una nueve milímetros —masculló Trevor, respirando hondo mientras se preparaba.

—Lo mismo digo. Las armas antiguas son una porquería, ¿no te parece?

Los perseguidores armados con espadas se dividieron en dos grupos e iniciaron una maniobra envolvente; primero avanzaron con paso lento y de pronto se lanzaron sobre ellos corriendo.

—Mantén la posición —susurró Brian, con su espalda pegada a la de Trevor—. Cárgate a uno rápido y ya será un combate de uno contra uno.

Al primer contacto, los atacantes parecieron descubrir que había algo diferente en sus adversarios, pero no había tiempo para otra cosa que no fuera combatir.

Brian sorprendió a sus dos oponentes cargando contra ellos con la espada en alto, y mientras iniciaba el movimiento descendente aprovechó para cortarle el tendón de la corva con el cuchillo a uno de ellos. Antes de que pudiese capitalizar su ventaja, el otro se le tiró encima y tuvo que parar sus envites con la espada.

Trevor se quedó clavado en su sitio, basculando ligeramente hacia delante, tal como Brian le había enseñado. Sus dos oponentes lanzaron un ataque coordinado y tuvo que detener las arremetidas de dos espadas al mismo tiempo. Logró bloquear una, pero la otra le rasgó la chaqueta. Temió que llegase el dolor, pero no apareció. Rabioso por lo cerca que había estado de resultar herido, lanzó un furioso contraataque y se sorprendió a sí mismo gritando como un maníaco.

El bramido resultó eficaz. Uno de sus oponentes dudó el tiempo suficiente para que Trevor le asestase una estocada antes de que pudiera defenderse de un modo efectivo. La espada le desgarró el hombro y la camisa marrón que llevaba se tiñó de rojo. El segundo atacante, el que le había rasgado la chaqueta, reaccionó con rapidez y embistió con la espada con tal fuerza que a Trevor se le escapó la suya de la mano. El tipo sonrió y pareció retarlo a inclinarse para recogerla. Trevor se pasó el cuchillo a la mano derecha y se preparó para lo peor.

Por el rabillo del ojo vio la hoja de una espada. Brian atacó al aspirante a verdugo de Trevor y este tuvo el tiempo justo para bloquear el golpe con su espada. Trevor echó un rápido vistazo a los dos cuerpos que yacían en el suelo, eficazmente eliminados por el hombre de la BBC.

El otro soldado al que Trevor había herido trató de empuñar de nuevo la espada, pero tenía el hombro destrozado. Optó por huir hacia el pueblo en llamas.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó a Brian.

—No, no te acerques —le gritó este—. No quiero herirte por error.

Brian y su oponente se enfrentaron con las espadas durante un minuto y de pronto se detuvieron de un modo tan abrupto como habían comenzado. El soldado bajó la mirada para observar algo que se le había clavado en un costado y dejó caer la espada, porque necesitaba las dos manos para hacer otra cosa. Se arrancó el cuchillo de Brian, lo miró perplejo, se desplomó hacia delante y su sangre empezó a empapar la hierba.

Trevor se volvió para mirar a la mujer. Ella dejó escapar un aullido y emprendió de nuevo la huida.

—Eh —la llamó—. No pasa nada. Ya no te pueden hacer daño.

Oyó que Brian decía:

—Pero ellos sí que pueden.

Y entonces descubrió lo que estaba viendo Brian. Un nutrido grupo de jinetes galopaba hacia ellos desde el pueblo y se acercaban a gran velocidad.

—¿Qué hacemos? —preguntó Trevor.

Brian tiró las armas y levantó las manos.

—O nos rendimos o morimos. Y no me apetece morir dentro de un minuto.

Trevor imitó a Brian y ambos esperaron lo que fuese que se les venía encima.

La mayoría de los caballos se detuvieron a su alrededor, pero unos pocos siguieron a la mujer que huía.

Los jinetes miraban a Trevor y Brian con suspicacia. Este giró la cabeza y vio cómo uno de los perseguidores levantaba a la mujer del suelo y la cargaba en su silla de montar.

Uno de los jinetes iba mucho mejor vestido que el resto. Era un hombre de mediana edad con la cara sudorosa llena de marcas de viruela; vestía un jubón negro, pantalones ceñidos del mismo color y un sombrero flexible también negro asegurado con un barboquejo. Desmontó y dio instrucciones en español a uno de sus hombres para que recogiera las armas antes de que él se acercase. Otros retiraron los cuerpos de sus camaradas, que todavía se movían.

Por fin el líder avanzó hacia ellos, los olfateó e hizo una mueca de desconcierto.

—¿Quiénes sois? —les preguntó en español.

Brian entendió la pregunta y respondió en inglés.

—Me llamo Brian y mi amigo es Trevor. ¿Habla inglés?

El hombre respondió:

—Inglés sí, un poco. ¿De dónde venís? No sois de por aquí.

Brian bajó poco a poco los brazos, pero el jefe de los jinetes le gritó «no, no», él obedeció y el tipo ordenó que los registrasen antes de permitirles bajar las manos.

—Venimos de Inglaterra —dijo Brian.

—¿De Britania?

—No. De Inglaterra. No somos del Infierno. Venimos de la Tierra —le aclaró Trevor.

—Señor, todos venimos de la Tierra. Primero fallecimos. ¿Vosotros habéis fallecido?

—No, estamos vivos —respondió Trevor.

—Eso es imposible.

—Estamos vivos, es cierto —insistió Brian—. Unos científicos nos han enviado aquí.

—¿Para qué?

—Para buscar a unos amigos —explicó Trevor.

—¿Quiénes son esos amigos?

—Otras personas vivas. Dos mujeres y dos niños que han sido enviados aquí por error.

—No entiendo lo que me estáis contando. Decidme, ¿por qué habéis aniquilado a mis hombres?

—Perseguían a esa mujer —respondió Brian.

—Ella me pertenece —dijo el líder—. El pueblo de Astillero me pertenece. Si ordeno que incendien el pueblo, se incendia. Si ordeno que atrapen a esa mujer, la atrapan.

—¿Y quién es usted? —preguntó Trevor.

—El príncipe Diego de Anera, heredero de la corona de Bilbao. Vais a venir conmigo.

—¿Nos ayudará? —preguntó Trevor—. Uno de nuestros amigos, una mujer, está en Iberia, creemos que en Burgos. Tenemos que encontrarla.

—Sí, os ayudaré. ¿Podéis pagar? ¿Tenéis oro?

—Algo mejor que oro —repuso Brian—. Llevamos una cosa muy valiosa en esa mochila.

El príncipe recogió la mochila y la abrió.

—¿Esto? —preguntó, sacando un libro.

—Sí.

El príncipe lo abrió y enseguida lo cerró.

—No sé leer en vuestro idioma.

—No es un problema. Podemos traducirlo —ofreció Trevor.

—¿Por qué es valioso?

—Porque enseña a fabricar bombas. Bombas muy grandes.

El príncipe arqueó las cejas, ordenó a cuatro de sus jinetes que compartieran montura y les ofreció dos caballos.

—Vamos. Iremos a mi casa en Bilbao.

—Eso suena bien —dijo Brian—. ¿Algún problema con lo de montar a caballo, Trev?

Trevor soltó unas cuantas maldiciones.

—No permitas que el animal note que le tienes miedo. Saldrás airoso.

—Más que ella.

La fugitiva pasó ante ellos. Levantó la cabeza de la silla de montar y les lanzó una mirada afligida mientras su captor la llevaba de vuelta al pueblo, donde le esperaba un destino incierto.

—No podemos salvarlos a todos —murmuró Brian.

Había llegado al Infierno débil como un cachorrillo. Fue rescatado de manos de los tratantes de esclavos babilonios que lo habían atrapado, y los leales soldados macedonios que le precedieron en el Infierno cuidaron de él. Después de recuperar su legendaria fuerza, regresó a su tierra natal en el Egeo.

Durante los veintitrés siglos que llevaba en el Infierno el joven guerrero había luchado contra todo tipo de enemigos, había conquistado territorios, perdido territorios y los había reconquistado de nuevo. Pero por encima de todo, había tenido que combatir la terrible rutina y el aburrimiento del tiempo sin fin.

—Mejor ser rey que esclavo —les solía decir a sus camaradas—, pero todavía sería mejor ser liberado de esta prisión sin barrotes de la que es más difícil escapar que de cualquier cárcel.

No había liberación posible, y no le quedaba otro remedio que sobrellevar esa existencia de inacabables ciclos de violencia atacando y defendiéndose.

Al rey Alejandro de Macedonia muchos hombres que llegaron después de él al Infierno le habían contado el nombre que la historia le había dado: Alejandro Magno. Ese nombre le llenaba de orgullo. Desde luego que había sido magno, ¿o no? Había creado el mayor imperio del mundo antiguo, que se extendía desde Grecia hasta Egipto y llegaba hasta el subcontinente indio. Jamás había sido derrotado en el campo de batalla.

Pero en el Infierno sus éxitos militares habían sido mucho más limitados. Sus soldados no eran tan valientes y disciplinados como los que comandaba en vida. Aquí no combatían por la gloria de los dioses, porque ya nadie creía en ellos. Muchos de sus mejores hombres no aparecieron jamás en el Infierno, lo cual era para él la prueba de que las matanzas en plena batalla no eran motivo de condena universal. Solo aquellos soldados que habían cometido atrocidades con civiles, con prisioneros o con inocentes volvieron a cruzarse con Alejandro después de morir. Y esos hombres eran una pandilla de indisciplinados y díscolos. En cuanto a los macedonios y griegos de épocas más modernas que llegaban a su reino del Egeo, estos no eran tan buenos combatientes como los antiguos guerreros. Esos sí eran hombres de verdad, se lamentaba siempre el rey.

Hacía mucho que ya no se preguntaba por qué había acabado en el Infierno. ¿Fue por el general tracio al que mató porque osó mirarle a los ojos en lugar de bajar la mirada como un prisionero obediente? ¿O al chico indio al que había estrangulado en su lecho? ¿O por los soldados de su propio ejército a los que ejecutó por orinar en la tumba de Ciro el Grande? Hacía mucho que ya no pensaba en esas cosas.

Montado sobre su caballo blanco, los músculos de los hombros se tensaron bajo la piel bronceada cuando tiró de las riendas para que el animal se detuviese. Iba en la vanguardia, al frente de una columna de combatientes macedonios y esclavos. Algunos

de esos hombres llevaban dos milenios a su lado, aunque la mayoría de sus camaradas de los primeros tiempos estaban pudriéndose en zanjas o bajo el agua. Los más afortunados, que habían caído en la batalla o por enfermedad, descansaban en pudrideros. Él ya se había preparado su propio pudridero real para acoger sus restos si un día eso llegaba a ser necesario.

A sus pies se extendía la bahía de Nápoles; la concurrida y mugrienta ciudad se desparramaba desde los altos acantilados hasta el borde del mar.

—¿Ves eso, Clito? —le dijo al joven general que tenía a su lado, un antiguo amigo al que había matado en la Tierra después de una pelea de borrachos—. Tienen que saber que estamos aquí. Tienen que saber que hemos marchado desde el sur. Y, sin embargo, ¿dónde está su ejército? ¿Dónde están sus defensas?

Clito se rio y comentó:

—Ese nuevo rey debe ser un asno. Sale por la puerta principal de su casa para perseguir a sus enemigos del norte y deja la puerta trasera sin vigilancia.

—Vamos allá —suspiró Alejandro—. Esta ciudad es pobre y fea. Cuanto antes la conquistemos, antes llegaremos a Roma.

Dos vehículos a vapor franceses avanzaban entre estruendosos resoplidos por el camino lleno de baches, ahuyentado a toda la fauna de los alrededores. John conducía el primer coche, con Emily a su lado y Alice, Tracy y Tony apretados en el asiento trasero. Charlie, cuya proclama de que era capaz de conducir cualquier vehículo fabricado a lo largo de la historia resultó ser cierta, iba al volante del segundo, con Martin como copiloto y tres soldados franceses armados elegidos por Forneau en el asiento de atrás.

Forneau tenía muy clara la ruta que habían tomado Garibaldi y el ejército italiano.

—Irán hacia el sur hasta Toulouse —les había explicado Forneau— y después hacia el oeste hasta la costa para evitar la ruta por las montañas. Desde allí entrarán en Iberia por Irún y bajarán hasta Burgos.

Los cálculos de John, considerando la partida anticipada de los italianos y la velocidad de cada una de las expediciones, le llevaron a concluir que los automóviles darían alcance al ejército antes de que este entrase en territorio íbero.

El primer día y la primera noche transcurrieron sin incidentes. Avanzaron a toda velocidad por la campiña y John logró esquivar las poblaciones. Cuando no tenían otro remedio que atravesar un pueblo, los aldeanos reaccionaban igual que los de la vez anterior, cuando cruzaron Europa con estas máquinas: se escondían en las casas y cerraban los postigos de las ventanas, aterrorizados por el estruendo y el poder imperial que las máquinas representaban.

Los soldados franceses, temerosos de los vagabundos, quisieron detenerse cuando

cayó la noche, pero el camino estaba en condiciones razonables y lo bastante iluminado por los faros como para que John decidiese seguir adelante. Solo aceptó detenerse cuando se hizo evidente que los pasajeros necesitaban descansar y los motores a vapor, una recarga de agua. Por suerte, en cuanto apagaron los motores, oyeron el agradable ruido de una corriente de agua y dieron con un buen arroyo cerca del camino.

Durmieron encima de mantas y pieles, envueltos por el cálido aire nocturno, algo inquietos pero cómodos a pesar de los insectos que zumbaban a su alrededor. John y los soldados hicieron turnos de guardia, y en cuanto despuntó el alba Charlie preparó las máquinas de vapor para el largo día que tenían por delante.

—Voy un momento con las chicas al bosque —anunció Emily mientras cargaba las mantas en el coche.

—¿Quieres que haga guardia? —le preguntó John.

—No nos pasará nada.

Se sacó del cinturón la pistola de chispa, colocó pólvora y se la tendió a Emily.

—Toma.

Ella la cogió y replicó:

—Volveremos en un segundo.

John se hallaba tan cerca de las estruendosas máquinas de vapor que se estaban calentando entre resoplidos que casi no oyó el disparo.

Cuando los soldados franceses vieron que salía corriendo lo siguieron blandiendo las espadas.

—¿Los demás esperamos aquí? —gritó Tony, pero ya habían desaparecido entre los matorrales.

John vio el cuerpo en el suelo, junto a un árbol caído.

Era un hombre esquelético vestido con harapos, que todavía agarraba un cuchillo curvo de los que usaban los vagabundos y presentaba un agujero redondo y negro en la frente.

Emily permanecía en actitud protectora ante Alice y Tracy y la pistola todavía humeaba en su mano. Alice intentaba tranquilizar a la histérica Tracy.

—¿Iba solo? —preguntó John.

—Había más —respondió Emily, sorprendentemente tranquila—. Avanzaban con sigilo hacia nosotras. Los otros han huido.

Al ver a John, Alice dio un paso hacia delante.

—¿Está muerto?

—Muerto no, ¿recuerdas? —John le quitó de una patada el cuchillo de la mano al agresor—. Pero sus días de vagabundo se han terminado.

Emily soltó la pistola y empezó a temblar como si tiritase de frío. John la abrazó y la acarició hasta que ella estuvo en condiciones de volver a los coches.

—Buen tiro —le susurró John.

—Creo que he cerrado los ojos.

—Lo dudo. Eres muy valiente, ¿lo sabes?

Ella apoyó la cara en su hombro.

—Lo único que quiero es encontrar a Arabel y los niños y volver a casa.

—Entonces pongámonos en marcha.

La tercera mañana del viaje, con la humareda de miles de chimeneas de la cercana ciudad de Toulouse deslizándose sobre ellos, vieron los caballos y carros de la retaguardia de la columna italiana.

—¿Crees que son ellos? —le preguntó Emily a John.

—Si nos topamos con el ejército equivocado tendremos un problema.

Tony se incorporó en su asiento y llamó la atención de Martin, que iba en el segundo vehículo. No tenía sentido darles la noticia a gritos en medio de todo aquel estruendo, pero señaló el camino y Martin pareció entender el mensaje y alzó el pulgar.

Los primeros soldados italianos que oyeron acercarse a los coches se volvieron y prepararon las armas. Se corrió la voz entre la columna. John aminoró la velocidad y se acercó del modo menos amenazante posible, saludando con la mano libre.

Cuando llegó a unos cincuenta metros de la columna frenó, obligando a Charlie a hacer lo mismo.

Un tirador los apuntaba con su rifle.

—¡Al suelo! —gritó John, empujando a Emily por debajo del parabrisas.

Pero antes de que el tirador pudiese apretar el gatillo, otro soldado italiano le dijo que bajase el arma. Ese hombre corrió hasta el coche, agitando los brazos y gritando el nombre de John: «¡Signore Camp! ¡Signore Camp!». John lo reconoció: era uno de los miembros del pelotón con el que había cargado contra los ingleses, lanzándoles granadas, en aquel ataque clave para que la balanza de la victoria se inclinase hacia las fuerzas de Garibaldi.

John se puso en pie tras el volante y gritó «¡Ciao, Mario!».

—No pasa nada —les aseguró a sus compañeros—, conozco a este hombre.

Mario llegó hasta el coche y habló en un inglés tosco:

—¿Es usted? ¿No ha vuelto a casa?

—Volví a casa. Pero ahora he regresado aquí. Ella es mi amiga Emily.

Ella estiró el brazo, pero Mario dio la vuelta al coche, se colocó a su lado y le plantó dos besos en las mejillas.

—Esperen, esperen —pidió Mario—. Voy a buscar al *re* Giuseppe.

La columna italiana ocupaba un largo tramo de camino y Garibaldi tardó un rato en aparecer a lomos de un caballo, flanqueado por Caravaggio y Simon Wright y acompañado por una guardia personal formada por sus soldados más leales.

John y los demás salieron de los vehículos y los soldados franceses se estiraron sobre la hierba del borde del camino.

Garibaldi desmontó, vestido con el mismo uniforme de soldado y la misma camisa roja que llevaba la última vez que se vieron. Sin ninguna gala especial ni

ningún ornamento real, un simple soldado con un rostro surcado de arrugas y una barba casi cana. Se acercó a ellos cojeando de forma ostensible.

—John y Emily —saludó Garibaldi, cogiendo a su amigo por los hombros con sus artríticas manos y dedicándole a Emily una cálida sonrisa—. Siento emociones contradictorias. Es maravilloso volver a ver a los camaradas, sobre todo a los que les debo tanto. Pero por otro lado me duele que no hayáis logrado regresar a casa.

—Sí que lo logramos —le corrigió John—. Pero hemos vuelto.

—¿Por qué?

—Para llevarnos de vuelta a esta gente —explicó John, señalando a las demás personas de la Tierra—. Y para encontrar a otros.

—Mi hermana y sus hijos se han visto atrapados en este lío. Los estamos buscando.

Garibaldi negó con la cabeza y estaba a punto de decir algo cuando Caravaggio se aproximó y dedicó toda su atención a Emily.

—De nuevo tengo el privilegio de ver tu rostro —susurró—. ¿Puedo besarte?

—Puedes —aceptó ella riendo.

—John, no me vas a disparar, ¿verdad? —preguntó Caravaggio.

—Un beso lo acepto, dos y tendrás un problema.

Simon le estrechó la mano con fuerza.

—Me alegro de verte, amigo. ¿Qué tal tira este viejo cacharro francés?

—Le cuesta un poco. Tal vez le podrías echar un vistazo.

—Lo haré encantado. —Simon se fijó en Alice—. No te comportes como un bruto. Preséntame a tus amigos.

John señaló a Charlie y Martin y los dos saludaron con un hola cuando dijo sus nombres.

—Escuchad todos —anunció John—. Él es Giuseppe Garibaldi, rey de Italia y ahora también de Francia. Es un gran hombre y me alegro de poder considerarlo mi amigo. Y estos caballeros también son grandes personas. Él es Simon Wright, soldado y constructor de máquinas de vapor, y él es Michelangelo Caravaggio, uno de los mejores pintores de todos los tiempos.

John ya les había hablado a Martin y Tony de la posibilidad de un encuentro con Caravaggio, pero ese par de amantes del arte se mostraron obnubilados y balbuceantes en su presencia, lo cual complació al artista, pero al mismo tiempo resultó embarazoso porque lo adularon más a él que al rey.

Simon se acercó a Charlie, Tracy y Alice y empezó a conversar con ellos, preguntándoles de dónde eran y cómo habían acabado metidos en ese tremendo lío.

—No lo sé —reconoció Alice—. Tendrás que preguntárselo a Emily.

—¿Así que fabricas máquinas de vapor? —se interesó Charlie—. Yo construyo casas. Alice es electricista, y muy buena, por cierto.

—¿En serio? —dijo Simon, asintiendo y sonriendo—. Una mujer que domina la electricidad. Tenemos a Emily, que es científica, y ahora a ti, electricista. Las mujeres

de vuestra época hacen el trabajo de los hombres. ¿Y tú, querida?

Tracy alzó la cabeza.

—¿Yo? Yo no soy más que una madre.

—¡No es un trabajo sencillo! —añadió Simon con tono jovial—. ¿Puedo preguntarte por tus hijos?

—Estarán con su padre, o eso espero. Estaban en el colegio cuando...

Rompió a llorar antes de acabar la frase y Alice le acarició la espalda con un gesto maternal.

—Tranquila, tranquila —le pidió Simon—. Estoy seguro de que el señor Camp te llevará de vuelta con ellos. Es alguien a quien vale la pena tener de tu lado.

Había muchas cosas de que hablar, pero Garibaldi no quería perder un día de marcha. Después de darles a los soldados franceses caballos para que pudiesen volver a París, reemprendieron el camino hacia el este, en dirección a la costa, con John al volante de un coche y el otro conducido por Simon, que se ofreció voluntario. Charlie fue relegado al asiento trasero con Tracy. Y ante la insistencia de Simon, Alice ocupó el del copiloto.

Esa noche Garibaldi ordenó a sus cocineros que preparasen un festín para celebrar el reencuentro, pero de festín tuvo solo el nombre, porque las provisiones escaseaban. Comieron el mismo menú de pan duro, carne en conserva y guiso de verduras que la tropa, pero Caravaggio aseguró a bombo y platillo que al menos el vino, de barricas liberadas de las bodegas de Robespierre, era especial.

Garibaldi se sentó en un banco entre John y Emily y los escuchó mientras ellos le contaban su encuentro con el rey Enrique, el viaje a París y sus impresiones sobre la Francia post-Robespierre.

—Has hecho bien en incorporar a Francia a tu reino —reconoció John.

Garibaldi respondió con una tenue sonrisa.

—Como soldado sé que conquistar un territorio es una cosa, pero conservarlo es algo muy diferente y en ocasiones más difícil.

—Forneau es la persona adecuada para mantener la casa en orden —comentó John, y Emily se mostró de acuerdo.

—Lo es —admitió Garibaldi—, pero hay ambiciosos nobles franceses maniobrando en la sombra y la posibilidad de un contraataque de alemanes y rusos es muy real. Además, tenemos problemas en casa, porque nos han llegado noticias sobre la presencia de una fuerza invasora macedonia. Antonio se ha llevado un millar de hombres de vuelta a Italia para afrontar la amenaza. No era el momento ideal para dejar París. El nuevo orden que quiero instaurar debe basar su fuerza en el apoyo del pueblo, explotando cualquier resto de bondad que haya quedado en sus almas. No he tenido tiempo para transmitir a esa gente mis propósitos. Ni a los italianos ni a los franceses. Incluso los que ya saben que tienen un nuevo rey, desconocen que trato de establecer un nuevo modo de vivir en el Infierno, que busco un nuevo escenario en el que cada hombre y cada mujer de este miserable mundo pueda dejar atrás la

desolación y la desesperanza. Me hubiese gustado poder recorrer mi nuevo reino para explicar mis intenciones, pero no he podido hacerlo. Primero debo fortalecer nuestra posición mediante una alianza con los íberos, y este es el motivo por el que nos dirigimos a Burgos, para pedir audiencia con el rey Pedro.

—¿Qué crees que dirá? —preguntó John.

—La verdad es que no lo sé, y por eso ha sido necesario viajar con una fuerza militar considerable, por si prefiere la guerra. Es famoso por su arrogancia e intransigencia. Pero bueno, amigos míos, estos son mis problemas. Ahora contadme los vuestros —añadió, dándole una palmadita en la mano a Emily.

—Mi hermana y sus hijos, un niño y una niña, estaban esperando mi regreso en el laboratorio. Cuando John y yo volvimos, ellos fueron transportados aquí junto con otra mujer.

—¿Aquí? ¿Quieres decir que han llegado niños a este lugar? —exclamó Garibaldi afligido—. Qué horror. Qué crueldad. ¿Y dónde están?

—Guy nos dijo que estaban en Marksburg —comentó John.

—Entonces ¿están en poder de Barbarroja?

—¿No te han llegado las noticias?

—¿Qué noticias?

—Stalin lo ha derrocado y ha ocupado su lugar.

Garibaldi inclinó la cabeza.

—Una combinación de Germania y Rusia. Mi empeño en crear un nuevo mundo topa cada vez con más dificultades.

—No nos atrevimos a cabalgar hasta Marksburg y pedirle a Stalin sin más que nos los entregase —explicó Emily—. Necesitamos tu ayuda.

Garibaldi asintió.

—Y os la daré, con lo cual la alianza con los íberos es todavía más urgente. Seguro que preferiríais que diésemos media vuelta de inmediato y nos dirigiésemos hacia Germania, pero estamos ya muy cerca de Burgos.

John y Emily se miraron. Ambos empezaron a decir algo, pero John le cedió la palabra a ella.

—Creo que lo que los dos íbamos a decir es que como estamos tan cerca, lo mejor será llegar primero a Burgos. A mi hermana la separaron de sus hijos. Ellos han quedado al cuidado de una mujer llamada Delia. Pedro ha comprado a Arabel.

—Tenemos dos amigos —añadió John— que han venido a este mundo con nosotros, que están intentando llegar a Burgos para rescatarla. De modo que este es nuestro plan: intentaremos encontrarlos a los tres, viajaremos juntos a Marksburg y después regresaremos todos a Inglaterra.

—Me temo que volvemos a ir contrarreloj —explicó Emily—. Solo disponemos de veinte días para llevar a todos de vuelta a Inglaterra y desde allí regresar a casa.

—En ese caso —declaró Garibaldi—, debemos ponernos en marcha con la primera luz del alba y llegar a Burgos lo antes posible.

El rey empezó a incorporarse, pero hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al muslo.

—¿Cómo va tu herida, Giuseppe? —le preguntó John.

—Ya estaba bien, pero se ha vuelto a enrojecer y han vuelto los dolores.

—Ese hombre que ves allí, Martin, es médico. El rey Enrique tenía una infección. Él le fabricó una medicina que lo ha curado. ¿Me permites que le pida que te eche un vistazo?

—Mándalo a mi tienda —pidió Garibaldi—. Un anciano ansía su cama con el mismo ímpetu que un joven desea a una mujer.

El fuego del campamento se avivó y crepitó cuando Simon echó más madera seca. Caravaggio se había adjudicado a sí mismo la misión de intentar animar a Tracy, y le aseguró que no había cosa peor en el Infierno que ver a una mujer llorando.

Un rato antes, Tracy había insistido en que no tenía ni idea de quién era Caravaggio.

—En el colegio no escogí arte como optativa.

—De acuerdo —había replicado Tony, poniendo los ojos en blanco—, pero por el amor de Dios, ¿estamos hablando de Caravaggio!

—Déjala en paz —lo había regañado Martin—. Eres un esnob. No todo el mundo sabe quién es.

—Bueno, pues hasta ahora no me había encontrado con nadie que no lo conociese y lo adorase. Esto hace que todo este asunto del Infierno sea un poco más soportable. ¿Te imaginas cómo vamos a chulear cuando volvamos?

—Sí volvemos —le había susurrado Martin al oído.

—Háblame de tus hijos —le pidió Caravaggio a Tracy mientras sacaba su cuaderno de bocetos de su mochila.

—Bueno, Louis es un niño muy listo. Es capaz de...

—No, no este tipo de cosas. Dime qué aspecto tienen. Dame hasta los más pequeños detalles y yo te los dibujaré para que puedas ver sus caras.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó ella, y de pronto la mirada se le iluminó.

—Puedo hacerlo.

Tracy describió a sus dos hijos con todo lujo de detalles. La forma de sus caras, de las narices, los labios y las mejillas, de los ojos, las orejas y el cabello. A la luz de la hoguera, Caravaggio hizo el boceto de un rostro con carboncillo en una hoja de papel y cuando ella le dio la aprobación, lo reprodujo en otra de mejor calidad. Poco a poco, pero con pulso firme, fueron apareciendo los rostros de los dos hijos de Tracy, un niño y una niña cuyas mejillas casi se tocaban. Durante todo ese tiempo, Tony permaneció de pie detrás de Caravaggio, contemplando cómo trabajaba el maestro. El arquitecto mantenía los brazos cruzados muy apretados contra el pecho, como para evitar que se le escapase un jadeo. Cuando Caravaggio terminó, le ofreció la hoja a Tracy, que reaccionó con lágrimas de pesar y alegría. Su descarga de emociones

resultó ser contagiosa y a Tony también se le humedecieron los ojos.

—Es asombroso —murmuró Tony.

—¿Te gusta? —le preguntó el artista.

—No me puedo creer que haya visto a Caravaggio, perdón, que te haya visto a ti dibujando. Me siento como si hubiera muerto y estuviese en...

—Lo siendo —le interrumpió el pintor—. No es el Cielo.

Tony sonrió.

—Tienes razón. Pero aun así... Yo también dibujo.

—¿Eres un artista?

—En realidad no. Soy arquitecto.

—Construyes edificios.

—Sí.

Caravaggio le ofreció el cuaderno y un lápiz de carboncillo.

—Dibújame un edificio que hayas construido.

Tony se sonrojó y cogió el material. Se sentó en el suelo, dando la espalda a la hoguera, y comenzó a dibujar uno de los rascacielos londinenses que había diseñado. Era una torre altísima con la fachada curva, y cuando se lo enseñó al artista, este lo elogió efusivamente.

—¿Puedo darte un abrazo? —le preguntó Tony.

—¿Un abrazo? ¿Quieres decir con los brazos? —preguntó Caravaggio—. Sí.

Martin salió de la tienda de Garibaldi justo a tiempo de ver a los dos hombres abrazados.

—¿Perdón? —masculló Martin.

Tony lo miró avergonzado y se apartó. Martin le indicó moviendo el índice que se acercase.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Le ha gustado mi dibujo —le explicó Tony.

—¿Por un casual te has fijado en lo guapo que es?

Tony fingió sorpresa.

—¿En serio? —Eso apaciguó la irritación de Martin y añadió—: En cualquier caso, tú hueles mejor que él. ¿Cómo está tu paciente?

—Se le ha infectado la herida. Vamos a tener que preparar otra infusión de penicilina. Dejaré pan a la intemperie para que se enmohezca. ¿Qué les pasa a estos dos? —Señaló a Alice y Simon, que estaban sentados muy pegados junto al fuego.

—El amor está en el aire —susurró Tony.

Simon alimentó la hoguera con más ramas secas.

—Así que tienes un oficio —se interesó.

Alice asintió y respondió:

—Como ya te he dicho, soy electricista.

—¿Hay muchas mujeres en tu profesión?

—No, no muchas. Pero no iba a dejar que eso se convirtiese en un obstáculo, ¿no

crees? ¿Aquí un fabricante de máquinas de vapor tiene mucho trabajo?

—No demasiado. Las únicas máquinas de vapor que hay por aquí son las de pequeño tamaño para los coches, y dudo que haya más de una veintena en toda Europa.

—¿Y se necesitan electricistas? —preguntó ella.

—Bueno, la verdad es que no. Quiero decir que disponemos de baterías básicas para hacer funcionar el telégrafo, pero que yo sepa nada más. Ojalá tuviésemos luz eléctrica. Aquí las noches son muy oscuras. —Hizo una pausa y pasado un rato añadió—: ¿Puedo preguntarte una cosa, Alice?

—Adelante.

—¿En casa, tienes...? Bueno, ¿hay un hombre en tu vida? ¿Un marido? ¿Un amante?

Ella negó con la cabeza.

—Tuve un marido, pero nos divorciamos hace ya diez años, cuando yo tenía treinta. No me he vuelto a casar y desde entonces estoy soltera.

—¿Ningún amante?

Alice se rio.

—No. Me río porque algunas de mis amigas hace poco trataron de animarme a intentar una cosa llamada «citas por internet».

Simon repitió esas palabras como si perteneciesen a una lengua extranjera.

—No me pidas que te explique en qué consiste, pero es un modo de relacionarse las personas que se usa hoy en día.

—¿Hiciste aquello? ¿Cómo se llama? Lo de las citas por internet...

—No. ¿Para qué necesito a un hombre?

—Yo diría que algunos usos tenemos.

—Algunos tal vez. ¿Te gustan los gatos?

—Sí, me gustan. Aquí solo los tienen los ricos, para cazar ratones y ratas. El resto de la gente se los come.

—¡Dios mío! Si veo a alguien intentando matar a un gato, lo muelo a palos —aseguró Alice.

—Aquí no se ve a mucha gente haciéndolo, pero si pilló a alguien tratando de matar a un gato, me uniré a ti en lo de los palos.

—¿Estabas casado? —le preguntó ella.

—No. En una época de mi vida pensé en ello, pero nunca llegó a ocurrir. Tal vez si no hubiese hecho lo que hice...

—¿Qué hiciste?

—Te lo voy a contar, aunque no estoy orgulloso de ello. Fue en 1901. Yo tenía treinta y seis años y estaba lleno de energía. Cuando bebía me animaba más de la cuenta, como les pasa a muchos hombres. Ese día me hallaba en una taberna y con otro tipo, un hombre al que conocía vagamente, bueno, empezamos a pelearnos y una cosa llevó a la otra. Primero volaron objetos, después usamos sillas y le di una buena

tunda con una que resultó ser de una solidez inusual. Lo maté. Me arrestaron, juzgaron y condenaron, y la corona aplicó la sentencia. Me ahorcaron. Y aquí estoy, el pobre Simon Wright, fabricante de calderas y habitante del Infierno.

—Nunca imaginé que en el Infierno pudiera haber personas tan encantadoras como tú —murmuró Alice.

A él se le iluminó la cara.

—¿Crees que soy encantador?

—Sí, lo creo.

—Y no huelo tan mal. Me han dicho que desprendemos un olor peculiar. Por eso me he restregado todo lo que he podido y me he frotado unas flores del prado por todo el cuerpo antes de sentarme a tu lado.

Alice le sonrió.

—La verdad es que apenas había reparado en ello.

Garibaldi salió cojeando de su tienda y encontró a John y Emily sentados sobre un tronco frente al fuego.

—Tu médico me ha dicho que no es grave. Me quiere dar una infusión curativa. Gracias por enviármelo.

—Me alegro de que no sea nada serio —le aseguró John—. Siéntate con nosotros. Garibaldi se acomodó sobre el tronco.

John cogió su mochila y le dijo que tenía algo para él.

—¿De verdad? —preguntó, intrigado, el anciano.

—Nos las hemos ingeniado para traerte algunas cosas desde la Tierra.

—Te van a gustar —añadió Emily.

—Me muero de curiosidad.

John los sacó y se los mostró.

—Son libros, Giuseppe. Te hemos traído libros.

Garibaldi dejó escapar un suspiro y estiró los brazos para sostener contra el pecho el pesado lote, que acunó como si se tratase de un bebé.

—Poseo una biblioteca muy reducida en Roma. Cada libro es un tesoro, escrito a mano por alguien capaz de recordar de manera imprecisa algún texto leído en vida. No me puedo creer que por fin tenga en mis manos auténticos libros. ¿Cuáles habéis elegido?

—Echa un vistazo —le propuso John.

Garibaldi dejó con cuidado los seis libros en el suelo reseco y los examinó uno a uno.

Empezó por *Máquinas de vapor, motores y turbinas*, pasó a *La construcción de altos hornos en América, El acero Bessemer. Minerales y métodos* y después al libro que el rey Enrique no había recibido: *La química de la pólvora y los explosivos*, de Tenney L. Davis.

Garibaldi levantó la mirada, emocionado.

—¿Tenéis idea de hasta qué punto estos libros, si caen en las manos adecuadas,

pueden cambiar la faz de este mundo? Cambiarla para bien. O para mal.

—Lo sabemos —respondió John—. Debo decirte que hemos tenido que darle cinco de estos libros al rey Enrique para que nos dejase libres y nos cediese un barco para llegar hasta aquí.

—¿Cuál es el que no le habéis dado?

—El libro sobre explosivos.

—Ah, bien —suspiró el anciano—. Ese puede causar un daño inmediato si cae en las manos inadecuadas.

—Pero le entregamos el segundo ejemplar a nuestros amigos para que lo utilizasen como canje en España —le explicó Emily.

—Eso es inquietante. Esperemos que no tengan que entregarlo. Dejadme echar un vistazo a los otros.

Levantó la vista del ejemplar de la Biblia y les guiñó un ojo.

—¿Sabéis?, yo no era una persona muy religiosa, pero aquí muchos hombres lo son, o al menos lo eran. Este libro puede tener un efecto embriagante que puedo usar en beneficio de nuestro gran plan. ¿Y el último?

—El mejor para el final —sonrió John.

A Garibaldi se le humedecieron los ojos cuando tuvo en sus manos las *Obras completas* de William Shakespeare.

—Ahora sí que de verdad habéis hecho feliz a este viejo. Acercaos los dos para que pueda daros un beso en la mejilla. Me voy a retirar a mi tienda, pero no pienso dormir. Me voy a pasar toda la noche acariciando este maravilloso libro con los ojos.

A las afueras de Bilbao, el príncipe Diego de Añera señaló el palacio de la reina Mencía en el centro de la ciudad, una fortaleza de piedra amarilla con una impresionante fortificación. A la reina, según les explicó, le interesaría el libro y les pagaría con generosidad por obtener una ventaja sobre su marido, el rey Pedro.

—No están en guerra, pero tampoco en paz —les contó el príncipe.

—¿Ella nos ayudará a llegar a Burgos? —preguntó Trevor.

—Creo que sí.

La residencia del príncipe, a kilómetro y medio del palacio, era mucho más modesta, una construcción baja de ladrillo con un muro exterior para protegerla, aunque era enorme en comparación con la casi totalidad del resto de los edificios de la ciudad. Pero en cuanto entraron en el patio, el príncipe mostró su verdadera faz al ordenar que los prendiesen y esposasen.

—¿Y nuestro trato? —gritó Trevor.

El príncipe se limitó a encogerse de hombros y desapareció por la puerta con el libro.

Los llevaron, tirando de las esposas que les oprimían las muñecas, hasta una entrada lateral donde, tras un rápido intercambio de palabras, fueron entregados a

otro grupo de guardias que los olisquearon como perros hambrientos y los hicieron bajar por una escalera hasta un sótano frío y oscuro. Los cinco guardias parloteaban en español mientras los conducían a un pasillo con celdas de las que surgían los lamentos de otros prisioneros.

Mientras uno de los soldados abría una de las celdas, Trevor le susurró a Brian:

—Si nos encierran aquí estamos jodidos.

—No puedo estar más de acuerdo.

—¿Cómo se te da el combate cuerpo a cuerpo? —le preguntó Trevor.

—Al único hombre al que le he arreado un puñetazo fue al abogado de mi segunda esposa durante el divorcio. Me hice daño en la mano. Prefiero las armas.

—Entonces vamos a encontrarte una.

—De acuerdo. Sígueme el juego —dijo Brian.

Los empujaron dentro de la celda. Estaba vacía y apestaba por culpa de un cubo rebosante de mierda y unas hediondas pilas de paja. Los guardias soltaron una carcajada y ya estaban a punto de encerrarlos cuando Brian hizo algo extraordinario que los obligó a volverse para mirar.

Empezó a cantar una canción de un viejo espectáculo musical victoriano y a dar unos pasos de claqué.

*Soy una seductora, como ya descubrirás,
puedo flirtear con cualquiera.*

*Cuando estoy con mi amante,
no me gusta que me coja de la mano con suavidad.*

*Cuando te pasan el brazo por la cintura,
oh, te estremeces de la cabeza a los pies.*

Quién es capaz de describir esa deliciosa sensación.

Lárgate, Johnnie, estoy segura de que hay alguien por aquí.

Lárgate, Johnnie, no intentes besarme.

Lárgate, pícaro, o tendré que patearte.

Bueno, acércate un poco más, si es eso lo que quieres.

No solo los guardias se le quedaron mirando, embobados. También Trevor estaba bastante alucinado y solo al final del número cayó en la cuenta de lo que pretendía.

Brian levantó las manos encadenadas y dijo:

—Por favor, señores, por favor.

Los guardias se rieron y asintieron, y dos de ellos empezaron a abrirles las esposas con sus llavines.

En cuanto Trevor tuvo una mano libre, le arreó un puñetazo al guardia que tenía más cerca con la otra, de la que todavía colgaban las esposas, y le dio con la pesada pieza de hierro en la sien. El soldado retrocedió y cayó al suelo. El guardia que estaba junto a Brian soltó su manojito de llaves antes de terminar el trabajo y empezó a

desenvainar la espada, pero Trevor ya estaba encima de él, sacudiéndole un puñetazo en la cara que le partió la mandíbula. El dolor era tan intenso que salió dando tumbos de la celda hacia el pasillo. Los otros tres guardias se dispusieron a atacar, pero Trevor los golpeó con puños, codos y cabezazos antes de que lograsen desenvainar.

Brian se dejó caer de rodillas para recoger el manajo de llaves y buscó a tientas la que abría sus esposas mientras Trevor seguía luchando. En el momento en que logró liberar su muñeca izquierda, recibió una patada en la barbilla de uno de los soldados.

—Coge esto y atrapa al guardia que ha huido de la celda —oyó decir a Trevor cuando se recuperó del aturdimiento.

Brian asintió, cogió la espada y salió a toda velocidad, a tiempo de ver al guardia desaparecer por la esquina.

Trevor siguió peleando contra los tres guardias, recibiendo golpes, pero devolviéndolos de manera implacable, e impidiéndoles que pudiesen desenvainar sus espadas. Al final, uno de los soldados pudo recular y sacar el arma. La alzó y la dirigió hacia el cuello de Trevor.

Lo único que vio fue la espada y el brazo unido a ella cayendo al suelo. Brian estaba detrás del soldado con su espada ensangrentada.

—Tómame un respiro, colega —le dijo, y se lanzó sobre los dos guardias que quedaban en pie, que en cuestión de segundos yacían en el suelo entre un charco de sangre que se iba extendiendo.

—¿Estás bien? —le preguntó Brian a Trevor.

Trevor tenía el labio partido y la mejilla hinchada.

—Sobreviviré. ¿Has podido cazar al otro?

—Sí. Liquidado. Salgamos de este antro.

En el pasillo, los otros prisioneros habían oído el jaleo y chillaban con todas sus fuerzas desde las celdas.

Trevor cogió el manajo de llaves de uno de los guardias desplomados.

—¿Qué te parece si mantenemos al príncipe ocupado?

Las puertas de las celdas no tardaron en abrirse y un grupo de hombres esqueléticos salieron corriendo por el pasillo; algunos estaban tan hambrientos que se abalanzaron sobre los guardias y les arrancaron pedazos de carne con los dientes, mientras otros huían hacia la libertad.

Brian y Trevor iban delante; subieron por las escaleras y llegaron a la planta baja de la casa palaciega.

—Por aquí. —Brian señaló la salida.

—Tenemos que recuperar el libro —le recordó Trevor.

Brian suspiró, pero no discutió. Avanzaron con sigilo por el pasillo.

—¿Qué ha sido eso de antes? —susurró Trevor.

—¿Te refieres a la canción y el baile?

—¿Era eso?

—Es una vieja cancioncilla bufa. Se llama *Lárgate, Johnnie*. ¿Impresionado?

—La verdad es que no.

Les llegó olor de comida. La cocina se hallaba a su izquierda, de modo que giraron hacia la derecha. Se deslizaron hasta una puerta abierta y asomaron la cabeza en una habitación decorada con elegancia en la que el príncipe permanecía sentado junto a la chimenea, con los pies sobre una otomana. El libro estaba en una mesa cerca de él, junto con la mochila.

Entraron unos criados por otra puerta y, asustados, informaron al príncipe de que se había producido una fuga de prisioneros. El príncipe se levantó de un salto, agarró la espada y salió.

Trevor se deslizó en la habitación, cogió el libro y unos instantes después estaban los dos en un callejón de la parte trasera de la casa, desde el que se veían los muros del palacio de la reina.

—Allí es donde vamos —dijo Trevor.

—Es una pena no darle al príncipe Mierdoso su merecido.

—Es lo mismo que dijiste en el pueblo —comentó Trevor—. No podemos salvar a todos los inocentes. Y tampoco podemos machacar a todos los hijoputas.

El hambre les hizo salir de la autopista y parar en la tienda de un pequeño pueblo. Christine se embadurnó de colonia antes de entrar y llenó una cesta con cosas para picar. Pagó rápido a la aburrida adolescente de la caja, se sentó en el coche junto a Molly al borde de la carretera y ambas se hincharon de pringosos *snacks* y chucherías.

Atravesaron el tranquilo pueblo. Era ya media tarde y al pasar junto al colegio Molly ralentizó la marcha y señaló a un niño que estaba solo en un banco junto a la verja.

—¿Está llorando? —preguntó.

—Creo que sí —respondió Christine—. Párate.

—¿Qué?

—Párate. Bajo un momento y compruebo si le pasa algo.

—No deberíamos...

Pero Christine insistió y se apeó del coche. En el momento en que se acuclillaba junto a él, un coche patrulla se detuvo unos metros por detrás de su Mini y el agente que lo conducía empezó a teclear en el ordenador del tablero de mandos.

Molly lo vio por el retrovisor e, inquieta, intentó decidir qué hacer. Pero antes de que pudiese avisar a Christine, el joven agente bajó de su vehículo, se acercó a Molly y golpeó con los nudillos en el cristal de la ventanilla.

—¿Puede bajar el cristal, por favor? —le pidió.

Ella obedeció y preguntó lo más tranquila que pudo:

—¿Qué sucede, agente?

—Señora, ¿este coche es suyo?

—Es de una amiga. Me lo ha prestado.

—Me temo que me aparece como robado. ¿Le importaría apearse para que podamos aclararlo?

Molly cerró los ojos, desesperada, y cuando los volvió a abrir el policía ya no estaba junto a la ventanilla.

En su lugar había aparecido Christine.

Molly intentó abrir la puerta, pero el cuerpo del agente la bloqueaba. Pasó al asiento del copiloto y salió por la otra puerta, dio la vuelta al coche y vio que su amiga sostenía una piedra en la mano.

—¿Lo has matado?

—No, no le he golpeado tan fuerte. Vamos, ayúdame a meterlo en su coche.

Molly echó un vistazo a su alrededor. El único testigo del ataque era el niño, que había dejado de llorar. Contemplaba fascinado cómo aquellas dos mujeres arrastraban el cuerpo del policía y lo metían en el asiento del conductor del coche patrulla.

—Jesús, María y José, larguémonos de aquí —masculló Molly, justo en el

momento en que otro coche dio un bandazo hacia la acera y frenó en seco.

Se bajó una chica rubia que empezó a hacer señas al niño.

—¿Dónde coño te habías metido? —le gritó.

—He estado todo el rato aquí, mami, esperándote —respondió él con una vocecilla lastimera.

—Métete en el puto coche.

En el rostro de Christine apareció una mueca de indignación.

—No —susurró Molly, pero ya era demasiado tarde.

Christine se acercó a la mujer, que había agarrado con fuerza a su hijo y estaba a punto de zarandearlo.

—Quítale las manos de encima.

La rubia se volvió y replicó:

—¿Quién coño eres tú para decirme lo que tengo que hacer con mi hijo?

—Soy la que te va a dar dos hostias, borracha de mierda.

—¿Tú y quién más?

Tiró del brazo del niño y este lanzó un grito.

Christine le dio un empujón a la mujer y la tiró al suelo de culo.

—¿Sabes qué? —dijo la mujer—. Voy a hablar con ese poli. Voy a hacer que te empapelen.

Logró ponerse en pie sobre sus tambaleantes piernas, pero Christine le dio un puñetazo en la mandíbula y la noqueó.

—¿Mami se va a poner bien? —preguntó el niño.

—Solo está echándose una siesta —le respondió Christine—. Vamos, Molly, ayúdame a meter a esta otra en su coche.

Dejaron a la rubia estirada en el asiento trasero. El niño respondió a la pregunta que le hizo Christine: no vivía nadie más con ellos en su casa. Se puso al volante del coche de la madre y Molly los siguió con el Mini. El muchacho, un niño de siete años llamado Roger, supo guiarla hasta una casa aislada con un descuidado jardín a las afueras del pueblo. Molly dejó el coche en el camino de acceso y aparcó el Mini detrás de un seto, de modo que no fuese visible desde la calle, y ayudó a Christine a meter a la mujer en la casa.

—Está más borracha que noqueada —comentó Christine.

El niño ya estaba viendo la tele cuando la ataron con el cable de una lámpara a un sofá de dos plazas en el porche que daba al jardín trasero.

Roger las miró y preguntó:

—¿Puedo merendar?

—Claro que sí —respondió Christine—. ¿Qué sueles tomar?

—Cereales.

—¿Cómo? ¿De merienda? La tía Christine te puede preparar algo más apetitoso.

Se pasó la siguiente media hora recordando cómo se preparaba una buena merienda mientras Molly veía con Roger dibujos animados en la tele; los dos

parecían pasárselo estupendamente. Christine apareció por fin con una bandeja en la que había tostadas con queso fundido y un vaso de leche con cacao.

—¿Y para mí no hay nada? —preguntó Molly.

—Tú prepárate lo que quieras. ¿Estás bien, cariño?

El niño asintió y empezó a comer.

—¿Os vais a quedar? —les preguntó.

—No creo que a tu madre le gustase la idea —respondió Christine.

—Le va a dar igual.

—¿Y qué haríamos nosotras mientras tú estás en el colegio?

—Tenemos vacaciones toda la semana.

En la cocina, Molly le comentó a Christine que el niño le había dicho que su padre ya no vivía con ellos y que su madre se pasaba la mayor parte del tiempo enfadada con él.

—En el armario de la cocina hay más alcohol que comida —dijo Christine—. Es un niño encantador que se merece algo mucho mejor que una madre borracha.

Molly se encogió de hombros y se sirvió un poco de ese alcohol.

—Bueno, soltémosle un poco las ataduras para que pueda liberarse ella sola y volvamos a la carretera.

—No quiero marcharme.

—¿Y qué se supone que significa esto?

—Lo que parece. Estoy harta de huir. Quiero quedarme tranquila en algún sitio durante un tiempo. Esta casa es bonita. Roger es un encanto. ¿No echas de menos estar rodeada de niños?

—Disculpa, querida, pero ¿no te estás olvidando de un pequeño problema?

—¿De la mamá monstruo? No, no me he olvidado de ella —aseguró Christine—. Creo que la querida mamá necesita una cura de desintoxicación ética de una semana. Le irá de maravilla.

Murphy se acabó la cena y apartó la bandeja. Se levantó y empezó a pasear arriba y abajo junto a las literas.

—¿Agobiado? —preguntó Rix desde la cama de arriba.

—Podríamos expresarlo así.

—Colega, estamos en una jaula dorada.

Murphy se apoyó contra la puerta cerrada de su celda en Dartford.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con buena comida, un lavabo en el que se puede tirar de la cadena y una tele? —Rix no tenía una respuesta—. Pero te diré una cosa, lo cambiaría todo por saber que nuestras chicas están a salvo.

En la celda contigua, alguien puso la televisión a todo volumen.

Murphy aporreó la puerta. Le había llevado su tiempo, pero al final Alfred, el patán del siglo XVI de la celda de al lado, había aprendido a manejar el televisor y

resulta que estaba sordo como una tapia. Le habían dado unos auriculares, pero siempre se olvidaba de utilizarlos.

—¡Guardias! —gritó Murphy—. Decidle que se ponga los cascos.

Los guardias del pasillo hicieron su trabajo y al poco rato volvió a reinar la tranquilidad.

Rix sacó los pies del catre.

—Imagino que se las apañan. Estarán huyendo, refugiándose en casas vacías, comiendo como posesas, durmiendo en camas mullidas y, con suerte, encontrando alguna que otra botella de buen vino por el camino.

—Lo que me preocupa es la presencia de Hathaway.

Murphy pronunció su nombre como si fuese una palabrota.

Durante treinta años, cada uno de los días de Murphy y Rix en el Infierno había estado dominado por su odio hacia ese tipo. Era Hathaway quien los había asesinado, pero eso no era lo peor. Él y la horda de vagabundos a la que se había unido habían convertido en una misión aterrorizarlos a ellos y a los habitantes de la aldea de Ockendon, y volvían una y otra vez para sembrar el caos y secuestrar a sus vecinos uno a uno.

Rix saltó de la litera y cogió un refresco del pequeño frigorífico del que disponían.

—Algún día le arrancaré la cabeza y, cuando lo haga, la conservaré en una caja y de vez en cuando la sacaré para jugar al fútbol con ella.

—Siempre dices lo mismo.

Rix agarró a Murphy por el cuello de la camisa y lo aplastó contra la pared, dejando caer la lata de refresco al suelo.

—En ese caso, hablemos de tus éxitos, Murphy. ¿Qué has hecho tú por solucionar el jodido problema?

Murphy no se revolvió. De hecho, aceptó compungido que había metido la pata y Rix lo soltó y acto seguido saludó a la cámara para dejar claro a los guardias que no era necesario que interviniesen.

—Hathaway no las encontrará —aseguró Murphy.

Rix encendió el televisor y subió el volumen para poder hablar sin que los micrófonos de la celda registrasen la conversación.

—Lo está intentando. Encontró al ex de Christine.

—Sí, pero eso le ha llevado a un callejón sin salida.

Rix recogió la lata de refresco de debajo de la cama y al abrirla lo roció todo de cola.

—Para el viejo Gareth sí que fue un auténtico callejón sin salida.

—¿Crees que Christine intentará localizar a su madre? —preguntó Murphy, acercando los labios a la oreja de Rix.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Bueno, quizá deberíamos contárselo a Ben.

—Hablemos claro, Murphy. Queremos encontrar a nuestras chicas. Están huyendo y estoy seguro de que están asustadas. Las echamos tanto de menos que nos duele. Pero si Ben da con ellas, nos van a mandar a todos de vuelta al Infierno. Esa es su intención, ¿no? Las queremos demasiado para permitir que regresen al Infierno.

—Mala cosa si las encontramos y mala cosa si no las encontramos —sentenció Murphy.

Rix asintió.

—Estamos bien jodidos.

Trotter mantenía los ojos clavados en el secante de su escritorio. Era habitual que bajase la mirada cuando escuchaba algo que no le gustaba. Esperó a que sus ayudantes acabasen de hablar antes de levantar la cabeza y lanzarles una mirada fulminante.

—Así que ni rastro —masculló.

—Sí, señor —respondió uno de los analistas—. Así es. No hay huellas digitales de ningún tipo.

—¿Y qué me decís de huellas dactilares de las de toda la vida?

—¿Perdón?

—Giles Farmer tiene dedos de verdad, ¿no? Y dedos de los pies de verdad, y piernas de verdad, y un rostro de verdad. Si hubieseis hecho lo que os dije y hubierais colocado a operativos de verdad con ojos de verdad vigilándolo, no habría logrado escabullirse como por arte de magia.

—Los abogados... —El analista parecía excusarse por tener que pronunciar esa palabra y Trotter se lo hizo pagar lanzándosele a la yugular.

Cuando acabó la reprimenda, todos permanecieron sentados en silencio hasta que Trotter se calmó.

—Dejadme ver la lista de todas las personas a las que Farmer ha telefoneado —pidió—, ha enviado algún mensaje de texto, ha contactado por Facebook, con tuits o *emails* o por cualquier otro medio durante el último mes.

Miró el dossier y fue pasando páginas.

—Hay un montón de gente —se lamentó Trotter.

—Está muy bien conectado —explicó uno de los analistas—. Dicho esto, hemos aplicado ciertos filtros para sopesar y ordenar sus contactos según la relevancia, basándonos en el grado de cercanía y en la duración de sus relaciones anteriores a las vinculadas con sus teorías de la conspiración. Y hemos reducido el abanico a poco más de una docena de personas como potenciales encubridores que puedan estar escondiéndolo. Está en la última página del dossier.

Trotter consultó el listado alfabético. El primer nombre era Melissa Abelard y el último, Chris Tabor. Todos menos tres vivían en Londres. Ian Strindberg no figuraba en la lista.

—¿Puedo dar por hecho que, conociendo mi opinión sobre los seguimientos, todas estas direcciones están ya bajo vigilancia?

Los analistas asintieron.

—¿Y la vigilancia electrónica?

—Teléfonos e internet están controlados —le aseguró uno de los analistas—. Colocar dispositivos de escucha en esas casas y apartamentos sería, si me lo permite, desafiar a la ley y tendría que hacerse por lo tanto de un modo extrajudicial y asumiendo el riesgo de que fuesen detectados. Pero si usted...

—No, de momento seguiremos como hasta ahora. —Trotter consultó el reloj—. Mantenedme informado. Llego tarde a otra reunión.

Se conectó por videoconferencia a una sesión que ya había comenzado en unas dependencias seguras de Whitehall. Trotter no pensaba quedarse toda la reunión, porque estaba seguro de que dado el nivel de palabrería científica sería una pérdida de tiempo para él. Hacía un rato ya había escuchado las consideraciones iniciales de Leroy Bitterman y ahora quería oír las conclusiones. A juzgar por los comentarios de Bitterman, la reunión estaba llegando al final.

Trotter utilizó su ratón táctil para ir moviendo las cámaras por todos los ángulos de la mesa de conferencias. Previamente había revisado todas las autorizaciones de seguridad de los físicos que participaban y había dejado clara su preocupación con respecto a si, pese a haber firmado el acuerdo de confidencialidad, podían confiar en que no divulgasen nada de lo que allí se hablase. Ahora, estudiando la evidente tensión en sus rostros, seguía preocupándole que fuesen capaces de mantener el pico cerrado. Bitterman había insistido en que todos ellos eran científicos de primerísimo nivel con una trayectoria impecable como asesores del gobierno y, además, ¿qué otra opción les quedaba? Necesitaban expertos ajenos al MAAC.

—No sé cómo cerrar el portal que hemos creado, señor Trotter —le había confesado Bitterman—. ¿Usted sí?

El FBI y el MI5 habían dado el visto bueno a la reunión, y al final Trotter y el MI6 tuvieron que aceptarla de mala gana.

Anton Meissner, profesor de altas energías del MIT, levantó la mano educadamente y Bitterman le cedió el turno de palabra.

—La mayoría de los aquí reunidos hemos formado parte del proyecto Hércules de un modo u otro a lo largo de los años —explicó— y no creo que hubiese ninguna voz discrepante sobre los protocolos que planteaban aumentar la energía del colisionador de una manera gradual y controlada. Todos estábamos de acuerdo en que lo correcto era empezar con niveles bajos de energía antes de alcanzar los treinta TeV, no porque estuviésemos preocupados por la producción de strangelets, sino porque simplemente nos parecía prudente. —Señaló indignado a Henry Quint, sentado al fondo de la sala porque no le habían reservado un sitio privilegiado en la mesa. Al verse señalado, Quint bajó la cabeza—. Henry, no sé qué se te pasó por la cabeza para saltar de golpe a los treinta, pero resulta que ahora tenemos un lío de cojones al que hay que buscarle

una solución. El problema es que ninguno de nosotros sabe cómo arreglarlo. Hemos tenido oleadas de campos de energía cuántica cargados de gravitones-strangelets desconocidos para nosotros que se autopropagan y cuyos mecanismos de funcionamiento apenas entendemos. Esto está claro, pero me temo que no disponemos de ningún aparato experimental con el que poder probar formas de cerrar estos campos. No nos va a quedar otro remedio que fiarnos de lo que nos indiquen los modelos teóricos.

Marcel DuBois, del CERN de Ginebra, se mostró de acuerdo y añadió:

—Creo que vamos a tener que poner a trabajar en esto a los supercomputadores. Leroy, sería de gran ayuda ampliar el grupo consultivo más allá de los físicos hoy presentes. Cada uno de nosotros puede sugerir a algunas personas más.

Bitterman negó con la cabeza.

—Nuestros gobiernos están muy preocupados por las posibles filtraciones. El Reino Unido en particular está obsesionado con no permitir que la inquietud y el pánico se extiendan entre la población. Me temo que vamos a tener que restringir el flujo de información a este grupo.

—Creo que es una mala idea —rebató Evan Kirkman, de Oxford.

—Podemos reconsiderar la decisión más adelante —zanjó Bitterman—, pero de momento esto es lo que hay.

Greta Velling, de la Universidad de Berlín, intervino:

—Escuchad, alguien tiene que decirlo, así que voy a ser yo. Tenéis planeado volver a poner en marcha el colisionador dentro de diecinueve días. No creo que sea una buena idea. No estoy diciendo que sepamos a ciencia cierta que vaya a empeorar las cosas, pero no veo cómo puede mejorarlas. Todo indica que los aberrantes campos de energía cuántica tenderán a propagarse más, aunque apaguemos el colisionador en cuanto nuestra gente haya regresado.

—Y entonces ¿qué propones? —preguntó Bitterman.

—Yo sugeriría no reiniciar el colisionador —explicó Velling—. Encontrad a los individuos extradimensionales que todavía andan sueltos, encerradlos con los que ya tenéis a buen recaudo y pensad qué hacer con ellos. Con suerte no tendremos más transferencias entre ambos mundos.

—¿Y abandonamos a su suerte a la gente que tenemos al otro lado? —insistió Bitterman.

—Sí —respondió Velling al mismo tiempo que Trotter decía lo mismo en voz alta en la sala de videoconferencias.

—Pues yo digo que no —afirmó con contundencia Marcel DuBois, dando un golpe en la mesa—. Emily Loughy ha trabajado para mí. La conozco muy bien. Todos la conocemos y apreciamos. Es más valiente que todos nosotros juntos y le debemos todo nuestro apoyo a ella, a los también valerosos hombres que se ofrecieron voluntarios para la misión de rescate y a la pobre gente que ha acabado siendo víctima de este desastre. Sugiero que volvamos a casa, saquemos punta a

nuestros lápices y pongamos a trabajar a nuestros cerebros para resolver este problema.

Trotter recorrió con la cámara los rostros de los científicos y cuando vio que Velling tenía pocos o ningún apoyo apagó la pantalla y lanzó un bolígrafo a la otra punta de la sala.

Antonio por fin había llegado.

Sentado en una silla, bebía en el vasto palacio que se alzaba sobre las embarradas calles de la desparramada ciudad. Para él seguía siendo el palacio Borgia de Roma, y aunque el rey César reposaba sin cabeza en un pudridero, sospechaba que los romanos continuarían llamándolo así durante mucho tiempo.

Masticaba una corteza mientras esperaba el regreso de su emisario. Todos sus hombres estaban agotados. Habían viajado de París a Roma a toda velocidad y algunos incluso se habían caído de las monturas, exhaustos.

—¡Por Garibaldi! —les había gritado para animarlos—. ¡Por Italia! —Y en voz baja para sí mismo había añadido—: Por Catalina.

Catalina Sforza, la hermosa y trágica reina Borgia, encerrada por su monstruoso marido en una jaula dorada durante siglos, había sido liberada de su yugo por el levantamiento de Garibaldi y podía vivir como una mujer libre.

La última vez que Antonio la había visto, con el olor a pólvora impregnando la parte más noble del palacio, él le limpió de la mejilla la sangre del rey derrocado. Ella le había preguntado su nombre y él, henchido de orgullo, se había presentado. Y ella había pronunciado las palabras que desde ese día él se repetía una y otra vez:

—No sé qué destino me espera, pero si tu señor me perdona la vida, me gustaría conocerte mejor, Antonio.

Ahora, con los macedonios avanzando desde el Egeo, tenía que volver a salvar a Catalina. Y cuando llegase ese momento, esta vez sería más audaz. Dominaría su timidez y le diría que deseaba conocerla mejor. Mucho mejor.

El emisario regresó y le dio las noticias que Antonio esperaba recibir. Catalina estaba sana y salva y lo recibiría esa misma tarde. Mientras hablaban, se estaban llevando provisiones desde el palacio al cercano *palazzo* de Garibaldi, donde se instalarían Antonio y sus hombres.

Cabalgó hacia el *palazzo* aturdido por las expectativas de esa tarde. Se lavaría a conciencia la mugre y elegiría la ropa adecuada. Se entonaría un poco con vino, lo justo para soltarse la lengua, pero no lo bastante como para hacer locuras. No se acostaría con ella esa noche, incluso aunque Catalina se lo pidiera. Primero tenía que organizar la defensa de Roma. Después, una vez que hubiesen enviado a los macedonios de vuelta a sus barcos, él reclamaría su premio y todos esos años miserables pasados en el Infierno por fin, durante una noche, se borrarían de su memoria.

Ya había anochecido cuando Antonio y sus lugartenientes cabalgaron hasta el palacio. Las calles estaban tranquilas; las tabernas ante las que pasaron, llenas de corrillos de comerciantes, los únicos que podían gastar dinero en la cerveza fabricada por otro. Los alrededores del palacio se hallaban iluminados con antorchas.

Tras pasaron la verja exterior, vigilada por guardias en posición de firmes, y Antonio se preguntó quiénes eran esos hombres. ¿Se trataba de la guardia personal de Catalina? ¿Remanentes de la guarnición de Borgia? ¿Leales a Garibaldi? Tenía que averiguarlo si pretendía organizar la defensa de la ciudad. Si dudara de su valor, los sustituiría por hombres de su propia brigada.

Una vez en el patio interior, desmontó y entró en el edificio, seguido por el contingente de soldados que lo acompañaba, a través de unas galerías decoradas con los magníficos óleos que Caravaggio había pintado bajo el mecenazgo de Borgia.

Se vio reflejado en un enorme espejo, uno de los tesoros del palacio, y aunque le satisfizo cómo le caía la larga melena negra por debajo del sombrero nuevo, en realidad uno de los de Garibaldi, que le había prestado un sirviente en el *palazzo*, se percató de que había olvidado ordenar que le limpiasen las polvorientas botas. No se quitaba esa idea de la cabeza mientras esperaba en el salón del trono, con las manos entrelazadas reposando sobre la guerrera.

Catalina, que apareció precedida de sus doncellas y guardia personal, mantenía el mismo aspecto seductor que Antonio recordaba. La reina había fallecido a los cuarenta años y había sido una vistosa belleza de su época, y mientras que la mayoría de las mujeres hermosas veían marchitarse sus encantos en el Infierno, ella se había conservado de un modo inusual. Seguía siendo encantadora, delicada, con sus rasgos elegantes y su cabello pelirrojo que enmarcaba el rostro con sus rizos. Vestía el mismo traje de terciopelo verde que llevaba puesto el día del derrocamiento de Borgia. Se preguntó si acaso le estaba mandando un mensaje.

Antonio saludó con una inclinación de cabeza.

—Antonio Di Costanzo —dijo ella, mientras se sentaba en su antiguo trono—. Acércate.

Catalina extendió la mano y él se la besó, dejando que sus labios se recrearan en la piel de esa mujer un impropio segundo de más.

—Señora, os traigo saludos de parte del rey Giuseppe.

Ella sonrió.

—Todavía no me he acostumbrado a llamar rey al signore Garibaldi. ¿Qué tal está?

—Está bien, señora. Ha ganado una importante batalla contra las fuerzas combinadas de germanos y rusos.

—¿En serio? ¿Con la ayuda de ese hombre vivo que lanza bombas?

—En efecto, ese hombre, John Camp, fue de gran ayuda, como también lo fue la alianza que el rey Giuseppe pudo sellar con los franceses. De hecho, orquestó un golpe de Estado contra el rey Maximilien y ahora es el monarca de un reino que incluye Italia y Francia.

—Qué extraordinario. Ha recorrido mucho camino en muy poco tiempo. Me pregunto adónde nos llevará todo esto.

—A una Europa mejor, señora. A un Infierno mejor.

Ella sonrió de nuevo.

—Un Infierno mejor. Bonitas palabras. Dime, Antonio, ¿por qué has regresado a Roma?

—Nos han llegado noticias de que una fuerza invasora de macedonios y eslavos ha desembarcado en nuestras costas. Seguro que os habéis enterado.

—Desde luego que sí.

—El rey Giuseppe me ha pedido que lidere un ejército con los mejores soldados italianos para defender nuestro reino, y eso es lo que he hecho. Esta noche me reuniré con los jefes militares que permanecieron en Italia mientras nosotros combatíamos en tierras extranjeras. Nos dirigiremos hacia el sur para interceptar a los macedonios antes de que puedan sitiar Roma.

—Pero ¿por qué os dirigiréis hacia el sur?

—Señora, porque doy por hecho que es donde se encuentran los atacantes. Primero tomarán Nápoles y después marcharán sobre Roma.

—Creo que no tienes por qué meterte en semejante lío —continuó, quitándose el pañuelo amarillo del cuello y dejándolo caer al suelo.

Mientras él se inclinaba para recogerlo, los miembros de la guardia personal de Catalina aprovecharon el momento para lanzar a los hombres de Antonio, empalándolos con una despiadada eficacia.

Antonio se incorporó de inmediato y se preparó para desenvainar su espada, pero una docena de soldados se abalanzaron sobre él y, pese a sus esfuerzos, lo retuvieron agarrándolo por los brazos.

Un joven bronceado y musculado, ataviado con una falda de batalla de cuero y las insignias púrpuras del ejército macedonio, entró en el salón y se plantó ante Catalina.

—¿Qué es esta traición? —gritó Antonio por encima de los lamentos de sus soldados heridos.

El macedonio le respondió en un italiano rudimentario:

—Te he ahorrado una larga marcha, signore. No estoy al sur. Estoy delante de ti.

—¿Quién eres?

El joven esbozó una sonrisa, pero no dirigida a él, sino a Catalina, que respondió pasándose la lengua por los labios con un gesto seductor. Antonio vio que el joven empuñaba una daga. Intentó liberarse, pero lo tenían inmovilizado.

—Soy el rey Alejandro —respondió el macedonio, acortando la distancia entre ellos con varias zancadas y hundiendo la daga entre las costillas de Antonio—. Pero puedes llamarme Alejandro Magno.

Después de pasarse horas observando las idas y venidas alrededor del palacio de la reina Mencía, Trevor y Brian llegaron a la conclusión de que no había un modo fácil de colarse en el interior. Pensaron que quizá hubiese una posibilidad de entrar ocultos en un carromato de mercancías, pero se dieron cuenta de que los soldados que

vigilaban la puerta principal clavaban las espadas entre los productos que transportaban los carros.

Plantados en un callejón cercano para alejarse de los desgraciados que pululaban por allí, Brian murmuró:

—Creo que deberíamos ir hasta la puerta, rendirnos y cruzar los dedos para que no nos ejecuten de manera sumaria.

—No me entusiasma la idea —contestó Trevor, pero justo en ese momento varios soldados armados con mosquetones aparecieron por ambos lados del callejón gritándoles para que depusiesen las armas.

—¿Ahora ya te gusta más? —le preguntó Brian, dejando caer al suelo su espada.

Un oficial aplastó la pistola que empuñaba contra el pecho de Trevor y empezó a gritarle.

—¿Qué dice?

—Me parece entender que te está preguntando si eres un espía moro —respondió Brian.

—Joder, dile que no.

—¿Tú crees?

Los soldados los ataron con suma brusquedad y los condujeron al palacio, donde continuó el maltrato. Los despojaron de todas sus pertenencias, les quitaron el libro y los ataron juntos, espalda contra espalda, en una habitación sin ventanas decorada con unos pocos muebles de buena calidad.

Entró un hombre bien vestido y al parecer muy alarmado, y les empezó a lanzar una trepidante sucesión de preguntas en portugués. Cuando vio las caras de desconcierto de los prisioneros se pasó al español.

—Inglés —dijo Brian vocalizando pausadamente—. ¿Habla usted inglés?

El hombre pareció sorprendido.

—¿Inglés? Sí, hablo inglés. ¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? ¿Sois espías? ¿Por qué tenéis un aspecto diferente?

—No somos espías —respondió Trevor—. Y yo no soy moro. No sé ni qué es eso.

—Hemos venido para ver a la reina —añadió Brian—. Somos amigos. Le hemos traído un libro muy especial. ¿Lo ha visto?

El portugués dijo que sí, que había visto el libro, y que le había desconcertado mucho.

—Desátenos y le daremos todas las respuestas —le propuso Brian—. Prepárese para quedarse pasmado.

Aquel hombre era Felipe Guomez, el asesor principal de la reina Mencía, un individuo elegante y nervioso que se mostró cada vez más alterado cuando le explicaron quiénes eran y qué pretendían. A cada uno de sus «es imposible», ellos respondían con un «no, es cierto», hasta que Guomez alzó las manos y admitió que, después de todo, quizá estuviesen diciendo la verdad.

—Me han llegado noticias de que el rey Pedro se ha amancebado con una mujer que es como vosotros, quiero decir que está viva. No me lo creía, pero ahora tal vez deba dar crédito a esas informaciones. Tal vez esa sea la mujer a la que buscáis.

—Sin duda es ella —aseguró Trevor muy excitado.

—Esperad aquí —ordenó Guomez—. Hablaré con la reina.

La reina Mencía debió de ser muy hermosa en su juventud y seguramente todavía lo era cuando falleció víctima de la plaga a los cuarenta. Los siglos en el Infierno la habían marcado con esa mirada apática y ese semblante inexpresivo característicos de quienes llevaban mucho tiempo ahí, pero gracias a su estatus y a su buena alimentación, mantenía una voluptuosidad que acentuaba con el escotado vestido que lucía.

Trevor y Brian fueron conducidos hasta una pequeña sala para una audiencia con la reina, que los miró de arriba abajo a ambos, aunque concentró su atención en Brian.

No hablaba ni una palabra de inglés y Guomez ejercía las veces de traductor. Estaba claro que su consejero la había informado de lo acontecido, porque ella no les pidió más explicaciones sobre qué hacían allí. En lugar de eso, empezó con dos preguntas interesantes: ¿se esperaban que el Infierno fuese así? y ¿tenían intención de regresar a la tierra de los vivos?

Trevor comenzó a responderle, pero ella le interrumpió a media frase y dijo:

—Él no.

—Creo que le gustas —le susurró Trevor a Brian.

—No me jodas —respondió este también en voz baja, y a continuación le explicó a la reina que él no era un hombre religioso y hasta entonces no creía que existiese el Infierno.

La reina se rio y le pidió que continuase.

—Dicho esto —siguió Brian—, supongo que me esperaba más fuego y azufre, tal como siempre lo presentan. Satán y sus compinches, ese tipo de cosas. Pero la realidad no tiene nada que ver con eso.

—A mí también me sorprendió lo que me encontré aquí —reconoció la reina—. Para algunos es aterrador. A mí me resulta monótono y aburrido; anhelo un poco de emoción.

—Es la chispa de la vida —comentó Brian.

La reina asintió con vehemencia y repitió la segunda pregunta.

Él le respondió que no entendía cómo funcionaba todo eso, pero que había unos científicos muy listos en el mundo actual que disponían de una máquina para enviarlos al Infierno y traerlos de vuelta.

—Tenemos que regresar a Inglaterra en una semana y media con la mujer a la que hemos venido a buscar, la que tiene en su poder el rey Pedro. Ellos pulsarán un botón y, paf, estaremos de vuelta en casa.

A la reina pareció encantarle el «paf» y una vez entendió su sentido, comenzó a

repetirla una y otra vez.

—Háblame de esa mujer a la que buscáis —le pidió la reina—. ¿Es tuya?

—¿Mía? —exclamó Brian—. Cielo santo, no. Ni siquiera la conozco. —Señaló con el dedo a Trevor—. Es amiga de él.

—*Boa, boa* —dijo la reina, y Guomez tradujo imitando el tono complacido de la soberana—: Bien, bien.

—Estás metido en un buen lío —le susurró Trevor a Brian.

—Bueno —añadió la reina—, en relación a esta mujer, mis confidentes en Burgos me han dicho que ha aparecido una mujer muy peculiar que ha cautivado al rey. Él adquiere con frecuencia nuevas concubinas. Tal vez ella sea la mujer que buscáis.

—Creemos que sí —respondió Brian—. Por eso necesitamos ir a Burgos.

La reina le comentó algo a Guomez, que alzó el libro de *La química de la pólvora y los explosivos* y ella preguntó:

—¿Qué es este libro? ¿Por qué es tan valioso?

Brian hizo un despliegue de su aplomo como presentador de la BBC para vender la importancia del producto.

—Lo que el señor Guomez sostiene en la mano puede cambiarlo todo para su majestad. Este libro contiene las fórmulas secretas desarrolladas durante años que les permitirán construir armas muy poderosas para derrotar a sus enemigos. ¿Disponen de científicos?

—No tenemos muchos —respondió Guomez por ella—. No suelen acabar aquí.

—Bueno, no importa —continuó Brian sin amilanarse—. Cualquiera capaz de seguir los pasos de una fórmula puede utilizar este libro para fabricar bombas enormes y cosas por el estilo.

—¿Estas bombas pueden derrotar a los moros? —preguntó la reina.

—Desde luego que sí. A los moros y a cualquiera.

—¿Él es un científico? —preguntó la reina señalando a Trevor con el dorso de la mano.

—No, pero es un militar.

—¿Puede fabricar esas bombas?

—Espero que sí.

—¿Por qué le has dicho eso? —susurró Trevor.

—Sígueme el juego, ¿de acuerdo? —respondió en voz baja Brian antes de continuar su conversación con la reina—: Dice que por supuesto que sí. De modo que lo que le pido a su majestad es que nos ayude a llegar a Burgos para poder liberar a esa mujer.

—Puedo considerar lo que me pides. Sin embargo, necesito saber más. Esta noche cenarás conmigo.

—¿Él también? —preguntó Brian con un rayo de esperanza.

No hacía falta que Guomez le tradujese la respuesta de la reina, pero lo hizo.

—No, solo tú.

La llegada de los vehículos a vapor abría una posibilidad que Garibaldi decidió aprovechar. Le preocupaba que Pedro pudiese malinterpretar su entrada en suelo íbero con un ejército como un acto de agresión. Los automóviles le permitían enviar a toda velocidad a un emisario. Optó por encargarle esta tarea diplomática a Caravaggio. Simon se presentó voluntario para conducir uno de los coches. Un italiano del siglo XIX llamado Alfonso recibió cuatro lecciones básicas sobre su funcionamiento y lo pusieron al volante del otro. El resto de la delegación la componían varios soldados de confianza para protegerse de los bandidos, vagabundos e íberos hostiles.

Cuando Burgos apareció en el horizonte, Caravaggio ordenó colocar bien visible un pañuelo blanco atado a la punta de un mosquetón. Entraron en la ciudad acompañados por los resoplidos de los vehículos y fueron recibidos de un modo nada amistoso por las tropas íberas que los rodearon, los desarmaron y les confiscaron los automóviles. Caravaggio mantuvo una actitud amistosa y cooperativa durante la detención y convenció a Simon de hacer lo mismo.

Dieron aviso a un capitán que vino desde un barracón cercano. Ni el castellano de Caravaggio ni el italiano del capitán eran adecuados para comunicarse, pero descubrieron que ambos hablaban el suficiente francés como para entenderse.

—No comprendo —empezó el capitán—. ¿Representa usted al rey de Francia o al rey de Italia?

—A ambos —respondió Caravaggio con una sonrisa zalamera—. Porque son una sola persona, el rey Giuseppe.

El capitán escuchó encantado los detalles más sangrientos del *coup d'état* de Garibaldi y Forneau, le dio una palmada en la espalda al artista, dijo que le caía muy bien su nuevo amigo italiano y que intentaría organizar una audiencia para él en palacio.

Garibaldi oyó los vehículos a vapor que se acercaban desde la parte íbera de la frontera antes de verlos. Cuando Simon llegó al campamento italiano ya estaban todos congregados para recibir a la delegación que regresaba. John, Emily y sus compañeros de la Tierra se agolparon a su alrededor para escuchar lo que tenía que contar.

Caravaggio bajó de un salto del automóvil, abrazó a Garibaldi y le dijo que la misión había sido un éxito. El rey Pedro había quedado convencido de la bondad de la alianza que le proponían y había enviado a sus comandantes militares la orden de que dejaran pasar hasta Burgos a la delegación italiana.

—Parecía muy interesado en conocer los detalles de tu toma del poder en Italia y

Francia —explicó Caravaggio—. Estaba impresionado, pero diría que también un poco preocupado.

—Tiene motivos para estarlo —reconoció Garibaldi—. Pedro es un tirano. Y yo detesto a los tiranos.

Emily estaba ansiosa por conocer las novedades.

—¿Le has preguntado por mi hermana?

—Intenté sacar el tema —respondió el artista—. Pero mi audiencia con el rey fue breve y eludió mi pregunta. De modo que no sé nada.

John quiso saber si había visto u oído algo sobre Trevor y Brian.

—Tampoco. Pude hablar con el duque de Aragón, un hombre que se viste como un pájaro exótico, y le pregunté si había personas vivas en la corte. Me replicó si me había vuelto loco.

—Iremos allí y averiguaremos la verdad —prometió John mirando a Emily—. Si tu hermana está en Burgos, la encontraremos.

Simon vio a Alice y la sorprendió por detrás dándole una palmada en el hombro que la hizo saltar.

—Te he traído un regalo.

Ella pareció encantada.

—¿En serio?

Mostró la mano que escondía detrás de la espalda y apareció un pequeño ramo de brezo morado y flores amarillas.

—Flores españolas. Las he cogido yo mismo.

—Son preciosas. Estaba preocupada por ti. Todo el mundo comentaba lo valiente que fuiste al ofrecerte voluntario.

—Alguien tenía que conducir el maldito coche. Caravaggio sabe pintar, dibujar y seducir damiselas, pero es incapaz de poner en marcha una máquina de vapor.

—En el mundo hacen falta todo tipo de personas. Sin trabajadores como nosotros, ¿qué sería de los artistas?

—Eso mismo pienso yo.

—Te he guardado un poco de cena.

—Me muero de hambre —aseguró, acariciándose el estómago—. La manduca italiana es mejor que la española. Un motivo más para apoyar a Giuseppe.

Pedro estaba furioso.

En cuanto Caravaggio y la delegación italiana se marcharon de la corte, el duque de Aragón le informó de que la reina Mencía había llegado procedente de Bilbao con un extenso séquito.

—¿Y se presenta así, sin más? —vociferó el rey—. ¿Sin que yo la haya convocado? Cómo se atreve. Sabe que esto es violar nuestros protocolos.

Los acuerdos, sellados hacía casi un siglo, después de interminables

negociaciones a través de intermediarios reales, detallaban la separación de las dos familias reales y los medios por los que el rey y la reina se comunicarían el uno con el otro. El contacto entre ellos siempre había sido escaso y limitado sobre todo a cuestiones de cooperación militar. La reina tenía su propio ejército, y de vez en cuando Pedro le pedía ayuda para organizar una guerra o defenderse ante los invasores, siempre previo pago y *quid pro quo* de por medio.

En la reciente derrota marítima ante los ingleses, Pedro había negociado la utilización de veinte de los galeones de la reina y de centenares de sus soldados y marineros. Sin embargo, detestaba de un modo visceral tener que verla, y esta aparición espontánea sin previo aviso y acuerdo era una afrenta. Además, tenía otros asuntos en la cabeza. Los invasores moros estaban haciendo alarmantes progresos por el sur, y pese a que el duque de Madrid le había asegurado que su ejército los vencería en el campo de batalla, de momento el objetivo no se había cumplido. Para colmo, un italiano hambriento de poder venía a negociar y sin duda a intentar aprovecharse de él y, por si fuera poco, su mente estaba cautivada por una fascinante mujer viva que, con su personalidad y encanto, lo estaba transformando en un hombre corriente, en un pretendiente de carácter débil, con una actitud alejada de la de un rey acostumbrado a apropiarse sin más de lo que desea.

—El emisario de la reina asegura que viene por un asunto de la máxima importancia —explicó Aragón—. El mensaje es enigmático, pero dice así: que tiene algo para vos y que os pedirá algo a cambio. Espera en su carroza a que le deis audiencia.

Por petulancia y rencor, Pedro la mantuvo esperando varias horas, hasta que finalmente la recibió en el salón del trono con toda la nobleza reunida para crear un efecto intimidatorio. Pese a que era un día caluroso, llevaba un traje forrado de piel y la pesada e incómoda corona de oro que rara vez usaba.

Apenas miró a la reina cuando entró, tal era la hostilidad que despertaba en él. Fueron dos de las personas que la acompañaban las que le llamaron la atención, un hombre de tez oscura y otro de piel clara; los dos tenían un aire desafiante y una falta total de sumisión que Pedro solo había visto con anterioridad en una ocasión en el Infierno.

La reina hizo una levísima inclinación de cabeza y señaló el trono vacío junto al del rey en el que, según el protocolo, ella debía sentarse en presencia de él. Pedro asintió y ella ocupó su lugar.

El rey se dirigió a ella sin dejar de mirar a los congregados y la reina respondió de un modo similar y poco natural.

—¿Por qué has venido a la corte sin dar aviso previo?

—No es una visita de placer —respondió ella en castellano—. Vengo por un asunto de mutuo interés.

—¿Está relacionado con estos extranjeros que veo ante mí?

—Así es.

—Acercaos —ordenó Pedro. Cuando Trevor y Brian desobedecieron la orden, la reina le informó de que solo hablaban inglés. Le ofreció a Felipe Gomez como traductor, pero Pedro prefirió llamar a García Manrique. El hombrecillo apareció apresurándose entre la multitud y acometió obediente la labor.

—El rey os invita a que os acerquéis a él —les dijo a Brian y Trevor.

—De acuerdo —aceptó Trevor.

Se acercaron a poco más de un metro del trono antes de que Aragón alzase la mano, les pidiese que se detuvieran y les preguntase si llevaban armas.

—Ninguna —respondió Brian.

Pedro movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Estáis vivos?

—Sí, lo estamos —respondió Trevor.

—¿Cuántos más como vosotros hay por aquí? —quiso saber el rey.

—No sé con certeza el número exacto —respondió Trevor—. En nuestro caso vinimos cuatro juntos. Hay otro grupo de cuatro y probablemente otro de ocho. Pero creo que usted ya conoce a uno de los nuestros. Se llama Arabel Loughy y creemos que está aquí.

Pedro escuchó la traducción y se enfureció de forma ostensible al oír las dos últimas frases.

—Dile que no sé nada de esa mujer —le dijo el rey a Manrique.

Cuando Trevor respondió que no le creía, Pedro se puso hecho una furia y vociferó durante un minuto, con las venas del cuello hinchadas, hasta que Manrique le preguntó si deseaba que tradujese los improperios.

La reina intervino para decir que no era necesario y añadió:

—Pedro, me han llegado noticias de la llegada de esta mujer a tu corte. No pretendas lo contrario. Estos dos hombres no pueden obligarte a mostrársela. Quieren hacer un trato contigo.

Pedro la miró directamente por primera vez.

—¿Qué tipo de trato?

—Han traído de la Tierra un libro asombroso que contiene todas las fórmulas para fabricar bombas gigantes con las que vencer a tus enemigos. Iberia es vulnerable. Tú eres el responsable, después de la derrota de tu armada. Los moros nos están atacando. Por el bien de tu reino y el mío, necesitas ese libro. Te lo darán a cambio de la mujer.

—¿Dónde está el libro? —preguntó Pedro.

—Lo he guardado en lugar seguro.

—¿Y por qué no me lo das y les corto el cuello a estos dos?

—¿Qué dice? —le susurró Trevor a Brian.

—Dudo que sea algo amistoso.

La reina respondió que les había dado su palabra de que no les sucedería nada malo.

El rey sonrió con suficiencia.

—Rompe tu palabra.

—No lo voy a hacer.

—Tal vez debería cortarte el cuello a ti —añadió con una sonrisa radiante de solo pensarlo.

—No lo harás, por el mismo motivo por el que no lo has hecho hasta ahora. Necesitas mi ejército. Si me destruyes, te verás inmerso en una guerra interna y, si eso sucede, Iberia caerá ante sus enemigos. Permíteles ver a la mujer. Puedes hacer que alguien de tu confianza examine el libro. Si ambas partes se muestran de acuerdo, podemos llegar a un pacto.

Acompañaron a Brian y Trevor al ala del palacio reservada a la reina y su amplio séquito. No les encerraron en la habitación, pero había soldados de Pedro haciendo guardia en el pasillo. Comieron un poco de fruta y probaron una jarra de vino que les habían dejado junto a las camas.

—¿Qué crees que va a hacer? —preguntó Trevor.

—Permitiré que veamos a Arabel —respondió Brian—. Después, dependerá del interés que le despierte el libro. Creo que hay un acuerdo en el horizonte.

—Ojalá sea así, porque no se me ocurre ningún plan B.

—A mí tampoco. No podemos pensar en el uso de la fuerza. Somos dos contra miles de españoles.

—¿Por qué la reina se arriesga por nosotros? —preguntó Trevor.

Brian sonrió.

—Como ya te dije, la otra noche tuvimos una cena muy productiva.

—No has sido muy claro conmigo —se quejó Trevor—. Dime que no te has acostado con ella.

—Un caballero nunca comenta esas cosas.

—Dios mío, Brian. Está muerta. ¿Te has acostado con una muerta?

Brian se encogió de hombros con despreocupación.

—Se parece mucho a mi primera esposa, Gloria. Me imaginé a Gloria hasta que llegó un punto en que dejé de hacerlo, y esto es todo lo que voy a contar. Pásame otro racimo de uvas, por favor.

Yugurta, rey de Numidia, contemplaba la llanura cubierta de hierba a lomos de su enorme caballo. A lo lejos, hacia el norte, la ciudad de Madrid era visible por el humo de las chimeneas. Entre él y la metrópoli había un ejército de íberos desplegado en formación defensiva, con la caballería en primera línea, arqueros en la segunda, la infantería detrás y la artillería ligera en los flancos. El duque de Madrid cabalgaba de un lado a otro ante sus líneas, pero lo único que veía Yugurta desde su punto de observación era un casco emplumado dando brincos.

Sus principales comandantes, todos hombres de alta alcurnia de tribus bereberes y

del norte de África, se acercaron y escucharon sus instrucciones.

—Ha llegado el momento —dijo el rey—. Hoy Madrid, mañana Burgos. Cuando hayamos exprimido Iberia y devorado sus riquezas, nos lanzaremos sobre el resto de Europa. ¿Están listos nuestros hombres?

Tariq, su comandante libio, respondió que estaban ansiosos por entrar en combate. Yugurta se volvió para contemplar el infinito mar de resplandecientes escudos.

—Intentarán abrir boquetes en nuestras líneas con fuego de cañón.

Tariq se rio y replicó:

—No estaba seguro de si nuestra maniobra iba a resultar, pero ha funcionado. El enemigo ha salido de Madrid para enfrentarse a nosotros sin darse cuenta de que nuestras fuerzas los están rodeando por los flancos por el este y el oeste.

—Es la hora de aplastarlos hasta convertir sus huesos en polvo —sentenció el rey. Pidió que le entregaran su arco, prendió una flecha envuelta en un paño empapado de aceite y la lanzó apuntando hacia el cielo en dirección a las fuerzas íberas.

Antes de que la flecha en llamas tocara el suelo, el cañón moro, oculto entre la hierba alta y apuntando sobre las tropas íberas, disparó la primera salva y el aire se volvió negro con la letal andanada de flechas moras.

Las plumas del duque de Madrid enseguida desaparecieron de la vista.

El duque de Aragón y un centenar de miembros de la guardia real de Pedro recibieron a la expedición italiana a quince kilómetros de Burgos. Desde allí los escoltarían según lo acordado en la visita al palacio de Caravaggio; entre los italianos se generó una cierta suspicacia, pero sin llegar a sentirse amenazados.

Garibaldi saludó al duque y lo invitó a acompañarlo en uno de los vehículos a vapor, pero Aragón rechazó educadamente el ofrecimiento, mirando la máquina con recelo.

—¿Lleva un animal dentro? —preguntó en un perfecto italiano.

—¿No poseen ustedes ningún vehículo como este en su reino? —le interpelló Garibaldi.

—Ni lo poseemos ni deseamos tener un artefacto así, que asalta los oídos y altera los sentidos.

—Bueno, son máquinas muy útiles —le aseguró Garibaldi—. Si finalmente firmamos una alianza, le ofreceré una de ellas al rey Pedro como regalo.

—Seguro que la aceptará, aunque no creo que quiera viajar en su interior. Tiene excelentes caballos y carrozas. —A continuación, el duque le preguntó al rey—: ¿Habéis dejado en la frontera vuestro armamento para el asedio?

—Solo hemos traído un cañón, otro regalo para Pedro. Le aseguro que venimos en son de paz.

—Ya tenemos muchos cañones, majestad.

—Ninguno como este —le aseguró Garibaldi—. Este silba.

Antes de entrar en la ciudad amurallada de Burgos por la puerta norte, Caravaggio le recordó a Garibaldi que tenía que tomar su dosis de infusión de penicilina. El rey se la tragó e hizo una mueca de asco.

—Allí está el comité de bienvenida. —Garibaldi señaló la parte superior de las gruesas murallas.

Desde las almenas, arqueros y artilleros íberos los observaban con las armas preparadas. La columna italiana de automóviles a vapor, caballos y carros serpenteó por las estrechas calles. Ciudadanos curiosos se asomaban por las ventanas y se subían a los terrados para contemplar el espectáculo. Los soldados italianos acechaban nerviosos cualquier signo sospechoso de una posible emboscada, pero llegaron sin problemas hasta la plaza del palacio real, donde Aragón ordenó que se levantase un campamento para los soldados rasos.

—A vos y a vuestros oficiales los instalaremos en el palacio, por supuesto —informó el duque a Garibaldi en cuanto Simon apagó el motor—. Esta noche celebraremos una cena de bienvenida ofrecida por su majestad.

—Tengo que comentarle algo —le dijo Garibaldi a un expectante Aragón—. Conmigo viajan varias personas interesantes. No son soldados. No son italianos. De

hecho, no son habitantes del Infierno.

Aragón siguió a Garibaldi hasta uno de los carros cubiertos y cuando el viejo rey abrió la lona, John y sus compañeros empezaron a descender.

Garibaldi escrutó la expresión de Aragón y le desconcertó su impasibilidad.

—Vivos. —El duque hizo oscilar un dedo en el aire mientras los contaba—. Siete almas vivas.

—No parece sorprendido.

—¿Por qué debería estarlo? Se está empezando a convertir en algo habitual. Nosotros ya tenemos este tipo de gente en el palacio.

—Dos hombres y una mujer.

El duque asintió.

—No se lo podía contar a vuestro enviado, el signore Caravaggio, pero ahora ya puedo decirlo.

Garibaldi se volvió hacia sus amigos procedentes de la Tierra.

—John y Emily —les llamó en inglés—. Tengo buenas noticias para vosotros.

La reunión se desarrolló en un salón de gala del palacio. John y Emily esperaban de pie; Martin, Tony, Alice, Tracy y Charlie se sentaron en mullidos sofás. A cada minuto que pasaba la tensión iba en aumento, hasta que por fin se abrieron las puertas.

Brian apareció el primero, con una gran sonrisa. Trevor y Arabel entraron juntos, cogidos de la mano. Cuando Arabel vio a su hermana, corrió hacia ella. Las dos mujeres se abrazaron y gimotearon apoyando la cabeza en el hombro de la otra.

—Lo habéis conseguido —felicitó John a los dos hombres.

—Por supuesto —replicó Brian chocándole la mano—. Nunca lo hemos dudado.

—Hemos formado un gran equipo —añadió Trevor, y le dio un fuerte abrazo a John.

—Supongo que tendréis unas cuantas historias que contar —sonrió John.

Trevor asintió.

—Imagino que tú también. ¿Por qué estáis aquí? Se suponía que teníais que rescatar a los niños.

—Es una historia complicada, pero necesitábamos ayuda. Garibaldi tenía que estrechar lazos con los íberos antes de enfrentarse a los alemanes y los rusos. No dudo que Arabel se habrá alegrado de verte.

—Alegrado no es la palabra. Lo ha pasado mal, pero es una superviviente.

—Es cosa de familia —aseguró John.

—Está angustiada por los niños.

—Ya me lo figuro.

Trevor señaló a los otros.

—No me digas que todos estos son el grupo desaparecido de South Ockendon.

—Lo que queda de él. Ellos también lo han pasado mal. Te los voy a presentar.

Emily y Arabel se sentaron en un sofá para buscar cierta intimidad.

—Has venido a rescatarme —dijo Arabel, cogiendo de las manos a su hermana—. De hecho, has vuelto a este horrible lugar.

—Tenía que encontrarte. Eso era lo prioritario.

—Sam y Belle. —Se le hizo un nudo en la garganta al pronunciar sus nombres—. ¿Sabes dónde están?

—Están en Alemania. Sabemos dónde exactamente.

—Entonces ¿por qué has venido a rescatarme a mí? —preguntó entre lágrimas—. Es a ellos a quienes tienes que salvar.

—Vamos a ir en su busca. Iremos todos juntos. Y después regresaremos a casa.

—¿Cómo?

—Tendremos que volver a Dartford. Pondrán en funcionamiento el colisionador para llevarnos de vuelta. Ya te lo explicaré más tarde.

—Lo siento, pero odio el colisionador. —Arabel apartó las manos.

—No, yo lo siento. Tengo la sensación de que todo esto ha sucedido por mi culpa. John escuchó la conversación y se acercó.

—No ha sido culpa de Emily. Su jefe es el verdadero responsable de lo sucedido.

—Arabel, quiero presentarte a John Camp.

Ella hizo ademán de incorporarse, pero John se acuclilló para saludarla.

—He oído hablar mucho de ti —le dijo.

—De modo que este es John. No sé por qué no nos hemos conocido antes.

—Creo que Arabel me mantenía escondido hasta que me curase de mis malos hábitos.

—Bueno, en cualquier caso, es un placer conocerte por fin. Aunque sea en estas circunstancias.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó John.

Se le humedecieron de nuevo los ojos.

—He tenido que sacar fuerzas de donde no las tenía. Siempre pensaba qué hubiera hecho Emily en cada situación.

Su hermana la abrazó con fuerza.

—¿Cómo están mamá y papá? —preguntó Arabel.

—Conociéndolos, estoy segura de que no han perdido la fe.

—¿Quieres que te presente a los demás? —le preguntó John.

—¿Ellos también estaban en el MAAC?

Emily negó con la cabeza.

—Me temo que son transeúntes inocentes, que estaban muy lejos de allí. Te caerán bien. Son buena gente.

Cumpliendo con los deseos del rey Pedro, una delegación de negociadores se reunió

esa tarde antes de la cena de Estado. Pedro consideró que estaba por debajo de su rango involucrarse personalmente en los detalles y dejó en manos de Aragón y los otros nobles el encuentro con los italianos para discutir los pormenores de la alianza. A Garibaldi le parecía absurdo no participar en la reunión, pero los suyos le convencieron de que la asimetría sería considerada una ofensa. De modo que sus consejeros más cercanos, incluidos Caravaggio y Simon, se sentaron a la mesa para tratar de sellar un acuerdo. Aragón estaba perplejo por la ausencia de nobles en la delegación italiana, y Caravaggio le informó de que la suya era más o menos una monarquía popular.

—Garibaldi es ante todo un soldado —explicó—, yo soy pintor, Simon construye máquinas de vapor. Todos decidimos ponernos de su parte porque creemos que ofrece otro modo de vida en el Infierno, una vida mejor. Pero no odiamos a la nobleza. Algunos de mis mejores amigos son duques.

—Me alegra oírlo —respondió Aragón con una pizca de sarcasmo—. Supongo que la nobleza francesa estará bien representada en el nuevo sistema.

—Eso ya lo veremos —sentenció Caravaggio.

—Bueno, vuestras extrañas ideas italianas no nos incumben. Centrémonos en el asunto de la reunión. ¿Por qué deberíamos sellar una alianza con vosotros?

—Muy sencillo —respondió Simon—. Alemania y Rusia han hecho un pacto. Cada uno de ellos era ya de por sí fuerte. Juntos lo serán más todavía. Apuesto a que unidos bajo el poder del zar ya están maquinando sus próximos movimientos. Tal vez su siguiente objetivo sea Britania. Tal vez lo seamos nosotros. Tal vez vosotros. Querrán conquistar toda Europa, esto está claro.

—Tal vez —musitó Aragón—. Desconozco sus intenciones.

—Perdonadme por decir esto —intervino Caravaggio—. Solo soy un artista, no un político ni un hombre de guerra, pero creo que Iberia es débil en estos momentos. Acabáis de perder una guerra con los ingleses. Hemos oído que tenéis problemas con los moros. —Buscando un efecto teatral, vació su copa de vino y volvió a llenarla—. Eso puede condenaros al desastre. Uníos a nosotros en una gran alianza íbero-italiano-francesa y juntos frustraremos los planes del zar Iósif antes de que pueda enviarnos a todos a un pudridero por toda la eternidad.

La cena real, aunque preparada a toda prisa, estuvo meticulosamente orquestada, pero para Pedro no había detalle más importante que la ubicación de los comensales en la mesa.

Mientras Aragón negociaba, Pedro le daba vueltas a la colocación de los invitados hasta estar seguro de haber logrado el efecto deseado. Cuando por fin dio por buena la distribución, apareció la reina Mencía y pidió hacer algunos cambios.

Para dar cabida a todos los comensales se había sustituido la larga mesa real por varias mesas redondas, y un pequeño ejército de sirvientes se movilizaron para tener

preparado a tiempo el salón del banquete.

Garibaldi se quejó de la pompa y el protocolo, pero aceptó instalarse en el palacio y entrar en el salón en el momento exacto en que lo hacía Pedro, anunciado por los redobles de docenas de tambores. Pese a llevar su mejor uniforme, parecía un campesino en comparación con Pedro, con su traje repleto de adornos y su impecable peinado. Los dos hombres entraron cada uno por un lado del salón y debían encontrarse en el centro para recibir el aplauso de los centenares de invitados.

Garibaldi se preguntó cómo se las apañarían para conversar, pero de pronto apareció un hombrecillo a su lado, que se presentó como García Manrique, humilde servidor y traductor. Pedro ralentizó el paso para que Garibaldi llegase primero al punto de encuentro y tuviese que esperarlo. El rey íbero se le acercó y le dio la bienvenida con una leve inclinación de cabeza y le tendió la mano.

—Bienvenido a Iberia, rey Giuseppe.

—Es un honor conocerle, rey Pedro.

—Vamos, vos os sentaréis a mi lado, por supuesto.

La elección de los comensales de la mesa del rey era una mezcla de protocolo y deseo. A la izquierda del rey se sentaba Garibaldi, y a su derecha, la reina Mencía. A la derecha de esta, Aragón. A Brian lo habían colocado justo enfrente de la reina, y para compensar, Arabel se había visto obligada a separarse de Emily y colocarse frente a Pedro. Para completar el círculo, Caravaggio se sentaba al lado de Garibaldi y embelesó a la reina con un pequeño y halagador retrato de ella que bosquejó allí mismo. García Manrique permanecía de pie detrás de los dos monarcas sentados. Su escasa estatura era óptima para la ocasión.

En una mesa cercana a los monarcas, atrayendo la curiosidad de toda la corte íbera, se sentaron juntos los viajeros provenientes de la Tierra.

—Si Pedro se atreve siquiera a ponerle una mano encima, lo machaco —murmuró Emily sin quitar ojo a la mesa real.

—Yo te ayudaré a hacerlo —masculló Trevor.

—Dios mío, espero que la comida sea decente —imploró Charlie—. Me muero de hambre.

—Yo también —añadió Alice, que cruzó una mirada con Simon, sentado a una mesa próxima.

Martin y Tony participaron en la ronda de brindis protocolarios que vino a continuación.

—A tu salud —dijo Martin—. No me puedo creer lo valiente que has sido.

—Lo mismo digo —replicó Tony—. Lo mismo digo de todo corazón.

En la mesa real, Pedro clavó el tenedor en un capón y se dirigió a Garibaldi.

—Bueno, me han informado de que ya tenemos las bases para un pacto.

—También yo he sido informado al respecto.

Pedro hablaba con la boca llena de la grasienta carne del ave. Brian le susurró a Arabel: «Come como un cerdo» y ella resopló divertida.

—Últimamente no he tenido ocasión de reír —admitió.

García Manrique empezó a traducir el discurso del rey:

—Con este pacto, Italia y Francia nos ayudarán en nuestra aventura contra los ingleses, y nosotros os ayudaremos en la campaña contra los alemanes y los rusos.

—Exacto —confirmó Garibaldi—. Sin embargo, puede que sea necesario ampliar esta cooperación militar para enfrentarse a nuestro problema con los macedonios y al vuestro con los moros.

—Giuseppe, no sé nada de ese problema con los macedonios del que me hablas, pero te aseguro que nosotros no tenemos ningún problema con los moros. Estoy esperando la llegada en cualquier momento de un mensajero con la noticia de que el duque de Madrid los ha aplastado.

—Bueno, pues brindemos por eso. —Garibaldi alzó la copa—. Lo que queda por decidir es el orden de prioridades. Enrique se ha replegado en Britania, de modo que no es urgente atender ese flanco. Stalin ha organizado su cuartel general en Marksburg y desde allí supone una amenaza para nosotros. Sugiero que lancemos contra él un ataque conjunto a la mayor brevedad. Cuando lo hayamos aniquilado o mandado de vuelta a Rusia con el rabo entre las piernas, entonces podremos discutir sobre cómo actuar contra los ingleses.

—Nuestros asesores pueden acabar de perfilar los detalles cuando preparen el documento final del pacto —comentó Pedro con desdén—. Pero dime —añadió, inclinándose hacia Garibaldi y desplazando a Manrique—. ¿Cómo sé que no vas a intentar cortarme la cabeza, como hiciste con Borgia y Robespierre? Llevo muchísimo tiempo en este mundo y nunca había visto a un hombre adquirir tanto poder en tan poco tiempo. Es una hazaña impresionante e inquietante. Debes de ser un hombre despiadado. Un hombre muy despiadado. Pero permíteme decirte una cosa, Giuseppe: no quiero perder mi cabeza, me he acostumbrado a ella.

—No tienes nada que temer. A César Borgia y a Maximilien Robespierre los detestaba su propio pueblo, y estoy seguro de que esto en tu caso no sucede. La gente ansiaba un cambio y yo se lo ofrecí.

—¿Ansiaba? —preguntó Pedro asombrado—. ¿Por qué iba yo a preocuparme de si la gente tiene ansia de comida, de protección, de cambio o de todo junto? Son escoria. Por eso están donde están.

—Bueno, supongo que eso nos convierte a nosotros en escoria real.

Cuando García Manrique tradujo esto, Aragón levantó la cabeza del plato, estupefacto. La reina Mencía se lo estaba pasando en grande y Caravaggio mostró su aprobación con un resoplido y comenzó a esbozar algo en el cuaderno que siempre tenía a punto. Pedro, en cambio, frunció el ceño como si padeciese dispepsia y atacó otro capón.

Se produjo un barullo al fondo de la sala que hizo que todo el mundo volviese la cabeza. Pedro ordenó a Aragón que acudiese a ver qué sucedía. Regresó con un soldado herido, con el brazo empapado de sangre y flácido, y la cabeza vendada.

—¿Qué significa esto? —le preguntó el rey al duque, mirando al herido con desdén.

—Este hombre viene de Madrid —dijo Aragón con tono dubitativo, como si le diese miedo continuar.

—Sí, ¿y qué más? —inquirió el rey.

—Siento tener que informar de que el duque de Madrid y su ejército han sido aniquilados.

—¿Aniquilados? ¿Qué quiere decir aniquilados?

Garibaldi azuzó al hombrecillo para que le tradujese y cruzó una mirada preocupada con Caravaggio.

—¿Qué crees que está pasando? —le preguntó Emily a John.

—No lo sé, pero no parece nada bueno.

Aragón explicó la noticia con más detalle. Los moros habían superado las posiciones defensivas del duque y habían dejado fuera de combate a miles de soldados. Los enemigos eran superiores en número y en estrategia.

Pedro dejó caer el cuchillo.

—¿Madrid? —preguntó—. ¿Los moros han tomado Madrid?

El mensajero inclinó la cabeza.

—No, señor; entraron y la saquearon en busca de comida, y después partieron.

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó Pedro—. ¿Adónde han ido?

—Vienen hacia aquí, majestad —informó el mensajero—. Ya están llegando a Burgos. Han tomado posiciones al sur, al norte, al este y al oeste.

Garibaldi se dirigió a Caravaggio:

—Y eso que no tenía un problema con los moros.

El artista cerró el cuaderno en el que había estado dibujando a dos ranas sentadas sobre las hojas de un lirio acuático en un estanque repleto de basura, cada uno con su corona en la cabeza elegantemente ladeada.

Esa noche el grupo de la Tierra se reunió con los italianos.

—No tenemos elección —explicó John—. Tendremos que luchar para salir de aquí.

—Me temo que así es —corroboró Garibaldi—. Aragón me ha dicho que solo disponen de dos mil soldados en la ciudad. Gran parte de los efectivos se habían desplazado a Madrid.

—A los que hay que sumar nuestros quinientos —añadió Simon.

—He hablado con los íberos que huyeron con el mensajero a Burgos —dijo Caravaggio—. Miles y miles de moros se cernieron sobre las tropas íberas de Madrid como un cangrejo que cierra las pinzas sobre su víctima.

—¿Qué armamento llevan? —preguntó Simon.

—Tienen arqueros, espadachines, lanceros y tropas a caballo. Artillería ligera y

pesada. Algunos mosquetones y pistolas, pero no en gran cantidad —detalló Caravaggio.

—Superiores en número y en estrategia —comentó Brian—. Apuesto a que es un ejército muy disciplinado.

—Tenemos un problema —meditó John—. Estamos en una ciudad amurallada. Por su aspecto, los muros son sólidos y deberían resistir un bombardeo durante bastante tiempo.

—Estoy de acuerdo —intervino Tony—. Si a lo largo de todo el perímetro las murallas son iguales que el tramo por el que pasamos al entrar en la ciudad, estamos hablando de seis metros de grosor. ¿Y os fijasteis en el perfil exterior cóncavo? Es ideal para desviar los proyectiles de artillería.

—Entonces ¿por qué tenemos un problema? —preguntó Charlie.

—Porque los atacantes van a plantear esto como un sitio —explicó John—. Primero nos bombardearán, pero si los muros resisten, cambiarán de táctica y buscarán la rendición por hambre. Ellos se avituallarán saqueando las ciudades y pueblos de los alrededores, tal vez incluso trayendo provisiones de Madrid. Disponemos de diecisiete días para regresar a Dartford. Un sitio puede prolongarse diecisiete semanas.

—Sí que es un problema bien gordo —asintió Garibaldi—. Tal vez podamos intentar pasar entre las líneas del ejército moro y buscar tropas de refuerzo en Francia. Sacarles ventaja con los vehículos de vapor.

—Es una locura —opinó Simon—. Lo haré si me lo ordenas, pero no me gusta.

Escucharon una voz procedente de la otra punta de la habitación. Brian paseaba de un lado a otro. Se acercó a los demás y dijo:

—Necesitamos cambiar las tornas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trevor.

—Quiere decir que no nos defenderemos —añadió John—. Que pasemos a la ofensiva.

—Exacto —confirmó Brian.

—No estaréis proponiendo atacarles fuera de la muralla de la ciudad —se inquietó Garibaldi.

—No —lo tranquilizó John—. Mientras me recuperaba de la operación en el hospital, aproveché para reflexionar y hacer algunas indagaciones. Si hay una buena forja en la ciudad podríamos sorprender a esos moros con unas cuantas cosas que no habrán visto en su vida.

Caravaggio se ofreció para preguntarle a Aragón si tenían forjas.

—Es una lástima que no podamos subir el cañón a esos muros —lamentó Simon.

—¿Quién dice que no podemos? —intervino Tony, y le pidió a Caravaggio carboncillo y papel—. Yo podría diseñar algo para lograrlo.

—Pero hay un problema —dijo Emily—. No me fío ni un pelo de Pedro, por mucho que se muestre dispuesto a colaborar. Si le salvamos el culo, ¿cómo podemos

estar seguros de que cumplirá su palabra de liberar a Arabel, a la que durante la cena no ha dejado de mirar con lascivia, y que nos proporcionará los soldados que necesitamos para rescatar a Sam y Belle?

—No bajaremos la guardia —respondió Garibaldi—; actuaremos con prudencia y al menor signo de traición, lo aplastaremos sin piedad.

La forja real de Burgos era un edificio bajo de ladrillo visto con un horno en forma de colmena y una chimenea que se alzaba hasta la altura de las murallas de la ciudad. El maestro herrero se llamaba Eduardo y era un hombre delgado y nervudo que no parecía tener la fuerza necesaria para manejar las pesadas herramientas de esta profesión, pero lo que le faltaba en musculatura lo compensaba con la rapidez, moviéndose entre sus trabajadores y exhortándolos a trabajar más deprisa.

Por primera vez desde que llegaron al Infierno, John perdió de vista a Emily para visitar la forja mientras ella se quedaba con Arabel en el palacio. La urgencia de la situación los obligó a separarse. Tony, Charlie y Caravaggio se dirigieron a las murallas de la ciudad y empezaron a trabajar con un pequeño ejército de carpinteros. Trevor, Garibaldi y Simon subieron a las murallas con Aragón y sus oficiales y otearon la llanura. Tal como les había informado el mensajero, había una multitud desperdigada por los prados alrededor de la ciudad, y al mirar por el catalejo Garibaldi distinguió cientos de tiendas de campaña, fuegos de campamento y piezas de artillería en movimiento para colocarlas en posición. Martin se quedó en el palacio trabajando con Alice, Tracy y los médicos reales, reuniendo y mejorando los instrumentos quirúrgicos y confeccionando vendajes. Emily y Arabel empezaron a crear lo que acabaría siendo una enorme remesa de infusión de penicilina para las inevitables heridas infectadas que se avecinaban.

En la forja, John contó con el apoyo de Brian para llevar a cabo los planes que tenía en la cabeza. Con la ayuda de un intérprete, le pidieron a Eduardo, un hombre del siglo XVIII, que les enseñase sus mejores rifles y él les trajo un fusil de chispa muy bien acabado que pertenecía a la armería real de Pedro.

John y Brian inspeccionaron el cañón y lo descartaron por demasiado liso.

—Tienes también cañones estriados, ¿no? —le preguntó John.

—Claro que tengo cañones estriados —refunfuñó Eduardo—. Me habéis pedido el rifle de más calidad, no el más preciso.

John y Brian se mostraron de acuerdo en que la técnica de fabricación de rifles de Eduardo era buena, pero las balas de mosquetón que elaboraba eran de plomo y demasiado lisas.

—Este es el problema —le explicó John—. El mismo con el que me encontré en la forja de Britania. Con vuestros rifles y estas balas solo conseguís un alcance efectivo de unos cincuenta metros.

—No más —se mostró de acuerdo Brian.

—¿Los que han llegado aquí en tiempos más recientes no os han hablado del diseño moderno de balas? —preguntó John.

—Los hombres modernos son idiotas —se quejó Eduardo—. No saben nada sobre cómo funciona una forja. Me preguntan por qué no tengo esto o aquello, pero

no tienen ni idea de cómo fabricar sus extraños inventos. Así que los saco de aquí a patadas.

La noche anterior, John había usado los materiales de Caravaggio para hacer algunos dibujos y él y Brian le mostraron a Eduardo lo que querían conseguir. El herrero los escuchó, les hizo varias preguntas, gruñó y al final asintió entusiasmado.

—Esto sí lo puedo hacer —aseguró el hombre.

—Pues pongámonos manos a la obra —propuso Brian—. Necesitamos miles de estas, una docena de estas otras y unos centenares de esas.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —preguntó el herrero.

—Si no puedes distribuir estas por las murallas de la ciudad mañana, tendrás que aprender a hablar árabe —le dijo Brian.

—Es bereber —le corrigió el traductor—. Estos moros hablan bereber.

—En ese caso tenemos que empezar por fabricar los moldes —le cortó Eduardo, alejándose apresuradamente con los dibujos de John.

Durante todo el día Burgos fue un hervidero de actividad frenética. Se bloquearon todas las puertas de la ciudad y los ciudadanos, aterrorizados, se escondieron tras los postigos cerrados de sus casas. Los soldados de Pedro fueron puerta a puerta requisando pan y cerveza, y obligando a los hombres en buenas condiciones físicas a servir al rey recargando mosquetones y, en caso de que las murallas cedieran, como carne de cañón.

Avanzada la jornada, Pedro salió del palacio rodeado por su guardia real para dirigirse en carroza hasta la muralla. Subió a ella con García Manrique apresurándose detrás como un perrito faldero y le molestó ver que Garibaldi ya estaba allí, paseándose por la fortificación con aires de ser él quien daba las órdenes.

—Buenos días, Giuseppe —saludó Pedro—. ¿Qué tenemos aquí?

—Tenemos una enorme batalla en ciernes. Permíteme que te muestre dónde van a concentrar sus cañonazos. Nos tienen cogidos por el cuello y a punto de ahorcarnos.

Pedro trató a Garibaldi como si fuese un comandante de su ejército en lugar de un monarca como él, pero si esa actitud irritó al italiano, no lo evidenció, pese a que Simon estaba lívido. Más tarde, Garibaldi le explicó que había sido soldado mucho más tiempo que rey y se sentía cómodo en ese papel.

Completada la visita, Pedro volvió la vista hacia la ciudad, sorprendido por el ruido de martillazos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Uno de los hombres vivos es arquitecto —respondió Garibaldi—. Ha diseñado una torre con cabestrantes para poder subir nuestro pesado y muy especial cañón a la muralla, donde será vital para la batalla.

—Muy bien —concedió Pedro—. Te dejo con los preparativos. Debo regresar al palacio para el almuerzo.

Garibaldi sonrió.

—Te mantendré informado si la situación cambia.

La reina Mencía hizo llamar a su hombre de confianza y le pidió que le contase cómo iban los preparativos militares, pero cuando Guomez resultó demasiado difuso con los detalles, ella convocó a Brian. Guomez regresó para decirle que Brian había abandonado el palacio y estaba trabajando en la forja real, y la reina dejó perplejos a los miembros de su séquito al pedirles que la llevaran allí.

El horno llevaba horas rugiendo y el ambiente era más que sofocante. Todos los hombres iban sin camisa, incluidos Brian y John, que trabajaban codo con codo con los habitantes del Infierno vertiendo el plomo y hierro líquidos en los moldes recién fabricados.

La presencia de alguien de la realeza en ese lugar era algo del todo inusual, y la de una reina no tenía precedente. Los trabajadores de la forja mostraban más incredulidad por la presencia de la reina Mencía de la que ya habían mostrado esa mañana al ver entrar a John y Brian. Muchos hicieron una reverencia hincando una rodilla en el suelo. La reina empezó a respirar con dificultad en aquella atmósfera tóxica y pidió un abanico, pero a nadie de su séquito se le había ocurrido traer uno. Guomez se acercó con paso rápido a Brian y le informó de que la soberana había venido a verlo. Él puso los ojos en blanco, cogió la camisa y la acompañó afuera para que respirara aire fresco.

—No consigo información fiable sobre los preparativos bélicos —le dijo a Brian mientras una de sus damas le secaba el sudor de la frente y el escote con un pañuelo.

—Vos sois un militar, señor Brian, informadme.

—Bueno, majestad, se lo explicaré a mi modo —le propuso, con una sonrisa difusa—. Primero los vamos a aturullar, después los vamos a cegar y por último los vamos a echar a patadas de este bonito país.

Guomez lo miró perplejo y pidió ayuda con la traducción. Brian se disculpó, admitió que estaba un poco mareado por el calor, entró y en un minuto volvió a salir de la forja con una bandeja con varias piezas de reciente fabricación.

Cuando acabó su explicación sobre el uso de cada uno de aquellos artilugios, la reina llamó a uno de sus sirvientes y le pidió que le trajese una pequeña caja de madera. La abrió y sacó un grueso anillo de oro con incrustaciones de cornalina.

—Sois un caballero extraordinario, señor Brian. Por favor, aceptad este detalle como muestra de mi profundo afecto.

Tal vez fuese porque todavía estaba un poco mareado por culpa de la deshidratación, pero después de admirar el anillo y deslizárselo en uno de los dedos, Brian dio un paso adelante y sin ningún tipo de pudor le plantó un beso en los labios a la reina. El séquito en pleno lanzó un suspiro horrorizado y Guomez parecía a punto de desmayarse, pero la reina estaba encantada y se alejó de la forja con alegres andares juveniles.

Con las primeras luces del día siguiente, Yugurta ordenó que se iniciase el bombardeo

de Burgos. El libio Tariq, protegido por la oscuridad, había cabalgado en persona hasta las murallas de la ciudad para inspeccionarlas y localizar posibles partes débiles, y al regresar había informado de que eran muy sólidas y no lograrían derrumbarlas a cañonazos. Sin embargo, Yugurta sabía que valía la pena bombardear para someter a los íberos a una campaña de terror, y si conseguía acercar lo suficiente algunas piezas de artillería lograría lanzar los proyectiles por encima del muro y les infligiría daños reales.

John y Brian oyeron los cañonazos desde la forja, donde se habían pasado la noche trabajando. Garibaldi, sus comandantes italianos y Trevor habían dormido en el palacio, pero ya estaban en lo alto de la muralla con Aragón desde antes del alba. Bajaron la cabeza al ver los fogonazos de la artillería, pero las primeras salvas impactaron lejos de los muros.

—El cañón que tienen colocado más cerca está a quinientos metros y aun así yerran el tiro —comentó Aragón a Garibaldi—. Tratarán de avanzar, pero todavía no quiero responder a su fuego, porque entonces sabrán que nosotros tampoco tenemos potencia para alcanzarlos a ellos.

—Estoy de acuerdo —dijo Garibaldi.

—¿Cuándo nos traerán los hombres vivos las nuevas armas?

—Ayer por la noche me informaron de que estaban haciendo grandes progresos. Lo más probable es que no tardemos en ver las primeras remesas. Creo que tendremos que esperar un poco más para el cañón. La torre elevadora todavía está a medio construir.

Los dos hombres dieron un pequeño paseo por la muralla, miraron hacia abajo para comprobar los progresos de construcción de la torre y Garibaldi saludó a gritos:

—¡Buenos días, caballeros!

Tony, Charlie y Caravaggio levantaron la cabeza. El enorme cañón reposaba sobre el carro, con las cuerdas para subirlo ya preparadas. Le aseguraron que por la tarde ya podrían empezar a izarlo.

En el palacio, las mujeres se despertaron al oír los cañonazos. Emily y Arabel dormían apretadas en la misma cama por decisión propia. Alice y Tracy habían pasado la noche en camas separadas, pero en la misma habitación.

—Ya ha empezado —murmuró Emily.

Alice se incorporó de inmediato.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra. Espero que los hombres estén a salvo.

—Quieres decir que esperas que Simon esté a salvo —matizó Tracy.

Alice se estaba lavando la cara con agua de la jofaina que compartían.

—¡Oh, basta! —dijo riéndose.

—Hemos visto cómo os miráis —comentó Emily mientras se calzaba las botas.

—Por el amor de Dios —refunfuñó Alice—. ¿Os habéis percatado de que está muerto?

—Cuesta encontrar hombres buenos, vivos o muertos —reflexionó Tracy—. Espero que mi marido me esté esperando cuando regrese.

—Pongámonos en marcha —las animó Arabel, que ya había salido de la cama—. Tenemos que ir a Alemania y después volvemos a casa.

Se oyó otro cañonazo.

—Vamos a comprobar cómo está nuestra infusión de penicilina —dijo Emily—. Creo que la necesitaremos.

Trevor llegó a la forja para comprobar los progresos que habían hecho. Encontró a Brian y John sucios, sudorosos y agotados, desarmando los moldes e inspeccionando los resultados.

—¿Qué tal va? —les preguntó.

—Tenemos el proceso de producción en marcha —respondió Brian.

—Creo que por ahora vamos bien —añadió John—, pero necesitaremos un día entero más para tener fabricada la cantidad que precisamos. Hemos oído los primeros cañonazos. ¿Están muy cerca?

—A unos quinientos metros y sus tiros se quedan cortos. Pero ya se están reposicionando.

—Deben estar deseando que los cañones íberos de la muralla les disparen para verificar su alcance —meditó Brian—. Es el juego del gato y el ratón. No deberíamos responderles todavía.

—No lo hemos hecho. Estamos a la expectativa.

—Muy buena decisión —le felicitó John. Levantó un pesado cilindro, aún caliente—. ¿Me ayudas a probarlo?

—¿Qué quieres decir con lo de probarlo?

—Quiere decir que si nos ayudas a hacer volar algo por los aires —le aclaró Brian.

—Siempre me apunto a una buena explosión.

—Necesitamos un objetivo en el interior de la ciudad —comentó John—. Algo sólido y que pueda fragmentarse, para comprobar si tiene fuerza suficiente.

—Voy a preguntarle al duque —dijo Trevor.

—No, él nos ofrecerá disparar contra la casa de algún desgraciado —le advirtió John—. Sé cómo piensa este tipo de gente. Intenta encontrar algo por tu cuenta.

Trevor se marchó y regresó tres horas más tarde. Había un edificio de piedra abandonado y parcialmente derruido al final de un largo callejón, no muy lejos de la forja. Las casas más próximas estaban lo bastante apartadas como para que la metralla no fuera un problema. De modo que se dirigieron allí, con Eduardo y un grupo de trabajadores de la forja.

Mientras Brian preparaba la prueba, John le mostró a Trevor cómo se suponía que debía funcionar el sistema.

—Se llama cohete de Hale —dijo—. Lo diseñó William Hale en 1844 como una mejora del cohete de Congreve, que era un artilugio primitivo con una larga cola de

madera, como la de un cohete de fuegos artificiales. Este cilindro de hierro mide treinta centímetros y pesa unos cinco kilos. Lleva casi medio kilo de pólvora en la base del propulsor. La activa un detonador, que es este trozo de cuerda incrustado en el agujero del propulsor. Lo que le proporciona precisión y longitud de recorrido son estos tres salientes que lo hacen girar y, si lo hemos construido bien, le dan un alcance de doscientos metros o un poco más.

—¿Se llegó a utilizar? —preguntó Trevor.

—Desde luego que sí, en la guerra civil, en la de México, en la de Crimea, en África y en un montón de sitios más. Se usaba para romper las posiciones defensivas enemigas. Quedó obsoleto en poco tiempo por la aparición de la artillería moderna, motivo probable por el que no lo hemos visto por aquí, pero si funciona, podrán contar con él.

—Les estamos enseñando a estos capullos cómo liquidarse entre ellos —meditó Trevor.

John se encogió de hombros.

—Supongo que esto nos descalifica para un futuro Nobel de la Paz.

Brian anunció que estaba preparado. El otro componente del cohete de Hale era la lanzadera, un tubo hueco de hierro, cerrado por un lado, instalado sobre un bípode y con un agujero para poner la mecha y encenderla. En lugar de colocarlo en el ángulo de disparo habitual de cuarenta y cinco grados, para la prueba Brian retiró el bípode y colocó el tubo en horizontal sobre una caja de madera.

John cogió el cohete, lo deslizó con suavidad por el tubo de lanzamiento y sacó la mecha a través del agujero de encendido. El objetivo estaba a unos cien metros, al final del callejón. Después de apuntar y asegurarse de que no había ningún íbero despistado que pudiese pasar por delante, John le pidió a Eduardo que acercase la antorcha al detonador.

La mecha ardió varios segundos y el cohete salió disparado, chisporroteando, lanzando llamas y con un estridente zumbido, y un instante después impactó en la estructura de piedra y provocó una enorme explosión.

Salieron disparados por todos lados fragmentos de piedras, mortero y hierro convertidos en metralla.

—¡Joder, sí! —gritó Brian.

John chocó la mano con Trevor y exclamó:

—Ahora tenemos que fabricar un montón más. Volvamos a la forja y te enseñaré las balas que hemos hecho.

Varios íberos del vecindario acudieron corriendo para contemplar la escena.

—¿Son los moros? —gritaban.

—No, no —los tranquilizó Eduardo—. Es un invento nuestro. Tenemos una nueva arma fabulosa para derrotarlos.

De vuelta en la forja, John llevó a Trevor hasta un barril lleno de pequeños conos de plomo.

—¿Habías visto antes una cosa así? —le preguntó, cogiendo uno y ofreciéndoselo.

—No.

—Se llama bala de Minié. La inventó un francés del mismo nombre a mediados del siglo XIX, pero los americanos durante la guerra civil las llamaban Minnies, como Minnie Mouse. La idea era mejorar la precisión y el alcance de los viejos proyectiles de plomo de los mosquetones, que es el tipo de arma que más usa esta gente. Saben disparar, pero las balas de plomo redondas son poco precisas. Estas balas huecas se expanden por los gases de la pólvora y las muescas que llevan fijan la trayectoria. Las hemos hecho un poco más pequeñas que el cilindro de sus mosquetones.

—¿Las habéis probado?

—Anoche. Funcionan. No las pude probar disparando a larga distancia, pero servirán.

—¿Qué alcance tienen?

—Con precisión, unos trescientos metros; alcance máximo, casi un kilómetro. Multiplican por cinco la eficacia de las balas de plomo.

—¿Cuántas habéis fabricado?

—Todavía no las suficientes. Dile a Giuseppe que lo tendremos todo listo mañana por la mañana.

Al anoecer, Yugurta por fin había adelantado sus cañones lo suficiente como para alcanzar la muralla de la ciudad, pero los íberos no respondían al fuego enemigo, lo que los animaba a acercarse todavía más. Y la muralla resistía. Mientras tomaban un té, Yugurta y Tariq decidieron aprovechar la oscuridad para avanzar otros trescientos metros. Al alba lanzarían un intenso bombardeo para comprobar si desde esa distancia lograban abrir un boquete en el muro. Si conseguían dañarlo lo suficiente, podrían introducir a sus tropas en la ciudad. De lo contrario, pasarían a la táctica del asedio. No tenían prisa. El premio era demasiado grande como para precipitarse.

Esa noche, Trevor acompañó a Emily y Arabel a la forja para llevar comida a Brian y John. Se sentaron fuera, donde el aire era más fresco, y comieron pan, huevos duros y queso. Emily les explicó lo que hacían en palacio. La infusión de penicilina fermentaba según lo previsto, ya tenían cortadas y enrolladas las vendas y el instrumental de quirófano esterilizado. Trevor les puso al día de los progresos de Tony y Charlie con el elevador para el cañón. La torre ya había superado la altura del muro y la polea movida por caballos empezaría a funcionar enseguida. Cuando acabaron de comer, John les enseñó los barriles llenos de balas Minié, las pilas de lanzadores de cohetes y las cajas repletas de cohetes de Hale. Por la mañana ya habrían terminado.

Cuando llegó el momento de regresar al palacio, Emily le rogó a John que descansase un poco. Por la puerta de la forja emergía el resplandor anaranjado del

horno, pero encontraron un rincón oscuro en el que poder abrazarse con intimidad.

—Quédate mañana en el palacio —le pidió John—. No salgas bajo ninguna circunstancia a menos que yo vaya a buscarte. Deja que sean los heridos los que te busquen a ti.

—¿Y tú dónde estarás?

—En la muralla, con los demás.

—Oh, Dios mío, John, estoy muy asustada.

—No nos pasará nada. La tecnología más avanzada siempre sale victoriosa.

—No siempre —le rectificó ella—. Mi tecnología avanzada es la que nos ha metido en este lío.

—Deja de culparte. Mantén a Arabel animada. Tiene que confiar en que llevaremos de vuelta a casa a Sam y Belle.

El resplandor anaranjado iluminaba a Trevor y Arabel. Tenían las manos entrelazadas.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó Emily.

—Claro que sí. No somos los únicos a los que nos han clavado el aguijón del amor. Y ahora vete. Nos veremos en cuanto pueda.

Emily le besó.

—Échate una siesta —le pidió—, ¿de acuerdo?

Cuando se marcharon, John hizo caso de la sugerencia y le dijo a Brian que lo relevaría en una hora. Encontró un lugar con hierba mullida junto a la forja, se sentó con la espalda pegada al cálido ladrillo de la pared y cerró los ojos.

El Black Hawk se elevó, sacando de la zona de combate a Stankiewicz y Knebel. John respiró aliviado cuando comprobó que no recibía el impacto del proyectil de un lanzagranadas o de armas de pequeño calibre disparadas desde la granja. Con los heridos evacuados, volvió a concentrarse en la misión. Rastreó el complejo con las gafas de visión nocturna. El muro de barro que protegía el perímetro estaba muy dañado por los impactos de las granadas y las imágenes térmicas no detectaban a nadie con vida. Los talibanes que les habían estado disparando desde allí o bien estaban muertos o se habían refugiado en la casa. Las cabras estaban calcinadas.

—Muy bien, escuchad —dijo por el micrófono del casco—. Stank y Doc sobrevivirán. El escuadrón de Mike avanzará desde el norte, el mío desde el sur. Colocaos las máscaras. Cuando estemos lo bastante cerca, a mi orden machacamos la casa con granadas aturdidoras y gas y entramos. Si responden de manera hostil, los freímos. Que pongan las manos donde podamos verlas, nos aseguramos de que no lleven explosivos y los esposamos muñecas y tobillos. T-Baum identifica a nuestro objetivo. Lo cogemos y lo evacuamos. A los demás los dejamos. Vivos. Dejaremos que se los coman las ratas. ¿Entendido?

Oyó una sucesión de «afirmativo».

—T-Baum, ¿te he oído?

—Sí, sí, estoy bien.

—OK, avanza por el flanco izquierdo. Yo iré por el derecho. Los de mi escuadrón, todos detrás de mí. De acuerdo, muchachos, en marcha.

Avanzaron reptando por el suelo rocoso con las rodilleras. Cuando John llegó a unos quince metros de la puerta delantera de la granja, Entwistle informó por radio de que estaba en posición para disparar las granadas aturdidoras a través de las ventanas de la parte trasera.

—T-Baum, ¿listo para lanzar el gas por la ventana a la izquierda de la puerta? —dijo John por radio.

—Sí, preparado —respondió el aludido.

—De acuerdo. A mi señal, Mike dispara las granadas aturdidoras y T-Baum lanza el gas. Los demás, en cuanto se produzcan las detonaciones, nos vemos dentro.

John se preparó para dar la orden. Por el flanco vio a Tannenbaum, silueteado con un resplandor verde, arrodillándose y colocando un proyectil de gas en el lanzagranadas.

Hubo un fognazo en la ventana delantera. Durante una fracción de segundo creyó que estaban estallando las granadas aturdidoras, pero de inmediato distinguió una bruma verdosa emergiendo de la cabeza de Tannenbaum.

—¡Dos-cero-tres! ¡Dos-cero-tres! —gritó John pidiendo fuego de cuarenta milímetros—. ¡Enviadlos a todos al Infierno!

Mucho antes del alba, la muralla de Burgos estaba repleta de íberos y de sus aliados italianos. El grueso del ejército de Yugurta se había concentrado al sur de la ciudad, donde habían colocado los cañones después de decidir que en ese flanco los muros eran más débiles.

John y Garibaldi se iban pasando el catalejo para intentar averiguar qué movimientos de tropas se habían producido durante la noche y, cuando la completa oscuridad nocturna empezó a disiparse, tuvieron su respuesta.

—¿A qué distancia calculas que están sus cañones? —preguntó Garibaldi.

—A no más de trescientos metros —respondió John.

—¿Y su infantería?

—Otros cien metros más atrás.

Se movieron por la muralla comprobando la posición de las fuerzas de asedio. Había varios cañones situados en cada uno de los puntos cardinales y un fino anillo de tropas rodeaba toda la ciudad.

—Quieren estar preparados para una salida masiva por las otras puertas, pero han concentrado el grueso de sus fuerzas en la parte sur —comentó John.

De vuelta a ese lado de la muralla encontraron a Aragón, que les informó de que sus tropas estaban ya formadas y preparadas en la puerta sur y las calles que llevaban

a ella.

—¿Dónde está Pedro? —preguntó Garibaldi.

—En el palacio. No le gusta mucho madrugar.

Garibaldi mostró una sonrisa desdeñosa.

—Bueno, espero que pueda seguir durmiendo. Va a haber mucho ruido.

John encontró a Brian, Trevor y Charlie junto al cañón. Brian estaba revisando las cuerdas de la plataforma.

—¿Qué te parece? —le preguntó John.

—El ángulo es el correcto, pero me preocupa un poco el retroceso —respondió Brian.

—Haces bien en preocuparte. Sin nada que lo frene, el retroceso es de seis metros. Era todo un problema en las cubiertas de artillería de los galeones.

—Tenemos que sujetarlo mejor apretando las cuerdas —propuso Charlie—. Si choca contra el murete posterior y lo rompe, la caída va a ser sonada.

—Encárgate de eso —le pidió John.

En ese momento los cañones de Yugurta abrieron fuego y la muralla tembló con cada impacto. Las explosiones provocaron una lluvia de piedras.

—¿He mencionado que lo hagas a toda velocidad? —añadió John.

La mayoría de los cañones moros apuntaban contra la puerta sur, con sus portalones de roble contruidos con varias capas de madera entrecruzadas para aumentar la resistencia. Los paneles estaban fijados fuertemente con enormes clavos de hierro y las puertas bien protegidas por una barbacana de piedra conectada con la muralla a través de pasarelas. La diana era relativamente pequeña y los primeros lanzamientos impactaron muy lejos.

—¿Estamos preparados? —le preguntó Garibaldi a John.

—Danos unos minutos para fijar mejor el cañón.

Poco después llegó Charlie, agachando la cabeza bajo las almenas.

—Ya lo hemos afianzado —informó.

John le estrechó la mano.

—Quiero comentarte una cosa —le dijo. Charlie pareció prepararse para una regañina, pero quedó sorprendido—. Sé que te has estado culpando de lo que les ha sucedido a tus familiares. Sé que piensas que tal vez podrías haber hecho esto o aquello para salvarlos. Todo eso es absurdo. Tú estás aquí porque eres el más fuerte, rápido y valiente de todo el grupo. Eres un buen hombre, Charlie, y me siento orgulloso de tenerte a mi lado en esta batalla.

—¿Lo dices en serio? —preguntó el joven, estupefacto por esas palabras.

—No lo diría si no lo pensase. Buena suerte hoy, y mantén la cabeza gacha.

Garibaldi se acercó a Aragón.

—Estamos preparados. Será un honor ver cómo das la orden de disparar a tus hombres. Yo haré lo mismo con los italianos y dará comienzo la batalla.

Aragón sonrió y respondió:

—Ya tenía ganas de ver cómo funcionan vuestras nuevas armas.

—Yo también —reconoció Garibaldi—. Nuestro éxito depende en gran parte de ellas.

Aragón alzó el brazo y gritó:

—¡Abran fuego!

Garibaldi hizo lo mismo.

En la llanura que se extendía alrededor de la ciudad, justo detrás de su hilera de cañones, Yugurta vio cómo de la muralla emergían cientos de puntos de fuego anaranjado. Una de las llamaradas era enorme, y su caballo retrocedió asustado cuando el proyectil del cañón les pasó por encima con un zumbido e impactó a sus espaldas. Cayó en el punto en que se concentraban las tropas de infantería y los arqueros moros, y la tierra quedó cubierta de sangre.

Casi al mismo tiempo, los cohetes de Hale caían silbando sobre las posiciones de la artillería enemiga y provocaban docenas de bajas. Y las balas de Minié disparadas por los tiradores españoles e italianos no hacían más que aumentar el número.

Yugurta requirió a gritos la presencia de su comandante, Tariq, para ordenarle que hiciera recular los cañones, pero el libio estaba en el suelo, tapándose con las manos un agujero del tamaño de un melón en el pecho, donde le había impactado de lleno un cohete.

El fuego de balas y cohetes no cesó y cayeron cientos de soldados de primera línea. En la muralla, los recargadores y los tiradores habían cogido el ritmo y mantenían una permanente lluvia de acero y plomo sobre el enemigo. Simon y Brian se habían tapado los oídos con algodón y manejaban el cañón. Un nuevo proyectil destrozó las filas enemigas.

Pese a los gritos y amenazas de Yugurta, las tropas moras rompieron filas y empezaron a huir en desbandada, abandonando los cañones. La infantería, los arqueros y la caballería concentrados en la retaguardia también se dejaron dominar por el pánico ante un inminente tercer disparo del cañón que impactaría entre sus filas. De pronto, una bala de Minié impactó en la vociferante boca abierta de Yugurta, le saltó los dientes y le atravesó la base del cráneo. Solo el estribo impidió que cayese al suelo. El caballo se encabritó y huyó al galope entre los moros que se batían en retirada, arrastrando a Yugurta, cuya cabeza rebotaba en el duro suelo.

Garibaldi divisó la desbandada entre el humo. Dejó el catalejo y le dijo a Aragón que ya podía lanzar a sus tropas al ataque.

El duque dejó caer un pañuelo rojo hacia la parte interior de la muralla y las tropas, lanzando hurras, iniciaron el avance hacia las puertas del lado sur para perseguir a los moros en retirada.

Aragón anunció entonces que se iba al palacio para informar al rey del desarrollo de la batalla.

—Querrá ver el desenlace.

—Esperaré su llegada conteniendo el aliento —respondió Garibaldi con una

sonrisa.

En el palacio todo el mundo estaba concentrado alrededor de la enfermería, esperando la llegada de los heridos. Martin y Tony hablaban en voz baja, sentados en un rincón. Alice y Tracy estaban sentadas en un catre y pegaban un bote cada vez que oían un cañonazo, y Arabel y Emily se paseaban de un lado a otro en fila india.

Cuando se abrieron las puertas, esperaban ver llegar a unos camilleros, pero en lugar de eso quienes entraron en la sala fueron guardias íberos armados. Fueron directos hacia las dos hermanas, las agarraron por las muñecas y las arrastraron hacia la puerta.

—¡Soltadnos! —gritó Emily—. ¿Qué estáis haciendo?

Le mordió la mano a un soldado y cuando la soltó, se liberó y puso en práctica sus conocimientos de Krav Maga. Una patada en la ingle y un golpe con el canto de la mano en la nariz bastaron para tumbar de espaldas a su captor.

—¡Dejadlas en paz! —gritó Tony, pero cuando se acercó, uno de los soldados desenfundó la espada y Martin tiró de él para que retrocediese.

Tracy y Alice empezaron a gritar, y cuando Emily se disponía a atacar al soldado que retenía a Arabel, un fuerte brazo la rodeó por el cuello y apretó con tanta fuerza que le cortó la respiración. En cuestión de segundos Emily se quedó inerte. Los soldados arrastraron a las dos hermanas fuera de la sala ante la mirada atónita de los demás, que se quedaron atrapados allí dentro cuando corrieron el pestillo desde el exterior.

No había modo de abrir el cerrojo desde dentro. Tony agarró uno de los cuchillos quirúrgicos de Martin e intentó deslizarlo entre la puerta y el marco.

—Por favor, date prisa —gritó Alice—. Tenemos que ayudarlas.

En la muralla habían dejado de disparar para evitar víctimas del fuego amigo durante la intervención de la infantería. Algunos soldados de élite del ejército de Yugurta se mantuvieron firmes y dispuestos a luchar, pero la mayoría huían en desbandada hacia el sur. A medida que se corría la voz de la derrota, las tropas moras que rodeaban la ciudad abandonaron sus posiciones y también emprendieron la huida.

John felicitó a Caravaggio y Simon y abrazó a Brian y a Trevor.

—La tecnología más avanzada gana cada puta vez —masculló Brian.

—Amén a eso —corroboró Trevor.

—Volvamos al palacio a recoger a los demás —propuso John—. Hablaré con Giuseppe para que me diga cuándo estará listo para partir hacia Marksburg.

En ese momento oyeron los gritos de Tony y lo vieron correr hacia ellos por la muralla.

Llegó jadeando y sin aliento.

—¡Tenéis que venir! —resopló—. ¡Se las han llevado!

—¿A quién? —preguntó John, inquieto.

—A Emily y Arabel. No sé adónde, pero se las han llevado. Martin se ha quedado con Alice y Tracy.

Simon se acercó precipitadamente.

—¿Qué has dicho sobre Alice?

—Ella está bien. Es a Emily y a Arabel a las que se han llevado —repitió Tony.

Trevor ya corría hacia la escalera y John salió detrás de él, seguido por Simon.

Brian gritó que él también iba, pero John se volvió y le pidió que se quedase allí por si la batalla se recrudecía.

Había un par de rifles apoyados contra el muro junto a un barril repleto de balas de Minié. John se detuvo un momento para coger un par de cuernos con pólvora, se llenó los bolsillos de munición y agarró los rifles.

Le pasó uno a Trevor y corrieron por las congestionadas calles de Burgos hasta la entrada principal del palacio, que estaba abierta de par en par y sin guardias a la vista. Simon y Tony fueron directos a la sala en la que se había refugiado Alice mientras John y Trevor atravesaron corriendo los pasillos en busca de explicaciones.

Cerca del salón de banquetes vieron a la reina Mencía que pasaba rápidamente con Guomez y sus sirvientes.

La reina levantó una mano para detener a su cortejo y se acercó a ellos corriendo.

—Su majestad desea saber cómo está el *senhor* Brian —tradujo Guomez.

—Está bien —respondió John—. ¿Sabe ella qué les ha sucedido a nuestras mujeres, Emily y Arabel?

—Oh, sí, por supuesto que lo sabe.

La reina empezó a responder indignada a la pregunta en cuanto se la tradujeron.

—Dice que Pedro, que ojalá se pudra lentamente en un pudridero, ha secuestrado a las mujeres y ha huido de la ciudad con su guardia real. Parece que ha renegado de todo lo que prometió en su alianza con el rey Giuseppe.

—¿Adónde han ido? —gritó Trevor.

—La reina cree que a León. El rey posee allí un palacio fortificado donde disfruta de prostitutas y cacerías.

—¿En qué dirección está? —preguntó John.

—Hacia el oeste.

Mientras salían corriendo, Guomez los llamó:

—La reina dice que espera que destruyáis a ese bastardo.

Encontraron varios caballos ensillados en el patio principal.

—¿Qué tal va lo de montar? —le preguntó a Trevor.

—Me temo que tendré que apañármelas como pueda.

Antes de montar, cargaron con rapidez los rifles, se los colgaron al hombro y salieron del palacio a lomos de los caballos en dirección a la puerta oeste.

Una vez fuera de la ciudad, espolearon a los caballos al galope con John abriendo camino a través de las abandonadas líneas enemigas. La hierba estaba pisoteada y las huellas eran indescifrables hasta que hubieron recorrido unos tres kilómetros. En ese punto los moros habían girado hacia el sur y la hierba ya no estaba aplastada, lo que permitía distinguir las claras marcas de las ruedas de una carroza y los cascos de

varios caballos.

Ante ellos, entre la hierba verde y el gris del cielo se vislumbraba una mota marrón.

—Creo que son ellos —gritó John—. Intentemos no perderlos de vista.

Espoleó a su caballo y este respondió. Trevor agarró las riendas con tanta fuerza que las manos le temblaban e hincó los talones en los flancos de su montura. Los dos salieron disparados al galope.

El carruaje real no era muy espacioso. Emily iba apretada junto a Arabel en una banqueta, con las rodillas rozando las del rey Pedro y el duque de Aragón, que empuñaba una refinada pistola. Las dos mujeres miraban con frialdad a sus captores.

—No te preocupes —le dijo Emily a su hermana—. Vendrán a rescatarnos.

—No estoy preocupada. Estoy enfadada. Muy pero que muy enfadada.

En veinte minutos John y Trevor ya estaban a menos de un kilómetro de ellos.

—Voy a disparar cabalgando, tú me tendrás que pasar tu rifle y recargar el mío. ¿Podrás hacerlo?

—¿Cabalgar sin manos? —gritó Trevor—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Cada vez estaban más cerca.

John vio que ocho jinetes acompañaban a la carroza, cuatro en cada flanco. Cuando creyó que los tenía a tiro, se metió las riendas bajo la entrepierna, cogió el rifle y apuntó.

Emily oyó el disparo y por la ventanilla de la carroza vio caer a un jinete.

Aragón gritó al cochero que acelerase.

—John es muy buen tirador —susurró Emily.

—Espero que Trevor no esté cabalgando —dijo Arabel—. Me contó que odia montar a caballo.

Emily lanzó una mirada asesina al rey.

—Pareces asustado, cabrón.

—¿Qué dice? —le preguntó el rey a Aragón.

—No lo sé, majestad —respondió el duque—. Seguro que no tiene importancia.

Cabalgando en paralelo, John le entregó a Trevor el rifle con el que había disparado y en cuanto Trevor se aseguró de que no se le iba a caer, le pasó el cargado. Mientras John apuntaba, Trevor se enfrascó en la casi imposible tarea de mantenerse en equilibrio en la silla de montar mientras cargaba en el otro rifle la pólvora y la bala. Estuvo a punto de caerse, pero puso todo su empeño y logró cargar la pólvora desde el cuerno mientras John derribaba a otro jinete.

—¡Lo he conseguido! —gritó Trevor.

—¡Eres un campeón! —le animó John mientras volvían a intercambiar los rifles.

Cuando cayó un tercer jinete, los demás parecieron decidir que no estaban dispuestos a seguir dándole la espalda a ese tirador tan eficaz. Pese a la ausencia de órdenes reales, los cinco soldados que quedaban se detuvieron, hicieron dar media vuelta a sus caballos, desenvainaron e iniciaron una carga.

No hubo tiempo para recargar. John le dio la vuelta al rifle y lo agarró por el cañón todavía caliente como si fuese un bate de béisbol. Trevor le imitó, pero al hacerlo perdió el equilibrio, se cayó de la silla y acabó en el suelo.

Cuando se recompuso, dolorido pero sin ningún hueso roto, John estaba muy por delante, golpeando con la culata a un íbero en toda la cara.

Trevor hizo caso omiso del agudo dolor que sentía en la cadera y corrió hacia donde se desarrollaba la acción. John detenía las arremetidas de las espadas con el rifle, pero Trevor vio que uno de los soldados sacaba una pistola del cinturón y la amartillaba.

No iba a llegar a tiempo, de modo que optó por lanzar el rifle con todas sus fuerzas. Voló por los aires, pero no llegó a tocar al pistolero.

Sin embargo, asustó a su caballo.

El animal se encabritó y el jinete se cayó. Trevor se le echó encima y la emprendió a puñetazos, machacándole la cara.

Cuando el tipo quedó inconsciente, Trevor localizó la pistola bajo su cuerpo y se volvió justo cuando otro soldado estaba a punto de clavarle la espada. La bala de plomo le atravesó la garganta.

Emily sacó la cabeza por la ventanilla de la carroza y vio a John y Trevor cada vez más lejos.

Aragón le gritó que se sentase y le apuntó con la pistola, que amartilló furioso. Emily respondió también a gritos que no hablaba castellano y como él continuó gritándole, ella se sentó y le arreó una patada con toda su alma en plena cara.

La pistola cayó al suelo y Emily trató de cogerla. El rey, con torpeza, intentó sacar una daga, pero Arabel imitó el gesto de su hermana y empezó a patearle.

Aragón, sangrando por la nariz, dejó de pelear y le dijo al rey que debían rendirse. Emily les estaba apuntando con la pistola.

—Ordena al cochero que se detenga —exigió Emily.

El rey y el duque se miraron sin comprender lo que les pedía.

Emily lo intentó en francés:

—*Arrêt, arrêt!*

Aragón le pidió al cochero que parase y la carroza aminoró la velocidad hasta detenerse.

Emily abrió la portezuela e hizo un gesto con la pistola. Aragón bajó primero, seguido por Pedro.

—Espero que John y Trevor estén bien —suspiró Arabel, y se incorporó para apearse, bloqueándole la visión a su hermana.

—¡Espera! —gritó Emily—. Tiene un cuchillo.

Pero ya era demasiado tarde.

Pedro tiró de ella y cuando Emily pudo contemplar la escena completa, Arabel tenía una daga pegada al cuello.

—Calma, calma —pidió Emily dirigiéndose a su hermana, al rey y a sí misma.

Bajó de la carroza con cuidado, sin dejar de encañonar al monarca.

—Dios mío, no dispaes —suplicó Arabel.

—No lo voy a hacer, pero no se lo vamos a decir a ellos.

Aragón empezó a gritar y a señalar.

Oyeron la voz de John a sus espaldas.

—Tranquilas. Ya estamos aquí.

—Arabel, no muevas ni un músculo —le dijo Trevor.

—¿Puedo respirar?

—Sí, eso sí puedes hacerlo.

Pedro les gritó que no se acercasen. Para escenificar su amenaza, pinchó la piel del cuello de Arabel con el cuchillo.

—De acuerdo, de acuerdo, no nos vamos a acercar —accedió Trevor.

—Emily, quiero que des tres pasos atrás y me entregues la pistola —dijo John.

—¿No tienes tú una? —preguntó ella. Parecía muy asustada.

—Sí, pero no está cargada. ¿La tuya está cargada?

—Es del duque. Él actuaba como si lo estuviese.

Trevor intervino en la conversación:

—Quiero disparar yo. Emily, pásamela a mí.

—¿La quieres tú? —le preguntó John.

—Sí, la quiero yo.

—De acuerdo. Emily, dásela a Trev.

Trevor cogió la pistola apresuradamente. Aragón y Pedro volvieron a gritar y el rey tiró del pelo de Arabel para dejar su cuello bien expuesto a la daga.

Trevor empuñó la pistola con ambas manos y apuntó. Estaba a dos metros y medio y Arabel le tapaba por completo a Pedro, con la única excepción de unos pocos centímetros de la cara.

—Arabel. Ahora quiero que ni respires, ¿de acuerdo?

Ella tomó aire y contuvo el aliento.

Trevor apretó el gatillo.

Arabel cayó al suelo y Emily lanzó un grito.

El ojo derecho de Pedro había desaparecido.

El rey cayó desplomado junto a Arabel y empezó a hacer movimientos espasmódicos.

Emily se acercó a su hermana.

—¿Estás bien? —gritó.

Arabel abrió los ojos.

—Estoy bien —respondió con la mirada perdida—. ¿Qué ha pasado?

—El bueno se ha cargado al malo —dijo John, dándole unas palmadas en el hombro a Trevor.

Aragón aprovechó la situación para huir. Estaba ya a unos seis metros cuando John cogió la daga, la sopesó y la lanzó con fuerza. Voló dando vueltas y se clavó en

la espalda del duque.

El cochero seguía en su asiento, tieso como un palo. John le hizo bajar, lo cacheó y le dejó marchar.

—Suban ustedes, damas y caballeros —dijo—. Conduzco yo.

Cuando llegaron al palacio, encontraron a sus amigos en el patio principal, felices de verlos de vuelta. Estaban reunidos alrededor de Simon, que había estado muy ocupado cargando el motor de vapor de uno de los vehículos para salir en su busca. Dejó salir el vapor y el largo suspiro que soltó el motor pareció expresar lo que todos los presentes sentían. Alice se acercó a él y Simon le rodeó el hombro con su fornido brazo.

—Me alegro de que estéis sanos y salvos —afirmó Garibaldi.

—¿La batalla ha terminado? —preguntó John.

—Los moros ya no son una amenaza —respondió el italiano—. ¿Y Pedro?

—Trevor le ha descerrajado un tiro. Ya es historia. Y Aragón tampoco está muy en forma.

Guomez transmitió las noticias a la reina Mencía, que apareció en el patio.

Su exuberante sonrisa hizo innecesarias las palabras.

—La reina está satisfecha —anunció Guomez—. Muy satisfecha.

—Nuestro pacto era con Iberia —le dijo Garibaldi a Guomez—, no con Pedro. Me gustaría saber si la reina tiene intención de acatarlo.

—Cumpliré con lo pactado en nuestra alianza con una condición —replicó ella.

Garibaldi miró a Caravaggio y Simon y frunció el ceño.

—Pregúntale cuál es la condición.

—Es esta: no quiero gobernar Iberia. No tengo ni la cabeza ni el estómago para hacerlo. Tú, rey Giuseppe, pareces un buen hombre y un monarca adecuado. Tú serás el nuevo rey de Iberia. Yo solo deseo regresar a Bilbao y disfrutar del estatus de reina madre.

A medida que Guomez iba traduciendo, el rostro de Garibaldi se iluminaba.

—Dile que acepto su generosa condición. Nosotros deberemos partir mañana con el alba con un importante contingente de vuestros... quiero decir nuestros soldados. Debemos ir a toda prisa a Germania para rescatar a los pobres hijos de esta mujer.

A Arabel se le saltaron las lágrimas al oír esas palabras.

—Tengo una condición más —indicó la reina, señalando a Brian—. Antes de que partáis, quiero cenar esta noche con el *senhor* Brian.

Stalin esperaba a sus visitantes.

El día anterior le habían informado de que un automóvil a vapor fabricado en Francia había llegado a Marksburg enarbolando una bandera blanca. Los soldados alemanes y rusos que patrullaban por el sinuoso camino que llevaba hasta el castillo en la cima de la colina sobre el Rin habían desarmado al conductor y a los pasajeros antes de permitirles seguir adelante.

Fue el coronel Yagoda con su cara de rata quien había interrogado a quien se presentó como el portavoz.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en inglés, el idioma que ambos entendían.

—Soy Michelangelo Merisi da Caravaggio.

—Disculpa, ¿has dicho Caravaggio?

—El mismo.

—¿Caravaggio el pintor?

—Soy pintor, sí.

Yagoda no estaba habituado a asombrarse, pero eso es lo que reflejó por un instante su rostro.

—¿Qué haces aquí?

—¿En Alemania o en el Infierno?

—En el Infierno.

—Asesiné a un hombre. Bueno, lo maté por accidente. Yo solo quería cortarle las manos, pero como cirujano soy un desastre.

—Conozco el trabajo de Caravaggio. Admiro sus pinturas. Dices que quieres ver al zar. Sin embargo, no puedo decirle al zar que Caravaggio quiere verlo sin tener alguna prueba de que eres quien dices ser.

—Entonces dame un trozo de papel o de pergamino.

Yagoda tenía una pila de papel de gran calidad en su escritorio de viaje. Le pasó una hoja y un lápiz de carboncillo.

Caravaggio se inclinó sobre el papel. En menos de un minuto había terminado.

Yagoda sintió un escalofrío. Había dibujado un impresionante retrato de un joven ángel alado con el pecho atravesado por una flecha.

—Sí que eres Caravaggio —murmuró.

—A tu servicio.

Nikita llamó a la puerta de Stalin. El zar estaba sentado ante su mesa revisando los refinados planes para la invasión de Britania del mariscal Kutuzov.

—Los dos visitantes y el coronel Yagoda han venido a verlo —le anunció el pecoso joven.

—¿Uno de ellos es el pintor? —preguntó Stalin, agitando el dibujo del ángel.

—Así es. El otro es un inglés.

—Ja. Justo ahora estaba pensando en los ingleses. ¿Necesitaré un traductor del italiano?

—El pintor habla inglés.

Stalin hinchó los carrillos y dejó escapar el aire.

—Así que ahora toca trabajar.

Caravaggio entró con Simon. Yagoda los seguía a cierta distancia. Stalin se levantó para recibirlos.

—Caballeros, bienvenidos a Marksburg. Soy Stalin.

Caravaggio saludó con una inclinación y estaba a punto de presentarse cuando Stalin le interrumpió diciéndole que sabía quién era y lo mucho que admiraba su obra.

—Hay demasiada religión en su pintura, pero aun así me gusta. Me educaron para ser sacerdote y pasé cinco años en un seminario ortodoxo griego, pero después rechacé la religión. En mi Rusia éramos ateos y aquí nadie cree en nada, de modo que me siento como en casa. Perdón, era broma. De sus pinturas, mi favorita es la de David sosteniendo la cabeza de Goliat. Esa no habla de religión. Solo de poder.

—A mí también me gustó pintar esa obra —reconoció Caravaggio—. Quizá la repita.

—¿Quién es el caballero inglés? —preguntó Stalin—. ¿Y por qué combate al lado de los italianos?

—Soy Simon Wright, excelencia. En vida era un humilde fabricante de máquinas de vapor. Y lucho al lado de Giuseppe Garibaldi porque lo admiro.

—Me vendría bien tener buenos fabricantes de máquinas de vapor. Me gustan mucho esos vehículos a vapor. Los alemanes los tienen. En Rusia también disponemos de ellos, sabe, pero se estropean mucho. ¿Por qué admira a Garibaldi?

—Habla de un futuro mejor, de un Infierno más humano. Supongo que es eso lo que me gusta.

Stalin se sentó y les invitó a hacer lo mismo. Yagoda permaneció de pie entre las sombras.

—Un Infierno mejor con él gobernando, supongo —comentó Stalin.

—No creo que se trate de esto —respondió Simon.

—Créame, fabricante de máquinas de vapor, siempre se trata de eso. Pero díganme, caballeros. Son ustedes mis enemigos. Destruyeron una buena parte de mi ejército con su magnífico cañón. ¿Para qué han venido aquí?

—Nos envía el rey Giuseppe —respondió Caravaggio— para organizar un encuentro entre usted y él. Está de camino, pero nosotros podíamos viajar más rápido con estas máquinas.

—¿En camino desde dónde? —Yagoda ya se lo había explicado, pero quería oírlo de primera mano.

—De Iberia.

—Que según le han explicado a Yagoda, también ha conquistado.

—No con la guerra —respondió Simon—. Sino con una alianza.

—Es fantástico. Ustedes lo llaman alianza. Pedro fue destruido. Yo a eso lo llamo *coup d'état*.

Caravaggio extendió las manos y se encogió de hombros.

—Lo llamemos como lo llamemos, está hecho.

—De manera que en muy poco tiempo Garibaldi pasa de ser un oscuro noble a convertirse en rey de Italia, de Francia y de Iberia. Me parece extraordinario.

—Y usted, excelencia, ahora es zar de Rusia y rey de Germania —replicó Caravaggio.

—Sí, pero yo ya fui gobernante en vida. Este hombre, en cambio, era, bueno, seré educado y no diré más.

—Por época, yo no coincidí con él en vida —dijo Caravaggio a la defensiva—, pero tengo entendido que fue un gran hombre.

Stalin se rio.

—No nos pongamos a comparar el tamaño de nuestros órganos sexuales. Díganme cuál es el trato que me proponen.

Simon había estado meditando el mejor modo de planteárselo, pero olvidó el breve discurso introductorio y soltó de golpe:

—Queremos hacer un trato sobre los niños.

—Yagoda, ¿tú sabías algo de esto? —vociferó Stalin en ruso.

El coronel salió de entre las sombras y tragó saliva.

—Es la primera vez que oigo hablar de ello.

Stalin parecía furioso. Dejó petrificado a Simon con su acerada mirada y preguntó:

—¿Cómo conocéis la existencia de los niños?

—Los franceses se enteraron de que estaban aquí —explicó Simon con la boca seca de repente.

—¿Por qué los queréis?

—Nosotros no los queremos. Los quiere su madre.

—¿Tenéis a la madre? —preguntó Stalin, elevando el tono de voz.

—Sí. Y los echa mucho de menos.

—Entonces decidle a esa mujer viva que venga con Stalin. Se puede quedar aquí con sus hijos. Problema resuelto.

—No es tan sencillo —intervino Caravaggio—. Esta mujer y otras personas vivas que están con nosotros quieren regresar a la Tierra. Necesitan llegar en breve a Britania. Solo desde allí pueden volver a casa. No tengo los conocimientos necesarios para explicar cómo es eso posible, pero ellos dicen que lo es y les creo.

Stalin jugueteó con su bigote.

—Entonces me pedís que os entregue a unos niños con los que estoy encantado. ¿Y qué me ofrecéis a cambio?

Simon jugó sus cartas.

—Altos hornos y grandes máquinas de vapor, eso es lo que le ofrecemos.

Los ojos caídos de Stalin se abrieron como platos.

—¿Quién posee esas cosas? ¿Tú, fabricante de máquinas de vapor?

—Nosotros no las tenemos. Pero sabemos cómo construirlas. Caravaggio se lo mostrará.

El artista rebuscó en su jubón, un gesto que provocó que Yagoda sacase la pistola, pero Caravaggio no llevaba ningún arma. Solo varias hojas de papel impreso.

—Estas son las primeras páginas de dos libros que las personas vivas han traído al Infierno —explicó—. Estos libros están en nuestras manos.

Había habido cierto desacuerdo entre los italianos sobre la estrategia a seguir. Algunos consideraban que era un error monumental darle a Stalin la posibilidad de construir poderosas armas de guerra otorgándole acceso a esa tecnología. Según argumentaba este sector, si lo hacían, los condenarían a todos a una futura derrota y a la opresión. Y sin los libros, ellos no podrían desarrollar esa tecnología con finalidades nobles, para convertir el Infierno en un lugar mejor. Otros consideraban que les debían a sus amigos de la Tierra la recuperación de los hijos de Arabel. Fue Garibaldi quien tuvo la idea que permitió romper el empate entre las dos posturas.

—¿Por qué no hacemos copias? —propuso—. Si tenemos que entregarle a Stalin los originales, nosotros también podremos disponer de esa tecnología. Creo que en Italia, Francia e Iberia podemos encontrar suficientes herreros y constructores de máquinas de vapor como Simon, además de albañiles y otro tipo de hombres y mujeres cualificados procedentes del mundo moderno para derrotar a los rusos y alemanes, aunque ellos también posean los libros. Nosotros nos podemos adelantar a ellos.

Antes de abandonar Iberia habían rastreado el palacio en busca de pergamino, papel, lápices y tinta, y durante la búsqueda también encontraron el libro de Pedro sobre explosivos. Los vivos se pusieron de inmediato manos a la obra y a todos los soldados del ejército italiano lo bastante cultos como para poder copiar palabras los metieron en los carromatos, cada uno con una o dos páginas arrancadas de los libros, e hicieron las copias en los bamboleantes carros. Cuando Caravaggio regresase de su misión en el castillo de Marksburg copiaría a toda prisa los diagramas e ilustraciones. Si hubieran dispuesto de todo el tiempo del mundo le habrían encargado a un escriba que hiciera copias unificadas de los libros enteros, pero de momento con este esfuerzo colectivo saldrían del paso.

Stalin examinó las páginas que le tendió Caravaggio, llamó a Nikita y le ordenó que trajese a Pasha para que diera su opinión.

—Debo mostrárselas a mis expertos técnicos —se excusó Stalin de modo ampuloso.

Caravaggio y Simon se mostraron de acuerdo.

—¿Disponéis de los libros completos?

—Sí, si cerramos el trato, se los traeremos cuando volvamos.

—¿De modo que me proponéis intercambiar a los niños por estos libros?

—Exacto —afirmó Simon—, los niños y la mujer viva que está con ellos.

Simon mostró la zanahoria y Caravaggio, el palo.

—Este intercambio debería ser muy sencillo y será lo mejor para ambas partes. Sin embargo, debe saber que hay otro modo posible de hacer las cosas, aunque más complicado. El rey Giuseppe puede venir aquí en son de paz o en pie de guerra. Posee un ejército enorme. Montones de italianos, franceses y ahora íberos. Posee también armas especiales que ha utilizado para derrotar con facilidad a los moros que amenazaban Burgos. Podemos llevarnos a los niños del modo sencillo o del modo complicado.

Stalin se puso en pie abruptamente.

—Tendréis que esperar —dijo.

Convocó a Yagoda y los dos se retiraron a la habitación contigua.

—Así que mi enemigo viene aquí y me amenaza en mi propia casa. —Stalin estaba furioso.

—Estoy seguro de que prefieren un intercambio —reflexionó Yagoda—. Lo más probable es que no quieran parecer débiles y por eso amenazan con la guerra. Es una táctica habitual.

—De acuerdo, pero no me gusta que me acorralen con este tipo de ultimátum. ¿Qué opinas sobre esas armas especiales de las que han hablado? ¿Crees que se refieren al famoso cañón?

—Tal vez.

—¿Cuántos hemos fabricado en las forjas alemanas?

—La última vez que lo comprobó teníamos ocho, pero dos habían explotado durante las pruebas y otro está inservible porque tiene grietas.

—¿Y cuántos poseen ellos?

—No lo sabemos.

—¿No puedes infiltrar un espía en sus filas?

—Redoblabamos los esfuerzos —prometió Yagoda.

Se abrió la puerta y entró Pasha con las páginas de los libros.

—¿Qué opinas? —le preguntó Stalin—. ¿Estos libros pueden sernos útiles?

Pasha estaba algo mareado después de subir y bajar las empinadas escaleras del castillo. En esas condiciones, hablar en ruso le costaba demasiado y molestó al zar al preguntarle en inglés:

—Por favor, primero quiero saber una cosa. Nikita me ha dicho que esto lo han traído al Infierno otras personas vivas. ¿Ellos también venían de Dartford?

—No se lo he preguntado —respondió Stalin en ruso—. Lo que quiero saber es si estos libros nos pueden ser útiles.

—Sí, creo que sí. Muy útiles. Son de principios del siglo xx, una época en que la revolución industrial estaba en su apogeo y todo dependía de las innovaciones en la fabricación de hierro y del uso del vapor como energía. Nosotros somos más

medievales que modernos. Eso ya lo sabe. Si estos libros nos proporcionan una guía práctica de cómo acceder a estas tecnologías, podemos dar un salto de gigante a una nueva era, con máquinas, electricidad...

—Y armas mucho más potentes —añadió Yagoda.

—Sí —suspiró Pasha—. Supongo que eso también. Pero necesitaré ver los textos íntegros para saber hasta qué punto son útiles esos libros. Tienen que ser muy claros y explicativos. Tenemos muy poca gente con competencia técnica.

—Tú eres competente —dijo Stalin—. Eres brillante.

—Bueno, gracias por el cumplido, pero...

—Ya sé, ya sé, no sabes nada de armas.

—Y lo más importante, no sé fabricar acero ni máquinas de vapor.

—Toma un trago, Pasha —le invitó el zar—. Estás pálido. Les diré a nuestros visitantes que concertaremos una cita con ellos para comprobar si los libros enteros nos interesan.

—¿Siguen aquí?

—Están en la habitación de al lado.

Pasha se entusiasmó.

—Si no le importa, me gustaría hablar con ellos. Quiero saber más sobre las personas vivas que trajeron los libros. Quiero saber si procedían de Dartford y quiero saber quiénes son.

Con Ian en el trabajo, Giles reunió todo su valor y se aventuró a salir por primera vez desde que llegó a Eaton Mews. Después de sacudirse la paranoia de que todas las personas con las que se cruzaba lo miraban, se sintió más relajado y casi disfrutó del hecho de estar en el exterior, bajo la luz del sol. Sin embargo, lo que tenía que hacer resultó más complicado de lo que parecía. No quería estar mucho rato fuera de casa, pero dar con una tienda que vendiese móviles con tarjeta prepago en un vecindario elegante como Belgravia era todo un reto. Tuvo que andar un kilómetro y medio por King's Road hasta encontrar una tienda de telefonía.

En cuanto regresó al apartamento sacó el móvil del plástico y lo cargó. Cuando tuvo suficiente batería, tecleó el teléfono de un hombre llamado Dan Wiggins. No necesitó una gran pericia detectivesca para dar con él. Su nombre había salido en los periódicos. Y aparecía en LinkedIn, incluido su cargo actual.

Giles comunicó con la centralita del banco y pidió hablar con Dan Wiggins, del departamento de tecnología de la información.

—Hola, Wiggins al habla.

—Señor Wiggins, soy Giles Farmer. Soy periodista. Me gustaría hablar con usted sobre su esposa, Tracy.

Se produjo un silencio en la línea hasta que su interlocutor dijo:

—No quiero hablar con usted.

—Por favor, señor Wiggins, no cuelgue. Creo que usted sabe lo que le ha sucedido a su mujer.

—Lo que le ha pasado es que está muerta.

—¿Por qué dice eso? No se ha dado esa información.

—No sé qué información han dado. He dejado de leer los periódicos y ver la televisión. Lo único que sé es que me entregaron sus cenizas. Ni siquiera pude ver el cadáver por la contaminación. Y me dijeron que no hablase con personas como usted, de modo que si...

—No, espere. No sucedió lo que ellos dicen. No fue bioterrorismo, fue otra cosa. Y pese a lo que le contaron, es posible que no esté muerta.

—¿Qué ha dicho?

—Que puede que no esté muerta.

—Váyase a la mierda.

La comunicación se cortó.

Giles tomó nota de los datos de la llamada y abrió el portátil que Ian le había prestado. Era uno de sus ordenadores antiguos, un modelo obsoleto que su amigo había encontrado al fondo de un armario. Giles eliminó de forma metódica cualquier *software* que pudiese conectar el ordenador con internet, de manera que funcionase solo como procesador de textos. Era con este ordenador a prueba de fisgones con el

que había empezado a trabajar en el artículo definitivo sobre los recientes sucesos relacionados con el MAAC en Dartford, South Ockendon e Iver, hilándolo todo en una inquietante revelación informativa.

Aunque tenía que admitir que no era exactamente una revelación, porque no disponía de ninguna prueba concreta de lo que denunciaba. Era algo más parecido a una elaborada suposición, una explicación coherente que conectaba múltiples hechos en apariencia desconectados en un relato que poseía una lógica interna. Eso no probaba que lo que planteaba fuese cierto, pero era el tipo de artículo que podía obligar al gobierno a revelar la verdad.

Lo etiquetarían de chiflado, de aficionado a las teorías de la conspiración. Desde los estamentos oficiales lo ridiculizarían, pero nada de eso importaba y, de todos modos, ya estaba acostumbrado a ello. Lo esencial era que lo que planteaba tenía sentido. Llevaba tiempo denunciando que el MAAC era potencialmente peligroso. Y estaba seguro de tener razón. Solo que no tenía ni idea de qué tipo de riesgo acabaría materializándose.

Tecléo.

Quando conseguí hablar por teléfono con Dan Wiggins, ese padre de dos hijos me dijo algo de lo que no se ha informado públicamente, en concreto que miembros de la administración pública le habían comunicado que su esposa, Tracy Wiggins, había fallecido víctima de una supuesta exposición a un agente biológico no especificado de uso terrorista. Le habían entregado las cenizas. Tengo el convencimiento de que esto forma parte de una operación de encubrimiento de mayor magnitud por parte del gobierno.

Trabajó sin descanso en ese texto durante el resto del día. Ian tenía una cena de trabajo, por lo que volvió a casa tarde y no se vieron. Giles se despertó de nuevo solo en el apartamento y reemprendió su tarea. Acabó de pulir el texto antes de la hora de comer.

Marcó otro número en su teléfono prepago. Era el del periódico *The Guardian*.

—Derek Hannaford.

—Hola, señor Hannaford, soy Giles Farmer. Escribo un blog titulado *Bad Collisions*.

—Oh, sí, lo he visto.

—¿En serio?

—Va de alternativo, ¿no?

—Bueno, no lo sé, la verdad. Escuche, el motivo de mi llamada es que poseo pruebas tangibles de una conspiración del gobierno para tapan el desaguizado del MAAC en Dartford inventándose una historia de bioterrorismo para explicar lo sucedido en South Ockendon.

—¿Y qué cree que sucedió en realidad?

—No quiero explicarlo por teléfono.

—Escuche, en estos momentos estoy muy ocupado.

—A Dan Wiggins, el marido de una de las víctimas de South Ockendon, le entregaron lo que le aseguraron que eran las cenizas de su mujer, Tracy, y le dieron

instrucciones de no hablar con nadie del asunto.

De inmediato, el periodista pareció más interesado.

—¿Cómo sabe eso? Es la primera noticia que tengo al respecto.

—Lo sé porque él me lo contó.

—Giles, ¿puedo citar su nombre en relación con esta información?

—No, no puede.

—Entonces ¿por qué me llama?

—Quiero mostrarle un artículo que he escrito. Me gustaría que lo publicase *The Guardian*.

—¿Por qué no me lo manda por correo electrónico y le echo un vistazo?

—No puedo hacerlo. Uno del servicio de seguridad me ha puesto micrófonos en el apartamento y ha borrado archivos de mi ordenador de manera remota. Le estoy llamando con un móvil prepago. Me estoy escondiendo. Puede que le suene a paranoia, pero para mí es muy real.

—Entonces ¿qué me sugiere?

—Podemos encontrarnos mañana a las siete de la tarde delante del Marks and Spencer de Covent Garden. Le daré el artículo.

—Es todo muy de película de espías.

—Lo siento.

Siguió un silencio.

—De acuerdo —accedió pasados unos instantes—. ¿Cómo lo reconoceré?

—Yo lo reconoceré a usted por la foto del periódico.

Giles se sintió eufórico por primera vez en muchos días. Conectó el ordenador con la impresora de Ian y contempló cómo iban saliendo las hojas.

El ayudante de Trotter le dijo que había venido una de las analistas para hablar con él.

—Hazla pasar.

—He pensado que querría oír esto de inmediato —le anunció la joven.

Abrió su portátil y activó un archivo de audio que Trotter escuchó inmutable hasta que llegó una parte que le hizo reír.

«No puedo hacerlo. Uno del servicio de seguridad me ha puesto micrófonos en el apartamento y ha borrado archivos de mi ordenador de manera remota. Le estoy llamando con un móvil prepago. Me estoy escondiendo. Puede que le suene a paranoia, pero para mí es muy real.»

—¿No os dije que monitorizar a los periódicos podría ser productivo? —comentó Trotter cuando terminó la grabación.

—Sí que lo dijo, señor.

—¿Y no os dije también que si Farmer intentaba contactar con alguno, lo más probable es que fuese *The Guardian*?

—Otra vez en el clavo, señor.

—Gracias. Eso es todo.

En cuanto la chica salió, Trotter llamó a uno de sus hombres de confianza en el departamento de operaciones especiales.

—Mark, soy Anthony Trotter. Quiero que vengas a verme de inmediato. Tengo un trabajo delicado para mañana por la tarde en Londres. Exacto. Fuera del circuito oficial.

Giles estaba plantado en una isleta peatonal de Gloucester Road, en South Kensington. Estaba esperando ante la academia de inglés en la que su colega Lenny Moore trabajaba como administrador. Giles conocía bien las costumbres de Lenny. No se entretendría en la oficina. A las cinco en punto estaría en la puerta, y así fue.

Lenny salió tan rápido que Giles tuvo que correr tras él y llamarlo a gritos.

El joven se volvió y lo miró bastante sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿Has oído hablar de un invento llamado teléfono?

—No podía arriesgarme a usarlo. Lo más probable es que sepan que somos amigos por nuestras llamadas. Y deben haber pinchado nuestros teléfonos.

—¿Quién está pinchando mis llamadas? ¿En qué te has metido?

—Me limito a hacer mi trabajo. Han sucedido muchas cosas desde la última vez que nos vimos. ¿Podemos hablar en algún sitio? Te invito a una cerveza.

—¿Invitas tú?

—Bueno, la verdad es que últimamente voy muy justo.

El pub estaba lleno, pero encontraron una pequeña mesa. Sentados juntos casi parecían hermanos, ambos delgados y con la melena despeinada. Giles le contó con detalle todo lo sucedido y cuando le explicó que había huido de su apartamento después de descubrir una cámara escondida, Lenny empezó a observar a los clientes del pub por encima del hombro de Giles. No era un escéptico. Por lo general creía en las teorías conspirativas de su amigo.

—¿Estás seguro de que nadie te ha seguido? —le preguntó.

—Todo controlado. No he dejado ningún rastro.

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguiré manteniendo un perfil bajo. Estoy alojado en casa de un amigo del colegio, tú no lo conoces. Él cree que estoy chiflado, pero me deja quedarme en su apartamento. Lo único que puede garantizar mi seguridad es publicar mi historia en algún medio creíble.

—¿Y tu blog?

—He dicho creíble.

—Tienes razón.

—La cosa es que he concertado una cita con el jefe de la sección de ciencia de

The Guardian mañana por la tarde en Covent Garden.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí, la verdad es que es algo positivo. Pero me preocupa que se lo pueda contar a alguien que a su vez se lo cuente a alguien. Ya sabes a qué me refiero. Por eso quería pedirte que tú te vieses con él.

—¿Yo? ¿Y qué le voy a decir yo?

—Nada. Tan solo le entregas esto.

Le pasó un sobre cerrado.

—¿Aquí está tu historia?

—No, le informa de dónde nos vamos a encontrar de verdad. No muy lejos, en el Strand. Él irá caminando hasta allí y yo lo seguiré para comprobar si alguien lo vigila. Eso es todo lo que tienes que hacer. Entregarle el sobre.

—¿Cómo lo reconoceré?

Giles le pasó un ejemplar de *The Guardian* abierto por las páginas de ciencia. La foto de Derek Hannaford estaba marcada con un círculo.

—Mañana a las siete. Delante de Marks and Spencer.

—Pero Giles —se quejó Lenny—, mañana hay fútbol por la tele.

—Será muy rápido. Llegarás a casa a tiempo. Por favor.

Lenny metió el periódico y el sobre en su macuto y le dio a Giles dinero para que pidiera otra ronda.

Era una tarde cálida y las calles alrededor de Covent Garden estaban a rebosar. Giles llegó caminando a las siete menos diez y encontró un buen punto de observación en una tienda de la cadena Sunglass Hut al otro lado de la calle que estaba abierta hasta las ocho. Nadie le molestó mientras se probaba gafas sin perder de vista la entrada frente a la que estaba el Marks and Spencer.

—Buen chico —murmuró cuando vio que justo antes de las siete Lenny llegaba al establecimiento y, nervioso, observaba las caras de los transeúntes.

El periodista se retrasó, pero solo cinco minutos. Se plantó allí y consultó su móvil, pero Lenny, que estaba a tan solo tres metros de él, no pareció verlo.

—Vamos, Lenny, vamos —murmuró Giles—. ¿Qué tengo que hacer, agarrarte por la nariz para que gires la cabeza?

Por fin sucedió. Giles vio cómo Lenny identificaba al periodista y lo comparaba con la foto del periódico.

Se acercó y empezaron a hablar.

En la calle, una mujer gritó.

Giles dejó caer unas gafas al suelo.

Lenny y el reportero estaban tendidos en el suelo. Les salía sangre de la cabeza.

No se habían oído disparos. Ningún sonido inusual aparte del bullicio de las calles de Londres.

Giles no se podía mover.

Uno de los dependientes de la tienda preguntó qué había sucedido y corrió hacia la ventana para mirar.

Giles vio que dos hombres trajeados corrían hacia los cuerpos tendidos en el suelo y se acuclillaban junto a ellos. Uno de los hombres gritó que alguien llamara a emergencias y en un instante los dos habían desaparecido.

—Oh, Dios mío. Hay sangre —dijo el dependiente—. Creo que están muertos.

Giles obligó a sus piernas a moverse. Pisó las gafas al dar el primer paso. El siguiente lo llevó hasta la puerta. Antes de darse cuenta, estaba corriendo. La gente, los coches, todo le resultaba borroso, y siguió corriendo hasta que sus pulmones parecían a punto de arder.

La mañana era como cualquier otra, opresivamente gris y apagada. Halcones en busca de presas planeaban en círculo por encima del castillo de Marksburg y el ancho río.

El vehículo a vapor llevaba bien visible una bandera blanca y les permitieron pasar sin problemas hasta unos metros de la muralla, donde les obligaron a detenerse.

Emily empezó a temblar de manera ostensible cuando cruzó la entrada. John la rodeó con el brazo por la cintura y le susurró unas palabras de ánimo. Sabía por lo que había pasado en el interior de esos gruesos y fríos muros.

Brian y Trevor iban justo detrás de ellos, cada uno a un lado de Arabel para protegerla, y observaban los rostros ceñudos de los rusos y alemanes con los que se iban cruzando.

En el patio central, donde Emily había visto hombres empalados por orden de Himmler, se les acercó un individuo de expresión severa y ojos muy juntos que vestía el basto uniforme del ejército ruso. Se puso muy rígido al toparse con cinco personas vivas.

—Soy el coronel Yagoda. —Su inglés era rudimentario y lo utilizaba con parquedad—. Seguidme.

Emily conocía la sala a la que los condujo, el gran salón en el que había mantenido su primer encuentro con Barbarroja. Ahora tenía un aspecto diferente, menos cavernoso gracias a que habían añadido más muebles y retirado la larga mesa de banquetes del monarca germano. El nuevo propietario la había redecorado.

Había sillas alrededor de una alfombra raída junto a la enorme chimenea. Gruesas velas colocadas sobre altos candelabros de hierro añadían luz a la que proyectaba el fuego. Yagoda los invitó a sentarse.

Brian le dio un codazo a Trevor.

—No me gusta la pinta que tiene esto —musitó.

Entraron un número suficiente de soldados como para, una vez formados en fila, cubrir todas las paredes del salón. Resultaba una escenificación teatral de poder y unidad. Los verdes uniformes rusos se alternaban con los trajes azules de los alemanes.

—Estamos en la guarida del león —comentó Trevor.

Arabel había hecho un esfuerzo por mantenerse entera, pero sus defensas empezaban a resquebrajarse. Se tapó los ojos con la mano cuando se le escaparon las lágrimas. Emily estiró el brazo y le cogió la otra mano.

John no esperó a que el último soldado ocupase su puesto. Le comunicó a Yagoda que, según el acuerdo al que habían llegado, tenían derecho a ver primero a los niños.

—¿Traéis los libros? —preguntó el ruso.

Los habían cacheado. Sabía perfectamente que los traían, pero John decidió

seguirle el juego.

—Sí, los traemos.

—Enseguida vendrán los niños.

Arabel empezó a hiperventilar y Emily se levantó y se acuclilló junto a ella, acariciándole los hombros y hablándole en voz baja para que se tranquilizara.

La espera se hizo interminable, pero por fin llegaron.

Arabel se levantó despacio.

Sam salió disparado y recorrió la inmensa sala con las manos extendidas y gritando «¡Mami!».

Delia le dijo a Belle que podía hacer lo mismo si quería, pero la niña no quiso soltarle la mano, así que avanzaron juntas sin acelerar el paso.

Arabel se arrodilló sobre la alfombra para ponerse a la altura de Sam. A Emily, el encontronazo del niño con los brazos de su madre le evocó la colisión de protones que había originado todo aquello.

Belle señaló y dijo:

—Mira, tía Delia, la tía Emily también ha venido.

Emily se apartó de Arabel y se acercó a Belle, la levantó y le llenó la suave carita de besos.

—Tú debes de ser Delia —saludó Emily.

—Y tú debes de ser Emily.

—Gracias. Gracias desde lo más profundo de mi corazón.

—Son unos niños encantadores. Gracias a Dios que han podido volver con su madre.

John se unió a ellos. Yagoda parecía molesto porque todo el mundo fuese de un lado a otro.

—Ven conmigo, vamos a saludar a mamá —le dijo Emily a Belle.

—Y tú debes de ser John Camp. —Delia le abrazó.

—Estás abrazando al tío correcto. Brian y Trev, venid.

Delia les besó a ambos.

—Todos vosotros sois mis caballeros andantes vestidos con brillantes armaduras —dijo, secándose las lágrimas.

—¿Os han tratado bien? —le preguntó John.

—Todo lo bien que se puede esperar en un sitio como este —respondió ella—. A todos se les cae la baba con los niños, y eso significa que usan guantes de seda. Sobre todo Stalin. Los niños lo han convertido en el tío Iósif. Estoy muy feliz de que hayáis logrado dar con Arabel. Estaba muy preocupada. ¿La habéis encontrado en España?

—Sí —confirmó Trevor—. Fue toda una aventura.

—Tú eres el único al que no conozco de nada —le dijo Delia a Brian—. ¿Eres del gobierno?

—Solo si cuenta trabajar en la BBC —respondió él riéndose—. Soy el canon televisivo en acción.

—Un momento, ahora caigo. Tú eres Brian Kilmeade, el experto en armas antiguas de la tele.

—Querida, las armas son antiguas, pero yo no.

—Bueno, gracias a todos. Habéis arriesgado la vida para rescatarnos. En el fondo de mi corazón sabía que lo intentaríais, pero durante las largas noches mi cabeza no estaba tan segura. ¿Nos vais a sacar de aquí?

—Lo intentaremos —dijo John.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Vamos a hacer un trato.

—¿Nosotros a cambio de qué?

—De libros.

Ella sonrió al comprender enseguida la jugada.

—¿Aceptarán? —inquirió.

—Nuestros negociadores mantuvieron un encuentro previo con ellos y parece que sí.

—¿Y si al final no lo hacen? No son gente muy afable, ¿sabes?

—Tenemos el apoyo de un ejército de italianos, franceses y españoles a unos clicks de aquí.

—Klicks —repitió Delia feliz—, kilómetros, adoro la jerga militar.

Arabel abrazaba contra su pecho a los dos niños y les hacía preguntas sobre cosas cotidianas en las que no había dejado de pensar. ¿Se habían puesto enfermos? ¿Comían bien? ¿Habían echado de menos a su madre?

Yagoda cortó las conversaciones dando unas palmadas.

—Basta —ordenó—. Ya habéis visto a los niños. Ahora deben marcharse.

—¡No! —gritó Arabel, provocando que Sam pegase un salto y Belle rompiese a llorar.

Yagoda dijo algo en ruso y varios soldados se acercaron a Arabel.

Trevor hizo amago de interferir, pero John le detuvo.

—Sigámosles el juego. No podemos enfrentarnos a todos estos soldados.

Un militar le puso la mano encima a Sam y Arabel respondió abofeteándole y dándole puñetazos.

—Emily, tienes que controlarla —le pidió John.

Ella se mostró de acuerdo y le dijo a su hermana que, en cuanto cerrasen el trato, se podrían marchar todos juntos.

—Sabías que iba a ser duro. Ya hablamos de ello.

—No puedo permitir que se los lleven —gimoteó Arabel.

—Yo cuidaré de ellos —le prometió Delia—. No te preocupes, cariño, estarán bien y seguro que no tardarás nada en volver a verlos.

Arabel se soltó de su hermana y se dirigió a Yagoda.

—Quiero ir con ellos.

Trevor intentó convencerla de que no lo hiciese.

—No —respondió ella—. Lo siento, pero tengo que estar con ellos.

Yagoda dio de inmediato su aprobación.

—Puedes ir con ellos.

Arabel se dirigió a sus compañeros de fatigas.

—No quiero dejaros, pero no puedo abandonarlos a ellos. Por favor, sacadnos a todos de aquí. —Extendió las manos para que se las cogiesen Sam y Belle—. Vamos, niños, enseñadme vuestro cuarto.

Arabel siguió a Delia hacia la puerta y, cuando estaba a punto de desaparecer, se volvió y les dirigió a todos una sonrisa llena de coraje.

—Ahora sentaos —les ordenó Yagoda—. Viene Pasha a revisar los libros.

Pasha.

Caravaggio y Simon les habían hablado de ese enigmático inglés que les había hecho preguntas sobre los llegados de la Tierra, interesándose por quiénes eran, si procedían de Dartford y cómo se llamaban. No habían entendido muchas de sus preguntas y no las recordaban bien. Pero algo de ese tal Pasha había calado en la mente de Emily y lo relacionó con la imagen del hombre al que apenas entrevió aquel día en el campamento alemán, cuando Stalin acudió a ver a Barbarroja. ¿Eran la misma persona? Había estado a punto de rogarle a Caravaggio que se lo dibujase, pero él tenía un montón de trabajo por delante copiando los diagramas de los libros. Durante la larga noche en vela, Emily no se atrevió a pedirselo.

Pasha entró por la misma puerta por la que había salido Arabel.

Caminó directamente hacia ella, ignorando a todos los demás.

—Emily.

El nombre salió de sus labios como una combinación de palabra y sollozo.

—Paul —dijo ella—. Eres tú.

—¿Lo conoces? —le preguntó John.

—Es mi antiguo jefe. Es Paul Loomis.

Emily se acercó y lo abrazó. Él rompió a llorar con tanta fuerza que parecía que hubiese estado conteniendo esas lágrimas los últimos siete años y de pronto todo su freno cediese.

—¿Quién es? —le preguntó Trevor a John en voz baja.

—Era el director del MAAC antes de Henry Quint.

—¿El que se suicidó después de pegarles un tiro a su mujer y al tipo que se acostaba con ella?

—El mismo.

—Joder.

Yagoda volvía a impacientarse. Le gritó a Pasha que el zar estaba esperando.

Pasha se separó de Emily, pero con las manos todavía entrelazadas, ella le susurró:

—Eras tú aquel día en el campamento de Barbarroja.

Él se mostró confundido.

—¿Tú estabas allí?

—Sí.

—Me pareció entender que tus amigos decían que habíais llegado hace dos semanas.

—Diecisiete días. Pero estuve antes en el Infierno y ahora he vuelto.

—¿Y por qué extraña razón has hecho esto?

—Por los hijos de mi hermana. ¿No sabías que soy su tía? ¿Delia no te lo dijo?

—No me permitían verlos. Stalin mantenía el acceso restringido. Solo supe de ti ayer a través de tus amigos. Anoche no pegué ojo.

Yagoda volvió a gritar, pero ellos no se dieron por aludidos.

—¿Cómo has acabado con Stalin?

—Es un lío. Fallecí en Sidcup. Unos rastreadores, como los llaman aquí, me cogieron y me entregaron a un tipo llamado Solomon...

—Wisdom —completó ella—. Un hombre odioso.

—Ah, lo has conocido. Me vendió al mejor postor, que resultó ser el embajador ruso, y después de un viaje horroroso, llegué al palacio imperial de Stalin en Moscú. Me llama Pasha, así que supongo que Paul ha desaparecido, pero Pasha sigue al pie del cañón.

Yagoda empezó a separarlos físicamente y empujó a Pasha hasta una silla.

—Enseñadle los libros —ordenó Yagoda.

Todos se sentaron y John sacó los dos libros de la mochila. Cuando se los entregó a Pasha, se presentó.

—He oído hablar mucho de ti. Yo me incorporé al MAAC cuando tú ya no estabas. Soy el jefe de seguridad. Trevor Jones es mi segundo y ese caballero es Brian Kilmeade, al que debes recordar por su programa de televisión sobre armas medievales.

—Encantado de conoceros a todos —saludó Pasha—. Me temo que no veía mucha televisión. —Cogió los libros y se apoyó en el respaldo, pero antes de estudiarlos, le dijo a Emily—: Necesito saber qué ha sucedido. ¿Algo salió mal en el proyecto Hércules?

—Muy mal. Tu sucesor, Henry Quint...

—¿Le dieron a él el puesto?

—Por desgracia sí. Quint excedió los límites del Hércules I y subió directamente hasta los parámetros del Hércules II.

—¿A treinta TeV?

—Sí, a treinta.

—Y produjisteis strangelets. —No era una pregunta, era una constatación.

—Así es. Y gravitones.

—Dios mío. Y la combinación...

—¡Los libros, por favor! —gritó Yagoda.

—Tenemos que cerrar el agujero interdimensional —explicó Emily—. Pero no

sabemos cómo hacerlo.

—Vamos, Pasha —explotó Yagoda.

—Lo siento —se excusó Loomis—. Será mejor que los mire.

Emily observó al hombre que ahora se hacía llamar Pasha pasando los dedos con gesto reverencial por los libros antes de abrirlos. Su rostro se relajó. Tal vez recordase cuando se sentaba en su acogedor estudio en Sidcup los sábados por la noche con un buen libro y un vaso de whisky. Para leerlos, mantuvo los libros a bastante distancia de la cara. En vida llevaba gafas, pero aquí no disponía de ellas. Emily recordó las veces que se sentaba en su despacho en el MAAC y hacía lo que estaba haciendo ahora: observarlo mientras él leía uno de sus informes y esperaba su dictamen como un niño aguarda la aprobación paterna. Y cuando esa aprobación llegaba, amablemente envuelta en algún comentario sabio y algunas sugerencias, ella se sentía feliz de verdad y salía levitando del despacho.

—Disculpa las páginas sueltas —alegó John.

Loomis empezó a examinarlas.

John se inclinó hacia él y le susurró al oído una tontería para rebajar la tensión. Le preguntó si el libro sobre altos hornos había entrado en la lista de los más vendidos en 1917. Loomis sonrió.

Llegó a la última página y a continuación dedicó su atención al volumen sobre las máquinas de vapor. Lo estudió con la misma actitud metódica.

Transcurrió media hora. Trevor estaba cada vez más nervioso. No dejaba de mirar hacia la puerta por la que había salido Arabel.

Loomis cerró el libro y se frotó los ojos.

Yagoda detuvo sus irritantes paseos de un lado a otro.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Escucha —dijo Loomis en inglés—. Como está perfectamente claro, sé poco sobre estas tecnologías seminales. Sin embargo, diría que estos libros proporcionan detalles prácticos sobre técnicas de producción industrial a gran escala. Creo que basándonos en los textos podremos construir altos hornos y máquinas de vapor. Lo cual no quiere decir que no se vaya a necesitar un proceso de prueba y error para convertir la teoría en práctica, pero los libros son válidos. No llevo aquí mucho tiempo, pero todavía no me he encontrado a un solo ingeniero del siglo XIX o del XX. A diferencia de mí, esos hombres probablemente llevaron vidas virtuosas.

—Paul, cometiste un error —le dijo Emily, con labios temblorosos y los ojos humedecidos por las lágrimas—. Pero eras el hombre más virtuoso al que jamás he conocido.

Él sonrió un instante.

—Emily, deja que te explique lo que hice. Volví a casa antes de hora porque se había cancelado una reunión. Me encontré a Jane en la cama, en nuestra cama, con nuestro vecino, un tipo zalamero que trabajaba como auditor y se pasaba el día hablando de golf, un tipo al que yo apenas soportaba. Pero estaba en forma, era

vigoroso y se reía mucho, y yo en cambio, bueno, yo era como era. Jane estaba desnuda, encima de él, gimoteando de placer, Nunca la había oído gemir así. No me vieron y me alejé de la puerta con sigilo. En ese momento me transformé en otra persona. No me reconocía, ni entendía mis razonamientos. Actuaba respondiendo a automatismos. Bajé y abrí el armario en el que guardaba la escopeta de mi padre. La cargué con dos cartuchos y me guardé otros dos en el bolsillo. Subí por la escalera. Ya habían terminado y estaban echados muy juntos. No dije ni una palabra. No les di tiempo para decir nada ni para taparse con la sábana. Les disparé a bocajarro y me di la vuelta. Recargué la escopeta, me metí el cañón en la boca y apreté el gatillo. Un instante después estaba intacto en un agradable prado, contemplando un cielo monótono. Había llegado aquí. Cualquier virtud que pudiese poseer fue borrada por ese acto.

—Oh, Paul.

—Emily, Paul ya no existe. Ahora soy Pasha, un monstruo que trabaja para otro monstruo.

John se había percatado de que Yagoda había salido de la sala en cuanto Pasha dio su veredicto sobre los méritos de los libros. Ahora estaba de vuelta con otro hombre que, aunque anterior a la época de John, le resultó perfectamente reconocible: el menudo y poderoso Iósif Stalin.

—Entonces, Pasha, ¿los libros son útiles? —preguntó en inglés.

Loomis lo miró con ojos tristes.

—Sí, diría que son útiles. Muy útiles.

—¿Estos son los únicos ejemplares?

—Sí, son los únicos —mintió John.

—Bien, bien —se alegró Stalin.

—Entonces tenemos un trato.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Stalin.

—John Camp, soldado.

—Un soldado americano —dijo Stalin con tono alegre—. Tuve muchos amigos americanos. Me pregunto cuántos de ellos estarán en el Infierno en América. Algún día, tal vez con la ayuda de estos libros, construiremos barcos que nos permitan ir hasta allí y ver cómo es. Tal vez me encuentre con vaqueros e indios. —Se rio con ganas, anticipando su siguiente frase—. Tal vez me encuentre a Roosevelt. —Señaló a Emily—. ¿Y tú quién eres?

—Emily Loughy. Sam y Belle son mis sobrinos.

—Qué bonito. Una familia feliz. ¿Y a qué te dedicas?

—Soy científica, como Paul.

—¡Precioso! Adoro a los científicos. —Se volvió para mirar a Brian y Trevor—. ¿Y vosotros dos?

—Yo también soy soldado. Y policía —se presentó Trevor.

—No me puedo creer que esté hablando con Iósif Stalin. Es increíble —intervino

Brian—. Yo trabajo en la televisión y en el cine.

—Aquí no tenemos películas. Tal vez en un futuro, ¿eh?

John se metió en la conversación:

—¿Tenemos un trato?

—Un trato, un trato... —reflexionó Stalin—. Dime, ¿dónde está Garibaldi?

—¿Qué tiene eso que ver con el trato?

—¿Aparece en mi reino con un ejército enorme y me preguntas qué tiene que ver eso con el trato? —espetó Stalin, furioso.

—No está lejos de aquí —dijo finalmente John—. Está esperando con el ejército enorme a que regresemos con los niños.

—¿Le gustan los niños? A mí también me gustan. Para mí son muy importantes. Los libros son interesantes, pero necesito un trato mejor.

John vio la mirada cargada de odio de Emily.

—Oh, vaya. ¿Y cuánto mejor?

—Me traéis la cabeza de Garibaldi y el trato está cerrado.

John se levantó de la silla.

—Eso no va a suceder —exclamó.

Los soldados estaban muy atentos a los gestos de Stalin. Respondieron a un ligero movimiento de su cabeza sacando las armas, espadas y pistolas y empezaron a avanzar desde las paredes como si estrechasen un nudo corredizo.

—¿John? —musitó Trevor, preparando los puños.

—No. Comete un gran error —le dijo a Stalin—. Este es un buen trato. Estos libros lo pueden cambiar todo. Nosotros volvemos a casa con los nuestros y nadie sale malparado.

—¿Crees que me importa que la gente salga malparada? —repuso Stalin—. Cuando la vida era un bien muy valioso, aniquilé a millones de personas para conseguir mis objetivos para Rusia. Aquí todo carece de valor, excepto los niños.

—Por el amor de Dios —gritó Loomis—. Coja los libros y deje marchar a esta gente. —Se plantó ante uno de los soldados que avanzaban y le bloqueó el paso, un gesto simbólico y del todo inútil.

—¡Llévao! —vociferó Yagoda, y dos soldados lo agarraron por los brazos y lo arrastraron hacia la puerta.

—¡Dejadlo en paz! —gritó Emily.

—Emily, sé cómo cerrar el agujero —exclamó Loomis antes de desaparecer tras la puerta.

—¿Cómo, Paul? ¿Cómo? —gritó ella, pero él ya había desaparecido.

Brian y Trevor estaban en posición de combate.

—¿Qué quieres que hagamos, jefe? —preguntó Trevor.

—Dejarlo correr. No podemos vencerles. Lo hemos intentado y hemos fracasado. Permitieron que les apresaran.

—Si mañana por la tarde no estamos de vuelta, Garibaldi atacará —anunció John,

con los brazos bloqueados a su espalda.

—El castillo tiene muros muy resistentes —respondió Stalin.

—No aguantarán la potencia de sus armas.

—Nosotros también disponemos de esas armas. —Imitó el zumbido de uno de los cañones de John—. Te doy de plazo hasta mañana por la mañana para aceptar el trato de traerme la cabeza del italiano. —Se plantó delante de Emily y, debido a su estatura, tuvo que levantar la mirada—. Después empezaré a torturar a esta mujer para ver si cambias de opinión.

—Eres un cabronazo —escupió furioso John.

—Esto es el Infierno, señor Camp. Aquí todos somos unos cabronazos.

No era una celda, pero tampoco era una cómoda habitación de invitados. La estancia en la que los habían encerrado estaba en la torre del castillo, varias plantas por debajo de la gélida habitación en la que estuvo confinada Emily durante su anterior estancia en Marksburg. Disponían de lo básico. Había colchones de paja en el suelo de piedra, una jofaina con agua para beber y un cubo para las evacuaciones en una esquina. Los hombres se dieron la vuelta cuando Emily tuvo que usarlo.

La única ventana resultaba demasiado pequeña para escapar por ella, aunque tuviesen tiempo de desencajar la reja. Cuando en el exterior empezó a oscurecer, lo mismo sucedió en la habitación, y sin velas no tardarían en estar envueltos por una negrura absoluta. Permanecían sentados con la espalda apoyada en la fría pared de piedra.

—Esto es una mierda —masculló Trevor. Se trataba de una pequeña variante de lo que llevaba horas repitiendo, y John ya empezaba a estar hasta las narices.

—Sí, Trev, claro que es una mierda. Todos sabemos que es una mierda. Y eso nos convierte a todos en mierdosos de grado máximo. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¿Bombardear el castillo con cañonazos y cohetes con los niños dentro?

—Primero teníamos que intentarlo sin usar la violencia —dijo Emily—. Lo hemos intentado y hemos fracasado.

—Eso no me consuela —replicó Trevor—. No me gusta estar encerrado y sobre todo no me gusta que Arabel se haya separado de nosotros.

—Giuseppe y los demás nos rescatarán —aseguró Emily sin mucha convicción.

—Cuando los italianos lancen un ataque, esta torre va a recibir de lo lindo —apuntó Brian—. Es el blanco más fácil, y un impacto directo provocará que nos caigan encima unas cuantas toneladas de piedras.

—Dios mío, espero que Arabel y los niños no estén también en la torre —murmuró Emily.

—¿Tienes algún plan, jefe? —le preguntó Brian a John.

—Lo único que se me ocurre es organizar un gran barullo, hacerles creer que uno de nosotros está enfermo o que dos de nosotros se están peleando, cualquier excusa que obligue a los guardias a entrar. Entonces los reducimos, etcétera.

—El truco más viejo del mundo —reconoció Brian.

—¿Posibilidades de éxito? —quiso saber Emily.

—No muy altas, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Puedes aceptar los términos de Stalin —propuso Emily.

—¿Y liquidar a Giuseppe? —se asombró John—. ¿De verdad me lo estás sugiriendo?

—No, claro que no. Pero eso te permitiría salir de aquí. Uno de nosotros saldría, lo cual es mejor que ninguno.

—Oh, por favor —protestó John.

—Podrías decirle a Garibaldi que no disparen contra la torre —reflexionó Trevor—. Podrías dibujarle un esquema del interior del castillo. Eso le ayudaría cuando lo asalte.

—Basta, muchachos —zanjó John—. No os voy a dejar aquí.

Se lo dijo a todos, pero miraba a Emily.

—Entonces envíala a ella —propuso Trevor—. O a uno de nosotros.

—Me lo pensaré.

Desaparecieron los últimos rastros de luz.

La habitación quedó a oscuras y en silencio. Habían dejado de hablar. Supieron que Brian se había dormido porque empezó a roncar. Uno tras otro se fueron durmiendo hasta que bien entrada la noche solo John permanecía despierto.

Tenía a Emily abrazada, con la cabeza apoyada en su hombro. Pese a que ya se le había dormido el brazo, por nada del mundo se iba a mover para evitar despertarla.

Hasta que...

Se escucharon dos golpes amortiguados detrás de la puerta seguidos por un agudo grito y un tercer golpe.

Trevor se despertó y empezó a decir algo, pero John le hizo callar. Brian se despertó con un «¿Qué?». La cabeza de Emily se deslizó del hombro de John.

Todos se pusieron de pie, tratando de ver algo en la oscuridad.

Se oyó el ruido de una llave en la cerradura.

John susurró que él se colocaría a un lado de la puerta, que Trevor lo hiciera en el otro y Brian delante. Obligó a Emily a sentarse en el colchón y le pidió que no se levantara.

Los ruidos continuaron. John palpó la pared hasta estar seguro de que se había situado a la derecha de la puerta.

La cerradura se movió y la puerta se abrió.

La intensa luz de una antorcha lo cegó durante unos instantes.

Una silueta enorme ocupó el hueco de la puerta, iluminada por las velas del pasillo.

Trevor saltó sobre el intruso justo en el momento en que Emily reconocía la gran cabeza calva con su escaso flequillo.

—¡No! —gritó—. ¡Es un amigo!

Trevor ya estaba en el suelo, después de recibir un golpe del gigante.

John también lo reconoció como uno de los miembros del séquito de Himmler.

—¡Andreas! —Emily corrió hacia él—. Querido Andreas.

—¿Has pensado en Andreas? —preguntó el eunuco en alemán.

Ella le contestó en alemán:

—Claro que sí.

—¿Te has acordado de mí?

—¡Sí! Me he acordado de ti.

—¿Lograste volver a casa?

—Sí.

—¿Y por qué has vuelto?

—Tenía que salvar a los niños.

—Los he visto —dijo él—. Quería jugar con ellos, pero los rusos no me dejaban. No me gustan los rusos.

John había salido de la habitación y cuantificaba los daños. Había tres soldados rusos en el suelo junto a un hacha enorme con el mango manchado de sangre. John les quitó las pistolas y las espadas y las repartió entre Trevor y Brian, pero a Emily no le entregó ninguna.

—Andreas —dijo ella en alemán—. ¿Sabes dónde tienen a los niños?

—En el palacio del rey Federico. No, ya no es su palacio. Qué tonto eres, Andreas. Iósif es el rey. Están en una habitación dos plantas por encima del salón de banquetes.

—¿Nos puedes llevar hasta allí?

—Será difícil. Habrá soldados.

—Tenemos que intentarlo.

Emily les explicó a los demás lo que habían estado hablando.

—¿Cómo quieres hacerlo, jefe? —le preguntó Trevor a John.

—Vamos a tener que meternos en la boca del lobo —respondió—. Esperemos que el lobo esté dormido.

Se toparon con problemas enseguida, pero ya contaban con ello. Andreas le contó a Emily que había dos guardias vigilando la entrada de la torre. Habían visto pasar al eunuco, de modo que, con las instrucciones traducidas por Emily, John envió a Andreas como avanzadilla para dar conversación a los soldados con las dos palabras en ruso que conocía, *da* y *niet*, repetidas una y otra vez. Cuando los tuvieron distraídos con las payasadas de Andreas, John, Trevor y Brian atacaron con rapidez y sigilo y arrastraron los cuerpos detrás de un carro. Atravesaron el patio lateral sin problemas y John echó una ojeada por la puerta que llevaba al patio principal y al palacio.

La plazoleta parecía desierta, con la excepción de unos caballos atados que debieron olerlos, porque empezaron a relinchar. Oyeron unas voces hablando en ruso procedentes del otro lado del patio, pero las antorchas no proyectaban luz suficiente para ver cuántos eran.

John decidió enviar a Trevor y Brian por el flanco izquierdo. Él y Emily irían por la derecha. Avanzarían pegados a las paredes y agachados hasta situarse cerca de los guardias del palacio. Andreas caminaría por el centro del patio.

—¿Puedes decirle que simule estar borracho? —le sugirió John a Emily.

—Siempre gesticula como si estuviese borracho —respondió ella.

—Pues dile que exagere.

Emily le pidió a Andreas que se arrodillase para poder susurrarle las instrucciones

al oído y después le plantó un beso en la mejilla para darle ánimos.

—Andreas va a actuar como un borracho —aseguró el enorme alemán encantado con el papel.

No iba a ganar ningún premio por su actuación. Hizo eses, canturreó y sobreactuó el papel, y lo peor de todo, avanzó demasiado rápido, obligándolos a recorrer el patio a toda velocidad. Debido a la oscuridad, Brian tropezó con un cubo, pero los horribles canturreos de Andreas taparon el estrépito.

Los seis soldados que hacían guardia ante las puertas del palacio eran rusos encallecidos que formaban parte de las tropas de élite de Stalin. No iban a dejarse engatusar fácilmente por Andreas.

Cuando llegó a cinco metros de ellos, uno se adelantó para detenerlo, bajando la alabarda y ladrando el ruso.

—*Da, niet, da, niet* —canturreaba Andreas, moviendo los brazos y saltando sobre una pierna.

Otros tres guardias avanzaron para ayudar a su camarada y dos se quedaron en sus puestos, desenvainando las espadas por si acaso.

—A mi señal —susurró John a Emily—, tú no te muevas. Quédate aquí.

El soldado de la alabarda le ordenó a Andreas que se detuviese, y como este hizo caso omiso, el guardia adoptó una actitud de combate, preparado para lancearlo.

—¡Ahora! —exclamó John lo bastante alto como para que Brian y Trevor lo oyeran, pero sin despertar a todo el palacio.

No tenían un plan de ataque orquestado. John vio que Brian se lanzaba sobre uno de los hombres de la puerta, de modo que él se dirigió hacia el otro. Las espadas entrechocaron ruidosamente y los tres soldados que habían ido a reforzar al de la alabarda volvieron hacia la entrada. Trevor se lanzó sobre ellos moviendo de un lado a otro la espada y alcanzando por pura suerte a uno en el brazo. El soldado emitió un gruñido y siguió luchando.

El de la alabarda cometió el error de darle la espalda a Andreas. Con una zancada, el eunuco lo rodeó con los brazos, lo levantó y lo estampó contra el suelo. Una patada en la cara remató la faena. Andreas recogió la alabarda y la empuñó al revés, agarrándola por la parte más próxima a la punta afilada y utilizando el borde romo como un mazo, con el que arremetió a golpes contra los soldados que tenía más cerca.

Brian se apuntó su primera víctima clavándole la espada en el estómago a uno de los soldados. Acto seguido se volvió para ayudar a Trevor, que se enfrentaba a un experto combatiente. El adversario de John también era un espadachín habilidoso y fuerte, que respondía a cada uno de sus ataques y lo obligó a recular. El soldado avanzaba mofándose de él en ruso y, aunque John no entendía lo que le decía, la provocación le hizo hervir la sangre y luchar con más ímpetu. Se agachó para esquivar la espada de su oponente y al levantarse de nuevo le arreó un izquierdazo a su cara barbuda, seguido de un rodillazo en la ingle y de un corte en el cuello con la espada que empuñaba con la derecha. La hoja debió alcanzar la espina dorsal, porque

el soldado se desplomó paralizado.

John levantó la vista justo a tiempo para ver a Brian quitándole de un golpe la espada al soldado que luchaba contra Trevor y permitiendo así que este combatiese como más le gustaba; dejó caer su propia espada para enfrentarse a su oponente con los puños y le aporreó en la cara y en el estómago. Brian continuó con la espada y atravesó con ella la cara del enemigo que tenía ante él. Andreas pareció darse por fin cuenta de que empuñaba la alabarda al revés. Le dio la vuelta y se la clavó en el pecho al último soldado que quedaba en pie.

Emily emergió de las sombras y arrastraron los cuerpos que seguían mascullando y gruñendo hasta una pared adonde no llegaba la luz. Apoyados contra el muro a ambos lados de la puerta ahora indefensa del palacio había dos arcos y carcajes llenos de flechas.

—Nos vienen de maravilla —se alegró Brian, cogiéndolos y escondiéndolos lejos de la luz de las antorchas.

La única iluminación del gran salón provenía de las brasas de la chimenea, pero era suficiente para poder distinguir las siluetas de las mesas y las sillas.

—¿Hacia dónde? —le preguntó Emily a Andreas.

Él los guio por el salón hasta un pasillo alumbrado por antorchas colocadas cada diez o doce metros. Al final del pasillo, una puerta daba acceso a una escalera oscura. John cogió una de las antorchas y se colocó detrás de Andreas, que empezó a ascender por los escalones y se detuvo en el primer rellano para informarles de que allí era donde dormía el rey Iósif.

En el siguiente rellano oyeron unos sonoros ronquidos. John le pasó la antorcha a Brian y asomó la cabeza por la esquina. A la luz de una antorcha fijada en la pared, distinguió a un único guardia en una silla en mitad del pasillo, con la cabeza inclinada y dormido.

—Pregúntale si es esa habitación —indicó John a Emily.

Andreas respondió que sí.

—Hay un solo guardia —susurró a Trevor y Brian—. Yo me encargo.

—No, déjame a mí —pidió Trevor.

John asintió y se echó a un lado.

Trevor valoró la situación y decidió no arrastrarse ni ir de puntillas. Se limitó a caminar como si nada hasta que se plantó ante el soldado, que en el último momento se despertó y lo miró medio dormido antes de recibir un puñetazo en la sien.

La puerta estaba bloqueada desde fuera con un pesado cerrojo que Trevor abrió haciendo el menor ruido posible.

John hizo una señal a los demás para que le siguieran en el momento en que Trevor desaparecía en el interior de la habitación. Ante la puerta, recolocó al guardia desmayado en la silla. Entraron y cerraron.

Delia fue la primera en despertarse. Se sentó en la cama y estaba a punto de gritar cuando Trevor se abalanzó sobre ella y le tapó la boca.

—Somos nosotros —susurró.

Brian sostuvo la antorcha en alto. Arabel se despertó sobresaltada. Emily la abrazó. Los niños dormían en su cama, ajenos a la intrusión.

Arabel se apartó de Emily y se plantó ante Trevor.

—Sabías que vendrías —dijo, lanzándose hacia sus brazos abiertos.

—Vamos —urgió John—. Tenéis que vestiros a toda velocidad.

—¿Puedo tocar a los niños? —le preguntó Andreas a Emily.

—Claro que puedes. Pero primero vamos a despertarlos con suavidad para que no se asusten.

—Despertaos, niños —musitó Arabel inclinándose sobre ellos—. Levantaos, que nos vamos de aventura.

Ponerle la ropa a Belle fue como vestir a una muñeca de trapo, pero Sam empezó a dar botes de entusiasmo cuando vio las espadas.

—¿Quién es? —preguntó, señalando a Andreas.

—Es un amigo mío —le explicó Emily—. Quiere estrecharte la mano. ¿Se la estrechas?

Emily le describió a Andreas cómo estrechar la mano y el gigantón extendió su enorme garra y apretó con tanta delicadeza que no hubiera ni roto un huevo.

—¿A ella también puedo? —preguntó.

—Puedes acariciarle la cabeza —le ofreció Emily.

Lo hizo, y al sonreír mostró los dientes de color marrón.

—Me gustan los niños.

—Andreas, seguro que a ellos les gustaría jugar contigo, pero tenemos que ponerlos a salvo. Tenemos que salir del castillo.

—Dile que necesitamos un caballo y un carro, mejor si es cubierto —le pidió John—. Aunque encontrásemos el automóvil, llevaría demasiado tiempo ponerlo en marcha y haría demasiado ruido.

Arabel llevaba a Belle y Delia se encargaba de Sam, pese a que el niño estaba indignado y decía que quería caminar solo y llevar una espada. Rehicieron el camino escaleras abajo y atravesaron el gran salón. John y Brian iban delante y salieron al patio. Estaba desierto. Las únicas señales de la pelea eran unos charcos de sangre entre las piedras del suelo. Brian recuperó los arcos y los carcajes y él y John se los echaron a la espalda.

Emily se acercó a John.

—Debemos encontrar a Paul Loomis.

—No tenemos ni idea de dónde está.

—Dijo que sabía cómo arreglar esto. Hemos de dar con él.

—Escucha, Emily —le dijo John en voz baja para que los demás no le oyesen—. Nuestras posibilidades de salir de aquí son escasas, pero serán nulas si ahora nos entretenemos en recorrer el castillo para buscar a ese hombre.

—Pero...

—Piensa en los niños. Necesitamos un carro.

Emily asintió y fue a hablar con Andreas.

—¿Dónde hay un carro? —le susurró.

—Los establos están hacia allí —respondió, metiéndose por un callejón.

Trevor era quien ahora llevaba la antorcha y se aseguró de que todo el mundo cruzase sin problemas el tramo entre la pared del palacio y la pared del muro.

Delante de ellos se oían sonidos a bajo volumen, como resoplidos de animales, que cesaron de pronto.

Brian preparó el arco y cargó una flecha.

Se oyeron susurros en alemán. Andreas oyó su nombre y respondió en voz baja. Dos siluetas se despegaron del muro del callejón, un hombre grueso y una mujer muy delgada, ambos desnudos de cintura para abajo.

—¿Por qué no llevan pantalones? —preguntó Sam.

El hombre sonrió a Andreas y saludó con la mano.

—¿Quiénes son? —inquirió Emily.

—Son amigos míos —explicó Andreas—. Estaban follando.

—Ya veo —dijo Emily—. ¿Te fías de que no digan que nos han visto?

—No dirán nada. Ellos también odian a los rusos.

—No pasa nada —les dijo Emily a los demás, mientras Andreas hablaba con ellos—. Dice que no abrirán la boca.

—Esta visión me va a quitar las ganas de follar por el resto de mi vida —murmuró Brian.

Los establos estaban al final del callejón. Los caballos se pusieron nerviosos y se movieron en sus cuadras cuando los oyeron entrar. John y Trevor fueron en busca de un carro y Brian inspeccionó los caballos y los arreos.

La operación llevó más tiempo de lo que les hubiera gustado porque, cuando por fin tuvieron enganchados dos caballos a un carro cubierto, ya empezaba a clarear.

Con los niños en el interior junto con Delia, Emily y Arabel, Andreas condujo a los caballos por las riendas. Brian caminaba a su lado, vigilando el oscuro camino, con los dedos preparados en la cuerda del arco. John iba delante, con la espada y la pistola listas, y Trevor cubría la retaguardia.

El camino discurría en paralelo a la muralla del castillo y conducía hasta el puente levadizo. John sabía que el siguiente paso sería complicado. Tendrían que bajar el enorme puente levadizo. Y habría soldados.

Cuando apareció ante sus ojos la caseta de la guardia, John le indicó con un gesto a Andreas que soltase las riendas. Delia salió para sustituirlo y Emily ocupó el puesto de Trevor en la retaguardia.

John, Brian, Andreas y Trevor avanzaron arrastrándose. Tenían que pasar junto al edificio principal del acuartelamiento, seis plantas con cientos de soldados alemanes y rusos durmiendo apretujados en sus catres. Pasado el cuartel estaba la caseta de la guardia. Echaron un vistazo a través de las ventanas. La habitación estaba iluminada

con velas. Había unos cuantos soldados jugando a los dados; otros dormían alrededor de la mesa, con las cabezas apoyadas en los brazos. Andreas señaló y con una pantomima representó el movimiento del torno para bajar el puente. Tendrían que encargarse de esos soldados antes de llegar al puente levadizo.

—No va a ser fácil —susurró Brian.

—Hay que ser rápidos y contundentes —dijo John.

Los dos se prepararon para disparar con los arcos. A una señal de John, Trevor abrió de golpe la puerta de la caseta y se apartó.

Dos flechas cortaron el aire e impactaron en el pecho de dos de los jugadores de dados. Brian recargó a gran velocidad y volvió a disparar. Cuando estaba colocando la tercera flecha, Trevor, John y Andreas entraron en la caseta. Los dos primeros empuñaban espadas, mientras que el eunuco se servía únicamente de sus enormes manos para entrechocar cabezas. La mayoría de los soldados de la caseta estaban adormilados y borrachos. No actuaron como soldados de élite, sino que cayeron sin oponer demasiada resistencia, sucumbiendo al filo de las espadas y a las flechas de Brian.

Brian entró y revisó la caseta en busca del mecanismo que movía el puente. Había dedicado un episodio entero de su serie de televisión a los puentes levadizos y a las defensas de los castillos medievales y enseguida se hizo una composición de lugar. Identificó el torno que controlaba el mecanismo de la verja interior y empezó a mover la manivela para alzar la pesada estructura de hierro.

Llamó a los demás.

—Estos dos tornos de aquí mueven el puente. Estas cadenas son de las poleas y los contrapesos bajan por estas trampillas. Trevor, tú y Andreas podéis ponerlo en funcionamiento. Este torno es el que eleva la verja exterior.

—Yo voy a buscar el carro —dijo John, y salió de la caseta.

Las mujeres se alegraron al verlo regresar. Cogió las riendas que sostenía Delia, les indicó que volvieran al carro y poco a poco, intentando no hacer ningún ruido, tiró de los caballos y pasaron junto al acuartelamiento, en cuyo interior no se veía ninguna luz.

La verja interior, una enorme reja de hierro, estaba ya alzada por completo y permitía que el carro pasase por debajo y se adentrase en el túnel abovedado. John distinguía parcialmente el interior de la caseta a través de una estrecha abertura de observación. Los anchos hombros de Andreas movían uno de los tornos. Oía las pesadas cadenas que se deslizaban por las ruedecillas y veía el resplandor del cielo del amanecer que empezaba a asomar a medida que el enorme puente levadizo descendía. Una vez que el puente estuviera abajo, había que levantar una verja exterior idéntica a la interior.

En la caseta nadie se dio cuenta de que uno de los soldados a los que Andreas había golpeado en la cabeza se había recuperado y, gateando, había logrado llegar hasta la puerta. Una vez fuera se incorporó y corrió hacia el acuartelamiento.

—Ya casi está —le indicó Brian a Trevor—, sigue dándole.

El trabajo con el torno le resultaba más duro a Trevor que a Andreas, que ni siquiera sudaba. Brian levantó el pulgar en un gesto de victoria a través de la ranura de observación y John se subió al banco del conductor del carro cuando el puente levadizo por fin golpeó el suelo con un ruido sordo.

El aire se llenó de los gritos procedentes del acuartelamiento en cuanto se dio la alarma y fue pasando de catre en catre y de planta en planta.

—Mantened a los niños agachados —les gritó John a las mujeres. Tomó las riendas, preparado para partir, pero la verja de hierro seguía sin elevarse y les bloqueaba el camino.

Andreas cogió el torno que levantaba la verja exterior y les gritó a Trevor y Brian:
—*Eile, eile, gehen!*

Captaron el mensaje y salieron corriendo de la caseta hacia el carro.

Brian subió por la parte trasera y se colocó en posición para poder disparar con el arco al mismo tiempo que hacía de escudo humano entre los atacantes y las mujeres y los niños. Trevor subió al lado de John en el banco del conductor.

La verja empezó a subir.

—¡Se están acercando! —vociferó Brian.

—¡Vamos! —gritó Trevor, dirigiéndose a la verja.

Brian disparó una flecha y le pidió a Delia que le fuera pasando más.

John no le quitaba ojo a la verja, que subía centímetro a centímetro. A juzgar por las exhortaciones de Brian desde la parte trasera, no iban a poder esperar a que la verja subiera del todo. En cuanto John creyó que tenía espacio suficiente para pasar, sacudió las riendas y arreó a los caballos. El carro se puso en marcha.

El techo rozó con estruendo contra las púas de la verja.

Un enjambre de soldados avanzaba hacia el carro ya en movimiento. Emily levantó la cabeza, que tenía apoyada sobre el cuerpo acurrucado de Sam, y echó un vistazo por la parte trasera.

Vio aparecer a Andreas corriendo hacia el carro, casi pegado a los soldados más próximos.

—Andreas viene corriendo —gritó—. ¡Aminorad la marcha!

—No podemos —respondió Brian, intentando disparar una flecha sin darle al enorme eunuco—. ¡Por el amor de Dios, no paréis!

Brian vio pasar una flecha junto al carro y soltó una maldición. Una segunda flecha pasó zumbando por encima de sus cabezas. Pero a continuación, los arqueros que los perseguían decidieron optar por un blanco más fácil.

Andreas dejó de correr.

Tenía varias flechas clavadas en la espalda.

Se volvió y recibió más flechas en el pecho. Trató de seguir corriendo hacia el carro, pero no pudo. Cayó de rodillas.

—¡No! —gritó Emily.

Su mirada y la de Andreas se cruzaron.

El carro aceleraba cada vez más y la distancia entre ellos se incrementaba.

Se las apañó para gritarle una última frase:

—¡Por favor, recuerda a Andreas!

Cayó desplomado y al instante fue pisoteado por la horda de soldados.

—Lo haré —murmuró Emily, con las lágrimas a punto de brotar.

John no tuvo otro remedio que dejar que los caballos galopasen por el sinuoso camino que descendía por la ladera de la montaña.

En el interior del carro todos iban de un lado a otro por las sacudidas y Belle empezó a llorar.

—¿Todavía nos persiguen? —le preguntó John a Trevor, que amartilló la pistola y se incorporó parcialmente para mirar por encima del techo del carro.

Ya estaba amaneciendo y pudo ver con claridad toda la colina. Ya no los seguían. Habían dejado atrás a los soldados.

—Todo va bien. —Pero entonces divisó un caballo y un jinete, y después otro—. No, no va bien.

Disparó y el jinete más próximo cayó del caballo.

—Utiliza la mía —le gritó John, pasándole la pistola.

Volvió a disparar. El segundo caballo reculó y tiró al jinete.

Trevor se sentó.

En el amanecer de un gris metálico John distinguió las aguas turbias del Rin y, a lo lejos, el puente de madera que conducía hasta el campamento italiano en la orilla oeste.

Los cascos de los caballos se hundían en el camino embarrado. Se acercaban a una curva muy pronunciada y John gritó para que todos se agarrasen. El carro se balanceó hasta tal punto que temió volcar, pero siguieron adelante, engañando a la gravedad.

El camino se hizo más recto y Trevor volvió a echar un vistazo atrás, pero Brian, que también estaba controlando la retaguardia, se le adelantó.

—Han movilizado a la caballería —gritó—. ¡Los tenemos detrás!

John volvió a sacudir las riendas y azuzó a los caballos para que volaran.

Ya estaban en la llanura, avanzando en paralelo al río. El puente se hallaba muy cerca.

Brian siguió informando de lo que veía desde la parte trasera del carro.

—¡Se están acercando! —Y al poco rato—: Están moviendo algo en la muralla del castillo. Es un jodido cañón.

John tuvo que aminorar la velocidad de los caballos para tomar la curva hacia el puente y después los volvió a poner al galope. Las ruedas del carro rechinaron al pasar sobre los toscos listones de madera.

—Dile a Brian que dispare al aire —gritó John—. Quiero que los italianos sepan que llegamos.

Trevor se volvió y pasó la orden a gritos.

Bum.

A ese estallido le siguió un silbido que John conocía demasiado bien.

La maldición que soltó quedó amortiguada por el estruendo provocado por la explosión de la bala del cañón ruso unos metros por delante de ellos, al este del Rin.

Arabel gritó y se echó encima de Belle para protegerla.

Brian vio desaparecer el cañón por el retroceso. Pero volvió a aparecer.

—¡Están recargando! —gritó.

El único que no parecía tener miedo era Sam, que imitaba entusiasmado el estallido y el silbido del cañón.

—¡Van a mantener el alcance del disparo y esperarán a que lleguemos al punto en el que caen los cañonazos! —dijo John.

—Sal del camino y métete en el prado cuando lleguemos a ese punto —propuso Trevor—. Tenemos que evitar avanzar en línea recta.

Una vez cruzado el puente, los márgenes eran demasiado empinados y llenos de árboles para desviarse del sendero. Los caballos galopaban directos hacia el punto de impacto del último cañonazo.

—¡No puedo desviarme del camino!

Vio un árbol en llamas a cincuenta metros.

El punto de impacto.

Un segundo cañonazo bien cronometrado los haría saltar por los aires. John valoró la posibilidad de frenar y detener el carro, pero Brian gritó que la caballería rusa ya estaba cruzando el puente.

Si John estuviese en la muralla, prendería la mecha del cañón dentro de unos cinco segundos.

Bum.

John vio un fogonazo procedente de una zona de matorrales por delante de ellos seguido de un inconfundible silbido.

Garibaldi.

El cañonazo impactó en los muros del castillo, a mitad de camino entre el suelo y la parte superior de la muralla, pero bastó para que los artilleros rusos adoptaran una posición defensiva.

El carro dejó atrás a toda velocidad el punto de impacto.

Ante ellos tenían una visión casi tan maravillosa como la del fogonazo del cañón. Una división de caballería compuesta por italianos, franceses y españoles galopaba hacia ellos. Cuando llegaron a su altura se dividieron en dos filas y pasaron a ambos lados del carro, galopando hacia los rusos.

Trevor lanzó varios vítores cuando se cruzaron con los soldados, que levantaron las espadas y respondieron con gritos de victoria.

—¡Maravilloso! —bramó Trevor—. ¡Jodidamente maravilloso!

—¿Estamos a salvo? —preguntó Emily.

—De momento sí —respondió John a gritos, y en voz más baja añadió—: De momento.

El grueso de las tropas alemanas y el resto de las divisiones rusas estaban concentradas en un vasto campamento al este del castillo de Marksburg. Habían despertado a Stalin para informarle de la fuga. Furioso, envió a un mensajero a caballo para movilizar a su ejército, que se preparó para partir.

—¡Mis botas! —pidió Stalin a Nikita—. ¿Y dónde está Yagoda?

—Ya se le ha convocado.

Yagoda apareció terminando de meterse la camisa por los pantalones, con aspecto adormilado por el brusco despertar y la resaca del exceso de vino de la noche anterior.

—¿Cómo ha podido suceder? —vociferó Stalin.

El coronel con cara de rata aseguró que no lo sabía, pero que lo averiguaría y se lo haría pagar a los responsables.

—Empecemos por el máximo responsable —masculló Stalin, que sacó su elegante pistola y sin dudarle un instante le descerrajó un tiro a Yagoda entre los ojos.

Stalin se puso las botas por encima de los pantalones.

—Vamos allá, Nikita —urgió—. Nos espera una guerra, una guerra a lo grande.

—¿Qué tal estás esta preciosa mañana? —preguntó Christine.

Había liberado a la rubia de las cuerdas con las que por las noches la ataba al lavabo. Christine empuñaba un cuchillo de cocina para disuadirla de cualquier tentativa de fuga.

Se habían organizado de la manera más confortable posible teniendo en cuenta lo reducido del espacio. Habían colocado edredones y almohadas en el suelo. Tenía agua en el lavabo. Y tenía, por supuesto, un váter. Le daban tres comidas al día y la recompensaban con chucherías si mantenía la boca cerrada y no se ponía a maldecir a gritos. Pero no le permitían ni una gota de alcohol y evidentemente se había pasado la mayor parte de la semana con el síndrome de abstinencia. No se retorció ni se arañaba la piel, pero no había sido agradable ni fácil.

Ya no oponía resistencia. Esta mañana estaba tranquila y serena, e hizo una pregunta razonable:

—Estoy un poco perdida. ¿Roger ha vuelto al colegio?

—Vuelve el lunes. Hoy es domingo —le respondió Christine mientras le dejaba un plato con huevos y una tostada.

—¿Podré verlo?

—No creo que deba ver a su madre atada a un lavabo.

—Sabe que estoy aquí.

—¿Cómo no iba a saberlo? Con todo el jaleo que has armado.

—Estaba enferma.

—Dímelo a mí.

—¿Qué le habéis contado?

—Que su madre no se encontraba bien por culpa de un problema estomacal y necesitaba usar continuamente el váter. Le hemos dicho que somos enfermeras.

—¿Os ha creído?

—Creo que sí. Es un encanto de niño.

—Lo sé.

—No se merece el trato que le das.

La madre no respondió.

—¿Te acuerdas siquiera de cómo lo tratas cuando estás borracha? —le preguntó Christine, con los brazos cruzados en actitud severa.

La madre rompió a llorar.

—Lo he pasado muy mal.

—Yo sé lo que es pasarlo muy mal. Molly sabe lo que es pasarlo muy mal. Tú no sabes lo que es pasarlo muy mal.

—Ted no...

—No quiero volver a oírlo. Ted no pasa la pensión del niño. Te dejó por una

zorra. El ayuntamiento te ha recortado las ayudas. Basta ya. Tienes un hijo maravilloso, una casa preciosa, estás sana, bien alimentada y te puedes valer por ti misma. No sabes lo que es pasarlo mal de verdad.

La mujer puso los ojos en blanco.

—¿En el Infierno?

Christine no quería contarle nada, pero Molly, harta de los lamentos y el victimismo de la mujer, reaccionó explicándoselo todo. La mujer no se había creído ni una palabra y no habían vuelto a sacar el tema hasta ahora.

—Sí, en el Infierno. Me da igual si me crees o no. Pero te diré una cosa. No sé si alguna vez has cruzado la línea lo suficiente como para ganarte un billete con destino allí, pero en el Infierno a los que abusan de los niños, a los que los maltratan, les dan el mismo trato que a los pederastas en las cárceles si son tan estúpidos como para hablar de ello y dejar que se sepa lo que han hecho. Solo que en el Infierno eso es para siempre. Hemos conseguido que estés sobria. Mantente así y cuida del encanto de hijo que tienes. Si no lo haces, te estaremos esperando al otro lado.

—Hablas como si os fueseis a marchar.

—Nos iremos hoy.

—Gracias a Dios. ¿Me vais a desatar?

—No, pero dejaré los nudos lo bastante sueltos como para que te puedas liberar tú misma en unas horas. Y no llames a Roger para que te ayude. Lo traumatizarías. Estás lo bastante serena para entenderlo.

—¿Adónde vais?

—¿Para que se lo digas a la policía?

—Es simple curiosidad.

—Vamos a ver a mi madre. En su día no me pude despedir de ella.

En la sala, Roger estaba haciendo un puzle. Molly comía galletas sentada en el sofá.

Christine se acuclilló junto a él y le dijo:

—Te prepararé unos sándwiches.

—No tengo hambre.

—No son para ahora. Son para después. Te los dejaré en la mesa de la cocina envueltos en papel de aluminio.

—¿Me los traerás más tarde? —preguntó él.

—Me encantaría, pero la tía Molly y yo tenemos que marcharnos.

El niño levantó la mirada de inmediato.

—Pero yo no quiero que os vayáis.

—Lo sé. Nosotras tampoco queremos, pero tenemos que hacerlo.

—¿Mami sigue en el lavabo?

—Sí, pero ya está mejor. Saldrá para verte dentro de un rato.

—Pero no entres allí —le advirtió Molly—. Aunque ella te lo pida. ¿Recuerdas lo que te dije sobre las mujeres y su intimidad?

Roger asintió.

—¿Volveréis?

—No, no volveremos, cariño —le dijo Christine—, pero espero que recuerdes la estupenda semana que hemos pasado juntos.

A Roger le empezó a temblar el labio inferior.

—No llores. Ya eres un niño mayor, y los niños mayores no lloran. Vamos, dame un gran abrazo de despedida.

Christine tuvo que contener las lágrimas al sentir aquel cuerpecillo entre sus brazos. Después apartó al niño y Molly aprovechó su turno.

Cerraron la puerta al salir y Molly empezó a hablar, pero Christine seguía luchando por controlar sus emociones.

—Por favor, no digas nada, ¿de acuerdo? —le rogó.

La casa de Stoke Newington parecía una pocilga. Los vagabundos habían acabado con toda la comida y bebida de la vivienda, tirando por el suelo todo lo que no se podía comer. En la sala de estar, la cocina y los dormitorios habían volcado la mayoría de los muebles durante sus consecutivos estados de ebriedad y agresividad. Y como una plaga de langostas que ya habían esquilado un pedazo de tierra hasta dejarla yerma, había llegado el momento de marcharse. La hermana de Christine había tenido la suerte de no haber regresado todavía de sus vacaciones en Cornualles, pero cuando lo hiciera no se iba a alegrar con el panorama que la esperaba.

En el Infierno, Talley era el líder indiscutible, pero en la Tierra, Hathaway había ido poco a poco laminando su autoridad. Su conocimiento del mundo moderno lo colocaba en una posición que incluso el cerebro reptiliano de Talley reconocía que era vital para la supervivencia del grupo. Pero eso no le impedía reivindicar su liderazgo cuando iba muy cargado de alcohol. Un enfrentamiento físico especialmente brutal había acabado con ambos ensangrentados y varias sillas rotas.

Esa mañana Hathaway había sido el primero en despertarse, y como no encontraba nada para comer excepto una masa para pastel congelada, puso en pie un sillón volcado y la calentó.

El odio era su compañero. No lo había abandonado ni un solo día en el Infierno y tampoco ahora en la Tierra. La venganza era inspiradora. Para él ocupaba un plano superior a la satisfacción de las necesidades biológicas básicas. Rix, Murphy y sus esposas eran su *raison d'être*. Los había odiado lo suficiente como para haberlos matado, pero eso no bastaba. Cuando los reencontró en el Infierno estaban en una buena situación, al menos para los estándares de la mayoría de los desgraciados del Infierno. Rix tenía a Christine y Murphy, a Molly. Para siempre. Tenía que darles un escarmiento. Tenía que enviarlos a un pudridero. Era consciente de que cuando los destruyera sentiría un enorme vacío en su desolada existencia, pero aun así tenía que hacerlo.

No había resultado fácil. En el pueblo de South Ockendon donde vivían había suficientes hombres en buena forma para defenderse de los vagabundos. Otros pueblos eran objetivos más sencillos. Por eso había supuesto un subidón encontrar aquel día a las dos mujeres solas en el bosque. Después de violarlas durante el día entero, habría lanzado sus cabezas rodando hacia el pueblo como si fuesen bolas de bolera. Ahora lamentaba profundamente no haberles cortado el cuello en cuanto llegaron a la Tierra. Pero toda aquella experiencia había sido demasiado desconcertante y confusa. No volvería a cometer el mismo error por segunda vez.

Su odio habitaba en algún lugar en la frontera del pensamiento racional. Su lógica funcionaba de la siguiente manera: se había visto obligado a matarlos a los cuatro porque iban a entregarse a la policía. Mellors le había ordenado la acción. «Limpia la mierda, Lucas —le había pedido Mellors—. Límpiala o acabaremos todos pringados.» Había acabado en el Infierno porque los había matado. Sí, la niña secuestrada había muerto, pero él no estaba allí cuando sucedió, ¿verdad que no? Nadie sabía qué tipo de juez celestial te condenaba al Infierno, pero quizá su condena no era por la niña. ¿Cómo iba a estar seguro de que fuese por eso? De modo que en ese caso eran ellos, Rix y Murphy, Christine y Molly, los responsables de su aterrizaje en el Infierno.

Apareció Talley arrastrando los pies y con aire bilioso.

—Dame algo de beber.

—No queda nada.

—Joder, claro que queda.

—Echa un vistazo si no me crees.

Talley abrió el armarito de los licores y encontró una botella.

—¿Y esto qué es? —dijo triunfante.

—Es para el margarita. No lleva alcohol.

—No te creo.

—Pruébalo.

Talley había aprendido a abrir los tapones de rosca y enseguida se echó un trago al gaznate, que escupió salpicando por toda la habitación.

—Te lo he dicho. Tampoco queda comida. Ya es hora de que nos larguemos.

—¿Para encontrar a las tías?

—Sí, para encontrar a las tías.

A Christine los ojos empezaron a llenársele de lágrimas en cuanto pasaron de Eye a Hoxne por Eye Road. Había un par de bungalós y casitas nuevas cerca de los árboles, pero la entrada del pueblo estaba tal como la recordaba. Las casas, los setos, las viejas tomas de agua; todo seguía en el sitio exacto en el que lo situaba su memoria.

—¿Y bien? —preguntó Molly.

—Está igual.

Pasó con el Mini por el viejo puente que cruzaba el río Dove. Vio aparecer The Swan. Su primer pub. De niña había jugado debajo de las mesas de ese establecimiento y a los catorce años probó allí sus primeras bebidas alcohólicas, unos vodkas con lima exageradamente dulces, sin que nadie pusiese ningún problema. Se había casado en la iglesia de Green Street, había celebrado la recepción en una carpa en el jardín de The Swan y ella y Jason habían pasado la noche de bodas en el hotel Angel, en Bury St. Edmunds.

Las manos empezaron a temblarle en el volante cuando vio la cabina de teléfono roja junto a la oficina de correos y la tienda de ultramarinos.

—¿Qué pasa? —preguntó Molly.

—Es allí.

Varias personas charlaban en la calle delante de la tienda. Avanzó lentamente y al llegar ante la casa cubierta de hiedra de su madre tenía la boca tan seca que casi no podía ni hablar.

—Es esta.

—Muy bonita —comentó Molly.

Christine no quería aparcar un coche robado a la vista de todo el mundo en Low Street, de modo que dio la vuelta a la manzana y lo dejó en la poco transitada Church Hill. Se rociaron con colonia y recorrieron el estrecho callejón que conectaba las dos calles.

—Llama tú —le pidió a Molly—. El impacto de verme de golpe podría matarla. Yo esperaré fuera. Sé amable, ¿de acuerdo?

—Sé cómo actuar, querida.

Molly llamó, esperó y volvió a llamar. Después de aguardar un buen rato apareció una anciana de cabellos blancos, frágil y encorvada, que se apoyaba en un bastón.

—Oh, hola —saludó la mujer—. ¿Eres del ayuntamiento?

—No, cielo, no lo soy.

—Vaya. La chica que viene a ayudarme los fines de semana me ha llamado para avisar de que estaba enferma, así que pensaba que el ayuntamiento había enviado a otra persona.

—Oh, señora, entonces ¿no tiene la comida preparada? —le preguntó Molly.

—Iba a comerme unos cereales, quizá con trocitos de fruta.

—Bueno, pues me llamo Molly. No me manda el ayuntamiento, pero estaré encantada de prepararle una comida un poco más sustanciosa. ¿Quiere que lo haga?

—Sería muy amable por tu parte —respondió la anciana—. Has dicho que te llamas Molly, ¿verdad? Pero que no te manda el ayuntamiento.

—No, pero sé preparar una buena comida.

Christine no había podido ver ni un instante a su madre, pero había oído su voz. Sonaba más temblorosa, pero seguía siendo inconfundible. Cuando Molly entró, Christine se quedó paseando arriba y abajo por la calle, recordando quién vivía en cada una de las casas del vecindario.

—Eh.

Se volvió. Molly estaba en la puerta y le hacía señas para que se acercase.

—¿Qué le has dicho?

—Que hay una persona a la que quería que viese. Está un poco despistada por la edad, pero es un encanto.

Christine entró como quien se adentra en un lugar sagrado, caminando despacio y con actitud reverencial. Todo le resultaba familiar. Al pasar a la cocina, su madre le daba la espalda. Molly había calentado unos raviolis.

—Esta es la mujer a la que quería que viese.

Su madre se volvió y parpadeó desconcertada.

—Hola.

—Hola —respondió Christine en un susurro.

—¿Cómo te llamas, querida?

Christine se acercó a la mesa.

—¿No me reconoces?

La anciana estudió su rostro y pareció inquietarse de un modo difuso.

—Lo siento, yo...

—Soy yo, mamá. No te asustes. Soy Christine.

Hathaway arrancó cuando ya anochecía. Todos tenían el estómago vacío. Estaban acostumbrados a pasar hambre, pero el tiempo que llevaban en la Tierra los había reblandecido. Aquí la comida era fácil de conseguir y Youngblood y Chambers en particular refunfuñaban porque se morían de hambre.

—No vamos a parar —gruñó Hathaway—. Es demasiado peligroso. Ya comeremos cuando lleguemos.

—¿Qué comeremos? —preguntó Youngblood.

—Comida caliente —respondió Hathaway. Y sonrió—. Y tal vez algo de comida caníbal si hay suerte.

Tenía uno de los mapas de Gareth West. Pedirle a Talley que lo guiase con él era como pedirle ayuda a un asno, de modo que se puso el mapa en el regazo y lo fue consultando de vez en cuando. Se sintió más seguro una vez fuera de la A140. Menos faros, menos coches con los que cruzarse. Oscuras carreteras secundarias.

Molly ayudó a Christine a acostar a su madre. Los sobresaltos del día no la habían matado, como se temía Christine, pero la habían dejado agotada.

En un primer momento la madre se había limitado a ignorarla. Se concentró en su plato de raviolis y se lo terminó tranquilamente antes de decir:

—Mi Christine está muerta.

La llevaron hasta la pequeña sala de estar y la sentaron en su sillón ante la tele.

—¿No lo ves, mamá? —insistió ella—. ¿No ves que soy yo?

Obligada a estudiar el rostro de esa mujer, la anciana se había puesto nerviosa.

—¿Estoy muerta? —preguntó.

—No, mamá, no estás muerta.

—Entonces ¿cómo es que estoy con mi hija?

—He vuelto para verte.

—Eso no sucede nunca.

—Ha sucedido esta vez.

—Pero ella murió, moriste hace mucho tiempo. —La anciana hizo una mueca de desconcierto—. Hiciste cosas malas.

—Lo sé, y me arrepiento de lo que hice. No pude despedirme de ti.

—Te pareces a Christine.

—Es porque soy Christine. ¿Me perdonas, mamá?

—Claro que te perdono. Soy tu madre. ¿Estás segura de que no estoy muerta?

—Estás viva, mamá. Soy yo la que está muerta.

—¿Ella también está muerta?

—Sí. Molly también está muerta.

—Me ha preparado raviolis. La chica que viene a ayudarme no podía venir hoy.

Christine cerró la puerta del cuarto de su madre y se sentó abajo con Molly en la sala de estar. La única bebida alcohólica que había en la casa era una botella de jerez. Sirvió dos copas.

—Creo que se le va la cabeza —comentó Molly.

Christine se bebió la suya de un trago.

—En algunos momentos he llegado a creer que entendía lo que le explicaba, ya sabes, que me creía, pero un momento después vuelve a estar perdida en su propio mundo.

—A veces los ancianos se comportan así.

—Esto ha sido un error. Deberíamos marcharnos mañana mismo a primera hora.

—¿Para ir adónde?

—No lo sé. A alguna parte, a cualquier sitio. Ya ni siquiera me importa si nos pillan. Estoy harta de huir.

La puerta trasera saltó por los aires llenando la cocina de astillas y cristales.

Antes incluso de que pudiesen levantarse, Hathaway estaba plantado ante ellas y el resto de los vagabundos detrás de él.

—Esto es perfecto —masculló—. Demasiado perfecto.

Sonó el móvil de Ben. Era una de las pocas noches desde que empezó la crisis en que se había alejado del trabajo durante unas horas y había llevado a su mujer a un restaurante. Una cena íntima no iba a arreglar su matrimonio, pero era un primer paso. El reinicio del MAAC se produciría dentro de nueve días. Con suerte, eso sería

el final de aquella pesadilla. Nueve días hasta poder regresar a la normalidad. Nueve días hasta poder reintegrarse en el comparativamente relajado mundo del terrorismo nacional.

Su mujer se puso lívida cuando él miró el teléfono.

—De verdad, Ben, me prometiste...

Él no reconoció el número.

—Lo siento. Solo voy a comprobar si es algo urgente.

—En la mesa no —pidió ella—. La gente nos está mirando.

Ben se levantó mientras respondía y se dirigió hacia la entrada del restaurante.

—Ben Wellington.

—Sí, señor Wellington. Soy el agente Kent de la policía de Suffolk.

—Dígame, agente.

—He hecho lo que me pidió. He mantenido vigilada la casa de la señora Hardwick. Espero no molestarlo llamándole a estas horas.

—No pasa nada. ¿En qué puedo ayudarlo?

—He pasado por delante con mi coche particular y he visto a varios hombres saliendo de un vehículo aparcado delante de su casa.

—¿Cuánto hace de eso?

—No más de un minuto.

—¿Han entrado?

—No lo sé. He seguido conduciendo y he buscado un sitio discreto desde el que poder llamarle.

—¿Cuántos hombres eran?

—Cuatro. ¿Quiere que intervenga?

Ben dijo «no» tan alto que el *maître* lo miró indignado.

—No intervenga. Por favor, mantenga la casa vigilada desde una distancia de absoluta seguridad. No llame a sus colegas. Estaré allí en una hora. Si sucede algo más, llámeme de inmediato.

Volvió a toda prisa a la mesa, dejó un puñado de billetes y miró a su furiosa esposa negando con la cabeza en un gesto desolado.

—Lo siento. Tendrás que pedir un taxi para volver a casa. Te prometo que te compensaré este desplante.

Llegó el camarero con los entrantes.

—Por favor, no te molestes —replicó ella.

Youngblood bajó dando saltitos por la escalera.

—Arriba hay una vieja metida en la cama. Nadie más.

—Dejadla en paz —dijo Christine iracunda.

—No tiene mucha carne —comentó el vagabundo, dirigiéndose hacia la cocina—. Pero un poco sí.

—¿Quieres saber cómo hemos dado contigo? —le preguntó Hathaway.

—No tengo especial interés —respondió Christine.

—Tu querido Gareth nos dijo dónde encontrarte. Justo antes de que lo destrozásemos.

Las dos mujeres se miraron, demasiado aterrorizadas para preguntar sobre el destino del hijo de Christine, Gavin.

—¿Solo a él? —se las apañó para preguntar.

—¿A quién más esperabas que nos cargásemos? —inquirió Hathaway—. ¿Hemos olvidado a alguno de tus seres queridos?

—No hay nadie más.

—Sí, sí que lo hay. Tu hermana. La esperamos durante una semana, pero no apareció por su casa. Una mujer con suerte.

—Te empalmas pensando en mí, ¿verdad, pedazo de mierda? —escupió Christine.

Hathaway se frotó la entrepierna.

—No sabes ni la mitad.

—Empecemos con las violaciones —propuso Chambers.

—Hay tiempo de sobra para eso —respondió Talley, tomando el control de la situación—. Primero queremos comida y bebidas fuertes.

—Si no hay comida preparada —intervino Youngblood—, propongo que nos comamos a la vieja.

—Vamos a la cocina —propuso Molly—. Cocinaremos para vosotros.

Talley lanzó un gruñido de aprobación. A Molly casi le fallaron las rodillas cuando se puso de pie. Christine vio el miedo en sus ojos y la agarró para que se mantuviese firme.

—Vigílalas —ordenó Talley a Chambers—. ¿Y qué hay de la bebida?

—Solo hay un poco de jerez —dijo Christine.

Talley se bebió lo que quedaba de un trago y empezó a abrir armarios buscando más.

—Había un pub calle abajo —recordó Hathaway. Consultó el reloj de encima de la chimenea. Eran las once. Musitó que ya no tenía ni idea de a qué hora cerraban los pubs, pero que sería mejor esperar a que el local estuviese más tranquilo.

—Iremos después de jalar —propuso Talley—. Entonces nos emborracharemos y violaremos a este par.

—Por eso eres el jefe, Talley —masculló Hathaway—. Siempre tienes un plan.

El vagabundo, que no supo percibir el sarcasmo, pareció encantado con el cumplido.

El helicóptero de los servicios secretos recogió a Ben en la sede central de Thames House en Millbank y lo llevó a Dartford. Rix y Murphy esperaban allí con sus

vigilantes, cerca de la pista de tenis del MAAC.

El Gazelle aterrizó y Rix y Murphy subieron y se pusieron los cinturones.

—¿Qué pasa? —preguntó Rix—. Esos no nos han querido contar nada.

—Puede que los hayamos localizado —explicó Ben.

—¿Dónde? —preguntó Murphy.

—En Hoxne. Un agente local ha visto a cuatro hombres en la casa. Le he dicho que no intervenga.

—Si son ellos, le has salvado la vida a ese tío —aseguró Rix—. ¿Solo cuatro hombres?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Por si habían metido rehenes en la casa —contestó rápido Rix.

—Ya veo. Sé que la vivienda no tiene ninguna relación con Hathaway —siguió Ben.

—¿Qué sabes? —preguntó Rix.

—La anciana que vive allí es la señora Hardwick. Es la madre de Christine.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Lo descubrí cuando volvimos de Hoxne. No fue difícil atar cabos.

—¿Y por qué no nos lo dijiste?

—No vi razón para hacerlo. Me convenía más que creyeseis que controlabais la situación.

—Eres un cabrón, ¿lo sabes? —masculló Rix.

—Eso me dicen. Esta misma noche me ha pasado.

Rix señaló a los dos oficiales del MI5 que acompañaban a Ben.

—¿Solo acudís vosotros?

—Y vosotros dos.

—¿Nos estás nombrando colaboradores? —preguntó Murphy, riendo.

—Algo así.

—¿Vas armado? —inquirió Rix.

—Yo no. Pero ellos sí. Aterrizaremos en el mismo campo de antes.

—Treinta minutos para el aterrizaje —anunció el piloto.

Murphy le susurró al oído a Rix:

—¿Crees que nuestras mujeres están allí?

—Espero que no, Murphy, joder, espero que no.

—Vigílalas —le ordenó Talley a Youngblood—. Volveremos con bebida. Y no empieces a violarlas hasta que volvamos.

Youngblood se metió más pan de molde en la boca y amenazó con un cuchillo de cocina a Molly y Christine.

—No intentéis nada conmigo u os corto el pescuezo.

Hathaway, Talley y Chambers bajaron por Low Street hacia The Swan. El pueblo

estaba a oscuras y en silencio. Pasaron junto a un coche aparcado con el morro hacia fuera en el camino de acceso a una casa y no vieron a un hombre escondido en el asiento del conductor.

El agente Kent esperó a que pasasen y, con sigilo, se apeó del vehículo. Dejó que se alejasen un poco más y los siguió hasta que los vio desaparecer por la parte trasera del pub.

Llamó al móvil de Ben, pero le saltó el buzón de voz. Le dejó un breve mensaje y siguió con la persecución.

En el pub solo quedaba el propietario, acabando de recoger. Había cerrado ya la puerta delantera, pero no la trasera y cuando vio entrar a Hathaway le dijo:

—Ya hemos cerrado, colega.

Hathaway siguió avanzando, seguido por los otros dos.

—¿No me habéis oído? Ya hemos cerrado.

—Ya, pero es que estamos sedientos —replicó Hathaway.

El dueño, un joven en buena forma, no pareció muy intimidado. Cogió un viejo bate de críquet de detrás de la barra y se lo mostró.

—Será mejor que os larguéis o llamo a la policía.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso? —Hathaway enseñó los dientes al sonreír.

—Escuchen, caballeros, esto es un pub de un pueblecito tranquilo. No busco problemas, pero no me voy a dejar avasallar. —Los vagabundos se acercaron hasta la barra, lo bastante cerca del propietario como para que este los oliese—. ¿De dónde habéis salido?

—Hemos hecho un largo viaje para tomar un trago en tu establecimiento —comentó Hathaway, admirando la chimenea y las vigas—. Un local con historia. Y bien, ¿nos vas a servir o vamos a tener que servirnos nosotros mismos?

Algo llamó la atención del propietario. Un rostro pegado a la ventana delantera.

El agente Kent le indicó por señas que iba a entrar por la puerta trasera.

El joven levantó el bate a la defensiva, pero en un abrir y cerrar de ojos Talley y Chambers saltaron por encima de la barra y se le tiraron encima, mordiendo, arrancando y golpeando.

—Deteneos —gritó Kent desde la sala—. Policía.

Hathaway, que contemplaba el desarrollo de la carnicería, lo miró.

—¿Eres policía, muchacho? —le preguntó—. Pasa, tómate una copa con nosotros. Será la última, colega.

Las luces de aterrizaje iluminaron el oscuro campo. El helicóptero tomó tierra y, pertrechados con linternas, el equipo del MI5 y los moradores del Infierno corrieron en dirección a Low Street. El buzón de voz de Ben emitió un pitido y vio que era una llamada del agente. Escuchó el mensaje sin dejar de correr y cuando acabó les gritó a los demás que se detuviesen.

—El pub —dijo—. Han ido al pub.

Se deslizaron hasta la ventana frontal y uno de los agentes asomó la cabeza. Las luces estaban encendidas. El hombre soltó un taco y desenfundó.

—Un hombre en el suelo —susurró—. Y sangre por todas partes.

—Vigila la parte delantera —ordenó Ben—. Nosotros entraremos por detrás.

El otro oficial armado encabezó la marcha hacia la puerta trasera. El agente Kent estaba en el suelo del pub, tan mutilado que resultaba irreconocible. Ben tragó saliva y controló las arcadas mientras recuperaba la cartera y la placa del agente.

—Esto es obra de los vagabundos —aseguró Rix.

—Hay otro muerto detrás de la barra —añadió Murphy—. Probablemente el dueño.

Ben les pidió que abriesen la puerta delantera para dejar entrar al otro agente y que rastreasen la posible presencia de los sospechosos.

—Ya no estarán aquí —dijo Rix—. Habrán cargado con un montón de botellas y regresado a su nueva guarida.

Subieron corriendo Low Street y se deslizaron con sigilo hacia las ventanas de la fachada delantera de la casa cubierta de hiedra. Acuclillado sobre el parterre, Ben hizo una seña a Rix para que mirase por la ventana.

Las cortinas estaban corridas, pero quedaba una ranura en medio.

Distinguió piernas masculinas moviéndose de un lado a otro. Después vio una mano reposando en el brazo de una silla. La mano de una mujer. Cambió ligeramente de posición para ver más. Logró entrever unos mechones de cabello y una oreja.

Era Christine.

Murphy vio cómo cambiaba su expresión a medida que asomaban la angustia y la ira.

Rix se apartó de la ventaba caminando agachado e hizo señas a los demás para que le siguieran, alejándose unos metros de la casa.

—Nuestras chicas están dentro.

—¿Vuestras esposas? —preguntó Ben.

—Sí.

—¿Las has visto a las dos? —preguntó Murphy.

—Solo a Christine.

—Como esto es una situación con rehenes, quizá será mejor que pidamos refuerzos —reflexionó Ben.

—No hay tiempo para eso —le cortó Murphy—. Se emborracharán muy rápido y empezarán a suceder cosas horribles.

—Tenemos que entrar ahora mismo, y debemos hacerlo con contundencia —propuso Rix—. Tenéis que entrar disparando a matar.

—No operamos de este modo —dijo Ben—. Sean cuales sean las circunstancias, detendremos a esos hombres siguiendo la ley y solo emplearemos fuerza letal si es absolutamente necesario.

—Y yo que pensaba que eras un tío listo —se quejó Rix—. Créeme, será necesario.

Ben envió a uno de sus hombres con Murphy a la parte trasera y les indicó que esperasen su orden.

Ben, Rix y el otro agente armado se dirigieron hacia la puerta delantera.

Wellington respiró hondo mientras el agente probaba con cautela el pomo. Giró. Ben asintió y gritó «¡Adelante!» a pleno pulmón.

La sala era tan pequeña que en cuanto entraron se toparon con los vagabundos y las mujeres sin apenas espacio para maniobrar. Cuando Murphy y el otro agente entraron por la cocina ya era casi imposible moverse.

Los ojos de Christine se cruzaron con los de Rix un instante antes de que empezase la pelea y Molly gritó: «¡Colin!».

Ben fue el primero en caer cuando le golpearon con una botella de whisky en la cabeza. Uno de los agentes del MI5 tomó la rápida decisión de que la fuerza letal era necesaria, pero antes de poder disparar, Youngblood se le lanzó al cuello, le clavó los dientes y le arrancó un pedazo de carne llevándose parte de la yugular. El otro agente corrió mejor suerte y le disparó a quemarropa en la cabeza a Chambers antes de que Talley le apuñalara mortalmente bajo las costillas con una cuchillada ascendente.

Talley se volvió hacia Murphy con una sonrisa grotesca.

—Vamos, ven, te voy a devorar, violaré a tu mujer y después me la comeré.

Con toda la ira acumulada en los treinta años pasados en el Infierno, Murphy se abalanzó sobre Talley.

Hathaway agarró a Christine por el pelo, la levantó de la silla y le bloqueó el cuello con el brazo.

—Acércate, Jason —se burló—. Quiero que veas cómo le rompo el puto cuello.

—No, Lucas, acércate tú —replicó Rix, con la respiración acelerada—. Sé un hombre y enfréntate a mí. El que gane se queda con Christine. ¿Qué me dices?

La boca de Youngblood estaba roja por la sangre. Excitado por la violencia, necesitaba más para saciarse y dirigió su atención hacia Rix, al que golpeó en la cara con el puño.

Rix encajó el golpe y después de lanzar una mirada de impotencia a Christine, se enfrascó en una pelea con Youngblood, luchando como lo hacían los vagabundos, con manos, pies y dientes.

Hathaway parecía disfrutar contemplando la refriega, pero de pronto lanzó un grito y se volvió. Molly había cogido uno de los cuchillos de cocina de los vagabundos y se lo había clavado en el costado. Hathaway soltó a Christine, miró con desprecio a Molly y le asestó un puñetazo en la mandíbula.

—¡Molly! —gritó Murphy.

Él y Talley estaban en plena pelea, pero ver a su mujer inmóvil en el suelo le encendió. Le arreó a Talley un brutal puñetazo en la nuez y cuando esté empezó a toser y ahogarse, le dio un rodillazo en la ingle y volvió a golpearle en el cuello con

más fuerza si cabe. El rostro de Talley adquirió una tonalidad azulada y cayó de rodillas, ahogándose hasta la muerte.

Youngblood pesaba unos veinte kilos más que Rix y lo estaba machacando. Un puñetazo demoledor en la cabeza lo había mandado al suelo junto al noqueado Ben. La botella causante de su desmayo yacía a su lado. Rix la cogió y golpeó con ella a Youngblood en la rodilla con tal fuerza que se rompió el cristal.

El vagabundo dejó escapar un aullido de dolor y se dobló sobre sí mismo, proporcionándole a Rix el blanco que deseaba. Con un gancho le clavó la botella rota en el estómago y no dejó de hundirla y moverla hasta que la camisa del caníbal quedó empapada de sangre. No paró hasta que Youngblood se desplomó en el suelo sin vida.

Murphy vio vía libre y arrastró a Molly hasta la cocina, lejos de la pelea.

Rix se volvió al oír el grito de Christine.

Hathaway empuñaba el cuchillo que Molly le había clavado y volvía a tener a Christine agarrada por el cuello.

—¡Lucas, no lo hagas! —gritó Rix.

—¡Vas a ver este cuchillo clavado en su cerebro!

Alzó la mano para asestarle la puñalada.

Se oyó una explosión.

La nariz de Hathaway fue reemplazada por una cavidad roja. Cayó de espaldas y chocó contra la pared salpicada de sangre.

Rix bajó la mirada hacia Ben. Estaba en el suelo junto a él, con el brazo extendido, y empuñaba la pistola de uno de los agentes muertos.

—Un puto disparo de primera —masculló Rix, ayudándole a levantarse.

Un instante después Christine estaba abrazada a él.

—No sabíamos que estabais aquí —gimoteó ella.

—Pero nosotros sí sabíamos que vosotras habíais llegado aquí —respondió él, besándola.

—¿Quién es él?

—Ben Wellington —presentó Rix—. Es un jefazo del MI5. Parece que somos demasiado peligrosos para que nos persigan polis normales.

Ben se palpó el ensangrentado cuero cabelludo.

—Encantado de conocerte, Christine —farfulló, todavía un poco aturdido—. Llevábamos tiempo buscándote. —Contempló la carnicería que lo rodeaba—. Dios mío.

—Aquí tienes tu arresto de acuerdo con la ley —dijo Rix. Y gritó hacia la cocina—: Murphy, ¿cómo está Molly?

—Está volviendo en sí.

Christine miró a Rix, que la animó a que fuera a ver cómo estaba Molly.

Ben se sentó, sacó el cargador de la pistola y después la bala que quedaba en la recámara.

—Gracias —dijo—. Me habrían matado a mí también.

—Siento que hayas perdido a tus hombres —respondió Rix—. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? Déjame pensar. Será mejor que traiga aquí de inmediato una brigada de limpieza. Necesitamos inventar una historia para que esto no salga a la luz. Dios, hay mucho que hacer. Volvamos al helicóptero. Llamaremos a un equipo médico para que nos espere en Dartford.

—¿Vas a volver a encerrarnos?

—Sí, pero estaréis con vuestras mujeres. —Volvió a palparse la cabeza y murmuró—: Que es con quien yo debería estar. Con mi mujer.

Christine subió sola por la escalera. Su madre seguía dormida, ajena a todo lo que había ocurrido. Se inclinó y la besó en la frente.

—Adiós, mamá —se despidió—. Por favor, recuerda a tu niña, ¿de acuerdo?

Una vez abajo, con las mejillas húmedas por las lágrimas, le preguntó a Ben si estaba seguro de que lo limpiarían todo.

—Acabo de hablar con mi gente. Ya viene hacia aquí un equipo completo. Para cuando llegue su cuidadora por la mañana, sin que nadie sepa cómo, tendrá una moqueta nueva. El desaguisado en el pub es un problema muy diferente, pero también pensaremos en el modo de arreglarlo. Dios mío, tengo que localizar a los familiares más cercanos de mis hombres.

Los cinco salieron por la puerta trasera de la vivienda y recorrieron el pueblo y la campiña hasta donde los esperaba el helicóptero. Murphy cogía de la mano a Molly, Rix llevaba a Christine del brazo y Ben iba detrás, informando al gabinete de crisis del MI5 reunido en la sede central de Thames House.

Las mujeres fueron las primeras en subir al Gazelle. Ben se tambaleó un poco, todavía mareado por el golpe. Rix se ofreció a ayudarle a subir y después subió él y le ató el cinturón.

Ben lo miró con curiosidad.

—Lo siento, colega. Tenemos que terminar un asunto —se disculpó Rix—. Cuida de nuestras chicas.

Y dicho esto, él y Murphy se apearon y desaparecieron en la noche.

Ben intentó desabrocharse el cinturón, pero se dio cuenta de que estaba demasiado mareado para salir tras ellos.

Dejó escapar un intenso suspiro y les preguntó a las mujeres:

—¿Os habían contado sus intenciones?

Ellas asintieron.

—¿Os han dicho adónde van?

—No tenemos ni idea —le aseguró Christine—. Pero volverán a buscarnos. Estamos seguras de que lo harán.

Estaba tan oscuro que no veían ni sus propias manos delante de su cara.

—¿Hay alguien ahí?

Era la voz de Youngblood, a no más de metro y medio.

—¿Eres tú, Youngblood? —preguntó Hathaway.

—Sí, soy yo.

Se oyó una tercera voz:

—Nos han destrozado a conciencia.

—Talley —se rio Hathaway.

—¿Dónde estamos?

Oían el ruido de ramas mecidas por el viento y un búho ululando a lo lejos.

—Cerca de un bosque —dedujo Youngblood.

—¿Hemos vuelto al Infierno? —preguntó Talley.

—¿Adónde, sino? —opinó Hathaway, levantándose de la hierba—. No me puedo creer que haya muerto por segunda vez. Es jodidamente fantástico. Los putos Colin y Jason. Estamos conectados de un modo indefectible. Yo los maté y ahora ellos me han matado a mí.

—Nos lo hemos pasado en grande, ¿no? —masculló Talley, incorporándose—. Un montón de papeo, buena bebida.

—Pero poca violación —se lamentó Youngblood.

—Creo que estamos muy lejos de Ockendon —calculó Hathaway—. Vamos a tener que encontrar el modo de regresar allí.

—¿Por qué? —dijo Talley—. Los vagabundos sobreviven en cualquier lado. Seguro que por aquí cerca hay algún pueblo que podemos saquear.

—Yo preferiría regresar a Ockendon, por si Jason, Colin y sus putas vuelven a aparecer por allí. Tengo que romper de una vez el lazo que nos une.

Los ojos se les estaban acostumbrando a la oscuridad. Se hallaban en un claro. Y en efecto había un bosque cerca. Un crujido más fuerte de una rama los desconcertó, porque no hacía tanto viento.

El crujido dio paso a una estampida de pies.

Y aullidos; aullidos que reconocieron.

Aullidos de vagabundos.

Antes de que pudiesen huir corriendo, los cuchillos curvos de los vagabundos les desgarraron el cuerpo.

Por la mañana no quedaría de ellos más que una pila de huesos sanguinolentos con restos de carne colgando y, en el bosque, un grupo de vagabundos dormiría con los estómagos llenos de comida caníbal.

Garibaldi lo llamó «retirada estratégica».

Los ejércitos combinados de Stalin superaban en efectivos al suyo. Su contingente de italianos, franceses e íberos constituían una fuerza de combate formidable, pero solo sumaban varias divisiones, no un ejército completo. Antonio se había llevado un millar de hombres a Roma y la mayor parte del ejército íbero había permanecido en Burgos con la reina Mencía. Necesitaba el grueso del ejército francés, que permanecía acuartelado en París.

Cuando John y su grupo llegaron al campamento italiano hubo poco tiempo para las bienvenidas. Garibaldi, por supuesto, quiso ver a los niños, y desafió a sus artríticas rodillas acuclillándose para jugar con ellos un rato antes de dedicar toda su atención a la furiosa batalla.

Simon había ido directo hasta el carro y había ayudado a Alice a bajar mientras intercambiaban palabras tiernas.

Mientras Garibaldi se reunía con John y algunos más para discutir las tácticas a seguir, los italianos levantaron el campamento y se prepararon para combatir a lo largo de quinientos kilómetros en el corazón de Francia.

Garibaldi, plantado ante el mapa extendido en una mesa, declaró:

—Quinientos valientes impedirán el avance de Stalin con maniobras de guerrilla y darán al grueso de nuestro ejército tiempo suficiente para llegar hasta París. Espero que Forneau haya logrado conservar la paz en nuestra ausencia y mantenido la alianza.

—¿Hay noticias de Antonio? —preguntó John.

Garibaldi no fue capaz de responder y dejó que lo hiciese Caravaggio.

—Llegó un mensajero. Pésimas noticias. Catalina Sforza nos traicionó y se vendió al rey Alejandro. Los macedonios han conquistado Roma y Nápoles. Antonio ha sido aniquilado.

—Lo siento, Giuseppe —murmuró John—. Era un buen hombre. Dios mío, los problemas se te acumulan.

—Para mí lo prioritario es ayudar a esta buena gente y a estos niños a regresar a casa —aseguró Garibaldi—. Los pequeños no deberían sufrir las penurias de este mundo terrible y no van a seguir haciéndolo.

Ahora, tras cuatro días de duro viaje, París estaba ya cerca, a solo una jornada más de camino. El tiempo era vital. John empezó a llevar una cuenta atrás del tiempo de que disponían con signos de exclamación en lugar de líneas. Solo quedaban siete días hasta el reinicio del MAAC y todavía se encontraban muy lejos de Dartford.

Las raciones eran escasas y los niños estaban apáticos. A lo largo del camino, a regañadientes, Garibaldi había ido requisando comida en las aldeas y ciudades. No era el mejor modo de iniciar su nuevo reinado de compasión, pero no tenía muchas

más opciones. Al menos no sometería a esa gente a torturas y violaciones, práctica habitual entre los soldados que buscaban comida.

Los mensajeros iban y venían entre las tropas en retirada y la guerrilla que combatía en vanguardia y los informes eran desconcertantes. Los enfrentamientos con el enemigo se habían reducido y eran cada vez más esporádicos. Y casi todos los enemigos heridos que encontraban eran alemanes, no rusos.

Entre los italianos se extendía la idea de que Stalin había decidido esperar para lanzar su ataque, tal vez para reclutar más tropas alemanas en los ducados más remotos, o quizá aguardaba la llegada de refuerzos de territorio ruso.

Fuese cual fuese la explicación, a la mañana siguiente dejaron escapar un suspiro de alivio cuando entraron en la efervescente ciudad amurallada de París. Forneau y un amplio comité de nobles franceses leales dieron la bienvenida al ejército que regresaba con estandartes y banderas. Forneau había logrado mantener la alianza unida.

Hubo poco tiempo para los preparativos y menos para las despedidas. Los que debían volver a la Tierra no podían permitirse descansar una noche en París. Garibaldi reunió a un centenar de soldados para que los escoltasen durante la siguiente etapa de viaje. Les ofrecieron pan, queso y carne seca de las cocinas reales y cambiaron los fatigados caballos por otros de refresco.

—¿Por dónde vais a cruzar el canal? —les preguntó Garibaldi.

John estaba a punto de decir que por Calais, una playa que conocía bien por los anteriores viajes, pero Brian se le adelantó.

—Boulogne-sur-Mer —afirmó—. Es el mejor punto.

—¿Por qué por ahí? —preguntó John.

—Conozco esas aguas de cuando navegaba —respondió Brian—. Es una buena playa, sin tantas rocas, y la travesía es en línea recta hasta Dover y desde allí al estuario del Támesis.

—De acuerdo —accedió John.

—¿Cómo encontraréis un barco? —preguntó Garibaldi—. Guy, ¿hay algún barco francés por esa zona?

Forneau negó con la cabeza.

—Robespierre no era partidario de tener una gran armada. El duque de Bretaña comanda una pequeña flota de galeones en Brest, pero no está dentro de nuestra esfera de influencia. No tenemos ningún barco en Boulogne-sur-Mer, pero allí hay muchos pescadores. Os daremos plata para que podáis pagar por la travesía.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de despedirse de nuevo —dijo John, tendiéndole la mano a Garibaldi—. Has multiplicado tus éxitos, pero también se te han multiplicado los retos. Ojalá pudiese ayudarte más.

—Ya me has ayudado mucho. Que os vaya muy bien. Lleva a Emily de vuelta a casa. Lleva a Arabel y sus encantadores hijos de vuelta a casa. Y lleva a estos buenos hombres y mujeres de vuelta a casa.

Los habitantes de la Tierra y del Infierno intercambiaron abrazos y se dieron la mano. Trevor llevaba a los niños cargados uno en cada brazo y Garibaldi les acarició la cabeza a los dos a la vez. Cuando llegó el momento de la despedida entre Emily y Caravaggio, él la besó en ambas mejillas y le entregó un papel enrollado.

—He sufrido mucho haciéndolo, pero he pensado que te gustaría —le dijo con una sonrisa taimada.

Ella desenrolló el papel: era un retrato heroico de John conduciendo un automóvil de vapor con aire resuelto.

Emily volvió a besarle.

—Me encanta.

De pronto, una voz se alzó en el círculo.

—No voy con vosotros.

Era Alice. Simon la cogía de la mano.

—¿Que dices? —le preguntó Tracy.

—Me quedo. Me quedo aquí —repitió Alice— con este hombre bueno. He hecho un largo viaje hasta este lugar horrible y aquí he encontrado al hombre al que amo. Puedo actuar como una cobarde y dejarlo, o puedo ser valiente por una vez en mi vida, quedarme con él y unirme a su causa.

—Alice —intervino Martin—, debes saber que tú envejecerás y Simon no. Tú un día morirás y Simon vivirá eternamente.

—Gracias, Martin. Eres un médico maravilloso y un buen hombre. No tengo ningún motivo para dudar de lo que me dices. Si vuelvo a casa, también envejeceré y moriré, pero con la única compañía de mis gatos. —Contuvo las lágrimas—. Dios mío, echaré de menos a mis gatos, pero pocas cosas más.

—Haré todo lo posible por encontrarte un gato —le dijo Simon.

Ella le acarició el brazo con ternura.

—Quién sabe —continuó Alice—, tal vez algún día llegue a ejercer aquí mi oficio de electricista.

—Estaremos orgullosos de acogerte en nuestras filas —le aseguró Garibaldi.

—Última oportunidad para cambiar de idea —le dijo John.

—Mi decisión es firme —replicó Alice.

En vida, Stalin no fue un gran bebedor y la muerte no había modificado sus hábitos. Mientras su carroza avanzaba dando botes por el camino lleno de baches, sostenía una pequeña copa de vino con el brazo extendido para evitar mancharse el uniforme. El general Kutuzov, sentado frente a él, intentaba llenar su copa por enésima vez. Stalin observaba con desprecio la mancha color borgoña que se extendía por la rodilla de su viejo colega.

—Y bien, camarada, entonces ¿desapruebas mis tácticas? —preguntó el zar.

—No las desapruibo, no es algo tan radical. Tan solo me planteo si es una buena

decisión dividir un poderoso ejército en dos fuerzas más reducidas.

—Técnicamente es lo que he hecho, pero ocho de cada diez hombres siguen con nosotros, y solo dos de cada diez se han derivado al otro grupo. Pasha, ¿tú qué opinas?

Loomis ocupaba un banco más pequeño en la parte trasera de la carroza.

—No soy militar —respondió.

—No eres militar, no eres un experto en armas —le reprendió Stalin—, ¿qué clase de hombre eres?

—Soy un hombre roto.

—Eres un alma en pena —le definió Stalin—. Debes de tener sangre rusa en las venas.

—Bebamos por la sangre rusa.

El comentario procedía del recién promovido jefe de la policía secreta, Vladímir Bushenkov, otro hombre que había servido a Stalin en vida. Se quedó ciego de un ojo en una pelea de borrachos y llevaba un parche para ocultar la desfiguración de su rostro.

—No, bebamos por nuestro Pasha —propuso Stalin, alzando la copa—. Nos ha informado de que esa gente se lleva a los niños a Britania para intentar volver a su época y lugar. —De pronto y de un modo explosivo, Stalin alzó la voz—. Quiero a esos niños de vuelta. Quiero a toda esa gente de vuelta. Los niños me hacen feliz. Los otros me son útiles. Esa tal Emily puede trabajar contigo, Pasha, dos científicos sumando esfuerzos; John Camp es un buen soldado. Y ese Trevor Jones también. ¡El tal Brian dicen que es una estrella de cine! Quiero que todos ellos trabajen para mí. No les castigaré por escapar, pero sí voy a destrozar a ese rufián de Garibaldi, eso sin duda.

—Espero que no los atrapemos —confesó Loomis.

Bushenkov reaccionó con furia y, tal vez para demostrar su idoneidad para el cargo, desenfundó la pistola.

—Tranquilo, tranquilo, Vladímir —intervino Stalin—. Baja el arma. En vida hubiera hecho que le pegasen un tiro a cualquier hombre por decir lo que ha dicho, pero Pasha puede permitirse la traición, ¿verdad que sí, Pasha? En la Tierra yo podía liquidar a un científico y disponía de un centenar para ocupar su puesto. Pero aquí no. Así que adelante, puedes seguir actuando como un alma en pena, puedes comportarte como un traidor. Continuaremos hacia el norte por los Países Bajos que nos son afines y nos adelantaremos a ellos por el flanco. Van a tener que cruzar el canal y lo harán desde territorio amigo francés, en algún punto entre Calais y Boulogne-sur-Mer. No tengo la menor duda. En la Tierra y en el Infierno es por allí por donde los ingleses invaden Francia y los franceses invaden Inglaterra. Y nosotros, mi borracho general y mi melancólico científico, estaremos esperándolos.

Trotter estaba furioso con todo el mundo excepto consigo mismo.

El titular de *The Guardian* decía: «Asesinato».

¿Por qué el jefe de su sección de ciencia y el administrador de una escuela de inglés llamado Lenny Moore habían sido asesinados por un francotirador en el centro de Londres? ¿Por qué se habían citado esos dos hombres? No había ninguna anotación al respecto en la agenda de Hannaford, ninguna conexión conocida entre los dos. La policía no tenía ninguna pista y se limitaba a constatar que los asesinatos no eran obra de un aficionado. No se había producido ningún robo ni había rastro de amenazas previas. Y ambas víctimas carecían de antecedentes penales.

Trotter tenía sentado frente a él en el despacho a su hombre para las operaciones clandestinas, Mark Germaine. Le había entregado el sobre que sus hombres habían sustraído del bolsillo de Lenny Moore. Contenía una nota de Giles Farmer dirigida a Hannaford:

Disculpa que te líe, pero me siento más seguro si puedes dirigirte a Bow Street, frente a la Ópera. Por si hubieran escuchado nuestra conversación telefónica.

GILES FARMER

—De modo que os engañó con un truco de escolar —masculló Trotter.

—Parece que sí —reconoció Germaine.

—Y os cargasteis a ese tal Moore por error.

—Se parecía mucho a Farmer. Usted ha visto las fotos. Por la mira telescópica, de noche y desde un tejado a doscientos metros, bueno, no puedo culpar a mis muchachos.

—¿No puedes? Te diré lo que yo no puedo hacer, Mark. No puedo decirle al jefe de la policía que cancele la investigación, porque no le puedo hablar de la operación.

—La policía no encontrará ninguna pista. Nuestros hombres utilizaron munición de nueve milímetros imposible de rastrear y un fusil de francotirador VKS ruso. Las tres cámaras de videovigilancia que cubrían sus puntos de entrada y salida esa noche, bueno, resulta que no funcionaban. Estamos impolutos.

—Esa no es la palabra correcta, Mark. No estamos impolutos, pero con suerte, por la cuenta que te trae, no nos pillarán.

—¿Por la cuenta que me trae?

—Soy demasiado valioso. Están pasando cosas muy gordas.

—¿Qué había detrás de la operación? Yo he ordenado apretar el gatillo, pero no sé por qué.

—Eso está por encima de tu rango. Tienes que saber cuál es tu lugar. El único modo de que acabes bien tu trabajo es que os encarguéis de la persona correcta.

—¿Dónde está Farmer?

Trotter se incorporó, dando a entender que el rapapolvo había concluido.

—Por desgracia no tengo ni la más remota idea.

Giles había estado bebiendo. Mucho.

Siempre le había gustado tomar cervezas con los colegas, pero ahora llevaba una semana olvidando las penas con el abundante surtido de bebidas alcohólicas del armarito de los licores de Ian Strindberg. Descubrió que era un bebedor silencioso y lúgubre. Se metía en la habitación de invitados y no hacía ningún ruido, ni rompía ningún mueble u objeto artístico. Ian tenía demasiado trabajo y poca empatía, de modo que no interfería, más allá de preguntarle las pocas veces que se cruzaban:

—¿Todo bien, colega? ¿Seguro que no hay nada que pueda hacer por ti?

Giles se sentía a la deriva y cada vez más desesperado. Una de aquellas balas iba dirigida a él. Él y no Lenny Moore podía haber sido el muerto y enterrado. En su sopor alcohólico pensaba cómo sería la no existencia. No creía en cosas como la existencia ultraterrena, pero tampoco se consideraba un ateo. Ni siquiera agnóstico. Simplemente nunca hasta ahora había pensado en la muerte y sus consecuencias a nivel personal. ¿Las luces se apagaban sin más? ¿Se llegaba a experimentar la sensación de no existir?

Estaba desapareciendo gente. No había ni rastro de Emily Loughy, ocho personas de South Ockendon se habían esfumado y al marido de Tracy Wiggins le habían asegurado que su mujer estaba muerta, le habían contado una película y le habían entregado unas cenizas en una urna. Todo aquello olía a podrido. Estaba desapareciendo gente y al mismo tiempo aparecía otra gente desconocida. Dos intrusos en la potabilizadora de agua de Iver North que eran demasiado especiales para que la policía se ocupase de ellos. Múltiples intrusos en una tranquila urbanización en South Ockendon en un incidente etiquetado como «bioterrorismo», pero en el que no hubo arrestos ni datos convincentes sobre los avances de la investigación. Tres puntos en el mapa: Dartford, South Ockendon e Iver. Si se conectaban esos puntos resultaba que todos estaban encima del circuito oval del acelerador de partículas del MAAC.

¿Qué sucede cuando mueres?, pensó Giles.

Si hay una vida ultraterrena, ¿dónde se desarrolla?

¿Tiene una dimensión espiritual?

¿Y si no fuese espiritual? ¿Y si fuese tangible?

Rompió a llorar. Maldito MAAC. ¡Maldito! ¿Qué secretos podían ser tan atroces como para que el gobierno estuviese dispuesto a matar para protegerlos? ¿Qué caja de Pandora había abierto el MAAC?

Miró la botella de ginebra y el ordenador de Ian que no había abierto desde los asesinatos. Ambos estaban en la mesilla de noche. Su mano titubeó entre uno y otro.

Sabía lo que tenía que hacer.

Cogió el ordenador.

Para ocultar su rastro, Rix y Murphy robaron tres coches, uno detrás de otro, la noche de la masacre de Hoxne. Se dirigieron hacia el sur conduciendo sin prisas hasta que el alba les sorprendió a las afueras de Reading. Allí dieron vueltas durante una hora hasta que Murphy vio el cartel de un café con internet, e hicieron tiempo una hora más esperando a que abriese. Christine le había pasado a Rix algo de dinero antes de separarse y lo utilizaron para pagar el acceso a la red a un empleado suspicaz que los olisqueó y les mostró cómo conectarse a internet desde uno de los ordenadores.

—¿Nunca habéis navegado? —les preguntó el empleado, sorprendido por su absoluta falta de destreza.

—¿A ti qué te parece, muchacho? —respondió Murphy con sorna.

Cinco minutos después, ya habían terminado.

—Todavía disponéis de cincuenta y cinco minutos —les dijo el empleado, levantando la mirada de su revista.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto nos devuelves?

—No se devuelve nada por el tiempo no consumido.

—Pues dile al dueño de internet que es un cabronazo —masculló Murphy.

Rix conocía bien el camino. Había estado en Poole en un campamento de verano cuando era niño y Lyme Regis no estaba muy lejos siguiendo la costa. En tres horas se plantaron allí.

Avanzaron por Broad Street, frenando cada poco para fijarse en las señales hasta que llegaron a la posada de Rock Point. Frente a ella, el mar estaba en calma y resplandecía bajo el sol de mediodía.

—No me importaría tomarme medio pastel de carne y una pinta —dijo Murphy.

—Ni hablar, Murphy —replicó Rix—. Hagamos lo que hemos venido a hacer. Voy a preguntarle a ese chico.

Bajó el cristal de la ventanilla y le preguntó a un chaval si sabía dónde estaba Kingsway. El chico señaló en una dirección y no tardaron en llegar a una calle con casas adosadas de fachadas blancas o de tonos pastel.

—Es allí. —Murphy señaló el número en un buzón.

—Está a punto de darme un infarto —reconoció Rix, acercando el coche a la acera.

—Lo que sientes es odio, no nervios —dijo Murphy.

Rix caminó hasta la puerta de una casa pintada de amarillo claro, respiró hondo y llamó.

Oyó un televisor encendido y una voz de hombre que decía:

—Sí, sí, un momento.

Se abrió la puerta. Debía ser ya octogenario, pero mostraba muy buen aspecto

para su edad, fuerte, corpulento y rubicundo de tanto tomar el sol y adobarse en alcohol. Tenía el cabello completamente blanco, pero lo conservaba todo y lo llevaba peinado tal como Rix lo recordaba.

—Hola, Jack —saludó Rix—. ¿Te acuerdas de mí?

El hombre lo miró desconcertado durante un instante.

Y a continuación se dibujó en su rostro una mueca de horror.

Salió corriendo hacia la parte trasera de la casa, diciendo para sí mismo «No puede ser, no puede ser».

Llegó a la puerta del jardín trasero y la abrió de golpe.

Murphy estaba al otro lado, esperándolo.

El rostro rubicundo del hombre pasó a un color muy claro, similar al de la puerta, y cayó fulminado.

La tensión había hecho enmudecer a todo el mundo.

Los ocho de South Ockendon habían quedado reducidos a cuatro. Iban juntos en uno de los carros cubiertos. La ausencia de Alice les pesaba a todos, en especial a Tracy, que tanto se había apoyado en ella. Charlie había intentado distender el ambiente con algunas bromas, pero lo hacía sin mucho convencimiento. La primera noche del viaje decidió dejarlo correr y adoptó una actitud taciturna. Martin y Tony iban sentados frente a ellos e intercambiaban miradas preocupadas.

El camino más directo de París a la costa era al mismo tiempo el más peligroso. John había puesto a todo el mundo en alerta ante posibles ataques de vagabundos. Había compensado las advertencias asegurando que sus protectores, un centenar de soldados italianos elegidos por Garibaldi, eran capaces de responder con contundencia a la amenaza de cualquier tipo de depredadores que deambulasen por la campiña. Pero todos ellos eran conscientes de que podía producirse un ataque.

También tenían claro que el tiempo se les agotaba. Disponían de cinco días para llegar a Dartford y todavía les iba a llevar un par de jornadas más alcanzar la costa en Boulogne-sur-Mer. Eso les dejaba tres días para cruzar el canal y ni siquiera sabían si encontrarían una embarcación segura en la que hacer la travesía. John se había planteado utilizar automóviles de vapor para ganar una jornada o más en la cuenta atrás, pero sin soldados armados las mujeres y los niños serían demasiado vulnerables.

En la última parada de descanso en un claro, Tony habló con Martin.

—Quiero que sepas que he tomado una decisión.

—¿Sobre qué? —preguntó Martin.

—Si no logramos llegar a tiempo, o si lo del MAAC no funciona como nos han prometido, es decir, si nos quedamos bloqueados aquí, en ese caso no quiero seguir adelante. La sola idea de permanecer aquí atrapado me resulta insostenible.

—No quiero que hables así.

—Lo siento, pero debo hacerlo. Tú eres médico. Eres también mi punto de apoyo. No creo que sea capaz de hacerlo por mi cuenta, así que te pido que lo hagas por mí.

El estoicismo de Martin se resquebrajó y tuvo que ocultar las lágrimas tapándose los ojos con una mano.

—¡Quieres callarte de una vez!

—Solo dime que me ayudarás —le rogó Tony.

Martin bajó la mano y mostró los ojos enrojecidos.

—Te ayudaré y después haré lo mismo.

El resto del grupo estaba en el otro carro cubierto. Los niños dormían en el suelo a sus pies y los seis adultos estaban sentados en los duros bancos.

—Mira a estos angelitos —murmuró Delia, recolocándoles la manta—. Duermen

a pierna suelta, como si no tuviesen ninguna preocupación.

—Sam quiere una espada como la de Trevor —explicó Arabel.

Trevor se sintió orgulloso.

—¿En serio ha dicho eso?

—Sí. Esta mañana.

—¿Y tú qué le has contestado? —preguntó Emily.

—Que era demasiado pequeño.

—Buena respuesta.

—Le compraré una de plástico cuando volvamos a casa —decidió Trevor.

De pronto, el estado de ánimo de Arabel se torció.

—Si no logramos salir de aquí, necesitará aprender a usar una de verdad.

—Ni pienses en esa opción —le riñó Emily.

—¿Qué posibilidades tenemos de regresar? —preguntó Arabel—. Dímelo, por favor, ahora que los niños están dormidos. Quiero saber la verdad.

Fueron tantas las miradas que se concentraron en John que se sintió obligado a contestar.

—Hemos superado un montón de obstáculos para llegar hasta aquí. Con un poco de suerte, lo conseguiremos.

—A mí lo que me parece más complicado es encontrar un barco —comentó Trevor.

Brian llevaba horas callado, pero ahora intervino:

—Daremos con uno. Los barcos y el mar van juntos, como el té y la leche.

—Dios, lo que daría por una taza —suspiró Delia—. Y una bandeja de galletas rellenas de mermelada. Y... Oh, mejor me callo. No es el momento de hablar de exquisiteces. Pero si logramos regresar, no volveré a quejarme del menú del comedor del trabajo.

Pero una vez iniciada la conversación sobre el tema de la comida, que siempre sobrevolaba en el ambiente, no hubo forma de detenerla. Intercambiaron comentarios sobre sus platos favoritos y revisaron la lista de cada uno de lo-primero-que-me-voy-a-comer...

Emily frenó ese duelo verbal de caprichos con algo que no tenía nada que ver, pero que no se quitaba de la cabeza.

—Paul dijo que sabía cómo solucionar el problema.

—Tenemos a un montón de gente muy lista trabajando en ello en casa —repuso John—. ¿No dijiste que eran las mejores mentes científicas?

—Lo son, y espero que hayan dado con la respuesta —reconoció Emily—. Solo sé que yo no la tengo, y he hecho algo más que limitarme a pensar en ella en un plano puramente teórico. Paul era el máximo experto en strangelets. No del MAAC, no del Reino Unido, de todo el mundo. Nadie posee su nivel de conocimiento sobre el tema. Es una tragedia que no pudiese hablar con él.

El carro se detuvo abruptamente y los niños se despertaron.

John los esquivó para bajar. Trevor y Brian lo siguieron y cogieron armas, solo por si acaso.

—¿Quieres un arco? —preguntó Brian.

—Últimamente me siento muy cómodo con la espada —respondió Trevor.

—Lo que mejor te vaya, colega. Lo que mejor te vaya.

El conductor señaló a la columna detenida varios metros por delante. No hablaba inglés, y a modo de explicación alzó las manos encogiéndose de hombros.

El capitán de los italianos, uno de los hombres de confianza de Garibaldi, cabalgó hasta el carro. Estaba anocheciendo y el bosque que rodeaba el estrecho camino parecía cernirse sobre la columna.

—¿Qué sucede? —preguntó John, empuñando la espada.

—Uno de mis hombres ha visto luz de antorchas en el bosque —respondió el capitán en un inglés impecable. Había servido como oficial en el ejército de Mussolini y había estudiado literatura clásica antes de unirse a los fascistas. Garibaldi lo admiraba por su experiencia y erudición—. Quiero que estén en guardia por si surge un problema.

Brian oteó el bosque y preparó una flecha.

—Gracias —dijo John—. Creo que no deberíamos detenernos. Nos conviene más seguir avanzando toda la noche, si sus hombres lo pueden aguantar.

—Mis hombres son fuertes. Seguiremos cabalgando. Los bosques son peligrosos. Nos han llegado noticias de, ¿cómo lo dicen ustedes?, *grandi gruppi* de esas bestias.

—Lo siento, no le entiendo.

—Esas bestias, esos vagabundos, se han dado cuenta de que no pueden llevarse comida y personas de los pueblos y ciudades si se mueven en pequeños grupos. Así que han aprendido a cooperar y forman grandes grupos. Creo que son un gran peligro.

En la retaguardia de la columna, un soldado soltó un terrible alarido y varios gritaron en italiano:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Vagabundos!

Los vagabundos atacaron por los dos flancos, emergiendo de la vegetación con sus largos cuchillos curvos. Embistieron de forma simultánea a lo largo de toda la columna de soldados italianos.

John atravesó con la espada al asaltante que tenía más cerca y lo tumbó, y a continuación liquidó a otros tres. Vociferando maldiciones en francés, un vagabundo despanzurró al caballo del capitán y los intestinos del animal se desparramaron por el suelo. El capitán cayó y la pierna derecha se le quedó atrapada bajo el cuerpo del agonizante animal. Inmovilizado, el vagabundo que tenía más cerca lo aniquiló asestándole varias puñaladas en el pecho.

A lo largo de toda la columna, la batalla se recrudecía. Acero golpeando contra acero, puños que aplastaban cráneos, balas de mosquetones y pistolas que penetraban en la carne. Había casi tantos vagabundos como soldados, pero los primeros tenían

ventaja porque eran salvajes habitantes de la noche que no sentían miedo.

A tan corta distancia, la mayoría de las flechas de Brian dieron en la diana. Cuando agotó sus reservas, desenvainó la espada y se unió a Trevor. Se protegieron mutuamente las espaldas y cargaron contra aquellos hombres rabiosos y hediondos.

John intentaba abrirse paso hacia el carro de Emily, pero por cada vagabundo que aniquilaba aparecía otro al ataque.

En el carro, Delia y Arabel abrazaron a los aterrorizados niños y los desplazaron hacia la parte frontal. Emily cogió una de las espadas que había quedado en el suelo.

—¿Adónde vas? —gritó Arabel.

—¡A luchar!

—¡No!

Emily no la escuchó. Saltó de la parte trasera y vio a un vagabundo sentado a horcajadas sobre un italiano y a punto de acuchillarlo. Le golpeó el cráneo con la hoja de la espada y se lo partió.

El soldado le sonrió.

—*Grazie, signora* —le dijo, y volvió al combate.

Otro vagabundo se acercó a Emily. Ella utilizó su llave favorita de Krav Maga y desvió la trayectoria del cuchillo del agresor con un golpe del antebrazo y se preparó para contraatacar con la espada, pero su oponente era demasiado fuerte y seguía amenazándola con el cuchillo.

Notó la sangre salpicándole en la cara.

El cuchillo del vagabundo había desaparecido y su mano también.

John acabó de dejar fuera de combate al tipo con un gancho directo a la barbilla.

No había tiempo para decir nada. Seguían apareciendo más vagabundos, pero John se quedó al lado de Emily.

En el interior del otro carro, aterrorizados, Martin, Tony, Tracy y Charlie estaban apiñados, escuchando los horribles sonidos de la batalla.

—¿Qué hacemos? —gritó Tracy.

—Tenemos que quedarnos aquí —respondió Tony—. Son vagabundos. Nos matarán.

Charlie hablaba en voz baja, para sí mismo, y su monólogo fue subiendo de tono.

—¿Qué dices? —le preguntó Martin.

—Los vagabundos mataron a mis hermanos —respondió mientras abría la lona del carro—. Los vagabundos mataron a mi padre. Los vagabundos mataron a mi abuelo. Los voy a matar.

—Por el amor de Dios, Charlie, siéntate —suplicó Martin.

—Ya no tengo miedo. Tenía miedo, pero ya no.

Cogió una de las espadas y saltó del carro.

Los otros tres se miraron horrorizados. No podían hacer otra cosa que escuchar los horribles sonidos del exterior. Alaridos en italiano y francés, y de pronto un grito de Brian y la respuesta de Trevor.

De nuevo se abrió la lona del carro.

—Charlie —dijo Tracy.

Pero no era Charlie. Era un vagabundo y su fétido aliento invadió de inmediato todo el interior.

El vagabundo clavó los ojos en Tracy y su boca desdentada dejó a la vista una lengua marrón. Trepó al carro. Menos de dos metros lo separaban de ellos.

Tracy intentó gritar, pero no logró emitir ningún sonido.

Pero Tony sí gritó.

No era un grito de terror, sino de rabia.

Se abalanzó sobre el vagabundo, que estaba con la guardia baja, probablemente pensando en la inminente violación.

Tony le golpeó la cabeza contra el suelo y el individuo gruñó de dolor. Sin saber muy bien cómo, se encontró con el cuchillo del agresor en la mano y se lo clavó en el torso una y otra vez. Lo único que había aporreado con tanta fuerza en su vida era la masa del pan.

Oyó que Martin le decía algo.

—Ya puedes parar, Tony. Ya puedes parar. Te lo has cargado.

Se detuvo. Soltó el cuchillo ensangrentado y empezó a gimotear.

Martin lo abrazó.

—Ha sido el gesto más valiente que he visto en mi vida —le aseguró.

A lo largo del camino había cuerpos retorciéndose de vagabundos y soldados caídos en combate. John, Emily, Trevor y Brian cada vez encontraban menos asaltantes con los que enfrentarse y llegó un momento en que los que quedaban en pie huyeron hacia la oscuridad y la batalla llegó a su fin.

Los italianos lanzaron un agotado grito de victoria. Emily se sentó en el suelo, demasiado exhausta para hablar.

—Eres una tigresa —la felicitó John, entre jadeos—. Te voy a llevar al campo de batalla cada día de la semana.

—Los niños —resolló ella, intentando ponerse en pie.

John la ayudó a incorporarse, se dirigieron con Trevor hacia el carro y abrieron la lona. Arabel y Delia lanzaron un grito de alivio. Los niños estaban a salvo.

El medio centenar de soldados supervivientes atendieron a los heridos. Vendaron a los que podían salvarse. A los que eran irrecuperables, todavía gruñendo y retorciéndose horriblemente, los amontonaron en el carro de las provisiones para depositarlos en algún lugar más digno que la cuneta del camino, donde serían destrozados y devorados por los vagabundos.

John reunió a sus compañeros. Los conductores de los carros habían caído en el combate. Viajarían todos en un solo carro, conducido por John y Brian.

—¿Dónde está Charlie? —preguntó Tracy de pronto.

Lo buscaron por todas partes. Había dos vagabundos en el suelo boca abajo, gruñendo agonizantes y con los cuerpos destrozados. Estaban encima de algo. John

los apartó.

—¡Doc! —gritó John.

Martin examinó el cuerpo sin vida de Charlie y le cerró los párpados.

—Pobre Charlie —se lamentó Tracy.

—Vamos —dijo John sin alzar la voz—. Debemos partir.

—Deberíamos enterrarlo como Dios manda —exigió Tony con firmeza—. No podemos permitir que esos cabrones lo devoren.

John suspiró y aceptó la propuesta.

No dijo lo que estaba pensando.

«Si no nos damos prisa, tendremos que cavar más tumbas.»

No lo veían, pero lo oían.

La niebla matinal era tan densa que solo el ruido de las olas al romper les indicaba que habían llegado a la costa.

John y Brian habían conducido el carro sin apenas detenerse durante día y medio después de la batalla con los vagabundos. Una última noche llena de peligros en la campaña francesa había dado paso a un nebuloso amanecer.

Los dos hombres estaban al límite de sus fuerzas, pero no habían dejado que Trevor los relevase. Querían que estuviese con los demás en el carro por si sufrían otro ataque. Los demás, apiñados en el interior, dormían de manera intermitente apoyando la cabeza en el hombro de un compañero y hacían todo lo que podían por mantener entretenidos a los inquietos niños.

Ahora estaban más cerca de su meta, pero todavía quedaba mucho camino.

John tiró de las riendas.

—Me da miedo seguir avanzando —dijo—. Podríamos ir directos hacia un acantilado.

Brian se mostró de acuerdo.

—Esta niebla es tan densa que parece un puré.

Saltaron del carro y se dirigieron a la parte trasera para ayudar a los otros a bajar. Los soldados desmontaron y se tumbaron sobre la hierba.

—Tienes un aspecto horrible —le dijo Emily a John, abrazándolo.

Él la besó.

—Siempre me dices cosas muy bonitas.

Brian empezó a alejarse y John le preguntó adónde iba.

—Nos queda por solucionar el pequeño detalle del barco. Voy a hacer un reconocimiento rápido.

No podían hacer nada hasta que se levantase la niebla, de modo que se sentaron en círculo y repartieron la comida y el agua que les quedaba.

John sacó la libreta y marcó un corto y grueso signo de exclamación.

Tres días.

En aquel mundo el sol nunca brillaba, pero estaba ahí, detrás de la permanente capa de nubes. A medida que el sol se alzaba y empezaba a calentar el suelo, la niebla más próxima fue disipándose.

John creyó oír algo y se levantó.

—¿Qué pasa? —preguntó Trevor.

—No lo sé —respondió John, mirando a su alrededor.

—¿Es Brian?

—Creo que no.

La niebla iba perdiendo densidad.

—Dios mío.

Todos se incorporaron.

Sam se agarró al vestido de su madre.

—Mami, ¿por qué hay tantos caballos?

Extendiéndose hacia el este, a unos doscientos metros, apareció una hilera continua de caballos, cientos y cientos de ellos y un millar de soldados o más, con docenas de carros y carromatos; un ejército emergiendo de la niebla.

Los soldados italianos, demasiados agotados para empuñar las armas, no podían hacer otra cosa que señalar con gesto fatigado y lamentar la jugarreta del destino.

Un único jinete se acercó a trote, como si al avanzar con lentitud magnificase su autoridad.

De pie junto a su carroza, Stalin le pasó a Loomis el catalejo.

—¿Lo ves, Pasha? Te dije que los encontraríamos.

Loomis ajustó la lente y avistó a Emily entre sus compañeros. Las lágrimas le emborronaron la imagen y devolvió el catalejo.

—¿Son lágrimas de felicidad? —le preguntó Stalin, riéndose.

—No les hará daño ni a ella ni a los otros, ¿verdad?

—Si se comportan como buenos y leales súbditos, ¿por qué iba a hacerles daño? Y eso también es válido para ti, Pasha. Recuérdalo, por favor.

El jinete tuerto se detuvo a unos metros de ellos y desmontó, sosteniendo las riendas con la mano izquierda, mientras que la derecha descansaba sobre la empuñadura de su sable envainado.

—Soy Vladímir Bushenkov —se presentó—. Deponed vuestras armas y seguidme. El zar desea vuestra compañía.

John se volvió hacia Emily.

—Casi lo habíamos logrado. Hemos estado jodidamente cerca.

—¿Está Paul, quiero decir Pasha, aquí? —le preguntó Emily a Bushenkov.

—Está aquí.

—Al menos descubriré cómo dominar los strangelets —le dijo a John—. Si alguna vez regresamos, sabré cómo actuar.

Detrás de ellos, escucharon la voz fina y cansada de Tracy llamándoles.

—Disculpad, pero ¿se supone que eso debe estar ahí?

John y Emily le dieron la espalda a Bushenkov y miraron hacia el mar.

Docenas de líneas oscuras aparecieron entre la niebla cada vez más ligera, ascendiendo y descendiendo. Vieron emerger un barco, y después varios más.

Martin y Tony gritaban para que todo el mundo mirase aquí y allá.

Por el norte y por el sur de la hilera de rusos aparecieron hordas de hombres de entre la niebla que se iba disipando.

Miles de hombres.

Un cañón ligero disparó una salva de advertencia. La bala impactó en tierra, cerca de los rusos.

La prominente nuez de Bushenkov subía y bajaba cada vez que tragaba y maldijo en ruso.

—¿Me echabais de menos?

Era Brian, que se acercaba desde la playa acompañado por un pelotón de portaestandartes.

La noticia de que estaban rodeados por un ejército se extendió entre las filas de la caballería rusa. Los soldados empezaron a dar voces, pidiendo órdenes para saber cómo actuar.

Stalin aulló de rabia.

—¿Quiénes son? ¿Quiénes son estos bastardos? Garibaldi está en París. No puede haber llegado aquí.

Se corrió la voz.

Íberos.

Se oyeron más cañonazos. Esta vez impactaron más cerca de los rusos. Un rugido emergió de miles de pulmones íberos y los rusos empezaron a romper filas y a huir tierra adentro.

Stalin se negó a moverse hasta que el general Kutuzov se acercó a él y lo metió en la carroza.

Loomis salió corriendo hacia el mar, pero Stalin ordenó a su guardia personal que se lo trajeran y, cuando lo atraparon, él les pateó y les gritó que le dejaran marchar, pero consiguieron introducirlo en la carroza. Con el látigo del conductor, los caballos se pusieron al galope y la carroza en retirada no tardó en desaparecer de la vista.

Bushenkov había permanecido inmóvil, atrapado entre los atacantes íberos y la previsible ira de Stalin. John se le acercó y le dijo:

—Lárgate de aquí. Tenemos que tomar un barco.

La barbilla del policía secreto tembló. Sin decir una palabra, montó en su caballo y se alejó al galope.

En la playa, detrás de Brian, aparecieron nutridas falanges íberas. La niebla era ahora tan traslúcida que permitía ver en toda su majestuosidad la armada íbera anclada frente a la costa junto a docenas de barcas de pesca varadas en la arena.

Soldados elegantemente vestidos se desplazaron hacia los lados para revelar la presencia en el centro de la reina Mencía, que caminaba por la arena de la playa, con

las botas de cuero mojadas por las olas y cogida del brazo de su consejero, Guomez.

John y Trevor felicitaron a Brian con efusivos abrazos.

—Sabías que estarían aquí, ¿verdad? —preguntó John.

—Digamos que tenía la esperanza de que así fuese —respondió sonriendo Brian.

Trevor negó con la cabeza y sonrió también.

—Un listillo es siempre un listillo.

La reina sonrió y saludó con un movimiento de la cabeza a Brian, pero fue directa hacia los niños. Delia cogió en brazos a Sam y Arabel hizo lo mismo con Belle para que Mencía no tuviese que inclinarse.

—Qué milagro —dijo, y Guomez fue traduciendo—. Sois las flores más coloridas y fragantes que su majestad recuerda haber visto en su vida. Se siente muy feliz de haber podido acudir en rescate de los niños, y por supuesto también de todas las demás personas vivas. Os desea lo mejor y espera que podáis regresar a vuestra tierra.

—Pues adelante —animó Brian, con un nudo en la garganta—. Será mejor que partáis cuanto antes. Sopla poco viento, así que la travesía no será rápida.

—No vienes con nosotros, ¿verdad? —musitó Trevor.

—No.

Trevor se enojó.

—Joder, Brian, tú...

Él le hizo callar.

—Escucha, colega. Hice un trato. Por magnánima que pueda parecer, es perro viejo. No estaba dispuesta a ayudarnos a menos que yo aceptase quedarme. Te juro que es un clon de mi primera mujer.

—Podemos intentar razonar con ella —ofreció John.

—No es con ella con la que tenéis que razonar —le corrigió Brian—. Es conmigo. Alice lo ha hecho, así que yo también puedo hacerlo. Escuchad —añadió, dirigiéndose a todos—. Siempre he pensado que había nacido unos cientos de años demasiado tarde. Siempre he sido absolutamente feliz imaginándome como un soldado medieval, brincando como un idiota en representaciones de época. De este último mes, con la aventura que hemos vivido, diría lo siguiente: que en este mundo, con todos estos cabrones muertos, nunca me he sentido más vivo. Y ahora, volved a casa. Tengo que negociar mi nuevo título. Estaba pensando en príncipe Brian Corazón de León. Me va como anillo al dedo, ¿no os parece? Y una última cosa. Trev, ven aquí.

Trevor se acercó, intentando controlar las emociones.

Brian se inclinó hacia él y le susurró:

—Lo has hecho muy bien, colega. Eres el mejor alumno que he tenido.

Mellors recuperó el conocimiento atado a una silla de la sala de estar.

Cuando logró fijar la mirada en Murphy y Rix sentados delante de él, trató de liberarse de las ataduras. Parecía a punto de gritar.

—Chis —dijo Murphy—. Cualquier cosa más alta que un susurro, Jack, y te corto la lengua.

—Esto no puede estar pasando.

—¿Eso crees? —intervino Rix—. Una larga e ilustre carrera como detective hasta llegar a superintendente, ¿y esto es todo lo que se te ocurre decir? Que esto no puede estar pasando.

—¿Estoy muerto?

—Todavía no —respondió Murphy—. Pero está claro que lo mejor de tu vida de escoria ya ha quedado atrás, ¿no crees, jefe?

—Estáis muertos —afirmó Mellors—. Los dos estáis muertos.

—¡Bingo! —exclamó Rix—. Por fin has acertado una.

—Lleváis muertos treinta años.

—Un nuevo acierto.

—Estáis jóvenes. Como entonces. ¿Sois fantasmas?

—Ahora has vuelto a perder el norte —le aclaró Rix—. No somos fantasmas. Somos de carne y hueso, como tú. Bueno, quizá no olemos muy bien. Mira, huele un poco. —Se inclinó hacia delante y le pasó el antebrazo bajo la nariz.

Mellors puso cara de asco y los ojos como platos.

—¿Qué edad tienes ahora? —le preguntó Rix.

Mellors no respondió.

—Diría que ochenta y cinco u ochenta y seis —calculó Murphy—. ¿Tú qué crees, Jason? Probablemente se retiró ocho o diez años después de que nosotros la palmásemos. Unos buenos veinte años de jubilación. Con una buena pensión de superintendente para complementar toda la pasta que trincó durante sus años de poli corrupto. Una bonita casa junto al mar. Probablemente irá de copas con los colegas en el bar local. Pero no veo un toque femenino. ¿Vives solo, Jack? ¿Tu mujer te dejó?

—Cáncer —murmuró Mellors.

—Una tragedia —dijo Murphy.

—Que te jodan —gritó Mellors.

Murphy se levantó y le dio un puñetazo en la cara.

—He dicho chis, ¿no es cierto? Como vuelvas a levantar la voz, lo lamentarás.

Mellors escupió sangre en la alfombra.

—Cuesta un montón limpiar estas manchas en una alfombra beis como esta —comentó Murphy—, aunque debo decir que no ha sido una de nuestras principales preocupaciones durante estas tres últimas décadas.

—Decidme de qué va esto —pidió Mellors—. Decidme cómo podéis estar aquí si estáis muertos. Estuve en vuestros putos funerales. Decidme cómo es que no habéis envejecido.

—Te diré una cosa —propuso Rix—. Vamos a dar un paseo por las calles de la memoria. Vamos a revivir un pequeño episodio de nuestras vidas en el que es probable que no te hayas ni molestado en pensar desde 1984. Después de darnos ese paseo, te lo contaremos todo, te explicaremos todos los misterios del universo, te incorporaremos al grupo.

Jack Mellors se abrió camino por el concurrido pub hasta la mesa del fondo, lo bastante cerca del lavabo como para notar el olor a desinfectante cada vez que alguien abría la puerta. El hombre grueso de sienes canosas se sentó y dejó la pinta sobre el posavasos.

—Disculpad el retraso —dijo.

—No pasa nada, jefe —respondió Murphy.

—Te equivocas —le rectificó Mellors—. Sí que pasa, vosotros dos tenéis un problema bien jodido.

—Tranquilo, Jack —intervino Rix.

—No me llames Jack —estalló Mellors—. Soy tu jodido superintendente. Mis amigos me llaman Jack. Vosotros no.

—Iba a decir que este problema es nuestro problema —matizó Rix.

—Oh, no, muchacho —replicó Mellors—. No intentéis esto conmigo. Soy vuestro puto superior. Cuando vais por el buen camino, soy vuestro superior. —Bajó la voz y miró a su alrededor—. Cuando os metéis en ciertas actividades ilegales, sigo siendo vuestro superior. Si sois polis corruptos, yo soy un jefe corrupto. ¿Lo entendéis?

—El paquete pesaba poco, jefe —dijo Murphy—. Espero que no creas que estamos sisando.

Mellors dio un trago a su cerveza.

—Yo no hablaría de sisar cuando resulta que faltan dos kilos. Eso no es sisar, eso es robar a lo grande.

—Escucha, la culpa es nuestra por no pesarlo —replicó Rix—, pero es que ellos insistieron en hacer el intercambio en King's Cross, en plena calle. Nunca nos habían pasado menos cantidad.

—Bueno, pues esta vez resulta que sí, ¿no es cierto? Faltan veinticinco mil putas libras. ¿Lo vais a solucionar, o voy a tener que enviaros a un colega con malas pulgas? De hecho, os echaré encima a Nicky a vosotros y a vuestras mujeres. Nicky, una vez que le has quitado la correa, se lanza a devorar kilos y kilos de carne, ¿entendéis lo que os digo?

—Deja a nuestras mujeres al margen de esto —se enfureció Rix.

Mellors se apoyó en el respaldo de la silla.

—Tranquilos, muchachos, ya sé que ahora mismo no tenéis la pasta. Pero os propongo un modo de ganarla rápido y con facilidad, para ahorrarnos mi mala leche y la de Nicky.

—¿Cómo? —preguntó Murphy.

—Hay un trabajo muy sencillo en Knightsbridge. Un puto banquero rico. Tenéis que llevaros algo que le pertenece. Os pagará encantado cincuenta de los grandes para que se lo devolváis. Nicky recupera sus veinticinco, yo me quedo diez puesto que soy vuestro superior y demás, y vosotros os repartís cinco cada uno. Todo el mundo sale ganando.

—¿Qué es lo que hay que llevarse? —preguntó Rix.

—A su hija.

—No voy a participar en un secuestro.

—Oh, sí que lo vas a hacer, machote. Imaginaos a vuestras mujeres perdiendo todos esos kilos de carne. Joder, haced que os ayuden. Las mujeres son perfectas para secuestrar a una niña.

—Hay cinco de los grandes que no están contados en el reparto —dijo Murphy de pronto.

—¿Eh?

—Si se reparten cincuenta, quedan cinco sin repartir.

—Oh, se te dan muy bien las matemáticas —ironizó Mellors—. Vais a tener que llevar con vosotros a uno de los hombres de Nicky. Él también se llevará cinco. Ya conocéis a Lucas, ¿verdad?

—Sí, conocemos a Lucas Hathaway —dijo Rix.

Mellors pidió un vaso de agua.

Murphy trajo uno de la cocina y se lo sostuvo pegado a los labios ensangrentados mientras bebía.

—¿Sabías que la pequeña Jessica Stevenson padecía de asma? —preguntó Rix—. Asma grave.

—Claro que no —respondió Mellors.

—La matamos igual que si le hubiésemos clavado un cuchillo en el corazón.

—Son cosas que pasan. Hay que pensar rápido, no dejarse dominar por el pánico. Aun así, podríais haber obtenido el rescate. Todo hubiera quedado zanjado. Pero ¿qué hicisteis vosotros dos? Os vinisteis abajo como una maleta de mala calidad que no aguanta el peso.

—No podíamos vivir con lo que hicimos —explicó Murphy.

Rix se levantó y empezó a pasear por la sala.

—Íbamos a entregarnos, cumplir la condena, hacer lo que fuese para intentar enmendar el error. Íbamos a hacerlo, pero Lucas te llamó y tú le dijiste que nos

liquidase. Admítelo, Jack. Diste la orden de que nos quitasen de en medio.

—¿Os creíais que iba a cargar con vuestra cagada? Debéis estar de broma. Sí, le dije a Hathaway que os liquidase y después me aseguré de que la policía se lo cargase a él. Esa noche pasé silbando junto a vuestras tumbas y aquí estoy. Ochenta y cinco años, sano como un potro, todavía follando de vez en cuando y con un asesor bancario encantado con mi patrimonio, que además es uno de mis colegas del bar. ¿Y dónde habéis estado vosotros todos estos años, putos fracasados?

—¿Nosotros? —masculló Rix—. Nosotros hemos estado en el lugar al que vas a ir tú.

Hacía días que Ben no salía de Dartford. Se sentía tan prisionero como los intrusos del Infierno encerrados en sus celdas. Había pasado tantas horas interrogando a Molly y Christine que bromeaba diciendo que las conocía mejor que a su infeliz esposa.

Hacía tiempo que usaba el despacho de John Camp y allí estaba, revisando las grabaciones de los interrogatorios, intentando descubrir alguna pista sobre el paradero de Murphy y Rix. Rebobinó el vídeo hasta el punto en el que les pedía a las dos mujeres que le hablasen de la noche del secuestro de Jessica Stevenson. Su instinto le decía que desenmarañar esa horrible historia le conduciría hasta ellos. No disponía de mucho tiempo. El reinicio del MAAC era inminente.

Uno de los agentes de Ben llamó al teléfono del despacho.

—Sí, tengo la pantalla delante —dijo Ben.

—Rápido, conéctese con las cámaras de videovigilancia de South Ockendon —le instó el agente.

—Hace casi un mes que allí no hay ninguna actividad —masculló Ben mientras lo hacía.

—Cámara seis. Rápido.

Clicó en el icono y aparecieron Murphy y Rix mirando directamente a la cámara desde la misma casa de la urbanización en la que habían aparecido por primera vez.

—¿Habéis avisado a Ben Wellington? —dijo Rix a la cámara.

—Estoy aquí —respondió él.

—¿Nos echas de menos? —le preguntó Murphy.

—Desesperadamente. ¿Por qué estáis ahí?

—Porque queremos que nos lleves con nuestras mujeres —repuso Rix.

—No os mováis. Enseguida mando a alguien a recogeros.

—Perfecto. No hay prisa. Todavía tenemos que zanjar un asunto.

Desapareció y volvió arrastrando una silla. Un anciano fornido de cabellos blancos estaba atado a ella.

—Jason, ¿quién es ese hombre? —preguntó Ben, alzando la voz.

—Ben, este es el cabrón responsable de que nosotros y nuestras mujeres acabásemos en el Infierno. No es que nosotros no tengamos nuestra parte de culpa,

pero el superintendente Jack Mellors también se merece ir al Infierno. Nos queríamos asegurar de que cuando llegue allí lo podremos encontrar. Cuando nos envíes de vuelta, regresaremos a nuestro poblacho en Ockendon. Y cuando lleguemos allí nos vamos a encontrar con Jack Mellors y lo vamos a meter en el peor pudridero del Infierno.

Murphy le puso un cuchillo en el cuello a Mellors.

—¡No lo hagas! —gritó Ben.

Murphy hizo caso omiso.

La nave íbera zarpó y se balanceó sobre las gigantescas olas. John y sus compañeros podían haber optado por camarotes individuales, pero querían estar juntos, de modo que el capitán les cedió su propio camarote, más amplio, para que se instalasen todos. El capitán, que se presentó como José Manuel Ignacio pero no quiso decir su apellido, conocía tan bien esas aguas que podía navegar a ciegas. En la Tierra había sido timonel de uno de los barcos del duque de Medina Sidonia en la invasión de 1588, cuando Felipe II se levantó contra Isabel I e intentó convertir de nuevo a Inglaterra en una nación católica. En aquella batalla la armada española sufrió una monumental derrota, pero Ignacio sobrevivió y murió años después en una trifulca de taberna.

En el Infierno había servido en la armada en varios combates, el más reciente el de la derrota ante la flota de Enrique. John evitó contarle que su cañón había jugado un papel fundamental en los acontecimientos de aquel día. Eso hubiera sido como decirle a un taxista de Nueva York que tal vez había matado a su primo en Afganistán.

El barco, *El Tiburón*, escoltado por una docena de naves de guerra íberas, se enfrentó a grandes olas de tormenta. En el austero camarote del capitán, los agotados viajeros querían dormir, pero la mayoría de ellos no pudieron debido a las náuseas.

—¿Podemos hacer algo? —le preguntó Delia a Martin.

Martin apenas le pudo contestar, porque él mismo trataba de contener las arcadas.

—No. Nada. Aguantar.

Solo los niños y John lograron dormir.

Arabel y Trevor se sentaron junto a ellos en la cama del capitán, con un cubo preparado por si acaso.

—Gracias a Dios que duermen a pierna suelta —murmuró Arabel.

—Angelitos —susurró Tracy, reprimiendo una arcada en la silla del capitán.

Emily estaba junto a John en el suelo del camarote, apoyada contra la pared de estribor, con la cabeza gacha.

—Esperemos que sigan dormidos durante la mayor parte de la travesía —dijo—. Como este. No sé cómo puede dormir con tanto zarandeo.

Las granadas de gran calibre perforaron la granja.

Una explosión tras otra fueron destrozando las paredes de barro. John tuvo que quitarse las gafas de visión nocturna para que los fogonazos no le cegasen. Se movió hacia la izquierda para comprobar el estado de Tannenbaum, pero sabía lo que se iba a encontrar. Parte de la cabeza de T-Baum había desaparecido. Lanzó unas cuantas maldiciones y se concentró en la operación. Ya habría tiempo después para una

reacción más humana.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —ordenó por radio.

El silencio se adueñó de nuevo del desierto.

John volvió a colocarse las gafas de visión nocturna.

—Vamos a entrar —ordenó por radio—, los dos equipos. Mantened los ojos bien abiertos.

Hizo una señal con la mano a sus hombres y empezaron a avanzar lentamente, cercando la destrozada granja. Las llamas se veían verdes a través del visor.

John oyó por la radio la voz del piloto del Back Hawk.

—Comandante Camp. Venimos a llevarlos de vuelta a casa. Estamos a tres kilómetros. Hemos visto sus fuegos artificiales. Espero instrucciones.

—Aterrizad en cinco minutos. Necesitamos un poco de tiempo para acabar la operación. Tenemos un muerto en combate. Repito, un muerto en combate.

—Oído. Cinco minutos.

Llegaron al derrumbado muro que rodeaba la granja. Había dos cadáveres de francotiradores talibanes entre las ruinas.

—Mike, ¿preparado para entrar? —preguntó John por radio.

—Estoy delante de lo que queda de la puerta trasera.

—De acuerdo. Cuento tres, dos, uno, adelante.

Los boinas verdes entraron.

Había escombros y desechos por todas partes, tanto en grandes montones como en pequeñas pilas. John distinguió varias piernas que sobresalían y un brazo con parte de un hombro desgarrado pegado a una pared intacta.

Después oyó una voz masculina procedente de un rincón.

—¡Ayúdeme, por favor! —dijo en buen inglés—. Rehén. Rehén. Soy intérprete americano. No dispare.

Mike Entwistle era el que estaba más cerca.

—Cuidado —ordenó John, acercándose.

—Afgano con bridas de plástico en las muñecas —dijo Mike.

—Por favor, ayudadme, muchachos. Soy intérprete para soldados americanos. Los talibanes me secuestraron. Estoy herido. No siento las piernas.

John pisó un cuerpo retorcido y un pedazo de techo derrumbado.

Estaba a tres metros.

Mike tenía una navaja automática en la mano con la que se disponía a cortarle las bridas al tipo.

John gritó:

—¡Mike, no lo hagas!

Giles consultó el reloj en la habitación de invitados.

Eran las cuatro de la madrugada.

Se había pasado toda la noche en vela acabando y puliendo su obra magna, el artículo que le libraría de la cárcel, como él lo llamaba. Porque ¿de qué otro modo iba a poder protegerse de quien fuese que hubiera asesinado a Lenny y a Derek Hannaford? Hacer circular su artículo iba a ser su escudo protector. Vertió en él todo lo que sabía y todo lo que sospechaba. No habría modo de eliminarlo sin provocar que la historia adquiriese una mayor dimensión. Aunque desde luego hubiera preferido tener en sus manos algo más que meras especulaciones. Hubiese querido disponer de más datos, de más entrevistas, pero había llegado el momento de divulgarlo.

El artículo se titulaba «El misterio del colisionador de partículas angloamericano. ¿Hemos abierto una horrible puerta a otra dimensión?». Había reinstalado el *software* en el ordenador de Ian para poder conectarse con una red wifi y ahora su dedo literalmente temblaba sobre el teclado. La lista de direcciones incluía la práctica totalidad de periódicos serios y tabloides, entre ellos *The Guardian*, que seguía investigando el extraño asesinato de su redactor jefe de ciencia.

Pulsó la tecla y lo envió.

Era la primera noche que Ben dormía en casa desde hacía una semana y llegó a lamentarlo. La siguiente noche la pasaría en Dartford, preparando el reinicio del MAAC, y dependiendo de lo que sucediese quizá tardase en volver a casa. Su mujer no estaba de humor para ser amable y había decidido sin titubeos irse a dormir dando un portazo mientras él atendía una llamada del MAAC. Al parecer, el morador del Infierno llamado Alfred le había dado un puñetazo a un guardia y lo tuvieron que reducir con una Taser.

Después de leerles un cuento a sus hijas, se deslizó en el dormitorio, donde su mujer dormía o fingía hacerlo, lo mismo daba. Ben no tardó en dormirse, con los brazos cruzados en actitud enojada.

Su móvil sonó a todo volumen y su mujer reaccionó con furia. Él le dio la espalda y respondió.

Trotter estaba en línea. Eran las cuatro y media de la madrugada.

—¿Qué pasa? —preguntó Ben mientras salía al pasillo.

—Ha sucedido algo negativo. Muy negativo. Te he enviado un *email* con el archivo. Parece que un bloguero dedicado a temas científicos llamado Giles Farmer ha conectado una serie de puntos y ha llegado a una conclusión más o menos correcta sobre lo que ha ocurrido.

Ben se hallaba delante de la habitación de las niñas. Echó un vistazo mientras Trotter hablaba. Bajo el resplandor de una tenue lamparilla estaban verdaderamente preciosas.

—Ya veo. ¿Podemos contenerlo? —preguntó Ben.

—No, no podemos. La información ha llegado a todos los periódicos del país.

—Dios mío, sí que es gordo.

—Sí, mucho. Escucha, voy de camino a la oficina. Tú deberías ir a Dartford y controlar la situación allí. Es probable que no tarde en concentrarse la prensa a las puertas. Tengo una lista de personas a las que contactar, pero quería que fueses de los primeros en conocer la noticia. Escucha, Wellington, ya sé que no es una propuesta muy popular, pero creo que después de la divulgación de este artículo deberíamos cancelar el reinicio y clausurar el colisionador inmediatamente. Si surge cualquier nuevo problema no podremos parar la difusión de la historia.

—Anthony, esta decisión está por encima de mi rango.

—Entendido. Solo estoy buscando todo el apoyo que pueda recabar.

John se despertó envuelto en una total oscuridad. Palpó a su alrededor en busca de Emily, pero ella no estaba a su lado. A la luz de una vela en un farol distinguió las siluetas dormidas de todos sus compañeros de fatigas distribuidos por el camarote. Emily estaba junto a Arabel. Trevor le había cedido el lugar y dormía en el suelo, cerca de Martin y Tony.

No tenía ni idea de cuánto rato había dormido, pero a juzgar por la presión de la vejiga debía haber sido mucho.

Junto al camarote estaba la letrina del capitán y se pasó un buen rato allí, con el barco meciéndose sin violencia.

Volvió a la cabina.

—Hola.

Emily se desperezó y se acercó a él.

—Todo está en calma —le informó John.

—Gracias a Dios. La tormenta amainó hace varias horas. Por fin todos hemos podido dormir.

—Perdona que te haya despertado.

—No te preocupes. ¿Cómo es que no te mareas?

Él la besó.

—No lo sé, pero es así. ¿Cuánto rato he dormido?

—Casi un día entero.

—¡Dios mío! ¿Qué hora debe de ser?

—Eso me estaba preguntando. ¿La una? ¿Las dos?

—Entonces se acerca el momento.

—Sí, se acerca.

—¿Dónde estamos?

—He visto tierra a ese lado antes de que fuese noche cerrada.

—A babor es Inglaterra. Voy a hablar con el capitán.

—De acuerdo.

—Si son las dos, disponemos de ocho horas para llegar a Dartford.

—Lo sé —dijo Emily.

El capitán Ignacio estaba en la cubierta de mando, mirando al timonel.

Le hizo señas a John para que se acercase y le saludó en inglés.

—¿Has dormido bien, amigo?

Era un hombre apuesto de mediana edad con una melena recogida en una coleta.

—Demasiado bien. He perdido la orientación.

—Ya casi estamos en el estuario. La desembocadura del Támesis aparecerá en cualquier momento.

—¿Qué hora es?

—Hora de que empiece a soplar el viento, amigo —respondió Ignacio, señalando la flacidez de las velas—. Estamos en plena calma chicha. Al principio hemos tenido demasiado viento, ahora lo echamos en falta. Soy consciente de que tenéis una cita. Hace mucho que no rezo, pero quizá debería empezar a hacerlo de nuevo.

Heath presumía de que veía igual de bien en la oscuridad que a plena luz del día, y aunque esa era una de sus típicas exageraciones, había algo de verdad en la afirmación. Su visión nocturna era muy aguda, una cualidad que a los vagabundos les resultaba muy útil.

Recordó su juventud y cómo, siendo pastor, lo eligieron para encontrar a un cordero extraviado en la oscuridad total de una noche sin luna. Más tarde, cuando de joven huyó de la granja al Londres del siglo XVII, se convirtió en el miembro de la banda que se movía como pez en el agua por las oscuras y neblinosas riberas del Támesis para atacar a los incautos. Y ahora, en el Infierno, llevaba dos siglos y medio utilizando sus habilidades nocturnas. Era considerado el vagabundo más fuerte e inteligente de la zona y se servía de su reputación para expandir su territorio.

Heath estaba ya harto de limitar sus incursiones a las pequeñas aldeas y pueblos en los que no había hombres suficientes para repeler sus ataques. Soñaba con reunir a una gran horda de vagabundos, cientos de depravados, para aterrorizar ciudades enteras, como Crawley y Guildford. Pero ¿por qué quedarse ahí? ¿Por qué no soñar a lo grande y atacar a la propia corona? ¿Por qué no atacar un día Londres? Después de todo, si algo le sobraba era tiempo. Lo único que tenía que hacer era evitar por todos los medios que lo destrozaran en alguna incursión o que lo hiciera uno de los suyos.

Esa noche, corriendo por el bosque, con los pulmones llenos de aire húmedo, se sentía bien. La semana pasada había atacado el campamento de una voluminosa banda rival de vagabundos, escoria que llevaba tiempo compitiendo con ellos. Nada más iniciar el ataque se topó con el jefe de la otra banda y le cortó la cabeza de cuajo, según sus palabras, y después, durante su breve discurso ante los miembros de la banda rival tras ganar la batalla, la sostuvo en alto.

—Si os unís a mí, no os liquidaremos. Ya sabéis quién soy. Soy Heath, el que ve en la oscuridad. Tengo grandes planes. ¿Os incorporáis a mis filas o preferís acabar

como Cock Robin, aquí presente?

Se detuvo al borde del bosque y silbó como un pájaro, haciendo que los ochenta vagabundos que lo seguían se detuviesen.

¡Ochenta!

La mayor concentración de escoria que jamás hubiese liderado.

La mayor horda de vagabundos de la que se hubiese oído hablar nunca.

Al otro lado del prado estaba el pueblo de Leatherhead. No era muy grande, pero sí lo suficiente como para disponer de guardia nocturna y, según se contaba, algunos de los vigías disponían de mosquetones. Se hablaba también de buena comida y de barriles de cerveza. Incluso de algunas mozas de buen ver. Leatherhead era lo bastante grande como para haberse librado hasta ahora de los ataques de los vagabundos.

Pero con ochenta degenerados a sus órdenes, esa noche iba a tomar la ciudad. Iba a organizar una carnicería de las gordas, con violaciones incluidas.

Amaneció en Dartford.

En su casa, Dirk y Duck se despertaron automáticamente con las primeras luces que se colaban por las rendijas de sus postigos.

No hacía frío, pero a Dirk siempre le gustaba encender el fuego, porque, según él, resultaba más acogedor.

Tenía resaca por el exceso de cerveza de la noche anterior. Había cumplido su promesa a John Camp y había preparado un barril, pero se había quedado allí sentado esperándolo en vano. Dos semanas atrás empezó a probarlo, y hacía una semana que bebía sin complejos. Todavía quedaba suficiente para John Camp, pero no para el pueblo entero. Aprovechando que Duck le daba la espalda, abrió el barril, se llenó la jarra de cerveza y para disimular la bajada de nivel lo rellenó con un poco de agua. Esa era, en su opinión, la mejor cura contra la resaca, engañarla bebiendo más.

Él y Duck lo oyeron al mismo tiempo y corrieron a abrir el postigo.

Ambos asomaron la cabeza y miraron el camino en dirección al ruido.

—¿Has visto eso, Dirk? Creo que estamos jodidos.

Los viajeros de la Tierra estaban en la cubierta de *El Tiburón* dando todo un espectáculo a los marineros. Los hombres sabían que transportaban un cargamento especial y ahora estaban maravillados por lo singular que era.

Fuese gracias a la suerte o a las plegarias, lo cierto era que había empezado a soplar de nuevo el viento y al amanecer ya habían entrado en el estuario.

Desde que despuntó el alba, John había estado intentando visualizar un reloj en su cabeza. Dos horas después anunció:

—Deben de ser las ocho. Disponemos de dos horas para llegar.

El río se estrechaba, el estuario reculaba hacia el este. John buscaba una curva cerrada que anunciase que llegaban al objetivo.

El capitán Ignacio se unió a ellos en la proa.

—¿Reconocerás el lugar exacto? —le preguntó el capitán.

—Ya he hecho este viaje con anterioridad —le explicó John.

El capitán asintió y dirigió la mirada río arriba.

—¡Oh! ¿Habéis visto eso?

Tenían delante un pequeño bote de pesca con dos hombres que lanzaban las redes. Al ver doce navíos de guerra íberos que se les echaban encima, los pescadores volcaron la barca y nadaron hacia la orilla.

—Ojalá tuviese otros doscientos barcos —suspiró Ignacio—. Habríamos pillado a los ingleses dormidos. Con una armada completa, habríamos podido izar la bandera íbera en Londres. —Y entonces vio otra cosa maravillosa: la pequeña Belle seguía el vuelo de las gaviotas con la mirada—. ¿Te gustan esos pájaros, querida niña? —le preguntó.

—¡Sí! ¡Mira los pájaros, mami! —gritó Belle, moviendo la mano que Arabel no le tenía cogida.

—Son gaviotas, cariño —le explicó su madre.

—A mí también me gustan —se unió Sam—. Las estamos siguiendo, ¿verdad? ¿Por qué las estamos siguiendo, Trevor?

Trevor apretó con suavidad la mano del niño y le dijo:

—Porque ese es el camino de vuelta a casa.

—¡Allí! —John señalaba un punto en el que el río describía un giro hacia el norte.

—Sí, es allí —corroboró Emily.

—¿Estáis seguros? —preguntó Trevor.

John asintió.

—Un giro hacia el norte, un giro hacia el sur. Dartford está cuando el río vuelve a fluir en línea recta.

—Gracias a Dios —suspiró Tony—, pero si quieres saber mi opinión, estamos apurando demasiado.

—No puedo creerme que podré volver a ver a mis hijos —gimoteó Tracy.

—Todavía no hemos llegado al punto que nos permitirá volver a casa —les recordó John—. Capitán, ¿puedes pedir que preparen el bote para desembarcar? Nos ayudará a ganar tiempo.

—Muy bien. Haré que lo preparen ahora mismo.

Emily se acercó a John y le susurró:

—¿Crees que de verdad podemos lograrlo?

Él mostró una sonrisa muy fatigada y respondió:

—Creo que vamos a tener que remar como posesos si queremos sacar el culo del Infierno.

Trotter había dado en el clavo con lo de la prensa.

Un día antes del reinicio del MAAC, poco después de la aparición del artículo de Giles Farmer, empezaron a llegar a Dartford furgonetas con antenas satélite. Stuart Binford, el jefe de prensa del MAAC, solo estaba autorizado a decir dos palabras: «Sin comentarios», y ya las había repetido cientos de veces a lo largo del día.

Se habían organizado a toda prisa una serie de reuniones con responsables británicos y americanos y, durante una de ellas, Trotter había planteado su idea de que tras la aparición del artículo de Farmer la balanza se había inclinado hacia la cancelación del reinicio. Pero Leroy Bitterman y otros habían cortado en seco su razonamiento. Además de no dejar en la estacada a los valientes hombres y mujeres que habían arriesgado sus vidas para traer de vuelta a casa a un grupo de inocentes, Bitterman argumentó que el mejorado algoritmo de *software* de Matthew Coppens bloquearía el colisionador a los pocos nanosegundos de la materialización de los regresados, o de su no materialización, una vez que se hubiesen alcanzado los treinta TeV. Esto, dijo, limitaría todavía más la propagación de campos de strangelets y gravitones. Aunque su equipo de distinguidos científicos no había logrado plantear un plan viable para cerrar para siempre la conexión dimensional, sí se habían mostrado de acuerdo en que la limitación de la duración de las colisiones de alta energía al mínimo era la mejor opción.

Cuando la discusión derivó hacia otros temas, Trotter se inclinó hacia Ben y le susurró: «Gracias por apoyar mi propuesta», a lo que Ben se limitó a responder con un cansino resoplido.

Trotter había sido convocado a una reunión a primera hora en Downing Street ante el comité de emergencias Cobra. El primer ministro había decidido que, ante las revelaciones de Giles Farmer, no tenía otro remedio que ampliar el círculo de las personas informadas de la crisis para incluir al comité de seguridad del gabinete. Un incrédulo grupo de personal ministerial que esperaba que el gobierno desmintiese la ridícula información que habían leído durante el desayuno, fue convocado ante el primer ministro, Trotter y la ministra de energía Smithwick y se les explicó que Farmer se había acercado mucho a la verdad.

Durante la reunión del comité Cobra, la BBC conectó en directo con Lewisham, donde sus reporteros habían localizado a Giles Farmer regresando a su apartamento y habían conseguido que les concediese una entrevista.

El primer ministro ordenó que subiesen el sonido y Trotter, mientras escuchaba cómo el joven, de un modo titubeante pero muy convincente, desplegaba sus teorías de la conspiración, partió en dos un lápiz debajo de la mesa.

—Tal vez el señor Trotter debería explicarnos si el MI5 o el MI6 han tenido algo que ver con las muertes del señor Moore y el señor Hannaford —exigió el ministro

del interior cuando bajaron el sonido del televisor.

—Hasta donde yo sé, ninguna de las dos agencias ha tenido ningún tipo de participación en esto —manifestó Trotter, pero pensó que ninguno de los convocados tenía por qué saber la verdad.

Al alba del día del reinicio, el cielo sobre Londres apareció rosáceo y prometedor.

A esa hora tan temprana, la sala de control provisional del MAAC y las dependencias para los empleados estaban a rebosar de técnicos. A las ocho y media llegaron los observadores. Leroy Bitterman se sentó junto a Karen Smithwick. George Lawrence, el jefe de Ben en el MI5, había compartido el coche desde Londres con el director del FBI, Campbell Bates, y entraron juntos. Trotter llegó por su cuenta y se sentó sin saludar ni a Bitterman ni a nadie. Estaba cansado. Se había pasado buena parte de la noche con Mark Germaine, su jefe de operaciones, pensando en cómo se podía eliminar a Giles Farmer sin que pareciese que tomaba cuerpo la conspiración que este había denunciado. Henry Quint también estaba solo. Le dolía que lo hubiesen dejado de lado y se había estado preguntando, no sin remordimientos, si se alegraría o se sentiría triste si Emily Loughty no reaparecía nunca. La única persona con ganas de conversar con él era Stuart Binford, que se acercó a él con una silla, pero Quint no se molestó en agradecerse.

Matthew Coppens dirigía el reinicio. Fue siguiendo los pasos de la lista con David Laurent. En el enorme circuito oval subterráneo del MAAC veinticinco mil imanes se estaban enfriando hasta los 1,7 K. Matthew estudió el plano en la pantalla gigante para comprobar si alguno de los imanes fallaba. El color que quería ver en todo el plano del Gran Londres era el azul, y los puntitos azules iluminaban el mapa como un collar de zafiros.

A las nueve de la mañana retiraron las bandejas del desayuno de las celdas. A Murphy y Rix les habían permitido compartir celdas con sus esposas.

—La última buena comida —comentó Rix, limpiando el plato de los restos de yema de huevo con la tostada.

—El último café —suspiró Christine—. No quiero volver.

—Podría ser peor —replicó él, dándole una palmada en la rodilla—. Todavía estamos juntos.

En la celda contigua, Murphy disfrutaba del ritual de lavarse los dientes después de comer.

—Cuando estaba vivo —comentó— nunca presté la más mínima atención a la delicia de utilizar pasta de dientes. Ahora es una de mis cosas favoritas. La voy a echar de menos.

—¿Ah, sí? —preguntó Molly—. ¿Ya no te gusta utilizar una hoja?

Murphy se enjuagó la boca.

—¿Y si su jodida máquina no funciona y nos quedamos aquí?

—Pues en ese caso vas a poder cepillarte los dientes hasta que te hartes.

—Ya sabes a qué me refiero.

Molly se acercó al lavabo y le cogió la mano.

—Pues creo que nos encerrarán en algún lado, aunque no juntos, eso seguro, hasta que envejecamos y nos muramos y entonces regresaremos ya sabes dónde.

—En ese caso espero que su jodida máquina funcione —gruñó Murphy, contemplando su reflejo en el espejo.

Ben entró en la zona de detención y abrió los ventanucos de plexiglás de todas las celdas para anunciar que los bajarían a todos a la sala de transporte en media hora. Los tipos de Iver, idiotizados como siempre, miraron inexpresivos, como si Ben le hubiese dado la información a un par de hámsteres. Alfred y sus colegas del Infierno maldijeron y armaron el habitual barullo. Mitchum, el vagabundo, ya se había recuperado de la herida de bala lo suficiente como para poder ingerir comida sólida desde hacía una semana, y refunfuñó que él no quería ir a ninguna parte. Pero Murphy, Rix y sus esposas saludaron con entusiasmo a Ben, como si fuese un colega o amigo.

Rix acercó la cara al ventanuco.

—Te has portado muy bien con nosotros, Ben. Discúlpanos por haberte engañado.

Ben asintió, aceptando las disculpas.

—Fuiste... no, eres un buen poli, Jason. Sin embargo, hubiera preferido que no mataseis a Jack Mellors.

—Eso es porque no eres un cabronazo, Ben. Eres un auténtico *cowboy* defensor de la justicia. Cuídate y no hagas nada durante tu vida que te condene adonde hemos acabado nosotros.

El cielo sobre Dartford resplandecía con más intensidad de lo que John había visto nunca en el Infierno, un gris claro que hizo que se le contrajesen las pupilas. Aunque había intentado por todos los medios mantener la imagen mental de un reloj en funcionamiento, había perdido la cuenta cuando saltaron del galeón a la barca de remos para alcanzar la orilla sur del Támesis. Habían transcurrido unas cuatro horas desde el amanecer, pero no tenía claro cuánto tiempo les quedaba hasta las diez de la mañana.

Ahora, mientras los barcos íberos viraban y enfilaban hacia el estuario, ellos ya estaban en tierra firme y avanzaban corriendo. John llevaba a Sam en brazos y Trevor a Belle.

John miró hacia atrás. Delia se estaba rezagando.

—¡Ayudadla! —gritó, y Martin y Tony volvieron sobre sus pasos y la cogieron uno de cada mano.

—¡Es allí! —gritó Emily cuando vio aparecer a lo lejos los tejados de paja—. Ya casi estamos.

Ben lideró la procesión de detenidos desde las celdas hasta la antigua sala de control subterránea del MAAC, que habían empezado a denominar «sala de tránsito». Todos los moradores del Infierno llevaban grilletes e iban vestidos con monos de algodón para ahorrarles la indignidad de aparecer en el otro lado desnudos, lo cual, según Molly, era todo un detalle. Como el joven vagabundo Mitchum preocupaba especialmente a Murphy y Rix, le habían atado muñecas y tobillos también con cuerdas de cáñamo para que pudieran controlarlo si llegaban a ser transferidos.

Una vez en la parte inferior de la sala de control, los ataron a los aros de hierro clavados en el suelo. Diez metros por debajo, el gigantesco sincrotrón ya casi había alcanzado la máxima potencia. Once seres del Infierno permanecían allí, observándose los unos a los otros, mientras Murphy y Rix intentaban que sus esposas no lo pasasen mal.

Nadie en el MAAC sabía a ciencia cierta si John, Emily, Trevor y Brian habían logrado dar con Delia, Arabel, Sam, Belle y los ocho de Ockendon, ni si alguno de ellos había conseguido regresar a tiempo a Dartford para el intercambio. Tampoco sabían qué sucedería al intentar intercambiar a once habitantes del Infierno por dieciséis personas. ¿Se quedarían cinco de ellos Abajo? Leroy Bitterman se sentía orgulloso de sentenciar en los informes gubernamentales del más alto nivel: «Los políticos parecen creer que decir lo siguiente es un anatema, pero los científicos lo dicen continuamente: “No sé lo que va a suceder”».

Ben se plantó ante los moradores del Infierno y mirando solo a Rix, Murphy, Christine y Molly, anunció:

—Quedan quince minutos. Buena suerte.

La sala de control se selló y los guardias fueron evacuados de ese nivel.

Ben decidió no unirse a los dignatarios y técnicos en la zona de recreo para el personal. Prefería estar a solas con sus pensamientos. Recorrió la entrada del MAAC, cuyas ventanas y puertas se habían cegado para evitar los objetivos telescópicos de los medios de comunicación acampados detrás de la valla del centro. Ben se había acabado acostumbrando al despacho de John. Se instaló allí y, con una indiferencia acorde con su estado de ánimo, contempló la sala de control y la sala de tránsito en los monitores del circuito cerrado y se preguntó si alguna vez estaría tan unido a su esposa como Murphy y Rix lo estaban a las suyas.

El embarrado camino que pasaba junto a la casa de Dirk y Duck estaba desierto. De su chimenea salía un hilillo de humo blanco.

Todos los viajeros de la Tierra excepto los niños estaban revueltos y jadeaban por el cansancio acumulado durante el día y el esfuerzo de correr por los prados. Tony dijo que iba a vomitar y Martin le palmeó la espalda. Delia no se sostenía en pie. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la cabeza entre las manos. Tracy se dejó

caer junto a ella para animarla. Arabel cogió a Belle de brazos de Trevor y Emily cogió a Sam.

—¿Este es el sitio, jefe? —preguntó Trevor jadeando.

John recuperó el aliento para responderle:

—Este es. Espero que no hayamos llegado demasiado tarde.

—No hemos llegado demasiado tarde —jadeó Emily.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió John.

—Simplemente no lo creo. Lo siento, ya sé que no es muy científico.

—¡Eh, Dirk! —gritó hacia la casa—, soy John Camp. ¿Dónde está mi cerveza?

La puerta se abrió.

Todas las puertas alrededor de la carretera se abrieron.

De ellas salieron soldados ingleses con mosquetones que formaron a ambos lados del camino.

John les dijo a los suyos que no se movieran.

—Tan cerca —jadeó Delia—. Estábamos tan cerca.

Por la puerta de la casa de Dirk apareció un individuo vestido con elegancia, con una jarra de cerveza en la mano.

—Aquí está tu cerveza, John Camp —anunció el rey Enrique VIII—, ¡y me la estoy bebiendo yo!

Cuando Enrique salió al camino, otros le siguieron. Allí estaba Cromwell con aire pensativo. Solomon Wisdom miró temeroso a John y dio la impresión de que, de no ser por la presencia de todos esos soldados, no estaría allí. Dirk y Duck, sobrecogidos por la presencia de su monarca, parecían de todos modos entristecidos por el hecho de que sus amigos hubiesen caído en una trampa.

John señaló amenazador a Wisdom y dijo:

—Es la última vez que soy clemente contigo, Solomon. La última vez.

—Me quemaste la casa —vociferó Solomon—. Me robaste la plata y el oro. ¿Creías que no encontraría el modo de vengarme?

—No tienes ni idea de lo que te haré algún día —le gritó John, provocando que Wisdom se escondiese tras unos soldados.

—Deponed las armas, por favor —exigió Cromwell.

John pidió a los suyos que las tirasen. Varias espadas, cuchillos y pistolas fueron lanzados al barro.

Enrique avanzó unos pasos.

—¿Quién es este? —preguntó Delia.

—Delia y Arabel, os presento al rey Enrique VIII.

—Dime, ¿qué ha sido de la emperatriz Matilde? —preguntó Enrique.

Delia pidió que la ayudasen a levantarse y Martin le tendió la mano. También Tracy se puso en pie.

—Me temo que no llegó a Estrasburgo entera —explicó John.

—Una lástima —respondió Enrique—. ¡Después de tantos años! Había llegado a

sentir un cierto aprecio por ella. Pero esto, estas maravillas harán que se me pase la tristeza. ¡Mirad a estos niños! Quiero que todos vosotros os quedéis en mi corte y, sí, mi buen doctor, mi pierna ha mejorado mucho gracias a tu infusión medicinal. — Hizo un gesto de asentimiento hacia Martin—. ¡Pero el verdadero motivo por el que he venido aquí son los niños! ¡Son más preciosos que las joyas, más preciosos que el oro! Y ahora venid todos. Volvemos al palacio de Hampton. ¡Guardias, apresadlos!

—Sesenta segundos para alcanzar la máxima potencia —anunció Matthew—. Dieciséis TeV, dieciocho, diecinueve...

Ben no daba abasto para mirar tantos rostros al mismo tiempo. Se concentró en dos: Leroy Bitterman, que se mordisqueaba el labio inferior, y Jason Rix, que le sonreía a su esposa.

—¡No, un momento! —gritó John—. No querrá asustarlos, ¿verdad, majestad? ¿Por qué no coge al niño? Puede cogerlo en brazos. Se llama Sam. Usted siempre quiso un hijo, ¿no es así? Casi todo lo que hizo en vida, todas esas esposas, todos esos asesinatos, lo hizo para engendrar a un hijo.

Enrique se pasó los dedos por la mejilla y observó las yemas humedecidas, como si acabase de recordar algo que había olvidado hacía mucho tiempo.

—John, ¿qué haces? —le preguntó Emily.

Él no respondió. Siguió hablándole al rey:

—Solo tuvo un hijo. ¿Recuerda lo feliz que fue cuando nació Eduardo? Tenía solo diez años cuando usted falleció. Solo pudo disfrutar de él unos pocos años. Este niño, Sam, puede ser su hijo durante muchos más años. ¿Quiere cogerlo en brazos?

—No —dijo Arabel, pero Emily apoyó a John.

—No pasa nada, Arabel. No te preocupes.

Enrique avanzó por el barro.

—Majestad, por favor —susurró Cromwell.

—Levántalo, Emily —dijo John.

—¿Estás seguro?

—¿Confías en mí?

Emily cogió a Sam, que pataleaba, por las axilas y se lo tendió a Enrique.

Este trató de coger al niño. En un único y fluido movimiento, John se inclinó para sacarse un cuchillo de la bota, se abalanzó sobre el rey y le rodeó el cuello con el brazo.

Presionó con el cuchillo la yugular de Enrique y gritó a los soldados que no se moviesen.

—¡Ni un movimiento! Un solo movimiento de cualquiera de vosotros y derramaré su sangre.

—Quince segundos —anunció Matthew—, veinticinco TeV, veintiséis...

—Haced lo que dice —gritó Enrique—. Que nadie dé un paso.

—Eso está muy bien —siseó John, apretándole el cuello con más fuerza—. Y usted tampoco se mueva. No quiero hacerle daño, no quiero hacérselo, pero se lo haré si es necesario.

Emily apretó a Sam contra su pecho.

—¿Y ahora qué? —preguntó Trevor.

—Esperamos y rezamos —dijo John.

Todos los ojos en la sala de control estaban fijos en el reloj. Los protones circulaban a la velocidad de la luz por el circuito oval que se extendía alrededor del Gran Londres y chocaban unos con otros liberando una energía casi inimaginable.

Matthew vio que su contador ascendía hasta los veintinueve TeV, aspiró hondo y gritó:

—¡Plena energía!

Mientras Ben contemplaba el rostro tenso de Bitterman, en un primer momento pensó que las cámaras o el monitor habían fallado por una caída de la tensión eléctrica.

La cara de Bitterman había desaparecido.

Todo el mundo había desaparecido.

La sala de control estaba vacía.

Todas las sillas, todos los ordenadores, todo seguía ahí, todo excepto las personas.

Resonó una voz grabada:

—Apagado, protocolo iniciado, apagado, protocolo completado.

Ben parpadeaba perplejo ante la pantalla en blanco cuando un movimiento en la sala de tránsito captó su atención.

Se levantó de un salto y cruzó a la carrera el vestíbulo del MAAC hasta los ascensores, llamando a gritos a sus agentes para que lo siguieran.

El ascensor pareció tardar una eternidad en bajar hasta el nivel de la sala de tránsito y cada eterno segundo que pasaba Ben sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle.

Corrió hasta las puertas cerradas de la sala y ordenó que las abriesen.

Hubo abrazos y llantos, y dos niños inquietos correteando sin rumbo fijo.

Trevor soltó a Arabel y llamó a Ben:

—Nunca lo dudé, colega, no lo dudé ni un segundo.

En un estado semejante al trance, Ben abrazó a Delia, contó a los presentes y dijo:

—No lo habéis conseguido todos.

—Hemos perdido a algunos —explicó John—. Pero hemos traído con nosotros a un caballero.

Ben miró a la cara a un hombre grueso y vestido con elegancia que contemplaba la sala aturdido.

—Ben Wellington, quiero presentarte al rey Enrique VIII. Majestad, este hombre está al servicio de la reina de Inglaterra, Isabel II.

Ben se quedó sin palabras.

—¿Dónde están mis hombres? —murmuró Enrique—. ¿Dónde está Cromwell? ¿Dónde está Dartford?

—Ya se lo explicaremos todo —prometió John—. Siento haber tenido que amenazarle.

—¿De verdad hemos vuelto a casa? —preguntó Tony, parpadeando entre lágrimas. Martin le abrazó.

—Sí, así es —le aseguró Emily—. Estamos en casa. Ben, ¿lo han desconectado correctamente? ¿Ha habido algún problema? Tengo que hablar con Matthew y mi equipo.

—Me temo que ha habido un grave problema —murmuró Ben.

—¿Qué tipo de problema? —Emily tenía un nudo en la garganta.

—Han desaparecido. Todo el mundo ha desaparecido.

Subieron en los ascensores, Enrique lívido por la sensación de aceleración.

Emily le pedía a Ben más información, pero él no sabía nada más. Cuando el ascensor se detuvo, ella le preguntó:

—¿Nuestros expertos han dado con alguna solución?

—Por lo que sé, no —respondió él.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, sonó el teléfono de Ben. Abajo la señal se había perdido.

Enrique se quedó boquiabierto al ver el vestíbulo de cristal y acero.

John y Emily observaron la cara de alarma de Ben mientras atendía la llamada. Era la cara de alguien al que pasan por una trituradora.

—Cálmate —pidió Ben—. Por el amor de Dios, cálmate. De acuerdo. Sí, ya sé que no logras contactar con el director general, ni con Trotter, ni con Smithwick. Ya veo. ¿Dónde? ¿Sí? Dios bendito. De acuerdo, escúchame. Llama a Downing Street y al Ministerio de Defensa. Necesito que se convoque de inmediato al comité Cobra. Envía un helicóptero a Dartford para trasladarnos a Londres. Y notifica a Buckingham Palace que tienen que informar a la reina de que debe recibir a alguien muy importante.

Colgó.

—John, Emily, Trevor —dijo Ben, llevándoselos aparte—. Sé que acabáis de pasar por situaciones que ni me imagino, pero necesito que me acompañéis a Londres. A todos los demás les haremos un chequeo médico en la enfermería y tendremos que ponerlos en cuarentena. En cuanto a nuestro visitante, ya pensaremos

qué hacer con él.

—¿Qué te acaban de decir? —le preguntó John.

—El caos se ha desatado ahí fuera. Hay un número considerable de individuos, moradores del Infierno, muchos a juzgar por el estruendo, atacando con violencia a la gente en Leatherhead. Una clase entera de chicos ha desaparecido de un colegio cerca de Sevenoaks, y hay serios problemas en un centro comercial de Upminster.

John abrazó a Emily y ambos se sentaron en un sofá.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—No, ¿y tú?

—La verdad es que no —confesó John—. ¿Estás preparada para afrontar esto?

—¿Qué otra opción nos queda?

Él intentó sonreír.

—Diría que ninguna. Al menos hemos logrado traer de vuelta a tu hermana y a los niños.

—Gracias a Dios. Pero este es el problema, John. —Emily intentó continuar, pero rompió a llorar. John la reconfortó lo mejor que pudo y ella logró seguir exponiendo la horrible idea que le rondaba por la cabeza—: Creo que la única persona que sabe cómo solucionar de una vez por todas este monumental lío sigue en el Infierno. Vamos a tener que regresar para encontrar a Paul Loomis.